
LOS
CINCO
BESOS
DE LA
LUNA
MIRIAM
MOSQUERA

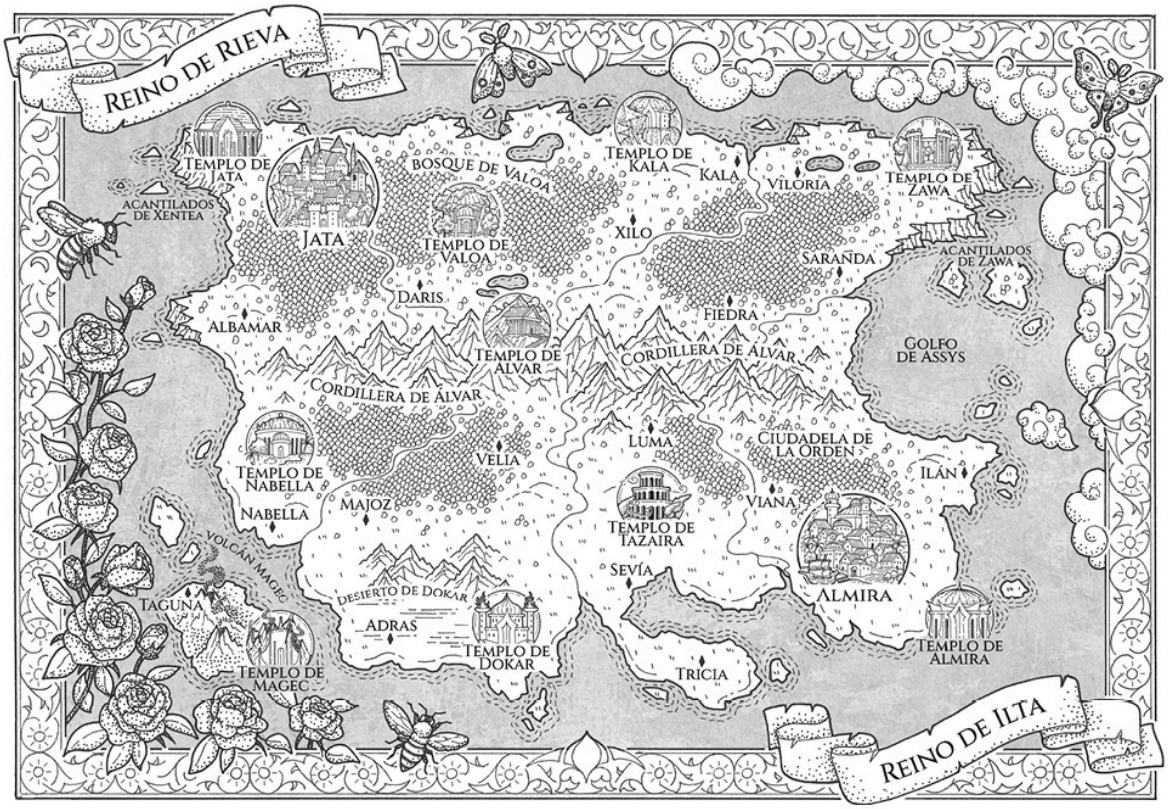
LOS CINCO BESOS DE LA LUNA

MIRIAM MOSQUERA

FAERIS

Para todos aquellos que han tenido la suerte de amar a un animal, y para todos los que han sufrido el dolor de perderlo.

Y, sobre todo, para Ele y para Curro.
Porque siempre seréis las estrellas más brillantes de mi cielo.


REINO DE RIEVA
TEMPLO DE JATA
JATA
ACANTILADOS DE XENTEA
BOSQUE DE VALOA
TEMPLO DE VALOA
TEMPLO DE KALA
KALA
XILO
VILORIA
TEMPLO DE ZAWA
SARANDA
ACANTILADOS DE ZAWA
DARIS
ALBAMAR
TEMPLO DE ALVAR
FIEDRA
CORDILLERA DE ALVAR
GOLFO DE ASSYS
CORDILLERA DE ALVAR
LUMA
CIUDADELA DE LA ORDEN
ILAN
TEMPLO DE NABELLA
VELIA
NABELLA
MAJOZ
VIANA
TEMPLO DE TAZAIRA
VOLCÁN MAGEC
SEVÍA
DESIERTO DE DOKAR
ALMIRA
TAGUNA
ADRAS
TEMPLO DE DOKAR
TEMPLO DE ALMIRA
TEMPLO DE MAGEC
TRICIA
REINO DE ILTA

Taika

Creador

Ikaroa



Diosa de la noche, el invierno y la muerte

Hashkin



Dios del día, el verano y la vida

Ninfe



Diosa de la naturaleza y los animales

Idriel



Diosa de las estrellas

Shaa



Dios del fuego

Inmón



Dios del viento

Mekros



Diosa de las aguas

Tanon



Dios de las montañas

Katana



Diosa del sexo y la fertilidad

Cyx

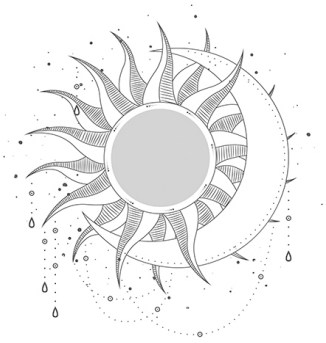


Dios del trueno y las tormentas

Yo, sacerdotisa de la noche, juro servir a la diosa Ikaroa hasta el final de mis días.

Como sierva de la Madre Creadora, juro entregarle mi cuerpo y mi alma, convertir los ecos de su voluntad en mis pasos, hacer suyos mi corazón y mi vida.

Yo, sacerdotisa de la noche, juro permanecer pura, esconder mi rostro y no romper estos votos jamás.



Prólogo

El oráculo del templo de Zawa estaba al descubierto, por lo que el único techo que lo cubría era la bóveda de la noche. Los rayos de luz de luna lo acariciaban todo con su plata y atravesaban las vidrieras que decoraban los altos muros, haciendo que sobre el azul oscuro del cristal brillaran las constelaciones de Idriel, diosa de las estrellas y protectora del templo. A lo lejos se oía el sonido de las olas golpeando los acantilados sobre los que se alzaba el edificio, una perla de mármol blanco que parecía vigilar desde lo alto la inmensidad del océano.

—En el principio de los tiempos —leyó Danessa en voz baja— Taika, nuestro todopoderoso creador, se arrancó el corazón.

La joven estaba arrodillada frente al círculo del oráculo, leyendo el Libro de los Dioses. Su rostro estaba cubierto con el daceo, el finísimo velo de color blanco que las sirvientas de la noche estaban obligadas a vestir. Por suerte aún era verano y, aunque el norte era más frío que el sur, no necesitaba un abrigo que protegiera su piel de las garras congeladas de la madrugada.

—Del trozo izquierdo del corazón de Taika nació Hashkin, el dios del día, la vida y el verano —continuó—; del derecho, la diosa de la noche, la muerte y el invierno, nuestra Divina Madre Ikaroa. De las gotas de sangre restantes nacieron los dioses menores, como Ninfe, Mekros o Idriel.

Las antorchas de las paredes iluminaban las altas columnas del oráculo, los mosaicos dorados del suelo, las esculturas de los dioses que vigilaban la estancia. El agua del augar, el pozo sagrado en el que se realizaban los rituales, estaba tan tranquila que parecía la superficie de un espejo, uno en el que ni la luna ni las estrellas podían evitar mirarse.

—Hashkin e Ikaroa se enamoraron y, juntos, crearon nuestro mundo —siguió Danessa—. Sol y luna, verano e invierno, norte y sur…, todo tenía un equilibrio perfecto porque estaba hecho desde el amor más puro y poderoso, un amor que podría haber sido infinito como la eternidad; pero entonces llegó la traición, y el universo entero se dividió en dos.

Danessa se estremeció, y la tristeza que compartía con su diosa se le atascó en la garganta. Todos los habitantes de Rieva guardaban dentro el dolor de Ikaroa, sintiéndolo como si fuera suyo. Habían nacido de su llanto, así que el odio hacia el reino de Ilta y sus dioses les corría por las venas.

Guardó unos instantes de silencio ceremonial, recreándose en la pena que acompañaba a los norteños, y después dejó el Libro de los Dioses a un lado. Los pasos de aquel ritual siempre eran los mismos, por lo que sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

—Yo, sacerdotisa de la noche, juro servir a la diosa Ikaroa hasta el final de mis días —recitó—. Como sierva de la Madre Creadora, juro entregarle mi cuerpo y mi alma, convertir los ecos de su voluntad en mis pasos, hacer suyos mi corazón y mi vida. Yo, sacerdotisa de la noche, juro permanecer pura, esconder mi rostro y no romper estos votos jamás.

Danessa observó la calma del augar, y después cogió el cuchillo que había dejado a su derecha. Como era una voz, su labor en el templo era la de comunicarse con los dioses, la de interpretar la lengua celeste con la que estos les mandaban mensajes. Lo había hecho cientos de veces, pero, a pesar de su experiencia, seguía sintiéndose pequeña e insignificante ante la inmensidad de Ikaroa y su panteón de lunas.

Ignorando las dudas que se le clavaban dentro como cristales, se besó los dedos índice y medio de la mano derecha y después los colocó sobre su corazón. Podía notar los latidos acelerados, las tensas subidas y bajadas de su pecho.

—Yo, sacerdotisa de la noche —dijo—, le entrego mi sangre a la Madre como símbolo de mi servidumbre, de mi compromiso contra la lucha del dios traidor y de todos sus súbditos. Que la ira de la Luna caiga sobre él.

Sujetó el cuchillo con fuerza y, sin pensarlo, se cortó la palma izquierda. La sangre no tardó en teñirle la piel de rojo, y ella, ignorando el dolor, se puso en pie. Extendió la mano sobre el augar y dejó caer en el agua las gotas de rubíes líquidos que goteaban de la herida.

—*Nai* —susurró, usando esa vez la lengua celeste—. *Atende á miña mensaxe.*

El agua del augar permaneció tranquila, aún dormida, y Danessa esperó. Enseguida comenzaría a moverse, como las olas del mar, y Danessa escucharía la voz de Ikaroa, o quizá la de Idriel, protectora del templo. Los dioses nunca, jamás, los habían abandonado.

Sin embargo, el tiempo pasó y el augar permaneció en calma, sin vida, convertido de pronto en un pozo que nada tenía de sagrado. Danessa no sintió la presencia de los dioses en el oráculo, y el silencio fue haciéndose cada vez más pesado. ¿Dónde se habían metido? ¿Por qué no respondían? ¿Había hecho algo mal?

La inquietud y el arrepentimiento estaban empezando a envenenarla por dentro, enquistándole las entrañas, cuando alguien la llamó:

—Dany.

La voz de Vera, la superiora del templo, hizo que la sacerdotisa se sobresaltara.

—Superiora —respondió, inclinando la cabeza.

La mujer se acercó hasta ella y, cuando estuvo frente al augar, se besó los dedos índice y medio de la mano derecha y se los colocó

sobre el corazón. Al igual que Danessa, llevaba el rostro cubierto por el daceo, un símbolo de respeto y sumisión ante la Madre.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la superiora—. Deberías estar durmiendo junto a tus hermanas. Es muy tarde.

Aunque la tela del daceo le impedía verle los ojos, Danessa percibió su preocupación. Con el tiempo había aprendido a interpretar el tono de voz de sus compañeras, a descubrir los secretos que escondían los rostros velados de sus hermanas.

—Superiora, nunca es tarde para buscar la compañía de Ikaroa. Necesitaba hablar con la Madre.

—¿Le has mandado un mensaje?

—Así es, pero no ha respondido. Supongo que la guerra es ahora mismo su máxima prioridad.

Vera suspiró con cansancio y alzó la cabeza, perdiendo la mirada en el manto de estrellas que se extendía sobre ellas. No muy lejos de allí, los soldados de Rieva se enfrentaban a los de Ilta. Llevaban milenios haciéndolo porque los humanos habían sido creados por una enemistad divina que convertía el odio a sus vecinos en algo visceral y primitivo. Desde que Hashkin había traicionado a Ikaroa, la sangre corría por los ríos del sur y manchaba los bosques del norte, sumiéndolos a todos en un conflicto oscuro que convertía la paz en un mero sueño.

—Tenemos mucha suerte de no estar en el campo de batalla, Dany, pero no olvides que lo que hacemos aquí también es luchar —le dijo Vera—. Las lúares somos quienes mantenemos contentos a los dioses. Sin ellos, Rieva habría caído en manos de Ilta hace ya mucho tiempo. Puede que Ikaroa no te haya respondido aún, pero lo hará. Ella siempre lo hace. Somos sus elegidas.

Danessa asintió, y el cálido orgullo que le provocaba ser una sierva de la noche palió parte de su inquietud. Cuando una niña nacía en Rieva, sus padres estaban obligados a llevarla al templo más cercano. Si no era reclamada por los dioses, la recién nacida volvía con su familia; si la Madre la llamaba, se quedaba en el templo para siempre.

Y a ella, para sorpresa de todos, la había llamado.

Aunque provenía de una familia humilde de Saranda, había terminado sirviendo allí, en el templo de Zawa. La Madre la había salvado del hambre, de la miseria, de una vida marcada por la desolación de la guerra. Por si eso fuera poco, las lúares habían descubierto enseguida que poseía una mente ágil y despierta, así que habían comenzado a instruirla. Tras mucha preparación, había superado el examen para convertirse en voz del oráculo, siendo una de las pocas privilegiadas a las que se les permitía conocer la lengua celeste. Eso había hecho que sus ambiciones crecieran, que llegara a pensar que podía conseguir todo lo que se propusiera. No había un solo día en el que no soñara con convertirse en la próxima suma sacerdotisa de Rieva, con que Ikaroa la eligiera para tan importante misión.

—Esta noche brillan tanto que parecen lágrimas —musitó Vera, volviendo a perderse en el brillo de las estrellas—. Creo que la Madre está triste.

—Ikaroa está triste desde que el traidor le rompió el corazón.

La superiora guardó silencio y, aunque Danessa no podía verle el rostro, supo que la tristeza le había oscurecido la mirada.

—El amor es muy peligroso, Dany, por eso es muy importante que nunca entreguemos nuestro cuerpo. Debemos protegernos del dolor, tal y como quiere la Madre.

Danessa abrió la boca, pero enseguida se arrepintió y volvió a cerrarla. Las lúares como ella tenían prohibido enamorarse. Como sirvientas sagradas de la noche, no podían mostrar su rostro ni dejar que tocaran su piel. Su vida estaba dedicada a los dioses, y tanto su cuerpo como su alma les pertenecían por completo. Ningún mortal era digno de tratar con ellas, y el más mínimo acercamiento era considerado el peor de los sacrilegios.

Quizá por eso, porque lo sabía, el secreto que guardaba le supo amargo, tan ardiente y peligroso como un veneno.

—Lo sé, superiora —se resignó a responder.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo —le dijo Vera, volviendo a bajar la vista hacia ella—. Es sobre Évolet.

Al escuchar el nombre de su compañera, la sacerdotisa apretó los labios. Danessa y ella tenían la misma edad, y habían sido mejores amigas desde su llegada al templo. Sin embargo, Évolet había destrozado su confianza y amistad, obligándola a distanciarse. De niñas se quedaban despiertas para compartir sus sueños y anhelos en la oscuridad de su habitación; en ese momento, sin embargo, Danessa se avergonzaba hasta de mirarla.

—¿Évolet? —preguntó—. ¿Qué le ocurre?

—Últimamente la veo muy distraída. Es la candidata preferida para ser la nueva suma sacerdotisa, pero tiene que seguir esforzándose para ganarse el favor de Ikaroa. Yo la apoyaré, claro, pero es la Madre quien tiene que elegirla. No sé qué tiene en la cabeza últimamente, pero parece que está olvidándose de sus obligaciones.

Danessa cerró los ojos, y tuvo que morderse la lengua para no transformar sus pensamientos en palabras. Sabía que Vera iba a apoyar a Évolet, y que la mayoría de las lúares también lo harían. Y Ninfe, Mekros, Idriel y Tanon. A nadie parecía importarle que siempre llegara tarde a las ofrendas de la tarde, o que su orgullo le hiciera creer que tenía razón incluso cuando sabía que estaba equivocada. Todos la apoyarían, claro, y cuando Ikaroa la eligiera ella seguiría siendo invisible, una niña pobre de Saranda que se había atrevido a soñar demasiado alto.

Qué tonta había sido. Qué ilusa.

Bajó la vista hasta el augar, obligándose a ignorar la rabia que le escocía en el pecho, y entonces lo sintió. Una gota cayó sobre la piel desnuda de sus manos, y después otra, y otra. El agua del pozo sagrado se vio también perturbada por una repentina llovizna que rompió la calma de su superficie.

Danessa frunció el ceño y miró hacia arriba. Unas espesas nubes negras habían empezado a cubrir el cielo, tapando la luna y las

estrellas. Aunque lo que lloraban parecía lluvia, esta no solía ser tan delicada, ni tan fría ni se derretía al contacto con su piel.

—Nieve —musitó—. No puede ser.

No, no podía estar nevando en Zawa, no en pleno verano. Observó sus manos, hipnotizada por la mágica belleza de la nieve, y justo en ese momento el agua del pozo comenzó a moverse. Tanto ella como Vera la observaron con inquietud y, cuando el suelo bajo sus pies tembló, contuvieron el aliento.

—¿Qué es eso? —preguntó la sacerdotisa—. ¿Un terremoto?

—Dany, tenemos que salir de aquí. ¡Ya!

La tierra rugió, como una bestia furiosa, y ambas comenzaron a correr hacia la salida. Sin embargo, no pudieron alcanzarla. A los pocos pasos, Vera gritó y cayó de rodillas, como si una flecha invisible le hubiera atravesado el corazón.

—¡Superiora!

Con el miedo estrujándole el estómago, Danessa se agachó junto a ella. Vera se llevó las manos al pecho, de pronto sumida en un dolor insoportable. Le costaba mucho respirar, y Danessa no pudo hacer otra cosa que apartarle el daceo. Las lúares eran las únicas que tenían permitido ver el rostro de sus compañeras, y conocía el de Vera a la perfección. Era dulce, de formas redondeadas y cálidos ojos marrones, pero lo que encontró en él fue un rictus de terror.

—Vera —susurró Danessa. Las manos le temblaban por culpa del miedo, del frío repentino que había traído la nieve, pero, aun así, se forzó a hablar, a intentar ayudarla—. Tenemos que salir de aquí.

La tierra tembló de nuevo y la superiora volvió a gritar, clavándose las uñas en el pecho.

—Vera, por favor.

Las lúares de Zawa llegaron corriendo al oráculo justo cuando comenzó a nevar con más fuerza. Todas parecían asustadas, recién levantadas. La mayoría de ellas ni siquiera tenía puesto el daceo, y el pelo se les llenó enseguida de aquellos inesperados copos blancos que lloraba el cielo. Danessa reconoció a Hissa, a Mitra y a Ardrea, al resto de sus compañeras y hermanas. No había ni rastro de Évolet.

—¡Superiora! —gritó Mitra—. ¡Dany! ¿Estáis bien?

Las lúares avanzaron hacia ellas, pero la tierra volvió a temblar y una de las columnas del oráculo se desmoronó. Al chocar contra el suelo se rompió en mil pedazos, y todas se vieron obligadas a retroceder.

—¡Marchaos! —les indicó Danessa—. ¡Es peligroso estar aquí!

—¡No os vamos a abandonar! —le respondió Ardrea.

Danessa volvió a mirar a Vera, pero al hacerlo se quedó sin respiración.

Los ojos de su superiora se habían vuelto negros, oscuros como la noche. Danessa ahogó un grito y quiso apartarse, pero la mujer le agarró de la muñeca izquierda y se lo impidió.

—Évolet —dijo. No era la voz de Vera, sino un gruñido de ultratumba, un gruñido engarzado en sombras—. Évolet.

Danessa intentó zafarse, pero los dedos de su superiora la apretaron con más fuerza.

—Évolet —repitió la superiora—. *Onde está?*

Danessa tardó un solo instante en darse cuenta de que Vera no estaba hablando su idioma, sino el de los dioses. Sin embargo, su superiora no era una voz, no conocía la lengua celeste, y era imposible que la estuviera utilizando.

—No… no lo sé —respondió.

La tierra volvió a estremecerse y la nieve, enfurecida, las golpeó con la rabia de su invierno. Danessa casi no podía ver el rostro de Vera y notaba la tela del daceo mojada; el frío se le estaba metiendo en los huesos. De fondo escuchaba la furia del mar, las olas estrellándose contra los acantilados de Zawa como si quisieran acabar con ellos.

—*Sábelo* —le dijo la superiora—. *Ti sábelo.*

La sacerdotisa negó con la cabeza e intentó apartarse de nuevo, pero le fue imposible.

—Yo no…

—*Responde á Nai que che deu a vida.*

Y, de golpe, Danessa lo comprendió.

«Responde a la Madre que te dio la vida».

Los ojos negros, la voz grave, la lengua celeste. Aunque era extremadamente raro, los dioses podían utilizar una vía de comunicación más directa que el oráculo para mandarles mensajes. No era la primera vez que alguno de ellos utilizaba como recipiente un cuerpo mortal. Había leyendas que decían que de esa forma habían propiciado incluso uniones carnales, descendiendo al mundo de los humanos para entregarse al placer.

Por eso, porque no era la primera vez que ocurría, Danessa lo supo: la mujer que estaba frente a ella ya no era su superiora, sino la mismísima diosa Ikaroa.

Y estaba respondiendo a su mensaje.

—Madre…

—Évolet —repitió la diosa.

Las vidrieras del oráculo estallaron y las lúares, aterradas, se abrazaron las unas a las otras. Danessa no podía moverse, aún sujeta con fuerza por la mano de Vera. Buscó los ojos de Ikaroa, esos ojos negros, poderosos e inmortales que ya no le parecían los de un monstruo, pero, cuando los encontró, ocurrió algo. De pronto se quedó sin aire, congelada, y al instante supo que la diosa se había metido en su interior. Podía notar el corazón de la noche latiendo junto al suyo, los dedos de la oscuridad acariciándola por dentro.

«Tranquila», le susurró la voz de Ikaroa, mucho más suave que la que había salido de entre los labios de Vera, en la lengua mortal. «Soy yo, tu Madre».

La diosa comenzó a buscar en su interior como quien busca algo en su propio hogar, como si conociera mejor que nadie sus aristas y sus vértices. No estaba usando el cuerpo de Danessa, como había hecho con el de Vera, sino escarbando en los recuerdos que escondía su mente. Y, al encontrar el que le interesaba, se detuvo.

Danessa tuvo que revivir el momento en el que, cuatro días atrás, llegó a la cueva de la playa y encontró a Évolet con ese sureño traidor. Él estaba tumbado sobre su regazo; ella, acariciándole con

una veneración que una sacerdotisa solo debería dedicar a sus dioses. Enseguida reconoció el uniforme de los soldados de Hashkin, el sol dorado del reino de Ilta bordado sobre su corazón, y volvió a sentir el dolor, el asco, la pena; todo ello aderezado con la rabia de Ikaroa.

—¡No se lo cuentes a nadie, por favor! —le había suplicado la que, hasta ese momento, había sido su mejor amiga—. ¡Si alguien se entera de esto, lo matarán!

—¿Y no es eso lo que se merece? —le había respondido ella—. ¡Tocarte es un sacrilegio!

—¡Tú no lo entiendes, Dany! ¡Estoy enamorada! Aiden… Aiden me ha hecho recordar quién soy.

—¡Entonces renuncia a tus votos! ¡Quítate el daceo y vive como una marginada para siempre, pero no mancilles nuestro templo!

—Sabes perfectamente que no puedo hacer algo así. Soy… soy la única que no podría hacerlo jamás.

Ikaroa saltó a otro recuerdo, este de hacía solo dos días. Évolet y ella habían coincidido en el ritual de la medianoche y, aunque Danessa se había esforzado por no dirigirle la palabra, su amiga no había dejado de buscarla.

—Te dije que te alejaras de él —le había dicho, asqueada al ver cómo Évolet fingía no estar cometiendo la peor de las blasfemias—. Si no estás dispuesta a marcharte del templo, al menos ten dignidad.

—Si me dejaras explicarte…

—¡Évolet, no puedes amar a un siervo de Hashkin! ¡Fuimos creados para odiarnos!

—No somos tan diferentes como crees.

Danessa había ahogado un grito, incapaz de creer que su amiga estuviera poniendo en duda los fundamentos de su religión, y tuvo que contener las ganas de abofetearla. ¿Qué estupideces le había metido ese sureño en la cabeza? ¿Cómo había podido manipularla así? Siempre la había creído más fuerte, más lista.

—Así que todas tus creencias se tambalean por haberte dado cuatro o cinco besos con un traidor —le dijo—. Qué decepción.

—A los cinco besos yo ya sabía que le amaba. Te aseguro que no hay nada más poderoso que un sentimiento como ese, Dany. Ojalá algún día lo descubras.

Ikaroa salió de la mente de la sacerdotisa y le soltó la muñeca. Ella, aunque liberada, se sintió repentinamente incompleta, como si le hubieran arrancado algo, como si siempre fuera a echar de menos el suave tacto de la diosa acariciándola por dentro.

Quiso explicarle a Ikaroa lo que acababa de ver, pero, antes de que pudiera abrir la boca, la diosa cogió aire y gritó. El sonido que salió de entre sus labios ensordeció a las lúares, que se vieron obligadas a taparse los oídos. No era un grito humano, sino uno hecho con el dolor de la noche, un grito que sonaba a castigo, a sangre, a muerte; un grito que resquebrajó las paredes del templo de Zawa y enfureció aún más al océano.

«Cinco besos», dijo la diosa. A pesar de que el cuerpo de Vera seguía gritando, ahogándose en un lamento desgarrador, la voz de Ikaroa llegó a todos los rincones del mundo. «Cinco besos y el frío del invierno».

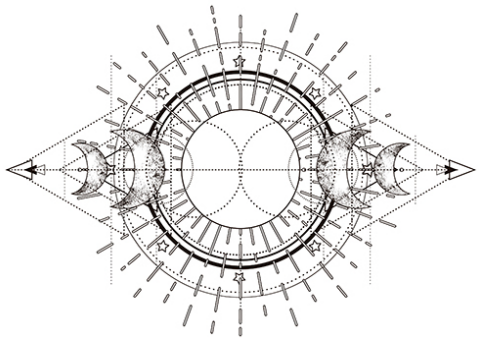
Una poderosa luz estalló en la sala del oráculo, y Danessa sintió un frío intenso desgarrándola por dentro. El dolor la paralizó y, cegada por el brillo que emitía la diosa, cayó de rodillas al suelo. Se retorció, incapaz de hacerle frente al hielo que le estrujaba el corazón, y después se desplomó. Las lúares, indefensas, lo hicieron tras ella. Primero cayó Ardrea, después Hissa, después Mitra. Los habitantes del norte también lo hicieron, y los del sur, y los del continente entero. Todos sintieron en su cuerpo el dolor de Ikaroa, la traición de Évolet, el frío de la nieve que lloraba la noche.

«Cinco besos —repitió la diosa—. Cinco besos necesitaron para enamorarse, y cinco besos necesitaréis para morir».

Y, así, Ikaroa maldijo a la humanidad para siempre.

Parte 1

Cinco besos



Templo de Zawa
Segundo día de la décima lunación
Ciclo de oscuridad 1167

Querido diario:

Ha llegado el momento de retomar el estudio de la lengua celeste. Tál y como hacía cuando era niña, te escribiré todos los días en el idioma de los dioses con la esperanza de que eso me ayude a perfeccionarlo y, así, mejorar en mis labores como voz. Además, al escribir en una lengua que la mayoría de las sacerdotisas no entiende, podré confiarte mis secretos. Solo Dany y yo podemos entenderla, así que, aunque Hissa vuelva a robarme el diario (sí, aún le guardo rencor por ello), no comprenderá lo que pone. Es buena idea, ¿verdad?

¿Por dónde puedo empezar? Bueno, ya lo sé.

La última quincena ha sido una locura. Se acerca el equinoccio y, aunque la llegada de las estaciones de la Madre es motivo de celebración en Rieva, para las lúiares significa trabajo. Hace dos días encontré a la pobre Ardrea en la cocina, apoyada sobre la mesa y con el daceo lleno de harina. ¡Se había quedado dormida mientras amasaba el pan para la ofrenda de la mañana! Con los preparativos de los rituales, casi no tenemos tiempo para descansar. Aún nos queda

terminar la recolección y la vendimia, sellar las vasijas de la despensa, revisar los tejados para que aguanten las nevadas venideras...

Sé que mucha gente se pregunta si todo esto merece la pena, si la recompensa de entregarle nuestra vida a Ikaroa está a la altura del esfuerzo, y a todos les respondería que sí. No lo cambiaría por nada. Somos nosotras quienes les damos a los dioses las fuerzas que necesitan para seguir luchando contra Hashkin y su panteón de soles, quienes mantenemos viva la fe de los norteños en medio del caos de la guerra. ¿No es una labor preciosa?

Hace mucho tiempo soñaba con vivir aventuras, con conocer el mundo más allá de estos muros, pero, ahora, mis aspiraciones son muy distintas. Sé que tanto mis padres como los dioses quieren que me convierta en la próxima suma sacerdotisa, y me estoy esforzando al máximo para cumplir sus deseos. Confían en mí, y no puedo fallarles. A veces incluso me detengo a imaginar cómo será el momento en el que tenga que bendecir a las tropas del norte, convirtiéndome en el símbolo vivo de su esperanza, y sonrío sin darme cuenta.

Sé que me dolería dejar Zawa para trasladarme a Jata, pero creo que aprendería a desenvolverme en la capital. Dicen que el Gran Templo lo construyó la mismísima Ikaroa, y que las calles de la ciudad están llenas de peregrinos que recorren el país a pie solo para rendirle homenaje a la Madre. Ardrea dice que los malabaristas y acróbatas que actúan en la corte son los mejores de todo el norte, y que el rey Elber les paga ingentes cantidades de argaleos por entretener sus fiestas. Al parecer, la princesa Velaira los adora, y eso despierta mi curiosidad.

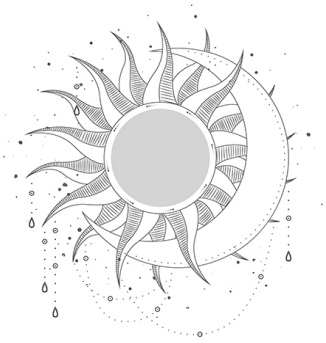
En fin, voy a despedirme ya porque, si vuelvo a llegar tarde a la ofrenda de la tarde, a Dany le dará un ataque.

¡Nos leemos mañana! (espero)

Évolet

Ah, una última cosa. Las tropas de Rieva han vencido a las de Ilta en Assys, ¡no sabes lo contentas que estamos! Nuestra flota es superior a la del sur, pero estoy segura de que la victoria ha sido gracias a Mekros, la diosa de las aguas, que está de nuestro lado. Nuestros dioses siempre nos protegen.

Mitra me ha contado que desde los acantilados se pueden ver los trozos de barcos sureños que están llegando a la playa. Quizá baje a verlos cuando todas estén durmiendo. Nunca he visto un barco de cerca, y no creo que ocurra nada malo por echar un vistazo, ¿no?



1

115 ciclos de oscuridad después…

Para mí, la muerte estaba relacionada con el hielo. Los enfermos que llegaban a nuestro pequeño hospital siempre tenían el pecho congelado. Con cada beso que regalaban, el frío se les extendía por el cuerpo y les iba grabando en la piel sus vetas de cristal. Daba igual que fuera un beso romántico, uno familiar, el mero roce de unos labios curiosos; todos estaban malditos.

El primero dolía poco, y hasta se había convertido en un símbolo de rebeldía; el segundo ya empezaba a dificultarles la respiración. Con el tercero los temblores se volvían insoportables, tanto que ni siquiera el fuego conseguía calmarlos. El cuarto era el peor porque el hielo ya te había llegado a los huesos y empezaban los delirios.

El quinto beso significaba la muerte.

—¡Esto es un desastre! —exclamó mi tía Uxa, limpiándose el sudor de la frente con un paño—. No damos abasto.

—Haremos lo que podamos —le respondió mi tía Fai—. Como siempre.

La habitación a la que llamábamos «hospital» se estaba quedando pequeña. En el aire flotaba el olor a sangre, a hierbas aromáticas, los gritos y quejas de los pacientes. Normalmente solo acudían a nosotras los enfermos de la maldición, algún niño que se

había roto un hueso o los aldeanos que caían ante la fiebre invernal, así que nunca habíamos tenido juntos a más de diez pacientes. Aquella mañana teníamos treinta y dos.



Observé a mis tías con preocupación y me pregunté cuánto tiempo llevarían sin dormir. Uxa era la más anciana, y las arrugas de su rostro me recordaban a la corteza de un roble. Su pelo, siempre recogido bajo la tela de un paño negro, era del mismo color que la nieve; sus ojos, del de las hojas que nacían en primavera. Fai, algo más joven y enérgica, los tenía del color de las castañas. De rostro redondo y manos suaves, la magia ancestral que le corría por las venas se reflejaba en los deliciosos platos que preparaba.

—Haremos más de lo que podamos —le dijo Uxa—. Las tropas de Silas no van a detenerse, así que nosotras tampoco lo haremos.

En cuanto escuché el nombre del rey de Ilta, todo mi cuerpo se puso en tensión. Aunque llevábamos en guerra desde que los dioses nos habían creado, hacía solo seis días que sus tropas habían conquistado Daris, la ciudad más cercana al bosque de Valoa y, por tanto, a Jata, la capital. Los pocos supervivientes, heridos y desesperados, se habían cobijado tras las protecciones mágicas del bosque para buscar la sabiduría de las meigas. Por eso, por primera vez en mucho tiempo, nuestro pequeño hospital estaba lleno.

—Navia —dijo Bibas, sacándome de mis pensamientos. Me puso un tarrito de cristal en cada mano y después señaló con la cabeza a un anciano al que habían tumbado bocabajo en una camilla improvisada—. Atiéndele. Llegó anoche junto a los supervivientes de Daris.

Aunque todas eran meigas centenarias, tan antiguas que incluso habían vivido la época anterior a la maldición, Bibas era la más joven. Además de ser la que daba mejores abrazos, también podía hacer que crecieran las plantas hasta en la tierra congelada del bosque. Desde que Ikaroa nos había lanzado su maldición hacía ciento quince ciclos de oscuridad, los inviernos eran más crudos, y las primaveras, más cortas, así que al dolor de la guerra se le habían sumado el del hambre y el frío. Sin embargo, mientras que los habitantes de Rieva tenían que luchar contra las inclemencias del tiempo para poder sobrevivir, a mi tía Bibas le bastaba con cantar una canción para que en nuestro huerto crecieran zanahorias,

tomates, cebollas y trigo. Siempre llevaba hojas enredadas entre los rizos y restos de tierra en las uñas, pero sus ungüentos eran tan poderosos que habían salvado a más de un herido de las garras de la muerte.

Observé los dos tarros de cristal, temerosa de que se me cayeran al suelo, y Bibas añadió:

—El morado es para que se lo eches en la herida de la pierna, el azul para que se lo tome.

Continué observando los dos botes, intentando diferenciar su contenido. Por alguna razón que no comprendía, no era capaz de ver los colores. Para mí, el mundo estaba hecho de blancos, negros y grises, los únicos tonos que era capaz de distinguir, y nada podía cambiarlo. Mis tías habían intentado curarme de todas las formas posibles, pero no lo habían conseguido. Con el paso del tiempo había aprendido que para describir el azul tenía que hablar del «color del cielo», o que para referirme al naranja tenía que decir: «El color del fuego», pero era consciente de que el mundo que yo percibía era muy distinto al de los demás. Había sabido adaptarme, aunque eso hacía que mis tías olvidaran con facilidad lo que me ocurría.

—Perdona, Navia —me dijo Bibas, al ver que dudaba, mientras me cogía la mano derecha con cariño—. Este es el azul. Es un poco más líquido, ¿lo ves? Es un tranquilizante que le ayudará a dormir, así que tiene que bebérselo. El otro se lo aplicas directamente en la herida.

—Gracias, tía.

—Ayuda al anciano, anda. Yo voy a ver qué le ocurre al bebé de Yessa. Lleva sin comer desde ayer.

Sujeté con fuerza los pequeños tarros de cristal y, sin decir nada más, me acerqué hasta el paciente. Estaba cansada, mucho, pero no podía detenerme. Los enfermos nos necesitaban, y eso era lo único que importaba.

—Hola —le dije al anciano cuando me agaché a su lado—. ¿Me dices tu nombre?

El hombre giró la cabeza y me miró como si fuera una diosa que se había aparecido ante él. Eso era siempre lo peor: la esperanza. La mayoría de los enfermos, ya fuera por la maldición o por la guerra, llegaban hasta nosotras con la seguridad de que no iban a morir. Para eso se adentraban en Valoa, ¿no? Para que las meigas los curaran. Era muy doloroso saber que eso no siempre estaba en nuestras manos.

—Brais —musitó. Estaba sudando y tenía la mirada empañada por el dolor—. Me llamo Brais.

—Encantada, Brais. Yo soy Navia. Estoy aquí para ayudarte, ¿vale? Tómate esto.

Le entregué el tarro de cristal con la sustancia líquida y él, aún tumbado bocabajo, se lo bebió. Mientras, abrí el otro tarro y observé su pierna herida. La tela del pantalón estaba cortada por la mitad, así que enseguida vi el corte infectado que tenía en la parte trasera del muslo. Una sustancia blancuzca y viscosa parecía estar comiéndose la carne del hombre, desgarrándosela poco a poco con unos dientes invisibles y letales. Era hanax, el veneno caníbal.

La rabia me estalló en el estómago y tuve que maldecir al rey Silas por lo bajo. Los sureños eran conocidos por la enorme cantidad de venenos que los brujos de la Orden de los Envenenadores sabían elaborar; nosotros, por ser sus víctimas preferidas. El hanax era uno de los más comunes, pero no era ni de lejos el peor.

—¿Cuándo te infectaron exactamente? —le pregunté.

—Hace cuatro días. Los supervivientes del ataque a Daris quisimos huir a Xilo, pero los soldados nos encontraron en el camino. Fuimos pocos los que conseguimos escapar con vida. Al ver que estábamos infectados, vinimos directos al bosque.

Cuatro días. Cuatro días era demasiado tiempo. A esas alturas, ningún remedio podía neutralizar el hanax. El veneno ya se estaba comiendo la carne del anciano, provocándole un dolor ardiente y desgarrador. Cuando llegara hasta su corazón, lo mataría.

—Bien —musité—. Veré lo que puedo hacer.

Comencé a cubrir la herida con el ungüento de Bibas y el anciano gritó de dolor. Sabía lo mucho que escocía, pero aquella masa que olía a lavanda era lo único que podía paliar los efectos del hanax. No le salvaría la vida, pero al menos evitaría que muriera entre terribles sufrimientos.

—¡Uxa! —exclamó Bibas a mi espalda—. ¡Necesito más hinojo!

—¡Y yo un descanso de vuestros gritos! —le respondió esta.

—¿¡Y dónde se ha metido Or!? ¡Necesito a Or!

—¡Nadie sabe nunca dónde se mete Or! —le respondió Fai.

El bebé de Yessa comenzó a llorar, y el paciente que estaba tumbado junto a Brais se tapó los oídos. Yo me esforcé por ignorar el alboroto que nos rodeaba, por concentrarme en el anciano y en su herida.

—¿Cómo fue? —le pregunté—. El ataque a Daris.

—Una pesadilla. Llegaron en mitad de la noche y… fue horrible. Solo recuerdo las llamas, y los gritos, y la sangre.

—Tienen al dios del fuego de su lado, quizá ha bajado para acabar con nosotros.

—¿Para qué necesitan a Shaa si tienen a Silas como rey?

Apreté los labios y dejé que la rabia que sentía hacia Silas ardiera con fuerza en mi estómago.

La guerra había comenzado hacía más de mil ciclos de oscuridad, cuando Hashkin traicionó a Ikaroa, y fue el conflicto, precisamente, el que propició nuestra creación: tanto el dios del día como la diosa de la noche decidieron poblar su parte del continente, dotándolo así de un ejército que lo defendiera. Ambos querían destruir al otro, pero una lucha entre dioses habría acabado con el mundo que tanto les había costado crear, así que necesitaban soldados que lo hicieran por ellos: los humanos. Así, la victoria no solo sería simbólica, sino que también les entregaría la parte del territorio que les faltaba. Hashkin quería Rieva para humillar a Ikaroa; ella ansiaba Ilta por la misma razón.

Unas batallas las ganó el norte; otras, el sur. Pero el enfrentamiento nunca cesó. El odio estaba en nuestra carne, en

nuestras venas, y había sido así durante siglos.

O hasta que los innombrables se enamoraron.

Évolet y Aiden, dos nombres que, aunque se susurraban, estaba prohibido decir en voz alta, desataron juntos la ira de los dioses. Ikaroa, que ya había experimentado antes la traición de Hashkin, fue la que más sufrió. Dolida y llena de ira, no se había contentado con acabar con las vidas de ambos, sino que también había lanzado la maldición de los cinco besos sobre Rieva y sobre Ilta. Por si eso fuera poco, tanto ella como su panteón de lunas nos habían abandonado para siempre, dejándonos solos contra la rabia de nuestros enemigos.

Durante ochenta y cinco largos ciclos, la guerra se paralizó. Tanto Rieva como Ilta levantaron sus defensas y se dedicaron a lamerse las heridas. Aunque el odio seguía ahí, aderezado con un doloroso resentimiento, el norte y el sur parecieron olvidarse de la violencia y se centraron en aprender a convivir con la maldición. Los norteños llegaron a pensar que los dioses del sur también habían desaparecido y que, sin Hashkin ni Ikaroa, no tenía sentido seguir luchando.

Sin embargo, se equivocaban.

Claro que se equivocaban.

Hacía treinta ciclos de oscuridad, Hashkin y su panteón de soles habían vuelto a comunicarse con los habitantes de Ilta. Fue entonces cuando comenzaron a prepararse para conquistar el norte, cuando descubrimos que nuestros dioses tenían intención de ayudarnos; cuando aquellos que habíamos degustado la paz supimos a qué sabía la guerra. Fue entonces cuando Silas se hizo con el trono del sur.

Nadie sabía de dónde había salido ese hombre desconocido, pues no pertenecía a la familia real y ni siquiera parecía tener relación con ella, pero Hashkin lo había elegido como recipiente. Eso significaba que el dios del día estaba dentro de él, que aunque no le controlaba podía hablarle y también entregarle su poder. Se había convertido en

el primer rey dios de la historia y, por tanto, en un enemigo al que los norteños no podíamos hacer frente.

—Lo que los sureños hicieron en Alvar ya nos demostró que no tienen corazón —le dije a Brais, apenada—. Esas pobres sacerdotisas…

El anciano guardó silencio, pero fue incapaz de ocultar el dolor de su mirada. Tres lunaciones atrás, el ejército de Silas había cruzado la cordillera que separaba el norte del sur y había entrado en Rieva. Su primera parada había sido el templo de Alvar, que había quedado reducido a cenizas. Las lúares que servían en él habían sido asesinadas sin piedad; los libros de la biblioteca, destruidos. Toda Rieva lloraba aún por lo que había ocurrido en aquel templo, y toda Rieva se estremecía pensando cuál sería su siguiente objetivo.

—A mi mujer la mataron —susurró el anciano. No estaba llorando, pero un velo de tristeza envolvía sus palabras—. En Daris. No pudo escapar.

—Brais…

—Quería quedarme con ella, morir a su lado, pero mis vecinos me obligaron a abandonarla y me sacaron de la ciudad. Toda una vida juntos y esos malnacidos del sur… Esos malnacidos me lo han arrebatado todo.

—Lo siento muchísimo —le dije. Mis palabras no podían borrar su dolor, pero esperaba que le ofrecieran consuelo—. No sabes cuánto.

—Le di un beso —confesó—. El primero desde que la conocí.

Le observé, incapaz de ocultar la sorpresa. Como estaba tumbado bocabajo no podía verle el pecho, pero me imaginaba que las vetas de hielo habrían cubierto ya la piel que había sobre su corazón, creando una bella espiral congelada que, si daba cuatro besos más, lo mataría.

—Un beso no es peligroso —le respondí—. Lo único que hace es iniciar la cuenta atrás.

—¿Has dado alguno?

El atrevimiento del anciano me pilló desprevenida. Preguntarle a alguien cuántos besos había dado era demasiado íntimo, una

pregunta que solo se les hacía a aquellos que formaban parte de tu círculo más cercano, a veces ni siquiera eso.

—No —le respondí. No pude evitar que un incómodo calor se arremolinara en mis mejillas—. No he dado ninguno.

—Entonces no entenderás lo que me pasa. No me arrepiento de lo que hice, pero desde que la besé siento un frío terrible en el pecho. Es un frío que no desaparece.

—El frío es el síntoma más común del primer beso. Hay personas a las que les afecta más, a otras menos, pero el primero es el que menos daño hace.

—Me habría gustado darle los otros cuatro también.

Los dos nos quedamos callados; él por culpa del dolor, yo, de mis pensamientos. A pesar de que nunca había sentido esa necesidad sacrílega de besar a alguien, tampoco le culpaba. En muchas ocasiones, los besos se gastaban con los muertos. El sacrificio del funeral, lo llamaban. Las despedidas estaban cargadas de una desesperada necesidad de demostrar amor, y nadie parecía acordarse de la maldición.

—No eres una meiga, ¿verdad?—me preguntó Brais. Su voz sonó algo pastosa, lo que me indicó que el tranquilizante de Bibas estaba empezando a hacer su efecto—. ¿Dónde está tu familia?

Pasé los dedos por la parte más lechosa de la herida del anciano, pero él ni siquiera arrugó la nariz. La masa de lavanda había cubierto por completo los restos de hanax, apagando el ardor que los dientes del veneno provocaban en la carne abierta.

—Los mataron —le respondí—. A mi madre, a mi padre y a mis dos hermanas.

—Ahora soy yo el que lo siente.

—Fue antes de la guerra —le dije—. Unos sureños entraron en Rieva y… ya imaginas cómo acaba la historia. Yo solo era un bebé cuando ocurrió, pero alguien me llevó al bosque y me salvó la vida. Mis tías me encontraron y decidieron cuidarme, por eso estoy aquí. Soy una meiga adoptiva.

—¿Y no sabes quién te salvó?

—No, y creo que nunca lo sabré.

El anciano perdió sus ojos en los míos, en ese extraño color oscuro con motas de plata que parecía un cielo estrellado y que, al parecer, había heredado de mi madre; después me miró el mechón de pelo que se había escapado por debajo del paño que lo cubría. Mi tía Uxa siempre decía que era tan negro como el pelaje del Can de Urco, el perro monstruoso que salía del mar, pero él no pareció encontrar ningún mal augurio en él. Sin decir nada, bajó la mirada para observar con detenimiento la piel de mi rostro, las pecas que tenía espolvoreadas sobre la nariz, mis ropas parduzcas manchadas de sangre.

Quizá solo era que le recordaba a alguien, pero los latidos de mi corazón se aceleraron ante su escrutinio. Siempre que contaba mi historia tenía miedo de que alguien me reconociera, de que atara los cabos sueltos y se diera cuenta de quién era en realidad porque eso me pondría en peligro. Sin embargo, entre tantas víctimas que dejaba la guerra, ¿por qué iba a sospecharlo siquiera? Las tropas de Silas habían dejado cientos de huérfanos a su paso, miles de familias destruidas. No había nada en mi historia que pudiera acercarle a la verdad.

—Voy a morir, ¿verdad? —me preguntó sin dejar de mirarme.

Respiré tranquila al comprobar que mi verdadera identidad no estaba en peligro, y después le respondí:

—Tu destino lo elegirán los dioses. Ikaroa decidirá cuándo deberás reunirte con Taika al Otro Lado.

—Los vi, vi a los brujos de la Orden de los Envenenadores. Sé que fueron ellos los que pusieron hanax en las flechas de los soldados.

La mención a la Orden me puso muy tensa. Los brujos de Silas no solo eran poderosos, poseedores de una extraña magia oscura, sino también crueles y sanguinarios. Los rumores decían que capturaban prisioneros de guerra para experimentar con ellos en la Ciudadela, sometiéndoles a tormentos inimaginables, y que era así como conseguían comprobar la eficacia de sus venenos.

—¿En Daris? —susurré—. ¿Fue allí donde los viste?

—Sé… sé lo que buscan aquí, en Rieva. Sé por qué han venido.

—¿Por qué?

El anciano parpadeó con lentitud, dejándose llevar por el cansancio y la ansiada tranquilidad que le proporcionaban los ungüentos, y yo me vi obligada a insistir:

—¿Quieren más prisioneros? ¿O están ayudando a Silas con su magia?

—No —musitó él—. Quieren… Buscan… las criaturas de la noche.

Me quedé quieta, como si de pronto me hubieran clavado una daga invisible en el estómago. Casi pude sentir cómo un extraño agujero se abría poco a poco en mi interior y empezaba a devorarme las entrañas.

—Tenían a algunas encerradas —continuó. Se estaba quedando dormido, pero yo necesitaba que siguiera hablando, que me diera toda la información posible—. Llevaban con ellos unas jaulas grandes…, enormes…, y estaban encadenadas…

El anciano cerró los ojos, respirando con lentitud, y yo maldije por lo bajo. Siempre me había sentido muy unida a las criaturas de la noche. Quizá era porque cuatro meigas me habían criado en mitad de un bosque que consideraba mi hogar, o quizá porque llevaba mucho tiempo estudiándolas para escribir un bestiario que se había convertido en mi vida, pero de repente notaba en la garganta un nudo que ardía como si estuviera hecho de fuego.

—¿Para qué las necesitan? —le pregunté con un hilo de voz—. A las criaturas.

—Sangre… Quieren… su…

—¿Su sangre?

Pero Brais ya se había quedado dormido y no me respondió.

Le observé, luchando contra mis ganas de despertarle y exigirle respuestas, pero finalmente me puse en pie. Estaba mareada, con una tristeza profunda atravesándome el pecho.

Rieva era un país plagado de criaturas extraordinarias, criaturas que habitaban en las sombras de los bosques y bajo las olas del mar. Mouras, trasnos, serpes, diaños e incluso meigas; todas ellas habían

sido creadas por Idriel, diosa de las estrellas. Su sangre era mágica, plateada como la luz de las constelaciones, y era tan fácil encontrarlas como a los animales o a las plantas. En Ilta, sin embargo, tanto las criaturas como la magia eran escasas, un bien ansiado, pero muy difícil de encontrar. ¿Sería esa la razón por la que los brujos de la Orden las querían?

Estaba tan concentrada en mi propia angustia que, cuando escuché el grito, me sobresalté.

—¡No! ¡No, por favor!

Al otro lado de la habitación, un muchacho temblaba sin control. No debía de haber vivido más de quince inviernos. El pelo le caía sobre la cara y tenía la mirada perdida, como si su mente estuviera muy lejos del lugar en el que se encontraba su cuerpo. Aunque estaba encogido sobre sí mismo, llevaba la camisa abierta, por lo que pude ver los brazos del hielo recorriéndole el pecho, congelando su corazón.

—¡Te mataré! —exclamó—. ¡Te juro que te mataré!

Mis tías no estaban en ese momento en el hospital, probablemente porque habían ido a preparar más tarros de hierbas medicinales, así que me acerqué hasta él.

Cuando me arrodillé a su lado, el muchacho ni siquiera me miró. Había visto a bastantes enfermos como para saber lo que le ocurría. Los temblores descontrolados, la escarcha creando hermosas formas sobre su piel, la mirada perdida. Había dado ya cuatro besos, así que solo le quedaba uno para morir.

—Tranquilo —le susurré. Metí la mano en el bolsillo de mi delantal y le ofrecí un pequeño tarro de cristal con sustancia líquida en su interior—. Tómate esto.

El muchacho no me escuchó. Temblaba con violencia, y sabía que las alucinaciones se habían hecho con el control de su mente. ¿A quién le habría dado ya cuatro besos? ¿A alguien de su familia? ¿A un amor tan apasionado como repentino? Era demasiado joven, demasiado ingenuo.

Me acerqué un poco más a él y le puse el tarro en la mano. La maldición de Ikaroa era una de las pocas enfermedades que no podíamos curar porque ni siquiera mis tías podían luchar contra el poder de la Madre. Sin embargo, habíamos elaborado un brebaje a base de tomillo y menta que proporcionaba cierto consuelo. El frío no desaparecía, el hielo tampoco, pero los temblores se calmaban.

Al notar el cristal contra su piel, el chico me miró. Tenía los ojos oscuros, muy oscuros, con unas profundas ojeras que me hablaban de noches enteras sin dormir. Le sonreí, buscando tranquilizarle, pero su rostro no me devolvió calma, sino sorpresa y miedo. Rabia.

—No —me dijo, en voz baja—. Tú no.

Su respiración se aceleró y, sin dejar de temblar, estrelló el tarro de cristal contra la pared. Todos los enfermos del hospital enmudecieron; yo me estremecí. Sabía que estaba siendo víctima de los delirios de la maldición, pero había algo en la forma en la que me miraba que levantó todas mis defensas.

—Tranquilo —le repetí—. No voy a hacerte daño.

—¡Mentira!

Se abalanzó sobre mí, tirándome al suelo, y yo intenté defenderme. Sin embargo, él era mucho más fuerte. Los enfermos del hospital comenzaron a gritar. Lo único que podía ver era la mirada desquiciada del muchacho, sus dientes apretados, la piel sudorosa de su rostro.

—¡Ayuda! —grité—. ¡Uxa! ¡Fai!

Muchos pacientes se pusieron en pie, pero la mayoría de ellos estaban heridos y no podían hacer nada por ayudarme. El bebé de Yessa comenzó a llorar cuando su madre, entre voces y órdenes alteradas, abandonó el hospital a toda prisa.

—¡No deberías estar viva! —me gritó el chico.

Forcejeamos y, al darme cuenta de que sus manos se acercaban peligrosamente a mi cuello, grité. Podía ver la muerte en su mirada, esa muerte de la que llevaba toda la vida huyendo, pero que parecía haberme encontrado por fin.

Le empujé con todas mis fuerzas, pero lo único que conseguí fue enfadarle más. El chico emitió un gruñido animal y, con mucha rabia, me arañó la mejilla derecha. Ahogué un grito cuando sentí el latigazo de dolor en el rostro, el calor de la sangre abriéndome la piel.

—¡Navia! —exclamó Bibas.

Mis tías entraron en el hospital y me quitaron al muchacho de encima. Yo me quedé paralizada, presa del miedo, como si lo viera todo desde fuera.

—¿Estás bien? —me preguntó Fai, agachándose a mi lado.

Asentí mientras observaba cómo Bibas y Uxa sujetaban al chico, cuyos lamentos se me clavaban como cuchillos, para que Or pudiera meterle en la boca uno de los brebajes que escondía en el delantal.

—¡Tranquilo, no vamos a hacerte nada! —le gritó Uxa.

El muchacho se revolvió como una bestia salvaje, pero, en cuanto el líquido rozó sus labios, los temblores cesaron y él cayó en un sueño profundo del que iba a ser difícil despertarle.

—Ven —me dijo Fai—. Vámonos.

Mi tía me ayudó a levantarme y, ante las miradas atónitas de los pacientes, salimos juntas del hospital. Me temblaban las piernas y notaba un incómodo nudo bloqueándome la garganta, pero no era porque me hubiera asustado, sino porque había temido que alguien me hubiera reconocido.

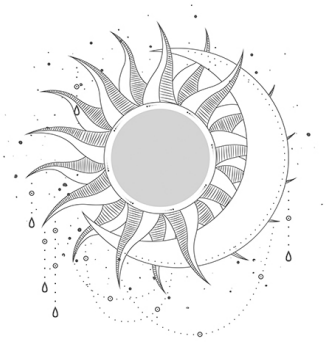
«¡No deberías estar viva!».

—Estás sangrando —me susurró Fai en una advertencia velada.

Lo último que hice antes de abandonar el hospital fue taparme el arañazo de la cara, avergonzada y asustada. Al igual que mis ojos, que parecían tener estrellas en su interior, el líquido que corría por mis venas era distinto al de los demás.

Mi sangre no era común, sino sangre real.

Y era exactamente igual a la de las criaturas que la Orden de los Envenenadores estaban cazando.



2

Las llamas crepitaban en el centro de la lareira, la enorme chimenea de piedra que hacía esquina en la cocina y en la que calentábamos la comida. Aunque el humo subía por la campana para salir al exterior, dejando restos de hollín en las columnas que la sostenían, la estancia entera olía a hogar.

Habíamos vuelto a casa hacía un buen rato, y la noche ya amenazaba al día con su oscuridad. Aún estaba nevando y las garras afiladas del frío arañaban los muros de la casa, pero el fuego mantenía la estancia caliente, ajena a la tormenta del exterior.

Mientras mi tía Fai removía el contenido del caldero, que colgaba de una cadena sobre el fuego, Liara, mi mejor amiga, estaba sentada a mi lado, cubriéndome la herida del rostro con un emplasto que hacía que me lloraran los ojos.

—¿Necesitas que te ayude? —le preguntó mi tía.

—No te preocupes —le respondió ella—. Navia es una buena paciente.

A pesar de que Liara era una sacerdotisa y solo podía mostrarles el rostro a sus compañeras del templo, con nosotras se permitía la libertad no solo de retirarse el daceo, sino también de tocarnos. No era lo común, ya que las superioras podrían considerar que estaba rompiendo sus votos e incluso expulsarla, obligándola a vivir como una paria de la sociedad; pero yo había crecido entre el templo y el

bosque, por lo que muchas de las lúares me consideraban una hermana más. Mis tías, por su parte, se habían comprometido a guardarle el secreto.

—¿Los dioses no se enfadarán contigo? —le había preguntado yo la primera vez que vi su rostro.

—Y si es así, ¿qué van a hacer? —replicó ella—. ¿Dejar de hablarme?

Esa irreverencia que no nacía del desprecio, sino del dolor, fue lo que me hizo admirarla. Todos solíamos mostrarnos dóciles y asustados ante el silencio de los dioses, pero ella parecía querer provocarlos, como si solo así fuera a conseguir que volvieran.

—Nos han abandonado —solía decir—, así que tenemos que hacer lo posible por obligarlos a mirarnos.

La observé, deteniéndome en los mechones ondulados que se le escapaban por debajo del velo. Aunque yo los veía de un gris muy claro, me había repetido cientos de veces que era rubia. «Rubia, como el trigo». Teníamos la misma edad y sus rasgos eran ya los de una mujer, pero para mí siempre serían los de la niña que había conocido hacía ya quince ciclos de oscuridad, la niña que se había convertido en mi otra mitad.

—Uxa y Bibas siguen en el hospital —dijo Fai—. En cuanto el caldo esté listo, iré con ellas.

—¿Quieres que vaya contigo? —me ofrecí.

Desde el incidente con el muchacho, estaba inquieta. No era solo por el ataque, sino también porque Brais me había dicho que los brujos de la Orden de los Envenenadores estaban allí, cazando criaturas de la noche, y mis tías eran meigas. ¿Cuánto tardaría Silas en romper las protecciones mágicas de Valoa? ¿Y en encontrarnos? No, no quería ni pensarlo. Ni siquiera me había atrevido a contárselo aún porque decirlo en voz alta lo haría real, un terror al que no podía enfrentarme.

—No, niña, tú descansa —me respondió Fai—. Malo será que justo te necesitemos esta noche.

—¿Dónde está Or? —quiso saber Liara—. No la he visto desde que he llegado.

—Está por la casa haciendo las cosas raras que hace Or —le respondió mi tía—. Me tiene harta.

—Ay, no. Odio que hable con los espíritus cuando estoy aquí.

—¡¿Tiene hambre mi pequeñín?! —exclamó de pronto Fai en un tono alegre y cariñoso.

Metido en el fregadero de piedra que había junto a la ventana, observando la nieve con la emoción de un niño, estaba Breto, nuestro biosbardo. Los biosbardos eran seres extraños, criaturas del bosque que no solían dejarse ver por los humanos. De hecho, eran tan esquivas que casi nadie creía en su existencia.

Aunque le gustaba cambiar de apariencia, en ese momento tenía el cuerpo cubierto con un pelaje muy suave, unas orejas redondeadas, los ojos grandes y brillantes. Por alguna razón había decidido que quería tener cuernos, y también unos colmillos afilados, que se escapaban de entre sus labios. No era más grande que un gato, pero, desde que vivía con nosotras, había engordado. Breto ya no era la pequeña bola de pelo que había aparecido en la puerta de nuestra casa hacía un par de ciclos de oscuridad; gracias a los cuidados de mis tías, había triplicado su tamaño. Daba igual la forma que adoptara porque siempre terminaba siendo mucho más grande de lo que debía.

—Breto, tendrías que haber aprendido a cazar —le dije cuando mi tía le metió la cuchara de madera en la boca—. ¿Por qué te siguen alimentando como a un bebé?

—¡Navia! —me riño Fai—. Pobrecito, está solo e indefenso.

—Bueno, yo también lo estaba cuando me adoptasteis y no tenéis que darme de comer. Reconoce que lo mimáis demasiado.

—No puedes comparar tu situación con la suya.

Breto me lanzó una mirada asesina; yo le saqué la lengua. Adoraba a esa criatura consentida, la adoraba tanto como adoraba a mis tías, pero era divertido hacerla enfadar. Me gustaba comprobar

dónde estaban los límites de su paciencia, qué aspectos podía adoptar cuando se ponía nervioso.



—Ya está —musitó Liara. Se echó hacia atrás y, mientras me observaba la herida, se limpió las manos con el trapo que había dejado sobre la mesa—. No creo que te quede cicatriz.

—No, no le va a quedar —añadió Fai—. Ese ungüento lleva caléndula.

—Ah, ¿sí? —pregunté yo—. No sabía que nos quedaba.

—Bibas hizo crecer una poca hace un par de días.

Mi tía se apartó de Breto y se acercó hasta una de las estanterías de madera que colgaban de las paredes de la cocina. Después, cogió un pequeño bote de cristal lleno de hierbas y, sin decir nada, volvió a la lareira y las echó en el caldo.

—¿Cómo van las cosas en el templo, cielo? —le preguntó a mi amiga—. Cuéntale algún chisme a esta pobre anciana.

Liara solo salía del templo para acudir a nuestra cabaña, ya que mis tías les proporcionaban medicinas. Las lúares de Valoa servían tanto a Ikaroa como a Ninfe, diosa de la naturaleza, y muchas veces necesitaban los ungüentos de las meigas para curar a los animales que encontraban heridos en el bosque.

—Estamos todas muy nerviosas —respondió ella—. Después de lo que los sureños hicieron en el templo de Alvar… nos aterra tenerlos tan cerca.

—Daris está muy cerca de aquí —le dijo Fai—. Es normal que estéis nerviosas. ¿Seguís haciendo los rituales?

—Sí, pero para lo que sirven…

—¡Liara! —la reñí—. No digas eso.

—Puede que la Madre no nos responda, pero está ahí —replicó Fai—. No dejará que Hashkin llegue hasta la capital.

Mi amiga suspiró con cansancio y, por unos instantes, lo único que se oyó en la cocina fue el crepitar del fuego. Algo dentro de mí me empujaba a creer en los dioses, a confiar en sus decisiones, pero no podía culpar a Liara por guardarles rencor. Por muchas batallas que perdiéramos, por muchas tierras que Silas conquistara, Ikaroa y su panteón de lunas continuaban sumidos en el silencio. ¿Tan difícil era mandarnos una señal? ¿Fortalecer nuestra esperanza?

Giré la cabeza hacia la ventana y, justo en ese momento, Breto saltó a mis brazos.

—¡Breto! —exclamé—. ¡Que pesas mucho!

Pero a él no pareció importarle. El biosbardo se acomodó sobre mis piernas y me dedicó una mirada suplicante, pidiéndome sin necesidad de palabras que le diera cariño. ¿Cómo podía negarme? Con esos ojos tan grandes, era demasiado adorable.

—Bueno —le susurré—. Pero solo un rato, ¿eh? Luego volveré a odiarte.

Lo acaricié detrás de las orejas, su sitio favorito, y él comenzó a hacer un sonido parecido a un ronroneo. Al verlo tan tranquilo, tan cómodo, no pude evitar pensar en Silas, en la Orden de los Envenenadores, en lo que me había dicho Brais en el hospital. Saber que los brujos de Ilta habían capturado a seres tan puros como Breto, que estarían gritando dentro de sus jaulas sin que nadie los escuchara, me provocaba un dolor insoportable.

¿Para qué necesitaban los sureños la sangre de nuestras criaturas?

¿Para qué necesitaban *mi* sangre?

—¿Creéis que el chico que me ha atacado era un enviado de Silas? —les pregunté a Fai y a Liara sin apartar la vista del biosbardo—. ¿Creéis que quería… matarme de verdad?

Mi amiga se puso muy tensa, pero Fai continuó removiendo el caldo con calma, como si los movimientos circulares de la cuchara la tuvieran hipnotizada. Tras unos instantes de silencio, me respondió:

—No, no creo que fuera un enviado de Silas. Ese pobre muchacho había dado ya cuatro besos y estaba sumido en las alucinaciones de la maldición. Ni siquiera sabía lo que estaba diciendo.

—Además, Silas no sabe dónde te escondes —añadió Liara.

—Pero ¿y si lo hubiera averiguado?

—Si lo hubiera averiguado, seguirías estando a salvo tras las barreras del bosque —me respondió Fai.

—¿Tan a salvo como lo estaban mis padres?

Mi tía me miró con tristeza; yo apreté los labios. Los dioses habían levantado las protecciones del bosque de Valoa para salvaguardar Jata, la capital, y solo los norteños podían atravesarlas.

O, al menos, eso creíamos.

Hacía veintidós ciclos de oscuridad, dos envenenadores del sur habían conseguido llegar hasta ella. Así era como habían asesinado tanto a mis padres como a Deva y a Sarela, mis dos hermanas mayores. Lo único que me habían dejado de ellos eran sus nombres.

—Navia, hemos hablado de esto cientos de veces —replicó mi tía—. Lo que les pasó a tus padres… Estoy segura de que los asesinos eran norteños comprados por Ilta. Los siervos de Hashkin no pueden cruzar las barreras de Valoa, es imposible.

—Además, los sureños conocían a tus padres —añadió Liara—, eran un objetivo muy claro. Tú, sin embargo, estás a salvo. Por mucho que pienses que sí, nadie podría reconocerte con solo mirarte.

—Si no hubiera sido por lo que te ocurre cuando hay luna llena, ni siquiera nosotras habríamos sabido quién eras. ¿Por qué iba a saberlo ese muchacho?

Bajé la vista y observé a Breto, preguntándome si Liara y mi tía estarían tranquilas de verdad o solo buscaban calmarme. Había atendido a cientos de enfermos de la maldición, muchos de ellos sufriendo ya las alucinaciones del cuarto beso, y ninguno me había atacado antes. ¿Por qué ese sí? ¿Qué había visto en mí que lo había hecho enloquecer?

«No deberías estar viva».

—Tomad, bebeos esto —dijo Fai. Le entregó a Liara un cuenco de madera lleno de caldo y después me dio otro exactamente igual a mí—. Os calmará. Que no se te caiga, Navia.

—Tía, no soy tan torpe.

Sin embargo, en cuanto cogí el cuenco, me quemé la mano y lo dejé caer sobre el biosbardo. Él soltó un grito y se transformó en una especie de pájaro que salió volando de la cocina empapado en caldo.

—¡Lo siento! —exclamé.

—Sabía que iba a pasar —musitó Fai mientras recogía el cuenco del suelo—. Es que lo sabía.

—Ha sido sin querer —respondí, avergonzada.

Observé cómo el líquido caliente me mojaba la tela del vestido, y me sentí una persona horrible por haber quemado al pobre Breto. Conociéndolo, iba a estar dos lunaciones enteras sin mirarme siquiera.

Mi tía volvió a entregarme el cuenco lleno de caldo, y esa vez me esforcé por no soltarlo. Empecé a bebérmelo con cuidado, y la inquietud que había sentido hacía unos instantes comenzó a disiparse enseguida. La magia de Fai, que hacía efecto a través de la comida, era el mejor remedio para calmar los nervios.

Di varios sorbos, pero, cuando mi tía Or gritó desde el otro lado de la casa, estuve a punto de volver a tirármelo encima.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. ¡Ese bicho me ha robado las bolsitas de ortiga que llevo tres días preparando! ¡Tres días! Como lo coja…

—¡¿Qué ocurre?! —le preguntó Fai mientras se sentaba con nosotras a la mesa—. ¡¿Algún espíritu?!

En ese momento, Or entró refunfuñando en la cocina. Su rostro era el de una anciana, una pequeña y de nariz ganchuda a la que era difícil ver sonreír, pero lo que más llamaba la atención de ella eran sus ojos. Eran blancos, completamente blancos, sin iris ni pupila. Al contrario que el resto de mis tías, que eran meigas del bosque, Or era una vedoira. Y, como tal, podía hablar con los muertos.

—No ha sido ningún espíritu —le respondió Or—. Ha sido un trasno.

—¡¿Hay un trasno en casa?! —exclamé, incapaz de contener la emoción.

De pronto me olvidé de todo lo que me preocupaba porque solo pude pensar en esos pequeños duendecillos que se colaban en las casas para hacer travesuras. Llevaba mucho tiempo estudiando a las

criaturas mágicas de Rieva, observándolas en el bosque para completar mi bestiario, pero los trasnos eran una de las más esquivas que conocía. Nunca había tenido la suerte de ver uno.

—Navia, no. Ese bicho tiene que irse —me advirtió Or—. Los trasnos no son como los biosbardos, no puedes tener uno como mascota.

—¿Por qué no escondéis un plato lleno de semillas? —propuso Liara—. Una vez leí que cuando las ven se ponen a contarlas, pero los granos se les van cayendo por el agujero que tienen en la mano izquierda, y se quedan atrapados un buen rato. Así podríais cogerlo.

—Ah, no, este es muy inteligente —le respondió mi tía mientras se sentaba con nosotras—. No caerá en ese truco tan viejo. Va a ser difícil librarse de sus trasnadas.

—Si me dejarais buscarlo…

—Suelen actuar por la noche —me interrumpió Or—. Cuando se vaya el sol, lo atraparé. No voy a dejar que me rompa la vajilla, y mucho menos que me descoloque la botica. No, por supuesto que no. Al final siempre soy yo la que se encarga de todo. Que si espíritus perdidos, que si trasnos, que si…

—Or, cállate ya —la riñó Fai—. Me levantas dolor de cabeza.

La vedoira refunfuñó y Liara y yo nos miramos de reojo, ambas conteniendo una sonrisa. No había nada en el mundo que le gustara más a Or que quejarse, y no había nada que sacara más de quicio a Fai que escucharla.

—¿Dónde está Breto, por cierto? —preguntó Or—. Pensé que estaba aquí, con vosotras.

—Hemos… tenido un accidente —le respondí yo.

—Navia le ha tirado encima la cena —dijo Liara.

—Va a estar unos cuantos días oliendo a caldo de grelos —añadió Fai.

Las tres se rieron, y yo me vi arrastrada por ellas. Por un momento me olvidé de Silas, de la guerra, del asesinato de mi familia. Por un momento volví a ser una niña rodeada de las personas que más me importaban, y me permití disfrutarlo.

Sin embargo, eso me provocó una honda sensación de culpabilidad.

Mientras estábamos allí, sentadas en la cocina, había criaturas de la noche sufriendo. Aunque estaban lejos, podía oír sus gritos, sentir su sufrimiento. ¿Cómo podía estar tranquila cuando había tantos seres inocentes siendo torturados a manos de los sureños? ¿Cómo, si quedarme quieta solo haría que hubiera más y más y más?

No, no podía seguir callada.

No cuando había hijos e hijas de Idriel encerrados en jaulas, condenados al peor de los destinos.

—La Orden de los Envenenadores está en Daris —solté, poniéndome seria—. Me lo contó uno de los pacientes del hospital. Han venido por las criaturas de la noche.

Liara abrió mucho los ojos; Fai y Or intercambiaron una mirada. Las tres conocían el poder de los envenenadores de Silas, lo crueles que podían llegar a ser. Que hubieran salido de Ilta no podía significar nada bueno.

—¿Por qué? —susurró Liara aún conmocionada—. ¿Para qué las necesitan?

—Quieren su sangre —le respondí yo.

—Tiene sentido —intervino Fai—. Querrán usarla para desarrollar nuevos venenos.

—Pero ¿por qué cazarnos ahora? —preguntó Or—. ¿Qué están tramando?

—Tenemos que hacer algo —dije, preocupada—. Rosten estará allí, en Daris, junto al ejército del norte. Estoy segura de que, si se lo pedimos, nos ayudará.

—Estoy segura de que Rosten nos ayudaría con los ojos cerrados —replicó Fai—, pero no podemos salir de Valoa. Si abandonamos el bosque, Silas nos encontrará.

—Silas *te* encontrará —matizó Or, señalándome.

—¿Entonces vamos a quedarnos de brazos cruzados?

—Navia —insistió Fai—. Sabemos cuánto te importan las criaturas de la noche, pero no puedes ir hasta Daris y meterte en el campo de

batalla.

—No estarán en el campo de batalla —repliqué—. Quizá las tengan en el campamento, o incluso metidas en alguna de las caravanas que acompañan a los soldados. Si vamos de noche, podremos acercarnos a ellas sin que nos vean.

No las convencí.

—Cielo —me dijo Fai—. Eres la única hija de la reina Sondra que queda con vida, la legítima heredera al trono de Rieva. Eres…

—La última esperanza del norte —terminó Or.

Una vez más, ahí estaba: mi verdadera identidad, mi prisión. Desde que me encontraron, mis tías habían sabido que yo era la princesa perdida, la única heredera al trono de Rieva. La Madre había elegido a la reina Arelia hacía más de mil ciclos de oscuridad, y sus descendientes habían gobernado el norte con justicia y sabiduría durante generaciones, defendiéndolo de los ataques de Hashkin y sus siervos.

El asesinato de la familia real había roto uno de los pilares fundamentales de Rieva, pero también había hecho que comenzaran las leyendas: que si la princesa Estela, su hija más pequeña, había sobrevivido a la masacre gracias a una profecía; que si estaba reuniendo un ejército en secreto para derrocar al rey dios; que si la mismísima Ikaroa la había sacado del palacio y le había otorgado un poder que nos libraría del azote del sur…

Aunque nadie conocía mi paradero, la princesa perdida se había convertido en un símbolo de resistencia, en alguien por quien luchar, en un rayo de esperanza; y eso me hacía sentir un fraude. No había ninguna profecía, ningún ejército oculto, ninguna razón aparente por la que Ikaroa podría haber decidido salvarme. Lo que me ocurría cuando había luna llena ni siquiera podía considerarse un arma.

Quien había asumido el gobierno del norte tras el asesinato de mis padres era Minnana, la suma sacerdotisa de Rieva. Era una mujer sabia y poderosa, una mujer a la que no le temblaba la mano al darles órdenes a los soldados. ¿Qué iba a hacer yo, que no era más que una muchacha inexperta a su lado? No sabía gobernar, ni

luchar ni dirigir un reino. Ni siquiera me había atrevido a salir del bosque de Valoa. Lo mejor que podía pasarles a los norteños era que siguiera escondida.

—Creo que debería marcharme ya —dijo Liara poniéndose en pie—. Se está haciendo tarde y si me pierdo el ritual de la medianoche, la superiora me matará.

—Te acompaño a la puerta —le respondí, levantándome también.

—Muchas gracias por el caldo, Fai. Como siempre, estaba riquísimo.

—¡Ten mucho cuidado! —exclamó mi tía cuando abandonamos la cocina—. ¡Y vuelve pronto!

En cuanto llegamos a la entrada, Liara y yo nos miramos. Ella siempre había sido un poco más alta, y también más inteligente. Nunca recordaba si sus ojos eran marrones o azules porque ninguno de esos nombres significaba nada para mí, pero habría reconocido su brillo en cualquier parte.

—Gracias por cortar la conversación —le dije—. Odio…

—Odias que te digan que eres la esperanza del norte y todo ese rollo, lo sé —me interrumpió—. Pero, Navia, sabes que tus tías se equivocan. Con lo torpe que eres, ¿cómo vas a ser la esperanza de nadie? Más bien eres un peligro.

Le lancé una mirada asesina, pero ambas terminamos riéndonos. Con Liara todo era siempre así: fácil, divertido, seguro.

—Intentaré ir a verte pronto, ¿vale? —le aseguré—. Tengo que consultar un par de libros para el bestiario, así que necesitaré tu ayuda.

—Ah, sí, el bestiario.

—Ya sé que te aburre, así que prometo no ser muy pesada.

—Te quiero mucho, Navia, de verdad; pero creo que ese bestiario y yo necesitamos un pequeño descanso el uno del otro. Ya son muchos ciclos de convivencia.

Puse los ojos en blanco, pero acepté su abrazo de despedida. Después, tras observar cómo se cubría el rostro con el daceo y los hombros con su abrigo de piel, la acompañé al exterior. La noche

acechaba al bosque y, aunque los copos de nieve caían con suavidad, la inminente oscuridad había fortalecido al frío.

—Navia —me llamó Liara, dándose la vuelta antes de marcharse—. Cuando eras pequeña te escapabas al bosque a buscar criaturas heridas, ¿te acuerdas de eso?

—Pues claro. Mis tías se llevaban unos sustos tremendos cuando no me encontraban en casa.

—Siempre has tenido complejo de salvadora —me dijo—. Criaturas de la noche, animales, enfermos… No puedes ayudar a todo el mundo, y mucho menos cuando supone ponerte en peligro a ti misma. Lo entiendes, ¿verdad?

Abrí la boca para responder, pero volví a cerrarla al instante. Sabía que mi amiga tenía razón, pero no podía controlar algo que me ardía dentro con tanta fuerza. Por mucho que quisiera permanecer al margen, por mucho que fingiera que no me importaba lo que ocurría a mi alrededor, no podía deshacerme de ese impulso suicida que me empujaba a ayudar a los demás.

—Prométeme que no vas a hacer ninguna tontería, por favor —me pidió.

—Define «tontería».

—No vayas a Daris a salvar a esas criaturas.

Me quedé callada, odiando que me conociera tan bien.

—No tienen por qué descubrirme —repliqué, haciendo que mis palabras dibujaran una nube de vaho en el aire.

—Navia, esto no es un juego. Silas quiere matarte, y si te acercas a él… No podría soportar que te hiciera daño.

La única razón por la que estaba dispuesta a no correr ningún riesgo era esa: no hacer sufrir ni a Liara ni a mis tías. Por mucho que el dolor de las criaturas de la noche tirara de mí, ellas lo hacían con mucha más fuerza.

—Está bien —me rendí—. Te prometo que no me acercaré a Silas.

Liara me miró desde detrás de la tela blanca del velo y, después, se llevó los dedos índice y medio de la mano derecha a los labios. Tras darles un beso, se los colocó sobre el corazón. Yo le devolví el

gesto. Ese era el único beso que podíamos dar sin peligro: el del saludo a Ikaroa.

Cuando mi amiga comenzó a caminar, yo observé desde la puerta cómo sus pies dibujaban en la nieve un reguero de pasos. Solo cuando su figura se perdió entre los árboles, volví a entrar en casa.

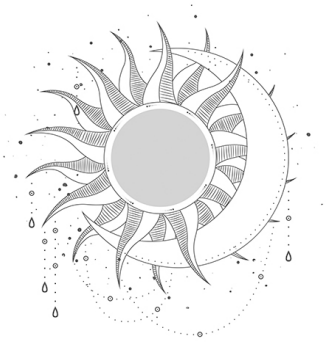
—¡Navia! —me gritó Fai en cuanto cerré la puerta—. ¡¿Vas a querer más caldo?!

A pesar de que había pasado poco tiempo en el exterior, el frío me había inmovilizado las manos. Tuve que frotármelas con fuerza para volver a sentir algo de calor.

—¡No! —le respondí—. ¡Creo que me voy a ir a dormir!

Sin embargo, por muy cansada que estuviera, sabía que no iba a poder conciliar el sueño. ¿Cómo iba a hacerlo con la preocupación burbujeándome en el estómago y la pena estrujándome la garganta?

Esa duda me acompañó mientras subía las escaleras, y no me abandonó cuando me encerré en mi habitación.



3

La luna creciente brillaba con fuerza en la oscuridad de la noche, como si el cielo fuera el rostro de la Madre, y el astro de plata, su sonrisa.

Camuflada entre las sombras de mi habitación, la observé con admiración. La tormenta había amainado y ya no quedaban nubes, así que su luz se colaba por la ventana y acariciaba cada rincón de la estancia, iluminándolo todo con la magia argéntea de Ikaroa. Solo quedaban ocho noches para la próxima luna llena, ocho noches para que tuviera que recluirme en casa, y eso me tenía inquieta.

Una vez más, me había despertado por culpa de una pesadilla. En ellas siempre ocurría lo mismo: Silas aparecía frente a mí y, por mucho que intentara escapar, terminaba alcanzándome. En cada uno de mis sueños el rey dios tenía una apariencia distinta, pero todas eran monstruosas y aterradoras. Tentáculos, dientes afilados, alas oscuras de gran envergadura… Daba igual lo que ocurriera porque el final siempre era el mismo.

—¡Te mataré! —me había gritado esa noche, con la boca llena de sangre, tras adoptar la forma del muchacho del hospital—. ¡No deberías estar viva!

Después, sus manos me habían apretado el cuello hasta dejarme sin aire.

Me había despertado llorando, con la respiración entrecortada, y no había sido capaz de volver a dormir. Por eso, me había sentado sobre la cama y había decidido concentrarme en la única actividad que me calmaba, la única que conseguía que olvidara todas mis preocupaciones: dibujar.

Siempre hacía bocetos de las criaturas de la noche, que después incluía en el bestiario que llevaba escribiendo desde que era una niña. Como Breto era la criatura que mejor conocía, siempre terminaba dibujándolo a él. Breto durmiendo, Breto enfadado, Breto sentado frente al fuego… Tenía una amplia colección de bocetos de nuestro biosbardo, cada uno de ellos representando unas de las formas que le gustaba adoptar. En ese momento lo estaba dibujando asustado porque le había caído un cuenco de caldo encima. Y, aunque me sentía fatal por ello, me estaba divirtiendo.

«¿Por qué no me dibujas a mí, ardillita? —me preguntaba siempre Rosten cuando cruzamos esa línea que separaba la infancia de la edad adulta—. Puedo quitarme la ropa, si quieres».

«Acabas de hacer que te imagine desnudo y te odiaré siempre por ello», le respondía yo.

«Eres la única persona en todo Rieva, probablemente en el continente entero, incapaz de apreciar este cuerpo esculpido por los dioses. No entiendo por qué te considero mi amiga».

¿Cómo estaría Rosten en ese momento? ¿Se arrepentiría de haberse unido al ejército? ¿Y si le habían herido? No, no podía pensar en eso. Al igual que a Liara, siempre había considerado a Rosten un miembro más de mi familia. Aunque a veces pusiera a prueba mi paciencia, era quien sabía hacerme reír hasta cuando quería llorar, y también quien sacaba mi lado más valiente y salvaje. Cuando éramos niños me había enseñado a subirme a las copas de los árboles, y era el único que había intentado convencerme de que fuera a la capital a reclamar el trono de mis padres.

—¡No, no puedo hacerlo! —le respondía siempre.

—¿Por qué no? ¿Vas a dejarte llevar por el miedo?

—¡Porque no soy la princesa que el norte espera! ¡Soy… soy débil!

—Eso no es verdad, ardillita. —Había empezado a llamarme así cuando éramos niños porque, según él, me metía tantas castañas en la boca que parecía una ardilla. Con el paso del tiempo, el mote había permanecido—. Tienes poder.

—Pero no el poder que los norteños esperan. De verdad, Rosten, no quiero que insistas más. Lo mejor que puedo hacer es quedarme escondida en el bosque y rezar para que los dioses nos perdonen y vuelvan.

—Bien, pues entonces me convertiré en soldado y te protegeré. ¡Me uniré a la Guardia Real y me aseguraré de que los sureños nunca te encuentren!

Estaba tan concentrada en mis recuerdos, en el rasgar que hacía el lápiz contra el papel, que, cuando escuché el ruido, me sobresalté. Fue como un murmullo agudo, musical, el sonido que haría un ratón si pudiera reírse. Y estaba dentro de mi habitación.

Dejé el cuaderno a un lado y, con el ceño fruncido, me puse en pie. Al principio no encontré nada, e incluso llegué a pensar que aquel extraño sonido había sido producto de mi imaginación. Después, lo vi.

En el suelo, mirándome con unos enormes ojos oscuros, había una criatura no mucho más grande que mi mano. Tenía apariencia humana, e iba vestida con lo que parecían hojas y cortezas. Su llamativo sombrero me hizo pensar que se había puesto una seta sobre la cabeza. Probablemente, así era. Ni siquiera tuve que fijarme en el agujero de su mano izquierda para saber lo que era.

Un trasno. Era un trasno.

—Ay, ay, ay —musité, emocionada.

Temerosa de que el diminuto ser se sintiera amenazado y decidiera desvanecerse, cogí el cuaderno y el lápiz que había dejado sobre la cama y me arrodillé frente a él. El duendecillo se limitó a ladear la cabeza y a mirarme con curiosidad. Todo lo que sabía sobre los trasnos lo había aprendido en la biblioteca del templo de Valoa, así que estaba ansiosa por comprobar si lo que decían los libros era cierto.



—Llevo mucho tiempo queriendo ver a uno de los tuyos —susurré—. No tienes barba, así que debes de ser muy joven. Apostaría a que eres solo una cría. ¿Por qué estás solo, entonces?

El trasno parpadeó un par de veces, y después comenzó a hacer un ruido agudo que sonaba como «gigigi». Por suerte sonó bajito, lo que evitó que Or lo escuchara y apareciera para llevárselo lejos.

Me incliné para observarlo más de cerca y, cuando lo hice, me di cuenta de que estaba herido. Tenía arañazos a medio curar por todo el cuerpo, restos de sangre en sus diminutos brazos y piernas. Estaba temblando, así que debían de dolerle mucho.

—¿Qué te ha ocurrido? —le pregunté.

—*Gigi*.

Sin dudarlo, me puse en pie y cogí el zurrón que tenía colgado de la pared. Tras rebuscar en su interior, encontré un paño de tela limpio y uno de los tarros de ungüento que había preparado Bibas para los enfermos del hospital. Los cogí y volví a arrodillarme frente al trasno.

—Voy a limpiarte las heridas, ¿vale? Después te voy a echar esto para que te dejen de doler.

El duendecillo no respondió, pero tampoco se quejó cuando comencé a quitarle los restos de sangre de la piel. Al igual que la mía, era plateada. En sus venas estaba la magia de Idriel, la diosa que había creado a las criaturas de la noche; en la mía, la evidencia de que, a pesar de ser humana, pertenecía a la realeza elegida por Ikaroa.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Ha sido uno de los tuyos? ¿Otra criatura?

A modo de respuesta, el trasno negó con la cabeza. Me entendía. ¡Me entendía! Quizá, al igual que les pasaba a los biosbardos, los trasnos nos comprendían y, aunque a su manera, podían comunicarse con nosotros. Anoté esa información en mi mente para escribirla en el bestiario.

—¿Te duele?

—*Gigi.*

Cuando fui a cubrirle las heridas con el emplasto de Bibas, el trasno se apartó.

—Te prometo que no te voy a hacer daño —le aseguré—. Yo lo llevo en la cara, ¿ves?

Le señalé la herida de mi rostro, y eso pareció tranquilizarle. Volvió a acercarse a mí, aún con algo de desconfianza, y, cuando comencé a cubrirle la piel, cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza.

—¿Has comido algo? —le pregunté—. ¿Tienes hambre?

Asintió enérgicamente, y yo pensé en todo lo que sabía sobre los trasnos. ¿Qué comían? Si lo había leído alguna vez, no lo recordaba. Gracias al poder de Bibas, en casa teníamos pan, arándanos y frutos secos, así que esperaba que algo de eso le sirviera. En cuanto le limpiara las heridas, bajaría a la cocina y me aseguraría de que repusiera fuerzas.

—¿Quién ha sido? —insistí—. ¿Quién te ha atacado?

El duendecillo volvió a abrir los ojos y me miró fijamente. Después, levantó el dedo y me señaló.

—¿Yo? —le pregunté.

Pero, cuando negó con la cabeza, lo comprendí. No se estaba refiriendo a mí, sino a los de mi especie. A los humanos.

Y entonces todo cobró sentido.

—¿Han sido los sureños? —le pregunté con un hilo de voz—. ¿Vienes de Daris?

Los ojos del trasno brillaron con tristeza, y yo noté las espinas de la rabia clavándose en mi interior. El ataque a Daris había tenido lugar hacía seis días, el tiempo que habría tardado el trasno en encontrar nuestra casa. Habría tenido que vagar solo por el bosque, herido, asustado; escapando de los envenenadores que querían cazarle.

—¿Dónde está tu familia? —quise saber—. ¿No tienes… no tienes a nadie?

El duendecillo parpadeó, sin dejar de mirarme, y después emitió un leve y lastimero «gigi». No necesitaba que hablara para entender

su pena, para comprender su dolor. Los sureños habían capturado a su familia, y solo él había conseguido escapar.

Como me había pasado a mí cuando solo era una bebé.

Me puse en pie y comencé a dar vueltas por la habitación. El trasno me observó con interés. ¿Qué podía hacer? Podía curar sus heridas, podía alimentarlo e incluso darle un hogar, pero ¿qué pasaba con su familia? No podíamos abandonarla. No podíamos permitir que los sureños le hicieran daño.

«Llevaban con ellos unas jaulas grandes…, enormes…, y estaban encadenadas…».

Sabía que una persona normal lo habría dejado pasar, pero yo no podía hacerlo. No sabía si se debía a mi sangre o a ese estúpido complejo de salvadora que tanto me reprochaba Liara, pero era capaz de oír a las criaturas de la noche llamándome, pidiéndome ayuda en la distancia. No podía evitar imaginarme a Breto encerrado en una de esas jaulas, a mis tías, al pequeño trasno que me miraba suplicante desde el suelo de mi habitación.

—¿Sabes dónde los tienen? —le pregunté.

—*Gigi.* —Un asentimiento con la cabeza.

—¿Y estás seguro de que están… vivos?

Cuando el trasno asintió de nuevo no me invadió el alivio, sino la ira, una ira tan intensa que arrasó con el miedo y las dudas. ¿Cómo podía quedarme de brazos cruzados sabiendo que, a pesar de que había tenido la oportunidad de salvar a las criaturas de la noche, me había quedado en casa? ¿Cómo iba a perdonármelo a mí misma?

«No entiendo por qué te preocupas tanto por esas criaturas —me había dicho Rosten una vez—. ¡Hay algunas que ni siquiera hablan!».

«¿Y qué?», le había contestado yo.

«Pues que no son humanas, Navia. Fueron creadas por Idriel, no por Ikaroa. No es que merezcan morir, pero claramente son… inferiores».

«Yo no consideraría inferiores a unos seres que sienten con la misma intensidad que nosotros. ¿Qué importa que no sepan

hablar?».

Observé la luna, con los latidos de mi corazón repentinamente desbocados, y tomé una decisión. Daris no estaba lejos; si me daba prisa incluso podría estar de vuelta antes de que amaneciera. Mis tías no tenían por qué enterarse de lo que había hecho; Liara, tampoco. Los soldados de Ilta estarían concentrados en la guerra y en lo que fuera que hicieran los soldados cuando no combatían, así que seguro que no perdían el tiempo vigilando unas jaulas llenas de criaturas del reino enemigo. Quizá fuera un poco torpe, sí, pero podía convertirme en una sombra si alguien me necesitaba.

—Si voy a salvar a tu familia —le dije al trasno—, ¿vendrías conmigo?

—¡Gigi!

El duendecillo se subió a mi pierna de un salto y escaló hasta mi hombro. No sabía si se debía al ungüento de Bibas o a que se había dado cuenta de que podía confiar en mí, pero parecía encontrarse mejor. Las heridas seguían ahí, en su piel, pero al menos ya no temblaba.

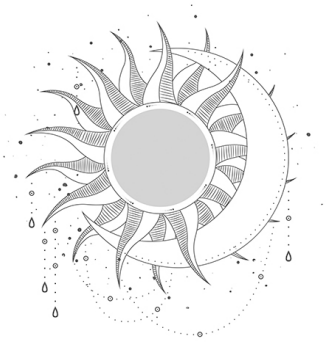
—¿Qué te parece si te llamo Gigi?

—¡Gigi! ¡Gigi!

—Bien, Gigi, pues vamos a comer algo y nos marchamos. No te separes de mí, ¿vale?

Por suerte, la promesa que le había hecho a Liara implicaba mantenerme alejada de Silas, no de Daris.

Y lo único que esperaba era ser capaz de cumplir mi palabra.



4

En nuestra huida repentina nos acompañaron la oscuridad y el frío. Los cascos de Seiva, nuestra yegua, rompían la tranquilidad del bosque. Su respiración llenaba de vaho el aire gélido de la noche; sus fuertes patas marcaban nuestro camino sobre la nieve.

—Ya llegamos —le dije—. Vamos, pequeña, no nos queda nada.

Gigi iba escondido en mi zurrón, resguardado de los arañazos del invierno. De vez en cuando le notaba moverse, y me pregunté si estaría tan asustado como yo. ¿Y si alguien nos descubría? ¿Y si liberar a las criaturas de la noche no era tan fácil como pensaba?

Antes de lo que esperaba, el bosque de Valoa comenzó a difuminarse. La espesura de los árboles que me habían protegido desde niña fue desapareciendo, y yo le indiqué a Seiva que se detuviera. El corazón me latía a toda velocidad porque nunca antes había llegado tan lejos, y me aterraba descubrir lo que me esperaba más allá.

Desmonté, ignorando el temblor de mis manos, y llevé a la yegua hasta uno de los árboles más cercanos.

—Te prometo que volveré pronto —le susurré mientras ataba las riendas a un grueso tronco de un roble—. No te voy a abandonar.

Ella me miró fijamente, como si pudiera entenderme, y pataleó sobre la nieve. Yo le acaricié el cuello, despidiéndome de ella en silencio, y después comencé a caminar.

Al llegar al final del bosque, me detuve.

«¿Qué ocurre si un sureño intenta atravesar las barreras protectoras de Valoa?», le había preguntado una vez a Uxa.

«Lo mismo que le pasa al verano cuando llega el invierno, o al día cuando llega la noche —me había respondido ella—: que morirían. La única debilidad de los sureños es aquello que han creado los dioses del norte, y la única debilidad de los norteños…».

«… es lo que han creado los dioses del sur».

Levanté una mano y acaricié el aire que se ondulaba levemente frente a mí, como si se tratara de una tela que se mecía con el viento. Las barreras mágicas de Valoa eran invisibles, pero emitían leves destellos bajo la luz de la luna. Podía verlos, pequeñas motas luminosas bailando entre los grises de mi mundo, y también notar su calor. No era como acercarse al fuego, sino como un abrazo, como entrar en casa tras un largo paseo por la nieve: una sensación placentera que me llenó de calma y seguridad.

—Gracias —susurré, esperando que los dioses me escucharan—. Gracias por protegernos.

Aparté la mano, con las fuerzas extrañamente renovadas, y observé tanto la llanura nevada que se extendía al otro lado de la barrera como la ciudad que se alzaba sobre ella.

Daris.

Nunca la había visto, ya que ni mis tías ni yo solíamos salir del bosque, pero Rosten me había hablado tanto de ella que sentía que la conocía a la perfección. Sus casas de piedra, sus mercados, la fortaleza del concelleiro que gobernaba la ciudad… Nada en ella me era ajeno o desconocido.

Nada excepto el fuego y la destrucción.

El ataque de los sureños había arrasado Daris por completo, dejando solo dolor y ruinas. Desde donde estaba podía ver sus murallas calcinadas, escuchar el silencio inhumano que habían dejado sus habitantes. Había edificios de los que solo quedaban escombros, y en las calles todavía ardía alguna hoguera victoriosa.

El humo que volaba hasta el cielo bailaba con el frío y lo llenaba todo de un intenso olor a madera quemada.

«Llegaron en mitad de la noche y… fue horrible —me había dicho Brais en el hospital—. Solo recuerdo las llamas, y los gritos, y la sangre».

—*Gigi* —musitó el trasno, sacando la cabeza del zurrón.

—Lo sé —le dije, encogiéndome dentro del abrigo de pelo que me resguardaba—. Es terrible.

Los soldados del sur habían montado su campamento a las afueras de la ciudad, y el fuego de sus hogueras me permitía observar sus movimientos desde la distancia. Eran muchos, muchísimos, todos con el sol de Hashkin bordado en el pecho del uniforme. Habían atacado Daris hacía ya seis días, pero no habían seguido avanzando. Las protecciones del bosque no se lo habían permitido.

Entorné los ojos, preguntándome cómo podría acercarme al campamento sin que me vieran, cuando escuché las voces. Estaban acompañadas del tintineo de unas cadenas, del crujido de unos pasos sobre la nieve.

—¡Caminad más rápido!

El corazón me dio un vuelco y me escondí detrás del tronco de un árbol. Una fila de unas doce personas pasó frente a mí en dirección a Daris. Llevaban las manos encadenadas y caminaban cabizbajas, derrotadas como solo pueden estarlo las presas que se saben cazadas.

—¡No quiero oír ni una sola palabra!

Cuatro soldados sureños los vigilaban, indicándoles el camino a seguir con gritos y empujones. La mayoría de los prisioneros eran hombres, aunque también había dos mujeres y tres muchachos, que no debían de haber vivido más de catorce inviernos. Estaban tan cerca que podía ver a la perfección tanto las heridas de su piel como la sangre que les manchaba la ropa.

—¿Todos en el norte sois estúpidos o qué? ¡He dicho que vayáis más rápido!

El soldado que acababa de gritar empujó a una de las prisioneras, y el hombre que iba tras ella enfureció.

—¡Déjala en paz! —exclamó.

Intentó golpear al soldado, pero las cadenas que le sujetaban las manos se lo impidieron. Tenía los hombros anchos y los brazos fuertes, así que, si le hubiera alcanzado, habría podido vencerle con facilidad. Sin embargo, lo único que provocó fue la ira de sus opresores.

—¿Te crees muy valiente? —le preguntó el soldado con desprecio.

—Aldo —le dijo la mujer a la que habían empujado. De piel negra y cuerpo menudo, sus ojos brillaban con una rabia silenciosa que solo un necio habría considerado inofensiva—. No merece la pena.

El hombre abrió la boca para replicar, pero el soldado desenvainó su espada y se la colocó en el cuello. Un silencio afilado y peligroso nos envolvió a todos, un silencio que me paralizó y a la vez me incendió por dentro.

—Mátame si quieres —le desafió el prisionero—, pero eso no hará que dejemos de luchar. Mientras la princesa Estela siga con vida, resistiremos.

—¡Por la princesa Estela! —gritó la mujer.

—¡Por la princesa Estela! —corearon los demás.

—¡Silencio!

Pero ya era demasiado tarde. Una chispa de rebeldía había prendido entre los prisioneros, y ya no importaban las cadenas. Había esperanza en sus voces, en sus ojos y en sus corazones. Podían apresarlos, podían arrebatarles sus hogares y acabar con sus vidas, pero no dejarían de luchar. Iban a hacerlo por la princesa perdida de Rieva, por la heredera que había sobrevivido.

Por mí.

Apreté el tronco con fuerza, y el soldado levantó la espada. Tanto sus ojos llenos de rabia como su mandíbula tensa me advirtieron lo que iba a hacer, y supe que tenía que impedirlo.

—¡No! —grité, saliendo de mi escondite.

Sin embargo, nadie me oyó. Cuando me di cuenta de que no podían verme desde el otro lado de las barreras del bosque, ya era demasiado tarde. El soldado rebanó el cuello del prisionero, y la sangre manchó la pureza de la nieve.

—¡Aldo! —exclamó la mujer a la que habían empujado cuando el cadáver de su compañero cayó al suelo, muerto y derrotado. Intentó agacharse junto a él, pero los soldados tiraron de las cadenas y se lo impidieron—. ¡Desgraciados! ¡Sois unos malditos desgraciados!

—Y vosotros unos salvajes a los que aún hay que educar. ¡Vamos, seguid caminando!

Estaba totalmente paralizada, observando la escena como si se tratara de un sueño. Las piernas me temblaban y notaba la garganta llena de espinas. Aunque la sangre y la muerte me resultaban familiares, era la primera vez que comprobaba con mis propios ojos hasta dónde podía llegar la crueldad de los sureños. Para ellos no éramos más que eso: unos bárbaros a los que tenían que eliminar.

—¡No quiero oír una sola palabra más! —gritó uno de ellos.

Enseguida se llevaron a los prisioneros, pero yo tardé unos instantes en poder moverme. Estaban luchando por mí. Los norteños estaban luchando por mí.

Y les había fallado.

Los ojos se me empañaron, pero fui incapaz de apartar la mirada del cadáver del hombre asesinado. Ese respeto era lo mínimo que le debía, lo poco que podía ofrecerle. ¿Cuántos como él habrían muerto pensando en la princesa perdida mientras yo permanecía escondida en el bosque? ¿Cuántos más estaban dispuestos a hacerlo?

Me limpié las lágrimas que se estaban congelando en mis mejillas y, tras besarme los dedos índice y medio, los coloqué sobre el corazón y susurré:

—Que Taika te abra las puertas del Otro Lado.

Tras dedicarle un respetuoso silencio, me tragué el dolor y me giré para observar el campamento de los sureños. ¿Podría hacer algo por los prisioneros? ¿Tenía alguna posibilidad de salvar a los que aún estaban vivos? Las únicas armas que llevaba escondidas en el abrigo

eran los dos cuchillos que había robado del hospital antes de marcharme. Sin embargo, ¿qué otra opción tenía? ¿Dejarlos morir?

«No puedes ayudar a todo el mundo, Navia, y mucho menos cuando supone ponerte en peligro a ti misma».

Pero sí podía. Claro que podía.

—¿Sabes dónde tienen las jaulas? —le pregunté a Gigi. Él, aunque asustado, asintió—. ¿Sabrías llevarme hasta allí?

—*Gi*… *gigi*.

El duendecillo señaló el campamento con uno de sus minúsculos dedos, y yo tragué saliva. En la zona más meridional, algo alejados de las hogueras, los sureños habían apilado una serie de cajas, sacos y barriles, en los que, probablemente, guardaban las provisiones. Ahí debían de estar las jaulas. Tenía que llegar hasta ellas y liberar a las criaturas. Después, cuando me hubiera asegurado de que Gigi volvía con su familia, intentaría ayudar a los prisioneros.

El único problema era que había tres soldados vigilando.

—Vas a tener que ayudarme —le indiqué a Gigi—. Si consigo esconderme tras esos barriles, podré llegar hasta las jaulas. Necesito que hagas alguna de tus trasnadas para distraer a los guardias.

El duendecillo apretó la tela del zurrón con fuerza y después susurró un «gigi» casi inaudible. Los trasnos estaban acostumbrados a hacer travesuras, pero normalmente no implicaban arriesgar su vida. Les encantaba robar y romper cosas, pero solo lo hacían para divertirse. Lo que le estaba pidiendo era una responsabilidad enorme.

—No quiero ponerte en peligro —añadí—, pero no puedo llegar hasta tu familia sola. ¿Crees que podrías despistarlos?

Gigi entornó los ojos, pensativo, y después saltó del zurrón al suelo. Era tan pequeño que, cuando comenzó a caminar, se hundió casi por completo en la nieve.

—Ten cuidado —le pedí.

Enseguida se convirtió en una sombra difusa en la distancia y, cuando se coló en el campamento, recé a la Madre y a su panteón

de lunas para que lo protegieran. Las piernas me temblaban, pero no estaba segura de si era por el frío o por el miedo. Quizá era culpa de ambos.

Tras un largo rato de espera, empecé a desesperarme. No había ni rastro de Gigi. Los centinelas seguían en sus posiciones, vigilando, y yo no podía moverme. ¿Y si le habían descubierto? ¿Y si le apresaban y le encerraban en una de esas horribles jaulas?

Estaba a punto de perder los nervios cuando lo escuché. Algo que se rompía, voces, gritos; un incendio que estallaba al otro lado del campamento.

—¡Fuego! —exclamó uno de ellos al ver las llamas—. ¡Se está quemando!

—¡Rápido, rápido!

—¡Traed agua!

Los tres soldados que vigilaban las cajas y barriles salieron corriendo, y yo no lo dudé. Con los latidos desbocados, abandoné el escondite que me proporcionaban los árboles y eché a correr. Cuando atravesé las barreras del bosque me sentí extraña, como si me hubieran quitado el abrigo y el frío fuera más intenso, más letal, pero ignoré la sensación y seguí hacia delante.

Estaba a punto de llegar al campamento cuando mis pies trastabillaron y me caí sobre la nieve. Rodé sobre mí misma y me hice daño en las manos, pero, aun así, fui capaz de arrastrarme hasta una de las tiendas y esconderme tras ella. Los soldados volvieron a sus posiciones, y yo aún no había llegado a las cajas. ¡Por los dioses! La única opción que me quedaba era reptar lentamente hasta ellas.

Así que eso fue lo que hice.

—Le dije al estúpido de Moriz que no se pusiera tan cerca del fuego —estaba diciendo uno de los soldados. Tenía un marcado acento del sur, un tono melodioso que abría mucho las vocales y aspiraba ligeramente las eses—. Sabe perfectamente lo fácil que es enfadar a Shaa.

—Es que odia este maldito frío —respondió otro—. Todos lo odiamos.

—El tiempo de Rieva es como su diosa: gélido y cruel.

—Y sus mujeres son cubos de hielo. Por eso cuesta tanto calentarlas.

—Sí, acuérdate de esas sacerdotisas del templo de Alvar.

Los tres se rieron y yo, sin dejar de deslizarme sobre la nieve, apreté los puños. No quería pensar en lo que les habían hecho a las mujeres del norte desde que habían empezado a conquistar nuestras tierras; en el sufrimiento que estaban causando. No quería pensar en lo que me harían a mí si me descubrían.

Me arrastré lentamente, usando las tiendas como escondite, y, cuando llegué hasta las cajas, solté todo el aire que había retenido en los pulmones y me senté. Por suerte los tres soldados estaban tan metidos en sus conversaciones insulsas que no repararon en la sombra que se había acercado hasta ellos reptando en la oscuridad.

—Mi hermana se casó hace un rostro y ahora vive en Nabella —comentó uno de ellos—. Lo que daría ahora mismo por estar en el sur…

—Nabella tiene las mejores playas de Ilta.

—Pero ¿qué dices? ¿Tú has visto las de Tricia?

Con un nudo en la garganta, giré la cabeza y busqué las jaulas en aquel almacén improvisado. Estaban a mi derecha, algo alejadas del fuego de las hogueras, apiladas. No eran muy grandes, pero sí muchas, casi treinta. Quería ver a las criaturas que estaban en su interior, asegurarme de que estaban bien, pero la oscuridad me lo impedía. No podía levantarme sin que los soldados me vieran. Tendría que esperar a que volvieran a marcharse, a que algo los despistara. ¿Dónde se había metido Gigi?

Estaba pensando en él cuando dos personas se acercaron hasta los soldados. Yo contuve el aliento y me esforcé por no mover ni un solo músculo.

—Largaos —ordenó uno de los recién llegados. Tenía una voz grave y profunda, una voz que me provocó una sacudida en el

estómago—. ¡Ya!

Los centinelas obedecieron sin rechistar.

—¿Lo ve? —preguntó el otro—. Las jaulas están vacías. No nos quedan más criaturas.

¿Vacías? ¿Cómo que estaban vacías? El mundo entero se desplomó sobre mí y hasta sentí que me quedaba sin aire.

—Lo necesito, Hiel —dijo el hombre de la voz grave.

—Estamos haciendo lo que podemos.

—¡Pues esforzaos más, maldita sea!

Le dio un golpe a una de las cajas, y los barriles que ocultaban mi presencia se tambalearon. Yo cerré los ojos, asustada, y le pedí a Ikaroa que me protegiera.

«Por favor, por favor, por favor».

—Las criaturas de la noche son inteligentes. Al darse cuenta de que las estamos cazando, se han escondido tras las barreras de Valoa. Hasta que no entremos en ese bosque no podremos conseguir más y, hasta que no las tengamos, no podremos elaborar yin.

—¿Y a qué estáis esperando para destruir esas barreras? ¡Llevamos aquí seis días!

—Intentaré que los avances sean más rápidos, majestad.

¿Majestad? ¿Cómo que majestad? ¿Acaso uno de los hombres que estaba allí, a pocos metros de mí, era… el rey Silas?

Instintivamente, metí la mano en el bolsillo del abrigo y sujeté uno de los cuchillos. Aunque estaba aterrada y no quería moverme, la curiosidad de ver el monstruo que habitaba en mis pesadillas tiraba de mí con mucha fuerza. ¿Tendría tentáculos? ¿Garras? ¿Colmillos?

Me incliné hacia delante y observé a los dos hombres a través del hueco que quedaba entre los barriles que me ocultaban.

—Confío en ti, Hiel —respondió el rey.

—Lo sé, majestad. Le aseguro que destruiremos esas barreras.

El tal Hiel tenía el pelo oscuro, los ojos rasgados y las facciones finas. Iba tan bien vestido que no dudé que, a pesar de su juventud,

se trataba de alguien importante en la corte. Solo aquellos acostumbrados a vivir en un palacio podían desprender esa elegancia, ese orgullo, esa vanidad atrayente. Hasta los pendientes de piedras preciosas que decoraban sus orejas destellaban con la luz del fuego como si estuvieran riéndose del sufrimiento y la pobreza de los norteños.

A Silas, por el contrario, no pude verle la cara. Llevaba una capucha negra, que le tapaba el rostro. Lo único que fui capaz de apreciar fue que era alto, mucho más que Hiel, y que entre los dedos tenía una ramita, con la que no dejaba de juguetear, como si estuviera nervioso.

—No sé cuánto tiempo más podré aguantar —dijo.

—¿Lo está notando de nuevo?

—Siempre lo noto, pero cuanto más tiempo paso sin el yin…

—No se preocupe, yo calmaré el dolor que siente. Míreme a los ojos.

En cuanto Silas obedeció, el ojo derecho de Hiel cambió de color y se volvió negro, tan negro como los mechones de pelo que le caían sobre la frente. Un escalofrío me bajó por la espalda y me pregunté si ese hombre misterioso era un brujo de la Ciudadela, un miembro de la Orden de los Envenenadores. ¿Cómo de poderoso tenía que ser para que el mismísimo Silas, que tenía a Hashkin dentro de él, necesitara su ayuda? ¿Qué clase de magia controlaba?

—Traedme el yin cuanto antes —dijo el soberano en cuanto el ojo de Hiel recuperó su color normal. Parecía más calmado que antes, como si su ansiedad se hubiera disipado—. Quemad ese bosque si hace falta.

—Lo quemaríamos encantados, pero no le aconsejaría hacerlo hasta que encontremos…

—El diario de Évolet, ya lo sé.

Ahogué un grito, sorprendida al escuchar el nombre de la sacerdotisa que había traicionado a Ikaroa, y después me tapé la boca con las manos. Silas guardó silencio, y yo me apresuré a

esconderme de nuevo tras los barriles. Me había visto. Por los dioses, seguro que me había visto.

—¿Qué ocurre, majestad? —le preguntó Hiel.

Los dos hombres se quedaron callados, y yo deseé con todas mis fuerzas hacerme invisible. Tenía la sensación de que estaban escuchándome respirar, de que mi corazón latía con tanta fuerza que delataba mi posición.

—Nada —le respondió Silas—. No ocurre nada.

—¿Otra de las alucinaciones provocadas por la falta de yin?

El rey se limitó a soltar un gruñido, así que el brujo se vio obligado a cambiar de tema:

—Sigue pensando que se encuentra en el templo, ¿verdad?

—Si las sacerdotisas de Zawa escondieron una parte del diario en el templo de Alvar, tiene sentido que llevaran la otra al de Valoa.

—¿Y si no?

—Moveré cielo y tierra hasta dar con él. Tenemos que destruirlo antes de que los norteños descubran que con él podrían liberar a sus dioses.

Abrí mucho los ojos, incapaz de creer lo que acababa de escuchar. ¿Acaso… acaso existía una razón más allá de la traición de los innombrables por la que Ikaroa y su panteón de lunas nos habían abandonado? ¿Y si llevábamos más de cien ciclos de oscuridad pensando que los dioses se negaban a hablarnos cuando, en realidad, estaban encerrados y no podían hacerlo?

—Hay rumores que dicen que la princesa Estela también se esconde en ese bosque.

El rey guardó silencio, y yo continué congelada en mi escondite, atenta, expectante. Aterrada.

—En caso de que la encontremos —añadió el brujo—, ¿qué planea hacer con ella?

El rey partió en dos la ramita con la que había estado jugueteando y, después, dijo:

—Matarla.

Sabía que Silas quería acabar conmigo, lo había sabido desde que era una niña, pero escuchar el desprecio en su voz fue como una puñalada en el pecho. No tenía forma de escapar. No tenía forma de huir de él y su inmenso poder.

—¿Y no ha considerado… otras opciones? —le preguntó Hiel.

—¿Qué clase de opciones?

—Bueno, esa muchacha se ha convertido en la última esperanza del norte. Si la mata, lo único que hará será convertirla en mártir.

—¿Y qué es lo que propones? Habla claro, Hiel. No tengo ganas de descifrar tus acertijos.

—Lo que propongo, majestad, es que se case con ella. Convierta a la princesa Estela en su reina, sométala, y así aplastará la esperanza de los norteños.

¿Casarme con Silas? ¿Se habían vuelto locos? Prefería morir antes que dejar que ese monstruo me tocara. Solo de imaginarme sus manos en mi cuerpo, me entraban ganas de vomitar. No, desde luego que no iba a casarme con él. No iba a convertirme en una rehén de por vida.

—Sabes bien que no tengo ninguna intención de casarme —replicó Silas.

—¿Ni siquiera si eso supone conquistar la sangre de la reina Arelia? —insistió Hiel—. Piénselo, majestad. Tener un hijo con la princesa supondría conquistar el último legado de Ikaroa, y una vez que este también sea suyo… podrá matarla.

El soberano guardó silencio, como si realmente estuviera considerando la propuesta de Hiel, y yo me concentré en mis propios latidos. El corazón me golpeaba el pecho con tanta fuerza que hasta me hacía daño.

—Podría ser interesante —respondió por fin.

Conversaron durante unos instantes más sobre estrategias y batallas, pero yo ya no podía escucharlos. Tenía mucha información que asimilar, mucho miedo y muchas preguntas. Ni siquiera fui capaz de moverme hasta que el rey y el brujo se marcharon, hasta que sus voces y sus pasos no fueron más que un arrullo lejano.

Me puse en pie, con las piernas temblando, y, tras asegurarme de que no había soldados cerca, me acerqué hasta las jaulas. Sin embargo, tal y como había dicho Hiel, estaban vacías.

La única criatura que había era Gigi, que estaba sujeto a uno de los barrotes, observándolas desde fuera. Le llamé un par de veces, pero no recibí respuesta. Aunque estaba muy tensa por si los soldados volvían y me descubrían, caminé hasta él.

—Gigi, soy yo —le susurré—. Tenemos que irnos.

En las jaulas había restos de sangre plateada, y Gigi estaba absorto en ellas. Tenía los ojos vidriosos y un velo de tristeza cubriéndole el rostro. Esa sangre podía pertenecer a su familia, y él lo sabía.

—Gigi…

El trasno empezó a buscar dentro de las jaulas como si algo se le estuviera escapando, como si no se estuviera esforzando lo suficiente por encontrar a su familia. Cuanto más nervioso se ponía, más se me rompía el corazón.

Me acerqué un poco más, pero, justo en ese momento, empezó el alboroto. Los soldados comenzaron a gritar, a salir de sus tiendas, y yo contuve el aliento.

—¡Formación!

—¡A las armas, rápido!

Esa vez no se trataba de una travesura de Gigi.

Esa vez corríamos peligro de verdad.

Sin pararme a pensarlo, cogí al trasno, le metí en el zurrón y eché a correr. No sabía qué estaba ocurriendo, pero sí que tenía que salir del campamento cuanto antes.

Aceleré y no me detuve a mirar atrás. Gigi se revolvía en el morral, pero me obligué a mí misma a ignorarle, a priorizar nuestra seguridad.

—Vamos —me dije—. Date prisa.

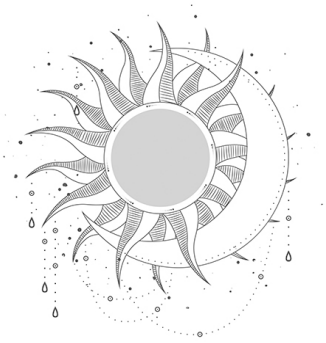
Estaba a punto de alcanzar las barreras del bosque cuando oí un ruido a mi espalda. Fue un crujido sobre la nieve, el sonido que harían las botas de un soldado acechándome. El miedo me atravesó

el pecho e, instintivamente, empecé a correr más rápido. Él también lo hizo.

Antes de llegar al bosque, se abalanzó sobre mí y me retuvo entre sus brazos.

—¡No! —grité, intentando zafarme de su agarre—. ¡Suéltame!

Me puso una espada al cuello, y no tuve más remedio que quedarme quieta.



5

El miedo me apretó la garganta, pero más lo hizo la frustración de haber sido descubierta. Quería salir corriendo, pero no podía hacerlo. Un desconocido me tenía retenida, y ni siquiera podía sacar los cuchillos que llevaba escondidos en el abrigo.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —me preguntó.

Abrí la boca para responder, pero enseguida volví a cerrarla y fruncí el ceño. Su voz me resultaba familiar, demasiado familiar. Algo insegura, musité:

—¿Rosten?

—¿Navia? —me respondió

Me soltó, y yo me apresuré a darme la vuelta.

Las hogueras de la ciudad iluminaban al soldado que sostenía la espada frente a mí. Iba vestido con el uniforme de Rieva, y la gruesa capa de pelo que le cubría los hombros hacía que estos parecieran más anchos de lo que ya eran. La fíbula que se la cerraba tenía forma de luna creciente, el símbolo de la Madre. Su pelo era oscuro y, aunque para mí sus ojos eran de un gris claro que no destacaba sobre los demás, mis tías me habían explicado en más de una ocasión que tenían un intenso e irreal verde ácido que indicaba que mi amigo era un mestizo.

«Mira esos ojos —me dijo Uxa la primera vez que le vimos—. No son humanos».

«Es hijo de mouras», había susurrado Fai.

Nos miramos en silencio, incapaces de creer que allí, en medio del caos de la guerra, nos hubiéramos encontrado. Después, mi amigo soltó la espada y tiró de mí para arrastrarme al bosque. Cuando quedamos protegidos por las barreras mágicas de los dioses, nos fundimos en un abrazo.

—¿Por qué siempre estás donde no tienes que estar? —me preguntó, apretándome contra su pecho—. Eres un inesperado grano en el culo.

—Siempre me ha gustado molestarte.

Nos separamos y nos inspeccionamos, olvidándonos de pronto del frío que nos congelaba la punta de la nariz, del alboroto que nos amenazaba desde Daris. Él se detuvo en el emplasto que me cubría la mejilla; yo, de forma instintiva, bajé la mirada hasta su pierna derecha. Aunque no se le notaba, Rosten había nacido sin ella. Mis tías habían creado una prótesis de madera para él, lo que le había permitido llegar a ser soldado de la Guardia Real. Sin embargo, y a pesar de que llevaba una vida perfectamente normal, nunca dejaba de preocuparme por él.

—Oye —le dije—, ¿qué te dan de comer para que cada día estés más fuerte?

—Yo ya nací fuerte, ardillita. ¿O es que ya no te acuerdas de estos músculos?

Rosten flexionó los brazos, endureciendo así los bíceps, y yo puse los ojos en blanco.

—Cómo olvidar tus músculos, Rosten.

—Eso me dicen todas.

Alcé una ceja y él me guiñó un ojo. No cambiaba. Ni siquiera la guerra había conseguido apagarle, y eso me hizo sonreír. Cuando éramos niños, Rosten vivía en una granja cercana a Daris, y nos veíamos casi a diario. En aquel entonces aún no había jurado sobre su capa de soldado, y sus días consistían en ayudar a sus padres, molestarme y volver locas a las chicas; los míos, en visitar el templo, observar a las criaturas del bosque y curar sus huesos rotos.

—Bueno, se acabaron las tonterías —me dijo, obligándome a volver al presente—. Voy a contar hasta cinco, y más vale que me digas qué estás haciendo aquí antes de que llegue al final. ¡Uno!

—¿Qué vas a hacer si no lo hago?

—Arrastrarte a la cabaña de tus tías y asegurarme de que no vuelves a abandonarla nunca más. ¡Dos!

Estuve a punto de hablarle de las criaturas de la noche, de explicarle la razón que me había llevado hasta allí, pero me arrepentí antes de hacerlo. Rosten y yo éramos amigos desde niños, sí, pero él nunca había entendido la conexión que sentía con las criaturas de Idriel. Él no comprendía lo que era tener sangre de plata en las venas ni escuchar los gritos de los seres mágicos de Rieva clavándose en mis entrañas como puñales. Él, a pesar de todo, nunca había entendido que habría arriesgado mi vida una y mil veces si eso me aseguraba salvarlas.

«Pues que no son humanas, Navia. Fueron creadas por Idriel, no por Ikaroa. No es que merezcan morir, pero claramente son… inferiores».

—¡Tres!

—Hay prisioneros —solté—. Supervivientes de Daris. Los he visto.

—Lo sé, por eso estamos aquí. Vamos a intentar rescatarlos.

—Entonces me quedaré contigo. Puedo ayudar a los heridos o…

No pude terminar la frase. Un estallido provocó una explosión cegadora en Daris, y a pesar de que estábamos seguros tras las barreras, ambos nos sobresaltamos. Incluso Gigi, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se revolvió dentro del zurrón.

—¿Qué ha sido eso?

—Navia. Márchate.

Las ruinas de la ciudad comenzaron a arder, como si el fuego no estuviera satisfecho con la destrucción que ya había causado, y yo sentí su cruel calor en la piel.

—No tienes ni idea de las armas que han desarrollado los brujos de Silas —me dijo Rosten—. Sus venenos…

—Sé que están usando hanax —le interrumpí. Aún recordaba la sustancia viscosa que cubría las heridas de Brais, cómo los dientes del veneno caníbal le comían lentamente la piel—. Puedo enfrentarme a ello.

—Créeme, el hanax es lo último que debería preocupart…

Una bola de fuego impactó contra las barreras de Valoa, y los dos nos protegimos la cabeza con las manos. Muchos pájaros salieron volando de entre las copas de los árboles, aterrados por el estruendo.

—Mierda —gruñó Rosten—. Ya han empezado.

—¿Eso es un arma de los sureños? —le pregunté con el corazón encogido.

—Sí, Navia, es un arma de los sureños. Son gonas, una mezcla de fuego y hierro creada con la ayuda de Shaa para matarnos en masa. Las explosiones que provocan… Bueno, no tenemos forma de enfrentarnos a ellas.

Shaa, el dios del fuego. Tal y como sospechaba. Por eso a los sureños les había resultado tan fácil reducir la ciudad de Daris a cenizas, por eso Silas podía quemar el bosque de Valoa si lo deseaba.

Ellos tenían la ayuda de sus dioses, y nosotros estábamos solos.

—No vamos a ganar esta guerra, ¿verdad? —le pregunté—. Por mucho que luchemos, no tenemos forma de vencer a los sureños.

Mi amigo me miró con tristeza, y su pena me estrujó el corazón. Conocía a Rosten desde hacía mucho tiempo y, por desgracia, sabía interpretar sus silencios.

—Navia, un día te prometí que me convertiría en soldado para protegerte, ¿verdad? —me dijo. Cuando asentí, continuó—: Bien, pues confía la reina regente, confía en el ejército de Rieva, y, sobre todo…, confía en estos músculos.

Se dio un beso en el bíceps derecho y, tras el estallido de una nueva explosión, salió corriendo. No tuve tiempo de responderle. Ni siquiera pude darle un abrazo de despedida.

—¡Vuelve a casa! —me gritó—. ¡No quiero volver a verte aquí!

Le vi correr hacia la ciudad, pero, antes de que se convirtiera en una sombra lejana, vi un destello metálico tirado en el suelo. Abrí mucho los ojos y corrí tras él.

—¡Rosten, espera! —exclamé cuando abandoné la seguridad de las barreras—. ¡No te olvides de la espada!

Mi amigo se detuvo en seco, recordando el arma que había soltado antes de abrazarme, y después dio media vuelta para recogerla.

—Vale, ahora sí —dijo—. ¡Vete, Navia!

Cuando mi amigo se perdió entre las llamas de lo que había sido Daris, volví a cobijarme en la seguridad del bosque y busqué a Seiva.

Sabía que lo más sensato era hacerle caso a Rosten, pero tenía demasiadas preguntas dando vueltas en la cabeza. No podía volver al hospital y fingir que no estaba ocurriendo nada; no podía esconderme eternamente. Los norteños estaban luchando por mí, y tenía la sensación de que yo era la única que poseía la clave para ganar una guerra que estaba destinada al fracaso.

«Tenemos que destruirlo antes de que los norteños descubran que con él podrían liberar a sus dioses».

En cuanto encontré a la yegua, me subí a su grupa y, aunque estaba aterrada, tomé una decisión. Si existía una posibilidad de que Ikaroa y su panteón de lunas volvieran, de que se enfrentaran a nuestros enemigos y ganaran la guerra, pensaba aferrarme a ella.

—¡Vamos, Seiva! —le indiqué—. ¡Al templo de Valoa!

La parte del diario que buscaban los sureños estaba allí, en el bosque, y tenía que encontrarla antes de que lo hicieran ellos.



Cuando llegamos a nuestro destino, ya había amanecido. Estaba agotada y muerta de hambre, pero no podía detenerme a descansar.

No hasta encontrar el diario.

—¿Estás bien? —le pregunté a Gigi—. No te he escuchado en todo el viaje.

Le di un golpecito al zurrón, pero la única respuesta que obtuve fue un gruñido malhumorado. Sabía que el trasno estaba triste porque no habíamos encontrado a su familia, y también enfadado conmigo por no haberle permitido buscarla, así que no iba a presionarlo. Entendía mejor que nadie el torbellino de sentimientos que había dentro de su pecho, y lo mejor que podía hacer era no obligarlo a enfrentarse a ellos.

Desmonté a Seiva y observé el edificio que se alzaba ante mí. No era la primera vez que lo veía, pero su belleza siempre me dejaba sin respiración. En medio del bosque, como si hubiera brotado de la mismísima tierra, había un templo hecho de piedra y madera. Cientos de flores de cristal decoraban las vidrieras de su fachada, y las enredaderas escalaban sus muros como si no les importara el frío que las amenazaba. Aunque estaba rodeado de nieve, el templo de Valoa parecía haberse quedado estancado en una primavera eterna, como si la gracia divina que lo envolvía quisiera renegar de la fugacidad de las estaciones.

Me llevé los dedos índice y medio a los labios y, tras besarlos, los coloqué sobre el corazón. Después, até las riendas de Seiva en uno de los árboles cercanos y atravesé el camino que llevaba hasta la entrada.

En los cinco templos de Rieva se adoraba a Ikaroa, pero cada uno de ellos era el hogar de uno de los dioses menores que formaban el panteón de lunas de la Madre. Si necesitabas hacerle una ofrenda o petición a cualquiera de ellos, tenías que desplazarte hasta su templo. Así, todos tenían un lugar en el que ser venerados, un lugar en el que comunicarse con nosotros. El templo de Valoa estaba consagrado a Ninfe, diosa de la naturaleza, por lo que era el único en el que, hasta hacía ciento quince ciclos de oscuridad, se la había podido invocar.

Si el exterior era impresionante, más lo era su interior. Todo en aquel lugar estaba hecho de madera y piedra, con los gruesos troncos de los árboles haciendo de columnas, creando hermosas bóvedas con sus ramas en los altos techos del edificio. El suelo estaba cubierto con ricos mosaicos de colores, entre los que crecía la hierba, como un bosque que se extendía a los pies de las lúares y que una vez, hacía ya mucho tiempo, habían servido de alfombra para Ikaroa y su panteón de lunas.

Sin detenerme a apreciar sus detalles, me adentré en el templo. Las estatuas de los dioses que decoraban los pasillos me observaron al pasar, como si estuvieran juzgándome desde su altiva perfección. Todos ellos tenían algo que los caracterizaba, algo que los hacía inconfundibles: Ikaroa tenía una luna en la frente; Tanon, dos cuernos y grietas en la piel, como si estuviera hecho de roca; a Ninfe le brotaban flores de las manos porque en sus venas había savia y no sangre; Mekros estaba cubierta de escamas, e Idriel, que siempre me había parecido la más hermosa, tenía el pelo hecho de estrellas y un trasno subido al hombro.

«Como Gigi —pensé—. Él representa a todas las criaturas de la noche».

Aunque el templo estaba tranquilo, sumido en la calma del amanecer, me crucé con varias lúares que habían empezado a cumplir sus obligaciones con la salida del sol.

—Hola, Navia —me saludó una de ellas. Tras el daceo reconocí la voz de Virma—. Cuánto tiempo.

—¿Vienes a ver a Liara? —me preguntó Tane, la superiora del templo, cuando nos cruzamos frente al oráculo—. ¡No la entretengas mucho, que dentro de nada empezamos a preparar la ofrenda de la mañana!

El templo de Valoa siempre había sido un refugio para mí. Vivir con cuatro meigas centenarias no siempre era estimulante, así que, siendo aún muy pequeña, había empezado a escaparme al bosque. Así fue como llegué hasta allí. Las lúares se habían acostumbrado

rápido a ver una pequeña intrusa sin daceo recorriendo los pasillos del templo y me habían aceptado como a una más.

Aquellas mujeres piadosas me habían enseñado a leer, habían respondido a todas las preguntas que no me atrevía a hacerles a mis tías y habían creado para mí una red de seguridad femenina. Algunas de ellas, como Virma, Malia y Erea, incluso me habían enseñado su rostro, demostrándome así que, aunque no fuera una sacerdotisa, empezaban a verme como a una hermana.

«Entonces, ¿no podéis enamoraros?», le había preguntado, cuando empezaba a dejar atrás la infancia, a Erea.

«Nosotras ya estamos enamoradas —me había respondido ella—. De Ikaroa y su panteón de lunas».

Sabía lo que Silas había hecho en el templo de Alvar y me aterraba que hiciera lo mismo con el de Valoa, así que tenía que darme prisa.

Atravesé con rapidez un patio cubierto de nieve y, cuando llegué a unas grandes puertas de madera que daban acceso a la biblioteca, las abrí y entré.

Lo primero que percibí fue el olor. En aquel lugar flotaba un aroma característico que me recordaba a la antigüedad de los pergaminos, al conocimiento, a las cartas de reyes y reinas que tantas veces había leído cuando era una niña. Los primeros rayos del sol de la mañana entraban ya por las ventanas e iluminaban las estanterías, que iban desde el suelo hasta al techo, tiñendo los libros del color del sol. ¿Estaría el diario de Évolet escondido entre aquellas paredes?

Avancé con lentitud, temerosa de romper la concentración de las lúares que estudiaban y escribían en las mesas, cuando vi a Liara. Estaba sentada en uno de los escritorios, absorta en las páginas de un libro. Se había retirado el daceo de la cara y se estaba mordiendo el carrillo izquierdo, señal inequívoca de que estaba concentrada.

Me acerqué hasta ella, intentando ser sigilosa, pero me tropecé con una baldosa y estuve a punto de caerme al suelo. Todas las lúares me miraron y yo, con las mejillas ardiendo, les pedí perdón.

—¿Navia? —me preguntó Liara en cuanto alzó la cabeza.

—¿Cuándo vais a arreglar esa baldosa? —le dije—. Lleva mucho tiempo estando suelta. De hecho, no recuerdo que haya estado en su sitio nunca, y es un peligro.

—Lo que es un peligro es lo torpe que eres —replicó ella, incapaz de contener una sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

—Te dije que vendría a verte pronto —le respondí, sentándome frente a ella.

—Ya, pero no me imaginaba que sería *tan* pronto. —Me observó con atención y, al fijarse en las manchas de mi abrigo, volvió a ponerse seria—. Espera, ¿no habrás ido a…?

—Solo he venido a hacerte una pregunta —la interrumpí—. Tú conoces mejor que nadie todos los libros que hay aquí, ¿no?

—Podría decirse que sí.

—Bien, pues necesito que me digas si tenéis algo sobre… sobre Évolet.

Mi amiga me mandó callar, y después comprobó que las lúares que nos rodeaban no me habían escuchado. Por suerte, ninguna de ellas dio muestras de haberlo hecho.

—No digas ese nombre aquí —susurró—. Si Tane te escucha, no te dejará volver a entrar en el templo jamás.

—Lo siento —me disculpé, alzando las manos en un gesto de inocencia—. Pero ¿tenéis algo o no? ¿Un diario, quizá?

—¿Un diario? —repitió—. ¿Te has vuelto loca? Si existiera algo de la sacerdotisa innombrable, habría sido destruido tras la maldición.

Chasqué la lengua con fastidio y me pregunté qué era lo que se me estaba escapando. Silas sospechaba que el diario de Évolet se encontraba allí, pero probablemente se equivocaba. Eso limitaba mis opciones. Un diario no podía estar enterrado, ni metido en un árbol, ni escondido en una cueva. ¿O sí?

Dejé caer la cabeza sobre las manos y suspiré con cansancio. Quizá yo estuviera dentro de las protecciones mágicas del bosque, pero no tenía ninguna ventaja contra los sureños.

—Pareces agotada, Navia. ¿Has dormido algo?

—Tengo otra pregunta —le dije, esquivándola de nuevo—. ¿Sabes lo que es el yin?

—¿Yin? —se extrañó Liara—. ¿Eso no es una planta?

—No, si fuera una planta, la conocería.

Una de las lúares que estaba estudiando en la biblioteca pidió silencio, y tanto Liara como yo nos disculpamos con un gesto. Probablemente era Malia, que estallaba ante la más mínima interrupción de su lectura.

Estuve tentada de decirle a Liara que saliéramos de la biblioteca, de contarle todo lo que había visto y escuchado en Daris, pero me contuve. ¿Qué iba a conseguir más allá de preocuparla y asustarla? Liara no podía hacer nada, y yo aún tenía tiempo de pensar, de investigar, de buscar el diario. No sabía cuánto, pero lo tenía. Cuando encontrara una solución, un rayo de esperanza al que aferrarnos, se lo contaría todo.

Clavé la vista en el libro que mi amiga tenía sobre la mesa y entorné los ojos.

—¿Qué haces leyendo el Libro de los Dioses? —le susurré—. Te lo sabes de memoria.

—Ya, pero Tane nos obliga a estudiarlo. Dice que con cada lectura aprendemos algo nuevo.

—¿Y es verdad?

—Claro. Por ejemplo, hoy he aprendido que fingir concentración se me da mucho mejor de lo que pensaba. Puedo estar una mañana entera mirando el libro sin leer una sola frase.

Esbocé una sonrisa divertida y extendí el brazo para quitárselo.

—Ten cuidado, es muy frágil —me advirtió.

—Oye, que no soy tan torpe.

—Siempre que dices eso, ocurre una desgracia.

Puse los ojos en blanco y observé la miniatura pintada que decoraba la página abierta del libro.

—La creación de los dioses —musité.

Taika, el Creador, aparecía con el corazón en la mano, ya que se lo había arrancado para crear a Hashkin y a Ikaroa. Todos los dioses

estaban representados como humanos, humanos a los que rodeaba un brillo intenso, casi mágico. De las gotas de sangre que habían mojado las manos de Taika habían nacido los ocho dioses menores. Entre todos habían creado un universo perfecto, pero Hashkin había traicionado a Ikaroa, y la paz de su paraíso se había roto para siempre.

Ninfe, Idriel, Tanon y Mekros se pusieron del lado de Ikaroa y formaron su panteón de lunas; Shaa, Imnón, Katana y Cyx, con la esperanza de obtener más poder, crearon el panteón de soles de Hashkin. Así comenzó la guerra.

Ikaroa había usado sus lágrimas para crear a los habitantes de Rieva, asegurándose así de tener soldados terrenales que defendieran su parte del territorio; Hashkin, su aliento para crear a los de Ilta. Tanto unos como otros nacimos para luchar, para enfrentarnos, para odiarnos.

Pero, miles de ciclos de oscuridad después, Évolet se había enamorado de un sureño.

¿Cómo había podido ocurrir algo así? ¿Tenía ese amor algo que ver con la desaparición de los dioses, y por eso su diario era tan importante?

Ojalá pudiera preguntárselo a la mismísima Évolet. Ojalá pudiera explicarme qué había escondido en sus palabras. Ojalá estuviera viva y…

De pronto, tuve una idea.

Cerré el libro de golpe y me puse en pie. Las lúares de la biblioteca se giraron hacia mí y, aunque sus rostros estaban cubiertos por el daceo, sentí sus miradas de odio.

—¿Qué te pasa? —me susurró Liara.

—Tengo que marcharme. Tengo… tengo que hablar con mis tías.

—Navia…

Me di la vuelta y, mientras abandonaba la biblioteca, pensé en Évolet. Si todo lo que tenía que ver con la sacerdotisa innombrable se había destruido tras la maldición, si nadie sabía dónde se encontraba su diario, solo me quedaba una opción.

Y era intentar hablar con ella.



En cuanto llegamos a casa, Seiva me llevó directa al establo. Mi idea era dejarla en la cuadra y buscar a mis tías, tener algo de tiempo para preparar mi discurso, pero todos mis planes se precipitaron. En la parte de atrás, sacando leña del hórreo de piedra en el que guardábamos el grano, estaba mi tía Uxa.

—Buenos días, Navia —me saludó sin mirarme—. Veo que has llegado de una pieza de tu inesperada excursión nocturna. Espero que al menos encontraras lo que fuiste a buscar.

Desmonté a la yegua y, tras quitarle la brida, le di una palmadita en el lomo y la invité a marcharse. Ella no lo dudó. Sabía que tenía montañas de heno esperándola en su cuadra, y se había ganado un buen descanso.

—Tía —le dije a Uxa. El corazón me latía a toda velocidad, como cuando era una niña y tenía que pedirles perdón por haberme escapado al bosque, solo que lo que había hecho esa vez era mil veces peor—. Puedo explicar lo que ha pasado.

—No tienes que explicar nada, niña. Sé dónde has ido, y también el porqué.

Uxa era la más tranquila de mis tías, la más anciana y la más sabia. Daba exactamente igual que quisieras ocultarle algo porque Uxa siempre terminaba averiguando la verdad. Y eso siempre me había dado mucho miedo.

—No podía quedarme en casa —me defendí—. No… no me arrepiento de lo que he hecho.

—Y haces bien, arrepentirse de hacer lo que nos dice el corazón es de cobardes —me respondió—. Fai se enfadará contigo y te gritará, pero yo no voy a hacerlo. Haber visto con tus propios ojos la crueldad de la guerra ya es bastante castigo.

Por mucho que odiara reconocerlo, tenía razón. No iba a olvidar nunca lo que había visto esa noche; no iba a desprenderme nunca del dolor y la tristeza que había experimentado en Daris.

—Tía, necesito hablar con Or —le dije—. Necesito que use su poder para invocar a alguien que murió. Necesito… necesito que llame al fantasma de Évolet.

Por primera vez desde que había llegado, Uxa levantó la vista y me miró.

—No, ni hablar —me respondió. No pasé por alto que apretó con más fuerza la leña que llevaba en los brazos—. No vamos a utilizar a Or para invocar a esa traidora.

Sus ojos emitieron un brillo peligroso, que hizo que me encogiera sobre mí misma. Mis tías habían vivido la época de la traición de los innombrables y, al contrario que yo, habían visto cómo se transformaba el mundo por culpa de su sacrilegio. Ellas habían sufrido la desaparición de los dioses, el cambio que había supuesto la maldición de Ikaroa para los humanos, y también la crudeza del nuevo invierno. Podía entender que no le tuvieran mucho aprecio ni a Évolet ni a nada que tuviera que ver con ella, pero no estaba dispuesta a rendirme.

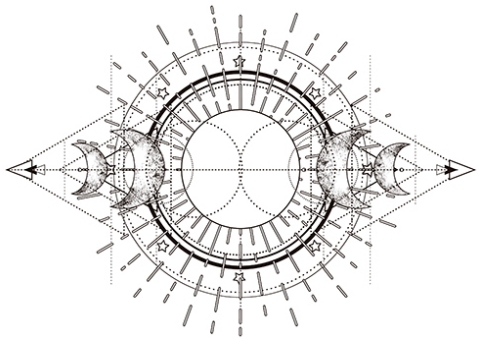
Cogí aire y, con decisión, le conté todo lo que había escuchado en Daris. La conversación que habían tenido Silas y Hiel sobre el diario, lo que me había dicho Rosten de la guerra, mi visita fugaz al templo de Valoa. Ella me escuchó con atención, sin interrumpirme ni una sola vez. Solo cuando terminé de hablar, cuando entendió mi miedo y mi urgencia, me dijo:

—Niña, ya sabes cómo funciona el poder de Or. Las vedoiras solo pueden comunicarse con los espíritus que aún están aquí, en nuestro mundo. Una vez que Taika les abre las puertas del Otro Lado, no podemos llegar hasta ellos. La sacerdotisa innombrable murió hace más de cien ciclos.

—¿Y de verdad crees que su alma se ha marchado? ¿Que los dioses la dejaron llegar al Otro Lado después de lo que hizo? ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados, tía! ¡Esta vez no!

Uxa apretó los labios y guardó silencio. Sus ojos estaban clavados en los míos, pero sabía que su mente estaba muy lejos de allí. Podía imaginarla pensando, valorando opciones, calculando riesgos. Al cabo de unos instantes, soltó la leña y anunció:

—Bien, voy al hospital a buscar a Or. Prepárate, niña, porque esto que vamos a hacer nos va a traer consecuencias. Y ninguna de ellas va a ser buena.



Templo de Zawa
Sexto dia de la décima lunación
Ciclo de oscuridad 1167

Querido diario:

No debería estar escribiendo esto, pero necesito contárselo a alguien. No puedo compartirlo con Dany, ni con Ardrea, ni siquiera con Mitra, así que solo puedo soltarlo aquí. Espero que no me juzgues porque ya me estoy juzgando yo lo suficiente.

Esta mañana, al amanecer, he bajado a la playa. Sí, ya sé que la superiora reprendería mi comportamiento, pero no veía ningún peligro en echar un vistazo rápido a los barcos. Todas mis hermanas estaban durmiendo, y no podía desaprovechar una oportunidad así.

Sin embargo, he cometido un error. Un terrible error.

En la playa, tumbado junto a los trozos de los barcos sureños que han traído las olas, he visto a un soldado. Como no se movía, he dado por hecho que estaba muerto, que el mar había arrastrado su cuerpo, así que me he acercado hasta él. Era joven, de una edad cercana a la mía, y tenía una fea herida en el abdomen..., aunque no ha sido eso lo que ha llamado mi atención.

En el uniforme, bordado sobre el pecho, llevaba el sol de Hashkin.

Sí, era un sureño.

Un enemigo.

Sé que debería haberme marchado, haber vuelto al templo para avisar a Vera, pero no lo he hecho. No he salido corriendo por estúpida, por curiosa, porque cuando le he mirado a la cara me ha parecido... ¿humano?

Quizá por eso me he apartado el daceo de la cara y me he agachado junto a él. Tenía el pelo negro, la piel bronceada, la nariz ligeramente aguileña. Llevo toda mi vida creyendo que los sureños son monstruos, seres horripilantes sobre los que advertir a los niños, pero ese soldado era más parecido a nosotros de lo que jamás habría imaginado. Y, aunque me avergüenza reconocerlo, he sentido pena por él. ¿Cómo habrán sido sus últimos instantes de vida? ¿Y si tiene una familia que le espera en Ilta? ¿Esposa e hijos, quizá?

Estaba tan perdida en mis pensamientos que, casi sin darme cuenta, he estirado una mano para apartarle un mechón empapado de la cara. Y, entonces, se ha movido. De pronto ha comenzado a toser, expulsando el agua que encharcaba sus pulmones, y yo me he puesto en pie. Cuando sus ojos verdes han atravesado los míos, mis latidos se han disparado.

«Ayúdame —me ha susurrado—. Por... favor».

He echado a correr, pero ya era demasiado tarde. El soldado me ha visto, y nadie puede contemplar el rostro de una sirvienta de la noche. ¿Entiendes lo grave que es? ¿Lo mucho que se enfadará la Madre si se entera de que he roto mis votos? ¡Y nada más y nada menos que con un siervo de Hashkin! ¿Y si eso pone en riesgo mis posibilidades de convertirme en suma sacerdotisa?

Lo peor de todo no es que me haya visto, sino que aún no lo he delatado; y eso me está matando. Hay un enemigo vivo cerca del templo, y yo no he dado la voz de alarma. ¿En qué me convierte eso? ¿En una traidora?

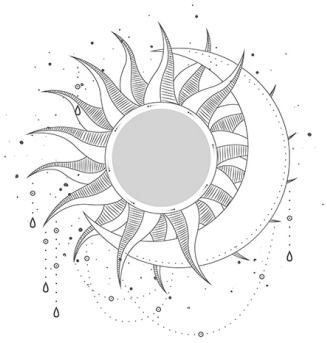
Quiero contárselo a la superiora, te lo prometo, pero... no puedo. Si Vera avisa a la Guardia Real, lo encerrarán y lo torturarán. Una parte de mí desea que lo hagan, que le obliguen a pagar por las atrocidades que ha cometido su reino; la otra, sin embargo... No, no puedo hacerlo. ¿Cómo voy a enviar a la muerte a un hombre herido que ha suplicado clemencia? Por muy cruel que sea, por mucho daño que haya causado, no puedo cargar con eso en mi conciencia.

¿Qué otra opción me queda, entonces? ¿Curarle y ayudarle a volver a casa? No, eso sí que no. Si Ikaroa se enterara de que he hecho algo así, me castigaría. Lo mejor que puedo hacer es olvidarme de su existencia, ya que la muerte será mucho más compasiva con él que los soldados de la reina. La herida del abdomen parecía grave, así que no puede quedarle mucho tiempo de vida.

¿Seré capaz de fingir que todo esto no ha ocurrido? ¿De olvidarme para siempre de su rostro y de su voz? Sí, tengo que serlo.

He cometido un error, pero no pienso cometer más.

Évolet



6

Mis tías y yo estábamos sentadas a la mesa de la cocina, nerviosas y en silencio. Or tenía los ojos cerrados y las palmas de las manos hacia arriba; las demás la mirábamos expectantes. En el exterior, el manto de la noche se había adueñado del cielo y las sombras merodeaban por el bosque, acariciando con amor a las criaturas que lo poblaban. La única luz que brillaba era la de la luna, que se había ensanchado con respecto a la noche anterior. Una persona normal no habría notado la diferencia en su tamaño, pero yo sí. Yo siempre la notaba.

«Siete noches —pensé—. Siete noches para la luna llena».

A pesar de que había insistido en que teníamos que darnos prisa, mis tías habían decidido esperar a que se fuera el sol porque, según Or, las puertas del Otro Lado solo se abrían con la oscuridad. Aunque había aprovechado para comer y descansar, la espera se me había hecho eterna. Aún tenía los estallidos de las gonas metidos en las entrañas, los gritos de los prisioneros en los oídos, las palabras de Hiel en el pecho.

«Intentaré que los avances sean más rápidos, majestad».

—Hay espíritus cerca —anunció Or—. Los oigo. Los siento.

El fuego crepitaba en la chimenea e iluminaba nuestros rostros, creando formas fantasmagóricas en las paredes. Gigi estaba sentado en mi pie derecho, oculto bajo la tela de mi falda para que mis tías

no lo descubrieran. Le había dado un trozo del bizcocho de almendras de Fai y, desde entonces, volvíamos a ser amigos. Breto, mientras tanto, estaba tumbado frente al fuego de la lareira. Él sí se había dado cuenta de la presencia de Gigi y, aunque arrugaba la nariz cada vez que lo veía, era tan vago que enseguida decidía que no le importaba tanto y volvía a dormirse.

—Esto no me gusta —susurró Bibas. Me había agarrado la mano y me la estaba apretando con fuerza—. No deberíamos molestar a los muertos.

—Los muertos están acostumbrados a que Or les moleste —respondió Uxa.

—Bueno, a veces ni siquiera los espíritus la aguantan —añadió Fai—. ¿Recordáis a ese que cada vez que le llamaba se hacía el sordo?

—¡Silencio! —nos ordenó Or.

Las cuatro enmudecimos de golpe, conscientes de lo fácil que era enfadar a los espíritus. Había crecido en una casa en la que se escuchaban llantos de madrugada, una casa en la que un desconocido de manos frías podía destaparte en mitad de la noche, así que no quería correr ningún riesgo. Deshacerse de un fantasma iracundo podía llevar mucho mucho tiempo.

—¿Tienes miedo? —me susurró Uxa.

—Sí, pero no de los muertos —le respondí en voz baja.

—Haces bien. Es mucho más inteligente temer a los vivos.

—No los temías tanto cuando te fuiste a Daris —me reprochó Fai.

—No me vas a perdonar nunca, ¿verdad?

Por primera vez en muchos días habíamos dejado el hospital solo y, aunque los pacientes estaban tranquilos, notaba a mis tías inquietas. Sabía que estaban enfadadas conmigo por haberme escapado, pero, aun así, habían accedido a firmar una tregua para invocar a Évolet. Todas habían estado de acuerdo en que lo que había dicho Silas era lo bastante importante como para que, al menos, intentáramos hacer algo.

—¡Évolet! —exclamó Or, obligándome a guardar silencio—. ¿Estás ahí?

Lo único que se oyó en la cocina fue el crepitar del fuego. Eso hizo que se me encogiera el estómago. Solo había presenciado las invocaciones de Or en dos ocasiones, pero no recordaba que los espíritus tardaran tanto en responder. Normalmente se apresuraban a hacerlo porque, tras morir, estaban deseosos de volver a comunicarse con los vivos. Las vedoiras eran la única vía que tenían para lograrlo.

—Évolet, sacerdotisa de nuestra Divina Madre Ikaroa, escúchame —insistió Or—. Évolet, responde a mi llamada.

Las llamas de la lareira vibraron y estuvieron a punto de quemar el sedoso pelaje de Breto, que se apresuró a salir corriendo. Después se apagaron de golpe. Si no hubiera sido por los rayos de luz de luna que entraban por la ventana, la oscuridad nos habría engullido.

—Noto algo —susurró Or—. Sí, lo noto. Es… extraño.

Justo en ese momento, comencé a sentir el frío. Las garras del invierno escalaron por mi espalda, y yo me estremecí. Las invocaciones de Or siempre venían acompañadas de una brisa gélida, pero aquella fue más intensa que nunca, más cruel y desgarradora.

—¿Qué está pasando? —pregunté. Una fina capa de hielo comenzó a cubrir los tarros de las estanterías, el suelo, la madera de la mesa. Hasta los cristales de las ventanas se volvieron opacos por culpa de la escarcha—. Esto no es norm… ¡Tía!

Or comenzó a temblar, como si estuviera sufriendo los espasmos del tercer beso, y yo me puse muy tensa. Su cuerpo se contraía una y otra vez, y casi parecía que un dolor extraño le estuviera golpeando las entrañas. Cuando comenzó a hablar, recitando palabras en un idioma que solo ella podía comprender, me levanté. Sin embargo, Uxa me sujetó de la manga del vestido y me obligó a sentarme de nuevo.

—No le ocurre nada —me explicó—. Está buscando a la sacerdotisa, es mejor que no la molestemos.

—Pero nunca ha temblado así.

—Hay espíritus que son muy difíciles de encontrar, niña. Déjala.

Aunque estaba preocupada por Or, decidí obedecer a Uxa y guardar silencio. Giré la cabeza y clavé los ojos en el cristal congelado de la ventana.

Entonces, lo vi.

Unas extrañas letras estaban apareciendo sobre el hielo, muy lentamente, como si alguien estuviera esforzándose por dibujarlas. Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando reconocí la N y la O.

«No».

Las letras siguieron apareciendo, y yo no aparté la vista. Podía sentir el crujido de la escarcha derritiéndose para formar las letras, el sonido del dedo invisible contra el cristal.

«Deberías».

Mis tías tenían la vista fija en Or y, aunque quería avisarlas, no fui capaz de moverme. Tenía miedo de decir algo en voz alta y que las letras dejaran de aparecer, que quien fuera que estuviera intentando comunicarse con nosotras se asustara y se marchase para siempre. Por eso, contuve el aliento y continué leyendo.

«Estar».

Sabía la palabra que venía después, lo sabía porque esa era la frase que me había dicho el muchacho que me atacó en el hospital. Cuando la mano invisible dibujó la V, empezó a costarme respirar.

«No deberías estar viva».

Miré de nuevo a Or, pero hacerlo fue como recibir un golpe en el estómago. Su rostro se estaba descomponiendo, arrugándose como si de golpe hubiera envejecido mil inviernos. El pelo se le estaba cayendo y la piel de la cara le colgaba en ristras putrefactas. Aún temblaba, recitando palabras sin sentido, pero no iba a poder hacerlo durante mucho más tiempo.

La muerte parecía estar a punto de alcanzarla.

—¡No! —exclamé—. ¡Para, por favor!

Me puse en pie y los tarros de las estanterías estallaron en mil pedazos. Mis tías gritaron, asustadas, y yo me encogí para protegerme de los cristales. El corazón me latía tan rápido que tuve miedo de que fuera a salirse de mi pecho.

—¡Navia! —exclamó Bibas—. ¿Estás bien?

—¿Qué narices ha pasado? —se extrañó Fai, observando los tarros rotos.

Miré a Or, como si eso lo explicara todo, pero su rostro había vuelto a la normalidad. Tenía los ojos abiertos y, aunque parecía algo aturdida, ni temblaba ni recitaba esas extrañas palabras sin sentido.

—Lo siento —me disculpé—. Me he asustado con las letras de la ventana.

Señalé el cristal congelado, pero, cuando mis tías lo miraron, me quedé paralizada.

No había nada. Ni una sola palabra escrita.

—¿Qué letras? —inquirió Uxa.

Me quedé callada, sin saber qué decir. ¿Estaba segura de lo que había visto? ¿Y si no había sido más que una ilusión provocada por el cansancio y los nervios? No quería preocuparlas. No quería que pensaran que me estaba volviendo loca.

—Me lo habré imaginado —respondí, algo insegura—. No importa.

Uxa frunció el ceño y Bibas me miró con preocupación. Fai, sin embargo, se puso en pie y comenzó a sacar del armario sus utensilios de cocina.

—Voy a prepararle unas filloas a la niña —dijo—. Necesita calmarse.

—No hace falta que…

—Volveré a encender el fuego —me interrumpió Bibas.

Se puso en pie y, tras coger un par de troncos de la leñera, se acercó a la lareira.

—Or, ¿has podido hablar con la sacerdotisa? —le preguntó Fai.

—Tengo malas noticias.

—Déjame adivinar: no la has encontrado.

—Pues sí, sí la he encontrado, pero no he podido acceder a ella.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté—. ¿Qué está en el Otro Lado?

—No, eso es lo raro. Su alma está aquí, en nuestro mundo, pero cuando he intentado acercarme a ella… no he podido hacerlo. Había una especie de barrera que me lo impedía. Nunca me ha pasado algo así.

¿Una barrera? ¿Y si la Madre estaba bloqueando el alma de Évolet, castigándola incluso en la muerte? ¿Y si se trataba del mismísimo Silas? A fin de cuentas, Hashkin le había entregado su poder, lo que prácticamente le convertía en un dios. Quizá no quería que nadie accediera a ella para que no descubrieran el secreto que escondían sus escritos.

—¿Y si intentamos comunicarnos con las compañeras de Évolet? —intervino Bibas—. En Zawa debía de haber más sacerdotisas, ¿no? Quizá ellas sepan algo.

—No creo que las almas de esas muchachas sigan aquí —le respondió Or—. Además, aunque no hubieran viajado al Otro Lado, no conocemos sus nombres. No tengo forma de encontrarlas.

Las cinco nos quedamos calladas, intentando no pensar en lo que pasaría si el ejército de Silas entraba en el bosque y encontraban el diario antes que nosotras. Yo era la que lo tenía más difícil. Había visto con mis propios ojos las ruinas de Daris, el poder de las gonas y la crueldad de los sureños. Eso era lo que nos esperaba si perdíamos la guerra: muerte, dolor y destrucción.

—¿Qué posibilidades hay de que rompan las protecciones de Valoa? —preguntó Uxa—. Quizá el miedo esté haciendo que nuestra fe en la Madre se tambalee y nos estemos preocupando por nada.

—No las van a romper —respondió Fai—. Es imposible.

—Tarde o temprano las romperán —le aseguré yo—. Rosten me dijo que…

—¿Viste a Rosten? —me preguntó Bibas desde la chimenea. La alegría con la que lo hizo me dejó algo aturdida—. ¿Y cómo está?

—Como siempre. Un poco más grande, eso sí. Parece un oso.

—Cuando erais pequeños, Bibas pensaba que Rosten y tú acabaríais enamorándoos —me explicó Or—. Doy gracias a la Madre por que no fuera así.

—Es un buen chico, pero no habríamos soportado verte suspirando por alguien con un cerebro más pequeño que el tuyo —añadió Uxa.

—Espera, espera. ¿Rosten y yo? —me extrañé—. Por favor, no. ¡Si es como mi hermano!

—Yo siempre pensé que terminarías enamorándote de Liara —dijo Fai—. Me habríais recordado tanto a Zeltia y a mí…

—Deberías ir superando a tu exnovia, Fai —gruñó Or—. Hace más de cincuenta ciclos que te dejó.

—No empecéis —las riñó Uxa.

—Pero ¿por qué tenéis tanto interés en emparejarme? —me quejé yo.

—Este bosque se ha vuelto muy aburrido, Navia. ¡No nos has dado nada de lo que hablar desde lo de Anxo!

Al escuchar el nombre de mi primer novio, puse los ojos en blanco. Había ocurrido hacía muchos ciclos de oscuridad, y no había sido más que una aventura. Mis tías, sin embargo, lo recordaban como una bonita historia de amor.

—Y no creo que os dé nada más de lo que hablar en mucho tiempo —repliqué—. Ahora mismo, lo último que quiero es enamorarme.

Las cuatro meigas comenzaron a hablar a la vez, cada una de ellas dando su opinión sobre mi vida amorosa, y yo miré de nuevo hacia la ventana, esperando volver a encontrarme las extrañas letras que había visto durante la invocación. La escarcha, sin embargo, ya se estaba derritiendo.

—Estoy segura de que si Navia y Rosten se hubieran enamorado, él nunca se habría unido a la Guardia Real —estaba diciendo Bibas—. ¡Se habría quedado aquí, con ella!

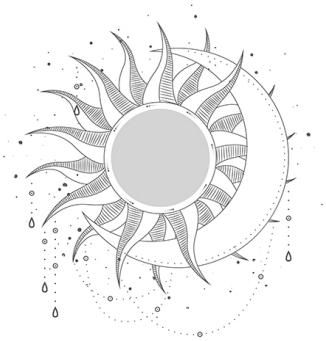
—¿Y dónde viviría la parejita feliz? —replicó Or—. ¿En la cabaña, con nosotras? No, ni soñarlo. No quiero hombres viviendo bajo mi

techo.

—*Nuestro* techo.

Quizá, aunque el peligro estuviera respirándonos en la nuca, nos merecíamos unos instantes de paz. Quizá podíamos concedernos pequeñas treguas.

O al menos eso pensaba cuando no sabía que mi mundo estaba a punto de hacerse pedazos.



7

Las dos noches que siguieron a la invocación fallida de Évolet, volví a tener pesadillas con Silas. En ellas, el rey del sur aparecía con su cuerpo monstruoso, persiguiéndome por el bosque hasta que terminaba alcanzándome. En muchas de ellas me arrancaba el corazón del pecho, en otras me asfixiaba con sus largas y afiladas garras; en las peores, me obligaba a casarme con él.

A pesar de que intenté retomar la normalidad, estaba tan inquieta que me fue imposible hacerlo. Estaba distraída, dándole vueltas una y otra vez a lo que había ocurrido durante la invocación. ¿Quién me repetía una y otra vez que no debía estar viva? ¿Silas? ¿Tanto le preocupaba no haberme asesinado como al resto de mi familia?

También pensaba constantemente en el diario, pero ni mis tías ni yo llegamos a una conclusión satisfactoria sobre dónde podría estar escondido. ¿Y si, en vez de en el bosque de Valoa, se encontraba en Jata? ¿Tendría tiempo de ir a hablar con Minnana antes de que los sureños destruyeran las barreras? ¿Me recibiría siquiera?

—Es muy peligroso que vayas sola a la capital —me dijo Bibas—. Lo más seguro para todos es que te quedes en el bosque.

—Pero…

—Navia, confía en las barreras de los dioses —insistió Fai—. Por mucho que los sureños quieran, no van a poder destruirlas.

Al final, empujada por la frustración y la desesperanza, me rendí. Lo único que podía hacer era rezar, pedirles a los dioses que nos protegieran y refugiarme en la rutina para no pensar.

—¿Dónde está el chico que me atacó? —le pregunté a Bibas cuando, por pura necesidad, volví a trabajar en el hospital.

—Lo perdimos —me respondió ella—. No fue capaz de aguantar el peso de la maldición.

—¿Y Brais? ¿Y los demás supervivientes de Daris?

—Lo siento, Navia. Nos fue imposible detener el avance del hanax, y la muerte no perdona a nadie. Ojalá Taika les abra las puertas del Otro Lado.

A pesar de que me esforzaba por estar concentrada, cometía más errores que nunca. Olvidaba las palabras de mis tías, y ni siquiera prestaba atención a lo que me decían los pacientes, que habían pasado de ser treinta y dos a solo trece. La presencia de Gigi era lo único que me daba consuelo, lo único que me arrancaba alguna que otra sonrisa.

Aunque nunca llegamos a hablar sobre ello (y, por supuesto, aunque mis tías nunca se enteraron), se quedó a vivir conmigo. Quizá fue la comida de Fai que le daba a escondidas, o quizá darse cuenta de que ya no tenía una familia con la que volver, pero mi hogar se convirtió en el suyo. De día desconcertaba a Or con sus trasnadas; por las noches, dormía acurrucado contra mi cuerpo. Como siempre me despertaba por culpa de las pesadillas, le escuchaba sollozar en la oscuridad.

—Llora tranquilo, pequeño —le susurraba mientras le acariciaba la cabecita—. Sé lo mucho que duele perder a tu familia.

La vida siguió hacia delante con su desesperante indiferencia hasta que, la tercera noche tras la invocación, ocurrió algo. Ya había anochecido, y tanto Uxa como Or se habían marchado al hospital para cuidar a los pacientes que nos quedaban. Bibas, Fai y yo estábamos en la cocina moliendo ortiga y ajo para preparar un brebaje reconstituyente. Breto, mientras tanto, roncaba bajo la

mesa. El olor de las hierbas se mezclaba con el del fuego, relajando mi cuerpo y mi mente.

—Liara odia el sabor de este brebaje —solté, apretando la ortiga con la mano del mortero.

—No me extraña —me respondió Fai—. Es efectivo pero asqueroso.

—Creo que es porque le recuerda a sus padres —le dije—. Eran de Fiedra, y al parecer allí cocinan con mucho ajo.

—Solo los pobres —me corrigió Bibas—. Los nobles piensan que tiene un olor vulgar.

—Es que los padres de Liara eran pobres —replicó Fai—. Si no, no estaría encerrada en ese templo.

Antes de la maldición de Ikaroa, eran los dioses los que elegían a las lúares. Cuando estos desaparecieron, convertirse en sacerdotisa se volvió una cuestión económica. Muchas familias pobres entregaban a sus hijas para no tener que mantenerlas, para deshacerse así de una boca a la que alimentar. Los templos estaban financiados por la corona, así que esa era la única forma de asegurarles un techo bajo el que vivir.

—Siempre pienso que, si hubiéramos sabido que sus padres iban a abandonarla en un templo, podríamos haberla adoptado —dijo Bibas.

—Liara es feliz allí —respondí yo—. Tane y sus hermanas la cuidan.

—Y Minnana nunca permitiría que a sus sacerdotisas les pasara algo.

Tras las palabras de Bibas, las tres nos vimos aplastadas por el peso de la realidad. Minnana no solo era la suma sacerdotisa de Rieva, también era la regente del reino. Sin embargo, eso no la hacía todopoderosa. Por más que quisiera proteger a las sacerdotisas de sus templos, había cosas que se escapaban a su control. Lo que los sureños les habían hecho a las lúares de Alvar era el ejemplo perfecto de ello.

Tras unos instantes de silencio, instantes en los que no pude dejar de pensar en la crueldad de los siervos de Hashkin, solté:

—Se parecían a nosotros, ¿sabéis? Los soldados de Ilta. Al menos, los que vi en Daris. Siempre me los he imaginado…

—¿Monstruosos? —preguntó Fai.

—Diferentes —maticé—. Tendría sentido que lo fueran ¿no? Hashkin e Ikaroa son opuestos, ¿quién iba a decir que nos crearon exactamente iguales? Ni siquiera contamos el tiempo de la misma forma.

—Es cierto —replicó mi tía—. Nosotros lo hacemos de forma correcta, y ellos no.

Asentí, porque en el fondo estaba de acuerdo. Siempre me había llamado la atención que en Ilta contaran el tiempo siguiendo el movimiento del sol, y que en Rieva lo hiciéramos siguiendo el movimiento de la luna. Sus ciclos de luz tenían más días que nuestros ciclos de oscuridad; sus rostros, más que nuestras lunaciones. Ni siquiera coincidíamos en el inicio y final de las estaciones.

—En realidad sabemos poco sobre los sureños —dijo Bibas—. Una vez, en uno de los parlamentos que celebramos las meigas, una cartuxeira me contó que las sacerdotisas de la diosa Katana hacen rituales… *sexuales*.

—¿Por qué bajas la voz? —le preguntó Fai—. ¿Ahora resulta que nos escandalizamos por hablar de sexo?

—Por mí no os preocupéis —indiqué—. Soy amiga de Rosten, así que no hay nada que me sorprenda.

—Katana es la diosa del amor y la fertilidad —insistió Fai—. Es lógico que hagan ese tipo de rituales, Bibas. No van a recoger flores del campo.

—Ya, pero en esos *rituales* participa el mismísimo rey Sil…

Levanté una mano para impedir que continuara hablando.

—No sigas —le dije. De repente se me había revuelto el estómago—. No quiero saber lo que Silas hace o deja de hacer en la cama.

Bibas abrió la boca para replicar, pero la cerró de golpe cuando oímos la explosión. Fue un estallido lejano, una descarga que retumbó en el bosque y nos hizo ponernos tensas. Hasta Breto se despertó para saltar sobre las piernas de Fai.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó esta.

—Parecía un… un trueno —respondió Bibas.

Dejé el mortero sobre la mesa y me acerqué hasta la ventana. El cielo nocturno estaba despejado, sin una sola nube que lo amenazara con traer una tormenta. Eso, sin embargo, me provocó una extraña incomodidad. Había escuchado explosiones como esas antes, estaba segura. Y no había sido capaz de olvidarlas.

—Quizá se ha caído algún árbol —dijo Fai.

—No —le respondí—. No ha sido ningún árbol.

Una nueva explosión, esa vez más cerca, hizo que nos sobresaltáramos. La casa entera tembló, y las tres nos sumimos en un tenso silencio que sabía a peligro.

—Esto no me gusta —musitó Bibas.

Los pájaros que se escondían en los árboles salieron volando, como si supieran que tenían que huir, y un escalofrío me bajó por la espalda. Sin pararme a pensarlo, salí de la cocina.

—¿A dónde vas? —quiso saber Fai.

Pero no le respondí. Abandoné el calor de la casa y el frío de la noche me golpeó el rostro con ferocidad. Sin embargo, a las zarpas del invierno no las acompañaba el característico olor a humedad del bosque, sino un aroma extraño que hizo que se me encogiera el estómago: el del fuego.

Alcé la cabeza para observar el cielo y, entonces, lo vi: humo. A lo lejos, una nube subía, intoxicando el aire, buscando opacar el brillo de la luna.

—¡Navia! —Mis tías salieron de la casa y me alcanzaron—. ¿Qué haces?

Un par de jabalíes surgieron de entre los árboles y pasaron corriendo frente a nosotras, haciéndome dar un respingo. Los

animales estaban huyendo del bosque, y eso solo podía significar una cosa.

—Los sureños vienen hacia aquí —les dije a mis tías—. Han roto las protecciones del bosque.

—Pero eso es… es imposible —me respondió Fai mientras apretaba a Breto contra su pecho.

—No, no lo es —le aseguré.

Las dos se quedaron calladas, pero sus ojos reflejaron el miedo que de pronto les arañaba por dentro. El aire olía a guerra, a peligro, y parecía estar apremiándonos. Quizá por eso mis tías terminaron aceptando la realidad: ya no había barreras mágicas que nos protegieran.

—Nos esconderemos —dijo Fai—. Avisaremos a Uxa y a Or y nos iremos de aquí.

—¿Y qué vamos a hacer con los enfermos? —preguntó Bibas.

—Llevárnoslos. Todos los que quedan en el hospital pueden caminar.

—¿Dónde? —inquirí yo—. ¿Dónde nos escondemos?

—En la cueva que hay junto al arroyo —propuso Fai—, esa en la que solías meterte cuando te enfadabas con nosotras. Es grande y está lo bastante escondida como para que los sureños no la encuentren con facilidad.

El corazón me latía con mucha fuerza, como si estuviera siguiendo el ritmo de las botas de los soldados que sabía que avanzaban hacia nosotras. Nuestro plan de huida era débil, mucho, pero ¿qué otra opción nos quedaba? No teníamos tiempo de organizarnos. No teníamos tiempo de nada.

—Bien —musité—. Iré a sacar a Seiva del establo. No podemos dejarla aquí.

—Nos vemos en la cueva —me respondió Fai.

Unos gritos masculinos llegaron hasta nosotras, transportados por la brisa de la noche, y de golpe nos dimos cuenta de que no podíamos entretenernos más. Los sureños estaban cerca, mucho más cerca de lo que esperábamos.

—¡Date prisa! —me gritó Bibas cuando salí corriendo.

Con la respiración acelerada, volví a meterme en la casa y entré en mi habitación. Gigi se había subido a mi cama, y estaba comiéndose una nuez que era casi tan grande como él. En cuanto me vio, sus ojos se iluminaron con una mezcla de amor y emoción.

—¿Gigi?

—Lo siento, no tenemos tiempo.

Cogí el zurrón que tenía colgado de la pared y, antes de que el trasno pudiera replicar, lo metí dentro. Después, tras comprobar que los cuchillos que me había llevado a Daris seguían escondidos en el bolsillo del abrigo, me lo puse sobre la ropa.

Cuando volví a salir de la casa, mis tías ya no estaban. Corrí hasta el establo y entré a tal velocidad que, al verme, Seiva se asustó.

—Tranquila, bonita —la calmé—. Soy yo.

Sin dejar de mirar hacia atrás por si aparecían los sureños, conseguí ensillarla y ponerle las bridas. Todo el cuerpo me temblaba y estaba tan nerviosa que me notaba mareada, a punto del desmayo.

—Vamos —le susurré a la yegua—. Vamos, por favor.

Estaba a punto de subirme sobre su grupa cuando escuché los cascos de un caballo. El miedo me subió hasta la garganta y, de forma instintiva, saqué uno de los cuchillos del abrigo.

—¡Navia! —Respiré tranquila al reconocer la voz de Rosten—. ¡Estás aquí!

Mi amigo se bajó del caballo y corrió hasta mí. Antes de que pudiera responder, me abrazó con mucha fuerza y se aseguró de que estuviera entera, viva, a salvo. Pareció aliviado de comprobar que sí, quizá porque él no lo estaba. Su mejilla derecha tenía un corte, como si le hubieran alcanzado con una daga, y tenía la cara manchada de sangre.

—He venido lo más rápido que he podido —me dijo—. Los sureños… He escapado por los pelos.

—Las protecciones del bosque han caído, ¿verdad?

—Y el ejército de Rieva también. Los soldados de Silas van hacia la capital.

Aunque sabía lo que había ocurrido, aunque llevaba días preparándome para ese momento, las palabras de Rosten me atravesaron como una flecha. Habíamos perdido la guerra. Los sureños habían ganado. Y Silas me atraparía.

«Convierta a la princesa Estela en su reina, sométala, y así aplastará la esperanza de los norteños».

—Te llevaré lejos —me aseguró Rosten—. Buscaremos una aldea perdida cerca de Parma, o de Saranda, donde Silas no pueda encontrarte. Nos llevaremos a tus tías.

¿Irnos de Valoa? No, mis tías jamás dejarían el bosque. Yo, tampoco. ¿Qué pasaría entonces con las criaturas de la noche? No pensaba abandonarlas a su suerte cuando sabía que los sureños irían a por ellas.

—Rosten, no podemos…

—¡Navia, no hagas esto más difícil! La mayor parte del ejército va de camino a Jata, pero Silas ha enviado a una parte de sus soldados al templo de Valoa. Si pasan por aquí, ¿qué crees que van a hacer? ¿Entrar a que Fai les prepare una infusión?

De pronto, todo lo que había a mi alrededor dejó de importarme. Silas había enviado a una parte de sus soldados a buscar el diario de Évolet. Cuando descubrieran que no se encontraba en el templo, se enfurecerían. Iban a hacerles a las lúares de Valoa lo mismo que les habían hecho a las de Alvar.

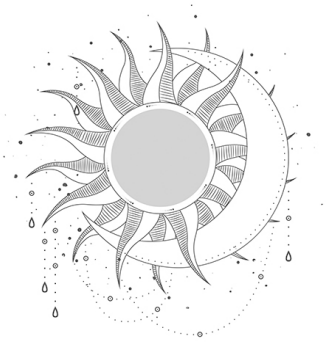
Iban a matar a Liara.

Sin pensarlo, me subí a la grupa de Seiva y observé la columna de humo que ascendía hacia el cielo. Si me daba prisa, quizá llegara al templo antes que los soldados de Silas.

—Ayuda a mis tías —le pedí a Rosten—. Van a esconderse en la cueva que hay junto al arroyo. Acompáñalas y asegúrate de que no les pasa nada. ¡Por favor!

—Espero que no estés pensando…

Le indiqué a la yegua que pusiera rumbo al templo e, ignorando los gritos de mi amigo, lo dejé todo atrás.



8

Seiva y yo atravesábamos el bosque a toda velocidad, pero tenía la sensación de que avanzábamos más lentas que nunca. No me importaban ni el frío que me cortaba la piel ni las ramas de los árboles que me golpeaban el rostro; lo único que podía pensar era en Liara, que no sabía lo cerca que estaban los sureños. Liara, que estaba en peligro.

Poco antes de llegar al templo de Valoa, le ordené a la yegua que se detuviera.

—Espérame aquí —le pedí, tras bajarme de un salto, mientras tiraba de las riendas para esconderla entre los árboles—. No sé qué me voy a encontrar ahí dentro, así que es mejor que no te vean.

Con el corazón latiéndome a toda velocidad, caminé hasta la puerta de entrada del templo. Como era de noche, esperaba tener que llamar con insistencia hasta que alguna sacerdotisa me abriera, incluso tener que gritar para despertarlas, pero no fue así. En cuanto mi mano tocó la madera, esta se abrió ante mí.

Entonces vi la sangre.

Aunque no sabía cuál era su color, estaba acostumbrada a su textura, a su espesor, y podía distinguirla a la perfección. El líquido oscuro manchaba los mosaicos del suelo, creando un terrorífico reguero que llevaba hasta el otro lado de la estancia, donde había tres cuerpos inertes. No tardé en darme cuenta de que eran lúares.

Una antorcha solitaria iluminaba sus daceos, dejándome ver la tela desgarrada, las manchas sobre su piel.

Podía imaginarme lo que había pasado: el alboroto, las sacerdotisas levantándose de sus camas para ver lo que estaba ocurriendo, la carnicería. Los soldados del sur habían llegado antes que yo, y habían sembrado el caos a su paso.

El arrepentimiento me revolvió el estómago y se me enquistó en la garganta. ¿Por qué no las había advertido? ¿Por qué, en vez de centrarme en encontrar el diario, no las había sacado de allí?

Con el cuerpo entero temblando, me acerqué hasta las lúares y me agaché junto a ellas. Con cada paso que daba le pedía a la Madre que ninguna de ellas fuera Liara. Sin embargo, aunque no reconocí el rostro de mi amiga en el de aquellas sacerdotisas, fui incapaz de contener las lágrimas. Eran Virma, Erea y Malia. Los soldados del sur les habían cortado el cuello y tenían los ojos vacíos, inertes, sin vida. Mi mente de sanadora pensó mil y una manera de salvarlas, cientos de remedios que pudieran calmar su dolor, pero ya era demasiado tarde. No existía ninguna cura para la muerte.

—Lo siento —susurré, besándome los dedos índice y medio de la mano derecha. Las lágrimas me escocían en la garganta y me empañaban los ojos—. Lo siento muchísimo. Que Taika os abra las puertas del Otro Lado.

Les cerré los ojos para que descansaran y, solo entonces, me di cuenta de que las heridas de sus cuellos estaban recubiertas por una fina capa de lo que parecía una tela de una araña. Nunca antes había visto algo así. Sabía que no era hanax porque el veneno caníbal era más viscoso y opaco. ¿Qué era, entonces? ¿Una nueva sustancia diseñada por los brujos de Silas para hacer sufrir a sus víctimas?

Estaba tan perdida en mis pensamientos que, cuando oí las voces, me sobresalté. Soldados. Los sureños seguían en el templo. ¿Cuántos eran? No parecían muchos. Cuatro o cinco, quizá.

—¡Vamos por aquí! —gritó uno de ellos.

Me puse en pie y me marché, cuidándome de no hacer demasiado ruido. En aquella estancia no había ningún lugar seguro en el que esconderse. Quizá podía ocultarme tras una de las columnas del oráculo, o buscar las habitaciones de las lúares y meterme bajo sus camas.

Me adentré en los laberínticos pasillos del templo y me camuflé con la oscuridad. Al girar en una esquina, sin embargo, pisé un charco de sangre y me resbalé, golpeándome la espalda contra el suelo.

—Mierda —musité. Me había manchado las manos de sangre.

Volví a levantarme, con los latidos desbocados, pero, al ver lo que había frente a mí, me quedé paralizada.

Los soldados habían destrozado las estatuas de los dioses que decoraban los pasillos del templo. Los trozos de mármol estaban tirados por el suelo, convertidos en pedazos. Las flores de Ninfe, el rostro de Tanon, el pequeño trasno de Idriel; una cruel declaración de intenciones por parte de los siervos de Hashkin.

Tragué saliva y observé el único trozo de mármol que quedaba iluminado por la luz de la luna. Era la mitad derecha del rostro de la Madre, y me estaba mirando. En la quietud del mármol había algo antiguo, despierto, que hacía que la diosa de la noche pareciera viva en su silencio. Por alguna razón, eso me hizo sentir incómoda, minúscula, indigna. ¿Por qué no había sido más rápida? ¿O más lista? ¿Por qué, aun teniendo sangre real en mis venas, no había hecho nada por Rieva? Casi sentía que la diosa me estaba juzgando, recordándome lo cobarde que había sido. Mandándome un mensaje.

«Te veo, Navia. Te veo y quiero que actúes».

—¡Mirad en ese pasillo! —exclamó uno de los soldados. Estaban más cerca de lo que pensaba—. Me ha parecido oír algo.

Me di la vuelta a toda prisa, pero, antes de que los soldados aparecieran, una mano salió de entre las sombras y tiró de mí, obligándome a entrar en la sala oscura que se abría a mi derecha. Estaba a punto de gritar cuando me di cuenta de que la figura desconocida era una sacerdotisa.

—No hagas ruido —me susurró.

Reconocí enseguida la voz de Tane, la superiora del templo. Alguien le había arrancado el daceo, por lo que era la primera vez que veía sus rasgos. Era más joven de lo que la había imaginado y, aunque tenía un corte que le atravesaba el rostro, manchándoselo de sangre, era hermosa. Quise preguntarle si estaba bien, pedirle que me explicara lo que había ocurrido, pero justo en ese momento los soldados cruzaron el pasillo y las dos guardamos silencio.

—¡Por aquí ya hemos pasado! —gritó uno de ellos.

—Deberíamos marcharnos a la capital —le respondió el otro—. El rey se estará impacientando.

—Daremos una última vuelta. Si aparecemos sin ese maldito diario, nos castigará.

Solo cuando las botas de los soldados se convirtieron en un sonido lejano, cuando ambas estuvimos seguras de que ya no estaban cerca, Tane y yo volvimos a respirar tranquilas.

—Navia —me dijo en voz baja—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Durante unos instantes, me limité a observarla. El miedo de sus ojos, el temblor de sus manos; todo en ella me hablaba de los horrores que había tenido que presenciar.

—He venido a buscar a Liara —respondí.

—No sé si Liara sigue viva. Hemos… hemos perdido a muchas hermanas esta noche.

Sus palabras fueron como una flecha certera que me atravesó el corazón. Tuve que esforzarme para que el aire entrara en mis pulmones, para ignorar el dolor.

—Lo está, seguro que lo está —repliqué.

La superiora me miró fijamente, sin decir una palabra, y después apartó la mirada. Cuando comenzó a llorar, me acerqué hasta ella y la abracé. No estaba permitido tocar a las lúares, y la única a la que había visto romper esa norma era a Liara, pero necesitaba calmarla, paliar su dolor. Ella me lo agradeció dejándose acunar.

—Ve a la biblioteca —me susurró—. La última vez que la vi, estaba allí.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Estarás bien?

—Buscaré a las lúares que quedan con vida, no puedo marcharme sin ellas.

—Llévalas a la cueva que hay junto al arroyo, mis tías están allí escondidas —le indiqué—. Ellas curarán vuestras heridas y os calmarán. Liara y yo nos uniremos a vosotras.

—Gracias, Navia. Rezaré por que los dioses te protejan.

Asentí y, en cuanto la noté más tranquila, la solté. Tras comprobar que los soldados no estaban en el pasillo, me despedí de ella y salí corriendo de nuevo. Esa vez no me detuve. No lo hice frente a los cuerpos de las sacerdotisas muertas que llenaban los pasillos de dolor, y tampoco cuando estuve a punto de volver a caerme al suelo. No lo hice porque, si dejaba de correr antes de encontrar a mi amiga, el dolor me impediría seguir adelante.

Cuando llegué a la biblioteca, el corazón me latía con mucha fuerza y casi no podía respirar. La sala estaba tranquila, pero los libros de las estanterías estaban tirados en el suelo, muchos de ellos rotos en mil pedazos. Los rayos de la luna entraban por las ventanas y lo iluminaban todo con una luz demasiado delicada para una pesadilla.

Tragué saliva y, sin dejar de mirar hacia atrás por si aparecían los sureños, me adentré en aquel doloroso caos.

—Liara —susurré—. ¿Estás aquí?

Nadie me respondió. Con la garganta en carne viva, seguí avanzando.

—¿Liara?

—¿Na… Navia?

Al escuchar la respuesta, me sobresalté. Seguí la dirección de la voz hasta encontrar a Liara, que estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra una pared, oculta entre las montañas de libros destrozados. Aunque estaba despeinada y muy pálida, con el ojo amoratado y el labio inferior partido, estaba viva. El alivio que sentí fue liberador, como si me hubieran quitado de encima una pesada carga.

—Liara. —Corrí hasta ella y me agaché a su lado. Estaba temblando, abrazándose a sí misma como si así pudiera detener las sacudidas de su cuerpo—. ¿Te encuentras bien?

—Los soldados vinieron y… nos hicieron cosas horribles… Tuve que fingir que ya estaba muerta y no pude ayudar…, no pude…

Las lágrimas inundaron los ojos de Liara, y yo sentí su dolor muy dentro, tan dentro como si fuera mío. No quería imaginar lo que esos monstruos le habían hecho.

—Tranquila —le dije, intentando calmarla—. Vamos a irnos de aquí, ¿vale?

—No, Navia. Yo… no puedo…

—Claro que puedes, yo te ayudaré.

Liara negó con la cabeza, sin dejar de llorar y deshizo el abrazo con el que se estaba protegiendo. Y yo le vi la herida. Tenía un profundo corte en el abdomen que sangraba a borbotones. El líquido oscuro se mezclaba con la extraña sustancia que había visto en las heridas de las sacerdotisas, y solo me bastó una mirada para entender lo grave que era.

—Quieren el diario de Évolet —me dijo con un hilo de voz.

No quería llorar, no delante de Liara, pero el dolor era tan intenso que me fue difícil controlar las lágrimas. Por mucho que quisiera curarla, no tenía forma de hacerlo. La herida era demasiado profunda y ya había perdido mucha sangre. Ni teniendo a mano los ungüentos de mis tías habría sido capaz de hacerlo.

—Navia, escúchame. —Me cogió una mano y yo se la apreté con fuerza, intentando no pensar en lo débil que estaba, en la sangre que le manchaba la piel—. El otro día, cuando te fuiste… He estado buscando el diario de Évolet.

—Liara, eso ya no me importa.

—Ayer lo encontré.

No entendí lo que me estaba diciendo. Estaba tan sumida en la pena, tan centrada en ayudarla, que no comprendí el significado de sus palabras.

—Alguien lo metió en una caja de madera y lo escondió… debajo de la baldosa… que está suelta —continuó. Estaba haciendo un esfuerzo titánico por seguir hablando, y a mí me destrozaba verla así. Ojalá hubiera podido arrancarle todo el sufrimiento para quedármelo yo—. Aún está ahí, los soldados no lo han encontrado. Cógelo y… ve a por…

—No, por favor.

—Ve a por Silas, Navia. Acaba con él. Destruye… destruye a quienes nos han hecho esto.

La abracé con mucha fuerza, como si ese simple gesto pudiera aferrarla a la vida. Sin embargo, ni siquiera el amor tan grande que sentía por ella iba a poder salvarla. Esa era la certeza más dolorosa a la que iba a tener que enfrentarme jamás.

—Lo haré —le susurré—. Te lo prometo.

Liara hizo un esfuerzo por rodearme, pero no lo logró. Su cuerpo perdió la poca fuerza que le quedaba y murió entre mis brazos. Entonces, lloré. Lo hice dejando que las lágrimas me destrozaran la garganta, y por primera vez me di cuenta de lo que significaba la muerte. Me había creído acostumbrada a ella, al vacío que dejaba tras su paso, pero estaba equivocada.

Nunca más iba a escuchar reír a mi mejor amiga.

Nunca más podría mirarla a los ojos.

Nunca volveríamos a soñar juntas.

—¿Gigi?

El trasno salió del zurrón, con los ojos brillantes, y escaló hasta mi hombro para acariciarme el pelo. Estaba intentando consolarme, pero no había cura para la tristeza que me atravesaba. El dolor desgarrador que sentía era nuevo para mí, tan nuevo que de golpe entendí por qué la gente tenía esa necesidad suicida de besar a sus seres queridos.

Las palabras no me bastaban para despedirme de Liara, y tampoco las lágrimas. Quería que mi amiga entendiera lo importante que había sido para mí, lo mucho que la iba a echar de menos. Sabía que estaba prohibido, que aquel acto de amor era una

sentencia de muerte, pero mi cuerpo me empujaba a ello como si esa necesidad primitiva estuviera dentro de mí, de mi alma y de mi corazón.

El sacrificio del funeral, lo llamaban.

«Le di un beso —me había dicho Brais en el hospital cuando me habló de lo mucho que le había dolido perder a su esposa—. El primero desde que la conocí».

«Un beso no es peligroso —le había respondido yo—. Lo único que hace es iniciar la cuenta atrás».

«Me habría gustado darle los otros cuatro también».

Apreté a Liara con más fuerza y, sin pensarlo, llevé mis labios hasta su cabeza y la besé. Su pelo aún estaba suave, y desprendía ese cálido aroma a flores que tanto me recordaba ella.

—Te quiero, Liara —le susurré—. Siempre te voy a querer.

Me quedé así durante unos instantes, recordándola con vida, y, en cuanto me separé de ella, lo sentí. El frío que me atravesó el pecho fue tan intenso que me dejó sin aire. Gigi se asustó y volvió a esconderse en el zurrón.

Solté a Liara y, con todo el cuerpo temblando, me encogí sobre mí misma. Casi parecía que la ferocidad del invierno me hubiera poseído, que en mis entrañas hubiera empezado a nevar. La temperatura de la biblioteca no había cambiado, pero tuve que mover los dedos para que no se me congelaran; las piernas, para sentir los pies.

Las formas de hielo de la maldición empezaron a aparecerme en la piel, y me llevé las manos al pecho. Podía notarlas, frías y crueles, dibujando vetas de escarcha sobre mi corazón. Respirar era un suplicio, y todo me daba vueltas.

«Cuatro besos —pensé—. Me quedan cuatro».

Me quedé quieta, recuperando el aliento. Después, cuando mi cuerpo asimiló que se había iniciado la cuenta atrás, le dediqué una mirada de despedida a Liara y gateé hasta la baldosa que estaba suelta, la misma con la que me había tropezado en lo que en ese momento me parecía otra vida.

Me detuve frente a ella y aparté los libros rotos del suelo. Gigi saltó del zurrón para ayudarme. Cuando la zona estuvo limpia, hice fuerza y la levanté.

—Está ahí —susurré, observando la caja de madera escondida bajo el suelo de la biblioteca—. El diario.

—*Gigi*.

Me incliné para sacar la caja y, algo asustada, la abrí. En el interior, sin embargo, solo había un puñado de hojas sueltas, arrancadas de cuajo de un libro. ¿Ese era el famoso diario de Évolet? ¿Unos papeles desordenados y antiguos? Aunque dudaba que esas páginas pudieran devolvernos a nuestros dioses, no podía permitir que Silas las encontrara.

Las saqué de la caja y las leí por encima, pero enseguida me di cuenta de que no las entendía. Estaban escritas en el idioma de los dioses, y solo fui capaz de reconocer algunas palabras que se parecían a las de la lengua mortal.

—¿Gigi?

—Vámonos de aquí —le dije.

Le eché un último vistazo a las hojas del diario y me puse en pie. Cuando comencé a andar, el trasno dio un salto y se subió a mi pierna, desde donde comenzó a escalar para llegar hasta mi hombro.

Salí de la biblioteca y caminé con sigilo a través del templo. El frío que sentía en mi interior era intenso, afilado, pero me esforcé por ignorarlo. Los soldados de Ilta parecían haberse marchado. Eso me facilitaba las cosas, aunque no me tranquilizaba. En cuanto Silas se hiciera con la capital, no habría paz en ningún rincón de Rieva.

Llegué frente a la puerta de entrada y me detuve. Los cuerpos de Virma, Erea y Malia ya no estaban. El charco de sangre seguía ahí, demostrándome que lo que había visto era real, pero no había ni rastro de las sacerdotisas asesinadas. ¿Qué había pasado con ellas? ¿Se las habrían llevado los soldados? No, ni siquiera ellos serían capaces de profanar así a los muertos.

Las busqué por toda la sala hasta que un sonido a mi espalda me hizo ponerme tensa. Metí las hojas del diario en el bolsillo del abrigo y, muy lentamente, sujeté uno de los cuchillos que tenía escondidos. Podía notar los latidos de mi corazón en el pecho, en la garganta. Jamás había atacado a nadie, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para defenderme.

—¡Gigi!

Con el grito del trasno, me di la vuelta. Esperaba encontrarme con los soldados de Silas, pero quienes estaban frente a mí eran Virma, Erea y Malia. Las sacerdotisas a las que había visto muertas.

Solo que estaban vivas.

—¿Virma? —pregunté, extrañada—. ¿Erea? ¿Sois… sois vosotras?

Las tres lúares dieron un paso al frente, y los rayos de la luna que atravesaban las vidrieras les iluminaron los rostros por completo. Tenían la herida abierta del cuello, los ojos vacíos, la piel muy pálida. ¿Por qué, a pesar de estar de pie, parecían estar muertas? ¿Y por qué me miraban así, como si quisieran hacerme daño?

Antes de que pudiera decir nada más, las tres corrieron hacia mí.

Y no tuve tiempo de escapar.

Virma fue la primera en alcanzarme. Me empujó con fuerza y me tiró al suelo mientras intentaba morderme con rabia. Su sangre me manchó el abrigo; la saliva que le goteaba de los dientes, el rostro.

—¡No! —exclamé—. ¡Virma, soy yo!

Pero ella no se detuvo. Ni siquiera pareció reconocerme. En un intento desesperado por defenderme, le rajé la cara con el cuchillo y, aprovechando su sorpresa, la aparté de mí y rodé por el suelo.

—¡Gigi! —grité mientras me ponía en pie. Le había perdido la pista—. ¿Dónde estás?

El trasno se me subió de un salto a la pierna y, asustado, se escondió en el zurrón. Yo observé la puerta del templo. Como si hubieran adivinado mis intenciones, Malia y Erea corrieron hacia mí; yo me limité a huir.

Durante unos terroríficos instantes, lo único que hice fue correr. Esquivé un par de ataques con el cuchillo, pero en uno de los

movimientos lo solté sin querer y recibí dos mordiscos, que me hicieron gritar.

«¡Estúpidas manos de trapo!», pensé.

Estaba a punto de quedarme sin aire, de que mis piernas dejaran de responder, cuando una nueva sacerdotisa llegó a la sala.

Y no era una sacerdotisa cualquiera.

Era Liara.

Me quedé paralizada al ver que mi mejor amiga, a la que había visto morir, estaba de pie frente a mí. La herida del abdomen aún le sangraba y sus ojos estaban tan vacíos como los de las demás, pero reconocí su rostro y su cuerpo como si fueran los míos propios.

—Liara —musité. La voz se me rompió al volver a pronunciar su nombre—. Soy yo, Navia. ¿Qué… qué te ocurre?

Miré a las demás sacerdotisas, que ya estaban preparadas para volver a atacar, y di un paso hacia atrás. Sin embargo, me choqué contra una de las paredes de la sala y tuve que detenerme. No tenía escapatoria.

—Liara —insistí, mirando a mi mejor amiga. Ella me enseñó los dientes como si fuera un animal salvaje—. Por favor.

Una lágrima furtiva me acarició la mejilla, pero a ninguno de los cuatro monstruos que había frente a mí les importaba lo más mínimo mi sufrimiento. Algo, o alguien, las había convertido en lobos hambrientos tras su muerte. Y yo no era más que su presa.

«Madre —pensé—. Ayúdame. No me dejes sola».

Las sacerdotisas avanzaron hacia mí, y yo cerré los ojos. No quería ver a mis amigas convertidas en asesinas sanguinarias; no quería que esa fuera la imagen que me acompañara al Otro Lado. Apreté los puños y, mientras las escuchaba avanzar, contuve el aliento.

Sin embargo, justo en ese momento, alguien entró en el templo.

Lo hizo con la fuerza de un vendaval, con una espada entre las manos. El filo del arma les rebanó la cabeza a dos de las sacerdotisas y, cuando el brillo del metal destelló bajo los rayos de luz de luna, me obligué a apartar la mirada.

—¡Navia! —me gritó Rosten—. ¿Estás bien?

Cuando volví a levantar la vista, ninguna de las sacerdotisas tenía cabeza. El estómago me dio un vuelco y tuve que taparme la boca con las manos. Las cuatro se habían convertido en un amasijo de sangre, en los restos deformes de quienes una vez habían sido mis amigas. Nunca me habían impresionado las vísceras, pero aquello era demasiado para mí. Sin poder evitarlo, me di la vuelta y vomité.

—Navia…

Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero ya no sabía si era por el esfuerzo, por el miedo o por la tristeza que me ardía por dentro. Tenía dos mordiscos, uno en el brazo y otro en la pierna, y también el corazón congelado.

—Era Liara —le dije a Rosten, dándome la vuelta para mirarle—. La vi morir entre mis brazos, y después… después quería matarme.

—Esa cosa no era Liara, ardillita. Era una abominación de los sureños.

—¿Cómo…?

—Con morvía, un veneno de la Orden. Impregnan el filo de sus armas con él y se aseguran de que nuestros muertos se levanten para matarnos. Son unos auténticos cabrones.

Un veneno. Así que eso era la sustancia que recubría las heridas de las sacerdotisas. Las lágrimas me inundaron los ojos, limpiándome los restos de sangre de las mejillas, y cuando me caí de rodillas al suelo, temblando de frío y dolor, Rosten se acercó y me abrazó.

—No vuelvas a hablar con los muertos —me advirtió, apretándome contra su pecho—. No les digas nada. Es lo único que necesitan para levantarse.

—Había… soldados —musité—. Cuando he llegado…

—Ya no están. Los he matado a todos.

—¡Pero si eran por lo menos cuatro!

—Demasiado pocos para vencerme.

Rosten me abrazó con más fuerza; yo cerré los ojos. Durante unos instantes nos quedamos así, juntos, en silencio. Su presencia

era lo único que me ataba a la realidad, lo único que hizo que no me dejara llevar por el dolor.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó—. Ayudé a tus tías a llegar a la cueva, tal y como me pediste, pero después… me he perdido intentando encontrar el templo. Por eso no he podido llegar antes.

—Rosten, has venido cientos de veces.

—¡Ya, pero estaba nervioso!

—¿Cómo puedes ser tan despistado?

—¿Y tú tan insensata? —replicó—. ¡Te escapaste de repente, por los dioses!

No dije nada, pero agradecí que Rosten estuviera allí, conmigo. De alguna forma sentía que su aparición había sido un regalo de los dioses, una respuesta a mis plegarias.

—Le pedí ayuda a la Madre —susurré—, y creo que me escuchó. Ikaroa te hizo llegar en el momento justo para… para salvarme.

—Si los árboles de este maldito bosque no fueran todos iguales, habría estado aquí mucho antes. Creo que la Madre no ha tenido nada que ver con eso.

A pesar de que las palabras de Rosten tenían sentido, me aferré a la fe en Ikaroa con una vergonzosa desesperación. Creer en nuestra creadora, en que todo aquel sufrimiento tenía un propósito, era lo único que me proporcionaba paz y consuelo.

—Las estatuas de los dioses estaban rotas —le dije—. El ojo de Ikaroa, sin embargo…, estaba entero y me miraba. No puede ser casualidad, Rosten. Era una señal.

—Qué suerte que vieras el ojo y no un pie o, yo qué sé, algo peor.

—La Madre tiene un plan para mí, estoy segura.

—Navia…

Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Los dioses estaban encerrados en algún lugar desconocido, pero, a pesar de ello, nunca nos habían abandonado. Había perdido a mi familia, y también a mi mejor amiga, pero la Madre siempre estaría ahí, protegiéndome, dándome la seguridad que me faltaba; esperando.

—Hay… hay sacerdotisas con vida —dije—. Vi a Tane. Deberíamos buscarla.

—Sí, tienes razón. Os llevaré a todas con tus tías.

—No.

—¿Cómo que no?

Me separé de él y me limpié las lágrimas con la mano, prometiéndome a mí misma que la debilidad se había acabado, que la Navia frágil y asustada que había sido durante toda mi vida se quedaría para siempre en aquel templo.

—No quiero ir a casa, Rosten, sino a Jata. Quiero acabar con Silas.

—Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loca? ¡No puedes acercarte al hombre más poderoso del continente, y ya no digamos matarlo!

En vez de responder, me puse en pie y comencé a caminar. Ikaroa me quería viva, me necesitaba para liberarla a ella y a su panteón de lunas, y yo iba a cumplir mi cometido. ¿Por qué, si no, había sobrevivido a la matanza de mi familia? ¿Por qué había escuchado la conversación sobre el diario de Évolet e incluso había podido hacerme con él? Yo era la princesa Estela, la princesa a la que los norteños llevaban tanto esperando, y había llegado el momento de que actuara como tal.

—¡Navia, espera!

«Ve a por Silas, Navia. Acaba con él. Destruye… destruye a quienes nos han hecho esto».

—Cuando éramos niños siempre me decías que fuera a Jata a reclamar el trono de mis padres, que usara mi poder —le dije—. Bien, pues ha llegado el momento de hacerlo.

—¿Y qué hay de tus tías? —insistió, poniéndose en pie también.

—Mis tías estarán bien sin mí.

—¿Y tú estarás bien sin ellas?

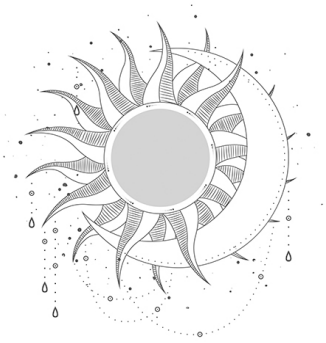
No le respondí. No estaba preparada para enfrentarme a esa pregunta.

Esa vez, aunque eso me costara la vida, iba a cumplir la promesa que le había hecho a Liara. Encontraría la parte que me faltaba del

diario, descubriría cómo liberar a nuestros dioses y me aseguraría de destruir tanto a Silas como a Hashkin.

Y entonces, solo entonces, Ikaroa estaría orgullosa de mí.

Parte 2
Cuatro besos



9

A Rosten le conocí casi a la vez que a Liara, cuando no éramos más que unos niños que aún no entendían del todo el mundo que los rodeaba. La primera vez que le vi, llovía. Yo estaba en el hospital aprendiendo junto a mis tías; él llegó cojeando, ayudándose de un bastón, con los ojos llenos de lágrimas.

«Ayudadme, por favor —nos dijo—. No aguanto más».

Como había nacido sin la pierna derecha, no podía trabajar en la granja junto a sus hermanos. Eso, según él, provocaba la ira de sus padres, que disfrutaban golpeándole hasta dejarle la piel marcada con su crueldad. Sin embargo, mis tías se dieron cuenta enseguida de que aquellos granjeros no le odiaban por eso, sino porque era un mestizo.

Las mouras eran las criaturas más hermosas del bosque de Valoa, mujeres de larga caballera que solían estar junto a los arroyos y atraían a los hombres con su canto. Ninguno de ellos podía resistirse a su belleza, así que caían en su embrujo. La mayoría de las veces, las hadas del bosque solo querían divertirse; otras, lo que buscaban era propiciar una unión carnal que les diera hijos. Si nacía una niña, las mouras se la quedaban; si se trataba un niño, se lo entregaban al hombre con quien lo habían concebido y se olvidaban de él para siempre. Esos eran los mestizos.



«¿Y por qué los humanos los cuidan? —le había preguntado a Fai cuando me contaron la historia de Rosten—. ¿Por qué se quedan con un bebé que no quieren?».

«Porque, si no lo hacen, la magia oscura de las mouras cae sobre ellos».

Observé a mi amigo, sentado frente a mí en la cueva que habíamos escogido como refugio, y me di cuenta de lo poco que se parecía ya al niño que había llegado a nuestra casa buscando la sabiduría de las meigas. Se había levantado la pernera derecha del pantalón y se estaba ajustando la prótesis de madera que mis tías habían creado para él. Desde que la tenía, su vida había mejorado considerablemente. Las palizas de sus padres no habían cesado, pero al menos consiguió unirse a la Guardia Real en la capital y escapar de ellos. Cuando volvía a casa solo lo hacía por mí, para ver a la amiga a la que su marcha le había roto el corazón. Jamás lo había hecho para visitar a su familia.

—¿En qué piensas? —me preguntó, sacándome de mis pensamientos. Su voz reverberó contra las paredes de la cueva—. Te has quedado muy callada.

Terminé de cubrirme el mordisco de la pierna con el ungüento de caléndula de mis tías y alcé la vista para mirarle.

—Estaba pensando en ti —respondí.

—¿Sin ropa?

—Ay, Rosten, qué asco.

Mi amigo se rio y se bajó la pernera del pantalón. Después, sacó un trozo de madera del bolsillo de su abrigo y comenzó a tallarla con un cuchillo. Llevábamos todo el día cabalgando por el bosque, y estábamos exhaustos. Seiva y Corvo, el caballo de Rosten, también. Por eso, en cuanto empezó a anochecer, nos habíamos detenido a descansar.

Aquella cueva era un buen escondite, pero no podía deshacerme de la sensación de peligro que me hacía cosquillas en la nuca. Me había prometido a mí misma que iba a robarle a Silas su parte del

diario de Évolet, que conseguiría liberar a nuestros dioses y que acabaría con él, pero ¿cómo pensaba hacerlo? No tenía ni idea.

—¿Cuánto nos queda para llegar a Jata? —quise saber.

—Si seguimos a este ritmo, llegaremos pasado mañana.

Una pequeña fogata ardía entre nosotros, llenando la cueva con su característico olor a madera quemada. Sin embargo, por más que me acercara al fuego, no notaba su calor. Me había tomado el brebaje de tomillo y menta que paliaba los efectos de la maldición, pero aún sentía el frío clavado en el pecho, rodeándome el corazón. El hielo era ya parte de mí, y podía notarlo muy hondo, tan afilado y cruel como el dolor por la muerte de Liara. Con el tiempo aprendería a vivir con ambos, pero sabía que ni lo uno ni lo otro desaparecerían jamás.

—¿Sigues pensando que puedes acabar con Silas? —me preguntó Rosten.

—Por supuesto.

Aunque las dudas me corroían, me esforcé por fingir seguridad. Le había contado lo del diario de Évolet mientras atravesábamos el bosque, y su única conclusión había sido que era una completa y absoluta locura. Había decidido acompañarme para protegerme, tal y como había prometido que haría cuando éramos solo unos niños, y si no había intentado detenerme era solo porque estaba convencido de que, en cuanto viera la ciudad, volvería corriendo al bosque. No pensaba darle el gusto de tener razón.

—¿Y qué es lo que pretendes hacer? —me preguntó—. ¿Entrar en el palacio y pedirle una audiencia? —Cambió el tono de voz para poner uno más agudo, que, por supuesto, no se parecía en nada al mío—. Hola, majestad, soy la princesa Estela. ¿Te acuerdas de mí? Creo que mataste a toda mi familia. Como compensación, ¿podrías entregarme las hojas de ese diario que encontraste en el templo de Alvar? Sí, ese con el que queréis encerrar a nuestros dioses para siempre.

Le lancé una mirada asesina; él negó con la cabeza y sonrió.

—Jata es peligrosa, ardillita, y cuando lleguemos ya estará bajo el control de los sureños —continuó—. No estás acostumbrada a los ladrones, ni a la suciedad ni al ruido de la capital. Me juego una mano a que no durarás nada allí.

—Pues te vas a quedar sin ella porque no pienso volver a casa. —Me crucé de brazos para sentirme más fuerte—. La Madre está de mi lado, Rosten, lo sé. Y voy a cumplir la misión que me ha encomendado.

Mi amigo no dijo nada, pero no pasé por alto que su sonrisa se volvió burlona, como si no creyera que la mismísima Ikaroa me hubiera elegido para llevar a cabo su venganza.

—Silas tiene a un dios dentro, Navia —me dijo, sin apartar la vista de la madera que estaba tallando—. Quizá Ikaroa te haya mandado señales, pero él *tiene* el poder de Hashkin. Sus soldados masacraron a los nuestros en la batalla de Daris, ¿entiendes lo que eso significa? Sé que eres valiente, y a veces hasta inteligente…

—¡Oye!

—… pero no sabes dar dos pasos sin caerte al suelo. Perdí a todos mis compañeros del ejército, y si alguno de ellos ha sobrevivido, Silas lo habrá capturado. Quizá incluso lo hayan llevado a la Ciudadela para que esos brujos aterradores hagan experimentos con su cuerpo. No quiero perderte a ti también.

Aparté la mirada, intentando controlar las lágrimas que me ardían en la garganta, y me obligué a mí misma a no darle la razón. Sabía que la tenía, claro que lo sabía, pero si me permitía creer que no tenía ninguna oportunidad contra Silas, le habría fallado a mi mejor amiga, a mi pueblo y a mis dioses. Y eso no podría soportarlo.

—No sé qué pretendes hacer —añadió—, pero no es tan fácil acercarse a Silas. De hecho, muy pocas personas le han visto la cara.

Al pensar en el rostro monstruoso que aparecía en mis pesadillas, me estremecí. ¿Cómo iba a conseguir acercarme a un rey dios? ¿Cómo iba a poder sortear las protecciones no solo de los soldados de Ilta, sino también de los brujos de la Orden de los

Envenenadores? El peso del fracaso me aplastó los hombros, como si mi cuerpo estuviera empezando a aceptar que nunca íbamos a salir victoriosos de aquella misión… hasta que de pronto se me ocurrió algo.

Me miré los pies, perdida en mis propios pensamientos, y dejé que el sonido del fuego nos envolviera. El miedo y la emoción bullían en mi estómago, y no sabía cuál de ellos lo hacía con más fuerza. Hasta los latidos de mi corazón se pusieron nerviosos.

—Existe una forma de acercarme al rey tanto como para matarle —dije. Alcé la cabeza, pero Rosten continuó concentrado en la madera—. Lo escuché en Daris. Silas… Silas quiere casarse conmigo.

Rosten dejó de tallar y me miró fijamente. Aunque yo no veía el color de sus ojos, sabía que eran diferentes a todos los que hubiera visto antes: más grandes e hipnóticos; menos humanos.

—Te has vuelto loca, ¿no?

—Si fuera su esposa tendría la posibilidad de…

—¡Navia, no! —Se puso en pie y yo me sobresalté—. Puedo aceptar que quieras ir a Jata, incluso que intentes robarle ese diario, pero ¿casarte con él? ¿Sabes lo cruel y despiadado que es ese hombre?

—Sí, pero…

—¡No solo hace depravados rituales sexuales con sus sacerdotisas, sino que ha llegado a matar a golpes a muchos de sus súbditos solo porque no le ha gustado cómo se han inclinado ante él! ¡Por la Madre, Navia, si has visto que hasta levanta a los muertos de sus tumbas! ¿De verdad te atreverías a casarte con un monstruo así? ¡Deberías estar aterrada solo de pensar en acercarte!

Me quedé callada y, avergonzada, aparté la mirada. De repente me sentía más pequeña que nunca, más indefensa y asustada de lo que había estado jamás. Rosten tenía razón, ¿cómo iba a casarme con Silas? Si ya me atormentaba en mis pesadillas, no quería ni imaginarme lo que sería capaz de hacerme en la vida real.

—Si vuelves a sacar ese tema, te juro que te llevo de vuelta con tus tías y las obligo a encerrarte en una torre —me amenazó Rosten.

Se sentó de nuevo y yo, aún sin decir nada, observé el zurrón que había dejado tirado en el suelo. Gigi se estaba moviendo en su interior, probablemente porque se estaba comiendo las provisiones. Aún no se había dejado ver por Rosten, y me pregunté cuánto tiempo más podría ocultarle su existencia. No tardaríamos mucho en llegar a Jata, pero no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar allí. ¿Un par de noches? ¿Una lunación? ¿Un ciclo de oscuridad completo?

—Vale —dije, volviendo a mirar a mi amigo—. Volvemos entonces al plan de robarle el diario. ¿Crees que podríamos hacerlo?

—Nosotros solos no, desde luego, pero si sigues empeñada en seguir adelante, podemos pedirles ayuda a las Sombras.

—¿Las Sombras?

—Son los espías de la regente —me explicó—. Llevan muchos ciclos viajando al sur y recabando información para Rieva. Gracias a ellos, Minnana descubrió que Hashkin había vuelto, que había elegido a Silas como nuevo rey y que tenía intención de atacarnos. Fue por eso por lo que pudimos defendernos a tiempo…, aunque, bueno, al final no nos ha servido de nada.

No había servido de nada porque los sureños nos habían vencido, claro. ¿Cómo no iban a hacerlo? Por muchos espías que tuviera Minnana, por muy grande que fuera nuestro ejército, ¿qué podían hacer unos simples mortales contra Hashkin y su panteón de soles? Lo único que el ejército de Rieva había conseguido era retrasar una inevitable derrota.

—¿Crees que… crees que las Sombras me ayudarán?

—Supongo que sí.

—¿Y sabes dónde están?

—¡Ay, mierda!

Di un respingo ante el grito de Rosten y él se miró el pulgar. Se había cortado con el cuchillo y estaba sangrando.

—Mucho estabas tardando —le reñí—. ¿Te ayudo?

—No, no hace falta.

—Llevo muchos ciclos dedicándome a curar…

—Y yo soy un soldado, Navia. No me voy a asustar por esto.

Se llevó el dedo a la boca y lamió la sangre de la herida. Yo arrugué la nariz, asqueada. Cuando alivió el escozor del corte, siguió tallando la madera. La figura estaba cogiendo forma, pero aún era muy tosca.

—Silas no va a destruir la capital como destruyó Daris —me dijo, retomando la conversación—. El capitán Veiga estaba seguro de que lo que quiere es dejarla en pie y convertirla en un símbolo, sentarse en el trono de sus enemigos. Los habitantes de la ciudad se rendirán y seguirán las órdenes de los sureños para que los dejen vivir en paz, pero la mayoría hará todo lo posible por acabar con ellos. Las Sombras serán quienes inicien y apoyen la resistencia, estoy seguro.

Volvimos a quedarnos callados, acompañados únicamente del crepitar del fuego, y no pude evitar pensar en los prisioneros que había visto en Daris, en cómo se habían alzado contra los sureños… por mí.

«Mientras la princesa Estela siga con vida, resistiremos».

¿Qué pensarían cuando apareciera ante ellos y les revelara mi identidad? ¿Me creerían? ¿Se sentirían decepcionados al descubrir que no existía ninguna profecía, y que mi poder no podía ayudarlos? Solo quedaban dos noches para la luna llena, y ya podía notar el cosquilleo en los dedos, el leve palpitar en las sienes, la presión sorda bajo la piel. Casi parecía que mi cuerpo estaba preparándose para recibir una fuerza que no podía comprender del todo.

No quería pensar en eso, así que me acomodé contra una de las paredes de la cueva y saqué el bestiario que tenía escondido en el zurrón.

Además de a Tane, en el templo de Valoa habíamos encontrado a tres lúares con vida. Las habíamos llevado hasta el arroyo y, tras indicarles que fueran hasta la cueva, Rosten y yo nos habíamos desviado para pasar por la cabaña.

Aunque la preocupación me había gritado que corriera a ver a mis tías, que comprobara que seguían estando a salvo, me había obligado a no hacerlo. Si hubiera vuelto a verlas, jamás me habrían

dejado marcharme; y yo tampoco habría sido capaz. Por eso, con un nudo de tristeza en la garganta, me había limitado a cambiarme de ropa, a dejarles una nota y a guardar mi bestiario en el zurrón. También habíamos cogido algo de comida para el viaje, y los ungüentos que necesitábamos para curarnos las heridas.

Desde ese momento, lo único que podía hacer era rezarle a la Madre para que todo saliera bien y pudiera volver a verlas.

Comencé a pasar las páginas del bestiario, recreándome en los dibujos que había hecho a lo largo de mi vida y los recuerdos que estos me traían, cuando Rosten me preguntó:

—¿Cuándo vas a terminar ese bestiario? Llevas como mil ciclos escribiéndolo.

—No lo sé. Aún me queda muchas criaturas por estudiar.

—¿Y no te aburres?

Esbocé una sonrisa divertida porque no era la primera vez que me preguntaba algo así. Al igual que Liara, Rosten estaba harto de escucharme hablar sobre el bestiario. Sabía que le importaba, pero también que yo podía convertirlo en un tema infinito, que la pasión me desbordaba. Aunque a veces me hacía preguntas, casi siempre se limitaba a asentir con desinterés; así que había aprendido a controlarme.

—No —le respondí—. No me aburro.

Mi amigo frunció el ceño, y después me preguntó:

—¿Vas a querer dibujarlas a todas?

Asentí y guardé silencio porque si decía algo me pondría a llorar. Por mucho que quisiera dibujar, no me sentía capaz. El dolor por la pérdida de Liara era como una herida abierta que no me dejaba pensar, ni concentrarme, ni respirar.

Guardamos silencio de nuevo y, tras unos instantes de calma, Rosten me entregó el trozo de madera que había estado tallando.

—Toma —me indicó—. Es para ti.

Lo cogí y, al ver que era una ardilla, sonreí.

—Es preciosa —le dije—. ¿Dónde has aprendido a tallar la madera así?

—En Jata.

—¿Y eso? ¿Le estás haciendo muñequitos a tu novia?

Me reí, ya que sabía perfectamente que mi amigo era alérgico al compromiso, pero él no me siguió. Lo único que hizo fue apartar la mirada, y por eso abrí los ojos con sorpresa.

—¡¿Estás con alguien?! —le pregunté.

—¡No grites!

—Perdona, no sabía que te importaba que nos escucharan los ratones.

Rosten chasqueó la lengua y se tapó la cara con las manos. Mi amigo había estado con muchas chicas, pero nunca se había esforzado ni en aprenderse sus nombres. Me costaba creer que hubiera aparecido una a la que estaba dispuesto incluso a hacerle regalos.

—¿Cómo se llama? —le pregunté—. ¿A qué se dedica? ¿Vive en Jata? ¡No me digas que esa es la verdadera razón por la que quieres acompañarme a la capital!

—Navia, no te voy a contar nada.

—Venga ya, Rosten, siempre me lo cuentas todo. Sé lo que le has hecho a la mitad de las muchachas de Daris, y también lo que te habría gustado hacerle a la otra mitad. ¿Vas a guardarte para ti lo que más me interesa saber?

Mi amigo se apartó las manos de la cara y me miró. Sus ojos estaban cubiertos con un fino velo de preocupación, y de tristeza y de… ¿amor?

—Es… complicado —me dijo—. A ella tampoco le interesa que lo nuestro se sepa.

Fruncí el ceño ligeramente, preguntándome cuál podría ser la razón por la que esa chica misteriosa querría mantener en secreto su relación con Rosten. ¿Y si estaba casada? O, peor, ¿y si era una sacerdotisa? Desde luego, Rosten era capaz de meterse en un lío como ese.

—¿La has besado? —le pregunté, algo asustada. Una cosa era tener una relación prohibida; otra muy distinta, sellarla con un

beso—. Dime que no, por favor.

—¡Pues claro que no! Sabes que soy cuidadoso y que nunca haría algo así.

Esa vez fui yo la que apartó la mirada porque el dolor apagó de golpe esa chispa luminosa que había encendido la emoción. Al contrario que Rosten, yo sí había iniciado la cuenta atrás de la maldición. Y solo me quedaban cuatro besos para morir.

—Espera, ¿tú sí? —me preguntó—. ¿Pretendes que te cuente con quién estoy saliendo sin que tú me digas que te gusta alguien?

—No me gusta nadie —le respondí, aún sin mirarle—. Ya sabes que yo…, bueno, no he estado con nadie desde lo de Anxo.

A pesar de que nunca había tenido sentimientos hacia él, Anxo y yo habíamos estado saliendo durante un par de lunaciones. Nos habíamos conocido en el hospital, ya que había acudido a mis tías para que le ayudaran a curar un extraño sarpullido que le había salido en el pecho, y nos entendimos desde el primer momento. Era un herrero de Xilo, tan guapo que cuando le miraba había llegado a sentir cosquillas en el estómago y, siempre que paseábamos por el bosque, terminaba riéndome a carcajadas. Sin embargo, nunca había llegado a sentir por él más que una intensa atracción. Habíamos explorado nuestros cuerpos en la oscuridad, e incluso había llegado a pensar en acostarme con él, pero, el día en que me pidió ser su novia, lo rechacé. Nunca se lo había contado a nadie, pero de alguna forma sentía que Anxo no era el indicado, ese amor al que estaba destinada. Era como si…, como si supiera que seguir con él estaba mal.

¿Sería una ilusa? ¿Una romántica condenada a vivir eternamente junto a mis tías? ¿O de verdad existía alguien con un alma hecha para encajar con la mía?

—A quien besé fue a Liara —confesé—. Cuando murió entre mis brazos. Esa fue mi despedida.

Tanto Rosten como yo nos sumimos en una tristeza que nos envolvió como un manto y nos hizo pensar en todo lo que habíamos perdido, en todo lo que habíamos dejado atrás. Yo había perdido a

mi mejor amiga; él, a todos sus compañeros. Me había tenido que alejar de mis tías para protegerlas y, aunque mi fe en Ikaroa y su panteón de lunas era más fuerte que nunca, estaba aterrada.

—Descansa, anda —me dijo Rosten—. Yo haré la primera guardia.

Me tumbé frente al fuego y, con el sabor de la pena aún en los labios, me quedé dormida.



A pesar de lo cansada que estaba, cuando Rosten me despertó para que hiciera mi guardia, lo agradecí. El rato que había dormido había estado plagado de pesadillas, de sueños llenos de sacerdotisas muertas que se levantaban de sus tumbas; de sangre y dolor. Por eso, porque así podía controlar las imágenes que me atormentaban, prefería estar despierta.

—Este eres tú —le susurré a Gigi tras pasar una de las hojas del bestiario—. ¿Ves? Eres igual.

El trasno miró el dibujo que había sobre el papel y frunció ligeramente el ceño, como si no se reconociera en el boceto que le había hecho.

—*¿Gigi?*

—¿No te gusta? No sabía que los trasnos erais tan presumidos.

La cueva estaba iluminada por la suave luz que emitían las brasas que quedaban de la hoguera; los ronquidos de Rosten rompían el silencio. Gigi, sentado sobre mi pierna, observaba los dibujos del bestiario con los ojos muy abiertos.

—*¡Gigi!*

Le di un sorbo al brebaje de tomillo y menta y, tras sentir su calor bajándome por la garganta, suspiré. ¿Qué iba a hacer cuando se acabara? ¿Encontraría hierbas medicinales en Jata? El frío del pecho no iba a matarme, pero me hacía más débil. No podía permitirme bajar la guardia cuando me acercara a Silas.

—Esto es un nubeiro —le expliqué al trasno, volviendo a centrarme en las páginas del bestiario—. Pueden crear tormentas, truenos, niebla… Se desplazan sobre las nubes y no suelen bajar a la tierra. A este solo lo vi de lejos, por eso tiene tan pocos detalles.

Gigi ladeó la cabeza mientras observaba el dibujo del desaliñado hombre barbudo que, vestido con pieles, nos observaba desde el papel. El que yo había visto no era excesivamente grande, pero había leído que podían llegar a ser gigantes.

—Ah, este es de los más temibles —dije en cuanto pasamos a la siguiente imagen—. El Can de Urco.

Gigi ahogó un grito y, repentinamente asustado, se escondió de nuevo en el zurrón. Yo observé con atención el dibujo que había hecho cuando solo era una niña. El Can de Urco era un perro monstruoso que salía del mar arrastrando unas cadenas y aterraba a toda la población de Rieva. Era tan grande como un caballo, con un espeso pelaje oscuro y unos cuernos que le sobresalían de la cabeza, los dientes afilados y preparados para atacar. Verlo, decían, era una sentencia de muerte.

Pero yo lo había visto. Y seguía viva.

Aún era capaz de recordar el miedo que sentí al escuchar sus aullidos, la sombra amenazante que había aparecido entre los árboles de Valoa como si, hasta ese momento, hubiera formado parte de la oscuridad. En aquel momento yo solo había vivido siete inviernos, ocho quizá, y la criatura de la noche más peligrosa que había tenido frente a mí eran las meigas. Por eso, cuando lo vi en mitad del bosque, me quedé paralizada. Nunca había sentido tanto miedo, como si supiera que la muerte me estaba mirando a los ojos porque quería llevarme con ella. Las piernas me dejaron de responder y mi corazón detuvo sus latidos. Lo único en lo que podía pensar era en el perro malévolo que avanzaba lentamente hacia mí, en lo mucho que dolería cuando sus dientes me desgarraran la carne.



Sin embargo, el Can de Urco no me hizo nada.

Cuando me caí de espaldas sobre la nieve, incapaz incluso de respirar, aquel monstruo de sombras se acercó a mí, me olfateó y, después, se marchó. Nunca más volví a verlo, y desde entonces me había preguntado cientos de veces si lo que había ocurrido había sido un sueño, aunque en el fondo supiera que había sido real. El olor a mar de aquella criatura, la inocencia con la que había acercado su hocico a mi rostro, lo grande que parecía a mi lado; todos aquellos detalles no podían ser una ilusión. Había visto al Can de Urco, y había sobrevivido. Además, aunque eso me lo había guardado para mí misma, había sentido una conexión con ese perro hecho de sombras. Al verlo había notado una extraña familiaridad, como si mi mente hubiera querido recuperar un recuerdo que tenía enjaulado, pero no hubiera sido capaz de alcanzarlo.

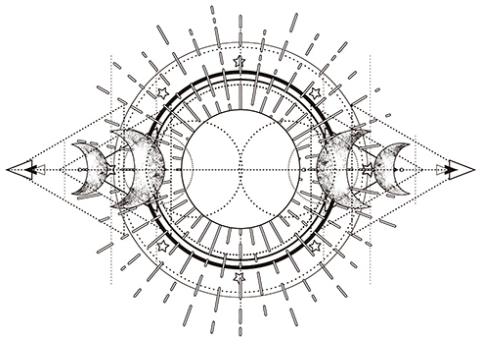
Cerré el bestiario, perdida en el recuerdo de aquella noche, y, cuando escuché el aullido de un lobo en la distancia, me encogí sobre mí misma. Aún me quedaba mucha guardia por delante, así que, aprovechando que estaba sola, saqué el diario de Évolet del zurrón. La letra era redondeada y pulcra; la tinta se conservaba sorprendentemente bien. Desde que había guardado las hojas al salir del templo de Valoa, no había vuelto a sacarlas. Ellas eran las culpables de la muerte de Liara, y les guardaba demasiado rencor. Sin embargo, también eran nuestra única esperanza. Quizá había llegado el momento de que hiciéramos las paces.

Observé las hojas en silencio, pero lo único que conseguí fue querer romperlas en pedazos. Las sacerdotisas que se convertían en voces conocían la lengua celeste, pero el resto de norteños ni siquiera teníamos derecho a estudiarla. Hacerlo era un privilegio, un honor destinado a las lúares más inteligentes y preparadas.

Cerré los ojos un instante, y después volví a centrarme en las palabras. Había algunas que se parecían ligeramente a las de mi idioma, algunas de las que incluso podía intuir el significado, pero el conjunto no era más que una mezcla de términos desconocidos para mí.

Comencé a pasar las hojas una tras otra, incapaz aún de rendirme. Quizá en alguna de ellas encontraba la forma de descifrar aquella lengua extraña, una tabla de significados, un párrafo que me ayudara a entender los demás. Quizá, si buscaba bien, conseguía comprender aquel frustrante diario.

Sin embargo, cuando salió el sol, la lengua de los dioses seguía siendo un misterio para mí.



Templo de Zawa
Decimotercer día de la décima lunación
Ciclo de oscuridad 1167

Querido diario:

Hace dos días volví bajar a la playa. Sí, lo sé, soy la sacerdotisa más ingrata de Zawa (e incluso de todo Rieva), pero no pude evitarlo. Llevaba noches enteras sin dormir, soñando con ese desconocido de ojos verdes, preguntándome si seguiría vivo. Y no pude aguantar más.

No me malinterpretes, por favor. No es que quisiera volver a verle; lo que necesitaba era comprobar que estaba muerto. Ese soldado no era más que una molestia, y lo mejor que podía ocurrirnos a los dos era que Táika se lo hubiera llevado al Otro Lado. Por muy humano que fuera, por mucho que despertara mi compasión, no dejaba de ser un sureño. ¿Y si aparecía en el templo y les hacía daño a mis hermanas? ¿Y si alguien le encontraba y descubría no solo que me había visto el rostro, sino que no le había delatado?

Cuando quise darme cuenta, estaba recorriendo el camino de tierra que bajaba desde los acantilados hasta la playa. Los primeros rayos de sol habían empezado a iluminar el cielo, pero la noche no se había marchado del todo. Eso me hizo sentirme más cerca de Ikaroa y su panteón de lunas. Habían pasado cinco días desde que había visto a ese

sureño, era imposible que hubiera sobrevivido tanto tiempo herido, sin agua ni comida. Por mucho que Hashkin fuera el dios de la vida, no podía luchar contra la muerte.

En cuanto llegué a la playa y la vi vacía, respiré tranquila. Solo me hizo falta echar un vistazo para darme cuenta de que el soldado no estaba. Probablemente había muerto rápido y el mar se había llevado su cuerpo. Gracias a la Madre.

Estaba a punto de volver al templo cuando descubrí algo que me llamó la atención. Al otro lado de la playa, alguien había construido una pequeña estructura de madera. La observé desde la distancia, con desconfianza, y después, arrastrada por una descontrolada curiosidad, me acerqué. Me llegaba por las rodillas y, para montarla, alguien había utilizado los trozos de barcos que habían llegado a la playa, alguna que otra roca y un par de conchas. Casi parecía un refugio para cangrejos, o para alguna otra criatura de pequeño tamaño.

Me agaché frente a ella y la observé con admiración. En la madera habían tallado una puerta flanqueada por columnas y un par de ventanas, que habían decorado con el nácar de las conchas. El tejado estaba hecho con algas, convirtiéndolo así en una especie de edificio. No tenía ni idea de lo que era, pero me pareció hermosa. Y, por eso, quise tocarla.

«Tienes una extraña fijación por tocarlo todo, ¿no?», dijo una voz masculina a mi espalda.

Me levanté de un salto, con los latidos desbocados, y miré al desconocido que estaba de pie frente a mí. Era el soldado del sur, el maldito soldado que había creído muerto.

«Si me haces daño, gritaré», le respondí.

«¿Y por qué iba a querer hacerte daño?».

El soldado sonrió; yo di un paso hacia atrás. Estaba sola con un hombre, sola con un enemigo. No tenía forma de defenderme y, si huía, me atraparía.

«No te asustes —me dijo—. No voy... no voy a hacerte nada. Lo prometo».

Por alguna estúpida razón, le creí. No parecía agresivo y, aunque tampoco quería acercarme demasiado, me relajé. Solo un poco, al menos; lo justo para no salir corriendo. Por suerte, esa vez no me había quitado el daceo ante él, y eso me permitió observarle con más detenimiento.

Sus ojos eran verdes, tanto como los recordaba, y le había salido algo de barba. También era alto, con un atractivo varonil que me provocó un extraño y desconocido vértigo en el estómago. Se había quitado el uniforme, y estaba frente a mí con el pecho descubierto. Medio desnudo. Nunca había visto a un hombre así, y tuve que reprender a mis ojos para que no se deleitaran con las formas de su cuerpo. Lo único que me permití apreciar fue la herida de su abdomen, que estaba cubierta con algas y parecía mucho menos grave que la primera vez que la vi.

«Es un templo —me explicó, señalando la pequeña construcción de madera. Tenía un marcado acento sureño, un acento que debería haberme provocado rechazo, pero que me hizo cosquillas en los oídos—. Por si te lo estás preguntando. Quería darles las gracias a Hashkin y su panteón de soles por haberme salvado la vida».

Volví a mirar la pequeña casa de madera y me sentí mal, terriblemente mal. ¿Había admirado un templo de los dioses enemigos?

¿Había pensado que era hermoso? No podía haber un templo dedicado a Hashkin en el reino de Ikaroa. No, desde luego que no. Ese debía de ser uno de los peores sacrilegios que existían.

«Tus dioses te han abandonado aquí, así que no deben de tenerte mucho aprecio», le dije.

«Nunca juzgo sus decisiones. ¿Acaso juzgas tú las decisiones de los tuyos?».

Apreté los puños y di otro paso hacia atrás. ¿Qué narices estaba haciendo? ¿Por qué no me había marchado ya? Ese hombre no solo estaba vivo, sino que se estaba recuperando. Y, por muy inofensivo que pareciese, era peligroso. Se trataba de un siervo de Hashkin, un soldado sureño, un enemigo. Y yo no podía quitarle los ojos de encima.

«¿Cómo has podido sobrevivir? —le pregunté—. La herida de tu abdomen...».

«Conozco bastante bien las algas curativas. Yo también he crecido cerca del mar, ¿sabes? Soy de Tricia».

«Deberías estar muerto».

«Lo sé, pero antes de morir apareció ante mí el rostro más hermoso que he visto jamás, y no quería marcharme al Otro Lado sin admirarlo una última vez».

¿Se estaba burlando de mí? Sí, tenía que ser eso. Estaba segura de que solo quería reírse de mi descuido, recordarme que me había visto sin daceo, y no iba a caer en su juego. Mi cuerpo, sin embargo, parecía dispuesto a hacerlo. El ritmo de mis latidos se aceleró, las mejillas se me enrojecieron y hasta mis piernas, que nunca me habían fallado, empezaron a temblar.

«Mi nombre es Aiden —me dijo—. ¿Tú eres...?».

Dio un paso hacia mí; yo retrocedí una vez más.

«Vete —le advertí—. Te doy tres días para abandonar esta playa. Si cuando pasen sigues aquí, daré la voz de alarma».

«Espera, por favor. Solo quiero saber tu...».

«Tres días».

Salí corriendo y, a pesar de las reticencias de mi cuerpo, me marché de allí a toda prisa. Él no me siguió. Pensaba que bajar a la playa me ayudaría, que acabaría con mis problemas, pero lo único que he conseguido ha sido complicarlo todo aún más.

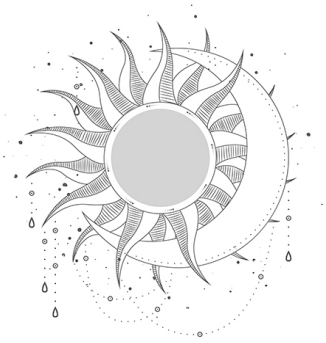
Desde entonces tampoco he podido dormir, pero por razones muy distintas. ¿Por qué, a pesar de ser un soldado enemigo, no me hizo daño? No me creo eso de «el rostro más hermoso que ha visto jamás», pero a veces me descubro recordando su voz, su cuerpo, la forma en la que me miraba.

Solo me queda un día para dar la voz de alarma, y lo único en lo que puedo pensar es en una palabra, en un nombre.

Aiden.

Y eso me va a traer problemas.

Évolet



10

Como Rosten había vaticinado, llegamos a Jata al amanecer del tercer día de viaje. Antes de adentrarnos en la ciudad, nos lavamos en uno de los arroyos del río Lino para eliminar de nuestra piel la suciedad del bosque. Como suponía que los sureños nos registrarían, me desprendí de los cuchillos y me escondí a Gigi detrás del pelo, indicándole que se agarrara con fuerza a mi cuello. Rosten, por su parte, se quitó la capa de la Guardia Real y se puso sobre los hombros un sencillo abrigo de lana que llevaba en las alforjas de Corvo.

—Creo que se te olvida algo —le dije.

Él se miró el atuendo, con el ceño fruncido, y yo puse los ojos en blanco.

—La espada, Rosten. Si no te la quitas, no nos van a dejar entrar a la ciudad.

—¡Ah, es verdad! —Se rio—. Me cuesta mucho separarme de ella.

—¿Por qué? ¿Tiene algún valor sentimental?

—No, pero me da un aire peligroso que vuelve locas a las chicas.

La enterramos en el bosque, deshaciéndonos así de todo aquello que le identificaba como soldado, y después seguimos hacia delante.

El empinado camino de tierra que llevaba hasta Jata lo recorrimos a pie, tirando de las riendas de los caballos. El cielo se había

despertado oscuro, enfadado, y cada vez se notaba más la humedad del mar.

Según me habían contado mis tías, antes de la maldición de Ikaroa aquella había sido una región de lluvias a la que no solía llegar la nieve, una región de bosques que olían a musgo y eucalipto, de caminos de barro y niebla. La furia de la diosa había cambiado el clima, y ni siquiera las zonas más cálidas se libraban de la crueldad del invierno. Eso, sin embargo, no impedía que los peregrinos recorrieran cientos de kilómetros para rezarle a la Madre en el Gran Templo. Cuanto más nos acercábamos a Jata, más hombres y mujeres cargados con morrales de cuero se cruzaban en nuestro camino. Muchos de ellos se ayudaban de bastones de madera para caminar, y no pude más que admirar tanto su férrea determinación como su fe ciega en los dioses.

—Que la Madre proteja vuestro camino —nos decían al vernos.

Ni Rosten ni yo hablamos mucho hasta que la capital apareció ante nuestros ojos. Tal y como imaginaba, se trataba de una ciudad inmensa, una joya que no necesitaba altas murallas porque estaba protegida por la magia del bosque de Valoa a un lado y por los acantilados de Xentea al otro.

Aunque el día estaba oscuro, incluso aunque mis ojos me traducían el mundo en una gama limitada de grises, pude apreciar la intensidad con la que Jata brillaba sobre el mar. Era una joya única, construida con azabache y mármol negro, que sonreía con orgullo a todo aquel que se atreviera a desafiarla. Según las leyendas, la mismísima Ikaroa había bajado del cielo para darle forma, y nadie que la mirara habría pensado lo contrario. Erigida sobre una ladera, sus casas bajas se extendían en terrazas escalonadas que ascendían hasta la cima, donde tanto el palacio real como el Gran Templo se erguían majestuosos, dominando la ciudad y el horizonte. Desde allí, sus torres parecían acariciar el cielo, recordando la grandeza oscura que una vez ostentaron tanto los reyes como los dioses de Rieva.

—Mira eso —me susurró Rosten, haciendo que mis ojos bajaran de las alturas hasta la aburrida realidad terrenal.

Aunque Jata no necesitaba fortificaciones porque su ubicación estratégica le facilitaba la defensa, estaba rodeada por una barbacana de piedra que organizaba las entradas a la ciudad. En la que teníamos enfrente, había cuatro soldados sureños vigilando. Todos ellos llevaban el sol de Hashkin bordado en el uniforme y una espada al cinto. Su mera presencia allí, en el lugar más sagrado de Rieva, me revolvió el estómago.

—Ya han tomado la ciudad —me dijo Rosten.

—¿Tan rápido? —respondí.

—El ejército del norte fue derrotado en Daris, así que no habrán encontrado mucha resistencia. Les habrá resultado muy fácil vencer a los pocos soldados que quedaban aquí, protegiendo a Minnana.

«Y más teniendo con ellos a sus dioses», pensé. ¿Qué podíamos hacer contra eso?

—¿Crees que podremos entrar? —le pregunté en voz baja.

—No lo sé.

Justo a nuestro lado había un grupo de peregrinos. Eran diez, siete hombres y tres mujeres con la ropa manchada y ajada por el viaje. Estaban colocados en círculo, hablando entre ellos, y parecían nerviosos.

—¿Qué ocurre? —les preguntó Rosten tras acercarse y hacer el saludo a la Madre.

—No podemos entrar en la ciudad —le respondió una de las mujeres.

—Esos sureños malnacidos… —musitó otro.

—El rey Silas ha ordenado cerrar el Gran Templo y no quiere peregrinos.

—Dicen que nos marchemos a casa o nos encarcelarán a todos.

—Pero si no terminamos el viaje, ¿qué pensará la Madre de nosotros?

Mientras los peregrinos discutían, Rosten y yo nos miramos. Que Silas hubiera cerrado el Gran Templo significaba que no solo se había hecho con el control de la ciudad, sino que pensaba prohibir el culto

a Ikaroa y a su panteón de lunas. Quería destruirnos, pero también aplastar nuestra fe y nuestra identidad.

—Ven —me indicó Rosten—. Tengo una idea.

Tiré de las riendas de Seiva y lo seguí hasta la puerta en la que estaban los soldados. Cuanto más nos acercábamos a ellos, más me temblaban las piernas. Tenía la sensación de que, en cuanto me miraran, se darían cuenta de que era la princesa Estela y me llevarían ante Silas, que me obligaría a casarme con él.

—¿A dónde vais? —nos preguntó uno de los soldados. Tenía un marcado acento sureño, los hombros muy anchos, el puente de la nariz desviado—. No se puede entrar en la ciudad.

—Venimos de Albamar —le respondió Rosten—. Queremos vender estos caballos para sacar algo de dinero. En el mercado de la capital nos pagarán mejor que en cualquier otro lugar.

El soldado miró a los caballos con desconfianza, y después hizo lo mismo con nosotros. Cuando sus ojos se detuvieron en los míos, me vi obligada a agachar la cabeza. ¿Sabrían los sureños cómo eran los ojos de la realeza de Rieva?

—Como ya he dicho, no se puede entrar en la ciudad —insistió.

Estuve a punto de decirle que no había problema, de darme la vuelta para buscar otra forma de acceder a la ciudad, pero Rosten metió la mano en la bolsa que llevaba colgada del cinturón y depositó algo metálico en la mano del soldado. Al ver de qué se trataba, este arrugó la nariz. Eran dos pequeñas llaves de hierro.

—Uy, perdona, esto no es —se disculpó Rosten.

Soltó una risa nerviosa y le arrebató las llaves al soldado. Yo quise matarle. Cuando volvió a meter la mano en la bolsa de su cinturón, el sureño le lanzó una mirada asesina.

—Esto sí —le dijo, con total despreocupación, cuando le colocó un puñado de argaleos en la mano.

Observé las monedas de plata con sorpresa, ya que debía de haber por lo menos diez, y era una cantidad de dinero considerable. Un soldado norteño podía ganar un argaleo al día, así que con diez podía permitirse comprar comida para una quincena, o incluso pasar

una lunación en una buena posada. Entregándoselas, Rosten le estaba demostrando que no éramos ni peregrinos ni campesinos, sino nobles o mercaderes dispuestos a negociar; y eso les interesaba.

—Registradlos —ordenó el soldado, apretando las monedas en la mano.

Dos de sus compañeros se acercaron a nosotros y abrieron las alforjas de nuestros caballos. Gigi me clavó las uñas en el cuello, y yo agradecí haberle escondido tras mi pelo. Cuando los soldados me abrieron el zurrón y vieron las hojas del diario, me puse muy tensa. Sin embargo, estaban buscando armas y no papeles, así que lo único que hicieron fue echarles un rápido e indiferente vistazo.

—Podéis pasar —nos indicó el primer soldado—. Id directos al mercado, y no os acerquéis al Gran Templo.

Tanto Rosten como yo asentimos en silencio y, bajo la atenta mirada de los sureños, nos adentramos en las calles de la capital. Aun así, no pudimos tranquilizarnos. En cada una de las esquinas de la ciudad había soldados, como si quisieran demostrar así que todo lo que era nuestro les pertenecía. Nos camuflamos entre la multitud, pero no pudimos bajar la guardia.

Mientras caminábamos vimos varias detenciones, ciudadanos de la capital que eran arrastrados entre lágrimas por los soldados enemigos sin saber muy bien ni cuál había sido su crimen ni cuál sería su castigo. En una de las calles nos encontramos el cadáver de una mujer atado a un poste, y en otra, a un soldado que golpeaba a un anciano mientras este le pedía clemencia.

—¡Lo siento! —gritaba—. ¡No volverá a ocurrir, lo juro! ¡Podéis quedaros con mis gallinas! ¡Os lo daré todo!

—¡Cállate, norteño asqueroso! ¡Aprende a respetar a tu nuevo rey!

Di un paso hacia ellos, con la rabia ardiéndome en el estómago, pero Rosten me sujetó del brazo y me obligó a seguir hacia delante, a no llamar la atención ante nuestros enemigos. No me quedó más remedio que obedecer.

—No te metas en líos —me susurró.

En las puertas de las casas había carteles colgados, mensajes oficiales escritos en papel con una brillante tinta oscura. En uno de ellos se informaba de la inminente subida de los impuestos; en otro, de la detención de Minnana.

> Bando oficial del reino de Ilta:
>
> Sea sabido por todos los habitantes de Jata que, desde hoy, la capital del reino de Rieva queda bajo el dominio de Ilta, y que la llamada reina regente ha sido apresada. Se prohíbe toda muestra de lealtad, emblema o palabra en favor de los dioses del norte, y aquellos que desoigan este mandato serán tratados como traidores y juzgados en consecuencia.
>
> Que este día sea recordado como el amanecer de una era justa, una era regida por Hashkin y su panteón de soles, en la que prevalecerán el día, la vida y el verano.
>
> Yo, el rey Silas
> Decimotercer día del quinto rostro del ciclo de luz 1245

Leí el texto un par de veces, esforzándome por comprender cada una de las palabras, y después me giré para mirar a Rosten. Mi amigo se había quedado muy serio, observando el cartel con los puños apretados y la mandíbula tensa.

—Sigamos hacia delante —me indicó.

Tras atravesar un par de calles empinadas, llegamos a una plaza que tenía una fuente de piedra en el centro y estaba llena de vendedores ambulantes. A pesar del gentío, en el ambiente flotaba un velo de preocupación que nos hablaba de guerra, de conquista, de opresión. Los pescadores vendían su mercancía, las mujeres gritaban los precios de sus productos, pero en los ojos de aquellas personas había miedo, una lucha interna entre sus ganas de esconderse y su necesidad de sobrevivir. ¿A cuántos de los suyos habrían visto morir en los últimos días? ¿A cuántos familiares y amigos habrían encarcelado los invasores?

—¿A dónde vamos? —le pregunté a Rosten.

—Tú sígueme.

Era difícil avanzar con los caballos por aquellas calles abarrotadas. Los gritos de los vendedores se me clavaban en los oídos, el olor a pescado y muchedumbre me revolvía el estómago. Los habitantes de Jata se arremolinaban en torno a los puestos, peleándose por conseguir algo de comida, y no les importaba empujar a sus vecinos. La lucha por la supervivencia en mitad de la guerra era la peor de las batallas.

—¿Un poco de bacalao en salazón, niña? —me gritó una mujer.

—¡Tengo el mejor vino de Rieva! ¿Quieres probarlo? —me ofreció un hombre.

Por primera vez en mi vida estaba en la capital, pero no sentí admiración ni sorpresa, solo tristeza. Con cada paso que daba echaba más de menos a los árboles de Valoa, la cercanía a las criaturas de la noche y a mis tías. Se suponía que Jata era la ciudad que me había visto nacer, pero no sentí nada especial hacia ella. Lo único que notaba dentro del pecho, justo debajo del hielo de la maldición, era el dolor que me provocaba sentirme tan lejos del bosque.

Estaba a punto de decirle a Rosten que me estaba agobiando, que necesitaba parar a beber un poco del brebaje que llevaba en el zurrón, cuando una mujer se abalanzó sobre mí. Tenía el pelo oscuro y muy largo, los ojos llenos de sufrimiento.

—¿Necesitas dinero, bonita? —me preguntó—. Hay muchos soldados hambrientos en la ciudad y, con una cara como la tuya, podrías sacar unas cuantas monedas.

—No… Lo siento, pero yo…

—Vamos, acompáñame, no seas tonta.

Me sujetó la muñeca y, cuando me zafé de ella, Seiva se puso nerviosa. La yegua pataleó en mitad del gentío, y yo me apresuré a calmarla. Ni ella ni yo estábamos acostumbradas a la angustia que provocaban las multitudes, a asfixiarnos entre casas de piedra y vendedores de pescado.

—¡Te doy diez argaleos por ese caballo! —me gritó un hombre.

Di un paso hacia atrás, pero seguía estando rodeada.

—¡Aquí la mejor empanada del norte!

—¿Quieres ver un truco de magia?

Busqué a Rosten con la mirada, pero, mientras que yo me había quedado atascada en mitad del mercado, él había seguido avanzando. Estaba sola, completamente sola. Al darme cuenta empecé a marearme, y tuve que sujetarme al poste de madera de uno de los puestos para no caerme al suelo. ¿Cómo iba a robarle el diario a Silas si no era capaz de caminar por un mercado sin perderme? Gigi me clavaba sus manitas, probablemente preocupado por mí, pero con tanta gente no se atrevía a salir.

—Tranquilo —le susurré, llevándome una mano al cuello para calmarle—. Estoy bien.

Los deditos del trasno se agarraron a los míos, y yo cerré los ojos.

Entonces, lo oí.

—¿Estás segura de que no tienes?

Reconocí enseguida esa voz grave y aterradora, esa voz que me había amenazado en mis pesadillas. Era la de Silas.

Y estaba justo detrás de mí.

—Lo siento —le respondió una mujer—. No podemos… no podemos comerciar con algo así.

Usando a Seiva como escondite, me di la vuelta para observarle. El rey dios estaba de espaldas y, al igual que la primera vez que le había visto, llevaba una túnica con una capucha que le ocultaba el rostro. La vendedora ambulante, la única que podía verle, parecía asustada. Su puesto estaba lleno de botes de cristal con ungüentos e infusiones, con hierbas y bálsamos curativos; con las medicinas con las que mis tías y yo llevábamos toda la vida trabajando.

—¿Y dónde puedo conseguirla? —le preguntó Silas—. ¡¿Dónde, maldita sea?!

—No… no lo sé.

Silas dio un golpe a la tabla en la que estaban expuestas las mercancías, y la vendedora se sobresaltó. Después, se marchó sin decir nada, haciendo que su capa ondeara entre el gentío. El estómago me ardía porque en él se mezclaban el miedo y la rabia, la

curiosidad y el odio. ¿Qué era lo que Silas estaba buscando en aquel mercado? ¿Tendría relación con el yin? ¿Y por qué estaba solo, sin ningún soldado que le protegiera?

Tenía que averiguar lo que estaba tramando.

Tenía que seguirle.

Salí de mi escondite, con los latidos del corazón martilleándome, y le busqué con la mirada. Sin embargo, cuando di un paso al frente, Rosten apareció entre la multitud y me agarró del brazo.

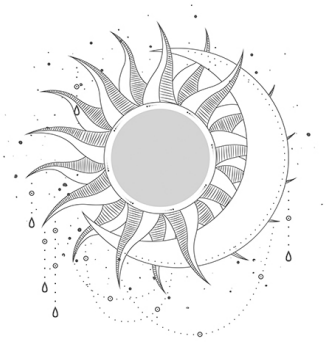
—¡Navia, por favor! —me gritó—. ¿No te he dicho que no te separes de mí? ¡Casi me matas del susto!

—Es que… he visto a…, yo…

—Vámonos de aquí cuanto antes. Estás llamando demasiado la atención.

Mi amigo tiró de mí, pero yo me giré una última vez para buscar a Silas. Sin embargo, lo único que vi fue el rostro de la vendedora ambulante, que había palidecido tras su encuentro con el rey de Ilta. Casi parecía que acabara de ver un fantasma, o al mismísimo Can de Urco.

O algo mucho mucho peor.



11

En cuanto abandonamos el centro de Jata, Rosten me soltó un largo discurso sobre por qué no tenía que alejarme de él en una ciudad llena de enemigos, añadiendo de vez en cuando algún insulto como «irresponsable» o «cabeza hueca». Sin embargo, yo no le escuché. Aún no me había recuperado de la conmoción que me había provocado la repentina aparición de Silas. ¿Qué estaba buscando en el mercado? ¿Y por qué la vendedora ambulante, la única que le había visto el rostro, parecía tan asustada? Las preguntas me daban vueltas en la cabeza, pero era incapaz de encontrarles una respuesta.

—Es aquí —me indicó Rosten tras una larga caminata.

Observé la taberna que había frente a nosotros y entorné ligeramente los ojos. Al igual que el resto de la ciudad, la fachada estaba hecha de piedra, una piedra antigua salpicada por el musgo que crecía entre sus grietas. Tenía varias plantas, y la puerta, encajada en un bonito arco de medio punto, era de madera.

—¿«El Trapecio»? —pregunté, observando el cartel que se balanceaba ligeramente sobre nuestras cabezas.

—Ya lo entenderás.

Llevamos a los caballos al establo de la parte de atrás y le entregamos las riendas al mozo de cuadra, un muchacho pálido que aún tenía un pie en la niñez. Cuando Rosten le puso en la mano un

argaleo y le dijo que se asegurara de que ambos estaban bien, él asintió con efusividad.

Aunque estaba medio vacío, el Trapecio era un local enorme, uno lleno de mesas y sillas, en las que, suponía, los habitantes de Jata beberían y comerían hasta olvidarse de sus preocupaciones. Los arcos de piedra decoraban la estancia, y los únicos sitios que estaban ocupados eran los que quedaban tras las gruesas columnas que los sostenían. El fuego ardía en la chimenea y en el ambiente flotaba un aroma a comida recién hecha que me hizo echar de menos los platos de mi tía Fai. Los hombres y mujeres de las mesas hablaban en susurros, mirando a cada recién llegado de reojo, sospechando hasta de sus sombras. Al igual que yo, los habitantes de la capital tenían miedo de los sureños que habían conquistado sus calles, de que pagaran con ellos el odio que les corría por las venas, y no se fiaban de los desconocidos.

—¿Rosten? —preguntó la tabernera, una mujer de mediana edad y pelo rizado que limpiaba vasos detrás de la barra, cuando nos acercamos hasta ella—. ¿Qué haces aquí?

—Lo de siempre, Tegra.

La mujer me miró de arriba abajo y esbozó una sonrisa pícara.

—¿Una habitación?

—¡No! —exclamamos Rosten y yo a la vez, ambos igual de asqueados.

Los clientes de la taberna se giraron para mirarnos, y yo quise hacerme más pequeña dentro del abrigo.

—Vengo a *lo otro* —susurró mi amigo—. Ya sabes, a ver a…

—Ya sé qué es lo otro, Rosten —le interrumpió la tabernera—. ¿Te han llamado?

—No, pero estoy seguro de que querrán verme.

Ella guardó silencio y, tras mirarme fijamente, dejó el vaso que estaba limpiando sobre la mesa y dijo:

—Venid conmigo.

Salió de detrás de la barra, y nosotros la seguimos. Atravesamos la taberna en silencio, vigilados por los clientes de las mesas, y yo lo

observé todo con atención. Los pasillos estaban iluminados únicamente por las antorchas que colgaban de las paredes, porque no había ventanas. Probablemente, quienes entraban en aquel lugar buscaban una privacidad que otros locales no podían darles.

Cruzamos un par de estancias, y nos detuvimos al llegar a unas escaleras que subían al piso superior. Sin embargo, la planta de arriba no era nuestro destino. Tegra se agachó frente a nosotros y apartó la alfombra que cubría el suelo, dejando al descubierto una trampilla de madera.

Abrí mucho los ojos, sorprendida, pero no tuve tiempo de hacer preguntas. En cuanto la mujer la levantó, Rosten cogió una de las antorchas que colgaban de las paredes y se preparó para bajar.

—Gracias, Tegra —le dijo a la tabernera.

—Daos prisa —le respondió ella—. Los soldados de Silas pueden aparecer en cualquier momento.

Rosten bajó las escaleras que llevaban hasta el túnel y yo lo hice tras él. Mis ojos aún no se habían acostumbrado a la oscuridad cuando la mujer cerró la trampilla sobre nuestras cabezas.

—Explícame qué narices estamos haciendo —le dije a mi amigo.

El fuego de la antorcha le iluminaba el rostro, creando sombras fantasmagóricas en las paredes. Al contrario que en la taberna, en aquel lugar oscuro olía a humedad, a tierra, a peligro. Estábamos en un túnel amplio, mucho más amplio de lo que había imaginado, pero ni siquiera eso mitigaba la sensación de ahogo que me provocaba sentirme atrapada.

—Vamos a buscar a las Sombras —me explicó—. ¿O es que ya no quieres robarle el diario a Silas?

Comenzó a caminar y yo, aunque a regañadientes, le seguí.

—Pero ¿a dónde vamos? —Al darme cuenta de que mi voz reverberaba contra las paredes de piedra, bajé el tono de voz—. ¿Por qué estamos caminando bajo tierra?

—¿Y dónde quieres encontrar a las Sombras si no es en un túnel oscuro?

—Ja, ja. Qué gracioso.

Rosten esbozó una sonrisa divertida, pero no se detuvo. Lo único que veíamos era lo que iba iluminando la luz del fuego frente a nosotros, pero mi amigo parecía conocer el camino a la perfección, como si lo hubiera hecho cientos de veces.

—Estos túneles van por debajo de la ciudad —me explicó—. Al parecer servían para que los miembros de la familia real se movieran por las tabernas de la capital sin ser vistos, los muy canallas. Las Sombras los utilizaban para realizar las misiones de Minnana.

—¿Y conectan con el palacio?

—No, pero una de sus entradas está en un burdel cercano. No quiero asumir nada sobre tus antepasados, pero parece que pasaban mucho tiempo entre…

—No —le interrumpí—. No lo digas.

Continuamos caminando, acompañados únicamente del sonido de nuestros pasos, del fuego que crepitaba en la antorcha. Gigi, a quien había vuelto a meter en el zurrón, se movía con inquietud.

—¿Qué relación tienes con las Sombras? —le pregunté a Rosten—. ¿Por qué conoces a esos espías?

—Porque yo también soy uno de ellos.

—¡¿Qué?! —exclamé.

—¿Por qué te sorprende? Soy un soldado, Navia. Mi deber es servir al gobierno de Rieva.

—Ya, pero nunca me lo habías contado.

—Es la gracia de ser espía, ¿sabes? No contarlo.

Apreté los labios y guardé silencio. Rosten y yo siempre nos lo contábamos todo, y me resultaba extraño pensar que, además de ser soldado raso, trabajara directamente para la reina regente. Era como si… como si hubiera una parte de él que desconocía.

—¿Y a quién espías exactamente? —quise saber—. ¿Qué es lo que haces para ella?

—Pues…

Justo en ese momento, lo oímos. Fue un sonido leve, un crujido casi imperceptible, pero los dos nos pusimos tensos. Había alguien allí, junto a nosotros, en la oscuridad.

—¿Hola? —preguntó Rosten mientras movía la antorcha—. ¿Quién anda ahí?

La única respuesta que recibimos fue una risa aguda, una risa que hizo que se me pusieran los pelos de punta. Los latidos de mi corazón se aceleraron, y me lamenté de que nos hubiéramos tenido que desprender de las armas para entrar en la ciudad. Estábamos completamente indefensos, a merced de que las Sombras decidieran ayudarnos.

—¿Quién os ha invitado al espectáculo? —preguntó una voz grave, que me provocó un escalofrío.

Justo en ese momento, el fuego estalló a nuestro alrededor. Las llamas nos rodearon, dejándonos en el medio de un círculo ardiente, y tanto Rosten como yo dimos un paso hacia atrás.

—No hagáis ruido —susurró una mujer—. Los payasos están durmiendo y, si los despertamos…, querrán jugar.

Con el calor de las llamas arañándome la piel, observé los rostros de las personas que estaban a nuestro alrededor. Eran muchas, más de veinte, hombres y mujeres de todas las edades que nos observaban con los ojos llenos de fuego.

—¡Qué ilusión! —exclamó uno de ellos—. ¡Voy a tener muñecos que aún respiran!

Rosten dio un paso al frente y, alzando las manos en un gesto de paz, dijo:

—Chicos, creo que esto del fuego es un poco excesivo. ¡Soy yo, Rosten!

—Tú fuiste elegido por Minnana y puedes pasar —dijo una mujer—. Ella, no.

—¡Pero si viene conmigo!

—Nadie entra en el Circo de las Sombras sin superar la prueba.

—Hay que demostrar valentía y compromiso para recibir confianza —añadió el hombre que estaba junto a ella.

—A ver, creo que nos estamos poniendo todos un poco nerviosos —replicó Rosten—. ¡Navia es mi amiga de toda la vida! Dejad que os explique…

—Las reglas son las reglas —le cortó la mujer—. O acepta pasar la prueba u os marcháis.

El corazón me latía tan fuerte que lo notaba en el pecho, en la garganta, en el estómago. Miré a Rosten y, al ver la angustia en sus ojos, supe que estábamos entre la espada y la pared.

—Navia —me susurró—. No tienes por qué hacerlo. Podemos volver al bosque, escondernos y fingir que somos setas. ¡Setas felices! ¿No te parece un buen plan? Las setas no arriesgan su vida en misiones suicidas.

No sabía en qué consistiría esa maldita prueba, pero, si querían que la superara, lo haría. Necesitaba la ayuda de las Sombras para entrar en el palacio, para robarle a Silas su parte del diario, para vengar a Liara y a Ikaroa. No estaba dispuesta a dar media vuelta y marcharme, no cuando había llegado hasta allí.

—Superaré esa prueba —dije, alzando la voz—. Os demostraré que soy digna de vuestra confianza.

La mujer que había hablado dio un paso al frente, atravesando las llamas sin quemarse, y yo contuve la respiración. Era guapa, con una larguísima cabellera rizada, e iba vestida con unas extrañas prendas que parecían estar hechas jirones. Lo que más me llamó la atención, sin embargo, fue su ojo derecho: no era un ojo de verdad, sino una especie de piedra preciosa que brillaba con mil destellos.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me preguntó.

No, desde luego que no. Sin embargo, ¿qué otra opción me quedaba?

—Lo estoy.

Asentí, pero entonces las Sombras se abalanzaron sobre Rosten y, a pesar de que él gritó e intentó zafarse de ellos, le encadenaron y le apartaron de mí.

—¡No! —chilló—. ¡Soltadme!

—¡Rosten! —exclamé, intentando ayudarle.

La mujer de pelo rizado me sujetó por la espalda, inmovilizándome, y, mientras veía cómo se llevaban a mi amigo, me susurró:

—Encantada de tenerte en nuestro humilde hogar, Navia —me dijo, esbozando una sonrisa nada tranquilizadora—. Mi nombre es Lume. ¿Qué camino prefieres seguir? ¿Equilibrio, puntería, reflejos o astucia?

—¡No lo sé! —grité, observando cómo se llevaban a Rosten.

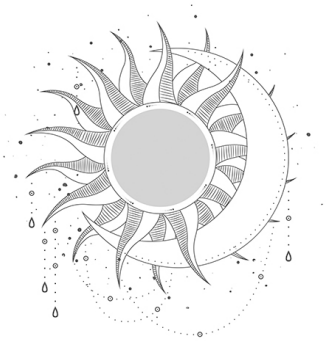
—Elige —insistió, poniéndome un cuchillo contra los riñones.

Me quedé paralizada, con el miedo atascado en la garganta, mi corazón latiendo nervioso. De pronto estaba sola, en peligro, rodeada de unos espías que, aunque había supuesto que me ayudarían, parecían querer matarme. Lo único que podía hacer era seguirles el juego, acatar sus normas y superar aquella estúpida prueba; así que hice un esfuerzo por tranquilizarme y, sin pensar, respondí:

—Puntería.

—Bien —susurró Lume—. Te aconsejo que aquí abajo no grites…, ni siquiera cuando estén a punto de devorarte viva. ¿Estás preparada?

Asentí, pero en el fondo me pregunté si acudir a las Sombras no había sido un terrible error.



12

El corazón me latía a toda velocidad mientras el público jaleaba. A mi alrededor solo había rostros desconocidos, ruido, una algarabía de grises bañados por el fuego de las antorchas. Allí abajo el aire era denso, muy distinto al del bosque de Valoa al que estaba acostumbrada, y me costaba respirar. Por más que intentaba buscar la luz del sol, no la encontraba, y la sensación de estar encerrada bajo tierra me oprimía el pecho.

—Tranquila —me susurré a mí misma—. Tú puedes.

Tras llevarse a Rosten, las Sombras me habían guiado a través de los túneles hasta un espacio circular con el suelo cubierto de una arena muy fina. Las gradas estaban ligeramente elevadas, talladas en la roca sobre unas galerías subterráneas, y su estructura hacía que me fuera imposible escapar. Había por lo menos cien personas observándome desde arriba, esperando que empezara el espectáculo.

—Los secretos del Circo de las Sombras no se revelan, se cobran —me había dicho Lume—. Demuéstranos que tienes el valor suficiente para pagarlos y confiaremos en ti.

La mujer estaba de pie, erguida con el porte de una reina. Las Sombras, sentados en las gradas que había a su alrededor, me abucheaban y se reían. Frente a ellos me sentía más pequeña que nunca, más expuesta y observada de lo que había estado jamás.

—Has elegido el camino de la puntería —añadió—. Prepárate para seguirlo.

A mis pies habían dejado cuatro dagas afiladas; frente a mí, una diana divida en cuatro partes iguales. Cada una de ellas tenía un tono distinto de gris y, aunque no pudiera verlos, sabía que eran de diferentes colores. ¿Cómo había podido tener tan mala suerte? De las cuatro pruebas posibles, había tenido que elegir justo la que tenía que ver con colores.

—¿Qué tengo que hacer? —le pregunté a Lume, alzando la voz para que me oyera.

—¡El Fiz! —exclamó un hombre tras ella.

—¡El Fiz! —respondieron los demás con emoción.

La mujer les indicó con un gesto que se tranquilizaran y, después, me respondió:

—Tienes que clavar las dagas en la diana, acertando cada una de ellas en el color que te indique. Fácil, ¿verdad?

Apreté los dientes, y un rugido monstruoso tronó en las galerías que había bajo las gradas, haciendo temblar el suelo. Las Sombras comenzaron a gritar; yo me estremecí.

—¡El Fiz! —exclamó el público.

Justo a mi derecha, había una entrada cerrada con seis altísimos barrotes metálicos, separándome de la oscuridad de las galerías. ¿Y si las Sombras tenían encerrada a alguna peligrosa criatura de la noche? Solía llevarme bien con ellas, pero sospechaba que eso no iba a salvarme si me lanzaban contra una que estuviera enfadada y hambrienta.

«Te aconsejo que aquí abajo no grites…, ni siquiera cuando estén a punto de devorarte viva».

—¿Ves el reloj de arena que hay sobre la diana? —me preguntó Lume—. Bien, pues si no terminas la prueba antes de que se acabe el tiempo, el Fiz se abalanzará sobre ti. ¡Mucha suerte!

El monstruo volvió a rugir desde las profundidades de la tierra; yo tragué saliva. Me temblaban las piernas, pero, aun así, bajé la cabeza para observar las dagas que había a mis pies.

—¿Cuándo empieza a contar el tiempo de la prueba? —le pregunté a Lume.

—Ay, qué tonta, no te lo había dicho… Ya ha empezado. ¡Azul!

Las Sombras jalearon desde las gradas y yo, al ver cómo la arena del reloj comenzaba a caer, me obligué a concentrarme. Azul, azul, azul. Según mis tías, ese era el color del cielo. ¿Qué parte de la diana sería? Había un gris suave que imaginaba que era el naranja, otro que sabía que era negro, y dos muy parecidos, que debían de ser el rojo y el azul.

—¿Qué te pasa, Navia? —me preguntó Lume—. ¿Estás nerviosa?

Las Sombras rieron a su alrededor, pero hice lo posible por ignorarlas. Se estaban burlando de mí, poniéndome a prueba, y no pensaba darles la satisfacción de humillarme.

Sin decir una palabra, me agaché y cogí una de las dagas. La lancé con todas mis fuerzas a la parte superior derecha de la diana, la que más me recordaba al gris del cielo…, pero fallé. Un par de barrotes metálicos bajaron a toda velocidad, como si hubieran sido absorbidos por la tierra, y las Sombras estallaron en carcajadas. ¿Qué clase de truco estaban utilizando? ¿Quizá un sistema de poleas con el que subir y bajar los barrotes de la puerta? El Fiz rugió desde la oscuridad, y yo me obligué a concentrarme de nuevo.

—Vaya, esto no empieza bien —se burló Lume—. ¡Rojo!

Con la rabia y los nervios bloqueándome la garganta, me agaché para recoger otra daga. Observé la diana y, tras decidir que la parte inferior izquierda me recordaba ligeramente al gris del que veía la sangre, la lancé contra ella. Volví a fallar y, cuando otros dos barrotes desaparecieron, las Sombras me abuchearon.

—¡Negro! —me indicó Lume sin dejar de sonreír.

Esa vez no tuve dudas. Cogí aire y, esforzándome por acertar, lancé la daga. El filo pasó rozando la diana, pero también fallé. ¡Por los dioses! ¡Había estado tan cerca! Otro par de barrotes desapareció, y solo los dos últimos quedaron en pie.

—Date prisa, Navia —me instó Lume—. Se te está acabando el tiempo. ¡Naranja!

«Naranja —pensé—. El color del fuego».

Me agaché a coger la última daga y, con los latidos del corazón acelerados, me preparé para lanzarla a la parte inferior derecha de la diana. El Fiz rugió de nuevo, cada vez más cerca, y el público enloqueció.

«Por favor, Madre —le supliqué a Ikaroa—. Ayúdame».

Cerré los ojos un instante y, cuando volví a abrirlos, me di cuenta de que me estaba quedando sin tiempo. Lancé la daga con fuerza, confiando en que la Madre guiaría su trayectoria… y acerté. Lancé un grito de júbilo, pero este quedó silenciado cuando los dos últimos barrotes que contenían al Fiz desaparecieron bajo tierra, indicándome que había fallado. Las Sombras comenzaron a reírse a carcajadas, y yo sentí que el mundo a mi alrededor se desmoronaba.

—¡Lo siento, Navia! —me gritó Lume—. ¡Ha sido un placer conocerte, pero no eres digna de conocer nuestros secretos!

—¡Pero si he acertado! —repliqué.

—No, no lo has hecho. No has clavado la daga en la parte naranja de la diana, sino en la roja.

El Fiz rugió de nuevo, ensordeciéndonos, y todo a mi alrededor se volvió un caos. El suelo bajo mis pies tembló, señal de que la criatura se estaba acercando, y los espías de Minnana gritaron extasiados. Parecían ansiosos por ver cómo el monstruo me devoraba.

—¡No es justo! —exclamé—. ¡No quiero vuestros malditos secretos, solo vuestra ayuda!

—Tú elegiste el camino de la puntería —me respondió Lume—. Deberías conocer mejor tus capacidades.

Gigi se revolvió dentro del zurrón y, al recordar que su vida también dependía de mí, decidí luchar. Ikaroa no podía haberme ayudado para nada, ¿verdad? No, la Madre quería que llegara hasta Silas, quería que le destruyera.

Por eso, corrí hasta la diana y cogí un par de dagas del suelo. Ya había demostrado lo mala que era mi puntería, y ni siquiera sabía si

servirían de algo contra el Fiz, pero no quería estar desarmada cuando llegara.

—No vas a poder luchar contra él —me advirtió Lume—. Está muerto de hambre.

—¡¿Y queréis que me coma viva?!

—Si no te come a ti, nos comerá a nosotros, así que nos servirás para calmarle.

—¡Vosotros no lo entendéis! ¡He venido porque necesito…!

Un monstruo de más de tres metros atravesó la puerta sin barrotes de la jaula y salió a la pista junto a mí. Las Sombras enloquecieron; yo me quedé sin respiración.

El Fiz era un gigante de un solo ojo, una criatura fuerte, de piel dura y largos brazos que gruñía cada vez que cogía aire. Tenía la cabeza cubierta de un espeso pelo desgreñado, y una barba que casi rozaba el suelo. En cada mano tenía diez dedos, y también en cada pie, lo que me hizo darme cuenta de qué criatura se trataba.

Un olláparo. El Fiz era un olláparo.

«Los olláparos viven en cuevas profundas —recordé haber leído en uno de los libros de la biblioteca del templo—, y son principalmente carnívoros. Si es posible: ¡huir de ellos!».

Como aquellos cíclopes gigantescos vivían en las montañas, nunca había visto uno. Por un instante me olvidé del peligro y quise detenerme a estudiarlo, observar cómo se comportaba para apuntarlo después en el bestiario, pero enseguida recordé que, con mi vida en juego, eso no importaba nada. Tenía que encontrar una forma de escapar, y tenía que hacerlo cuanto antes.

El olláparo me miró con su único ojo y rugió, mostrándome sus dientes afilados y putrefactos; yo intenté retroceder, pero me tropecé con la falda del vestido y caí sobre la arena de la pista, soltando las dagas que había cogido para defenderme. Aunque quise gritar, recordé la advertencia de Lume y me tragué el miedo. Cuando intenté ponerme en pie de nuevo, la criatura corrió hacia mí y me quedé paralizada. ¿Qué podía hacer? ¿Lanzarle arena a su único ojo y cegarlo?



Gigi salió del zurrón y subió hasta mi hombro, desafiando a la criatura desde su minúscula altura.

El cíclope se abalanzó sobre nosotros y yo, sin pensarlo, levanté las manos y grité:

—*Non deas un paso máis, fillo das estrelas!*

Fue una reacción automática, una respuesta de mi cuerpo provocada por el miedo. No sabía de dónde venían aquellas palabras, y tampoco cuál era su significado, pero sentía que las conocía, que una voz lejana me las había susurrado para ayudarme. Por eso, aunque tenía los latidos desbocados, di la orden con firmeza, como si estuviera regañando a Breto por comerse la comida de mi tía Fai sin permiso. Sabía que no tenía ningún sentido, que quizá solo era algo que había leído en un libro que no era capaz de recordar…, pero el olláparo se detuvo frente a mí, y la cueva se sumió en el silencio.

—¿Cómo has…? —me preguntó Lume desde las gradas—. No, no es posible. ¿Conoces la lengua celeste?

¿La lengua celeste? ¿Lo que había dicho era… era el idioma de los dioses? La sorpresa me golpeó con fuerza, pero hice lo posible por disimularlo. Tenían que pensar que todo lo que había ocurrido era parte de un plan, no algo que ni siquiera era capaz de explicar.

Miré al olláparo, y el gigante ladeó su enorme cabeza. Si le hablaba en mi idioma, ¿también me entendería? Muchas criaturas de la noche entendían a los humanos. Las mouras eran un ejemplo de ello, y también los trasnos. ¿Y si ocurría lo mismo con aquellos cíclopes de las montañas?

—No quiero hacerte daño —le dije, algo nerviosa.

El gigante parpadeó, sin decir nada, y después se agachó frente a mí. Respiraba tan fuerte que su aliento me revolvió el pelo. Podría haberme aplastado con una sola mano, y quizá lo más sensato habría sido salir corriendo, pero me quedé quieta, observando las heridas de su piel. Tenía muchas por todo el cuerpo, como si las Sombras hubieran intentado cazarle, con costras de sangre plateada

sobre ellas. Quizá por eso estaba enfadado, y quizá por eso odiaba tanto a los humanos.

—Si me dejas, puedo… puedo curarte las heridas.

Metí la mano en el zurrón y saqué uno de los tarros de ungüento que estaba usando para paliar el dolor de los mordiscos, el mismo que había utilizado para curar a Gigi cuando lo conocí. No tenía suficiente para un cuerpo tan grande como el suyo, pero al menos podría ayudarlo con las más graves, las que más le dolieran.

—*Gigi* —susurró el trasno desde mi hombro.

El olláparo le observó con interés, y después emitió un rugido leve, que me hizo pensar que Gigi le gustaba. Que hubiera otra criatura de la noche junto a mí debía de servir para hacerlo confiar, ¿no?

—Seré tu amiga —le dije—. Pero tú tampoco puedes hacerme daño a mí, ¿vale?

No sabía si comprendía mis palabras, pero quería intentarlo. Quizá aquel gigante no podía hablar, pero en sus ojos veía dolor, soledad, una ansiosa necesidad de sentir amor; y ese era un idioma universal que era incapaz de ignorar.

—Yo también me siento sola —le expliqué—. Hace poco… hace poco me quitaron a alguien a quien quería mucho.

A modo de respuesta, el olláparo soltó un gruñido y me ofreció una de sus enormes manos. Era tan grande como mi cuerpo, pero eso no me acobardó. Aunque me temblaban ligeramente las piernas, me puse en pie y, ante la atónita mirada de las Sombras, me subí.

—*¡Gigi!* —exclamó el trasno, emocionado, cuando el cíclope nos elevó por los aires para acercarnos hasta su rostro.

Intenté no mirar hacia abajo mientras subíamos, y tampoco marearme con el olor de su aliento. Respiraba con mucha fuerza, y tuve que agarrarme a uno de sus dedos para no caerme. Podría haberme asustado pensando que quería comernos, pero, en cuanto nos estudió de cerca con su único ojo, supe que no iba a hacerlo. Debajo de esa apariencia fiera había un ser inocente que solo necesitaba cariño; uno de los hijos de Idriel con los que compartía

sangre. Al igual que a Gigi, al igual que a cualquiera de las criaturas que habitaban en Rieva, tenía que protegerlo. Daba igual lo mucho que me costara, lo mucho que tuviera que sacrificar, porque lo haría.

—Intentaré que no vuelvan a herirte —le susurré.

El olláparo me miró fijamente, y yo extendí el brazo para acariciarle la enredada melena. Las palabras que había dicho… no tenía ni idea de qué significaban, pero me habían dado una extraña calma, como si hubieran despertado algo en mi interior que llevaba mucho tiempo dormido.

«*Fillo das estrelas*».

—¿Es esto una demostración suficiente de mi valor? —le pregunté a Lume, observándola desde las alturas.

Las Sombras comenzaron a murmurar, y yo me sentí poderosa. Por primera vez desde que habíamos bajado a aquellos túneles, tenía el control de la situación. En ese momento no era yo quien estaba asustada y confusa, sino ellos.

—Lo es —me dijo Lume—. Aunque no hayas superado la prueba, está claro que mereces conocer nuestros secretos.

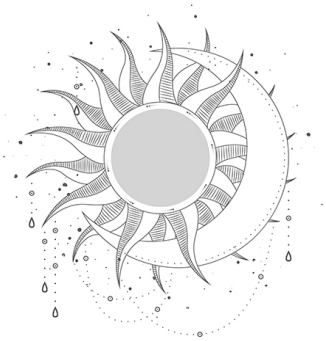
Los observé, aún acariciando la enredada melena del olláparo, y después sonreí. Habían intentado humillarme, incluso habían disfrutado con la idea de que el cíclope me devorara viva, y no pensaba ponerles las cosas fáciles.

—Ya os he dicho que no estoy aquí por vuestros secretos —les respondí—. Necesito colarme en el palacio de Jata, y no puedo hacerlo sin vosotros. ¿Me ayudaréis?

El olláparo rugió y Lume, tras encogerse sobre sí misma, asintió.

Lo había conseguido. A pesar de todo, lo había conseguido.

Y estaba un paso más cerca de Silas.



13

Mientras curaba las heridas del olláparo, Rosten daba vueltas por el túnel. Las Sombras le habían retenido durante mi prueba y todavía estaba nervioso, como si no pudiera dejar de moverse por miedo a que volvieran a encerrarle. El sonido de sus pasos rebotaba contra los altísimos techos de piedra, reverberando contra las paredes. Estaba cansada y hambrienta, asustada, y ni siquiera sabía si seguía siendo de día o se había hecho de noche.

El olláparo estaba sentado frente a mí. Al contrario que durante mi prueba, estaba tranquilo y sereno, mirándome con una extraña y algo inquietante admiración. Ni siquiera le estaba prestando atención a Rosten. Le había limpiado la sangre reseca con un paño y, con mucho cuidado, le estaba extendiendo el ungüento de mis tías sobre las heridas. Tenía muchas, pero, como solo llevaba un tarro, había decidido centrarme en las más recientes, las que más riesgo tenían de infección.

—No tenía ni idea de que te harían pasar por algo así —me dijo Rosten, deteniéndose a mi espalda—. ¡Saben que trabajo para Minnana y pensé que nos lo pondrían fácil!

Aunque entendía que las Sombras tuvieran recelos hacia los desconocidos, que eran espías y no podían permitir que cualquiera entrara en su guarida secreta, había estado a punto de morir. ¿Qué

habría pasado si no hubiera podido detener al olláparo? ¿Habrían dejado que me devorara?

—No me fío de ellos —le respondí, sin apartar la vista de las heridas del olláparo.

—No me extraña. Aún estamos a tiempo de irnos a casa, ardillita.

Guardé silencio, ya que la idea de volver a casa me seducía. Estaba preocupada por mis tías, y si mi vida había corrido peligro con las Sombras, no quería ni imaginar lo que ocurriría cuando intentara acercarme a Silas. Sin embargo, por más que mi mente me gritara que aquel plan era una locura, mi corazón estaba seguro de que aquel era el camino correcto.

—No quiero volver a casa —dije—. Voy a pedirles a las Sombras que me ayuden a entrar en el palacio, pero no voy a explicarles por qué. No quiero que conozcan la existencia del diario.

Terminé de curar las heridas del olláparo y me di la vuelta. El gigante había cerrado los ojos y estaba dormitando; acunado por una calma que, probablemente, hacía mucho tiempo que no sentía. Tenía tantas cosas que anotar en mi bestiario sobre los olláparos que sentía una extraña euforia por dentro, unas ganas inmensas de encerrarme en mi habitación para escribir y dibujar.

—¿Estás segura de que no quieres volver? —me preguntó Rosten.

Asentí con seguridad. Ikaroa me había elegido para llevar a cabo aquella misión, y no podía confiársela a nadie. ¿Y si las Sombras me quitaban el diario? ¿Y si consideraban que, de alguna forma, podían usarlo para sus propios intereses? No, ellos eran el puente que la Madre me estaba poniendo delante para acceder a Silas, nada más.

Abrí la boca para explicárselo a Rosten cuando Gigi sacó la cabeza del zurrón. Al verlo, mi amigo abrió mucho los ojos y dio un paso hacia atrás.

—¿Qué narices es ese bicho? —me preguntó Rosten.

—No es un «bicho», es un trasno —le respondí—. No tiene familia y… lo adopté. Se llama Gigi.

—¡Gigi!

—¡Ah, que además habla! —exclamó Rosten—. ¡Por los dioses, Navia! No puedes ir rescatando a todas las criaturas heridas que te encuentres. ¿Quieres llegar ante Silas con una cabra coja, tres pájaros enfermos y un duende con traumas?

Puse los ojos en blanco y él negó con la cabeza.

—La Madre nos dio manos para ayudar a quienes lo necesitan —le expliqué—. Eso incluye a los animales y a las criaturas de la noche.

—Mira, tú haz lo que quieras con tus manos —replicó él—. Pero dime una cosa: ¿qué crees que hará ese gigante cuando tú no estés? ¿Acaso piensas que cambiará su dieta y dejará de comer carne solo porque se lo has pedido? ¡Esos bichos no razonan, Navia!

—Intentaré llegar a un acuerdo con las Sombras. Ellos se asegurarán de que tenga comida cuando la necesite, y el olláparo no los atacará.

—¿Y cómo vas a convencer al gigante para que cumpla su parte del trato? ¿Vas a explicárselo en el idioma de los dioses?

Los dos nos quedamos callados, pensando en lo que había pasado durante la prueba. Aunque Rosten no lo había visto con sus propios ojos, se lo había contado en cuanto las Sombras lo habían liberado. ¿Qué significaba lo que había dicho en la pista? ¿Y cómo era posible que hubiera hablado en la lengua celeste? Tenía la sensación de que aquellas palabras desconocidas habían salido solas de entre mis labios, como si hubieran estado toda una vida escondidas en mi interior, esperando el momento indicado para escapar. Ni siquiera las había sentido ajenas cuando las había pronunciado. ¿Quizá las había escuchado cuando aún vivía junto a mis padres, en Jata? ¿Y si mis cuidadoras habían sido sacerdotisas que conocían la lengua de los dioses, y sus palabras se habían grabado para siempre en mi mente? Tenía demasiadas preguntas, y cada respuesta tenía menos sentido que la anterior.

—Algo se me ocurrirá —le respondí.

—Ahora en serio, Navia. Tienes que dejar de rescatar a todas las criaturas de la noche que encuentres. Es peligroso para ti y, por lo

tanto, también para mí.

Esbocé una sonrisa divertida e, ignorándole, saqué a Gigi del zurrón.

—Creo que no os he presentado oficialmente —dije, mostrándoselo a mi amigo—. Rosten, este es…

—Ardillita, no me acerques esa cosa.

—¡Pero si no hace nada! ¿No me digas que le tienes miedo?

—¿Miedo? —replicó, dando un paso hacia atrás—. Qué va, para nada. Solo digamos que… me gusta más verlo de lejos. De muy lejos. Si puede ser, que estemos en reinos separados.

—Venga ya, Rosten. ¡Eres un soldado! No puedes temerle a una cosita tan mona.

Avancé hacia él y Rosten volvió a retroceder. Cuando se topó con una de las paredes del túnel, el miedo se apoderó de su mirada. Eso me ensanchó la sonrisa.

—Las criaturas de la noche son malvadas, no me fío de ninguna de ellas —me dijo.

—Os vais a llevar bien, ya verás —le aseguré.

—Navia, por favor…

Mi amigo cerró los ojos, incapaz de seguir mirando al trasno, y justo en ese momento alguien tosió a nuestro lado. Tanto Rosten como yo dimos un respingo y, en un acto reflejo, Gigi dio un salto hasta mi hombro y se camufló tras mi cabello.

A nuestra derecha había un chico joven, quizá algo mayor que yo, con el pelo por los hombros y la ropa hecha jirones. Era alto, delgado, y llevaba la cara pintada. Su ojo izquierdo estaba decorado con un rombo negro, mientras que su boca se alargaba hacia los lados convirtiéndole en una especie de payaso tétrico. Sin embargo, no fue eso lo que más me llamó la atención, sino las marionetas de trapo que llevaba en las manos. En la derecha llevaba un conejo vestido con ropa humana; en la izquierda, un zorro al que le faltaba una oreja.

—Perdonad que interrumpamos esta… adorable escena —dijo—. Lume quiere veros.

—¡Xoel! —exclamó Rosten. La llegada de aquel desconocido le sirvió de excusa para alejarse tanto de Gigi como de mí—. Cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo estás?

El chico le miró con los ojos entornados, y acto seguido levantó las manos para mostrarnos sus marionetas.

—Estamos bien, ¿verdad? —dijo, moviéndolas a ambas—. Calisto ha tenido días mejores, desde que perdió la oreja no ha vuelto a ser el mismo…, pero Sabela está contenta. Sabela siempre está contenta.

Observé las marionetas con algo de inquietud, y después miré a Rosten de reojo. ¿Esas eran las personas que iban a ayudarme a llegar hasta Silas? ¿Unos locos que hablaban con muñecos y querían que un olláparo me devorara?

—Vamos —nos dijo Xoel tras bajar de nuevo las marionetas—. No tenemos todo el día. Calisto tiene que comer. ¡Ya lo sé, Calisto, hago lo que puedo! —Le lanzó una mirada furibunda a la marioneta del zorro, y después dio media vuelta para deshacer el camino que había seguido hasta allí—. ¡No os olvidéis de cerrar la puerta!

Al darnos cuenta de que nos hablaba a nosotros y no a las marionetas, Rosten y yo cerramos la puerta metálica que encerraba al olláparo en los túneles inferiores y, después, le seguimos a través de aquel laberinto subterráneo.

A pesar de que Lume me había dicho en la pista que me ayudarían, estaba nerviosa. ¿Y si habían cambiado de opinión? Cabía la posibilidad de que, en el último momento, hubieran decidido que preferían quedarse a salvo en la oscuridad de los túneles. ¿Qué iba a hacer, entonces? No tenía ni idea de cómo había conseguido que el olláparo me obedeciera, así que, por mucho que fingiera seguridad, no podía usarlo contra ellos.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que, hasta que no nos detuvimos frente a una gruesa puerta de madera, no me di cuenta de que habíamos llegado a nuestro destino. Antes de que nos diera tiempo a prepararnos, Xoel las empujó y exclamó:

—¡Ya estamos aquí! ¡Y he traído a nuestros queridos huéspedes!

La sala que nos recibió era un amplio espacio cerrado en aquellos túneles sin fin. La piedra parecía haber sido moldeada para crear un techo en forma de bóveda, y hasta las antorchas que ardían en las paredes tenían que esforzarse para iluminar la estancia al completo.

—¡Por fin! —exclamó una mujer desde las alturas—. ¡Empezaba a pensar que te habías muerto!

—¡Ya te gustaría! —le respondió Xoel—. Siempre has querido quedarte con Calisto y Sabela, pero no te vas a salir con la tuya.

Si había esperado que las Sombras nos recibieran sentados en una mesa, estaba muy equivocada. En la sala había tres personas, y solo una de ellas, un hombre de grandes músculos que levantaba unas pesas hechas con barriles, estaba en el suelo. La mujer que había hablado, que tenía la piel negra y el cuerpo menudo, estaba sentada en uno de los altísimos trapecios que colgaban sobre nuestras cabezas. A pesar de la altura, no parecía tener miedo, sino todo lo contrario: se movía y hablaba con la confianza de un pájaro acostumbrado a volar.

—¡Aine! —exclamó Rosten, saludándola desde el suelo—. No te veía desde…

—Desde Daris —respondió Lume, sentada en otro trapecio.

Ambas mujeres se pusieron en pie sobre sus columpios y, con una elegancia innata, los hicieron bajar hasta el suelo. Yo las observé a ambas en silencio, admirando su agilidad, pero también con recelo. A Lume ya la conocía, pero me sorprendió darme cuenta de que a Aine también. La había visto en Daris, retenida por los soldados del sur, y también llorando por Aldo, su compañero muerto. Probablemente, habían sido capturados cuando realizaban una de sus misiones para Minnana.

—Navia —me dijo Lume cuando sus pies tocaron el suelo—. Ya conoces a Xoel, nuestro titiritero, pero te presento a Iago, el hombre más fuerte de Rieva, y también a Aine, nuestra trapecista estrella.

—Y lo más importante de todo —añadió esta—: tu mujer.

Lume asintió con una sonrisa y los ojos oscuros de Aine se clavaron en los míos. ¿Qué pasaría si se enteraba de que yo, en

realidad, era la princesa Estela? ¿Me odiaría? ¿Me culparía por la muerte de Aldo? Llevaban toda la vida luchando por mí porque pensaban que le devolvería la libertad al norte, pero lo único que había hecho era permanecer escondida en el bosque. No había nada especial en mí, nada que pudiera alimentar su esperanza.

—Así que domaste al Fiz, ¿eh? —me preguntó Aine—. ¿Cómo lo hiciste?

Su tono era duro y directo, pero no percibí odio en él, sino admiración. Ni siquiera tras observar mis ojos, en los que brillaban las motas de plata de la familia real, pareció sospechar cuál era mi verdadera identidad.

—Navia tiene una conexión muy especial con las criaturas de la noche —respondió Rosten—. Demasiado especial, diría yo.

—Solo necesitaba un poco de cariño —comenté—. No es tan fiero como parece. Si le dais de comer, no os atacará. Quizá podáis cazar para él. Aquí abajo le resulta muy difícil encontrar comida.

Iago, que continuaba haciendo ejercicio al otro lado de la sala, dejó caer las pesas al suelo y, tras soltar un grito animal que rebotó contra los altos techos de la cueva, se acercó hasta nosotros. A su lado, hasta Rosten parecía pequeño.

—¿Tienes que hacer siempre tanto ruido? —le preguntó Xoel con la nariz arrugada—. A Sabela le molestan esos gruñidos.

—¡A Sabela me la voy a comer de un bocado como siga molestando! —le respondió el hombre.

Xoel ahogó un grito y se llevó la marioneta del conejo al pecho para protegerla con los brazos.

—No le escuches, pequeña —le susurró—. Es un monstruo.

—Pensaremos lo del Fiz —me dijo Lume, ignorando la discusión de sus compañeros—. Ahora tenemos temas más importantes que tratar, como por qué quieres colarte en el palacio.

Todos los presentes guardaron silencio y me miraron. El ojo falso de Lume brillaba bajo la luz de las antorchas, como si con él pudiera ver todos mis secretos.

—Quiero llegar hasta el rey —respondí, mostrándome mucho más segura de lo que me sentía—. Necesito… necesito acercarme a él.

Xoel soltó una carcajada, pero, al ver que nadie le seguía, se calló de golpe.

—Nadie en su sano juicio querría acercarse a Silas —me dijo Aine tras cruzarse de brazos.

—¡Eso mismo le dije yo! —exclamó Rosten—. Pero a Navia se le da genial tomar malas decisiones.

—Confiad en mí —repliqué—. Silas…, bueno, digamos que quiero arrebatarle algo que tiene mucho valor para él.

—¡Así que eres una ladrona! —exclamó Xoel.

—No arriesgaría mi vida ni por oro ni por joyas —les dije—, solo por algo cuyo valor va más allá de lo material.

—¿Algo como qué? —quiso saber Lume.

Me giré hacia ella y, cuando sus ojos desiguales se encontraron con los míos, sonreí.

—Mis secretos también se pagan, Lume. No todo el mundo es digno de conocerlos.

La mujer sonrió con satisfacción, y yo me enorgullecí de haberle devuelto el golpe.

—Lo único que os diré —añadí— es que si consigo arrebatárselo a Silas… acabaremos con él.

Las Sombras guardaron silencio y, aunque no dijeron una sola palabra, parecieron sorprenderse ante mi revelación. Quizá no me creían, pero sospechaba que, después de haberme escuchado hablar en la lengua de los dioses, tampoco se atrevían a no hacerlo.

—Bueno —me dijo Lume—, me gusta que estés tan decidida a acabar con Silas. No queremos a ese sureño sentado en el trono de nuestro reino.

—No queremos a un hombre sentado en el trono de nuestro reino —matizó Aine.

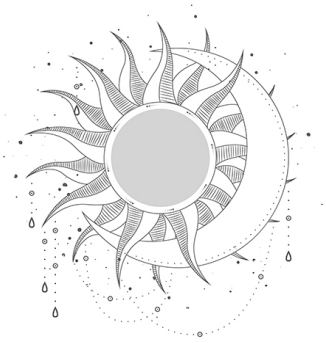
—¿Le contamos nuestro plan? —preguntó Xoel, que de repente parecía emocionado—. ¡Sabela quiere que le contemos nuestro plan! Calisto es algo más desconfiado, pero le convenceremos…

La esperanza me iluminó el pecho, y por fin empecé a pensar que había tomado la decisión correcta. Aquellos espías circenses no estaban muy cuerdos, pero eso era precisamente lo que necesitaba: un grupo de locos que quisieran colarse en un palacio lleno de enemigos y acercarse a un poderoso y despiadado rey dios.

—¿Tenéis… tenéis un plan? —musité.

Lume sonrió y, tras ella, lo hicieron los demás. No fueron sonrisas bonitas, ni siquiera amables o cálidas, fueron sonrisas afiladas y peligrosas dignas de una oscura pesadilla.

—Más que un plan, tenemos una función en la que actuar —me respondió Lume—. Y no bajaremos el telón hasta que Silas esté muerto.



14

Una larga fila de personas esperaba para entrar en el palacio de Jata. La mayoría de ellos eran nobles norteños, concelleiros y personalidades importantes que querían ganarse el favor de Silas. Lume, Aine, Iago, Rosten y yo estábamos entre ellos, esperando a que llegara nuestro turno.

Según nos habían explicado las Sombras, Silas había organizado una fiesta para celebrar la conquista de Rieva. A ella no solo asistirían los miembros de la corte de Almira que hubieran viajado junto al rey, sino que los norteños que quisieran apoyar al nuevo gobernante tenían la oportunidad de acudir para jurarle lealtad. Que hubiera nobles de Rieva que estuvieran a punto de hincar la rodilla ante los invasores, dispuestos a olvidar todo lo que nos habían hecho solo para proteger sus vidas y riquezas, hacía que la rabia me ardiera con fuerza en el estómago.

Quería descubrirme ante ellos y gritarles que no tenían principios, que cuando los dioses volvieran condenarían la fragilidad de su fe, pero, por supuesto no lo hice. En ese momento éramos artistas de circo invitados a la fiesta, y no podía llamar la atención.

—¿De dónde habéis sacado esta carta de contrato? —les había preguntado Rosten, sorprendido, cuando Lume nos había enseñado el papel con el sello real que íbamos a mostrarles a los guardias de la entrada.

—¿Por quién nos tomas? —había replicado ella—. No somos unos artistas callejeros, somos el mismísimo Circo de las Sombras.

—¿Y eso significa…? —había preguntado yo.

—Que en esta ciudad tenemos poder.

Con el corazón latiéndome a toda velocidad por culpa de los nervios, alcé la cabeza y observé el palacio. Sus torres de mármol negro resplandecían bajo la luz del atardecer y, según contaban las leyendas, las piedras preciosas que las decoraban brillaban bajo la luz de la luna, convirtiéndolas en un cielo nocturno plagado de estrellas. Tras él, transformado en un hermoso telón de fondo, estaba el mar. El aire salado y gélido me acarició el rostro y, mientras observaba con admiración cómo los últimos rayos de sol ardían sobre las olas y los acantilados, me pasé la lengua por los labios para degustar su sabor.

No recordaba mi vida en Jata, pues solo había estado allí cuando era un bebé, pero había algo en el sonido del mar, algo en la sal del aire, que despertaba los destellos de mi nostalgia. Amor, felicidad, carcajadas y música. Mi padre acunándome entre sus brazos mientras me cantaba canciones para dormir.

> «Y, cuando despiertes, ahí estaré yo,
> queriéndote siempre, como la luna quiso al sol».

—La verdad es que podría acostumbrarme a ir así vestido —me dijo Rosten, sacándome de mis pensamientos—. Esta ropa me resalta los músculos de la espalda, ¿no crees?

Apretó los brazos, y yo observé cómo la tela de su camisa se estiraba hasta casi romperse.

—Tus músculos no están tan hinchados como tu ego, pero sí —le respondí.

Al igual que las Sombras, mi amigo y yo íbamos vestidos y maquillados como si fuéramos artistas de circo. Él llevaba la cara pintada de blanco, con dos círculos decorándole las mejillas; yo llevaba dos rombos oscuros enmarcándome los ojos. Nuestra ropa

parecía desgastada, pero era perfecta para escalar, para saltar, para huir. Como había dejado el zurrón en los túneles, Gigi iba agarrado a mi cuello, oculto tras mi pelo. Las hojas del diario de Évolet se habían quedado bajo tierra, seguras junto a mi bestiario. Me había costado desprenderme de ellas, pero no podía arriesgarme a que Silas las encontrara.

—¡Siguiente! —ordenó uno de los cuatro soldados que vigilaban la puerta, haciendo a la vez un gesto de la mano.

Un hombre vestido con ricas pieles se acercó hasta el soldado y le entregó un cofre de marfil mientras le susurraba unas palabras que, dada mi posición en la cola, no alcancé a escuchar. El soldado le inspeccionó y le dejó entrar.

—¿Habéis visto quién está ahí? —nos preguntó Lume en voz baja.

Señaló con la cabeza a la mujer que estaba detrás de los soldados de la puerta y tanto Rosten como yo la observamos. Era una mujer alta, de hombros anchos y mirada fiera. Al igual que el resto de los soldados, llevaba el uniforme blanco con el sol de Hashkin bordado en el pecho, pero su porte era más imponente, más duro. Tenía el pelo oscuro y corto, el rostro lobuno.

—Es Áurea Fierro, oficial del Alba —susurró Lume.

—¿Quién?

—La soldado más peligrosa del ejército del Silas —me respondió Rosten—, nuestra pesadilla en todas las batallas. Es la mano derecha de Hiel, el consejero real.

Al darse cuenta de que la estábamos observando, Áurea giró la cabeza hacia nosotros y nos miró como si fuéramos dos ratas escarbando en su comida. Tanto Rosten como yo nos apresuramos a bajar la cabeza.

—Tened cuidado con ella —nos advirtió Lume.

Asentí, aunque estaba tan nerviosa que fue un gesto involuntario. ¿Qué se suponía que íbamos a hacer dentro del palacio? Las Sombras querían rescatar a Minnana; yo, encontrar el diario de Évolet. Pero ¿y si no nos daba tiempo a hacerlo todo? Había elaborado una lista mental de lugares en los que podría estar

escondido —la biblioteca, la habitación de Silas, el Gran Templo—, pero no tenía certeza de que fuera a encontrarlo en ninguno de ellos. Además, por si eso fuera poco, esa noche había luna llena. Si no conseguíamos salir del palacio antes de que esta coronara el cielo, todos los sureños que me vieran descubrirían mi identidad. Si eso ocurría, podía darme por muerta.

Cuando llegamos frente a los soldados de la puerta, los cuatro nos observaron con desprecio.

—Somos el Circo de las Sombras —les explicó Lume—. El rey Silas nos ha contratado para actuar esta noche en su fiesta de la conquista.

Aine sacó la carta de contrato y se la entregó a uno de ellos, que la observó con interés. Al cabo de unos instantes, alzó la cabeza y llamó a Áurea Fierro.

—Es una carta de contrato —le indicó el soldado cuando la oficial del Alba llegó hasta él—. Vienen a actuar en la fiesta.

Esta le arrancó el papel de las manos y lo leyó con el ceño fruncido. Lo único que se oía en ese momento era el sonido de las olas del mar golpeando contra los acantilados, el graznido lejano de las gaviotas. Tuve que sujetarme las manos para que nadie se diera cuenta de que estaba temblando.

—¿De dónde habéis sacado esto? —nos preguntó la mujer, levantando la vista del papel.

—La hemos firmado esta mañana —respondió Lume sin perder la calma—. Nos la ha traído un soldado, de parte del rey. Nuestra fama ha debido de llegar a sus oídos.

Áurea Fierro apretó los dientes y, sin decir una palabra, arrugó la carta de contrato y la lanzó lejos, haciendo que rodara sobre los restos de nieve sucia que cubría las calles. Todos nos pusimos tensos y hasta quienes esperaban en la cola permanecieron en silencio, expectantes.

—¿Cómo os atrevéis? —inquirió la mano derecha de Hiel—. ¿De verdad pensabais que no iba a descubrir que ese papel es una burda falsificación?

El corazón me dio un vuelco y, de pronto, me quedé congelada. ¿Falsificación? ¿Cómo que falsificación?! ¡¿No nos habían dicho que tenían poder en la ciudad?!

—Creo que ha debido de haber algún error —dijo Aine, tranquila a pesar de que su mentira había sido descubierta—. Ese documento es…

—Apresad a estos pulgosos.

Los soldados sureños obedecieron a la oficial del Alba y desenvainaron sus espadas. Rosten alargó un brazo para protegerme justo cuando Aine, Iago y Lume se colocaron frente a nosotros y sacaron unos cuchillos de debajo de la ropa. Los hombres y mujeres que esperaban en la cola gritaron y retrocedieron.

—Intentadlo —les amenazó Lume.

Y, entonces, todo se precipitó.

Los soldados se abalanzaron sobre nosotros con sus espadas, yo grité. Las Sombras hicieron lo posible por detener las estocadas, pero sus cuchillos no eran un rival digno. Por suerte eran ágiles, y rápidos, y tenían experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo. Rosten y yo, sin embargo, ni siquiera íbamos armados.

—¡Matadlos! —exclamó Áurea, alzando la voz por encima del sonido metálico de las estocadas—. ¡Matadlos a todos!

Observé horrorizada cómo Lume, Iago y Aine detenían los golpes afilados de los soldados, protegiéndonos, y supe que no resistirían mucho tiempo. ¿Qué podíamos hacer? Estaba totalmente paralizada, asustada e indefensa. Después de haber llegado hasta allí, ¿era así como acababa todo?

—¡Navia, cuidado! —me gritó Rosten.

Un soldado acababa de herir a Lume y corría hacia nosotros con la rabia ardiéndole en los ojos.

Mi amigo me empujó, tirándome al suelo, y me apartó de la trayectoria de la espada. El corazón me latía a toda velocidad y el dolor del golpe me llenó los ojos de lágrimas. Él, sin embargo, se lanzó contra el soldado, placándolo con tanta fuerza que le hizo soltar el arma.

Durante unos instantes lucharon como dos bestias, usando solamente sus cuerpos. El sureño le dio un puñetazo, que le rompió la nariz; Rosten se lo devolvió. Después, entre sangre y gruñidos, mi amigo le dio un cabezazo, que hizo que se tambaleara.

—¿Has visto, Navia? —me preguntó. Tenía el labio partido y parecía algo mareado—. Yo también sé usar la… la… cabeza.

Se desplomó sobre el suelo, y yo me quedé sin respiración.

—¡Rosten!

—Norteño hijo de puta —le dijo el soldado del sur tras limpiarse la sangre del labio—. Te vas a arrepentir de esto.

Se agachó para recoger la espada y yo contuve el aliento. Lume estaba herida y, aunque Iago y Aine seguían luchando, yo era la única esperanza de Rosten.

Tenía que hacer algo.

Tenía que salvarle.

Y, como no sabía luchar, solo había una forma de hacerlo.

«Existe una forma de acercarme al rey, tanto como para matarle».

Era una locura, una absoluta locura, pero no teníamos otra salida.

Y estaba dispuesta a intentarlo.

—Voy a acabar contigo, pedazo de…

—¡No! —grité.

Me puse en pie de un salto y corrí hasta Rosten, colocándome frente a él para protegerlo con mi cuerpo.

—¡Soy la princesa Estela! —exclamé—. ¡He venido… he venido hasta aquí para casarme con el rey Silas!

Estaba tan nerviosa que sentí que el tiempo a mi alrededor se ralentizaba. Los latidos de mi corazón, las miradas de asombro, el rugido de las olas del mar.

—¡Apresadlos! —ordenó Áurea Fierro.

Y, cuando los sureños se abalanzaron sobre nosotros, supe que había firmado mi sentencia de muerte.



No llevaba mucho tiempo encerrada, pero una desagradable sensación me oprimía el pecho. El miedo y la preocupación se me clavaban dentro, haciendo que cada instante se alargara hasta convertirse en una eternidad. ¿Dónde se habían llevado a Rosten? ¿Y a las Sombras? ¿Y si los habían matado?

La celda en la que me habían metido estaba oscura y olía a humedad, pero no a una humedad natural como la que se respiraba en los túneles de las Sombras, sino a una cerrada y putrefacta, una que me revolvía el estómago. Lo único que veía era la luz lejana de una antorcha, iluminando débilmente los barrotes del resto de celdas, pero el calor del fuego estaba muy lejos de mí.

¿Qué iban a hacer conmigo? ¿Matarme? ¿Y si Silas había cambiado de idea con respecto a la boda, y ni siquiera eso me salvaba de sus garras? Había decidido entregarme en un intento desesperado por salvar a mis compañeros, pero no sabía si había tomado la decisión correcta. ¿Qué iban a pensar los norteños de mí cuando descubrieran que estaba viva e iba a casarme con el enemigo? ¿Me odiarían?

—*¿Gigi?* —me susurró el trasno, que temblaba tras mi pelo.

—En menudo lío nos hemos metido, ¿eh?

Un grito lejano me hizo estremecer, y me encogí en la esquina de la celda. Al mover las manos, las cadenas que me retenían tintinearon en la oscuridad. ¿Tan peligrosa me consideraban como para encadenarme? El metal me apretaba con fuerza la piel y no tardaría en hacerme heridas. ¿Qué dirían mis tías si me vieran así? ¿Y Liara?

«Navia, esto no es un juego. Silas quiere matarte, y si te acercas a él… No podría soportar que te hiciera daño».

—Lo siento, Gigi —le susurré al trasno—. No quería que acabáramos así. No esperaba… no esperaba que fracasáramos de

esta forma.

—*Gigi*.

El trasno bajó por mi brazo e intentó quitarme las cadenas de las muñecas. Era tan pequeño que ni siquiera pudo levantarlas, pero que quisiera ayudarme me hizo sonreír. Por suerte, él podía escapar de allí con mucha más facilidad que yo. Solo tendría que colarse entre las rejas y sería libre.

Estaba a punto de decírselo, de pedirle que se marchara antes de que fuera demasiado tarde, cuando escuchamos las voces. Gigi se asustó y subió a toda velocidad a mi hombro, escondiéndose de nuevo; yo, con un nudo en el estómago, estiré la espalda y entorné los ojos. Eran voces masculinas y venían acompañadas de pisadas, de la luz de una antorcha que lo iluminaba todo a su paso.

—Es esa de ahí.

—¿Ha dicho algo más?

—No, señor. No ha abierto la boca.

Cuando los desconocidos llegaron hasta mi celda, tuve que entornar los ojos para que el fuego no me cegara. Escuché cómo abrían la puerta, y también cómo uno de los hombres entraba y se acercaba hasta mí.

Era Hiel.

—Así que tú eres la que dice ser la princesa Estela —me dijo, con un acento extraño que recordaba al del sur, pero que, a la vez, sonaba muy lejano.

Al igual que la primera vez que le había visto, el brujo iba vestido con elegancia, con ropas lujosas y multitud de joyas decorándole las orejas. El pelo negro le caía sobre la frente y sus ojos almendrados tenían el color claro de la nieve. Bajo la luz del fuego tenía una belleza delicada y etérea, como si estuviera hecho de porcelana y cristal, pero también una mirada cruel que me empujaba a apartarme de él. ¿Era la magia de la Orden de los Envenenadores lo que parecía vibrar a su alrededor como una sombra?

—¿Dónde está Rosten? —le pregunté—. ¿Le habéis apresado también?

Hiel esbozó una sonrisa divertida y se agachó frente a mí. Sus iris blancos se perdieron en las motas de plata que flotaban en mis ojos y, al darme cuenta, aparté la vista. Sin embargo, él me agarró la barbilla con la mano y me obligó a mirarle. Gigi me clavó las manitas en la nuca, asustado, y yo recé en silencio para que se quedara donde estaba, escondido y a salvo.

—Bonitos ojos —me dijo, soltándome por fin—. Vamos a comprobar una cosa.

Me sujetó la muñeca derecha y, antes de que tuviera tiempo de replicar, se sacó un cuchillo del cinto y me hizo un corte en la palma de la mano. Ahogué un grito e intenté apartarme, pero él no me soltó. Al contrario, me agarró con más fuerza y observó la sangre que manaba de la herida, una sangre similar a la que corría por las venas de las criaturas de la noche.

—Interesante —musitó.

Se quedó callado, con la vista clavada en mi sangre, y después volvió a mi rostro. ¿Querría matarme a mí también, y usar el líquido que me corría por las venas para elaborar el misterioso yin? ¿O quizá experimentar con mi cuerpo para desarrollar venenos cada vez más crueles y terroríficos? Solo de pensarlo, me entraron ganas de vomitar.

—Es curioso que solo tú sobrevivieras a la matanza de tu familia, ¿no crees? —inquirió—. Los testigos aseguran que todo que fue tan rápido e inesperado que nadie tuvo tiempo de escapar.

—Evidentemente alguien lo hizo porque estoy aquí.

—Sí, eso parece. Un bebé con mucha suerte.

Aparté la mano, zafándome del agarre de la suya, pero él continuó mirándome, estudiándome con esos extraños ojos que escondían un poder desconocido y aterrador.

—¿Por qué crees que Silas querría casarse contigo? —me preguntó—. ¿Qué te ha llevado a pensar algo así?

—Soy la única heredera de la reina Sondra que queda con vida, la esperanza del norte. Silas querrá dominarme y hacerme suya, como ha hecho con todo lo demás.

—¿Y qué ganas tú casándote con él?

—La protección de mi pueblo —respondí, segura de mis palabras—. Los norteños nunca aceptarán que haya un hombre en el trono, y mucho menos un siervo de Hashkin. Yo apaciguaré su odio, asegurando además el bienestar de Rieva.

El brujo me observó con un amago de sonrisa en los labios, y yo permanecí atenta al color de sus ojos. Le había visto usar su poder en Daris y sabía que, cuando lo hacía, el derecho se volvía negro. No tenía forma de enfrentarme a él, pero intentaría protegerme.

—Si tan solo querías ofrecerle un pacto al rey —me dijo—, ¿por qué colaros en el palacio disfrazados de artistas de circo? ¿Tenías alguna intención oculta?

El miedo se me atascó en la garganta y me impidió hablar. La voz del brujo sonaba calmada, amable incluso, pero sus palabras estaban llenas de peligro. Por suerte, el diario de Évolet estaba oculto en los túneles de las Sombras, lejos de las garras de aquel hombre y sus sospechas. ¿Cómo iba a imaginarse siquiera lo que pretendía hacer?

—Me dijeron que sería difícil acercarme a Silas, y quería ahorrarme las… formalidades —conseguí responder.

—Entiendo.

Por supuesto, no me creyó. Algo en su mirada gritaba que no se fiaba de mí, que tenía que esforzarme más para convencerle, para recordarle que era a los sureños, y no a mí, a quien más les beneficiaba aquel matrimonio.

—Lo único que deseo es… proteger Rieva —le dije—. Los norteños nunca se rendirán del todo y siempre habrá rebeliones, resistencias que terminarán en masacre. Estar junto a Silas en el trono es lo único que podría calmar su rabia y, por tanto, salvarles la vida.

Hiel entornó los ojos, evaluándome, pero no dijo nada. Estaba allí, encerrada y sometida como él había deseado, pero tenía que valorar hasta qué punto era peligrosa, cuáles eran los pros y los

contras del matrimonio. Era su momento de precisar los detalles del plan y, por lo tanto, el mío de negociar.

—Hay otra cosa que deseo —añadí—. Si me caso con Silas… quiero que liberéis a Rosten. Quiero que liberéis a todos mis compañeros.

—¿Te crees que estás en posición de hacer peticiones? —Soltó una risita burlona que concentró la vergüenza en mis mejillas—. No voy a liberar a tus amigos, no soy tan estúpido. De hecho, si te quito estos grilletes es solo porque nos sirves para algo. Si no fuera así, te aseguro que serías la primera en morir.

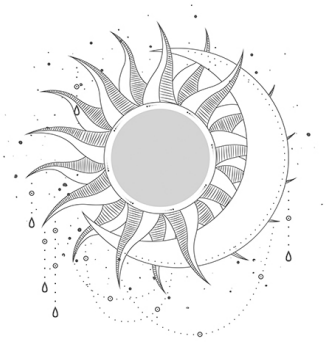
El brujo se puso en pie, y de alguna forma sentí que era él quien había ganado, que no solo me había apresado y encadenado, sino que me tenía completamente a su merced.

—Te casarás con Silas —añadió—, y dejaré que vivas en el palacio, pero me encargaré de vigilarte día y noche. No podrás dar ni un solo paso sin que yo lo sepa, ¿entendido?

Le miré desde mi altura, pero, por mi propia seguridad, guardé silencio. A pesar de que debería haberme alegrado de que mi plan hubiera funcionado, estaba demasiado preocupada por Rosten. Además, si Hiel iba a estar pisándome los talones en todo momento, ¿cómo iba a encontrar el diario de Évolet? ¿Cómo, si aunque me convirtiera en reina, no iba a ser más que una prisionera?

—Anunciaremos el compromiso esta misma noche, en la fiesta de la conquista —me dijo—. Prepárate, princesa, porque vas a asistir a un baile.

Se marchó, y yo volví a quedarme sola en la oscuridad.



15

Poco después de que Hiel se marchara, dos soldados del rey me quitaron las cadenas y, tras sacarme de la celda, me guiaron a través del palacio. A pesar de que estaba asustada y agotada, no pude evitar fijarme en lo impresionante que era el edificio por dentro. Nunca había visto nada tan hermoso, ni tan inmenso, ni tan lujosamente decorado.

Había altas columnas de mármol negro en cada estancia, escaleras infinitas que se retorcían sobre sí mismas, puertas en forma de arcos apuntados que me moría por atravesar. Todo era negro y brillante, como si Ikaroa hubiera moldeado la noche para convertirla en palacio. Los altos techos tenían forma de cúpula y estaban acristalados, permitiendo así que se viera el cielo, y también que pareciera que caminábamos sobre un lago en el que se escondían las constelaciones.

En las paredes había vidrieras que daban al mar, y en los pasillos, tapices ricamente bordados que reproducían escenas del Libro de los Dioses: el momento en el que Taika se arrancó el corazón para crear a los dioses, el nacimiento de Rieva, las cruentas batallas entre el norte y el sur…

Sin embargo, a pesar de que me maravilló aquel bosque ostentoso y desconocido, pude sentir su dolor. Los estandartes del dios del día no casaban con un edificio construido para la diosa de la

noche, y los sirvientes norteños con los que nos cruzamos parecían aterrados, incapaces de alzar la mirada para mirar a los soldados invasores que caminaban por los pasillos. En el aire había miedo, y rabia, y un odio muy profundo que se remontaba a la época en la que Hashkin traicionó a Ikaroa; en el aire, aunque nadie se atrevía a abrir la boca, se olía la guerra.

—Pasa —me ordenó uno de los soldados tras detenernos frente a la puerta de una de las habitaciones del primer piso—. Tienes que estar preparada a la medianoche. Órdenes del consejero real.

Entré en la habitación y ellos se quedaron fuera, esperándome. Cerré la puerta tras de mí y, cuando me di la vuelta, contuve el aliento.

La estancia era espaciosa, casi tanto como la cabaña en la que vivía junto a mis tías. Iluminada frente a la cálida luz de una chimenea de mármol negro, había una tarima con tres pequeños escalones, sobre la que estaba la cama más grande que había visto en toda mi vida. Tras ella había una enorme cristalera con vistas a los acantilados de Xentea, a la vasta extensión de agua que llegaba hasta el infinito y en la que Mekros, la diosa de las aguas, había escondido todos sus secretos.

Avancé lentamente mientras observaba la decoración. El techo estaba pintado de un color oscuro, con lunas y estrellas que le rendían un bonito homenaje a Ikaroa y a Idriel. A mi izquierda estaba el baño, y a mi derecha, una mesa de madera con cuatro sillas. También había un tocador con un espejo y un armario. Me acerqué hasta él y, empujada por la curiosidad, lo abrí.

Tal y como imaginaba, estaba lleno de ropa. Había vestidos de todo tipo, más de los que una persona podía ponerse en una sola vida. Acaricié los que eran sencillos, de lino, pero también los lujosos con brocados y terciopelo. El que más me llamó la atención fue uno de color oscuro que, bajo la luz de las antorchas que iluminaban la habitación, parecía brillar como el cielo nocturno. ¿A quién habría pertenecido aquella habitación? ¿A mi madre? ¿A alguna de mis hermanas? ¿A Minnana?

Volví a cerrar las puertas del armario y, sin decir nada, me acerqué hasta la cristalera para observar el cielo. Al igual que en el suelo del palacio, las estrellas brillaban sobre la superficie oscura del mar, danzando suavemente con el movimiento de las olas. Cada una de ellas llevaba un susurro antiguo, un murmullo que se deshacía en destellos de plata contra los altos acantilados. La luna estaba a punto de llegar a su cénit en el cielo, así que, no quedaba mucho para que estuviera llena del todo.

Cerré los ojos y apoyé la frente sobre el frío cristal. ¿Dónde estaría Rosten? La preocupación por él se me clavaba dentro, como un trozo de cristal incrustado en el pecho, y hacía que me fuera difícil respirar. ¿Lo tendrían encerrado en una de las mazmorras? Hiel no me había dicho que estuviera vivo, pero me negaba a aceptar que estuviera muerto.

—Gigi —le susurré al trasno—. Tienes que ayudarme.

Él me clavó las manitas en la nuca, indicándome así que me estaba escuchando, y le dije:

—Tienes que bajar a las mazmorras a buscar a Rosten. Necesito saber si está bien. ¿Crees que podrías hacerlo?

—*Gi… gi*.

—Si te mueves entre las sombras, no te verán. Eres mi única esperanza, pequeño.

El trasno bajó por mi brazo, algo inseguro, y cuando saltó al suelo me miró desde abajo con sus grandes ojos negros. Me agaché frente a él y, al ver que el gorro en forma de seta que le cubría la cabeza se había movido de su sitio, se lo coloqué.

—Cuando abramos la puerta para irnos a la fiesta, sal de la habitación —le indiqué—. Ten mucho cuidado.

—¿Está hablando conmigo? —preguntó una voz a mi espalda.

Me puse en pie de un salto y, con el estómago encogido, me di la vuelta.

Frente a mí había una chica joven, que no habría vivido más de veinte inviernos, con un vestido entre las manos. Vestía de negro, con el sol de Hashkin bordado sobre el corazón, y llevaba el pelo

recogido en un moño. Tenía las mejillas marcadas, y también unas profundas ojeras, como si arrastrara un cansancio que ya formaba parte de su ser.

—Siento haberla asustado —me dijo, algo nerviosa—. Estaba preparando el baño, pero pensé que me había visto y…

—No te preocupes —la interrumpí. Observé el suelo de reojo y, al comprobar que Gigi se había escondido, respiré tranquila—. No es nada.

—Soy Malva. Me han pedido que la ayude a arreglarse para la fiesta.

Su acento era del sur, no del norte, así que debía de formar parte del séquito que había acompañado a Silas desde Ilta. ¿Y si la había enviado Hiel para vigilarme? No podía fiarme de ella, pero quizá podía utilizarla para obtener información.

—Gracias, Malva —le dije—. Yo soy Navia.

La chica frunció ligeramente el ceño, probablemente porque había supuesto que mi nombre era Estela. Sin embargo, no hizo preguntas. Inclinó la cabeza ante mí, con una pequeña reverencia, y yo me apresuré a responder:

—No hace falta que te inclines, de verdad, y tampoco que me trates de usted. Probablemente tengamos la misma edad.

Malva entornó los ojos, confundida.

—Pero va a casarse con el rey, ¿no? —inquirió.

—¿Lo sabes?

—Todo el palacio lo sabe ya.

Bajé la vista hasta el vestido que la chica tenía entre las manos y ella, al darse cuenta, subió los escalones de la tarima y lo dejó sobre la cama. Era un vestido sencillo, mucho más humilde que los que había visto en el armario, sin brocados ni encajes ni piedras preciosas incrustadas. ¿Qué era lo que pretendía Hiel? ¿Que no llamara la atención? ¿Que mi presencia no opacara la de Silas?

—Háblame de él —le pedí a Malva mientras me acercaba a la cama para acariciar el vestido—. De Silas. ¿Es tan monstruoso como creo que es?

—¿Monstruoso?

—¿Tiene garras, colmillos o un rostro que se asemeje al de una bestia?

Para mi sorpresa, Malva se rio. Fue una risa suave e inofensiva, pero, aun así, me hizo sentir avergonzada. Para los norteños, todo lo que tenía que ver con Ilta era un auténtico misterio. No sabíamos nada de sus reyes, ni de sus templos, ni de sus ciudades; ellos, a su vez, tampoco sabían nada sobre los nuestros. Ambos bandos éramos bárbaros en el imaginario de nuestros enemigos, y todo lo que habíamos aprendido había sido a través de leyendas y cuentos populares que asustaban a los niños.

—Su majestad está en constante sufrimiento, y nadie puede aliviar su dolor —me respondió—. Pero su aspecto…, bueno, creo que le sorprenderá.

—¿Sorprenderme?

—Solo le diré que nadie que haya visto el rostro de Silas lo olvida con facilidad.

Genial, eso no era lo que quería escuchar. Necesitaba que me dijera que, a pesar de que tenía a Hashkin dentro, Silas era un ser humano normal, mediocre y vulgar; uno al que pudiera enfrentarme sin miedo. Necesitaba que me dijera que no, que el hombre con el que iba a casarme no se parecía al de mis pesadillas.

—Deberíamos ir ya al baño —me indicó—. No tenemos mucho tiempo.

Asentí, sabiendo que no tenía alternativa, pero, antes de caminar tras ella, me giré para echarle un último vistazo a la luna. En cuanto coronara el cielo, tanto mi poder como mi identidad saldrían a la luz. Llevaba siendo así desde que era una niña, como un pulso antiguo que, al igual que las mareas, respondía ante la luna. Cuando esta estaba llena, más poderosa que nunca, mi sangre me reclamaba; y yo no podía ignorar su llamada.

Pero, por primera vez en mi vida, no iba a esconderme.

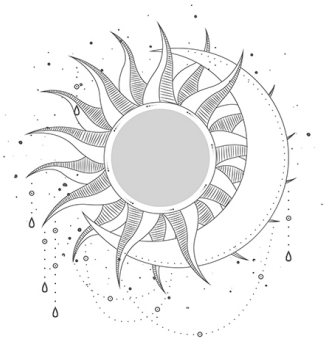
Había llegado el momento de romper las cadenas, de mostrarle al mundo que era la princesa perdida, única heredera de la familia real

que había elegido Ikaroa para gobernar Rieva, y también que me enorgullecía de ello.

Quería que los siervos de Hashkin supieran que estaba allí para defender a mi pueblo; que, mientras yo existiera, habría alguien luchando en nombre de la diosa de la noche, la muerte y el invierno.

—Espera —dije. Malva se dio la vuelta para mirarme—. Me gustaría elegir otro vestido. Uno del armario.

Si el monstruo de Silas quería a la princesa Estela, iba a asegurarme de que la tuviera.



16

Me miré al espejo una última vez, preguntándome quién era la persona que veía en el reflejo. Aunque tenía mi rostro, las pecas sobre la nariz, no me reconocía. Veía mis ojos, pero estos pertenecían a una mujer cuya presencia imponía; a una mujer destinada a sentarse en un trono. Aun sin ser capaz de ver mis colores, percibía la energía que emanaba: orgullosa, elegante, bella.

El vestido que había elegido era el más hermoso que había visto jamás. La parte de arriba era ajustada, más escotada que cualquiera de los vestidos que me hubiera puesto nunca, y la falda caía desde la cintura como una cascada, libre y etérea como el agua. Las mangas eran muy anchas, de un tono más claro que el cuerpo, y estaban hechas de una gasa de seda que terminaba en un fino encaje, que me acariciaba las manos y me daba un aspecto regio y distinguido.

Lo más llamativo de todo, sin embargo, era el brillo de la tela. Por alguna razón, quizá porque había sido hecho para la familia real, el vestido destellaba como si hubiera sido confeccionado con cientos de diamantes. Daba igual que la luz no incidiera sobre él porque resplandecía por sí solo, haciéndome parecer, por primera vez en mi vida, la verdadera princesa Estela.

—¡¿Necesita que le retoque el peinado?! —me preguntó Malva desde el baño.

La doncella me había ondulado el pelo con un hierro ardiendo, y no quedaba ni rastro de la muchacha desaliñada que había pasado veintidós ciclos de oscuridad en el bosque de Valoa.

—¡No hace falta! —le respondí.

Di un paso hacia atrás, alejándome del espejo, y los rayos de luz de luna que entraban por el ventanal me acariciaron la piel. Entonces, lo noté. Fue como un cosquilleo, una calidez familiar abriéndose en mi pecho como los pétalos de una flor.

Había llegado la medianoche, y tenía que dejar que la noche hiciera su magia.

«Cuando hace más de mil ciclos nuestra Madre eligió a Arelia como la primera reina de Rieva —me había contado mi tía Uxa—, le dio los poderes de la noche».

«Estos fueron pasando de generación en generación, bendiciendo a los miembros de la familia real», había añadido Fai.

«Por eso supimos que eras la princesa perdida cuando te adoptamos», dijo Bibas.

«Y por eso es muy importante que nadie más que nosotras lo sepa», concluyó Or.

El cosquilleo se transformó con rapidez en un relámpago que me atravesó las entrañas. Apreté los dientes, dejando que el calor llegara hasta mis manos, hasta mis piernas y mi nuca, y me comenzó a brillar la piel.

Sin decir nada, dejé que la noche me usara como lienzo y dibujara constelaciones en mis brazos, en mi pecho, en mi rostro. El brillo de mi vestido quedó opacado por el de mi cuerpo, porque de repente me había convertido en la personificación de la noche, en una criatura que resplandecía como si tuviera dentro piedras preciosas, como si estuviera hecha de polvo de estrellas.

«Sangre mágica de Rieva».

Durante unos instantes, no me moví. Esperé con paciencia, como hacía cada lunación, a que mi cuerpo se convirtiera en una joya. Solo entonces, cuando estuve segura de que la transformación se había completado, miré el resplandor de mis manos.

En el gris suave de mi piel brillaban pequeños destellos que parecían estrellas, puntos de luz que formaban un mapa del cielo nocturno y latían con suavidad. Notaba el poder de la noche en mi interior, como si la mismísima Ikaroa me estuviera hablando, señalándome como su elegida. Sin embargo, ese poder no podía salvar el norte porque era un poder débil.

Había pasado mucho tiempo intentando fortalecerlo, preguntándome si el problema no sería yo, que no podía canalizarlo, pero no había conseguido nada. Además de brillar, lo único que podía conseguir era hacer flotar algún objeto, provocar pequeñas explosiones; lo que me convertía en una decepción.

Esa era la razón por la que había pasado la vida entera escondida. ¿Cómo iba a proclamarme la esperanza del norte cuando lo único que podía hacer era… eso? ¿Cómo iba a salir del bosque y presentarme en la capital, cuando los norteños llevaban tantos ciclos soñando con una salvadora?

En aquel momento no me quedaba más remedio que hacerlo, así que levanté la mano derecha y la giré con suavidad. Uno de los jarrones de cristal que decoraba la repisa de la chimenea comenzó a volar, con su peso convertido de repente en el de una pluma, y yo sonreí. Siempre tenía la esperanza de que aquella vez fuera diferente, de demostrar que en realidad sí era fuerte.

Lo mantuve en el aire hasta que un latigazo congelado me atravesó el pecho, recordándome que ya había dado un beso, y sin darme cuenta cerré la mano. El jarrón estalló en mil pedazos, golpeado de pronto por una fuerza invisible e incontrolable que había salido de mi cuerpo.

—¿Navia? —me preguntó Malva, saliendo del baño a toda prisa—. ¿Qué ha sido eso?

Al ver el brillo de mi piel, la doncella se tapó la boca con una mano y ahogó una exclamación. Yo, sin embargo, no respondí. El frío de la maldición ardía en mi pecho con más fuerza que nunca, y tuve que apoyarme en una de las paredes para no caerme al suelo. Necesitaba darle un sorbo al brebaje de tomillo y menta de mis tías,

pero este se había quedado en los túneles de las Sombras, metido dentro de mi zurrón junto al diario de Évolet y mi bestiario. ¿Podría elaborarlo allí, en el palacio? ¿Me dejarían acceder a la botica? Por mucho que quisiera creer que sí, lo dudaba.

—¿Se encuentra… se encuentra bien? —musitó la doncella.

Muy pocos norteños sabían lo que le ocurría a la familia real de Rieva cuando había luna llena, así que para los sureños debía de ser una auténtica sorpresa. Por esa misma razón tenía que fingir, intentar que creyeran que era poderosa, que tanto Ikaroa como su panteón de lunas estaban a mi lado.

—Sí —le respondí, obligándome a reponerme—. Estoy bien. ¿Nos vamos?

La doncella asintió y, aún conmocionada, me abrió la puerta de la habitación.

Los dos soldados que vigilaban la habitación me observaron con el ceño fruncido, pero nos escoltaron por los lujosos pasillos del palacio sin decir una palabra. Malva tampoco lo hizo, aunque no dejó de mirarme de reojo en todo el camino.

A pesar de que ya había llegado la medianoche, el palacio estaba despierto. Las antorchas lo iluminaban todo desde las paredes, y los sirvientes, tanto del norte como del sur, se movían de un lado a otro con nerviosismo. Había soldados en cada uno de los pasillos, observándolo todo con atención, buscando posibles peligros.

—Aún estamos acostumbrándonos a este lugar —me susurró Malva—. Ninguno de nosotros había salido de Ilta hasta ahora y…, bueno, todo es nuevo para nosotros.

No respondí, ya que ni a ella ni a los soldados que me vigilaban les habría gustado mi respuesta, y era demasiado pronto para enemistarme con ellos.

Enseguida llegamos hasta unas altas puertas de madera. La música que salía del otro lado hizo que los latidos se me aceleraran, pero me esforcé por que nadie notara mis nervios. Cuando las puertas se abrieron ante nosotros, me tragué el miedo y alcé la cabeza.

Frente a nosotros estaba el salón del trono. Al igual que el resto del palacio, era una estancia mágica y grandiosa, un lugar que parecía sacado de un cuento. Las cristaleras del techo dejaban a la vista la luna; las de las paredes, el mar. Todo estaba hecho de un brillante mármol negro, haciendo que destacara aún más la decoración que brillaba entre las columnas. La melodía de un arpa y dos flautas danzaba entre ellas, celebrando el fin de una guerra que ya sabían ganada, invitando a bailar a los asistentes a la fiesta.

Eran más de cincuenta, entre hombres y mujeres, pero la estancia era tan grande que todos parecían minúsculos e insignificantes. Algunos llevaban máscaras, otros el rostro descubierto, pero todos iban vestidos con sus mejores galas para celebrar la conquista de Rieva. Aunque había sureños, los selectos miembros de la corte que habían acompañado a Silas hasta allí, lo que más me dolió fue saber que entre aquellas personas que festejaban también había norteños. Los nobles que habíamos visto en la cola para entrar al palacio, llevando regalos a nuestros enemigos, bailaban con ellos como si no les importara el sufrimiento de los suyos, como si se consideraran superiores a la gente que cultivaba sus campos y les pagaba impuestos. ¿No éramos todos hijos de Ikaroa? ¿Acaso importaba más el poder que defender a nuestros dioses?

El trono, que se alzaba sobre una pequeña tarima y parecía vigilar a quienes bailaban frente a él, estaba flanqueado por dos enormes estatuas de Ikaroa, ambas sosteniendo una luna de plata sobre el asiento que la mismísima Madre había creado para la reina Arelia, un asiento en el que estaba sentado el enemigo. No, no estaba sentado, estaba despatarrado con satisfacción, con una copa en la mano, orgulloso de haber logrado lo que tanto ansiaba. ¿Sería Silas? Sí, tenía que serlo. Desde donde estaba no podía verle bien, ya que no solo le rodeaba un grupo de mujeres, sino que también tenía el rostro cubierto con una máscara. Sin embargo, no me imaginaba a otra persona sentada en el trono de mis antepasados. Eso me hizo

querer gritar de rabia, clavarle una daga en el corazón solo para ver cómo sangraba.

Me tragué mis impulsos asesinos, ese odio instintivo que su mera existencia despertaba en mi interior, y comencé a caminar. Tanto Malva como los soldados me siguieron, pero no me importó. Tenía la vista fija en el trono que había ante mí, justo al otro lado de la estancia, y eso era lo único en lo que podía pensar.

«Ve a por Silas, Navia. Acaba con él. Destruye… destruye a quienes nos han hecho esto».

En cuanto me adentré en el salón, la música se detuvo y fue sustituida por los susurros de los asistentes a la fiesta:

—Es ella —decían, con una mezcla de asombro y odio.

—¿Has visto su piel?

—¿Qué clase de magia es esa?

—Dicen que va a casarse con el rey.

—No es tan hermosa como pensaba.

A pesar de que me temblaban las piernas, continué hacia delante. No podía dejar que sus miradas y comentarios me afectaran. Me odiaban a mí, pero sobre todo odiaban mi origen; me odiaban tanto como yo les odiaba a ellos, porque nos habían creado para ser enemigos, y nada podía cambiar eso.

Recorrí el pasillo con lentitud, notando los fuertes latidos de mi corazón dentro del pecho, pero cuando estaba a punto de llegar a la tarima en la que se alzaba el trono, me pisé la tela del vestido y tropecé. Caí de bruces al suelo, golpeándome contra el mármol, y las risas de los asistentes a la fiesta encendieron mis mejillas. ¡Por los dioses! ¡Qué vergüenza!

Malva me ayudó a ponerme en pie y yo, mareada y dolorida, observé a las mujeres que rodeaban a Silas. Pude contar doce, todas riéndose de mí. Algunas de ellas estaban apoyadas en el trono; otras, sentadas en las escaleras con una copa en la mano, un par sobre el mismísimo rey. Al contrario que el resto de las invitadas, aquellas mujeres iban medio desnudas. Solo una tela muy fina cubría sus cuerpos, mostrando mucho más de lo que ocultaban.

Todas eran increíblemente hermosas, casi irreales, y se movían con tanta sensualidad que hasta la mirada más sutil estaba cargada de erotismo. Quizá por eso supe enseguida que eran sacerdotisas de Katana, diosa del amor y la fertilidad.

Sin dejar de mirarme con pena, asco y vergüenza, las sacerdotisas se apartaron del rey y abrieron un pasillo entre nosotros.

Le observé, con la rabia ardiéndome en el estómago, y él hizo lo mismo conmigo. Iba vestido con un elegante traje de color blanco, un traje digno de un rey dios. También llevaba guantes y una máscara en forma de sol, lo que me impedía ver su rostro, su piel y su pelo; ni siquiera sus ojos quedaban a la vista. Tal y como me había dicho Malva, no tenía garras, ni alas ni nada que no fuera humano. ¿Por qué se cubría, entonces?

Sentada a los pies del trono, como un perro, había una mujer. Le habían puesto una cadena al cuello, una cadena que sujetaba el mismísimo Silas, e iba vestida como una sacerdotisa del norte. La tela blanca de su túnica estaba manchada de sangre y, como no llevaba daceo, pude verle el rostro. A pesar de que era hermoso, juvenil, estaba lleno de heridas y golpes. Sus ojos ardían con un odio intenso, un odio que parecía haber echado raíces, formando ya parte de su ser.

Y, cuando nos miramos, algo dentro de mí se rompió.

Minnana. Esa mujer tenía que ser Minnana.

—Mirad a quién tenemos aquí —dijo Silas, haciendo que todos en el salón enmudecieran. Volver a escuchar su voz me hizo apretar los puños con fuerza—. ¡La mismísima princesa Estela! Veo que estabas ansiosa por postrarte ante mí.

Que se burlara de mi caída hizo que los sureños estallaran en carcajadas. Volví a notar la sangre arremolinándose en mis mejillas, pero no me permití hacerme pequeña ante él.

—Estos suelos son traicioneros —le respondí, obligándome a alzar la voz para que todos me escucharan—. Y los norteños no somos amigos de la traición.

Las risas de los asistentes se transformaron en murmullos afilados que se me clavaron en la piel. La máscara de Silas me impedía ver su apariencia, pero algo en su postura, en el aura de peligro que desprendía, me indicó que no le gustaba que replicara.

Quizá por eso le entregó la cadena de Minnana a una de sus sacerdotisas y se puso en pie. Cuando comenzó a caminar hacia mí, todos los músculos de mi cuerpo se tensaron.

Sus movimientos eran seductores, elegantes, seguros como solo pueden serlo los de aquellos acostumbrados a que el mundo entero se incline a su paso. Su mera presencia imponía respeto, y también miedo, como caminar por el borde de un acantilado o acariciar el filo de un cuchillo. Mis instintos me decían que huyera, que mis pesadillas se habían hecho realidad y estaba a punto de morir, pero no podía salir corriendo; no solo porque fuera una prisionera, sino porque no lo haría sin salvar a Rosten, y tampoco a mi pueblo.

El rey se detuvo frente a mí, y el salón entero guardó un silencio sepulcral. Hasta los guardias que lo vigilaban enderezaron la espalda. Silas era alto, tanto que tuve que doblar el cuello para poder mirarle, y tenía los hombros anchos. Además, y eso hizo que mis defensas se tambalearan, olía muy bien, demasiado bien para ser un monstruo. Naranjas, canela, sal y madera. ¿Era ese el aroma de Ilta?

—Brillas como la luz de la luna —me dijo.

—Porque llevo a Ikaroa en mi sangre —repliqué—. De una forma u otra, los dos llevamos dentro a nuestros dioses.

Aunque la máscara le ocultaba el rostro, noté cómo me observaba de arriba abajo, deteniéndose en el brillo de mi piel, en las formas de mi cuerpo, en mis ojos. ¿Se habría dado cuenta de que el vestido que llevaba no era el que habían seleccionado para mí? ¿O solo había odio en su mirada?

—La verdad es que esperaba menos de la famosa princesa Estela —dijo.

—Y yo esperaba más del famoso rey dios.

Me arrepentí al instante de haberle dicho algo así al hombre que tenía el poder de Hashkin, pero me negaba a dejar que tuviera la última palabra. Su cercanía despertaba mi ira, y lo único que quería era hacerle daño, aunque fuera con mis palabras. Le odiaba, le odiaba más de lo que había odiado a nadie jamás, y eso provocaba en mi interior un fuego rabioso que me veía incapaz de dominar.

—¿Qué esperabas exactamente? —me preguntó.

—Poder verle el rostro, al menos. ¿Lleva esa máscara para proteger a los demás de lo que hay debajo, *majestad?*

Silas hizo un sonido que sonó como una risa y, a modo de respuesta, cogió mi mano derecha con delicadeza. La tela de sus guantes era suave, casi tanto como el terciopelo. Antes de que pudiera decir nada, me agarró por la cintura y comenzó a bailar, arrastrándome con él.

La música empezó a sonar de nuevo, pero yo solo podía pensar en la cercanía de Silas, en lo pegado que estaba mi cuerpo al suyo, en lo atrapada que me sentía entre sus brazos. Éramos los únicos que estábamos bailando en ese momento, las únicas figuras que se movían en aquel inmenso salón negro. No sabía bailar, pero me dejé llevar por él y sus movimientos. La luz de las antorchas arrancaba miles de destellos a la tela de mi vestido, a mi piel, y todos los presentes nos observaban con una tensa atención.

—Tienes la lengua afilada, luz de luna —me dijo.

—¿Luz de luna? Es un nombre ingenioso, aunque prefiero que me llames Navia.

Sentía cada paso como una traición a mí misma, cada giro como un acercamiento peligroso. El mundo se había vuelto borroso a mi alrededor, y lo único que parecía real era la fuerza de su agarre, que me provocaba una rabia casi física. Me imaginé una y otra vez cómo sería matarlo, dónde tendría que clavarle el puñal, pero a la vez… a la vez notaba mis latidos desordenados, confundidos, fascinados por su aroma y su calor.

—Si vas a ser mi esposa —añadió—, tendrás que aprender a controlar tus palabras.

Por los dioses, qué ganas tenía de abofetearle. Si no hubiéramos estado girando en mitad de un salón lleno de enemigos, lo habría hecho.

—¿Esa es la única condición que le pones a este matrimonio? Porque yo tengo unas cuantas más —repliqué—. Por ejemplo, que liberes tanto a los artistas de circo que me acompañaron al palacio como a Minnana. Yo me encargaré de su protección.

—¿Qué te hace pensar que tienes derecho a hacer peticiones?

Observé el sol que le cubría el rostro y guardé silencio. Hiel ya me había dicho que no estaba en posición de exigir nada, pero no estaba dispuesta a rendirme tan fácilmente.

—Si no los liberas, no me casaré contigo —respondí—. Saltaré por una ventana o dejaré de respirar, pero no permitiré que te adueñes de la última esperanza del norte.

Los dedos de Silas me apretaron la espalda, pero no dejé que eso me asustara.

—No voy a liberar a Minnana. En cuanto a los demás, dependerá de lo convincente que sea tu papel de esposa.

«Eso significa que Rosten sigue con vida», pensé. La esperanza estalló en mi pecho, luminosa y ardiente, pero me forcé a apagarla para no cantar victoria antes de tiempo. Esperaría a que Gigi me lo confirmara, y entonces trazaría un plan.

Continuamos bailando en silencio, las dos únicas figuras que se movían por aquel salón hecho de mármol negro y luz de estrellas. Silas desprendía calor, más del que podía soportar, y mi cuerpo me pedía a gritos apartarme de él. Sin embargo, su aroma era embriagador, y tenía miedo de que eso me hiciera bajar la guardia.

Bailamos un poco más y, cuando la música cesó, nos detuvimos en el centro del salón. Silas tardó unos instantes en liberarme, y el mensaje me quedó claro: era suya, y solo escaparía de sus manos cuando él lo decidiera.

—La máscara no oculta nada que deba asustarte, luz de luna —me dijo, dando un paso hacia atrás—. Lo realmente peligroso lo tengo bajo la piel.

Se desprendió de ella y, cuando por fin pude ver el verdadero rostro de Silas, mi corazón se detuvo.

Al contrario de lo que había imaginado desde niña, el rey de Ilta era atractivo. Mucho. Demasiado. Hacía treinta ciclos de oscuridad que era rey y, sin embargo, parecía muy joven, ligeramente mayor que yo, como si el tiempo se hubiera detenido para él.

Tenía la mandíbula cuadrada y los pómulos marcados; unos rasgos elegantes y masculinos por los que, estaba segura, tanto hombres como mujeres habrían suspirado. Sus labios eran carnosos, con una cicatriz decorando su comisura izquierda; su piel, perfecta como la de un dios. Llevaba las orejas llenas de pendientes y tenía el cabello rubio, de un tono tan claro que casi parecía blanco.

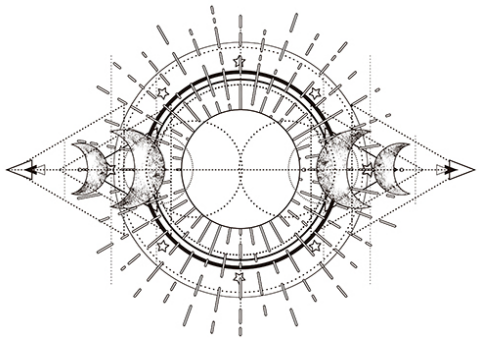
Sin embargo, lo que más llamó mi atención fueron sus ojos. Aunque eran peligrosos, profundos como los de un cazador, lo que hizo que todo a mi alrededor se tambaleara fue que podía ver su color. Mirarlos era… era como ver el calor de las llamas.

«Naranja —pensé—. El color del fuego es el naranja».

Observé de nuevo su pelo, sus labios, su piel… y el vértigo hizo que me mareara. El rey dios brillaba en aquel salón oscuro con mucha intensidad, no porque fuera diferente a los demás, sino porque *yo* lo veía diferente.

Después de toda una vida entera sumida en un mundo de grises, había encontrado a alguien cuyos colores podía ver a la perfección.

Y se trataba nada más y nada menos que del monstruo de mis pesadillas.



Templo de Zawa
Tercer día de la undécima lunación
Ciclo de oscuridad 1167

Querido diario:

Sé que hace casi una lunación entera que no te escribo, pero es que han pasado cosas. Muchas. Y no sé cómo explicarlas. Estoy avergonzada de lo que he hecho, y también tengo miedo, pero, al mismo tiempo... nunca me había sentido tan feliz, tan libre y plena. Te juro por los dioses que he intentado ignorar todo lo que me arde dentro, comportarme como debería hacerlo la futura suma sacerdotisa de Rieva, pero he empezado a dudar. De todo aquello en lo que creo. De todo lo que pensaba que quería. De quién soy.

Empezaré por el principio.

¿Recuerdas que te conté que le di tres días a Aiden para abandonar la playa? Le dije que, si en ese tiempo no se marchaba, daría la voz de alarma para que fueran a apresarle. Bien, pues no lo hizo. Y yo, a pesar de todo, no le delaté.

Al contrario de lo que me había prometido hacer, volví a bajar a la playa. Una parte de mí deseaba que se hubiera ido, que hubiera huido lejos de mí, de mis hermanas y de mi templo; la otra, sin embargo, ansiaba volver a verlo. ¿Por qué? No lo sé. Quizá quería comprobar si

sus ojos tenían el mismo verde de las hojas cuando aún guardan la esperanza de no caer, o volver a sentir las cosquillas que su cuerpo me había provocado en el estómago. Sea como sea, al amanecer del tercer día, volví a la playa. Y él me estaba esperando.

«¿Ya has dado la voz de alarma?», me preguntó, esbozando una sonrisa burlona.

Estaba sentado a la orilla del mar, observando las olas con un anhelo profundo. Seguía estando medio desnudo, con el emplasto de algas sobre la herida del abdomen, pero parecía tranquilo. El templo que le había construido a Hashkin aún estaba ahí, en pie, acompañándolo en su soledad.

«¿Debería haberlo hecho?», repliqué.

Aiden giró la cabeza hacia mí, y yo me reprendí a mí misma por deleitarme con su belleza, por admirar algo que había creado el mismo dios que le había roto el corazón a la Madre.

«No voy a hacerte daño, ya te lo dije. Ni a ti, ni a las sacerdotisas de tu templo ni a nadie».

«Pero eres un soldado, ¿no es precisamente eso lo que hacéis?».

La brisa del amanecer acarició la tela de mi daceo y me llenó la boca del sabor salado del mar. Los primeros rayos del sol incendiaban el horizonte, pero yo solo podía mirar a Aiden, cómo el pelo negro y empapado le caía sobre la frente, cómo los músculos de su abdomen subían y bajaban con cada respiración. A pesar de que le había crecido la barba, aún notaba las líneas marcadas de su mandíbula, la forma de sus labios.

«Eres la primera persona a la que le digo esto, pero nunca he querido ser soldado —confesó—. Supongo que acabar aquí sería un

castigo para cualquiera de mis compañeros, pero para alguien a quien no le gusta matar, es una liberación».

Un soldado sureño que no quería matar, eso era nuevo para mí. ¿Era posible que hubiera sureños a los que no les gustase la guerra? ¿Y que no todos fueran tan despiadados como siempre habíamos pensado? Aunque la lógica me decía que no, ya me había equivocado antes. Siempre había pensado que los siervos de Hashkin eran monstruosos y, sin embargo...

«Entonces, ¿por qué lo haces? —quise saber—. ¿Por qué matas, si tanto lo odias?».

«Porque es lo que los dioses esperan de mí. Nunca juzgo sus decisiones, ¿recuerdas?».

Me quedé callada, aún observándolo en la distancia, incapaz de cortar la conversación. ¿No era eso lo que hacíamos todos? ¿Cumplir las expectativas que los dioses ponían sobre nosotros? No pensaba decírselo, claro, pero hasta yo me había preguntado alguna vez si lo que hacía era lo que realmente deseaba. Me había convencido a mí misma de que quería ser suma sacerdotisa, de que la única vía para encontrar la felicidad era servir a Ikaroa, pero... ¿no eran mis aspiraciones órdenes de los dioses?

«Si no fueras soldado, ¿qué te gustaría ser?», le pregunté.

Aiden sonrió, y yo agradecí que el daceo me estuviera cubriendo el rostro, porque fue un gesto tan hermoso que me hizo sonrojar.

«Libre —me respondió—. Me gustaría ser libre».

Los latidos de mi corazón se aceleraron porque sus palabras me devolvieron a la infancia, a la época en la que aún deseaba abandonar el templo en el que estaba recluida. Las obligaciones me habían hecho

olvidarlo, pero hubo una época en la que había soñado con recorrer el mundo. La cordillera de Alvar, el bosque de Valoa, las maravillas prohibidas de Ilta... Durante muchos ciclos, los férreos rituales de las lúiares me habían parecido insuficientes porque me limitaban, pero con el tiempo había aprendido a amarlos. O, al menos, eso creía. ¿Cómo no iba a hacerlo si todos los que me rodeaban me repetían constantemente que sería la próxima suma sacerdotisa? ¿Cómo iba a decepcionar a la superiora, a los reyes de Rieva, e incluso a la mismísima Ikaroa?

«¿Así que estás en contra de la guerra?», quise saber.

Los ojos de Aiden emitieron un destello, como si en ellos se hubieran escondido todas las estrellas de Idriel, y yo me estremecí. Hacer esa pregunta era un sacrilegio, un desafío a todo lo que nos habían enseñado. Habíamos sido creados para enfrentarnos, para matarnos el uno al otro, no para hablar de paz. Quizá por eso el hecho de que Aiden amara la libertad me generaba una incómoda e inconveniente curiosidad.

«Haces muchas preguntas cuando ni siquiera te has dignado a decirme tu nombre», me reprochó.

En eso, muy a mi pesar, tenía razón. Le estaba interrogando, ansiosa por comprobar si de verdad podía fiarme de él, cuando ni siquiera le había dicho cómo me llamaba. Me lo había preguntado hacía tres días, y nunca había llegado a responderle. Si quería que siguiera hablando, tenía que darle algo a cambio.

«Évolet —le dije—. Me llamo Évolet».

Desde entonces, no he dejado de verle.

A veces he bajado al amanecer, otras en plena noche, pero nunca he faltado a una cita. Aunque Aiden sabe pescar, suelo robar comida

de las cocinas para llevársela, y también agua o vino dulce. Él siempre me lo agradece con una sonrisa. Los momentos que compartimos son breves porque no puedo arriesgarme a que me descubran, pero ambos los disfrutamos al máximo. Solemos pasar el tiempo hablando, y ahora incluso me siento junto a él a la orilla del mar. No he vuelto a quitarme el daceo en su presencia, pero él tampoco me ha pedido que lo haga. Sé que quiere volver a ver mi rostro, y a mí me gustaría mirarle sin la tela de por medio, pero no me atrevo a hacerlo. Bastantes leyes estoy incumpliendo ya como para volver a romper la más sagrada.

«Ven conmigo», me dijo hace dos días, de madrugada, cuando el sol aún no había vencido a la luna.

Sin decir una palabra más me llevó hasta el mar, donde había construido un pequeño bote de madera con los restos de los barcos que se habían quedado en la playa. Era algo tosco y rudimentario, pero lo bastante consistente como para poder navegar. Quizá no pudiera llegar muy lejos, pero resistiría el embiste suave de las olas de la costa.

Antes de que pudiera preguntarle si pensaba utilizarlo para escapar, Aiden me indicó que subiera. Lo hice, sin preguntar, y él me siguió. Cuando comenzó a remar, mi corazón se puso nervioso. De pronto, al ver cómo la playa quedaba atrás, recordé el sabor de la libertad. La Évolet que aún no había sido enterrada bajo las responsabilidades y las expectativas salió de su escondite, reclamando su lugar. ¿Cuántas veces había soñado, de niña, con montarme en un barco y viajar por el mundo? ¿Cuántas con despertarme cada día en un lugar distinto?

«Háblame de Ilta —le pedí a Aiden mientras observaba el brillo dorado que el amanecer dejaba sobre el mar—. Háblame del lugar en

el que naciste».

Él dejó de remar y, deteniendo el bote, me miró. Desde donde estábamos aún se veía la playa, y también el templo coronando los acantilados, pero ambos parecían un sueño lejano, una mera ilusión.

«Ilta es... es indescriptible, Évolet. Mi tierra es la del sol, así que el día teje con hilos dorados los campos y acaricia las paredes encaladas de las casas de los pueblos. Hace calor, sí, pero no porque el sol nos castigue, sino porque nos bendice. Los mares son de zafiro, y las playas tienen dunas que brillan como hechas de pequeños cristales. Si cierro los ojos escucho el sonido de la música, y me llega el aroma de los olivares, y de las flores que decoran las calles de Almira, y también de los naranjos y los limoneros. La gente... la gente del sur te encantaría. Los sureños siempre sonríen, porque tienen el sol dentro del pecho, e incluso cuando hablan, parecen estar cantando. Ojalá algún día puedas venir allí conmigo».

Desde ese día, hemos salido a navegar en tres ocasiones más. Siempre quiero ir más lejos, ver hasta dónde nos puede llevar aquel bote de madera hecho con los restos de una guerra, pero Aiden siempre se detiene en el mismo punto, donde el mar aún no está embravecido.

«Mis cuatro hermanos mayores también son soldados —me contó, una noche, mientras flotábamos bajo las estrellas—. Estábamos destinados a ello. Mi padre es el oficial del Alba, ¿sabes? Desde pequeños nos instruyeron para... para matar».

«¿Qué es un oficial del Alba?».

«El capitán de mayor confianza del rey. Es uno de los cargos más importantes de Ilta».

«Vaya, ¡así que vienes de una familia importante!».

«¿Y qué hay de la tuya? Aún no me has contado nada sobre tu vida antes de ser sacerdotisa».

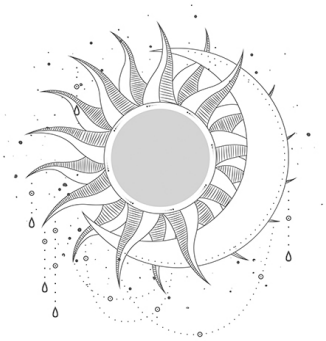
«Es demasiado pronto para hablarte de mi familia», le respondí.

No sé qué me está pasando, pero cada noche me acuesto pensando en él, en las ganas que tengo de seguir descubriendo cómo es su mundo. Ni siquiera puedo concentrarme en las ofrendas y rituales, porque me paso todo el tiempo soñando despierta, deseando que llegue nuestro próximo encuentro. Sé que estoy jugando con fuego, pero no pienso traspasar ninguna otra línea.

Me estoy haciendo amiga de un siervo de Hashkin, de un enemigo, y aunque sé que eso está mal..., no es más que una amistad. Él no tiene a nadie aquí, y a mí me gusta escuchar sus historias sobre el sur. Soy perfectamente capaz de ignorar todo lo que me provoca su cercanía, y su voz, y sus ojos. Soy perfectamente capaz de mantener las distancias con él.

Por mi propia seguridad, más me vale serlo.

Évolet



17

Tras la fiesta de la conquista, un enviado de Hiel me informó de que mi boda con Silas se celebraría en veintiún días, iniciando así una cuenta atrás en la que los días se hacían muy largos, pero a la vez pasaban demasiado rápido.

Por las mañanas, Malva me ayudaba a vestirme, a peinarme y a colocarme las joyas. Después me traía el desayuno, que comía en la soledad de mi habitación. En aquellos días había visto todo tipo de manjares: pan de centeno, mermelada de castañas, miel de flores, queso de cabra, chacinas curadas en humo, pastel de higos y hasta sardinas saladas; todo salido de las ricas despensas del palacio, abastecidas durante meses para resistir la crudeza del invierno. Sin embargo, la preocupación por Rosten, por cómo estarían mis tías, me quitaba las ganas de comer.

Aunque Gigi me había confirmado con un enérgico asentimiento que tanto mi amigo como las Sombras estaban vivos y encerrados en las mazmorras, no tenía forma de llegar hasta ellos. Siempre había dos guardias en la puerta de mi habitación, y si decidía salir, se convertían en mi sombra. Malva me había dicho que se llamaban Osmar y Taviro, y también que eran hermanos, pero su animadversión hacia mí complicaba cualquier tipo de acercamiento.

Por si eso fuera poco, no me sacaba a Silas de la cabeza. Desde la noche de la fiesta no había vuelto a ver al rey, pero pensaba más

de lo que me habría gustado en sus ojos, en su rostro, en su voz. ¿Cómo era posible que pudiera ver sus colores? Le odiaba, le odiaba con todas mis fuerzas, pero reconocía que era un espectáculo hermoso, uno que me sentía incapaz de olvidar. Intentaba recordarme a mí misma quién era, lo que había hecho, pero había una parte de mí que se moría por volver a verlo. ¿Por qué no podía ser un monstruo aterrador? ¿Por qué tenía que ser un hombre atractivo, un estallido de color en mi mundo de grises?

Por las tardes, había cogido por costumbre salir a pasear. Los primeros días intenté acercarme a los sótanos, donde sabía que estaban las mazmorras, pero Osmar y Taviro me lo impidieron. Había intentado la vía del soborno, asegurándoles que podía prepararles un brebaje que aumentaría su potencia sexual si me dejaban ver a Rosten, pero no había surtido efecto.

«Vuelve a tu habitación, bruja del norte —me había dicho Osmar—. No queremos tus asquerosos brebajes».

Podía deambular por los pasillos, ir a las cocinas y a los jardines, pero el lugar en el que sabía que tenían encerrado a mi mejor amigo lo tenía completamente vetado. Eso me frustraba y enfadaba a partes iguales, haciendo que quisiera gritar y romper cosas. Lo único que hacía, sin embargo, era asentir y morderme la lengua.

En uno de mis aburridos paseos, mientras exploraba la segunda planta del palacio, encontré unas enormes puertas de madera situadas junto a un tapiz que representaba cómo Tanon, el dios de las montañas, había levantado la cordillera de Alvar para separar Rieva de Ilta, convirtiéndonos en dos reinos independientes. Osmar y Taviro no me lo impidieron, así que las abrí y entré.

Así encontré el paraíso.

La biblioteca de Jata no tenía nada que ver con la del templo de Valoa. Se trataba de un lugar inmenso, una estancia llena de luz en la que las estanterías cubrían las paredes por completo, llegando tan alto que, para alcanzar los ejemplares de la parte de arriba, necesitabas una escalera.

Con los ojos muy abiertos, fascinada y estupefacta, recorrí aquel lugar gigantesco hecho de mármol negro y madera, deteniéndome de vez en cuando a leer los títulos de los libros que descansaban en las estanterías. Los había de todos los tamaños y colores, antiguos y nuevos, de religión y de medicina. ¿Cuánta información encontraría allí sobre las criaturas mágicas de Rieva? Estaba segura de que mucha, muchísima; tanta como para completar mi bestiario. ¿Y sobre Évolet y Aiden? Si quedaba algo sin destruir de aquella época, desde luego debía de estar allí.

Estaba tan absorta en mis propios pensamientos, tan deslumbrada por la magia que escondía aquel laberinto, que no me di cuenta de que no estaba sola. Al girar en uno de los pasillos, un chico que caminaba a toda velocidad se chocó contra mí, y todos los papeles que llevaba en las manos salieron volando.

—¡Disculpa! —exclamé, agachándome a ayudarle—. No sabía que había alguien dentro.

Cogí una de las hojas y, al leerla sin querer, mi corazón se detuvo. Había visto antes esa letra redondeada y pulcra, esos trazos en tinta negra que formaban palabras en la lengua celeste. Eran hojas del diario de Évolet.

Con el estómago encogido, alcé la vista para mirar al chico que se encontraba frente a mí. Debía de tener una edad aproximada a la mía, quizá un par de inviernos mayor, y tenía la mitad derecha de su rostro desfigurada. No parecía el resultado de un accidente, sino una carga que le habían otorgado los dioses el mismo día de su nacimiento. Un ojo era visiblemente más pequeño que el otro, mientras que la nariz y la boca estaban desalineadas, separadas por una línea invisible que se perdía en su cabello. Había en él algo inquietante y, a la vez, dolorosamente humano. No era su fealdad lo que imponía, sino ese brillo en la mirada que mostraba sin necesidad de palabras que había aprendido a vivir siendo observado, juzgado e incluso temido; marginado por su mera apariencia.

Aparté la vista de su rostro, algo avergonzada, y me fijé en su ropa. Llevaba una túnica negra, y un largo collar con el sol de Hash-

kin decorando su cuello, lo que me indicó que se trataba de un solarca, sacerdote de Hashkin. ¿Por qué tenía el diario de Évolet? ¿Se lo había entregado Silas?

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó, arrancándome la hoja de un tirón.

—La puerta estaba abierta —le respondí, algo nerviosa—. Solo… solo estaba echando un vistazo.

—Bueno. Me aseguraré de que no vuelva a ocurrir.

Al día siguiente encontré la biblioteca cerrada con llave, y la frustración de haber encontrado el diario de Évolet, pero no poder acceder a él subió por mi pecho como una marea embravecida.

La única persona con la que hablaba aquellos días era Malva, y no me daba demasiada información útil ni sobre Rosten, ni sobre Silas ni sobre el solarca de la biblioteca, así que empecé a acercarme a los demás sirvientes. Los sureños que habían llegado junto al rey no parecían especialmente abiertos a conversar conmigo; los norteños, en cambio, estaban ansiosos por hacerlo. Todos querían ver con sus propios ojos a la princesa Estela, la legítima heredera al trono que, según las leyendas, estaba destinada a salvarlos. Además, al igual que yo, eran prisioneros en el palacio. Silas los necesitaba porque el séquito que le había acompañado hasta allí no era lo bastante grande, pero ¿qué ocurriría cuando el resto de la corte de Almira llegara a Jata? ¿Acaso mantendría con vida a unos sirvientes enemigos cuando podía tener a los suyos propios?

Quizá por eso, porque compartíamos miedo y cadenas, hablar con los sirvientes de Jata era como hablar con mi propia familia, con unos viejos amigos a los que hacía muchos ciclos de oscuridad que no visitaba. Mis favoritos eran Arxelio, el apasionado mozo de cuadras que se enamoraba de cualquier chica que se dignara a hablar con él; Iria, una doncella de risa fácil; y Noela, una cocinera anciana que entró a trabajar al palacio durante el reinado de mis padres.

—Su madre era una buena mujer —me contó en una de nuestras primeras conversaciones, con la cadencia cantarina que

caracterizaba a quienes teníamos acento norteño—. Siempre era amable con los sirvientes, ¿sabe? Y sus hermanas también. Las pequeñas Deva y Sarela… no merecían morir así. Ojalá Taika les abriera las puertas del Otro Lado.

—¿Quién me salvó? —le pregunté, con una mezcla de desesperación y esperanza—. ¿Quién me sacó del palacio, Noela? ¿Tú lo sabes?

—Por desgracia no, querida. Yo estaba en las cocinas cuando me dijeron que habían envenenado a la familia real, y nunca llegué a ver los cuerpos. Minnana interrogó a los sirvientes, pero nadie parecía saber nada. Si alguno de ellos la salvó, ha guardado el secreto con recelo.

Poco a poco empecé a pasar más tiempo en las cocinas que en mi propia habitación. Los solitarios y lujosos desayunos que Malva me traía en bandejas de plata fueron sustituidos por otros más humildes, pero más cálidos y acogedores; el silencio por risas, conversaciones y partidas de ajedrez al anochecer. Arxelio era un jugador excelente, y como a mí nunca se me había dado bien, me ganaba en todas las partidas.

—¡Por los dioses, señorita Navia! —me dijo una noche tras cuatro victorias y tres vasos de vino—. Nunca había conocido a nadie que jugara tan mal como usted.

A pesar de que sabía que los dos soldados que me acompañaban se lo contarían todo a Hiel, y probablemente también a Silas, pasaba todo mi tiempo con los sirvientes. Enseguida me convirtieron en su curandera oficial, y yo asumí el cargo con orgullo. Echaba de menos el olor de las hierbas medicinales, la placentera sensación de moler flores en el mortero, y durante unos días me sentí de nuevo en casa, como si nunca hubiera salido del hospital y siguiera allí, escondida en el bosque, curando a los enfermos.

—¿Conoces algún remedio para las náuseas mañaneras? —me preguntó una doncella.

—¿Y para el dolor de espalda?

—¿Es normal ver estrellas rojas cuando cierro los ojos?

Además de curar tobillos torcidos, resfriados, dolores e insomnios, acceder a la botica del palacio me permitió preparar un par de botes del brebaje de menta y tomillo que necesitaba para paliar el frío de mi pecho, lo que me ayudó a fortalecerme.

—¿Sabéis algo nuevo de Rosten? —les preguntaba a los sirvientes cada tarde, mientras comíamos castañas asadas en las cocinas—. ¿Y sobre los demás? ¿Están bien?

Y ellos me respondían que sí, que una doncella había escuchado a los soldados hablando sobre ellos, o que las mozas de la cocina contaban las bandejas de comida que preparaban para los prisioneros de las mazmorras y que el número nunca disminuía. Gigi también bajaba a verlos, por lo que sabía que no los estaban torturando. Sin embargo, eso no me tranquilizaba. Tenía que sacarlos de allí, asegurarme de que estaban a salvo, lejos de las garras de Silas y Hiel. Pero ¿cómo podía conseguirlo?

—Sé preparar un brebaje de ajenjo y ruda que provoca un dolor de estómago insoportable —le dije a Gigi en una de mis noches de insomnio—. Si me aseguro de que Osmar y Taviro se lo toman, podría deshacerme de ellos.

—*¿Gigi?*

—Ya, tienes razón —le respondí, hablando más para mí misma que con él—. Aunque consiguiera bajar a las mazmorras, ¿cómo iba a sacar a Rosten de allí? Tendría que deshacerme también de los guardias que lo custodian, además de conseguir la llave de su celda.

—*¡Gigi!*

—Sí, quizá entre los dos podamos conseguirlo.

Los días fueron pasando y, cuando solo quedaban siete para la boda, cuando ya había organizado un plan de rescate en mi cabeza, ocurrió algo inesperado. De madrugada, en mitad de una tormenta, Osmar y Taviro irrumpieron en mi habitación y me ordenaron que los acompañara. No tardé en vestirme y obedecer.

Sin decir una palabra, los dos soldados me guiaron a través del palacio. Yo los seguí en silencio, con los nervios clavándose en mi

estómago y las dudas en mi cabeza. ¿Me estaría reclamando Silas? ¿O quizá Hiel? ¿Y si querían castigarme?

Salimos al patio de armas y el frío me arañó la piel. La lluvia caía con fuerza y rompía con su rabia la superficie de los charcos que cubrían el suelo. Sin embargo, no fue la ferocidad de la tormenta lo que me hizo quedarme paralizada, congelada como una estatua, sino lo que había en el centro del patio.

Frente a mí se encontraban Noela, Iria y Arxelio. Estaban de rodillas, con la cabeza agachada, empapados y temblando. Iria lloraba desconsolada, y sus lamentos se mezclaban con el sonido lejano de los truenos. Tras ellos había tres soldados con las espadas desenvainadas, el acero brillando bajo la luz de las antorchas.

Di un paso hacia ellos, con el corazón desbocado, pero Taviro me agarró de la muñeca y me impidió seguir avanzando.

—¿Qué está pasando? —pregunté, intentando zafarme de su agarre—. ¡¿Qué les estáis haciendo?!

—Por orden del rey Silas —dijo el soldado que estaba tras Noela—, estos tres sirvientes serán castigados con la muerte. Que su sangre se convierta en una advertencia para no desafiar a Hashkin, dios del día, y de la vida, y del verano.

—¡No! —exclamé—. ¡Por favor!

Pero los soldados alzaron sus espadas e, ignorándome, decapitaron a los tres sirvientes. Los charcos del suelo se tiñeron de sangre, y Taviro me soltó.

Corrí hasta los sirvientes y caí de rodillas frente a ellos, incapaz de respirar. Estaban muertos, tan muertos como Liara.

—No —musité, con las lágrimas atascadas en la garganta—. No, no, no.

Observé los tres cuerpos y, mientras la lluvia limpiaba la sangre del suelo y me empapaba la ropa, me fijé en la fina tela de araña que cubría sus cuellos mutilados. Sabía lo que era, lo sabía porque lo había visto antes y su recuerdo aún me torturaba por las noches.

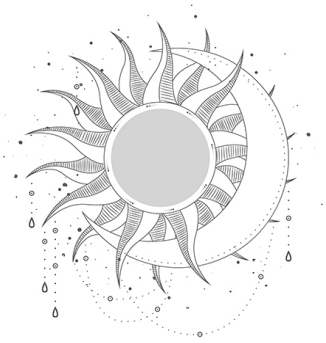
Morvía. Los soldados habían impregnado sus espadas con morvía.

«No vuelvas a hablar con los muertos, ¿vale? No les digas nada. Es lo único que necesitan para levantarse».

Grité, intentando sacarme el dolor del pecho, y mis lamentos golpearon con ferocidad los muros del palacio. Silas no quería que me despidiera de ellos, o quizá era eso lo que buscaba, obligándome a ver cómo mis amigos se levantaban de sus tumbas convertidos en monstruos.

Aquel acto no era una advertencia, sino una demostración de su depravación y locura.

Y si pensaba que no podía odiarle más, me equivocaba.



18

La tormenta fue amainando lentamente y, a los tres días, se transformó en nieve. Los copos caían con elegancia al otro lado del cristal, y no tardaron en cubrirlo todo de blanco. Las ventanas del palacio, los jardines, la capital. Eso hizo que el frío de mi pecho se hiciera más intenso, que el hielo de la maldición se me clavara aún más hondo.

Le di un sorbo al brebaje que había preparado en las cocinas y, sin dejar de mirar la oscuridad de la noche a través del cristal, me limpié las lágrimas. Tras el asesinato de los sirvientes, había dejado de salir de mi habitación. La tristeza y la rabia eran tan intensas que hasta me dolían; el miedo, también. No podía dejar de llorar por Iria, por Noela, por Arxelio; por la facilidad con la que Silas los había asesinado. ¿Y si Rosten era el siguiente?

Sin poder evitarlo pensé en mis tías, en lo mucho que las echaba de menos. ¿Estarían bien, sanas y salvas en las profundidades de Valoa? Odiaba la nostalgia que me abrazaba desde que había abandonado mi hogar, la soledad que sentía desde que habían matado a Liara. El único compañero que tenía, cuya presencia me ayudaba a no caer en las garras de la locura, era Gigi.

Observé al trasno, dormido sobre uno de los cojines de la cama, y le acaricié la cabeza con cariño. Él emitió un suave gruñido, pero no se despertó. Gracias a él sabía que Rosten aún estaba vivo, y

agradecí a los dioses que hubieran cruzado nuestros caminos. Si hubiera estado sola, sin esa pequeña y alocada criatura a mi lado, no habría podido soportar aquel encierro.

Mientras le acariciaba, recordé la nana que me cantaba mi padre. Su voz aparecía a veces como un destello, un recuerdo que se atrevía a salir fugazmente del lugar profundo en el que permanecía escondida. Solo recordaba una estrofa, pero su ritmo era como un abrazo, como si el amor se transformara en canción.

> «Y, cuando despiertes, ahí estaré yo,
> queriéndote siempre, como la luna quiso al sol».

Comencé a tararear el ritmo, repentinamente reconfortada, pero un grito en el pasillo me hizo sobresaltarme. Después llegaron las voces, las rápidas pisadas.

Me levanté de la cama de un salto y, extrañada, atravesé la habitación. Gigi permaneció dormido, ajeno al repentino alboroto. No lo desperté.

Abrí la puerta para preguntarles a Osmar y a Taviro qué estaba ocurriendo, pero ninguno de los dos se encontraba en su puesto de vigilancia. ¿Dónde se habían metido? De repente no se escuchaba nada, ni pasos ni voces lejanas, y casi llegué a pensar que me lo había imaginado todo. Pero, en ese caso, ¿por qué los soldados no estaban allí?

Me di la vuelta para comprobar que Gigi seguía dormido y, sin pensarlo, salí de la habitación. La luz de las antorchas iluminaba los pasillos, haciendo que pareciera que las figuras de los tapices de las paredes bailaban bajo la luz. El corazón me golpeaba el pecho con fuerza y el estómago se me iba encogiendo con cada paso. Sin embargo, no podía quedarme quieta. Ikaroa me estaba poniendo en bandeja una oportunidad para bajar a las mazmorras, y yo pensaba aprovecharla.

«Gracias, Madre», pensé, llevándome los dedos índice y corazón a los labios.

En silencio, dejé atrás pasillos, estancias y puertas cerradas. Estaba muy tensa, vigilando en todo momento que no hubiera nadie tras de mí, pero aun así no me detuve. Mientras cruzaba el inmenso salón del trono, escuché unos pasos. El ruido rebotó contra las altas paredes de mármol negro y, antes de que me descubrieran, giré sobre mí misma y me escondí tras una de las altas columnas.

—¡Joder, tampoco está aquí! —exclamó una voz femenina.

Contuve el aliento y me quedé quieta como una estatua, oculta entre las sombras.

—¿Se habrá vuelto a escapar al pueblo? —le respondió otra, esta vez la de un hombre.

Sin salir de mi escondite, observé cómo tres soldados cruzaban el salón del trono a toda velocidad. La que iba en cabeza era Áurea Fierro. ¿A quién estaban buscando?

Esperé hasta que el salón volvió a estar en calma y, cuando no escuché nada más que mi respiración, continué avanzando. Enseguida estaba bajando las escaleras que había junto a las cocinas en dirección a los sótanos del palacio. Tenía la boca seca y lamentaba no llevar nada para defenderme, pero eso no me impidió seguir adelante.

El pasillo que llevaba hasta las mazmorras estaba desierto. Recordaba vagamente cómo llegar hasta ellas, y no podía perder el tiempo. En ese momento los soldados estaban ocupados, pero, cuando encontraran a quienquiera que estuvieran buscando, volverían a sus puestos. Tenía que darme prisa.

Corrí por aquel laberinto subterráneo débilmente iluminado, con la respiración entrecortada, y cuando llegué hasta las celdas, me detuve. Todas eran exactamente iguales —pequeñas, con barrotes de hierro— y no habría podido identificar en cuál me habían encerrado a mí.

—¡Rosten! —susurré, girándome para comprobar que no aparecía ningún soldado—. ¡Rosten!

Cogí una de las antorchas de las paredes y continué avanzando, llamando a mi amigo. Gigi me había dicho que estaba vivo, pero ¿y

si me había mentido para que no me preocupara? ¿Y si, en realidad, Silas lo había matado?

—¡Rosten! —repetí, esta vez con la voz rota por el miedo.

En casi todas las celdas había algún prisionero, ya que los sureños detenían a cualquiera que consideraran una amenaza, a veces ni siquiera eso. Había campesinos, vendedores ambulantes, las lúares que hasta la llegada de Silas habían servido en el Gran Templo. Muchos me dedicaron miradas suplicantes; otros, al ver que no era uno de los soldados de Silas, gritaron desesperados para pedirme ayuda.

—¡Sácanos de aquí, por favor!

—¡No quiero morir!

Ver a tantos inocentes encerrados me rompía el corazón, y me frustraba no poder hacer nada por ellos. No tenía forma de liberarlos, así que tuve que limitarme a iluminarlos brevemente con las antorchas, buscando entre ellos a mi mejor amigo. Cada rostro en el que no le encontraba me ponía más nerviosa, y el nudo de tristeza que se me había formado en la garganta me apretaba con más fuerza.

—¿Rosten? —insistí—. ¿Estás ahí?

—¿Navia?

Al escuchar la respuesta, me quedé paralizada. ¿Era él? ¿Era él de verdad?

—¡Navia, estoy aquí! —exclamó.

Corrí hasta la celda de la que provenía la voz y pegué el rostro a los barrotes. La luz de la antorcha iluminó a Rosten, que estaba encadenado a la pared, tal y como había estado yo cuando me retuvieron. Se había quitado la prótesis de la pierna y aún tenía la nariz rota, pero no parecía tener heridas nuevas. A pesar de que estaba sucio, pálido y cansado, estaba vivo y a salvo.

Me arrodillé para verle mejor y el alivio hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

—¡Ardillita! —me dijo. Intentó acercarse, pero las cadenas que le retenían le impidieron moverse—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho algo?

—Estoy bien —le respondí—. ¿Cómo estás tú?

—He estado peor —me respondió él, encogiéndose de hombros—. ¿Recuerdas aquella vez que quise levantar una roca gigante para impresionar a la hija del panadero, pero se me cayó encima y me rompí el dedo gordo del pie? Al final conseguí acostarme con ella, pero no pude entrenar en una lunación entera. ¡Una lunación! Esto no es nada comparado con eso.

A pesar del dolor que me provocaba verle así, no pude evitar sonreír. No iba a cambiar nunca.

—¿Cómo tienes la pierna? ¿Te duele?

—Lo único que me duele es lo muchísimo que me aburro —respondió—. Con lo bien que podría habérmelo pasado aquí…

—¿Yendo a ver a tu novia? —le pregunté, ensanchando mi sonrisa.

Pero Rosten me ignoró.

—¿Has podido acercarte a Silas? —quiso saber—. ¿Te ha hecho daño?

—No, por ahora no me ha hecho daño. —No quería hablarle ni sobre Silas ni sobre lo que había vivido en el palacio para que no se preocupara, así que no le di más detalles—. Estoy… haciendo avances con respecto al diario.

—¿Ya sabes dónde está?

—Sí, solo tengo que averiguar cómo hacerme con él.

—¡Bien hecho!

De pronto me sentí terriblemente mal por no haber avanzado más en mi plan. Sabía dónde estaba el diario, sí, pero estaba muy lejos de poder robárselo a Silas. No quería que Rosten lo supiera, así que me apresuré a cambiar de tema.

—Gigi me ha confirmado que las Sombras están aquí —le dije—, y también que están vivos. ¿Sabes algo de ellos?

—Sí, a veces escucho gruñir a Iago, y también a Lume insultando a los guardias. Sus celdas no deben de estar muy lejos de la mía.

Aunque quise buscarlos, comprobar con mis propios ojos que estaban bien, no tenía demasiado tiempo.

—Rosten —dije—. Voy a intentar sacaros de aquí, tanto a ti como a las Sombras, pero necesito algo más de tiempo para organizarlo todo. Prepararé un brebaje para dormir a los guardias e intentaré abrir las celdas con mi poder. Tendríamos que esperar a la luna llena, pero solo quedan unos días y…

—Navia, ¿recuerdas cuando te dije que tu plan de colarte en el palacio era una locura? Bueno, pues era porque no quería que acabáramos así. ¡¿Puedes dejar de poner tu vida en peligro?!

—De verdad, Rosten, confía en mí.

—No, no voy a confiar en ti. Siempre que lo hago, acabamos metidos en algún lío.

—Pero…

—¡Por los dioses, Navia, hazme caso y no hagas nada! ¿O quieres que nos maten a todos?

Aunque abrí la boca para replicar, el recuerdo de los tres sirvientes decapitados hizo que guardara silencio. Si Silas había sido capaz de matarlos así, sin ningún tipo de remordimiento, ¿qué le haría a Rosten? ¿Y a las Sombras? ¿Qué me haría a mí cuando ya no le fuera útil?

—No te preocupes por mí —insistió—. Piensa que podría ser peor, ¿no crees? Podría estar durmiendo sobre el barro o, yo qué sé, teniendo que aguantar uno de los sermones de tu tía Or sobre lo desagradecidos que son los fantasmas. Aquí no se está tan mal.

Sonreí con tristeza y quise romper aquellos barrotes para abrazarle, para sentir que todo estaba bien, que habíamos vuelto a casa.

—Márchate, Navia. Encuentra ese diario, y no dejes que te maten.

Apreté los labios y, aunque mi mente seguía trabajando a toda velocidad para elaborar un plan para liberarlo, terminé dándome por vencida. Con los ojos llenos de lágrimas, asentí. Por mucho que me costara reconocerlo, mi amigo tenía razón.

—Encontraré el diario —le aseguré—. Te lo prometo.

Un golpe en el pasillo me hizo incorporarme de un salto. Tanto Rosten como yo nos tensamos, y supe que había llegado el momento de volver a mi habitación.

—Ten mucho cuidado, ardillita.

Salí corriendo y, tras colgar la antorcha en su sitio, abandoné el pasillo de las mazmorras. Mientras atravesaba los sótanos, notaba los latidos de mi corazón golpeándome el pecho con fuerza, la tristeza ardiendo en mis ojos.

Estaba a punto de llegar hasta las escaleras cuando me fijé en que, en el pasillo que quedaba a mi izquierda, había una puerta abierta. Debería haberme marchado, haberme escondido cuanto antes en la seguridad de mi habitación, pero los sonidos que provenían de su interior me hicieron detenerme y acercarme a ella. No eran sonidos humanos, sino que parecían… animales.

«Prométeme que no vas a hacer ninguna tontería, por favor», dijo la voz de Liara en mi cabeza.

La ignoré y, al llegar a la puerta, observé el interior.

La sala que había frente a mí era amplia, con el techo abovedado, y estaba iluminada por la luz de dos antorchas. Había dos largas mesas de madera en las que se mezclaban multitud de botes de cristal, morteros y alambiques con herramientas como cuchillos y tijeras. También había estanterías, todas ellas con brebajes y elixires de diferentes tamaños y colores que me recordaron a los que preparaba junto a mis tías en el bosque. Casi habría parecido la cámara de un alquimista, o incluso de un boticario, si no fuera porque había frascos que contenían partes de lo que, en algún momento, habían sido seres vivos. Ojos que me observaban, corazones suspendidos en líquidos lechosos, garras afiladas; en aquel lugar se respiraba el dolor de las criaturas mágicas cazadas, la sal de las lágrimas de una libertad robada.

Lo peor de todo, sin embargo, eran las jaulas.

Había muchas, muchísimas, demasiadas. A simple vista pude contar más de treinta. Aunque muchas de ellas estaban abiertas,

vacías, la mayoría estaban cerradas. Y tenían criaturas vivas en su interior.

Sin pensarlo, entré en la sala y corrí hasta ellas. A pesar de que el dolor me nublaba la vista, pude ver un par de trasnos, cuatro diaños, un lobishome y hasta una joven moura. Todas parecían medio dormidas, como si las hubieran atontado con hierbas, y algunas incluso estaban heridas. El lobishome tenía heridas en la piel del hocico, y la moura, que no era más alta que una niña, un corte profundo en el brazo. Eran los trasnos, que no dejaban de golpearse contra los barrotes, los que provocaban los sonidos que había escuchado desde el exterior.

«Gigigi, gigigi».

Una rabia intensa se me clavó en las entrañas y se mezcló con el asco, con la pena y el odio. De repente sentí que me faltaba el aire, que el sufrimiento de aquellos seres inocentes se me atascaba en la garganta. ¿Cómo podían los sureños estar haciendo algo así?

Con el estómago revuelto, intenté abrir las jaulas, pero lo único que conseguí fue asustar a las criaturas que había en su interior. Estaban confundidas, luchando contra un dolor que solo ellas podían comprender. Hiel y los brujos de la corte estaban experimentando con ellas, drenándoles la sangre para elaborar venenos terroríficos como el hanax y la morvía.

—Lo siento —susurré, sujetando los barrotes de la jaula de uno de los diaños. El duendecillo con patas de cabra alzó la cabeza para mirarme, pero estaba tan débil que ni siquiera fue capaz de enfocarme—. Lo siento muchísimo.

El sonido de unos pasos me hizo darme la vuelta de golpe. Alguien estaba bajando las escaleras. Me limpié la lágrima furtiva que bajaba por mi mejilla y observé la estancia. No había ningún lugar en el que pudiera esconderme, ningún hueco por el que huir. Quizá, si intentaba meterme debajo de una de las mesas… No, no tenía tiempo.

Antes de que pudiera moverme siquiera, un hombre entró en la sala. Al verme allí, se detuvo en la puerta y me miró fijamente.

Era Silas.

—Ah, mira quién está aquí —dijo, apretando el quicio de la puerta con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos—. La curandera del palacio.

Al contrario que cuando le había visto en la fiesta, el rey no mostraba su mejor aspecto. Aunque seguía siendo atractivo, estaba despeinado, muy pálido, con la ropa rota y manchada de sangre. Sus ojos brillaban naranjas, tan naranjas como los recordaba, pero tenía la mirada perdida, con las pupilas excesivamente grandes y unas profundas ojeras que solo podían ser fruto del insomnio. Además, por si eso fuera poco, su piel estaba cubierta de unas extrañas marcas del color del fuego que hacían que pareciera que las venas le ardían bajo la piel, dándole un aspecto sobrehumano y aterrador. ¿Era ese el rostro del dios del día? ¿Estaba mirando a Hashkin y no a Silas?

Intenté retroceder, con el miedo engarzado en la garganta, pero las jaulas me lo impidieron.

—Me he… perdido —musité—. He salido un momento de mi habitación y…, bueno…, no sabía cómo volver…

Silas recortó la distancia que había entre nosotros y puso sus manos a ambos lados de mi rostro, acorralándome entre las jaulas y su cuerpo.

—¿Estás intentando engañar a un dios? —me preguntó con la voz grave.

Estábamos tan pegados que, si hubiera tenido un cuchillo, habría podido clavárselo en el estómago. Sin embargo, estaba completamente desarmada, vulnerable ante mi enemigo. Podía notar su respiración acelerada, los latidos desbocados de su corazón; él, estaba segura, también podía notar los míos.

—¿Un dios? —me atreví a preguntar—. ¿Eso es lo que eres?

—Depende de cómo te portes.

La oscuridad de su voz hizo que un escalofrío me bajara por la espalda. Las marcas de su piel ardían, del mismo color que sus ojos, como si alguien las hubiera pintado con fuego. Eso, muy a mi pesar,

me fascinaba. ¿Eran esas marcas la razón por la que, las primeras veces que lo había visto, llevaba su rostro oculto? ¿A qué se debía su aparición?

—Estoy teniendo un comportamiento ejemplar y, aun así, me lo has pagado con muerte y dolor —repliqué—. ¿Por qué acabaste con la vida de los sirvientes?

El rey esbozó una sonrisa lobuna y acercó su rostro al mío. Me encogí, aterrada ante la certeza de que él era un cazador y yo una simple presa.

—Porque odio que los demás usen aquello que me pertenece —susurró.

El hecho de que me considerara suya hizo que la rabia estallara en mi estómago, mezclándose con el miedo, con la impotencia. No tenía forma de escapar. Por mucho que me resistiera, era él quien tenía el control.

—Yo no… no te pertenezco.

—Ah, ¿no? Podría hacer que dejes de respirar con solo chasquear los dedos.

—¿Entonces por qué no lo haces? —le pregunté—. ¿Por qué no me has matado aún?

Silas pegó sus labios a mi oreja, haciendo que me estremeciera. Tras unos instantes de silencio, unos instantes en los que sentí su respiración sobre mi pelo, me susurró:

—Porque me he dado cuenta de que casarme contigo destruirá las esperanzas de los norteños, y eso me proporcionará mucha más satisfacción. Voy a asegurarme de que los siervos de Ikaroa paguéis por lo que habéis hecho.

Me quedé paralizada, preguntándome a qué se estaría refiriendo. ¿Quería castigarnos por la maldición de los cinco besos, cuando éramos tan víctimas como ellos?

—Los sureños también sois culpables de lo que ocurrió hace ciento quince ciclos —repliqué—. Aiden y Év…

—¡No te atrevas a pronunciar esos nombres en mi presencia!

El rey golpeó una de las jaulas, y las criaturas encerradas enloquecieron. Los ojos de Silas se volvieron negros por completo; su mirada, demente, profunda, y aterradora. Aunque quería huir de allí lo más rápido posible, no podía moverme. Aquel hermoso rostro ya no era humano, sino la personificación de un dios enfurecido, un dios que se hacía fuerte con el odio y el dolor.

Comencé a temblar, preguntándome si después de todo mis pesadillas tenían razón y estaba destinada a morir en manos de Silas; pero, justo entonces, dos soldados de Ilta entraron corriendo en la estancia y se abalanzaron sobre él.

—¡No! —gritó Silas, intentando zafarse de ellos—. ¡Dejadme en paz!

—¡Tranquilícese, majestad! ¡Solo queremos llevarle junto al consejero real! ¡Él curará sus dolencias!

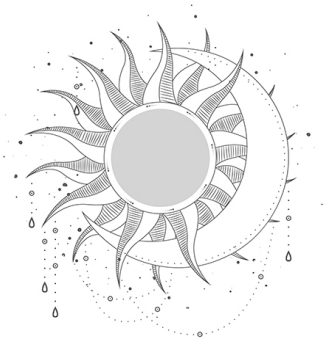
«No se preocupe, majestad, yo calmaré el dolor que siente —le había dicho el brujo en Daris, cuando escuché su conversación a escondidas—. Míreme a los ojos».

Los soldados consiguieron reducir al rey, y yo observé la escena con el miedo aún en los labios. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué los soldados no obedecían al rey, sino a Hiel?

Silas no dejó de gritar, e incluso tiró al suelo los botes de cristal y las herramientas que había sobre una de las mesas, pero los soldados terminaron por sacarle a rastras de la sala, alejándole de los sótanos.

—¡Los mataré! —le escuché gritar en la distancia—. ¡Los mataré a todos!

Hasta que sus lamentos no se convirtieron en una amenaza distante, no salí corriendo de allí.



19

Solo quedaban dos días para la boda y el palacio entero lo sabía. Los sirvientes se movían nerviosos de un lado para otro, ansiosos por cumplir los deseos tanto de Silas como de Hiel. El personal de limpieza se había duplicado, y muchas caras nuevas recorrían los pasillos para ultimar los preparativos de una celebración histórica. Dos modistas norteñas, contratadas para la ocasión, se estaban encargando de confeccionar mi vestido, pero yo solo podía pensar en rescatar a Rosten, en liberar a las criaturas encerradas.

Pensaba tanto en lo que había visto en los sótanos del palacio que había empezado a tener pesadillas nuevas. Rosten siendo decapitado y su cuerpo volviendo a levantarse, las criaturas de la noche gritando mi nombre desde sus jaulas, las Sombras empapadas en sangre repitiéndome una y otra vez que no debería estar viva.

Tampoco había podido sacarme de la cabeza mi encontronazo con Silas. ¿Qué le pasaba exactamente? ¿Las vetas de su piel eran el síntoma de una enfermedad o… había algo más? ¿Qué clase de influencia tenía Hashkin sobre él? El Silas que había visto por la noche era muy distinto al que había visto por el día. Aunque ambos eran peligrosos, el que me había amenazado en los sótanos estaba fuera de sí. Hasta sus propios soldados parecían asustados, desesperados por controlarle.

«Su majestad está en constante sufrimiento, y nadie puede aliviar su dolor», me había dicho Malva el día de mi llegada. Pero ¿qué era lo que se lo estaba provocando?

Estaba dándole vueltas a eso cuando alguien entró en mi habitación.

Acababa de levantarme y aún me estaba lavando la cara en el barreño de agua limpia del baño, así que supuse que se trataría de Malva, que me traía el desayuno. Si volvían a ser las modistas para hablar sobre el estúpido vestido de novia, las echaría a patadas.

—¡Estoy aquí! —le indiqué a la doncella mientras me secaba la cara—. ¡Ya voy!

—*¿Gigi?* —me preguntó el trasno, que se había escondido dentro de la bañera.

—Quédate aquí —le susurré—. Ahora te traigo tu parte del desayuno.

Salí del baño y, cuando vi a la persona que estaba en mi habitación, me quedé paralizada. No era Malva, sino un hombre joven, delgado y larguirucho con un cofre de madera entre las manos. Aunque iba vestido con el uniforme de los sirvientes de Ilta, era norteño. Lo sabía bien porque le conocía: era Xoel, el titiritero de las Sombras.

—¿Xoel? —le pregunté, incapaz de contener la emoción—. ¿Eres tú?

—¡El mismísimo y maravilloso! —respondió—. Aunque ahora me dedico a limpiar chimeneas, o eso creen los dos guardias que hay en tu puerta. ¡Ah! Y mira quiénes han venido conmigo.

El titiritero sonrió y, tras dejar el baúl en el suelo, sacó sus dos marionetas del bolsillo del pantalón. Cuando se las puso en las manos, ambas me dedicaron una reverencia.

—Hola, Sabela —dije—. Y hola, Calisto.

—Te hemos echado de menos —me respondió, cambiando su voz a una más aguda—. Como no volvisteis de la misión estábamos preocupados, así que hemos venido a por vosotros.

—¿Cómo has entrado en el palacio? —quise saber—. ¿Has tenido algún problema?

—Sorprendentemente, no. Al parecer los sureños están faltos de personal y contratan a cualquiera. —Volvió a cambiar la voz y movió la boca de la marioneta en forma de zorro—. Limpiar chimeneas es un trabajo denigrante. —Recuperó su tono normal—. ¡Pero, Calisto! ¡No digas eso!

—¿Y cómo me has encontrado? —le pregunté—. El palacio es enorme.

Negó con la cabeza y, sin quitarse las marionetas de las manos, cogió de nuevo el baúl y se acercó a la chimenea. Después, se agachó y comenzó a sacar sus herramientas.

—Llevamos aquí tres días, y solo hemos tenido que hacer las preguntas adecuadas. —Sacó un cubo, una espátula y un zurrón de piel—. ¡Ah, se me olvidaba! Creo que esto es tuyo. Me registraron al entrar, pero como solo son papeles y dibujos sin valor, no me los requisaron. No, Sabela, ¡claro que no te lo puedes quedar!

Cogí el zurrón que me ofrecía y los ojos se me llenaron de lágrimas. Era mi zurrón, ¡mi zurrón! Con él no solo estaba recuperando mi bestiario, lo único que me unía a mi hogar, sino también las hojas del diario de Évolet.

Aunque me preocupaba que Silas las encontrara, prefería tenerlas allí conmigo. En cuanto consiguiera la parte que me faltaba, lo tendría completo en mi mano. Solo tenía que descubrir cómo traducirlo para traer de vuelta a los dioses.

—Gracias —susurré, apretando el zurrón contra mi pecho.

El titiritero se encogió de hombros y contempló la ceniza acumulada en la chimenea. Después, como si de pronto hubiera olvidado lo que estaba haciendo allí, desvió la mirada para observar la habitación.

—Oye, menuda choza. ¡Se nota que vas a casarte con el rey!

—¿Lo sabes?

—¿Quién no lo sabe a estas alturas? —Levantó la marioneta del conejo y sentí que me amenazaba con ella—. ¡Podrías habernos

contado que eras la princesa Estela! ¡No te lo vamos a perdonar nunca! —Cubrió al conejo con la otra mano y me lanzó una mirada de disculpa—. ¡Sabela! ¡Esas cosas no se dicen!

Miré hacia la puerta, preocupada por si Osmar y Taviro nos estaban escuchando, y, en voz baja, le dije:

—Xoel. Rosten y las Sombras…

—Sí, están en las mazmorras, lo sabemos. Vamos a sacarlos.

—¡¿Qué?! —exclamé—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Ay, Navia. —Sonrió y, metido por completo en su papel, se quitó las marionetas de las manos y comenzó a limpiar la chimenea, echando la ceniza en el cubo—. Sabíamos que esto podía pasar, y teníamos un plan de rescate preparado. ¡No soy el único que está aquí, así que tranquila! Lo único que tienes que hacer es casarte con Silas y, cuando lo tengas cerca, matarlo.

—¿Matarlo? —le pregunté, horrorizada—. No es tan fácil, Xoel.

—Pero eres la princesa Estela, ¿no? ¡Te vimos controlar al Fiz y hablar la lengua de los dioses! Quizá Silas tenga a Hashkin dentro, pero tú tienes a Ikaroa de tu parte. La Madre te salvó cuando eras un bebé para que cumplieras una misión, o al menos eso es lo que dicen las leyendas, así que nadie más que tú puede acabar con la amenaza del sur.

—Bueno, yo…

—¿Para qué te vas a casar con el rey entonces? ¿No era ese tu plan desde el principio?

«Lo único que os diré es que, si consigo arrebatárselo a Silas…, acabaremos con él», les había dicho en los túneles. Aunque me estaba refiriendo al diario de Évolet, entendía que las Sombras hubieran pensado que hablaba de su vida. Sin embargo, ¿cómo iba a decirles que se equivocaban? ¿Cómo iba a explicarles que las leyendas sobre mí exageraban y que no podía matar a Silas? ¿Cómo, si había gente que había muerto por mí?

Justo en ese momento, Osmar y Taviro entraron en la habitación. Observaron al titiritero con el ceño fruncido y yo me puse muy

tensa. Sin embargo, Xoel estaba tan concentrado en la chimenea que ni siquiera se dio cuenta. O eso, o fingía realmente bien.

—Acompáñanos —me ordenó Osmar, tan serio como siempre.

La última vez que me habían sacado así de la habitación había tenido que presenciar cómo asesinaban a tres sirvientes inocentes, así que, recelosa, pregunté:

—¿A dónde?

—No hagas tantas preguntas. Vamos.

Le lancé una última mirada a Xoel, pero él ni siquiera levantó la vista.

Los soldados me guiaron a través del palacio y, con cada paso que dábamos, fui poniéndome más nerviosa. ¿Y si Silas quería castigarme por haberme escapado de la habitación? Si había asesinado a tres sirvientes solo por haberse acercado a mí, ¿qué me haría por haberle visto en su momento más vulnerable?

Caminamos en silencio, recorriendo los pasillos infinitos del palacio. Cuando llegamos hasta una de las torres del ala este, subimos las escaleras. Tenía la boca seca y me temblaban las manos, pero no dejé que los soldados notaran que estaba nerviosa, y mucho menos que tenía miedo.

—Pasa —me ordenó Osmar cuando llegamos a la parte más alta de la torre y nos detuvimos frente a una puerta cerrada.

El corazón me latía con mucha fuerza en el pecho, por los nervios y por el esfuerzo de subir hasta allí, pero aun así no dije nada. Alcé la cabeza con orgullo y entré en la habitación para encarar a Silas, o a Hiel, o a quienquiera que me estuviera esperando.

Sin embargo, la persona que estaba dentro no era ningún sureño.

Era Minnana.

—Hola, princesa —me dijo.

La suma sacerdotisa y reina regente de Rieva se levantó de la cama sobre la que había estado sentada y me hizo una breve reverencia. Al igual que la noche que la había visto en la fiesta, iba vestida con una túnica blanca, pero no llevaba puesto el daceo. ¿Por qué ella, al contrario que el resto de lúares, no se cubría el rostro?

¿Acaso ser la sacerdotisa más importante de Rieva se lo permitía? ¿O era su cargo de reina regente lo que le otorgaba esa libertad?

A pesar de que su piel estaba llena de heridas, estas no empañaban ni un ápice su belleza. Sus facciones eran finas, regias y proporcionadas; su presencia, segura e imponente. Tenía el pelo muy oscuro, y unos rasgos excesivamente juveniles para su edad. Si cuando yo había nacido ya era suma sacerdotisa, en ese momento debía de ser una anciana. Sin embargo, no había arrugas en su piel, ni canas ni manchas; nada que indicara la edad que tenía realmente. ¿Cómo era posible?

Alzó la cabeza y, cuando nuestras miradas se encontraron, algo dentro de mí se removió. Tenía unos ojos hermosos, pero no fue eso lo que me pellizcó las entrañas, sino la certeza de que había visto antes a esa mujer. Era un recuerdo muy leve, un suspiro tan lejano e irreal como un sueño, pero estaba ahí. ¿La recordaba de cuando era un bebé? ¿Me habría sostenido entre sus brazos para ayudarme a dormir?

—Mi… Minnana —musité—. Te han liberado.

—Así es —confirmó ella—. Aunque, por supuesto, el rey no lo sabe.

—Ah, ¿no?

Minnana guardó silencio, sin apartar sus ojos de mi rostro, y después les dijo a los guardias:

—Dejadnos a solas.

—El consejero real ha ordenado que no nos separemos de la princesa —replicó Taviro.

—¿Y qué pensáis que va a hacer aquí? —insistió ella—. ¿Saltar por esa minúscula ventana por la que no cabría ni un gorrión?

—Son las órdenes.

Minnana esbozó una atractiva sonrisa y se acercó lentamente hasta los guardias. A pesar de que eran mucho más grandes que ella, y también de que estaban armados, no se amedrentó ante ellos.

—Voy a explicarle a la princesa sus deberes como esposa, y os aseguro que no es una conversación que queráis escuchar —les dijo—. ¿O acaso queréis aportar algo sobre cómo puede complacer al rey en su noche de bodas? ¿Y sobre cómo averiguar el mejor momento para quedarse embarazada según la regularidad de sus flujos menstruales? Esta muchacha se va a casar pronto y necesita una mujer que la oriente sin que haya hombres molestando. También son órdenes del consejero real.

Tanto Osmar como Taviro la miraron fijamente y, tras unos instantes de tenso silencio, Osmar respondió:

—Estaremos fuera.

Y, para mi sorpresa, abandonaron la estancia sin replicar.

—Así es como tenemos que tratarlos si no queremos que nos dominen —me dijo Minnana.

—¿A los sureños?

—No, querida. A los hombres.

La regente caminó hacia mí, observándome con interés, y yo me hice pequeña ante su mirada. No es que la considerara peligrosa, como a Silas o a Hiel, sino que no me sentía tan regia como ella, tan digna y poderosa. Minnana era una mujer que se había criado en la corte, la última suma sacerdotisa de Ikaroa; yo, una muchacha que nunca había salido del bosque.

—Rieva es un reino femenino, siempre lo ha sido y siempre lo será —continuó mientras caminaba lentamente a mi alrededor—. Ikaroa es una diosa, y eligió a una reina para que gobernara su territorio cuando el traidor le rompió el corazón. Desde entonces, siempre ha habido una mujer en el trono de Jata. ¿Cómo se atreve ese desgraciado a pensar que tiene algún poder aquí?

Observé con disimulo las marcas que tenía en el cuello, las heridas que las cadenas de Silas habían dejado en su piel, y tragué saliva.

—En realidad no lo tiene, claro —continuó—. Utiliza el miedo para controlarnos, pero no tiene un poder real sobre Rieva. Por eso quiere

casarse contigo. Eres un símbolo, y quiere poseerte. Además, si tenéis hijos, también se adueñará de la sangre de la reina Arelia.

Que pronunciara la palabra *hijos* hizo que se me revolviera el estómago. Intentaba no pensar mucho en la noche de bodas porque, si lo hacía, mi determinación para seguir adelante con aquel plan flaqueaba. Que Silas quisiera tener hijos conmigo significaba que no se daría prisa en matarme, pero también que tendríamos que pasar la noche juntos, y eso me aterraba.

—¿Sabes algo de los demás prisioneros? —le pregunté—. Rosten y las Sombras. Tengo entendido que son tus… tus espías.

Minnana se detuvo y me observó con una ceja levantada. Probablemente le sorprendía que conociera esa información.

—Siguen prisioneros, pero confío en ellos. Encontrarán una forma de escapar.

—Sé que hay Sombras infiltradas en el palacio —le dije, pensando en Xoel—. Quieren liberarlos.

—Y lo conseguirán. Los siervos del dios del día siempre nos han subestimado, pero no hay nada tan poderoso como la oscuridad.

Minnana caminó hasta la pequeña ventana de la estancia, una fina rendija desde la que se veía el mar, y lo observó con anhelo y nostalgia. Que la reina regente asegurara que las Sombras podían rescatar a Rosten aligeró la preocupación que me pesaba sobre los hombros. Rezaría a la Madre para que todo saliera bien.

—¿Por qué tú… por qué estás aquí? —quise saber.

—Porque Hiel me ha liberado. El rey piensa que sigo encerrada, así que cada pocos días tengo que volver y dejar que me castigue. Digamos que soy libre, pero solo a medias.

Minnana se giró hacia mí y se subió las mangas del vestido para mostrarme los antebrazos. Los tenía llenos de heridas y quemaduras, como si alguien la hubiera estado torturando.

—Por los dioses —musité—. ¿Necesitas que te ayude a curarlas? Conozco un ungüento que ayuda a cicatrizar más rápido, puedo intentar prepararlo.

—No te preocupes, aguanto bien el dolor.

Se bajó de nuevo las mangas y yo no pude evitar pensar en ella encerrada en una mazmorra oscura, soportando los golpes y torturas de Silas. Estaba segura de que la regente tenía todo el cuerpo magullado, no solo los brazos, y también de que su dolor debía de ser insoportable. Eso me rompió el corazón.

—Siento que estés pasando por algo así —le dije—. Silas te… te odia muchísimo.

—Sí, pero eso me beneficia —replicó ella—. Mientras lo haga, mientras quiera castigarme por el mero hecho de existir, no me matará.

Durante unos instantes, me limité a admirarla en silencio. A pesar de que ya no era la reina regente, Minnana seguía siendo una mujer poderosa, la suma sacerdotisa de Ikaroa, y cualquiera se arrepentiría de tenerla como enemiga. ¿Cómo iban a quererme los norteños como reina, cuando ya la tenían a ella?

—¿Y por qué Hiel te ha liberado? —le pregunté—. ¿Por qué se arriesgaría a contradecir las órdenes de Silas?

—Lo que quiere que te diga es que voy a ayudarte a ser la esposa ideal para su rey, pero lo que en realidad busca es que te saque información y me convierta en su espía.

«Te casarás con Silas, y dejaré que vivas en el palacio, pero me encargaré de vigilarte día y noche. No podrás dar ni un solo paso sin que yo lo sepa, ¿entendido?».

—¿Y vas… vas a hacerlo? —le pregunté—. ¿Vas a espiar para él?

—Si fuera a hacerlo, no te lo contaría.

Giró la cabeza para mirarme y guardó silencio. A pesar de su apariencia había algo antiguo en su mirada, algo profundo e inexplicable que escondía miles de secretos; un alma cansada.

—Estela…

—Navia —la interrumpí—. Prefiero que me llames Navia.

—Navia —rectificó—. Estamos en el mismo bando. Las dos queremos acabar con Silas, expulsar a los sureños y devolverle a Rieva su libertad. ¿Por qué no trabajar juntas?

Los latidos de mi corazón se aceleraron, emocionados, al pensar en tener una aliada. Quizá Minnana fuera tan prisionera como yo, pero contaba con unos conocimientos de la corte de los que yo carecía, una experiencia como reina que era mucho más valiosa que cualquier arma.

—¿Trabajar juntas?

—Tejamos una tela de araña —me respondió—. Lo haremos con cuidado y paciencia, y así conseguiremos que nuestros enemigos caigan en ella.

—¿Cómo? —le pregunté.

La regente volvió a acercarse a mí, recortando la distancia que nos separaba, y esbozó una bella e hipnótica sonrisa.

—Silas solo se rodea de gente que le sirve para algo, así que encuentra lo que necesita y úsalo a tu favor.

Quise hablarle del diario de Évolet, decirle que existía una forma de traer de vuelta a nuestros dioses, pero ocultarle aquella información era lo más seguro para ambas. ¿Y si terminaba contándoselo a Silas cuando bajaba a torturarla? ¿Y si Hiel usaba su poder para arrancarle esa información? No, no podía arriesgarme.

—¿Qué puede querer Silas que no tenga ya? —le pregunté.

—No lo sé, Navia. Tendrás que usar tus armas para descubrirlo.

Los ojos de Minnana recorrieron mi cuerpo con interés, y yo me encogí bajo su escrutinio. Si pretendía que sedujera a Silas, que usara las artes amatorias para acercarme a él, aquel plan estaba destinado al fracaso. Lo que había hecho con Anxo siendo más joven era mi única experiencia sexual, y ni siquiera sabía si eso contaba como tal.

—En cuanto nos casemos, Silas podrá obtener de mí lo que desee —le respondí, aún avergonzada—. No sé si… no sé si dispongo de armas suficientes para seducirle.

—El sexo solo es una vía poderosa para controlar a los hombres, pero no es la única de la que disponemos. Haz lo que haga falta para acercarte a él, gánatelo, y conseguirás que caiga en tu red.

¿Podía hacerlo? ¿Podía acercarme a Silas y conseguir así que bajara la guardia? No sabía cuáles eran esas otras vías de las que hablaba Minnana, pero estaba dispuesta a descubrirlas. Si quería encontrar el diario, si quería conseguir que nuestros dioses volvieran y que destruyeran a los sureños, era la única opción que me quedaba.

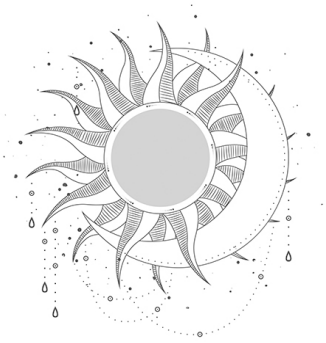
—Está bien —le dije, algo insegura—. Lo intentaré.

Minnana extendió una mano, y yo, tras un breve momento de duda, se la estreché.

—Tú te encargarás de Silas y yo me encargaré de Hiel —me dijo—. Cuando nos veamos para tus… clases de esposa, intercambiaremos información.

—Entendido.

—Navia, no tienen ni idea del poder que pueden alcanzar dos mujeres luchando juntas, pero haremos que lo descubran.



20

Mucho antes de lo que me habría gustado, llegó el día de la boda. Las campanas del Gran Templo comenzaron a repicar al amanecer, y aunque sus tañidos eran alegres, de celebración, yo los sentí como el anuncio de un funeral.

—¿No está emocionada? —me preguntó Malva mientras me peinaba frente al espejo. Me estaba perfumando el pelo con aceite de rosas, y el aroma me tenía algo mareada—. ¡Va a casarse con el rey!

El día había amanecido nublado, y se había ido oscureciendo. El mar y el viento estaban embravecidos, ambos golpeando con fuerza los acantilados de Xentea, y me pregunté qué pensarían los dioses de aquel enlace. Hashkin y su panteón de soles estarían pletóricos, pues la boda era una victoria contra sus enemigos; los dioses del norte, por el contrario, se sentirían derrotados.

«Tranquila, Madre —pensé—. Minnana y yo acabaremos con Silas, y la victoria será nuestra. Dame un poco de tiempo».

—Es un hombre muy atractivo, ¿no cree? —continuó Malva.

Muy a mi pesar, lo era. Silas tenía esa clase de belleza oscura y varonil que atraía todas las miradas, unos rasgos que parecían tallados por los dioses.

—No me he fijado —mentí.

—Muchas nobles de Ilta han intentado desposarlo, pero a él nunca le ha interesado el matrimonio, al menos hasta ahora. Es usted una privilegiada.

Quería gritarle a Malva que no, que no lo era; que por muy guapo que fuera, no quería casarme con su rey. Había conquistado mi reino, arrebatándonos nuestras tierras y nuestra libertad, y había asesinado a mi familia, a mi mejor amiga y a tres sirvientes inocentes cuyo único delito había sido acercarse a mí. Quería decirle que no era ninguna privilegiada, pero lo único que hice fue guardar silencio. Aquel matrimonio era un castigo, pero también una oportunidad.

«Haz lo que haga falta para acercarte a él, gánatelo, y conseguirás que caiga en tu red».

—Es cierto que está atravesando una época difícil —añadió la doncella—, pero no es un hombre malvado. Ha hecho muchas cosas buenas por nosotros, muchas más que el rey anterior.

¿Que no era malvado? ¿Acaso no sabían lo manchadas que estaban sus manos de sangre? Tanto sol debía de haber alterado la realidad de los sureños. Silas era un demonio, el peor de los monstruos, y no podían estar tan ciegos como para no verlo.

—¿Qué ocurrió con él? —le pregunté—. Con el rey que había en el palacio de Almira antes de que Silas se sentara en el trono.

—¿Con el rey Beltrán? —me respondió, repentinamente seria—. Que Silas lo mató.

Cuando Malva terminó de peinarme y mis ondas quedaron pulcramente recogidas en un elegante moño bajo, me ayudó a ponerme el vestido. Era de color blanco, con las mangas anchas, tan largas que casi llegaban al suelo. Tanto el cuerpo como la falda estaban decorados con finos encajes en forma de flores, dándole a la tela un aspecto etéreo, elegante y regio; un aspecto con el que me sentía disfrazada.

—El último detalle —me dijo la doncella, colocándome en la frente una fina diadema de plata que acababa de sacar del joyero.

Una pequeña luna brillante quedó colgando sobre mi frente, y aunque para Malva solo era una joya, un bonito complemento que me identificaba como la princesa de Rieva, para mí era una forma de llevar a mi reino conmigo, y significaba mucho más.

—Gracias —le susurré.

—¿Vamos? —me preguntó Malva cuando las campanas del Gran Templo comenzaron a repicar de nuevo.

Estaba anocheciendo, y el cielo había adquirido el tono del que se teñía cuando el sol aún no se había dormido y la luna no se había despertado, el color de la tregua en una guerra milenaria. No había un momento mejor para celebrar aquel extraño enlace entre el elegido del día y la heredera de la noche.

—Sí —le respondí—. Vamos.

Antes de salir de la habitación, le eché un último vistazo. Gigi debía de estar escondido entre los cojines de la cama, y aquella mirada era una despedida. Le había dicho que no volvería con él hasta la mañana siguiente, cuando pasara la noche de bodas, y que se encargara de cuidar el diario de Évolet. Había escondido las hojas bajo el colchón y le había pedido al trasno que, antes de que cualquier sureño las encontrara, las sacara de allí y se las llevara a mis tías. Él, con la pena brillando en los ojos, había aceptado la responsabilidad.

Atravesamos el palacio al ritmo de las campanas, cada una de ellas haciendo retumbar mis entrañas con sus golpes de bronce. Osmar y Taviro caminaban a mi lado, custodiándome; Malva, detrás de mí.

El palacio de Jata era impresionante, pero más lo era el santuario principal de Rieva. Hecho también de mármol negro, con los techos abovedados y acristalados, tenía un larguísimo pasillo que llevaba hasta el altar, donde se encontraban las estatuas de Ikaroa y su panteón de lunas. La de la Madre era la más grande, tan alta que un ser humano solo le llegaba hasta las rodillas; las de Idriel, Mekros, Tanon y Ninfe la acompañaban. Al verlas, sin embargo, lo único que

sentí fue una rabia intensa, una rabia física que hizo que me ardieran las entrañas.

Los sureños habían tapado las cabezas de los dioses con sacos de tela, sustituyendo los estandartes de Rieva que los flanqueaban por los de Ilta. No las habían destruido, como habían hecho en Valoa, sino que las habían profanado, como si estuvieran riéndose de nuestros dioses y, por tanto, de nosotros. Los cuerpos de mármol, además, estaban arañados, probablemente porque les habían arrancado las piedras preciosas que los decoraban. Seguían en pie, pero cautivas, obligadas a presenciar la victoria de sus enemigos.

«Haré que volváis —me dije a mí misma, convencida de que en aquel lugar sagrado los dioses podían escucharme—. Os liberaré de vuestro encierro».

Justo a los pies de las estatuas se encontraban Silas, Hiel y un anciano solarca. No había nadie más en la inmensidad del templo; ningún invitado, ningún testigo. Tanto el consejero real como el sacerdote vestían de negro; el rey, por el contrario, lo hacía de blanco. Aunque sus ojos ardían incluso en la distancia, en su piel no había vetas naranjas; nada, además de sus ojos, que no le hiciera parecer humano.

—Luz de luna —me susurró cuando llegué hasta él—. Esta vez no te has tropezado.

—Hasta yo me sorprendo, majestad. ¿Estarán aprendiendo a ser más amables los suelos del palacio?

Las campanas detuvieron sus tañidos y el solarca se colocó frente a nosotros, a los pies de Ikaroa y su panteón de lunas. El sol que colgaba de su cuello destellaba bajo la luz de las antorchas, brillando en aquel templo de oscuridad. Tuve que apretar los puños con fuerza para controlar la rabia, el odio y el asco que me ardían dentro al verlos allí, en un lugar al que no pertenecían.

—Hijos del día —nos dijo, alzando los brazos. Su voz hizo eco contra las altas paredes del templo—. Reunidos estamos en este lugar sombrío, en el que ahora se extiende el dominio de Hashkin, que ha doblegado a las sombras y ha consagrado a la luz a nuestros

enemigos. El reino de Ikaroa yace postrado, con sus estrellas apagadas; y hasta la última gota de sangre de la reina Arelia nos ha sido entregada. Que esto les sirva como recordatorio de que Hashkin nunca nos abandona, y que siempre retorna tras la crueldad de la noche. Ante su mirada ardiente que todo lo ve y todo lo juzga, comenzamos el rito que sellará este vínculo.

La ceremonia no fue excesivamente larga, pero la viví como un martirio. Cada vez que el sacerdote alababa a Hashkin, sentía que me clavaban una daga afilada en el pecho. Para ellos, nuestros dioses eran monstruos sanguinarios, los causantes de todos los males de la humanidad; los suyos, meras víctimas inocentes. ¿Acaso no había sido Hashkin quien había traicionado a Ikaroa por primera vez? ¿No había tenido Aiden la misma culpa que Évolet?

Además, aunque intentaba mantener alejados aquellos pensamientos, no dejaba de pensar en la noche de bodas. Una parte de mí intentaba convencerse de que no iba a ser más que un trámite; la otra estaba nerviosa, aterrada. El rey era atractivo, pero también cruel y despiadado, un monstruo escondido bajo una hermosa máscara. ¿Qué iba a encontrarme cuando llegara a su lecho? ¿Un mortal encantador, o un dios deseoso de castigarme?

Durante la ceremonia le observé de reojo, pero el rey no apartó la mirada del solarca. Tenía los ojos fijos en él, no solo como si le estuviera escuchando, sino también controlando. Quizá no era Silas el que estaba hipnotizado por sus palabras, sino Hashkin, que lo amenazaba en silencio.

—¡Hagamos sagrada esta unión! —exclamó el sacerdote.

Cogió una de las antorchas que brillaban en el altar y, cuando la alzó por encima de su cabeza, el fuego vibró como si tuviera vida propia. ¿Y si era un mensaje de los dioses del sur, que estaban dando su consentimiento? En ese momento deseé con más fuerza que nunca que Ikaroa y su panteón de lunas pudieran comunicarse con nosotros, que salieran del misterioso encierro en el que llevaban más de cien ciclos recluidos y lucharan a mi lado, haciéndome sentir acompañada.

—Unid las manos —nos indicó el anciano.

Silas se giró hacia mí y, sin dejar de sonreír, extendió sus manos. La primera vez que nos habíamos tocado, en la fiesta de la conquista, llevaba unos guantes blancos. Esta vez, su piel estaba descubierta.

—Sabes que esto es hasta que la muerte nos separe, ¿verdad? —susurró.

«Pues que sobreviva el mejor», pensé.

Le cogí las manos y, en cuanto rocé su piel, ocurrió.

Un doloroso relámpago me atravesó el cuerpo, desde la cabeza a los pies, y me hizo estremecerme. Silas gritó. Las imágenes y las voces irrumpieron en mi cabeza con ferocidad y tuve que cerrar los ojos para no marearme. Una ventana congelada. La playa. El salón del trono. Un cálido abrazo de despedida. Las cristaleras de un templo estallando en mil pedazos.

«No deberías estar viva».

«El diario. Busca en el diario».

«Évolet».

Me aparté de Silas, con la respiración entrecortada, y él cayó de rodillas al suelo. Las vetas naranjas comenzaron a cubrir su piel, subiendo lentamente por su cuello, y sus gritos llenaron el templo.

—¡Majestad! —exclamó Hiel, agachándose junto a él—. ¡Míreme, majestad!

El consejero intentó cogerle la cara, pero Silas apretó los dientes y, con un movimiento de la mano, hizo que el consejero real saliera despedido hacia atrás. Sus ojos se estaban volviendo negros, completamente negros.

—Ma… majestad —musitó el solarca.

Pero Silas estaba consumido por la rabia, convertido de pronto en un animal salvaje. Alzó la cabeza para observar al sacerdote y, de nuevo con un solo gesto, lo lanzó lejos de allí.

Cuando se puso en pie y me miró, me quedé paralizada. Me sentía igual que cuando me había encontrado con el Can de Urco siendo una niña: como si la muerte me estuviera mirando a los ojos.

—*Ikaroa* —dijo Silas con la voz grave—. *Ikaroa! Vou acabar contigo!*

Un rayo estalló en el cielo, iluminando la oscuridad del templo, y la tormenta descargó su rabia contra Jata. Di un paso atrás, temblando, pero sabía que no tenía forma de escapar. Era Hashkin quien estaba frente a mí, y nadie podía huir de las garras de un dios.

—*Ikaroa!* —volvió a gritar Silas—. *Dá a cara dunha vez!*

Se giró hacia la inmensa estatua de la Madre y, con el rostro descompuesto por el odio, extendió la mano derecha hacia ella. Otro rayo rompió el cielo y esta vez vino acompañado de un crujido que detuvo mis latidos. Las vidrieras estallaron, y la estatua de la Madre comenzó a resquebrajarse.

—¡No! —exclamé.

Pero Silas me señaló con su mano izquierda y salí despedida, golpeándome contra una de las paredes del templo. El dolor me dejó aturdida, momentáneamente cegada. ¿Era sangre lo que notaba mojándome la cabeza?

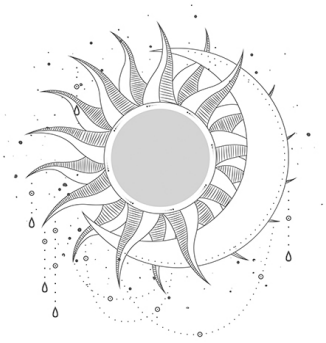
—¡Majestad! —exclamó una nueva voz, esta vez femenina. Parecía la voz de Áurea Fierro—. ¡Majestad!

—¡¿Qué?! —gritó Silas.

—¡Los prisioneros se han escapado!

La estatua de Ikaroa se rompió en mil pedazos, provocando que el templo entero se tambaleara, y hasta los cimientos de la Tierra temblaron bajo nuestros pies. Escuché el estruendo, los gritos, la explosión de un trueno.

Entonces, perdí el conocimiento y me desplomé.



21

Abrí los ojos de golpe, con los latidos desbocados y un horrible dolor de cabeza martilleándome las sienes. Aunque la boca me sabía a sangre y tenía entre los labios un desagradable regusto a peligro, estaba en la cama, segura y a salvo frente al fuego de la chimenea de mi habitación. Ya no tenía puesto el vestido de la boda, sino el camisón de lino que usaba para dormir. ¿Cómo había llegado hasta allí?

—Majestad —me dijo Malva. Estaba sentada a mi lado, sobre la cama, y al ver que me había despertado, me acercó un paño húmedo a la frente—. ¿Se encuentra bien?

—¿Qué ha pasado?

—Hubo un accidente durante la ceremonia. Uno de los médicos de la corte ha venido a revisarla, pero dice que la herida que tiene en la cabeza no es grave. Perdió el conocimiento por el golpe, pero se recuperará. El rey, el consejero y el solarca también se encuentran bien.

Dejé que la doncella me secara el sudor mientras recordaba lo que había ocurrido en la boda. El relámpago de sensaciones al tocar a Silas, las vetas anaranjadas de su piel, la estatua de Ikaroa estallando en mil pedazos; Áurea Fierro irrumpiendo en el templo.

—¡Los prisioneros! —exclamé, incorporándome de golpe. Malva se sobresaltó, y yo me mareé ligeramente—. ¿Quiénes han escapado?

¿Han sido los que entraron conmigo al palacio?

Malva apretó los labios, como si estuviera considerando si debía darme esa información, pero enseguida los relajó y me respondió:

—Sí, aunque solo han escapado tres de ellos. Al otro le han vuelto a capturar.

—¿A cuál? —le pregunté, sin poder contenerme.

—Al chico de los ojos extraños.

Rosten, era Rosten. ¡Por los dioses! No iba a tener muchas más oportunidades de liberarle. Las Sombras no se iban a arriesgar a entrar de nuevo en el palacio, y yo estaba completamente vigilada. ¿Qué podía hacer? ¿Tendría que volver a mi plan de dormir a los guardias y colarme en las mazmorras?

Suspiré, con cansancio, y me tumbé de nuevo sobre la cama. Si hubiera estado en casa, mi tía Bibas me habría preparado una infusión de menta, melisa y jengibre que mitigaría el dolor de cabeza. Mi tía Fai, además, me habría cocinado uno de sus deliciosos caldos curativos que habría hecho que me recuperara al instante, deshaciendo el nudo de lágrimas que notaba en la garganta. Sin embargo, esa vida quedaba muy lejos, tanto que hasta me parecía irreal.

Habría dado cualquier cosa por volver a estar con mis tías, por acercarme al templo a ver a Liara y por pasar las tardes dibujando a las criaturas de la noche en mi bestiario; habría dado cualquier cosa por despertarme de aquella pesadilla.

—Silas y yo estamos casados, ¿verdad? —le pregunté a Malva.

La doncella asintió y, con algo de nerviosismo, comenzó a retorcer el trapo que tenía entre las manos. Yo fruncí el ceño mientras notaba cómo se cerraba el estómago. Había algo que no me estaba contando, algo incómodo que ambas sabíamos que no iba a gustarme.

—Ma… majestad —musitó por fin—. Sé que aún no se encuentra del todo bien, pero… el rey la está reclamando. Ha dado la orden de que la llevemos a sus aposentos en cuanto abra los ojos. Tienen que completar la ceremonia de consumación.

¿Ceremonia de consumación? ¿Cómo iba a estar Silas pensando en eso después de haberme abierto la cabeza contra una pared? Una rabia intensa me incendió las entrañas, mezclándose con el asco y la impotencia, con el miedo y la angustia.

—No va a esperar siquiera a que me recupere, ¿verdad? —inquirí.

La doncella me miró y, aunque sabía tan bien como yo que el egoísmo de su rey no tenía justificación, intentó defenderlo:

—En Ilta, la ceremonia de consumación es la parte más importante de un matrimonio. La unión no se considera válida hasta que las sacerdotisas de Katana la bendicen.

Las sacerdotisas de la diosa de Katana, claro. En Rieva, el sexo era un acto íntimo y privado; en Ilta, por el contrario, era un asunto religioso. Para los sureños, las artes amatorias eran sagradas. Me obligué a pensar en Minnana, en el pacto que habíamos hecho, para recordar que tenía un objetivo que cumplir.

«Haz lo que haga falta para acercarte a él, gánatelo, y conseguirás que caiga en tu red».

Acostarme con Silas era el primer paso, así que dejé que Malva me ayudara a levantarme de la cama y me llevara hasta el baño, donde me lavó, me perfumó y me peinó según la moda que imperaba en el sur. Sin embargo, cada vez que abría la boca para darme algún consejo que, según ella, me ayudaría en la noche de bodas —«a los hombres les gusta que nos mostremos dóciles y obedientes» o «no se preocupe, el rey sabe perfectamente lo que tiene que hacer»—, los nervios se me clavaban por dentro y me impedían pensar con claridad. Mi experiencia sexual era nula, y no quería echarlo todo a perder.

—Tenga cuidado con las sacerdotisas de Katana —me advirtió—. No son malas personas, pero son un poco… posesivas.

—¿Posesivas con qué?

—Con Silas. No están acostumbradas a compartirle.

Cuando quise darme cuenta, llevaba un ligero vestido de seda, una bata a juego y, escoltada por Osmar y Taviro, había llegado a los aposentos del rey. Mi pelo desprendía un intenso aroma a flores y

era más consciente que nunca de las sensaciones de mi cuerpo: el ligero temblor de rodillas, el vacío en el estómago, la respiración acelerada.

Entré en la habitación con la cabeza bien alta, preparada para cualquier cosa…, pero, desde luego, no para lo que vi.

Al contrario de lo que esperaba, en aquella lujosa estancia había más de diez personas. En la habitación no solo estaba Silas, sino también Hiel, el solarca que había oficiado la ceremonia, dos hombres a los que no conocía y seis sacerdotisas de Katana, las mismas mujeres semidesnudas que había visto en la fiesta de la conquista rodeando al rey.

—¡Por fin! —exclamó una de ellas en cuanto entré en la habitación. Llevaba un vestido muy fino que dejaba entrever su cuerpo, mostrando incluso aquellas partes que debían permanecer ocultas—. Llevamos toda la noche esperándote. Ven.

Se acercó hasta mí y me tiró del brazo, llevándome hasta una cama de gran tamaño en la que estaba sentado Silas. Al verle, me puse muy tensa. Solo llevaba puestos los pantalones, y no pude evitar perder la vista en los músculos de sus brazos, de sus hombros, de su abdomen; en todos los colores que lo caracterizaban.

«No ha dado ningún beso —pensé, al observar su pecho—. No hay ni rastro de la maldición de Ikaroa en su piel».

Lo que sí tenía, sin embargo, eran cicatrices. Su cuerpo, que parecía más el de un soldado que el de un rey, estaba lleno de ellas. Tenía una grande que le atravesaba el cuello de lado a lado, otra en el costado, muchas pequeñas en los antebrazos. Algunas eran más profundas que otras, pero sabía que todas contaban la misma historia: que Silas había intentado quitarse la vida en más de una ocasión. Eso hizo que me estremeciera, y también que me preguntara quién habría sido antes de que Hashkin le eligiera como recipiente, cuántos secretos escondía.

«Su majestad está en constante sufrimiento, y nadie puede aliviar su dolor».

—Navia —me dijo, con la voz grave—. Has venido.

Le miré el rostro, y me olvidé de golpe de las cicatrices de su cuerpo. A pesar de que seguía siendo asquerosamente atractivo, Silas tenía un aspecto enfermizo, pálido y cansado, como si hasta respirar le costara un enorme esfuerzo. Estaba sudando, por lo que el pelo blanquecino se le pegaba a la frente, y casi parecía que iba a desmayarse de un momento a otro. Probablemente, que Hashkin usara su cuerpo le dejaba exhausto.

—¿Cómo negarme? —le respondí, jugando con la ambigüedad de la ironía.

Los ojos de Silas emitieron un destello, y yo contuve el aliento. Aún no me había acostumbrado a la intensidad de su color, a lo mucho que destacaba aquel naranja imposible en mi mundo de grises. Además, no me había olvidado de lo que había ocurrido en la boda. ¿Volvería a tener esas extrañas visiones cuando su piel rozara la mía? ¿Y si, al hacerlo, también despertábamos a Hashkin? No estaba preparada para volver a enfrentarme a la ira de un dios.

—Comencemos con la ceremonia cuanto antes —ordenó Hiel—. Está a punto de amanecer, y ya hemos perdido mucho tiempo.

El resto de las sacerdotisas se acercaron hasta mí y, mientras el solarca comenzaba a recitar alabanzas a Hashkin y su panteón de soles, me quitaron la bata de seda y comenzaron a acariciarme la piel con pétalos de rosa. Aunque parecía un ritual inofensivo destinado a perfumarme, sospeché que lo que estaban haciendo era comprobar que no llevaba ninguna arma escondida.

—¡Oh, padre y Creador, que despiertas la vida con tu fuego dorado, bendice la unión de tu hijo, nuestro rey, y a la esposa que ha tomado bajo tu luz! —exclamó el solarca—. ¡Oh, padre y Creador, tú que eres fuerza, fecundidad y victoria, haz que de este enlace brote la vida!

Todas las sacerdotisas eran increíblemente hermosas, aunque ninguna de ellas me dedicó una mísera sonrisa. Trabajaban con eficiencia, pero, tal y como me había advertido Malva, no me tenían ningún tipo de aprecio. Casi parecían rabiosas por tener que

prepararme para la consumación, deseosas de golpearme y escupirme.

—¿Está la esposa preparada para la bendición del Sol? —preguntó el solarca al terminar la oración.

—Sí —respondió una de las sacerdotisas tras asegurarse de que mi piel olía a pétalos de rosa—. Lo está.

Silas se acomodó en la cama y las sacerdotisas me obligaron a tumbarme a su lado. El corazón me latía a toda velocidad y sentía que había perdido por completo la capacidad de hablar. ¿Íbamos a tener que acostarnos delante de todos esos desconocidos? ¿No era mi inexperiencia lo bastante humillante?

Las sacerdotisas liberaron las cortinas traslúcidas que colgaban del dosel de la cama, y yo tragué saliva. Eran de lino blanco, así que todas las personas que estaban en la sala verían el movimiento de nuestros cuerpos. Esperé unos instantes, con la esperanza de que los testigos se marcharan, pero no lo hicieron.

—Se van a quedar, ¿verdad? —le susurré a Silas.

—Tienen que cerciorar que el matrimonio se ha consumado —me explicó, también en voz baja.

Cerré los ojos y me recosté en la cama, sabiendo que no tenía escapatoria, que aquella era una prueba por la que tenía que pasar. Cuanto antes lo hiciera, mejor.

—¿Cómo… cómo quieres empezar? —le pregunté.

Silas, sentado a mi lado, esbozó una sonrisa burlona que atacó directamente a mi ego.

—¿Tantas ganas tienes de acostarte conmigo?

—Por supuesto que n… sí. —Toda la sangre de mi cuerpo se concentró en mis mejillas, y la sonrisa de Silas se hizo más amplia. Por los dioses, era una pésima seductora—. Sí que las tengo, majestad.

Silas se limitó a observarme, sin dejar de sonreír, y yo quise que me tragara la tierra. Visto desde tan cerca, pude comprobar que, tal y como sospechaba, estaba enfermo. La debilidad, la palidez, el

sudor que le perlaba la frente… Sabía cuándo me encontraba ante un potencial paciente.

—Siento decepcionarte, luz de luna, pero yo no quiero acostarme contigo —me dijo.

De pronto, el plan que había ideado junto a Minnana se derrumbó como una torre ante el ataque enemigo. Si Silas no quería acostarse conmigo, ¿cómo iba a acercarme a él?

—Ah, ¿no? —le pregunté, algo insegura.

—No —respondió—. Eres hermosa, pero no es tu cuerpo lo que me interesa de ti.

—¿Y qué es… qué es lo que te interesa?

Abrió la boca para responder, pero, justo en ese momento, dos sacerdotisas de Katana apartaron las cortinas y se sentaron en la cama junto a Silas.

—Majestad —dijo una de ellas, acariciando el pecho del rey—. Aún no ha empezado la ceremonia, y nos preguntamos si hay algún problema.

—Quizá necesita algo de ayuda —añadió la otra, tocándole la pierna—. Nosotras sabemos bien qué es lo que le gusta.

Observé en silencio cómo las manos expertas de las sacerdotisas acariciaban a Silas, y una rabia animal me ardió en las entrañas. No es que estuviera celosa, pero de alguna forma me sentía humillada, como si aquellas mujeres semidesnudas estuvieran insinuando que yo no era suficiente, que no tenía la experiencia necesaria para satisfacer a su rey. Era cierto, pero no quería que ellas, que me odiaban por el mero hecho de existir, lo utilizaran para hacerme sentir pequeña e insignificante.

—Creo que podemos apañarnos solos —solté.

Las dos sacerdotisas me observaron de reojo y continuaron acariciando a Silas. Una de ellas, esbozando una sonrisa divertida, llevó los dedos hasta la entrepierna del rey…, pero este le sujetó la mano con fuerza y le impidió continuar.

—Ismeria, Luria —les dijo, poniéndose serio—. Fuera.

—Majestad, es muy duro tener que ver desde fuera…

—Mi esposa os ha dicho que podemos apañarnos solos, así que largaos.

El hecho de que Silas me llamara esposa, de que me diera mi lugar, me hizo sentir una cálida satisfacción. Quizá fuera solo una prisionera, pero mi rango siempre sería superior al del resto; y eso me daba poder.

—Majestad —insistió una de las sacerdotisas—. Si nos quedamos podríamos asegurarnos de que…

—Si cualquiera de las dos vuelve a interrumpirnos, me aseguraré de que os corten los brazos y de que no volváis a pisar un templo jamás.

Las dos sacerdotisas apretaron los labios y, sin decir una palabra, se pusieron en pie y se marcharon. Antes de hacerlo, sin embargo, me lanzaron una mirada cargada de odio, que respondí con una breve sonrisa de triunfo.

—¿Por dónde íbamos antes de esta inesperada interrupción? —me preguntó Silas—. Ah, sí. Estaba a punto de decirte qué es lo que me interesa de ti.

Antes de que pudiera decir nada, Silas me sujetó los brazos, los puso por encima de mi cabeza y se colocó sobre mí. Sus piernas inmovilizaron las mías y yo me quedé quieta, paralizada, tensa. Lo primero que pensé fue que, aunque me estaba tocando, no había tenido ninguna visión; lo segundo: ¡¿qué narices estaba haciendo?! ¡¿No acababa de decir que no le interesaba mi cuerpo?!

Intenté zafarme de él, pero el peso de su cuerpo cayó sobre el mío, y pude notar partes de él que habría preferido mantener alejadas.

—Suéltame —gruñí—. Suéltame o te juro que…

Silas empujó sus caderas hacia mí, y yo sentí un incómodo e inconveniente cosquilleo en el estómago.

—¿No tenías tantas ganas de acostarte conmigo? —Acercó su rostro al mío y, convirtiendo su voz en un suave susurro, añadió—: Pues gime.

—¿Qué?

—Que gimas. Se supone que estamos consumando nuestro matrimonio, y tengo una reputación que mantener.

Negué con la cabeza y él puso los ojos en blanco. ¿Se había vuelto loco? No, desde luego que no iba a gemir. Me moría de vergüenza solo de pensarlo.

—Eres orgullosa, ¿eh?

Con un solo movimiento, Silas hizo que ambos rodáramos sobre la cama y me colocó sobre él. Sus dedos me apretaron los muslos con fuerza y levantó sus caderas hacia mí. Al sentirle con tanta intensidad, mi cuerpo reaccionó y se me escapó un suspiro de placer.

—¿Ves? —me preguntó, esbozando una sonrisa de satisfacción—. Sabía que podías hacerlo.

La vergüenza subió hasta mis mejillas, y me reprendí a mí misma por haber bajado la guardia tan fácilmente. ¿Cómo podía mi cuerpo traicionarme así? Me enfurecía pensar que respondiera ante la cercanía de Silas, ante su calor, y que el deseo fuera más fuerte que la voluntad.

No, no era deseo, no podía serlo. Era… instinto, una reacción estúpida a la tensión y al choque de fuerzas que eran nuestros cuerpos, nada más.

—Te odio —susurré.

—No te imaginas lo que me provoca que me digas eso.

No hacía falta que me lo imaginara porque podía notar cómo crecía su excitación.

—Dime de una vez qué es lo que quieres de mí —le dije.

Volvió a empujar sus caderas contra mí, y yo sentí un extraño vértigo en el estómago. Desde donde estaba, además, podía apreciar con detalle los músculos que moldeaban su cuerpo, la forma de sus labios. Por los dioses, ¿qué me estaba ocurriendo? No podía perder el control solo por notar la dureza de su…

—Tus conocimientos de curandera —soltó, sin dejar de moverse—. Eso es lo que quiero de ti.

Desde que había llegado al palacio, desde que me había condenado a mí misma a casarme con Silas, había imaginado cientos de veces lo que ocurriría en la noche de bodas. Había tenido pesadillas con el dolor, con la humillación, con mi sangre y con mis lágrimas; lo último que habría imaginado, sin embargo, era que Silas quisiera que lo curara.

—¿Mis conocimientos de curandera? —repetí con sorpresa—. ¿Por qué?

—Porque ser el recipiente de Hashkin me está volviendo loco.

Sus movimientos se ralentizaron y, durante unos instantes, nos miramos en silencio.

A lo largo de la historia, tanto los dioses del norte como los del sur habían usado el cuerpo de los mortales. Normalmente se comunicaban a través de las lúares y los solarcas, pero habían encontrado una forma de abandonar el mundo celeste para caminar entre nosotros, aunque solo fuera durante breves espacios de tiempo. Liara y yo habíamos leído en cientos de ocasiones cómo Ikaroa y su panteón de lunas habían usado el cuerpo de algún mortal para poner a prueba la virtud de los súbditos, para conceder dones e incluso para propiciar encuentros carnales. Así era como Ikaroa le había entregado a Arelia la corona de Rieva, y también como Katana, diosa del amor, les enseñaba a sus sacerdotisas las artes amatorias sagradas. Quizá, aunque todos los textos de esa época habían sido destruidos y no tenía forma de comprobarlo, también era así como la Madre había descubierto la traición de Évolet.

—¿Loco? —susurré—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que sientes?

Los ojos de Silas emitieron un destello y, antes de responder, me empujó para volver a colocarse sobre mí. Esta vez acercó su rostro al mío, tanto que pude sentir su aliento sobre mi piel. Sus movimientos hacían que mi cuerpo suplicara por algo que me avergonzaba incluso pensar.

—Lo que te voy a contar ahora no puede salir de esta habitación —me susurró—. No podrás compartirlo con nadie y, si lo haces, te

juro que les arrancaré la lengua a todos los habitantes de este reino, uno por uno, incluyendo a niños y ancianos. ¿Queda claro?

Asentí, con el miedo atascado en la garganta y la curiosidad ardiéndome en las entrañas. ¿Por qué tenía tanto interés en que guardara aquel secreto? ¿De qué, o de quién, estaba intentando protegerse?

—Noto a Hashkin dentro de mí en todo momento —me explicó—. A veces escucho voces, unas voces atronadoras que me martillean la cabeza, y otras…, bueno, ya lo has visto; otras se hace con el control. —Se detuvo a coger aire y, después, continuó hablando—: Hace un par de rostros, o lo que vosotros llamáis lunación, los envenenadores de la Orden desarrollaron una sustancia que consigue controlar la influencia de Hashkin sobre mí. Cuando la tomo es como si se quedara dormido. No escucho las voces, y él tampoco parece escucharme a mí. A esta sustancia la llamaron yin, y para realizarla necesitan…

—La sangre de las criaturas de la noche —le interrumpí—. Lo sé.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó, frunciendo ligeramente el ceño.

Pensar en las criaturas encerradas en los sótanos hizo que la ira ardiera con tanta fuerza en mi interior que incluso me olvidé de la excitación. Aún no había encontrado la forma de liberarlas, la manera de conseguir que Hiel dejara de torturarlas, y eso me impedía dormir por las noches. Por fin sabía lo que era el yin, pero eso no me hizo sentir mejor. Al contrario. ¿Estaban cazando criaturas de la noche para que Silas pudiera convivir con Hashkin? ¿Para eso les estaban arrebatando su vida y su libertad?

—Las vi en los sótanos, cuando nos encontramos, ¿no lo recuerdas?

Silas asintió, pero sus dudas no parecieron disiparse del todo. Era imposible que supiera que los había escuchado en Daris, que averiguara por una simple frase la información tan valiosa que poseía.

—La sangre de las criaturas de la noche es lo único que puede controlar a Hashkin —continuó, retomando el hilo de la conversación—. La noche y el día son fuerzas contrarias, al igual que la vida y la muerte, o el invierno y el verano, así que cualquier cosa que contenga la magia de Ikaroa o de su panteón de lunas puede debilitarlo.

Sus palabras me hicieron pensar en lo que había pasado durante la boda, la primera vez que su piel había tocado la mía. ¿Y si la magia que corría por mis venas había reaccionado a la suya? ¿Y si la explicación al dolor, a las voces y a las visiones repentinas era tan simple como que éramos fuerzas contrarias? No, no tenía sentido. En ese mismo momento nos estábamos tocando, y no había vuelto a ocurrir.

—¿Entonces para qué me necesitas? —le pregunté—. Ya estás tomando el yin, ¿no?

Alguien tosió al otro lado de la cortina y, al recordar que había más gente en la habitación, me sobresalté. Silas me apretó las muñecas y, sin dejar de mover sus caderas, presionó su cuerpo contra el mío. El aire entre ambos se volvió más espeso, y fui vergonzosamente consciente de los pocos centímetros que nos separaban.

—Esa es la cuestión, que no quiero tomarlo —me susurró al oído—. Cuando lo hago pierdo toda mi fuerza y, aunque estoy tranquilo, me convierto en un muerto viviente. Sin embargo, si no lo tomo…, Hashkin se apodera de mí.

De pronto recordé su desesperación en Daris, su rabia en el mercado de Jata, la angustia de los guardias cuando pensaban que se había vuelto a escapar. «Su majestad está en constante sufrimiento, y nadie puede aliviar su dolor».

—¿Eso era lo que buscabas el otro día en los sótanos? —inquirí—. ¿Querías más yin?

El rey asintió, y yo sentí que las piezas inconexas que llevaban tantos días dando vueltas en mi cabeza encajaban por fin.

—Hay algo en esa sustancia que hace que cada día necesite más —me explicó— y he llegado a un punto en el que la dosis diaria que me da Hiel no es suficiente. El problema es que, si sigo así, mi cuerpo no lo va a resistir. Es… es horrible necesitar para vivir una sustancia que puede terminar matándome.

Siempre había pensado que Silas estaba orgulloso de tener a Hashkin dentro, que se sentía como una especie de dios en la tierra, así que me sorprendió descubrir que eso le hacía desgraciado. ¿Qué habría sentido yo si tuviera Ikaroa en mi interior? ¿Habría podido soportar que me hablara y controlara durante treinta largos ciclos? Quizá yo también habría terminado recurriendo a algún tipo de sustancia para poder dormir por las noches, para recordar quién era en realidad.

—Te has vuelto un adicto —le dije, usando el tono frío e impersonal que usaba para darles el diagnóstico a los pacientes del hospital—. Conocí un caso parecido, un hombre de Xilo que empezó tomando agua de amapola para el dolor de huesos y acabó dependiendo de ella. Al principio le aliviaba, pero su cuerpo desarrolló tolerancia y poco a poco fue necesitando dosis mayores, llegando a un punto en el que no podía vivir sin tomarla. Mis tías estaban desesperadas, pero al final consiguieron curar su adicción.

Al pensar en mis tías sonreí, pero entonces me di cuenta de que Silas me estaba mirando y me puse seria de golpe. Mierda, ¿por qué le estaba hablando de mis tías? Por mucho que pareciera débil y enfermo, por mucho que se estuviera abriendo conmigo, no podía olvidar quién era.

—¿Eso significa que puedes hacerlo? —La leve desesperación de su voz me provocó una punzada de placer—. ¿Puedes preparar un brebaje que me ayude a controlar a Hashkin, pero que no me afecte como lo hace el yin?

—¿Por qué no te ayudan los médicos del sur?

Silas apretó los dientes y, durante un fugaz instante, me pareció que las vetas naranjas aparecían en su piel y mancillaban su

perfección. Eso me hizo encogerme ligeramente, recordar la clase de monstruo que me tenía retenida bajo su peso.

—Porque los sureños no pueden saber que estoy durmiendo a Hashkin —gruñó—. Lo considerarían un sacrilegio.

—¿Majestad? —preguntó Hiel al otro lado de la cortina—. ¿Va todo bien?

El cuerpo de Silas se tensó sobre el mío, y yo tragué saliva. ¿Habrían escuchado nuestra conversación? ¿Se habrían dado cuenta de que, en realidad, no estábamos consumando el matrimonio?

—¡Perfectamente! —le respondió el soberano—. Déjanos tranquilos.

El consejero no insistió.

—Acabemos con esto cuando antes —susurró Silas.

Me apretó las manos con más fuerza y, cuando endureció sus movimientos, yo me estremecí.

Sabía que aquello no era más que un teatro, pero cuando mis caderas respondieron a sus embestidas, un fuego incontrolable estalló en mis entrañas. El aroma de Silas me envolvía, sus graves gruñidos me acariciaban la piel.

Todos mis instintos me decían que aquello no estaba bien, pero el deseo era mucho más intenso y desgarrador. Lo odiaba, odiaba con fuerza todo lo que representaba, pero aun así, mi cuerpo respondía antes que el orgullo. En nuestros movimientos había rabia, tensión, peligro… y también un latido antiguo y visceral que me estaba haciendo perder la razón. ¿En qué me convertía eso? ¿En una traidora? ¿En una sacrílega que merecía un castigo de los dioses?

Silas me daba asco.

Y miedo.

Pero, a la vez, me excitaba como nunca nadie lo había hecho.

—Joder —soltó, respirando contra la piel de mi cuello.

Notaba la respiración acelerada, una suave presión en la parte baja del vientre, la piel sensible y ansiosa. Una parte de mí no había olvidado que estaba siguiendo el plan de Minnana, pero la otra… la otra no fingía. Había algo embriagador en saberme deseada por mi

enemigo, en notar cómo su cuerpo reaccionaba al contacto con el mío. Tenía la sensación de que podía desarmarlo sin tocarlo, que mi mera presencia lo alteraba, y de alguna forma me sentía… poderosa.

Y eso era peligroso, muy peligroso.

Si en ese momento Silas hubiera querido levantarme el camisón y consumar el matrimonio de verdad, no me habría resistido.

Pero no lo hizo.

Aunque él también estaba excitado, aunque cada vez jadeaba con más fuerza, no perdió el control. Podía notar los latidos de su corazón, tan rápidos como los míos, y cómo el deseo palpitaba en su interior. Sin embargo, cuando consideró que era suficiente, o quizá que ya no podía aguantar más sin convertir la mentira en realidad, soltó un hondo gruñido y se detuvo.

—Lo has hecho muy bien, luz de luna —me susurró, dejando caer su cuerpo sobre el mío—. Estoy seguro de que se lo han creído.

Al darme cuenta de que se había acabado, la decepción me golpeó con fuerza, dejándome un extraño vacío por dentro. El deseo no se apagó, sino que se quedó ahí, insistente; culpabilizándome porque había ansiado que ocurriera algo imperdonable.

—¿Tenemos que… tenemos que hacer algo más? —le pregunté.

—Solo una cosa.

Silas deslizó una mano debajo de la almohada y, con disimulo, sacó una pequeña daga. Al verla, me puse muy tensa.

—Tranquila —me dijo—. Tenemos que dejar pruebas de que hemos consumado el matrimonio, pero yo me encargo. Con que me haga un pequeño corte en la mano será suficiente.

No sabía cómo sentirme ante el hecho de que Silas hubiera tenido un arma bajo la almohada desde el principio. ¿Lo había hecho porque sabía que, al fingir, la íbamos a necesitar? ¿O en algún momento había tenido intención de hacerme daño?

Por los dioses, ¿cómo había podido olvidar que no era más que un asesino?

Silas hizo un esfuerzo para incorporarse, pero le rodeé el cuello con los brazos y le obligué a quedarse donde estaba. Él me miró

fijamente, con los ojos ardiendo en deseo, pero me obligué a no dejarme llevar de nuevo. No podía permitir que lo que ese hombre provocaba en mi cuerpo me hiciera olvidar la razón por la que estaba allí.

—Si lo que quieres es dejar una prueba de sangre —susurré— no puedes hacerlo tú. Mi sangre…, bueno, mi sangre es distinta, y Hiel lo sabe. Tienes que hacerme el corte a mí.

El rey se quedó callado, aún observándome, y el fuego de mis entrañas crepitó con fuerza. Por los dioses, ¿por qué tenía que ser tan atractivo? Me lo estaba poniendo muy difícil.

—¿Estás segura?

Asentí, y él llevó su mano derecha hasta mi pierna. Cuando comenzó a subirme el camisón, contuve el aliento.

—Te va a doler un poco —me dijo—. Intentaré hacerlo con delicadeza.

Su cuerpo me indicaba que seguía excitado; más que antes incluso. Eso, muy a mi pesar, me gustó. El roce de sus dedos, la peligrosa vulnerabilidad, su cálido acento sureño… iba a volverme loca.

—Hazlo —le pedí, con más ansias de las que me habría gustado mostrar.

Con un brillo demente en los ojos, Silas me hizo un corte en el muslo izquierdo. Yo solté un gemido y arqueé mi cuerpo hacia él, mostrando una mezcla de dolor y placer que hizo que me odiara a mí misma.

Él me observó con atención, como si estuviera haciendo un esfuerzo por controlar el hambre, la fascinación, las ganas. Sus labios no pronunciaron una sola palabra, pero su cuerpo ardía sobre el mío, palpitando con una intensidad que me hacía pensar que estaba a punto de estallar.

—No ha sido… no ha sido para tanto —le dije.

—Si supieras lo que estoy pensando en este momento, no dirías lo mismo.

Se levantó, y yo me apresuré a bajarme el camisón, ignorando el escozor de la herida recién abierta.

Tanto Silas como yo miramos la sangre que manchaba las sábanas, y el deseo que ardía en sus ojos fue sustituido por sorpresa. Estaba segura de que sabía que la sangre de la familia real de Rieva era plateada, pero, a juzgar por la expresión de su rostro, parecía que acababa de descubrirlo.

—Hemos terminado —me dijo, aún perdido en la mancha de sangre—. Vamos fuera.

Abrió las cortinas y salió de nuevo a la habitación. Yo fui tras él, algo avergonzada, ya que todos nos miraban con expectación.

—El matrimonio ha sido consumado —anunció el rey.

Tanto las sacerdotisas como Hiel se acercaron hasta la cama y comprobaron que las sábanas habían quedado impregnadas con mi virginidad. Una mezcla de vergüenza y rabia me ardió en el estómago. Aquel ritual no solo era arcaico y ridículo, sino también humillante.

—La esposa ha sido bendecida por el Sol —anunció una de las sacerdotisas.

Los presentes comenzaron a aplaudir, y yo quise que me tragara la tierra. Por los dioses, ¿es que esa maldita ceremonia no se iba a acabar nunca?

—Marchaos todos —ordenó Silas—. Quiero estar a solas con mi esposa.

Mientras los testigos de nuestra unión abandonaban la habitación, recogí mi bata del suelo y me la puse sobre los hombros. No es que tuviera frío, pero me incomodaba que tanto las sacerdotisas como los miembros de la corte de Ilta observaran mi cuerpo como si fuera distinto, como si Silas lo hubiera cambiado.

Cuando el último de los testigos cerró la puerta, dejándonos a Silas y a mí a solas, me acerqué hasta el enorme ventanal y me perdí en la batalla que libraban el día y la noche en el horizonte, tiñendo el cielo de amanecer. En aquella habitación había un enorme

balcón con vistas a los acantilados, y solo el frío de la noche me contuvo de salir a respirar.

—¿Entonces vas a ayudarme? —me preguntó Silas.

Por un instante, estuve tentada de responderle que no. Sin el deseo nublándome la mente, era incapaz de olvidar quién era, y también lo que había hecho. Silas había asesinado a mi familia y a mi mejor amiga, además de a Iria, a Noela y a Arxelio; por mucho que su sufrimiento despertara cierta compasión en mí, merecía sufrir. No obstante, desperdiciar una oportunidad así habría sido una estupidez.

—¿Por qué te fías de mí? —le pregunté—. Quieres ponerte en mis manos, pero nada te asegura que no vaya a acabar con tu vida. Podría envenenarte con uno de mis brebajes, o clavarte un cuchillo mientras duermes.

—Dejando a un lado que no creo que fueras capaz de apuñalarme —respondió—, existe otro problema. Si me matas, liberarás a Hashkin, y no creo que estés preparada para enfrentarte a un dios enfadado.

Me di la vuelta, y él me sostuvo la mirada. Así que ahí se encontraba su seguro de vida: si aprovechaba su debilidad para matarle, la ira de Hashkin caería sobre mí. El dios del día le había elegido como recipiente, y no le perdonaría la vida a quien se atreviera a arrebatárselo. Además, ¿quién me aseguraba que, después de Silas, Hashkin no eligiera a alguien aún peor?

Hasta que consiguiera que nuestros dioses volvieran estaba obligada a ayudarle, presa entre la espada y la pared.

—Creo que puedo hacerlo —le dije—, pero quiero pedirte algo a cambio.

—Deberías haber aprendido ya que no estás en posición de negociar.

—Lo sé, pero esta vez eres tú quien me necesita a mí. Además, ahora soy tu esposa, ¿no? Al menos deberías escucharme.

Silas se cruzó de brazos y, esbozando una sonrisa burlona, se apoyó contra el dosel de la cama. Tuve que hacer un esfuerzo para

no bajar la vista hasta su pecho desnudo, hasta los músculos de sus brazos.

—Claro, esposa mía —me dijo—. Cuéntame qué es lo que necesitas.

—El prisionero al que habéis vuelto a capturar, el que no ha podido escapar, quiero que le liberes.

—No, ni hablar —sentenció, volviendo a ponerse serio—. Es un soldado del norte, y no voy a permitir que salga del palacio. Ha visto demasiadas cosas.

—No hace falta que salga del palacio —reculé, buscando rápidamente otra solución—. Puedes convertirle en mi guardia personal, y así lo tendrás vigilado. Lo único que te pido es que le saques de la celda en la que está encerrado y permitas que sea mi protector. Toda reina necesita uno, ¿no?

Aunque Silas ya no sonreía, sus ojos seguían brillando con esa calidez que, por alguna razón que aún no comprendía, veía con intensidad. Era un espectáculo hermoso, un fuego que me calentaba pero que, si me descuidaba, podía quemarme viva.

—¿Por qué quieres que lo libere? —me preguntó—. ¿Tenéis algún tipo de… relación?

—¡No! —me apresuré a responder—. Rosten y yo somos amigos, y eso es precisamente lo que necesito: alguien con quien hablar. Odio… odio estar sola.

El rey entornó los ojos, como si estuviera decidiendo si creerme o no, y yo me pregunté si él tendría a alguien a quien pudiera llamar amigo. Por alguna razón, sospechaba que no. Silas no parecía el tipo de persona que confiara con facilidad en los demás.

—Está bien —se rindió—. Lo liberaré, aunque mis soldados seguirán escoltándote, tanto de noche como de día.

—También necesito entrar en la biblioteca —le dije. Tenía los latidos desbocados porque no me creía que lo estuviera consiguiendo—. Si quieres que prepare un brebaje que te ayude con tu adicción, necesito investigar.

El rey entornó los ojos, y yo tuve que recordarme que era imposible que sospechara de mí. Mi mentira era creíble, y no había ninguna razón que le llevara a pensar que sabía lo del diario de Évolet.

—Daré la orden para que te permitan acceder a la biblioteca —aceptó.

—Lo último que me gustaría…

—Creo que ya te he concedido suficientes caprichos, ¿no?

—… es que no mates a más sirvientes —solté—. Por favor. Ellos no tienen la culpa de nada.

A pesar de que estaba segura de que Silas iba a burlarse de mí, de que mi compasión le parecería ridícula, se limitó a observarme con interés. Solo después de unos instantes de silencio, respondió:

—Todos los norteños tenéis la culpa. —Apretó los puños y comenzó a caminar en mi dirección—. Aun así, estoy dispuesto a firmar una tregua contigo. Cúrame, luz de luna, y no mataré a nadie más.

Cuando se detuvo frente a mí, tuve que esforzarme para no dar un paso hacia atrás. A pesar de lo que había sido capaz de provocar en mi cuerpo, seguía teniéndole miedo. Me había mostrado su lado más vulnerable, pero eso no significaba que fuera débil. Silas era un mortal enfermo, pero también un rey cruel y despiadado que había jurado destruirnos.

—¿De qué tenemos la culpa? —le pregunté con un hilo de voz—. Es la segunda vez que me lo dices, pero aún no sé qué es eso tan grave que te hemos hecho. ¿Es por la maldición de Ikaroa?

Sin dejar de mirarme, Silas alzó una mano y me sujetó la barbilla. El tacto de sus manos hizo que el incendio que creía apagado en mi interior volviera a crepitar.

Por los dioses, cómo le odiaba.

Y cómo me odiaba a mí misma por no ser capaz de controlarme.

—La paciencia no está entre mis virtudes, luz de luna, así que céntrate en curarme —me dijo—. Mientras me ayudes, cumpliré mi

palabra y no le haré daño a ningún sirviente. Si dejas de hacerlo…, no tendré piedad.

Intenté zafarme de él, pero sus dedos me apretaron el mentón con fuerza y me lo impidieron.

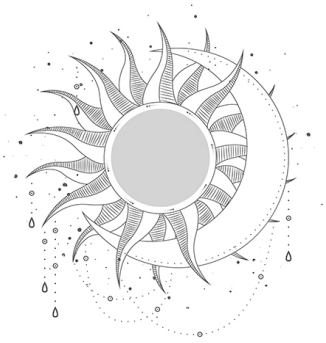
—Haré todo lo posible por ayudarte —le dije.

—Por tu bien, espero que hagas mucho más que eso. —Me soltó y, esta vez sí, di un paso hacia atrás—. En una quincena llegará al palacio el resto de la corte de Almira, y no quiero que me vean así. Ven a mi habitación dentro de siete días y tráeme novedades.

Se dio la vuelta y, cojeando ligeramente, atravesó la habitación para sentarse en la cama; yo le observé, entendiendo de golpe por qué la Madre me había hecho curandera. La única forma de acercarme a Silas, la única forma de acabar con él, era a través de su enfermedad. Los conocimientos que había cultivado a lo largo del tiempo eran mi verdadera arma.

—Bien —musité—. Volveré en siete días.

Salí de la habitación preguntándome si sería capaz de cumplir mi misión o si, por el contrario, lo único que iba a conseguir era que Silas se hiciera más fuerte, y que eso terminara de condenarme.



22

Tras lo que ocurrió en la noche de bodas, volví a tener una pesadilla con Silas. Esa, además, fue la peor de todas. En ella, el rey de Ilta no era un monstruo que quería matarme, sino un humano atractivo que me hipnotizaba con el color de sus ojos y, metiéndome en su cama, me hacía perder la razón.

—Luz de luna —me susurraba mientras se apretaba contra mí para que le sintiera por completo—. No sabes cuánto te deseo.

Y yo no me resistí, porque eso era lo peor de todo: lo que me estaba haciendo me gustaba; él me gustaba. Casi parecía que mi cuerpo no había tenido suficiente con lo que había pasado en su cama y quería más, mucho más.

—Te odio —solté, cerrando los ojos para que el placer fuera más intenso—. Eres… eres…

—¿Qué soy? ¿El único hombre que ha conseguido que te derritas?

Sus manos exploraron con adoración mis piernas, mis pechos, ese lugar que gritaba su nombre. Sabía que estaba mal, que debería estar pensando en cómo destruirle y no entregándome a sus caricias, pero no podía parar. El cuerpo de Silas atraía al mío con fuerza, y sus manos expertas me arrancaban los jadeos con una humillante facilidad.

—Cómo me gusta escuchar los gemidos de mi mujer —me dijo al oído.

Y entonces, cuando ya había convertido cada rincón de mi cuerpo en un temblor líquido, Silas se saltó todas las leyes sagradas y me besó.

Su boca buscó la mía con ardor, con urgencia y necesidad, y ninguna maldición nos obligó a separarnos. Solo era un sueño y no había peligro, así que nos fundimos en el otro con odio, con anhelo, como si nuestros labios se conocieran y se buscaran. ¿Era así como sabían los besos? ¿O solo era una fantasía provocada por mi mente? La sensación de probar unos labios ajenos era extraña y a la vez íntima, y placentera, y… ardiente.

Por eso, porque si no lo hacíamos terminaríamos estallando en llamas, nos desnudamos el uno al otro e hicimos el amor como dos animales salvajes. Yo terminé gritando su nombre, olvidándome por completo de que había jurado destruirle; él se llenó la boca con el mío, acariciándolo con la devoción que se les dedicaba a los dioses.

Estaba pensando en eso, avergonzada porque habían pasado tres días y yo seguía sumida en aquella excitante ensoñación, cuando Rosten me obligó a volver a la realidad.

—¿Me puedes explicar de una vez por qué estamos yendo a la biblioteca? —me preguntó—. Creo que no hay un sitio más aburrido en todo el continente.

Me detuve en mitad del pasillo y me di la vuelta para mirarle.

El día después de nuestra extraña noche de bodas, y también del sueño que aún me torturaba, Silas había liberado a mi mejor amigo. Además, tal y como había prometido, permitió que se convirtiera en mi guardia personal.

Aunque Osmar y Taviro continuaron vigilándome, empezaron a hacerlo desde la distancia. Me seguían allá a donde fuera, y no dejaron de hacer guardia en la puerta de mi habitación, pero en los paseos caminaban a mi espalda, lo suficientemente alejados como para que Rosten y yo pudiéramos hablar a solas. Sospechaba que eso también había sido una orden de Silas, y aunque lo hice solo para mí misma, se lo agradecí. Tener cerca a Rosten hacía que mis días no fueran tan oscuros.

Fue en uno de nuestros paseos por los jardines cuando empecé a contarle todo lo que había ocurrido en su ausencia. Él me había escuchado con atención, apretando los puños cuando le había hablado sobre Hiel y tensándose cuando lo había hecho sobre Minnana, quizá porque había estado trabajando para ella en el pasado y odiaba que la tuvieran retenida. Le había hablado sobre las criaturas enjauladas, sobre lo mucho que me dolía no tener forma de liberarlas, y también sobre mi encuentro con Xoel.

—No puedes matar a Silas —me había susurrado, asegurándose antes de que Osmar y Taviro estaban lo suficientemente lejos como para no escucharnos—. Te capturarían antes de que pudieras escapar del palacio, y todos pagaríamos las consecuencias. Además, con lo torpe que eres, la que terminaría con el cuchillo clavado en el pecho serías tú.

—Ya lo sé —había replicado yo, también en voz baja—. Por eso es tan importante que consigamos el diario de Évolet.

También le había contado lo ocurrido tanto en la boda como en la ceremonia de consumación, explicándole que Silas estaba enfermo y que, aunque nadie lo supiera, no habíamos podido consumar el matrimonio. Sin embargo, me había guardado para mí misma que habíamos hecho un extraño pacto en el que me había comprometido a ayudarle. Las amenazas del rey no solían ser advertencias vacías, sino promesas.

«No podrás contárselo a nadie, y si lo haces, te juro que les arrancaré la lengua a todos los habitantes de este reino, uno por uno, incluyendo a niños y ancianos. ¿Queda claro?».

—Así que le dijiste a Minnana que te acercarías a Silas, pero él ni siquiera quiso acostarse contigo —había respondido él—. ¿Cómo puedes tener tan mala suerte?

—Bueno, puedo encontrar muchas otras formas de hacerlo —le había asegurado yo.

Mi amigo había soltado una risotada, y yo tuve que morderme la lengua para no contárselo todo.

—¿Cómo, ardillita? ¿Preparándole un caldo? —se burló—. Seguro que el malvado Silas cae rendido ante ti en cuanto le cures una herida.

—¿Cómo te acercaste tú a esa novia misteriosa de la que no me has vuelto a hablar? —le había atacado yo—. A juzgar por lo ilusionado que estabas, dudo mucho que fuera solo a través del sexo.

Rosten se había puesto muy serio, y ahí se había acabado la conversación.

—Estamos yendo a la biblioteca porque quiero conocer al bibliotecario —le respondí, volviendo al presente. Miré de reojo a Osmar y Taviro, que nos vigilaban en la distancia, y bajé la voz—. Sé que es él quien tiene la parte del diario que nos falta, así que tenemos que descubrir dónde lo esconde y robárselo.

Aunque eso no se lo dije, también quería investigar sobre cómo ayudar a Silas. El mismo día que liberaron a Rosten, Osmar y Taviro me informaron de que podía acceder a la biblioteca. El rey había cumplido su parte del trato, así que me tocaba avanzar con la mía.

—¿Qué sabes de ese bibliotecario? —me preguntó Rosten.

Suspiré con cansancio y, recordando el encontronazo que habíamos tenido en la biblioteca, le dije:

—Nada, solo que parece bastante joven y que no destaca especialmente por su simpatía.

Rosten se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa orgullosa. A pesar de que estaba más pálido y delgado que antes de su encierro, su cuerpo seguía siendo casi tan grande como su ego. Según me había explicado, pasaba las noches entrenando, aprovechando la oscuridad para hacer ejercicio en el patio de armas del palacio. No había vuelto a mencionar nada sobre esa novia misteriosa de la que me había hablado en nuestro camino a Jata, y empezaba a sospechar que, con todo lo que había pasado, ya se había olvidado de ella.

—Yo me ganaré a esa rata de biblioteca —me dijo—. Nadie puede resistirse a esta sonrisa.

—No, te aseguro que él sí podrá.

—Bueno, tengo armas suficientes, no te preocupes por eso —insistió—. Esta nueva cara atrae todas las miradas.

Se señaló la nariz, y yo puse los ojos en blanco. Se la había roto cuando intentamos colarnos en el palacio, y aunque el hueso se estaba curando, se le había quedado ligeramente torcida. Seguía siendo guapo, pero la perfección de su belleza tenía ahora un ligero aire rudo que él veía como una ventaja.

—La verdad es que no te sienta nada mal.

Justo en ese momento, Gigi, que estaba escondido tras mi pelo, se asomó para mirar a Rosten. Mi amigo dio un respingo y, algo incómodo, dijo:

—Eh… Navia. No te asustes, pero tienes una cosa fea encima del hombro. Deja que te la quite.

—¡No! —exclamé, dando un paso hacia atrás—. No le hagas caso, Gigi. Tú no eres feo.

El trasno le lanzó una mirada asesina; él se la devolvió. Después, cuando ambos habían demostrado en silencio que se odiaban, le indiqué a Gigi que se escondiera y continuamos caminando.

En cuanto Rosten y yo entramos a la biblioteca, contuve el aliento. A pesar de que ya la había visto antes, tanto su belleza como su tamaño volvieron a dejarme sin palabras. Había tantas estanterías, tantos libros y tratados, que supe que cualquier pregunta que me asaltara encontraría respuesta.

«A Liara le habría encantado verla», pensé con tristeza.

Un relámpago de dolor me cruzó el pecho, recordándome el primer y único beso que había dado, y apreté los dientes para controlarlo.

—¡Navia, mira esto! —exclamó Rosten, que se había perdido entre las estanterías.

Se acercó hasta mí con un libro abierto entre las manos y me enseñó una de las ilustraciones que decoraban las páginas. Estaba hecha a mano, y representaba a una mujer y un hombre, ambos desnudos, en una complicada posición sexual.

—No entiendo bien lo que están haciendo —dije, entornando los ojos—. ¿Ella está… encima? ¿O debajo?

—Ay, ardillita, este es el tipo de libros que deberías leer. No te vendría mal aprender un poco. —Observó a Osmar y Taviro, que se habían quedado quietos como estatuas en la puerta, y añadió en voz baja—: Ya que tienes que acercarte a Silas, al menos pásatelo bien.

Sonrió con picardía y yo le arranqué el libro de las manos.

—No quiero pasármelo bien —le dije.

—Ah, ¿no? Antes me has repetido *dos* veces que Silas no es como te esperabas, y te conozco lo suficiente como para saber que lo dices porque te parece guapo.

De pronto, sentí que me ardían las mejillas. Bajé la vista hasta la ilustración del libro, y no pude evitar pensar en lo que me había provocado el cuerpo de Silas en la noche de bodas. ¿Esa era la razón por la que había soñado con él?

«¿Qué soy? ¿El único hombre que ha conseguido que te derritas?».

Por los dioses, tenía que parar de una vez. Estaba empezando a darme vergüenza a mí misma. ¿Qué pensarían mis tías de que estuviera teniendo fantasías con Silas? ¿Y Liara? No, definitivamente tenía que parar.

—No es que me parezca guapo —mentí—. Es… es que me perturba ser capaz de ver sus colores.

Eso sí era verdad. Cuando Silas estaba presente, mis ojos se desviaban inevitablemente hacia él; cuando no, la que lo hacía era mi mente. El rey de Ilta era como la luz de un faro en la oscuridad, algo inexplicable y hermoso cuya existencia me desconcertaba.

—Hay algo que no entiendo de eso —me dijo Rosten—. ¿Ves también los colores de su ropa?

—No, su ropa la veo en blanco y negro, como todo lo demás.

—¿Así que lo único que ves a color es su cuerpo? Vaya, qué revelador.

Le golpeé el brazo con el libro y él, esbozando una sonrisa divertida, retrocedió un paso.

—¡Oye, ten cuidado!

—¿Por qué no te vas por ahí y me dejas tranquila? Seguro que encuentras más libros sexuales con los que entretenerte.

Mi amigo levantó las manos en un gesto de inocencia y, sin dejar de sonreír, comenzó a caminar hacia atrás hasta perderse entre las estanterías.

—Si encuentro algo interesante, te lo enseñaré —me dijo cuando ya no podía verle—. ¡Sé que lo estás deseando!

Esperé unos instantes por si volvía a aparecer para soltar alguna de sus tonterías, pero, al ver que no lo hacía, comencé a buscar. Si mantenía la cabeza ocupada en lo que era verdaderamente importante, podría olvidar esa chispa ardiente que Silas me provocaba por dentro.

—*¿Gigi?* —me preguntó el trasno desde detrás de mi pelo.

—No sé exactamente qué es lo que necesitamos —le respondí—, pero empezaremos por los herbarios. Aquí tendrán muchos más que en Valoa, y también más completos. Quizá encontremos alguna planta medicinal que tenga unos efectos parecidos a los de la sangre de las criaturas de la noche.

—*Gigi…*

—Venga, vamos a intentarlo.

Comencé a explorar la biblioteca, dejando atrás las genealogías, los tratados teológicos, los libros de poesía y, con mucho esfuerzo, los bestiarios. Recorrí pasillos enteros, analizando cientos de títulos, y cuando llegué a los herbarios, me detuve.

Con el corazón repentinamente nervioso, comencé a sacar libros de las estanterías, hojeándolos todos por encima para ver si alguno de ellos podía servirme. Sin embargo, no encontré nada que no supiera ya. La mayoría de ellos recogían un conocimiento que, gracias a mis tías, había aprendido hacía mucho tiempo.

Estaba empezando a desesperarme cuando vi un libro que me llamó la atención. Era antiguo, mucho más que los demás, y hasta me costaba distinguir las letras del lomo.

—«Compendio de… raíces, hojas y… milagros» —leí.

Lo cogí, pero al arrastrarlo levanté una nube de polvo que se me metió en los ojos y me hizo soltar el libro, que cayó al suelo provocando un gran estruendo. Me apresuré a recogerlo, pero era demasiado tarde.

—¿Qué clase de descerebrado deja caer un libro de ese valor? —me preguntó el bibliotecario, que parecía haber surgido de la nada.

Me limpié el polvo de los ojos y me agaché a recoger el libro del suelo. En cuanto lo cogí, el sureño me lo arrebató de las manos.

—¡Aparta esas manazas incultas! —exclamó.

—Lo siento —le dije, algo avergonzada—. El rey me ha permitido…

—Ya sé que te ha permitido entrar —me interrumpió—, pero no es tu presencia aquí lo que te estoy reprochando. Este libro no es uno de esos que coleccionan los boticarios de aldea; es un compendio exhaustivo, fruto de generaciones de estudio minucioso, y cada página contiene anotaciones precisas y comparativas entre especies que la mayoría de las personas ni siquiera sabe que existen. No hay ningún otro herbario como este.

—Ah, ¿no?

—No, y deberías saberlo, porque es una de las joyas que esconde la capital de *tu* reino.

Me miró con el ceño fruncido, y yo intenté no fijarme demasiado en la parte deformada de su rostro. Al igual que la primera vez que lo había visto, iba vestido con la túnica negra y el largo collar de los solarcas al cuello, el pelo oscuro recogido en un moño. En algún momento tendría que acercarme a él para poder quitarle las hojas del diario de Évolet, pero parecía odiarme por el mero hecho de existir. ¿Qué podía ofrecerle? ¿Qué podía darle que le hiciera cambiar de opinión con respecto a mí?

Estaba a punto de abrir la boca para volver a pedirle perdón cuando Rosten apareció entre las estanterías con un libro entre las manos. Al vernos, se detuvo en seco.

—¡Vaya! —exclamó, cerrando el libro de golpe—. ¿Hay una fiesta y no me habéis invitado?

Sonrió y, cuando miró al bibliotecario, abrió los ojos con sorpresa. Por los dioses, esperaba que no hiciera ningún comentario sobre su rostro, o no volveríamos a entrar en la biblioteca jamás.

—Soy Rosten —se presentó, ofreciéndole una mano—. ¿Y tú eres…?

El bibliotecario guardó silencio y, aunque me imaginé que estaba a punto de soltarle un comentario hiriente, que le diría que era un estúpido, o que no merecía estar en el templo del conocimiento que era la biblioteca, se la estrechó y respondió:

—Elián. Me… me llamo Elián.

—¡Yo tenía un compañero en el ejército que se llamaba Elián! —exclamó Rosten—. ¿O era Eldial? Bueno, da igual. El caso es que era un chivato, y les contó a los superiores no solo que tenía escondidos unos dulces de miel debajo de la cama, sino también que me los estaba comiendo por las noches. ¡¿Qué iba a hacer, tirarlos?! Me los había regalado esa chica tan guapa que trabajaba en el mercado de Xilo, ahora no recuerdo su nombre. Era Soraila, o Amarela, o… No sé, la verdad.

El solarca se quedó callado, escuchándole con interés, y, cuando Rosten le devolvió la mirada, bajó la vista y sonrió, algo avergonzado.

—Parece que has tenido una vida muy… muy interesante —le dijo.

¿Dónde estaba el bibliotecario borde y desagradable con el que había tenido la mala suerte de coincidir? No entendía nada.

—Bueno, la vida es demasiado corta como para no saborearla, ¿no? —replicó Rosten—. Imagino que siendo solarca no puedes conocer a mucha gente, pero también tendrás tus formas de divertirte.

—Sí puedo conocer a gente —se apresuró a responder él—. De hecho, los sacerdotes del sur no somos como las lúares de norte,

nosotros no hacemos ningún juramento. Los sureños sí… sí podemos…

La vergüenza no le dejó terminar la frase, y aunque Rosten le miró como si le hubiera hablado en otro idioma, yo supe qué era lo que quería decir: los solarcas, al contrario que las lúares, podían tener relaciones con otras personas. Ellos, que tenían a Katana entre sus dioses, no glorificaban la castidad.

Y entonces, lo comprendí.

La inesperada amabilidad, los titubeos y hasta la energía que, de pronto, flotaba en el ambiente; había visto a muchas chicas actuar así ante Rosten, demasiadas víctimas de su físico imponente como para no darme cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Sí podéis ¿qué? —le preguntó Rosten, que no se había dado cuenta de nada.

El bibliotecario carraspeó y, aún incapaz de mirar a mi amigo a los ojos, dijo:

—Estar con… con otras personas.

Rosten ladeó la cabeza, y antes de que soltara algún comentario del tipo «pues qué bien, espero que encuentres a alguien porque pareces un chico muy majo», decidí intervenir. El brillo de esperanza en los ojos de Elián era nuestra única vía para llegar hasta el diario, y no pensaba dejar que Rosten lo apagara.

—Rosten —solté—. ¿Por qué no le cuentas para qué hemos venido?

—¿Eh?

—¿Necesitas… necesitas que te ayude en algo? —le preguntó el bibliotecario.

Miré fijamente a mi amigo, intentando que entendiera, sin necesidad de palabras, que tenía que ser él quien se acercara a Elián, pero, por supuesto, no lo hizo.

—En realidad a quien tienes que ayudar es a ella —le respondió, señalándome—. Por si no lo sabes, no solo es la nueva reina, sino también mi mejor amiga.

Aunque a regañadientes, el solarca me miró.

—¿Qué necesitas? —quiso saber.

Me quedé callada, pensando qué podía decirle para acercarme al diario de Évolet sin ser demasiado obvia. Rosten le gustaba, pero ¿sería esa atracción lo bastante poderosa como para ganarnos su simpatía? Solo necesitaba una excusa, un pretexto que nos permitiera ir ganándonos su confianza y sacarle información.

Así que sabía qué era lo que tenía que decir.

—Quiero que me ayudes a aprender la lengua celeste —le dije—. Sé que los documentos que estabas leyendo el otro día estaban escritos en el idioma de los dioses, y necesito que me enseñes a dominarlo.

Los ojos del bibliotecario emitieron un brillo de sospecha.

—¿Para qué necesitas saber la lengua de los dioses, si no puedes comunicarte ni con Ikaroa ni con su panteón de lunas?

—Porque no quiero ser una reina incapaz de entender los textos sagrados.

Elián entornó los ojos; yo me mantuve firme. No parecía muy convencido, pero no estaba dispuesta a rendirme tan fácilmente.

—Navia es muy piadosa —dijo Rosten, intentando ayudarme—. Siempre está rezando, y a veces he tenido que arrastrarla para sacarla del templo. Para ella es muy importante aprender a leer los textos sagrados, no sabes cuánto.

El bibliotecario se giró hacia él, y la expectación aceleró mis latidos.

—Verás… Ahora mismo no tengo mucho tiempo libre.

—No te preocupes por eso, Navia es inteligente y aprende rápido. ¡Vamos, te noto en la cara que estás deseando enseñarle a alguien tus amplísimos conocimientos! ¿Me equivoco?

El bibliotecario esbozó una tímida sonrisa y yo confirmé todas mis sospechas: Rosten le gustaba, y le gustaba mucho.

—Bueno —musitó—. Resulta… resulta que soy un experto en la lengua de los dioses. El mismísimo rey Silas me nombró Exégeta Mayor del reino.

—¿Y eso es…? —le pregunté yo.

—El cargo más alto que puede tener un intérprete y traductor de la lengua de celeste.

Así que por eso le había entregado Silas el diario de Évolet, porque era una de las personas que mejor podría traducir e interpretar el idioma en el que estaba escrito. Probablemente, por esa misma razón lo habría traído hasta Jata, sacándolo de la comodidad de su templo.

—¡¿Ves?! —exclamó Rosten—. ¡Sabía que eras un cerebrito! Entonces cerramos el trato. Navia aprenderá, tú tendrás una discípula agradecida, y mientras tanto yo…

—¡Tú vendrás conmigo! —le interrumpí, acercándome hasta él para cogerle del brazo—. ¿No me has dicho antes que también estás deseando aprender la lengua celeste?

Rosten frunció ligeramente el ceño, pero yo le apreté el brazo para ordenarle que se callara y me siguiera el juego. Él, al igual que cuando éramos niños y le pedía con una mirada que no les contara a mis tías que me había escapado al bosque, lo entendió.

—Sí —se apresuró a responder—. No hay nada que desee más que poder leer esos textos antiguos que hablan de temas interesantísimos como… las ofrendas con vino y…

—La vida y la muerte —le interrumpí.

—Sí, eso mismo iba a decir.

Me giré para mirar a Elián, con una súplica en los ojos, y él suspiró. No sé si fue su atracción hacia Rosten, o quizá que no podía resistirse a compartir unos conocimientos que dominaba, pero terminó diciendo:

—Está bien. Venid mañana al atardecer, justo cuando el sol empiece a esconderse. Estudiaremos juntos por las tardes.

—¡Gracias! —exclamé, conteniendo mis ganas de lanzarme a abrazarlo—. De verdad, muchas gracias.

Elián apretó los labios y, tras lanzarle una última mirada a Rosten, me entregó el herbario y se marchó de la biblioteca.

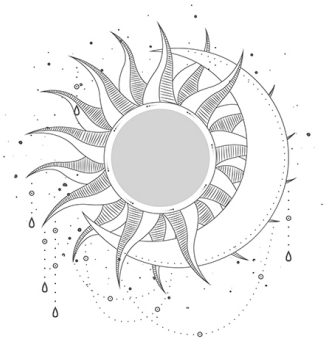
—Pues sí que era simpático —me dijo Rosten en cuanto nos quedamos solos—. No sé por qué decías que no.

—No te has dado cuenta de lo que ha pasado, ¿verdad?

—No, ¿qué ha pasado?

—Pues que tenías razón: nadie puede resistirse a tu sonrisa.

Apreté el herbario contra mi pecho y, aún sin poder creerme la suerte que habíamos tenido, le expliqué a Rosten que, al igual que yo tenía que acercarme a Silas, él iba a tener que acercarse a un solarca del sur para poder llegar hasta el diario de Évolet.



23

Esa noche, aprovechando el momento de calma en el que Malva me peinaba antes de ir a dormir, comencé a leer el herbario. Mientras el cepillo de la doncella me acariciaba suavemente el cabello, yo me perdí en un mundo de plantas y flores que me resultaba cómodo y conocido, un mundo que me recordaba a mi hogar. Hinojo, menta, hierba luisa, tomillo, eucalipto…, todas aquellas hierbas medicinales las había usado alguna vez con mis tías, y a excepción de algún que otro detalle que desconocía, el herbario no parecía poder aportarme nada nuevo.

—Mi madre solía hacer infusiones de zahareña para el dolor de estómago —me dijo Malva—. Siempre decía que cura todo lo que huele mal y todo lo que duele dentro. No sé si será verdad, pero a mí siempre me aliviaba.

—No conozco mucho las plantas de Ilta —le respondí, levantando la vista para mirarla a través del espejo—, pero las madres no suelen equivocarse nunca.

Malva sonrió, y yo le devolví el gesto. Aunque no podía fiarme del todo de ella, empezaba a sospechar que no era una espía de Hiel. Quizá era solo que la dulzura de su voz me calmaba, o que siempre me había tratado con amabilidad, pero había algo en ella que me daba paz.

—¿Recuerda algo de la suya? —me preguntó.

Negué con la cabeza y bajé la vista hasta el herbario. En ese momento no me apetecía hablar de mi familia, de que lo único que me quedaba de ellos eran voces o imágenes fugaces que ni siquiera sabía si eran reales, así que preferí guardar silencio.

—A mí me separaron de la mía cuando solo había vivido doce veranos —me contó—. Creo que recordarla es incluso más doloroso que no hacerlo.

Volví a mirarla, pero ella continuó peinándome con calma, deteniéndose a desenredar cada mechón con delicadeza. Quería preguntarle qué era lo que había ocurrido, pero no abrir sus heridas, así que me limité a decir:

—Lo siento mucho. Ojalá esta maldita guerra no existiera.

—No la perdí por la guerra, sino… por culpa del rey Beltrán.

Al decir el nombre del último rey de Ilta, Malva se estremeció. No dejó de cepillarme el pelo, pero a través del espejo pude apreciar cómo su semblante se contraía, como si estuviera intentando bloquear algo que le atormentaba.

—¿Y eso? —le pregunté, intrigada.

—Era un hombre piadoso, tanto que se obsesionó con servir a los dioses y terminó perdiendo la cabeza.

—¿Servirles cómo? —le pregunté con curiosidad.

—Bueno, supongo que sabe que, tras la maldición de Ikaroa, los dioses del sur también desaparecieron. Durante ochenta y cinco ciclos, tanto Hashkin como su panteón de soles permanecieron sumidos en un silencio similar al que aún experimentáis en Rieva.

Asentí, ya que todos en el norte sabíamos muy bien lo que había ocurrido tras la maldición de la Madre. La única diferencia entre Rieva e Ilta era que tanto Hashkin como su panteón de soles habían vuelto a comunicarse con sus súbditos.

—El rey Beltrán estaba seguro de que conseguiría que los dioses volvieran —continuó, desenredándome el pelo con suavidad—, así que creó el Jardín de las Lágrimas, un pabellón del palacio de Almira en el que todo debía estar hecho del blanco más puro, desde la ropa hasta la comida. En él encerraba a muchachas vírgenes que

secuestraba en los pueblos, ya que según él eran las que tenían más valor, y las convertía en lo que él llamaba «ofrendas del amanecer». Yo tuve la mala suerte de ser una de ellas.

Fruncí el ceño porque, por más que hice cálculos, las cuentas no salían. Malva no debía de haber vivido más de veinte inviernos, pero Silas llevaba treinta en el trono. Era imposible que hubiera conocido el reinado del rey Beltrán.

—¿Qué… edad tienes?

Malva sonrió, como si hubiera estado esperando esa pregunta, y me respondió:

—Nací hace sesenta ciclos de luz.

Me di la vuelta para mirarla, sorprendida, y ella se encogió de hombros.

—¿Cómo es posible?

—¿Sabes qué nos hacía el rey Beltrán en el Jardín de las Lágrimas? —me respondió—. Arrancarnos el corazón.

Abrí mucho los ojos, y ella se bajó ligeramente la parte de arriba del uniforme para enseñarme el inicio de una cicatriz. ¿Me estaba diciendo que no tenía corazón?

—El rey consideraba que la pureza de nuestros corazones traería de vuelta a los dioses, así que nos los arrancaba y los quemaba en el templo de Almira.

—Pero estás… viva.

—Porque los brujos de la Orden de los Envenenadores apoyaron al rey, claro, y desarrollaron un veneno que nos permitía seguir viviendo —me explicó—. Nuestro corazón había ardido en honor a Hashkin y su panteón de soles, pero nosotras seguimos sirviendo al rey en el Jardín de las Lágrimas, obligadas a cumplir todos sus deseos. Éramos su posesión más preciada, su…, ¿cómo nos llamaba…?, «homenaje a la vida». Sí, eso. Para él, derrotar a la muerte era la victoria definitiva contra Ikaroa.

Sin poder evitarlo pensé en la morvía, el veneno que había permitido que las sacerdotisas de Valoa se levantaran de sus tumbas, y me entraron ganas de vomitar. Lo que le habían hecho a

Malva era distinto, ya que la morvía convertía a los cadáveres en soldados sanguinarios, mientras que la doncella simplemente… seguía viviendo.

—Por los dioses —musité—. Lo que me estás contando es…

—¿Imposible? —me interrumpió ella—. Ojalá lo fuera. Estuve tres ciclos allí encerrada, ansiando recuperar la libertad, y fueron los peores de mi vida.

Observé sus pómulos marcados, las ojeras bajo sus ojos, y entendí su aspecto cansado. Habría tenido que soportar tantas atrocidades que, sin pensarlo, le cogí las manos. Ella esbozó una sonrisa de agradecimiento. En ese momento me parecía más frágil que nunca, pero a la vez mucho más fuerte de lo que jamás habría imaginado que podía ser.

—Es muy duro no sentir nada dentro del pecho, ¿sabe? —me dijo—. A veces tengo pesadillas con la muerte, pero no porque le tenga miedo, sino porque recuerdo que hace tiempo que ya no estoy viva.

Algo en sus palabras hizo que me estremeciera, quizá porque me di cuenta de que Malva había muerto una vez y no era capaz de entender quién, o qué, era la doncella que estaba frente a mí.

—Imagino que tienes que seguir tomando ese veneno, ¿verdad? —le pregunté.

—Todos los días.

Le acaricié los dedos mientras me hacía preguntas sobre ella, sobre su vida y sobre su muerte. ¿Podría morir de alguna forma que no fuera dejando de tomar el veneno? ¿Y qué suponía exactamente no tener corazón? Necesitaba respuestas, pero no quería ni agobiarla ni herirla con mis dudas.

—Fue Silas quien me liberó —me dijo, sacándome de mis pensamientos—. Cuando Hashkin lo eligió y se hizo con el poder, decapitó a Beltrán y nos liberó a todas. Además, como ya no teníamos ni familia ni hogar, nos permitió trabajar para él en el palacio. Por eso sé que no es un hombre malvado, porque gracias a él…, bueno, podemos decir que volví a la vida.

Me quedé callada, entendiendo de golpe por qué Malva sentía esa adoración intensa por Silas. ¿Qué podía decirle? ¿Que el mismo rey que la había salvado era quien había asesinado a mi familia y me tenía amenazada? ¿Que por su culpa mi mejor amiga estaba muerta?

—Me alegro de que esa tortura se acabara —respondí—. Y siempre que necesites hablar, siempre que necesites desahogarte, estoy aquí para ti. No lo olvides.

Malva sonrió con tristeza, pero no añadió nada más.

Volví a darme la vuelta y, cuando comenzó a cepillarme el pelo de nuevo, me centré en el herbario. Sin embargo, al poco empecé a pasar las páginas sin mirarlas siquiera. La mayoría de las plantas ya las conocía y no me parecían lo bastante poderosas como para controlar la influencia de Hashkin. ¿Qué iba a hacer si no encontraba nada que me sirviera? ¿Tendría tiempo de leerme todos los herbarios de la biblioteca? Ya habían pasado tres días desde mi conversación con Silas, solo me quedaban cuatro para nuestra reunión. Si aparecía con las manos vacías, se enfurecería.

«Cúrame, luz de luna, y no mataré a nadie más».

Estaba empezando a perder la esperanza cuando, al pasar otra página, descubrí una ilustración que me hizo detenerme. Era una flor, pero una que nunca antes había visto. Tenía ocho pétalos de contorno ondulado, y a juzgar por el dibujo, parecían emitir un brillante resplandor.

«Ardaluna», decía el pie de página.

Según el texto que la acompañaba, los pétalos eran nacarados, con una textura que recordaba al terciopelo, y brillaban bajo la luz de la luna. Solo crecía en lugares fríos y oscuros, y su aroma era una mezcla de menta y jazmín. Además, tenía propiedades curativas; no solo porque perteneciera a la misma familia que la caléndula o la manzanilla, sino porque Ikaroa la había creado como regalo para las lúares de Rieva.

Le mostré el libro a Malva y le pregunté:

—¿Has visto esta flor alguna vez?

La doncella se acercó para observar el dibujo, y después negó con la cabeza.

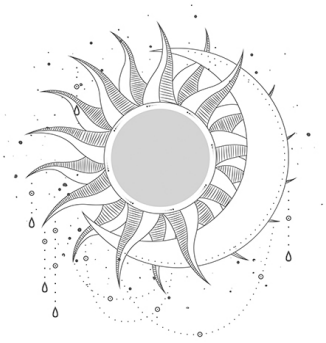
—No me suena de nada.

Volví a mirar la flor, y algo dentro de mí me dijo que ahí estaba la respuesta, que lo que acababa de encontrar era valioso. ¿Se trataba de un presentimiento, quizá? Si hubiera estado en el bosque, habría podido preguntarles a mis tías; en el palacio, sin embargo, no tenía a nadie.

¿O sí?

De pronto tuve una idea, y noté un tirón en el estómago.

Había una persona a la que consideraba lo bastante inteligente como para ayudarme, alguien con unos conocimientos mucho más amplios que los míos, y tenía que ir a verla cuanto antes.



24

Minnana, que estaba sentada frente a mí, se inclinó para ver la página del libro que le estaba mostrando.

—Eso es una ardaluna —me respondió, observando la ilustración—. ¿Por qué?

Gigi, escondido tras mi pelo, me clavó las uñas en la nuca; yo apreté los dientes para disimularlo. Estaba nervioso desde que habíamos llegado a la torre de Minnana, lo que me tenía descentrada e inquieta. ¿Necesitaba comer? ¿Dormir? No tenía ni idea de qué era lo que intentaba decirme.

—Me gusta mucho estudiar las plantas y criaturas de Rieva, incluso estoy escribiendo un bestiario —le dije a Minnana—. Ayer vi esta flor en el libro y… juraría que en el bosque de Valoa no había ninguna.

—No, claro que no, porque esas flores solo crecen en el oráculo del Gran Templo. Las ardalunas han sido siempre el gran secreto de las lúares de la capital, un regalo que les hizo la mismísima Ikaroa. Recuerdo que solían hacerse infusiones con ella porque, según decían, les hacía sentir a la Madre más cerca.

«La noche y el día son fuerzas contrarias, al igual que la vida y la muerte, o el invierno y el verano, así que cualquier cosa que contenga la magia de Ikaroa o de su panteón de lunas puede debilitarlo».

Al pensar que esa flor podía ser exactamente lo que necesitaba, un relámpago de emoción me recorrió las entrañas. Si la había creado Ikaroa, si hasta las lúares consideraban que contenía su magia…, ¿serviría para dormir a Hashkin?

—¿Y siguen existiendo? —le pregunté, con algo de miedo.

—Cuando yo era sacerdotisa, el oráculo del Gran Templo estaba lleno de ellas. No sé qué habrá pasado ahora que el edificio ha sido clausurado y sus lúares encerradas, pero quizá puedas acercarte a echar un vistazo. —Bajó la vista hasta su copa de vino y guardó silencio. Después, cuando escapó de la trampa de los recuerdos, volvió a mirarme y añadió—: Si siguen creciendo, tráeme alguna. Me encantaría recordar el olor de la libertad.

—Lo haré.

Cerré el herbario y, tras coger mi copa de vino de la mesa, observé a Minnana. Me resultaba inquietante estar viéndole el rostro, casi un sacrilegio, pero más aún que ella pareciera tan cómoda sin el daceo. Cualquier otra sacerdotisa se habría esforzado por apartar la mirada, por mostrarse culpable y sumisa, pero ella… ella destilaba orgullo.

—¿Serviste en el Gran Templo? —le pregunté, ansiosa por conocerla mejor.

Minnana esbozó una cálida sonrisa y me respondió:

—No, la primera vez que pisé el Gran Templo fue cuando me nombraron suma sacerdotisa. Yo juré mis votos lejos de la capital. Hace mucho tiempo de eso. Demasiado.

—Pero ¿qué edad tienes? —Me arrepentí al instante de haberle hecho esa pregunta tan íntima, e intenté arreglarlo—: Quiero decir, no pareces mucho mayor que yo, pero debes de tener…

—Tengo más de la que aparento, pero me esfuerzo por que no se note. La belleza es un arma poderosa, Navia, y tenemos que cuidarla.

Según lo que sabía, Minnana llevaba veintidós ciclos de oscuridad siendo reina regente, y casi cincuenta como suma sacerdotisa. Eso significaba que debía de haber vivido por lo menos setenta

inviernos. ¿Qué clase de ungüentos convertían la piel de una anciana en la de una muchacha? Tenía que haber algo más, alguna clase de magia de la que no quería hablar; quizá porque era tan extraña y perturbadora como la que mantenía a Malva con vida.

—¿Un… un arma poderosa? ¿En qué sentido?

—En el único posible, claro —respondió—. Durante el tiempo en que he sido reina, ¿sabes a cuántos hombres he podido utilizar a mi antojo solo por ser hermosa? ¿Sabes cuántos me han jurado lealtad por la mera esperanza de pasar una noche conmigo? No le tengo el más mínimo aprecio a esas criaturas simples y malolientes con las que compartimos existencia, pero son fáciles de manipular.

—Pero ¿y tus votos? —le pregunté, aún confusa—. Tenía entendido que las sacerdotisas no podíais mostrar…

—Y no podemos —me interrumpió—. Por eso, los hombres lo ansían.

Me quedé callada, observándola, intentando comprender. Si las lúares rompían sus votos, eran expulsadas del templo en el que servían. Como castigo por haber insultado a los dioses, se convertían en marginadas, obligadas a vivir en la calle para terminar muriendo de hambre o frío. Que la suma sacerdotisa mostrara su rostro era algo… insólito.

—¿No te da miedo enfadar a los dioses? —quise saber.

Minnana le dio otro sorbo a su copa de vino y, tras degustarlo, me dijo:

—Navia, ¿has sentido alguna vez que la Madre te habla? ¿Que te manda mensajes?

Asentí y ella, tras esbozar una sonrisa de satisfacción, me dijo:

—Cuando asesinaron a tus padres… Ikaroa quiso que yo me quedara con el trono. No me lo dijo, claro, pero de alguna forma lo sentí. Empecé a tener sueños extraños, visiones, señales que no podía ignorar. Al principio me negué, pero después… después supe que era lo correcto.

Parpadeé un par de veces, aún sin comprender. La creía cuando decía que la Madre le había mandado mensajes, ya que yo también

los había escuchado, pero seguía sin entender por qué no cubría su rostro.

—El peso de la corona vino con muchas responsabilidades —me dijo—. Alianzas, castigos, decisiones difíciles. La Madre quería que llevara a Rieva a la victoria contra Ilta, y yo usé todas las armas que tenía a mi alcance para conseguirlo. Sin la reina, no solo tuve que enfrentarme a los sureños, sino también a unos nobles que habrían hecho cualquier cosa por obtener algo de poder, así que me esforcé por conocerlos, por ser más inteligente que ellos, y así impedir que me comieran viva.

—¿Y qué ocurrió?

—Que descubrí varias cosas: la primera, que el sexo es el único interés real de los hombres; y la segunda, que si les enseñas tu piel se vuelven locos porque piensan que pueden obtener algo de ti. —Se acomodó en la silla y, sin dejar de mirarme, volvió a beber de su copa. Después, continuó hablando—: Hay armas más antiguas que el acero, Navia. Una mirada, un gesto que promete sin conceder, un leve roce. Provocar el deseo en los hombres es fácil, pero también tremendamente efectivo; y eso es algo que podemos usar a nuestro favor.

Desde luego, podía entender por qué Minnana volvía locos a los hombres. Su cuerpo era voluptuoso, con curvas que sabía aprovechar y le daban una clara ventaja en el juego de la seducción. Sin embargo, ¿qué pensarían las lúares del comportamiento de la suma sacerdotisa? ¿La reprenderían por considerarlo un sacrilegio, o admirarían sus sacrificios?

—Sé que lo que hago está mal —añadió—, pero también que es lo que la Madre querría. ¿Por qué me daría tanta belleza, e incluso me permitiría conservar mi juventud, si no es porque quiere que la utilice? Soy la reina, Navia, y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por Rieva. Si tengo que mostrar mi rostro, incluso mancillar mi cuerpo para conseguirlo, te aseguro que lo haré.

Bajé la vista, incapaz de decirle que, tras el matrimonio con Silas, la reina era yo. ¿Qué sentido tenía? Minnana llevaba mucho tiempo

luchando por salvar el norte; yo, en cambio, me había limitado a casarme con el enemigo. Cuando ganáramos la guerra, nadie se atrevería a juzgar sus decisiones. ¿Podía decir lo mismo de mí? Si ni siquiera ella era capaz de verme como la reina, ¿cómo iba a hacerlo mi pueblo?

—Es… admirable —le dije—. Y valiente.

—Tenemos que mantener viva la fe en los dioses —me respondió—. Ellos conocen nuestras fortalezas y debilidades, por lo que son nuestra mejor guía. Solo tenemos que escucharlos para seguir el camino correcto. Son ellos quienes nos han traído hasta aquí, y serán ellos quienes nos permitan derrotar a Silas.

Pensar en el rey me provocó un molesto pinchazo en el estómago. En tres días tenía que presentarme en su habitación, darle algo para controlar su adicción al yin, y estaba nerviosa. Una de las razones era que no quería fallar y que eso desatara su ira; la otra, que no había vuelto a verlo desde que había soñado con él. ¿Cómo iba a mirarle a la cara después de las cosas que habíamos hecho en mi mente? ¿Cómo, si aunque fuera mentira, conocía el sabor de sus labios?

—¿Qué avances has hecho con respecto a nuestro plan? —me preguntó, sacándome de mis pensamientos—. Ahora que estás casada con el rey, imagino que te será más fácil acercarte a él.

Apreté la copa de vino con fuerza y asentí.

—Pasamos la noche de bodas juntos —le conté.

—¿Y has visto algún cambio en él desde entonces? ¿Le notas distinto?

—No he vuelto a verle. —«Solo en mi cabeza»—. ¿Por qué?

Minnana suspiró y me dijo:

—Cuando baja a las mazmorras a castigarme, me fijo en él. Suele estar rabioso, pero ayer parecía cansado, enfermo incluso. Sé que le pasa algo, y necesito averiguar el qué.

De repente me puse muy tensa, y tuve que hacer un enorme esfuerzo por disimularlo. Minnana era una mujer inteligente, y si descubría que le estaba ocultando información, no volvería a confiar

en mí. Quería contárselo todo, decirle que había encontrado una de las debilidades del rey, pero eso solo la pondría en peligro. La única forma de protegerla, de proteger a todos los que me rodeaban, era guardando el secreto de Silas.

—Intentaré descubrirlo —le dije, sintiéndome terriblemente mal por ello—. Quiero pedirle que compartamos el lecho más a menudo, no solo cuando…, bueno, cuando tengamos que cumplir con nuestras obligaciones maritales. Aprovecharé su vulnerabilidad para obtener información.

Era mentira, claro. No tenía ninguna intención de dormir junto a Silas, pero Minnana no tenía por qué saberlo. Ella necesitaba que avanzara con el plan; yo, que no supiera que mi forma de acercarme a él era ayudándole a superar su adicción.

—Muy bien, Navia —me respondió—. Sé que lo que estás haciendo es difícil, pero también que la Madre estará muy orgullosa de ti. No lo olvides.

Gigi volvió a clavarme las uñas en la nuca, y me hizo tanto daño que me tiré el vino encima. La mancha se extendió por la tela de mi vestido, y enseguida noté que me mojaba la pierna.

—¡¿Qué narices te pasa?! —exclamé. Al ver que Minnana me miraba con el ceño fruncido, añadí—: Perdona, a veces me hablo así a mí misma. Debe de ser una de las consecuencias de haberme criado sola en el bosque, ya sabes…

Solté una risa nerviosa, pero Minnana se limitó a mirarme como miraría a alguien que ha perdido la cabeza: con una mezcla de vergüenza y compasión. Por los dioses, iba a dejar a Gigi sin comer durante al menos tres días.

Intenté limpiarme la mancha del vestido con un pañuelo, pero solo conseguí extenderla más, así que me rendí. Aún avergonzada por el espectáculo que acababa de protagonizar, volví a alzar la cabeza hacia Minnana y le pregunté:

—¿Crees de verdad que la Madre nos está viendo? ¿Crees que nos… nos escucha?

—Por supuesto que sí. La Madre siempre nos escucha.

Gigi volvió a arañarme la nuca, pero esta vez no me dejé asustar. Me llevé una mano al cuello y, de forma disimulada, le empujé con los dedos para que estuviera quieto.

—¿Por qué desaparecieron, Minnana? ¿Por qué los dioses del sur volvieron, pero los nuestros no?

—Nadie lo sabe —me respondió—. Imagino que Ikaroa no soportó el dolor de lo que le hizo Évolet, y aún no lo ha superado. Por culpa de esa traidora, todos los humanos fuimos vistos como culpables.

«Tenemos que destruirlo antes de que los norteños descubran que con él podrían liberar a sus dioses», le había dicho Silas a Hiel en Daris. Quería contarle a Minnana que existía una forma de traer de vuelta a nuestros dioses, y me frustraba tener que ocultárselo.

—Lo que has dicho antes sobre que los dioses nos mandan mensajes… yo también lo he notado —le dije—. Sé que Ikaroa me está guiando.

Minnana esbozó una sonrisa triste y, después, se levantó de la silla para acercarse hasta la pequeña ventana, el único resquicio de libertad que había en aquella estancia. Mientras observaba el horizonte, cogió aire y me dijo:

—¿Sabes, Navia? Me recuerdas a alguien, alguien a quien quería mucho.

Como la regente había conocido a mi familia, sus palabras me provocaron un cálido cosquilleo en el estómago. Era la primera vez que hablaba con alguien que había escuchado reír a mi padre, alguien que había sostenido a mis hermanas en brazos.

—¿A mi madre? —le pregunté con un hilo de voz—. Me han dicho que mis ojos son como los suyos.

Me miró fijamente y, durante unos instantes, no dijo nada. Casi parecía que estuviera analizando mis rasgos, comparándolos con aquellos que conservaba en sus recuerdos.

—Sí —respondió finalmente—. A tu madre.

Lo único que me quedaba de mi familia eran destellos que se iban apagando con el tiempo, algún sonido u olor, y no me parecía

suficiente. Era injusto que hubiera personas que poseían los recuerdos que a mí me faltaban.

—¿Qué pasó esa noche? —le pregunté—. Los sirvientes me dijeron que todo fue un caos, y que nunca supieron qué fue lo que ocurrió. Necesito… necesito saberlo.

—Es muy doloroso recordarlo. Han pasado veintidós ciclos y aún no le encuentro explicación. —Le tembló ligeramente la voz, y tuvo que carraspear para disimularlo—. La orden de envenenarlos la dio Silas, claro, pero fueron dos norteños a los que sobornó quienes cruzaron las protecciones de Valoa y se colaron en el castillo. Lo hicieron a través del agua, y cuando los médicos quisieron salvar a tu familia, ya era demasiado tarde. No hay un solo día en el que no me culpe por no haber sabido protegerlos.

De repente sentía la garganta llena de espinas, el estómago de rabia. Había escuchado esa historia más de una vez, pero era tan injusta que la ira siempre se hacía con el control. ¿Cómo podía haber llegado a sentir compasión por Silas? ¿Cómo había podido dejarme llevar por las sensaciones que provocaba en mi cuerpo, después de todo lo que había hecho?

—¿Y qué ocurrió conmigo? —le pregunté—. ¿Fuiste… fuiste tú quien me salvó?

Hacía días que no me sacaba esa idea de la cabeza. ¿Y si había sido Minnana quien me había llevado al bosque? ¿Y si esa extraña conexión que sentía con ella se debía a que mi subconsciente aún recordaba sus brazos salvándome de la muerte?

—No, Navia —me respondió—. Yo tuve que tragarme el dolor para encontrar y castigar a los culpables. No sé quién te salvó, pero le estaré eternamente agradecida.

La regente sonrió con tristeza y, cuando vio que los ojos se me estaban llenando de lágrimas, se acercó hasta mí y me abrazó. Olía muy bien, como a miel, a lirios, a algo lejano que me recordaba a casa, pero no era capaz de identificar.

—Sé lo mucho que has sufrido, pero no estás sola —me dijo—. Ya no lo estás.

—Gracias —musité.

Nos abrazamos y por fin me permití romperme, mostrar todas mis heridas y cicatrices. Por primera vez en mucho tiempo, dejé que alguien entrara en mi dolor.

—¿Por qué no me cuentas todo eso que guardas dentro? —me preguntó, separándose de mí—. Estoy aquí para escucharte.

Me sequé las lágrimas y, sin poder contenerme, empecé a hablar. Le conté todo, desde el día en que me había escapado a Daris hasta la noche anterior, omitiendo tan solo lo relacionado con el diario de Évolet y la adicción de Silas. Ella me escuchó con atención, y me acarició las manos cuando más lo necesité.

Por primera vez desde la muerte de Liara, volví a sentir que tenía una amiga.



Al caer la noche, salí de mi habitación y atravesé el palacio para ir al Gran Templo. Osmar y Taviro intentaron impedírmelo, pero en cuanto les dije que tenía que recoger algo importante para Silas, que podían preguntárselo a él si dudaban de mí, no pusieron ninguna objeción.

—No vas a venir conmigo —le dije a Gigi cuando se subió a mi hombro—. Te has portado mal, y quiero que reflexiones sobre ello.

A pesar de que intentó manipularme con su mirada más tierna, me mantuve firme y lo dejé en la habitación.

Al pisar de nuevo el Gran Templo, todos los sentimientos que me habían abordado en la boda revivieron en mi interior. Los trozos de la estatua de Ikaroa seguían allí, la prueba del sacrilegio que se había cometido, y también los restos de las vidrieras que habían estallado. Los dioses menores, que aún estaban en pie, seguían teniendo la cabeza cubierta con sacos de tela.

Quería descubrirlos, arrancar todos y cada uno de los estandartes de Hashkin que ultrajaban el templo, pero Osmar y Taviro no me lo habrían permitido; así que me limité a avanzar a través de la oscuridad, rindiéndoles un homenaje silencioso. Cuando llegué al altar, me llevé los dedos índice y corazón de la mano derecha a los labios. Después, los coloqué sobre mi pecho para hacer el saludo a la Madre, para indicarles a los dioses que seguía allí, luchando por ellos, y que no estaba dispuesta a rendirme.

«La Madre siempre nos escucha».

Sin decir una sola palabra, caminé hasta el oráculo. Al contrario que el de Valoa, nacido de la madera de los árboles del bosque, el de Jata era elegante, hecho de mármol negro, con altas columnas retorcidas y un techo abovedado cuyas pinturas simulaban al cielo nocturno. El augar, el pozo sagrado a través del que las lúares se habían comunicado con los dioses, estaba en el centro.

Exploré la estancia con atención, sintiendo que mi mortalidad no era digna de estar allí, y no tardé en encontrar lo que buscaba. Las columnas que rodeaban el augar estaban cubiertas de enredaderas, de cientos de pequeñas flores que parecían brillar con luz propia en la oscuridad del oráculo.

Me acerqué hasta ellas, con el corazón encogido, y las observé en silencio. Tenían ocho pétalos suaves, ondulados, y emitían un aroma intenso a menta y jazmín que me hizo sonreír.

Ardaluna. Eran flores de ardaluna.

—Perdóname, Madre —susurré mientras las cortaba y las guardaba en el zurrón—. Sé que esto es un sacrilegio, pero también que eres tú quien guía mis pasos, y por lo tanto quien me ha traído hasta aquí.

Solo cuando estuve segura de que llevaba suficientes flores para preparar la infusión de Silas, abandoné el Gran Templo.

Aunque era tarde y debería haberme ido a mi habitación, estaba tan feliz por haber conseguido las flores que puse rumbo a la habitación de Minnana. La regente me había dicho que si conseguía encontrar las ardalunas se las llevara, que quería volver a olerlas. No

podía contarle lo importante que eran aquellas flores, pero Minnana era lo más parecido que tenía a una amiga en aquel palacio, y deseaba hacerla feliz.

Cuando llegué hasta las escaleras que llevaban a la torre en la que la regente estaba encerrada, comencé a subirlas con una sonrisa. Osmar y Taviro se quedaron a los pies, esperándome, como solían hacer. Sin embargo, aún no había llegado hasta arriba cuando escuché las voces, y tuve que detenerme.

—No deberías haber venido —estaba diciendo Minnana.

—He intentado alejarme, pero es que… necesitaba verte otra vez.

Esa voz… No, no podía ser. Tenía que estar equivocada. Me pegué a la pared para que no me descubrieran y, oculta en la oscuridad, continué escuchando.

—Ya te dije que tienes que ser más precavido —respondió ella—. ¿Y si alguien se entera de lo que estamos haciendo?

—Venga ya, Min, no seas tan dramática. Ya no eres la regente del reino.

No me lo podía creer. Era Rosten. ¡Rosten! ¿Qué estaba haciendo allí? ¡¿Y con Minnana?!

—Sigo siendo suma sacerdotisa.

—Eso no te ha detenido antes.

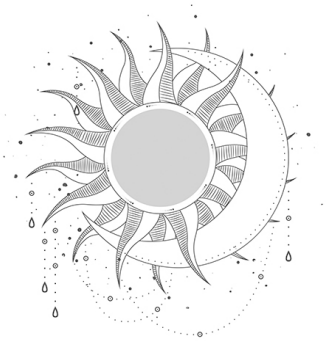
Me tapé la boca con una mano e, incapaz de creer lo que estaba escuchando, subí unas cuantas escaleras más para poder verlos.

Mi mejor amigo tenía a la regente acorralada contra la pared y, aunque no podían besarse, los labios de uno estaban muy cerca de los del otro; peligrosamente cerca.

—Una noche —se rindió ella—. Te daré solo una noche.

—Una noche es lo único que necesito.

Los observé, con los ojos muy abiertos, y cuando Minnana tiró de Rosten para meterlo en su habitación, me marché de allí a toda prisa.



25

Aunque era de madrugada, había escrito una nota y se la había dejado a Rosten en su habitación:

Ven a las cocinas en cuanto puedas.
Es urgente.
N.

Tenía la esperanza de que no pasara la noche entera con Minnana y, por suerte, no me equivoqué. Cuando no quedaba mucho para el amanecer, para que los sirvientes ocuparan sus puestos, mi amigo apareció en las cocinas con una sonrisa que conocía muy bien.

—¡¿Te estás acostando con la suma sacerdotisa?! —le grité al verle llegar.

—¡Dilo más alto, que creo que en Ilta no te han escuchado!

—¡Me dijiste que pasabas las noches entrenando!

—Pero no especifiqué qué ejercicio estaba haciendo —respondió, guiñándome un ojo.

El agua que tenía sobre el fuego comenzó a hervir y yo, tras lanzarle una mirada asesina a Rosten, me acerqué hasta la lareira y metí la cuchara en el caldero.

Él suspiró con cansancio y se dejó caer sobre una de las sillas que rodeaban la mesa que ocupaba el centro de la estancia.

—En menudo lío te has metido —le dije.

—Si no bajas el tono, se van a enterar tus perros guardianes.

—¿Osmar y Taviro? No, no lo creo. Les he dicho que voy a tardar un rato, así que están jugando a los dados en el salón de al lado.

Saqué la cuchara del caldero y eché los pétalos de ardaluna que había cogido en el Gran Templo.

Había pasado la noche intentando preparar una infusión con ellos, pero aún no había obtenido un resultado satisfactorio. En la primera, el agua estaba demasiado caliente y los pétalos se habían deshecho entre mis dedos; en la segunda, el agua había acabado demasiado turbia y amarga, probablemente porque me había excedido con la cantidad. Aquella flor estaba poniendo a prueba mi paciencia, pero no pensaba rendirme. Con cada intento fallido sentía que estaba aprendiendo el idioma lento y obstinado de las ardalunas, y que ellas se iban dejando domesticar.

—Manzana y canela —musité para mí misma—. Voy a probar a echarle manzana y canela.

Me acerqué hasta el armario en el que los sirvientes guardaban la fruta y localicé las manzanas en el estante más alto, todas ellas apiladas en un pequeño cesto de mimbre.

Me puse de puntillas para cogerlas y…

—Ten cuidado, Navia.

Todas las manzanas se me cayeron encima. Muchas de ellas me golpearon la cabeza, otras rodaron por el suelo hasta llegar al otro lado de la cocina.

—Te lo he dicho —se burló Rosten.

Se puso en pie y, mientras yo recogía las manzanas que tenía más cerca y me lamentaba por los chichones que me iban a salir en la cabeza, me ayudó a llevarlas hasta una de las encimeras. Después, cuando terminé y me coloqué junto a él, cogió un cuchillo para él y otro para mí.

—Vamos a pelarlas entre los dos —me indicó.

Le lancé una mirada de odio, pero acepté su ayuda. Cuatro manos trabajaban más rápido que dos. Nos concentramos en la piel

de las manzanas, pero, tras unos instantes de tenso silencio, no aguanté más y solté:

—¿Vas a contármelo o no?

—¿El qué?

—¡Pues todo! ¿Cómo se te ha ocurrido acostarte con la suma sacerdotisa? ¿Es Minnana tu novia misteriosa?

—El término *novia* es demasiado formal. Yo diría que somos socios que comparten… intereses fuera del trabajo.

Sonrió con picardía y yo tuve que contener mis ganas de lanzarle una manzana a la cabeza.

—Pero ¿cómo ocurrió? —le pregunté—. ¿Un día empezaste a trabajar para ella y decidiste que era buena idea seducir a la mujer más poderosa del reino?

—¡No empecé yo! Fue ella la que se interesó por mí y, por los dioses, ¿cómo no iba a caer, Navia? ¿Has visto esas gigantescas tet…?

—¡Por favor, Rosten! —exclamé, interrumpiéndole—. No quiero saber nada sobre los atributos de Minnana, gracias.

Él se encogió de hombros y, cuando me recuperé del susto, continuó:

—Bueno, entonces te diré que es una mujer increíble. No solo es preciosa, sino que también es inteligente, y me hace reír.

Le observé de reojo, y no pude evitar sentir algo de pena por él. Esa misma tarde, Minnana me había contado cómo usaba su belleza para manipular a los hombres, y aunque no sabía qué era exactamente lo que pretendía obtener de Rosten, no tenía ninguna duda de que estaba jugando con él. Sin embargo, ¿cómo podía decírselo? Estaba claro que Minnana le gustaba mucho, que incluso estaba ilusionado, y la verdad le rompería el corazón. Tenía que hacerlo con suavidad, como si tuviera que coserle una herida.

—Rosten —le dije—, creo que no deberías seguir con esto. Es una locura.

—El amor es una locura, ardillita.

—¿Amor? —Que dijera esa palabra me provocó un escalofrío—. ¿De verdad crees que ella está enamorada de ti?

—Pues claro que sí. ¿Has visto esto?

Dejó de pelar manzanas para subirse la camisa y enseñarme los músculos de su abdomen. Yo le lancé una mirada de reproche.

—Hablo en serio, Rosten.

—Navia, sé que soy increíble y que mi cuerpo está esculpido por los dioses y todo eso, pero en realidad nunca nadie me ha querid…

—Yo te quiero.

—Puaj, no me refiero a ese tipo de amor —replicó, arrugando la nariz—. Mira, puede que haya ocasiones en las que Minnana me ignore, y también en las que insista en que nadie nos puede ver juntos, pero ella es la suma sacerdotisa de Rieva y yo un donnadie, así que lo entiendo. Que se haya fijado en mí ya me hace sentir especial y, como amiga, deberías alegrarte.

De pronto dejé de ver al soldado grandullón que tanto se amaba a sí mismo y recordé al niño enclenque que había conocido hacía ya tanto tiempo. Rosten había tenido que lidiar con el rechazo de las mouras, que lo habían abandonado por haber nacido varón, y también con el de sus padres, que lo odiaban por ser mestizo. Como le faltaba una pierna, tuvo que entrenar el doble que los demás para que lo aceptaran en la Guardia Real, y aun así tuvo compañeros que nunca dejaron de burlarse de él. Estuvieron mucho llamándole «pata de palo», pero Rosten nunca se rindió. Estaba tan orgullosa de él que odiaba pensar que alguien, aunque ese alguien fuera Minnana, pudiera hacerle daño.

—Tengo miedo de que esté jugando contigo —le dije—. Hoy mismo me ha dicho… me ha dicho que le gusta manipular a los hombres.

—¿Y qué iba a obtener de mí, ardillita? Además de un sexo increíble, claro.

—Ahora soy yo la que tiene que decir: puaj.

Llevé los trozos de manzana hasta el caldero y observé la infusión en silencio. Por alguna razón, Minnana había convertido a Rosten en

su perrito faldero, uno que haría cualquier cosa por ella, y él no parecía dispuesto a abrir los ojos. Lo único que podía hacer era esperar a que ocurriera el desastre, y estar ahí para ayudarle a recoger los pedazos de su corazón roto.

—¿Para qué estamos cortando estas manzanas exactamente? —me preguntó, acercándose a echar sus trozos también.

—Estoy haciendo un brebaje calmante —mentí, tapando el caldero para que infusionara—. Es para… para el dolor del pecho.

Rosten entendió enseguida que me refería al dolor de la maldición, y no dijo nada más. Los besos no eran un tema del que soliéramos hablar, al menos no en Rieva. Nadie quería decir en voz alta cuántos besos había dado, si es que lo había hecho, porque era como reconocer que habías desobedecido a la Madre y estabas un paso más cerca de la muerte. Yo ya había dado uno, pero Rosten estaba completamente limpio; Silas, también.

Me obligué a apartar la desnudez de Silas de mi mente y, tras asegurarme de que el fuego tenía leña suficiente, le dije a Rosten:

—Hay otro tema del que tenemos que hablar: Elián.

Mi amigo bufó con aburrimiento y yo me crucé de brazos. Ya habíamos tenido dos clases con el bibliotecario, pero no habíamos avanzado en nada. Rosten no se estaba esforzando lo suficiente por ganarse su confianza, así que el diario de Évolet seguía estando muy lejos de nosotros.

—Es un rarito —me dijo—. Solo habla de los libros y de religión, y tengo que contener mis ganas de bostezarle en la cara.

—Claro, porque es un solarca. Tienes que empezar a interesarte por él, o no encontraremos el diario nunca. Pregúntale por su vida, por sus sueños, yo qué sé.

Rosten chasqueó la lengua y comenzó a juguetear con un hilo suelto de su camisa. Al ver que se quedaba callado, añadí:

—Has estado con hombres antes, ¿no? Me acuerdo de aquella vez que tu compañero del ejército y tú…

—¡Claro que he estado con hombres! —me interrumpió—. El problema es que Elián… es un sabiondo insoportable.

Alcé las cejas y lo miré fijamente, porque sabía que no estaba siendo del todo sincero. Lo conocía lo bastante bien como para saber que no era eso lo que le hacía tener reticencias hacia el bibliotecario.

—Rosten, dime la verdad.

Mi amigo gruñó y, tras poner los ojos en blanco, me dijo:

—¡Vale, es que es feo, Navia! ¡No es mi tipo!

—Eso es horrible.

—¡Yo no quería decirlo, pero me has obligado!

—Rosten, la belleza es subjetiva.

—No en este caso.

Me froté el tabique de la nariz y, tras soltar un largo suspiro, le dije:

—Mira, no quiero que te cases con él, solo que le sigas el juego para que confíe en ti y te lleve hasta el diario. Ya hemos perdido mucho tiempo.

—¿Y si lo tiene escondido en su habitación?

—Pues te acuestas con él. ¡Yo qué sé, Rosten! ¿No decías que tenías armas suficientes? Pues demuéstralo.

Sabía que lo que le estaba pidiendo a Rosten no estaba bien, que acababa de advertirle sobre Minnana y, un instante después, le pedía que actuara de la misma forma con Elián; pero no veía otra solución. Necesitábamos el diario de Évolet, y lo necesitábamos cuanto antes. Además, el solarca no estaba enamorado de Rosten, solo debía de sentir una mezcla de atracción y curiosidad. Al contrario que mi amigo, él no corría el riesgo de acabar con el corazón roto.

—¿Por qué siempre me toca a mí la parte más difícil? —se quejó Rosten.

—¿Disculpa? Te recuerdo que yo tengo que hacer lo mismo que tú, pero nada más y nada menos que con Silas.

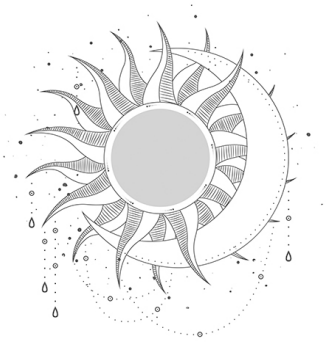
—Pero Silas es puro fuego, ardillita. No hay nada mejor que acostarse con un cabrón atractivo, créeme.

Volví a girarme hacia el caldero y, al darle la espalda a mi amigo, le oculté el ardor de mis mejillas. ¿Por qué mi cuerpo se ponía

nervioso ante la mera mención de Silas? ¿Por qué, si lo único que deseaba era destruirle, no podía sacármelo de la cabeza?

—Centrémonos en conseguir el diario de Évolet —le dije a Rosten—. Tarde o temprano, o Elián o Silas nos dirán algo que nos permita encontrarlo.

No quise añadir que, si no lo hacían, estaríamos perdidos.



26

Con la salida del sol, la infusión de ardaluna estuvo lista. Era la mejor versión que había podido conseguir, un brebaje parecido al que preparaban mis tías con manzanilla y caléndula, pero que olía a manzana, a menta y jazmín. No estaba amargo, así que no me había excedido en la cantidad de pétalos, y tampoco resultaba insípido; tenía una calidez suave que se deslizaba por la garganta y dejaba en la boca una sensación fresca.

Además de eso, al beberlo solo sentí un extraño cosquilleo en las entrañas, como si la magia de las flores estuviera acariciando el poder de la noche que descansaba en mi interior. Antes de llevársela a Silas quería comprobar qué efecto tenía en un cuerpo sureño, así que no tuve más remedio que pedirle ayuda a la única persona de Ilta en la que, aunque solo fuera un poco, confiaba: Malva.

—¿Qué es? —me dijo cuando, en la tranquilidad de mi habitación, le mostré la copa llena de brebaje.

—Es una infusión que he preparado para el rey —le expliqué—. Tiene una dolencia que vuestros médicos no han podido solucionar, y quiere probar los remedios del norte. No es peligrosa, no te preocupes, pero necesito saber qué efectos tiene en los sureños para… para comprobar que lo he hecho bien. De todas formas, no tienes que ayudarme si no quieres. Sé que es una gran responsabilidad.

—Quiero hacerlo —me respondió ella—, y más si es por el bienestar del rey.

La doncella me indicó que le entregara la copa y yo, algo insegura, lo hice.

—Bebe poco, por si acaso —le indiqué.

Malva asintió, y después le dio un pequeño sorbo a la infusión. Yo la observé en silencio mientras rezaba a la Madre por que la ardaluna no le hiciera daño en el estómago, o incluso algo peor.

Pasaron unos instantes y, cuando comprobé que la doncella no se retorcía de dolor, y que tampoco caía redonda al suelo, le pregunté:

—¿Notas algo?

—Creo que se me han dormido los dedos de las manos…, pero nada más.

—Bien —le respondí—. Con eso me vale.

Cuando al día siguiente le llevé la infusión a Silas, estaba nerviosa.

—Toma —le dije al entregársela—. La he preparado antes de tiempo, así que creo que me merezco algún tipo de compensación.

El rey acababa de levantarse, así que tenía el pelo revuelto, la voz grave, el pecho descubierto. Sus orejas estaban repletas de pendientes, como siempre, y olía… olía a él. Eso hizo que algo dentro de mi cuerpo estallara, una mezcla de odio, deseo y rabia; un relámpago de dudas y culpabilidad que iba a terminar volviéndome loca.

—¿De qué está hecha? —me preguntó—. Huele a manzana.

—Porque la lleva, y también una flor que contiene la magia de Ikaroa.

Él pareció complacido, y yo me convencí de que había encontrado la solución a sus problemas; de que la ardaluna no solo iba a salvar Rieva, sino también a las criaturas encerradas en las mazmorras.

—Lo importante ahora es que no tomes el yin que te da Hiel —le advertí—. Finge que lo haces, pero bébete la infusión en su lugar.

—¿Crees que también dormirá a Hashkin?

—Bébetela y lo comprobaremos.

Obedeció sin poner objeciones.



Esa misma tarde, con una extraña esperanza brillando en el pecho, Rosten y yo pusimos rumbo a la biblioteca para nuestra tercera clase con Elián. Gigi y yo habíamos hecho las paces tras el desayuno, así que dejé que volviera a esconderse tras mi pelo y nos acompañara. La única condición que le puse fue que no volviera a clavarme las uñas, mucho menos si estábamos delante de algún desconocido, y él, con el arrepentimiento brillando en los ojos, aceptó.

—¿Por qué hablamos la misma lengua en el norte y en el sur? —le pregunté a Elián, sentado a mi lado en una de las mesas de la biblioteca—. ¿No tendría más sentido que cada reino tuviera su propio idioma?

Aunque en las dos primeras clases el solarca se había centrado en hablarnos sobre gramática y sobre la importancia religiosa de una buena traducción, yo anhelaba algo más que reglas y sonidos. Por eso, no dejaba de hacerle preguntas. Quería conocer la humanidad que había tras las palabras, acercarme a la cultura de Ilta, aprender más y más y más.

—No —me explicó él—. Cuando Taika creó a Hashkin y a Ikaroa, y también a los dioses menores, les regaló un idioma común: la lengua celeste. La lengua mortal es una variación de la lengua celeste, un don que nos entregaron, pero que carece de su sacralidad. Solo algunos solarcas y algunas lúares son dignos de estudiar el idioma de los dioses.

—¿Y por qué no lo hablamos todos? —preguntó Rosten, que se había sentado frente a nosotros—. Cuando Hashkin e Ikaroa nos crearon, ¿por qué no nos dieron su lengua? Habría sido mucho más fácil.

—Porque no somos dignos de ella —le respondió el solarca—. Verás, cuando Ikaroa inició la guerra…

—Bueno, en realidad la inició Hashkin porque fue él quien la traicionó —le interrumpió mi amigo.

—Hashkin no traicionó a Ikaroa —replicó el sureño—. Fue ella la que puso a los demás dioses en su contra porque no podía soportar que Taika le hubiera dado el control de la muerte, pero no de la vida.

Rosten bufó, y yo supe al instante que aquella conversación no iba a acabar bien.

—Pero ¿qué dices? —le dijo—. ¡Era Hashkin quien tenía envidia de Ikaroa, porque la muerte es la única capaz de acabar con la vida! ¡Por eso mismo la traicionó, a pesar de que ella lo amaba!

La indignación cruzó los ojos del bibliotecario, y yo quise matar a Rosten. ¿Esa era su forma de conquistarle? ¿Así era como pretendía acercarse a él? Me apresuré a darle una patada por debajo de la mesa.

—¡Ay! —exclamó, lanzándome una mirada de reproche. En cuanto se dio cuenta de qué era lo que estaba diciendo, empezó a disimular—. Bueno, siempre hay dos versiones de la misma historia. Si lo piensas bien, la de Hashkin también tiene sentido.

—¿Por qué no volvemos a la lección? —los interrumpí yo—. Al final se va a hacer de noche, y todos queremos descansar.

Elián asintió, aún algo molesto, y buscó entre las hojas que tenía sobre la mesa para poner un mapa ante nosotros.

—Como os decía antes —nos dijo—, solo algunas lúares y algunos solarcas utilizamos la lengua celeste para comunicarnos con los dioses. Antes de entrar en las variantes idiomáticas del Libro de los Dioses, me gustaría que repasáramos los templos que existen. Cada uno de ellos tiene sus propias peculiaridades en cuanto a la escritura.

En el mapa aparecía el continente entero, con Rieva en el norte e Ilta en el sur, ambos reinos separados por la cordillera que había levantado Tanon, dios de las montañas. En el sur aparecían las

ciudades más importantes, así como el desierto de Dokar, las islas volcánicas de Magec o la Ciudadela de la Orden. En el norte, además de enclaves como Daris o Kala, estaban los acantilados de Xentea, el golfo de Assys, y el bosque de Valoa.

Sin embargo, si había algo que destacaba por encima de todo en ambos reinos, eran los templos.

—Tanto Rieva como Ilta tienen cinco templos, cada uno de ellos adscrito a uno de los dioses —continuó Elián—. El norte tiene el de Jata para Ikaroa, y los otros cuatro para los dioses menores. El de Hashkin, en el sur, es el de Almira, mientras que el resto pertenecen a su panteón de soles.

—En el norte, a los dioses menores solo se les puede invocar en sus propios templos —dije.

—En el sur también —confirmó Elián—. No puedes hablar con Shaa en el templo de Nabella ni con Cyx en el de Magec.

—¡Mira! —exclamó Rosten mientras señalaba Daris—. Ahí nací yo.

—Ah, ¿sí? —le preguntó Elián—. Yo soy de Adras.

Señaló una de las ciudades de Ilta que estaba más al sur, y mi amigo comenzó a preguntarle por ella, por cómo había sido su infancia creciendo entre el desierto y el mar. Yo, mientras tanto, acaricié con cariño el símbolo del templo de Valoa; el templo en el que había conocido a Liara, y también en el que la había perdido. La añoranza se me atascó en la garganta al pensar en mis tías, en Breto, en todo lo que había dejado atrás. Gigi, que parecía saber cuándo estaba triste, me acarició la nuca con cariño. Al sentir sus manitas, me vi obligada a apartar la mirada del bosque para no ponerme a llorar.

Con la pena engarzada en el pecho, llevé los dedos hasta el templo de Alvar, situado en las montañas. En él, antes de asesinar cruelmente a todas las lúares, Silas había encontrado su parte del diario de Évolet. Sin dejar de pensar en eso, mis ojos subieron hasta la costa del norte para observar el de Kala, adscrito a Mekros, diosa de las aguas. ¿Escondería algún otro secreto ese templo? ¿Algo relacionado con Évolet, o con la desaparición de nuestros dioses?

El templo que se encontraba más al este, sobre unos acantilados, era el de Zawa. Todos en Rieva sabíamos que estaba adscrito a Idriel, diosa de las estrellas, y también que era el templo en el que Évolet había sido sacerdotisa. Por esa misma razón, fue destruido. Cuando Ikaroa descubrió su traición, lo convirtió en cenizas. Lo único que quedaba de él eran los recuerdos, los susurros de aquellos que se atrevían a hablar sobre uno de los sucesos más oscuros de nuestra historia. Nadie sabía qué había ocurrido con las sacerdotisas que servían a la Madre allí, y tampoco con los tesoros que protegían sus paredes. El templo de Zawa, al igual que todos nosotros, estaba maldito.

—¡Me encantaría verlo alguna vez! —exclamó Rosten. No tenía ni idea de hacia dónde había ido su conversación, pero parecía que se estaba esforzando por arreglar su metedura de pata—. ¿Y de verdad tenéis que cruzar el fuego para superar la ceremonia?

Recorrí lentamente el suave camino hasta Zawa y, en cuanto mis dedos rozaron el templo, una chispa brillante estalló de mi pecho. De pronto, como si dentro hubiera una bestia dormida, la sentí despertar.

—*No principio dos tempos, Taika, o noso todopoderoso creador, arrincou o seu corazón* —susurré en la lengua de los dioses.

Y entonces, ocurrió.

Al igual que cuando había tocado a Silas por primera vez, mi cabeza se llenó de imágenes, unas imágenes tan claras y abrumadoras que me dejaron sin respiración.

Parecían recuerdos, pero no podían serlo porque en ellos no aparecía Liara, ni mis tías ni Rosten, sino unas personas que no había visto jamás. En ellos había lúares, y un templo desconocido, y unos sentimientos extraños que estaba segura de no haber vivido jamás. También había colores, cientos de ellos, y unas voces que recitaban textos del Libro de los Dioses.

«Do anaco esquerdo do corazón de Taika nacei Hashkin, o deus do día, do verán e da vida; do dereito, a deusa da noite, do invierno e da norte, a nosa Nai Divina Ikaroa. Das pingas de sangue

restantes naceron os tahdek o deuses menores, como Ninfe, Mekros ou Idriel».

Me puse en pie, con los latidos desbocados, y tiré al suelo la silla. El estruendo rebotó contra los altos techos de la biblioteca e hizo que tanto Rosten como Elián se sobresaltaran. Sin embargo, no me importó. Las imágenes aparecían en mi mente sin control, una tras otra, y me hacían dudar de la realidad. ¿Quién era? ¿Dónde estaba?

No pude evitar acordarme de lo que le ocurría a Silas, de lo mucho que le afectaba tener dentro a un dios que no podía controlar. ¿Y si era Ikaroa la que me estaba hablando? ¿Qué era exactamente lo que me quería decir?

—¿Navia? —me preguntó Rosten—. ¿Estás bien?

Me giré hacia mi amigo, con los ojos muy abiertos, y él me devolvió una mirada de preocupación. El hielo que me había congelado el pecho tras besar a Liara me quemaba la piel, y tenía la sensación de que ni siquiera el brebaje de mis tías iba a poder calmarlo.

«No deberías estar viva».

Un cielo lleno de estrellas.

«El diario. Busca en el diario».

Un templo derrumbándose.

«Évolet».

Gritos. Sangre. Dolor.

Angustiada por no poder controlar el huracán de emociones que tenía dentro, eché a correr y abandoné la biblioteca. Rosten me llamó, pero enseguida me adentré en los laberínticos pasillos del palacio y su voz quedó silenciada.

—¡Eh! —me gritó Osmar antes de lanzarse a por mí—. ¿A dónde te crees que vas?

No le respondí.

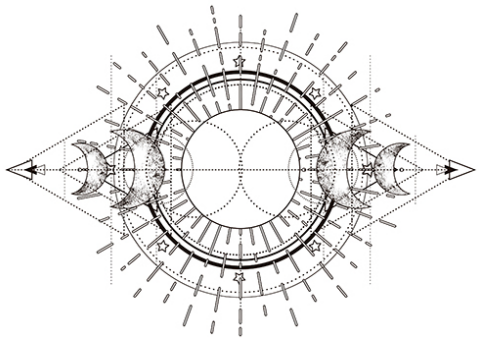
Continué corriendo, con los soldados pisándome los talones, y cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta y utilicé una silla para bloquear el pomo. Por suerte, Malva no se encontraba allí, así que estaba completamente sola.

—¿Gigi?

El trasno me acarició la nuca, pero ni siquiera eso me sacó del extraño trance en el que me había sumido la lengua de los dioses. Con la respiración acelerada, me agaché junto al colchón y saqué las hojas del diario de Évolet. Después, con las manos temblando, comencé a leer.

—«Templo de Zawa, segundo día de la décima lunación. Ciclo de oscuridad mil ciento sesenta y siete. —Me detuve a coger aire y, solo después, seguí leyendo—. Querido diario: ha llegado el momento de retomar el estudio de la lengua celeste. Tal y como hacía cuando era niña, te escribiré todos los días en la lengua de los dioses…».

Y, por primera vez desde que había encontrado el diario en el templo de Valoa, lo entendí todo a la perfección.



Templo de Zawa
Noveno dia de la decimosegunda lunación
Ciclo de oscuridad 1167

Querido diario:

Llevo más de una lunación viendo a Aiden a diario, y creo que mis hermanas empiezan a sospechar. Hace unos dias, Ardrea quiso saber si estoy durmiendo bien, y Dany no deja de preguntarme si me pasa algo, porque me ve muy distraída. No me gusta poner excusas, y mucho menos mentir a mis hermanas, pero ¿cómo explicarles que estoy escondiendo a un enemigo sureño? ¿Y que creo que él me entiende mejor que nadie? ¿Cómo decirles que cuando me mira siento que mi cuerpo se derrite, que podría pasar noches enteras escuchando su risa, o que me es imposible concentrarme en los ritos porque él ocupa todos mis pensamientos?

¿Cómo iba a contarles, sobre todo, lo que ocurrió ayer?

Como muchas otras noches, esperé a que mis hermanas se durmieran para bajar a la playa. Había pasado el dia entero esperando que llegara ese momento, así que estaba nerviosa. He terminado aceptando que el cosquilleo que siento en el estómago no es miedo a que me descubran, sino ganas de ver a Aiden. Hemos encontrado una pequeña cueva a orillas del mar y la hemos convertido

en nuestro refugio. Allí nos cobijamos cuando no salimos a navegar con el bote, y olvidamos que en el exterior existe un mundo en el que debemos odiarnos.

«Évolet —me dijo en cuanto me vio entrar—. Por fin estás aquí».

Sus ojos se iluminan cuando me ve aparecer, y eso hace que mi corazón se ponga nervioso. Aún no me he quitado el daceo ante él, pero supongo que percibe la alegría que empapa mi voz cuando estoy a su lado.

«Toma —solté, entregándole tanto el odre lleno de agua como el trozo de tarta de almendras, piñones y miel que había robado de las cocinas—. He tardado un poco más porque no quería venir con las manos vacías».

Con el sonido de las olas del mar de fondo, me senté a su lado. Había encendido una pequeña hoguera, y las llamas llenaban la cueva de luz. Le observé beberse el agua con avidez, dejando que las gotas bajaran por su mentón para acariciarle el cuello, y también desenvolver el trozo de tarta.

«¡Vaya, menuda delicia! —exclamó—. Aunque no tenías que haberte molestado. Tenerte aquí conmigo ya es un regalo».

Clavó sus ojos en los míos y yo le observé a través de la tela del daceo. Es tan guapo, tan increíblemente hermoso, que cuando me pierdo en su mirada, me olvido hasta de respirar. Como siempre lleva el pecho desnudo, su piel ha empezado a adquirir un bonito tono dorado que le hace aún más bello; y yo tengo que hacer un esfuerzo por recordar que no es más que un hombre, y que no puedo dejarme llevar por algo tan mundano como el deseo.

«¿Cómo ha ido tu día?», le pregunté.

«Bueno, ha sido interesante. He estado pescando, y luego he paseado por la playa. Ah, también he rezado y... he vuelto a pasear por la playa. ¿Y sabes qué he hecho después de eso? Exacto, pasear por la playa».

Me reí y, aunque Aiden esbozó una sonrisa divertida, su mirada se oscureció enseguida. No lo ha dicho en voz alta, pero sé que está preocupado. Yo también empiezo a estarlo. Ambos sabemos que no puede quedarse allí eternamente, que tendremos que buscar una solución. Pero ¿cuál? ¿Volver a Ilta? El bote que ha construido no llegaría tan lejos.

«¿Cómo ha ido el tuyo? —quiso saber—. Seguro que ha tenido menos paseos por la playa, lo que lo hace más emocionante».

Partió la porción de tarta en dos trozos y me entregó uno de ellos. No pasé por alto que era el más grande. Quise replicar, pero se llevó el suyo a la boca, y no me quedó más remedio que comerme el mío, metiéndolo por debajo del daceo.

«Bien», respondí, encogiéndome de hombros.

Me habría gustado decirle que el tiempo había pasado lento entre rezos y rituales, incluso que me había aburrido tanto como él, pero ese día había sido distinto. Ese día había recibido una carta de mi madre, y volvía a sentir esa extraña y dolorosa presión en el pecho que, desde que le conocía a él, creía desaparecida.

«Recuerda que tu destino no es uno cualquiera, sino que lleva el peso de la sangre —me había escrito—. No permitas que nada te desvíe del camino que ha sido trazado para ti. Los dioses juzgan con dureza a quienes desperdician la oportunidad que se les ha concedido».

«¿Bien? ¿Y ya? —me preguntó Aiden—. Vamos, Évolet, cuéntame algo más. Llevo todo el día deseando escuchar tu voz».

Sus palabras, aunque tenían ese tono de burla que tanto le caracterizaba, me hicieron sonrojar. Me comí el último pedazo de tarta y, después, respondí:

«Es... complicado. Hay gente importante que tiene muchas expectativas puestas en mí, y me presionan para que haga cosas que, ahora mismo, no sé si quiero hacer».

«Ah, eso lo entiendo muy bien. Tu padre también es un alto cargo del ejército que te obliga a convertirte en un soldado sanguinario porque, si osas desear cualquier otro destino, te considerará la vergüenza de la familia, ¿verdad?».

«Sí, algo así».

Volvimos a reírnos y él se llevó a la boca lo que le quedaba de tarta. Cuando me miró, me di cuenta de que unas migas traviesas se habían quedado enredadas en su barba. Sonreí y, sin pensarlo, extendí la mano para quitárselas.

En cuanto mis dedos rozaron su piel, los dos nos pusimos tensos. La única vez que lo había tocado había sido en la playa, cuando le vi por primera vez. Por desconfianza, por seguridad y vergüenza, no había vuelto a hacerlo. Hasta ese momento.

Quise apartar la mano, pero él alzó la suya y me la acarició. Tocarme es... es un sacrilegio, y aun así ansiaba que lo hiciera. Por eso se lo permití.

El aire a nuestro alrededor se volvió más denso, tanto que casi podía sentirlo. Mi pecho subía y bajaba a toda velocidad, y a pesar de que tenía a Aiden al lado, lo notaba demasiado lejos. ¿Cómo podía

sentirme así por alguien que había nacido en el reino enemigo? ¿Cómo, si en sus venas corría la sangre de Hashkin, y en las mías la de Ikaroa?

«Évolet —susurró, sin dejar de acariciarme la mano—. Yo... necesito ver tu rostro otra vez».

«Aiden...».

«Sueño cada noche contigo, y creo que estoy empezando a volverme loco. Pienso en la luz de tus ojos en todo momento, cada instante de mi estúpida existencia. Déjame verte una vez más, por favor».

Aunque todos mis instintos me decían que no lo hiciera, mi cuerpo me lo pedía con tanta intensidad que hasta me dolía. Quería oler su piel, sentir su calor, dejar que me viera. Quería que todas las barreras que había entre nosotros desaparecieran, mirarle a los ojos sin una tela de por medio. Por eso, aun con el estómago encogido y las mejillas ardiendo, me levanté el daceo con lentitud, desnudando mi rostro ante él.

«Por los dioses —musitó, sin apartar la vista—. Te juro que estoy a punto de dejar de rezarle a Hashkin para empezar a rezarte a ti. ¿Cómo puedes ser tan hermosa?».

Aparté la mirada, pero él me cogió el rostro y, con delicadeza, me obligó a levantarla de nuevo. Como ya no había ninguna tela entre nosotros, me permití hundirme en esa inmensidad verde que tenía en los ojos y nadar en ella con libertad; observarle la mandíbula, y la nariz, y los labios.

«Debería volver a Ilta —me dijo—. Debería volver a casa, con los míos..., pero no quiero hacerlo. No puedo separarme de ti porque, si lo hiciera, no podría olvidarte jamás».

Sabía perfectamente cómo se sentía. Aunque no comprendía lo que estaba ocurriendo en mi pecho en ese momento, sabía que quería más de él, mucho más. Lo quería todo.

«Yo tampoco puedo separarme de ti», susurré con tristeza.

«Entonces no nos queda más remedio que huir juntos».

«¿Qué?».

«Deja el templo y empieza una vida conmigo, lejos de todos aquellos que solo quieren controlarnos».

«Aiden, el bote no aguantará un viaje tan largo».

«Pues construiré otro, uno más resistente. Tú me ayudarás».

Durante unos instantes, guardé silencio. ¿Qué podía responder a eso? Mi corazón me decía que sí, que en ese momento no había nada que deseara más que huir con él; mi cabeza, por el contrario, me recordaba que no podía escapar de Zawa.

Lo miré, con el corazón desbocado, y él, incapaz de aguantar más la distancia que nos separaba, me besó.

Nuestros labios se encontraron como el mar se encuentra con las rocas de los acantilados; con una fuerza animal, incontrolable, salvaje. Nuestras manos no tardaron en seguir su camino. Las mías le acariciaron el cuello; las suyas fueron a mi cintura y me acercaron a él, al calor de su cuerpo, al lugar al que, hasta ese momento, no sabía que pertenecía.

Nunca antes me había sentido tan viva; nunca antes había querido arder junto a alguien, como si tuviera la certeza de que, si muriera en ese momento, le haría feliz.

«Évolet —musitó, acariciando mi rostro con los labios—. No sé cómo he podido vivir tanto tiempo sin ti».

Volvimos a besarnos y, cuando Aiden me colocó sobre él, me quedé sin aliento. ¿El cosquilleo que sentía en el estómago era esa pasión sobre la que tanto nos había advertido la superiora? ¿Ese era el ardor incontrolable por el que hombres y mujeres perdían la cabeza?

«Aiden», susurré cuando sus labios bajaron hasta mi pecho, corrompiendo la pureza que había guardado con tanto anhelo para los dioses.

Estaba descontrolada, como si de pronto hubiera roto las cadenas que llevaban toda una vida sujetándome y un horizonte plagado de caminos se abriera ante mí.

Y todos y cada uno de ellos los quería recorrer junto a él.

Volvimos a besarnos, con el salvajismo de dos animales, hasta que escuchamos el ruido. Un crujido a la entrada de la cueva me hizo separarme de Aiden y ponerme en pie a toda prisa. No había nadie, pero por un instante me pareció que alguien nos observaba, que una sombra había aparecido en la cueva para juzgarnos. Me sentí más culpable que nunca porque, de pronto, mis crímenes se habían vuelto reales. ¿Y si una de mis compañeras nos hubiera visto? ¿Y si hubiera sido la superiora? ¿Y si se enteraban mis padres, o la mismísima Ikaroa?

«¿Évolet? —me preguntó Aiden, confuso—. ¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal?».

Aún tenía su sabor en sus labios y su calor en la piel, así que me bajé el daceo y aparté la vista de su torso desnudo. No era más que una niña ingrata, una estúpida y una egoísta. ¿Acaso no había aprendido nada de lo que Hashkin le había hecho a Ikaroa? ¿Cómo iba a

perdonarme la Madre que le entregara mi cuerpo a un enemigo, incluso que hubiera pensado huir con él?

«Hemos ido demasiado lejos», le dije, con un hilo de voz.

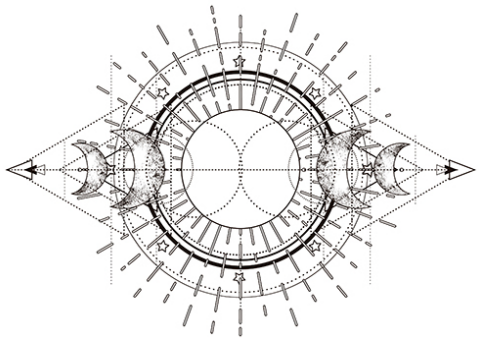
«Lo siento, de verdad. Al verte he perdido la cabeza y...».

«Aiden, yo... no puedo. Hay muchas cosas que no sabes y... Esto ha sido un error».

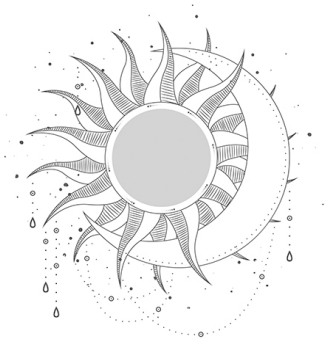
Salí corriendo y me alejé de la cueva con la certeza de que no volveríamos a vernos.

Aún no he podido dejar de llorar.

Évolet



Ven, Madre,
que mi latido despierte el tuyo,
y que tu alma recuerde por siempre,
que una vez descendí de ti.



27

Pasé las tres noches siguientes leyendo el diario de Évolet una y otra vez, buscando mensajes ocultos en cada una de las páginas, intentando ir más allá de las palabras. Sin embargo, aquellas hojas no parecían contener nada más que las confesiones de una joven sacerdotisa que se había enamorado de un enemigo sureño.

Sabía que la historia de Aiden y Évolet tenía un final trágico, que Ikaroa descubría la traición y acababa con sus vidas, pero aquella parte del diario solo llegaba hasta su primer beso. Después, lo único que había era una página rota e incompleta, el trozo de lo que parecía una oración. ¿A quién iba dirigida? ¿A Ikaroa? ¿Y por qué Évolet la habría escrito en su diario? Sin la parte que me faltaba, no podía averiguarlo.

Eso me hizo sentir frustrada e insatisfecha, como si me hubieran retirado un plato delicioso justo cuando más lo estaba disfrutando. No era solo que supiera que las hojas más importantes del diario las tenía Silas, sino que aquellas palabras eran magnéticas, y quería seguir sumergiéndome en ellas. ¿Por qué Évolet había vuelto junto a Aiden, si había huido tras besarle por primera vez? ¿Y cómo los habían descubierto? ¿Qué era lo que había en las páginas que me faltaban que pudiera traer de vuelta a los dioses del norte?

A pesar de que de pronto podía entender la lengua de los dioses, seguí acudiendo a las clases con Elián. Me disculpé con el bibliotecario explicándole que me había encontrado repentinamente mal —quizá no había digerido bien la comida—, y él no me hizo preguntas. Fingir que seguía necesitando sus lecciones era la única forma de que Rosten pudiera avanzar con nuestro plan, y, sorprendentemente, lo hizo. No volvió a enfadar al bibliotecario, e incluso consiguió hacerle reír.

—He empezado a leer ese libro que tanto te gusta, *El arte de pensar* —le dijo mi amigo.

—¿Y qué tal?

—Fatal, a la tercera página ya me dolía la cabeza. Creo que me habría gustado más si se llamara *El arte de no pensar.*

La risa de Elián fue suave, como los copos de nieve que caían al otro lado de la ventana, pero hizo sonreír a Rosten con orgullo; a mí, con esperanza. En ese momento tenía más claro que nunca que necesitábamos la otra parte del diario de Évolet, porque era ahí donde se escondía la clave para traer de vuelta a nuestros dioses.

Pero estábamos en el buen camino.

Como mi rutina siguió su curso con una calma desesperante, continué preparándole a Silas las infusiones de ardaluna. Me había ordenado llevárselas cada día con la salida del sol, y aunque a mí se me cerraban los ojos por culpa del sueño, cuando llegaba a su habitación, él siempre parecía muy despierto. Unas veces me esperaba vestido; otras, y esas eran las más difíciles, sin camisa. Verle así disparaba el fuego de mi imaginación, haciendo que me despertara de golpe.

—¿Por qué te levantas tan temprano? —le pregunté una mañana, acercándole la infusión—. Pensé que los reyes podíais dormir hasta tarde.

Silas esbozó una sonrisa, pero, como siempre que mostraba algo parecido a la felicidad, volvió a ponerse serio enseguida.

—No duermo mucho —me respondió—. Tengo insomnio.

Le entregué la copa con la infusión y él la sostuvo entre las manos, sin llevársela a los labios.

—¿Y eso? —le pregunté, sentándome a su lado—. ¿Es por Hashkin?

—No, ya me costaba dormir antes de convertirme en su recipiente. Es… es más bien por las pesadillas.

Que él también tuviera pesadillas hizo que mi corazón diera un salto, que de alguna forma lo viera más humano. ¿De verdad existía algo que podía atormentar a Silas, algo que incluso le impidiera dormir? Quería averiguarlo, no solo por seguir el plan de Minnana y acercarme a él, sino porque realmente me interesaba.

—¿Qué es lo que te da miedo?

Silas agachó la cabeza y perdió la mirada en el líquido de la copa, ese líquido en el que ambos habíamos depositado todas nuestras esperanzas. Poco a poco estaba empezando a conocerle, y no había pasado por alto la tristeza anidada bajo el naranja de sus ojos, los secretos que tanto se esforzaba por ocultar. Aún no sabía cuál era su edad, pero, si hacía treinta ciclos de oscuridad que se había sentado en el trono, debía de ser mucho mayor que yo.

—El mar —me respondió—. Me aterra el mar.

—¿El mar?

—Sí, el mar —replicó, volviendo a mirarme—. ¿Qué pasa?

—No sé, esperaba que lo que te provocara pesadillas fuera algo menos… corriente.

De nuevo ese intento de sonrisa, ese esfuerzo por alejar la alegría cuando esta intentaba alcanzarle.

—Una vez estuve a punto de morir ahogado. Ni siquiera soy capaz de acercarme a la playa.

Los dos nos quedamos callados, como si quisiéramos escuchar el rugido de las olas que, al otro lado de la ventana, golpeaban los acantilados. De nuevo volvía a sentir hacia Silas algo parecido a la compasión. No solo era un rey cruel, un asesino, sino también alguien que sufría; alguien que se despertaba en mitad de la noche buscando un abrazo que le consolara.

Que por mi mente pasara la idea de ser la persona que se lo diera hizo que me odiara a mí misma.

—Yo también tengo muchas pesadillas —le dije—. Desde que era pequeña.

—¿Qué es lo que te da miedo a ti?

La primera respuesta que pasó por mi mente fue clara y concisa: *tú*. Sin embargo, sabía que en el fondo no era verdad. Ya no. Aunque seguía considerando a Silas peligroso, aunque seguía odiándole con todas mis fuerzas, ya no me daba miedo. Me había acostumbrado a su presencia, y el ir conociendo sus debilidades había hecho que dejara de verlo como un monstruo, al menos cuando Hashkin no le controlaba.

—Supongo que no poder evitar el sufrimiento de aquellos que me importan —le respondí.

—¿Y eso no es corriente?

Le miré, alzando una ceja, y Silas me devolvió una sonrisa. Esta vez pareció olvidarse de la culpa, porque la mantuvo. El poder presenciarla me hizo sentir la persona más afortunada de todo Rieva.

—Bébete la infusión, anda —le dije—. Se te va a enfriar.

Silas obedeció y se la llevó a los labios. Yo le observé con atención.

—¿Crees que está haciendo efecto? —le pregunté.

—No escucho a Hashkin, pero no sé si es la infusión o el yin que me queda en el cuerpo lo que lo mantiene dormido. Supongo que no tardaremos en averiguarlo.

Asentí, intentando controlar mi propia impaciencia. Como Silas había estado tomando el yin con tanta frecuencia, a su cuerpo aún le quedaban reservas; no empezaría a notar la falta hasta que hubieran pasado unos días. Si la infusión de ardaluna estaba haciendo efecto, habríamos encontrado un sustituto menos agresivo, uno que no le provocara la debilidad del yin; si no…, tendríamos que buscar otra solución.

Volvimos a mirarnos y el calor se enredó en mi pecho, como si todo a nuestro alrededor se hubiera desvanecido y solo quedara esa chispa imprevisible entre nosotros, esa extraña curiosidad hecha de mil colores que me impedía apartar la mirada.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije.

—Depende. ¿Vas a arrepentirte de escuchar la respuesta?

Le ignoré.

—Cuando liberaste a Rosten, ¿ordenaste a Osmar y Taviro que me dejaran tiempo a solas con él?

El rey entornó los ojos, como si esa no fuera la pregunta que había esperado. Después, me respondió:

—Me dijiste que te sentías sola, así que imaginé que hablar con tu amigo te ayudaría. Mientras os vigilaran desde la distancia, no lo consideré peligroso. ¿Por qué?

Que Silas no solo hubiera liberado a Rosten, sino que también hubiera tenido en cuenta mis necesidades, era algo que no podía asimilar. Sin poder evitarlo, pensé en lo que me había contado Malva, en que le había salvado la vida, y sentí una extraña y nada conveniente gratitud hacia él. Mis mejillas comenzaron a arder, respondiendo a una vergüenza repentina que ni yo misma llegaba a comprender, así que me apresuré a ponerme en pie.

—Por nada —le dije—. Era simple curiosidad.

—¿Te marchas ya?

—Sí —respondí, algo nerviosa—. Tengo… tengo cosas que hacer.

Caminé hasta la puerta, pero, cuando agarré el pomo, Silas me detuvo.

—Navia.

Me di la vuelta, aún avergonzada, y cuando mis ojos se encontraron con los suyos, me temblaron ligeramente las piernas. Por los dioses, cómo odiaba la intensidad de sus colores. Cómo le odiaba a él, a ese estúpido acento melódico que me hacía cosquillas cada vez que hablaba.

—Si vuelves a tener una pesadilla —me dijo—, puedes venir. Me gusta hablar contigo y… quizá podamos enfrentarnos juntos a

nuestros miedos.

Durante unos instantes, sus palabras quedaron flotando en el aire. No sabía qué significaba lo que acababa de decir, si se trataba de una proposición sexual o si, además de su curandera, quería que fuera su amiga. La primera opción podía comprenderla, porque era innegable que desde lo que había pasado en la boda nos atraíamos el uno al otro; la segunda, sin embargo, me parecía un sacrilegio. Una cosa era empezar a ver el lado humano de Silas, entenderle e incluso apiadarme de él… otra muy distinta, que me propusiera buscarle cuando tenía una pesadilla. No, había líneas que no estaba dispuesta a cruzar.

Como no supe qué responderle, cerré la puerta de la habitación y me marché sin decir nada.



Quince días después de nuestra boda, la corte de Almira llegó a Jata.

Los nobles y cortesanos más importantes de la capital de Ilta se adueñaron del palacio, y yo no pude hacer nada más que apretar los puños y guardar silencio. Los pasillos de mármol negro que habían construido mis antepasados se llenaron de desconocidos que vestían ropas finas de mil colores y decoraban sus orejas con pendientes cargados de piedras preciosas. Junto a ellos llegaron también docenas de sirvientes, por lo que Silas despidió a los pocos norteños que aún trabajaban en el palacio. En la ciudad, los estandartes que quedaban con la luna de Ikaroa fueron sustituidos por los del sol de Hashkin, y de alguna forma sentí que el último símbolo de resistencia que quedaba en Jata era yo, que estaba destinada a ser la última esperanza de Rieva.

Todo parecía ir bien, tal y como lo había planeado, hasta que una mañana, cuando llegué a la habitación de Silas para darle la infusión de ardaluna, lo encontré apoyado en el respaldo de una de las sillas,

con los dientes apretados. Estaba sudando mucho y le temblaba todo el cuerpo.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

De pie junto a él había una sacerdotisa de Katana. Era hermosa, tan hermosa que parecía irreal. Estaba terminando de vestirse y, en cuanto me vio llegar, esbozó una sonrisa afilada. Eso me provocó una inesperada punzada en el estómago.

—¿Necesita que le ayude en algo más, majestad? —le preguntó la sacerdotisa, acercándose hasta él para acariciarle el brazo con cariño.

Silas se apartó de ella y, con la misma brusquedad, le dijo:

—Fuera. No sé por qué sigues estando aquí.

La sacerdotisa guardó silencio y, tras dedicarle una mirada suplicante que no tuvo ningún efecto en él, se marchó de la habitación. Esta vez ni siquiera me miró, y yo lo sentí como una victoria.

—Tu asquerosa infusión no hace efecto —me dijo Silas en cuanto nos quedamos a solas.

No hizo falta que dijera nada más para que lo entendiera. Silas llevaba siete días tomando la infusión de ardaluna, y aunque la flor de Ikaroa controlaba a Hashkin y paliaba ligeramente los síntomas de la adicción, su cuerpo había terminado dándose cuenta de que no era yin. Por eso, estaba sufriendo los síntomas de la abstinencia: temblores, sudoración, ansiedad. Probablemente también tenía fiebre, incluso mareos y náuseas.

—Estoy peor que antes —continuó, rabioso—. Cuando vienen las sacerdotisas ni siquiera puedo…

—Duplicaremos la dosis de la infusión —le interrumpí, evitando así que me diera detalles de lo que hacía o no hacía con las sacerdotisas de Katana—. Tu cuerpo ya se ha acostumbrado a la que le estamos dando.

Silas dio un golpe en la mesa, y yo me sobresalté.

—¡Te dije que si no me ayudabas, no tendría piedad! —exclamó—. ¡Voy a matarte, y después mataré a todos los

habitantes de este reino!

El naranja de sus ojos ardía, furioso, y enseguida aparecieron las vetas de fuego en su piel. Eso significaba que Hashkin se estaba despertando.

—Si aumentamos la dosis…

—¡No quiero esperar más! —gritó, apartando la silla con brusquedad—. ¡La corte de Almira está aquí y no puede verme así! ¡Estoy harto de tener que llevar máscaras para cubrir mi rostro, harto de sentirme enfermo! Voy a ir a buscar a Hiel. Voy a encontrar a ese maldito brujo y, si no me da más yin, acabaré con él.

Apretó la mandíbula y, con el rostro empapado en sudor, comenzó a caminar hacia mí. Al darme cuenta de que lo que quería era salir de la habitación, extendí los brazos y le bloqueé el paso.

—Tienes que pasar la abstinencia —le advertí. Tenía los latidos desbocados, el miedo atascado en la garganta—. Si… si vuelves a tomar yin, los avances que hemos hecho hasta ahora no habrán servido para nada.

—Apártate —me ordenó.

—No.

—Luz de luna —musitó—. Si no te mueves ahora mismo, te arrancaré el corazón.

—Entonces te quedarás no solo sin la esposa del norte que tanto ansiabas tener, sino también sin la única persona que puede ayudarte.

Silas emitió un gruñido de frustración y, tras lo que pareció un tenso debate interno, se dio la vuelta y le dio una patada a una de las sillas.

—¡Joder! —gritó—. ¡No soporto esto más!

Volvió a golpearla y después descargó su rabia contra la mesa, y contra uno de los jarrones de porcelana que decoraban la estancia, y contra las cortinas de la cama, las cuales arrancó de cuajo. Con cada golpe yo me encogía, y me preguntaba si no sería mejor dejarle tomar el yin y que este acabara con él y su sufrimiento. Sin embargo, por mucho que me pesara, no podía hacer algo así. No era

solo que mis instintos de curandera me lo impidieran, sino que eso habría condenado a las criaturas de la noche. Si Silas no dejaba de tomar el yin, ellas jamás serían libres.

—Silas —dije, dando un paso al frente—. Tran… tranquilo.

Pero él ni siquiera me escuchó. Continuó destrozando la habitación, como si la violencia fuera lo único que pudiera calmarle, y yo no tuve más remedio que acercarme hasta él. Sabía que podía golpearme, que si le enfadaba me convertiría en el blanco de su ira, pero no podía permitir que perdiera el control. En ese momento no le veía ni como a un rey ni como a un asesino, sino como a un paciente, alguien a quien debía ayudar.

—Silas —repetí, dejando la infusión de ardaluna sobre la mesa.

El rey se giró hacia mí, y yo me estremecí. Tenía la mirada perdida y estaba temblando, con la expresión de un animal salvaje a punto de atacar. Las vetas de su rostro cada vez brillaban con más intensidad, casi tanto como el fuego de sus ojos.

—No te acerques —me advirtió—. Te juro que si te acercas, te arrepentirás.

Tragué saliva e, ignorándole, le toqué el brazo con suavidad.

—Tranquilo —repetí.

Silas se puso muy tenso y observó mi mano. Por un instante pensé que la apartaría, que descargaría su rabia contra mí por haberle desobedecido, pero cuando su mirada encontró la mía… se tranquilizó. Hubo algo en ella que hizo que se calmara, como un bálsamo del que solo él conocía los efectos.

—Ven conmigo —le pedí.

—Están llenos de estrellas —susurró—. Tus ojos.

Algo en la forma en la que lo dijo hizo que los latidos de mi corazón se aceleraran. Por primera vez no notaba que me estuviera mirando con odio, sino con… ¿admiración? No, no podía ser. Debía de ser uno de los efectos de la abstinencia.

—Sí —le respondí mientras le arrastraba hasta la cama—. Son los ojos de la familia real de Rieva.

—No, no es verdad.

Definitivamente, estaba delirando.

—Túmbate —le ordené.

Él obedeció, sin dejar de temblar, y yo pensé en lo que habrían hecho mis tías en una situación como esa. Movimientos y palabras suaves, apoyo emocional, hidratación. Sí, eso era importante.

—Voy a traerte la infusión —le dije—. No te muevas.

Me levanté para volver a coger la copa que había dejado sobre la mesa y se la llevé hasta la cama. Él, aunque reticente, se incorporó ligeramente y bebió. Después, cuando terminó, saqué el pañuelo de lino que escondía en el escote y lo usé para limpiarle el sudor de la frente. El calor intenso que desprendía su piel me indicó que, tal y como había sospechado, tenía fiebre.

—Odio… odio esto —musitó, cerrando los ojos con cansancio. La infusión siempre le hacía efecto casi al instante—. Te odio a ti.

—No es lo más bonito que puedes decirle a alguien que te está cuidando, ¿sabes?

—No quiero ser débil.

Continué limpiándole el sudor, apreciando con rabia lo bonitos que eran sus rasgos. La nariz, los labios, la mandíbula. ¿Habría sido siempre así, o era Hashkin quien le había dado esa belleza casi irreal?

—No eres débil —le dije—, al contrario. Lo que estás pasando es una parte del proceso, quizá la más importante. Tu cuerpo está aprendiendo a vivir sin yin.

Silas abrió los ojos y buscó los míos. A pesar de que estaba pálido y aún temblaba, parecía más tranquilo. Cuando le veía así, me era mucho más difícil no apiadarme de él.

—¿Por qué haces esto, luz de luna? —me preguntó.

—¿El qué?

—Curar a la gente. Curarme… curarme a mí.

Aunque lo lógico habría sido decirle que lo hacía porque me había amenazado, ambos sabíamos que había algo más. No solo sentía compasión hacia él y su sufrimiento, sino también curiosidad, y una

ilógica responsabilidad que me impedía desentenderme de alguien que me había pedido ayuda.

«Siempre has tenido complejo de salvadora», me había dicho Liara.

—Pudiendo ayudar a alguien —le dije—, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Porque los humanos somos malvados y crueles por naturaleza; no merecemos clemencia.

—Eso no es verdad.

De nuevo esa mirada que aceleraba mis latidos, como si estuviera viéndome por primera vez. Quizá le conmovía mi compasión, ya que él no era capaz de sentirla, o quizá sentía pena por mí, pero no apartó la vista.

—¿Crees que *yo* merezco clemencia? —me preguntó.

No pude evitar pensar en Liara, en las sacerdotisas de Valoa, en los sirvientes y en las torturas de Minnana; en todas las víctimas inocentes de las que ni siquiera conocía el nombre. Había visto las cicatrices de sus antebrazos, el corte que marcaba su cuello, y aunque no había nada más humano que el dolor, el sufrimiento no le había convertido en una víctima, sino en un verdugo. Sin embargo, también pensé en Malva, en lo que me había contado sobre él; en cómo les había pedido a los guardias que me dejaran hablar con Rosten solo porque le había dicho que me sentía sola.

«Por eso sé que no es un hombre malvado, porque gracias a él…, bueno, podemos decir que volví a la vida».

—Depende —respondí—. ¿Aún queda humanidad dentro de ti?

Silas guardó silencio, y yo no insistí.

Continué limpiándole el sudor del rostro, bajando por su cuello, llegando al inicio del pecho. Lo que estaba haciendo era muy íntimo, mucho más que lo que habíamos hecho en la noche de bodas, y al darme cuenta, sentí los nervios en el estómago. Cuidarle así, aceptando con respeto su vulnerabilidad, fue como cruzar una frontera, como si nos estuviéramos desnudando de una forma que nada tenía que ver con nuestros cuerpos.

—Sé que voy a caer —confesó, rompiendo la calma en la que nos habíamos sumido—. No tengo fuerzas suficientes para seguir negándome a tomar el yin que me trae Hiel. La adicción es… es mucho más fuerte que yo.

Quise decirle que se equivocaba, que sabía que iba a ser fuerte, pero habría sido una mentira. Si le entregaban el yin en bandeja, tarde o temprano caería de nuevo.

—Tendríamos que evitar que te acercaras al yin —musité, pensativa—. En dos días, lo peor de la abstinencia habrá pasado, pero la única forma de superarla será manteniéndote alejado de esa sustancia.

—¿Cómo voy a mantenerme alejado? No puedo pedirle a Hiel que deje de traérmelo, porque no lo permitirá.

—¿Por qué no? Eres tú quien lleva la corona, no él.

Silas apartó la vista y, con algo de rabia, apretó la mandíbula. Sin poder evitarlo, recordé cómo el brujo le había controlado en Daris, y también cómo los soldados parecían obedecer a Hiel la noche en la que Silas y yo nos encontramos en las mazmorras. Había algo que se me estaba escapando, algo que tenía que ver con el consejero real, y deseaba averiguarlo a toda costa.

—Los soldados me obedecen —me dijo—, pero también obedecen a Hiel.

—¿Por qué?

—Es… complicado.

—¿Complicado?

—Te encanta hacer preguntas, ¿eh?

—Y a ti evitar responderlas.

Silas esbozó una de sus fugaces sonrisas; yo lo sentí como un triunfo.

—Hiel dirige el reino cuando yo estoy impedido por el yin —me explicó—. Hay veces que me deja tan débil que ni siquiera puedo levantarme de la cama, así que el consejero se encarga de todo. Áurea Fierro es su mano derecha, y hemos llegado a un punto en el que… en el que los soldados lo ven a él como a un dirigente mucho

más fuerte que a mí. Me respetan, y lo harán mientras lleve dentro a Hashkin, pero creo que han perdido la confianza en mí. Esa es una de las razones por las que necesito dejar de tomar esa sustancia cuanto antes.

De pronto entendí la razón por la que Silas no quería que le trataran los médicos del sur, y también las implicaciones políticas de lo que le ocurría cuando tomaba el yin. Una parte de mí pensaba que la debilidad de Silas nos beneficiaba; la otra, mucho más inteligente, sabía que si Hiel se hacía con el control, tanto Rieva como yo estaríamos perdidos. Ese hombre era poderoso, aterrador y cruel; un auténtico monstruo.

—Bueno —respondí—, entonces mantenerte alejado del yin es mucho más urgente de lo que pensaba. Si Hiel se niega a dejar de dártelo…, tendremos que evitar que lo fabrique.

—¿Qué?

—Liberemos a las criaturas encerradas.

Silas volvió a mirarme, y yo noté cómo se aceleraban los latidos de mi corazón. No había pasado un solo día sin pensar en las criaturas encerradas, pero hasta ese momento, no se me había presentado la oportunidad de liberarlas. Gracias a la Madre, o quizá a Idriel, o a Ninfe, por fin la tenía.

—Se hace con su sangre, ¿no? —añadí—. Bien, pues si no hay criaturas, no hay sangre; y sin sangre, no hay yin.

—En cuanto Hiel descubra que se han escapado, querrá cazar más.

—Para cuando quiera hacerlo, lo peor de la abstinencia habrá pasado y tú no necesitarás más yin. Podrás ordenarle que deje de hacerlo.

Silas guardó silencio, y yo esperé, expectante.

—¿En dos días estaré mejor? —me preguntó Silas.

—Por lo que tengo entendido, sí —le respondí—. No sé muy bien cómo actúa el yin en tu cuerpo, pero parece que tu adicción no se diferencia de las de sustancias como la amapola o el beleño negro.

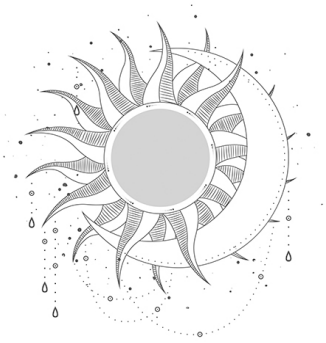
No estaba segura de lo que estaba diciendo, pero Silas no tenía por qué saberlo. Confiaba en que la adicción al yin no fuera muy distinta de las que ya conocía; en que, si lo peor acababa de empezar, no durara más de dos días. Si estaba equivocada no era yo, sino la Navia del futuro, quien tendría que solucionarlo.

—Está bien —musitó Silas—. Podemos intentarlo.

Giré la cabeza para mirar a través del ventanal, perdiendo la vista en la línea que unía el horizonte con el mar, y después sonreí. Notaba la emoción en el estómago, la esperanza palpitando en el pecho.

—Lo haremos hoy mismo, pasado el anochecer —le dije—. Mañana estarás mucho peor, y tenemos que asegurarnos de que no tienes forma de acceder al yin.

Esa noche había luna llena, la segunda desde que estaba en el palacio, pero la primera que utilizaría a mi favor.



28

En cuanto la luna coronó el cielo y mi piel comenzó a brillar, acudí a la habitación de Silas. Gigi, como siempre, se quedó en la mía custodiando el diario. Osmar y Taviro me acompañaron hasta allí, pero después, por orden de su rey, se marcharon a descansar.

—Tus guardias van a pensar que queremos estar solos para cumplir con nuestras obligaciones maritales —me dijo Silas en cuanto abandonamos la habitación.

—No creo que pudieras hacer nada conmigo en ese estado.

Al igual que esa mañana, el rey no se encontraba bien. No había dejado de sudar, y seguían temblándole las manos. Sus ojos tenían un preocupante brillo febril, y aunque se esforzaba por disimularlo, cojeaba ligeramente al andar. Le había dado una dosis doble de infusión de ardaluna y eso parecía haberle calmado; sin embargo, tenía miedo de que no fuera suficiente y nuestro plan acabara en desastre.

—¿Me estás retando? —soltó.

Algo dentro de mí comenzó a arder, esa atracción curiosa que me hacía pensar en él más de lo que me gustaría. El hecho de saber que el sentimiento era mutuo, que su cuerpo reaccionaba igual que el mío cuando estábamos cerca, no ayudaba en nada.

—Ahora mismo tengo otras preocupaciones —le respondí—. Liberar a las criaturas encerradas es una de ellas; curarte, otra.

—Vamos, no me digas que no te quedaste con ganas de más en la noche de bodas.

Tragué saliva, y me vi obligada a apartar la mirada. Habría preferido morir antes de que Silas descubriera la clase de fantasías que había tenido con él.

—No soy una de tus sacerdotisas —me defendí—. Yo tengo dignidad.

—No niego que la tengas, luz de luna, pero esa noche parecías dispuesta a perderla por completo.

Apreté los puños con fuerza y noté cómo la sangre se concentraba en mis mejillas. En el zurrón que colgaba de mi hombro llevaba un cuchillo que había robado de las cocinas, además de mis ungüentos, y en ese momento se me pasó por la cabeza usarlo contra él para que se callara.

—Deberías pensar más en tu dignidad, y menos en la mía —le dije—. ¿Sabes lo que se comenta en las calles de Jata? Que haces depravados rituales sexuales con las sacerdotisas de Katana.

Silas esbozó una sonrisa divertida y, tras pasarse la lengua por los labios, respondió:

—¿Lo dices para juzgarme, o porque te mueres por comprobarlo?

La vergüenza me bloqueó la garganta y, de forma inconsciente, comencé a caminar más rápido.

—Date prisa o no llegaremos nunca —le apremié.

Continuamos caminando en silencio, atentos a cualquier ruido. El fuego de las antorchas que iluminaban los pasillos arrancaba destellos a los diamantes que brillaban en mi piel, creando un bello espectáculo en las paredes del palacio. Eso parecía llamar la atención de Silas, ya que no apartaba la mirada. Estaba tan acostumbrada al poder de la noche, a transformarme en cada lunación, que siempre me sorprendía el asombro de los demás.

—¿Desde cuándo brillas así? —me preguntó, rompiendo de nuevo la calma que nos rodeaba.

—Pues desde que nací. Todos los miembros de la familia real lo hacemos. Ikaroa le dio a la reina Arelia los poderes de la noche, y

los hemos ido heredando de generación en generación.

Silas frunció el ceño y me respondió:

—Eso no es verdad.

Me detuve en seco y, tras cruzarme de brazos, lo miré.

—Oye, ya basta —le dije—. Esta mañana me dijiste lo de mis ojos, y ahora esto. No sabes nada sobre la familia real de Rieva, y desde luego, no sabes más que yo. No tengo ni idea de quién te habrá dicho que no…

Silas me puso una mano en la boca y me arrastró hasta una de las estancias vacías que se abrían hacia el pasillo. Aún tenía las palabras en los labios cuando me empujó contra una pared y susurró:

—Viene alguien.

Los dos nos quedamos quietos, a la espera. Silas estaba tan cerca que podía notar los latidos de su corazón contra mi pecho, su respiración en mi rostro; tanto que me hizo pensar de nuevo en lo que había pasado en su cama, en lo que habíamos hecho en mi sueño. Sus caricias, sus gemidos, sus besos.

—Es un soldado —me dijo, sin retirarme la mano de la boca.

Abrí mucho los ojos y él bajó la vista para mirarme. Mientras el soldado atravesaba el pasillo, nos limitamos a observarnos. A pesar de la evidente debilidad que le provocaba la abstinencia, estaba más atractivo que nunca. Sin poder evitarlo me perdí en el color de sus ojos, en la longitud de sus pestañas, en la cicatriz que decoraba su comisura izquierda. Él, a su vez, exploró mi rostro con interés. Cuando se detuvo en mis labios, comenzaron a temblarme las piernas.

¿Cómo sería besarle? ¿Sabrían sus labios igual de bien que en mis sueños? Nunca antes, ni siquiera en mis citas con Anxo, había deseado que alguien me besara. Lo que sentía por Silas era inexplicable, animal, un fuego intenso y peligroso avivado por el odio.

—Ya se ha ido —musitó, sin dejar de mirarme.

Tardamos unos instantes en separarnos, unos instantes que se alargaron más de lo debido. Cuando continuamos con nuestro camino, aún estábamos tensos, con el calor del otro en la piel. Ninguno de los dos abrió la boca hasta que bajamos las escaleras que estaban al lado de las cocinas y llegamos hasta las mazmorras.

—¿Por qué no hay soldados? —le pregunté, sorprendida, al ver que no había ningún guardia vigilando.

—Porque les he dado la noche libre. Ahora mismo estarán borrachos en alguna taberna de la ciudad.

—¿Y sus superiores no han puesto ninguna pega?

—Sus superiores también tienen la noche libre —me respondió.

—¿Y Hiel no ha hecho preguntas?

—Hiel no tiene por qué enterarse.

Me gustaba que Silas hubiera decidido actuar a espaldas de Hiel, pero también sentir que, de alguna forma, era yo quien había encendido la chispa de la rebeldía. Lo miré, sorprendida y orgullosa, pero al hacerlo recordé que tenía fiebre, que estaba a punto del desmayo, así que aceleré el paso y entré en la sala en la que estaban encerradas las criaturas.

Al igual que la primera vez que había estado allí, la rabia me incendió el pecho. Había menos criaturas que la última vez, y las que quedaban estaban muy débiles. Los dos trasnos que se golpeaban contra los barrotes habían desaparecido, y en vez de cuatro diaños, había solo tres. La joven moura y el lobishome seguían allí, pero parecía que casi no tenían fuerzas para abrir los ojos. Tenían más heridas, y también había más sangre plateada manchando el interior de las jaulas, lo que significaba que Hiel había estado experimentando con ellas.

Me acerqué y las observé desde más cerca, incapaz de contener la tristeza. Tendría que haberlas liberado antes. Si lo hubiera hecho, las que faltaban seguirían con vida. Yo era lo único que tenían en aquel palacio infernal, y les había fallado.

—No se merecen esto —le dije a Silas—. Son seres vivos que sienten y sufren, como tú y como yo. ¿Crees que Hiel tiene derecho

a tratarlas como si su vida le perteneciera?

El rey se colocó a mi lado, pero guardó silencio. ¿Le conmovería, aunque solo fuera un poco, su dolor?

El lobishome, la más grande de las criaturas encerradas, alzó la cabeza y nos miró. Aunque tenía la apariencia de un lobo, su mirada era tan humana como la mía. En realidad, no era un animal, sino un hombre que podía transformarse, pero que, como había probado la carne humana, estaba condenado a vivir para siempre siendo un lobo. Según lo que había investigado para mi bestiario, solían ser criaturas agresivas; el que estaba en la jaula, sin embargo, tenía heridas en el hocico y en las patas, con un miedo tan profundo en la mirada que supe al instante que los experimentos de Hiel le habían roto el alma.

—Hola —le dije, intentando calmarlo—. Voy a sacarte de aquí, no te preocupes.

Metí una mano en la jaula y, con cariño, le acaricié el lomo. Él me observó con atención, el brillo de mi piel reflejado en sus ojos. ¿Cuánto tiempo llevaría encerrado entre esos barrotes, casi sin poder moverse? ¿Cuánto sin recibir algo parecido al amor?

—Ten cuidado —me advirtió Silas.

—No es peligroso —le susurré—. Mira, ven.

Silas se agachó a mi lado y yo, sin pensarlo, le cogí una mano y la llevé hasta el pelaje del lobishome. Él no se resistió, sino que dejó que le guiara.

—A las criaturas de la noche no las creó Ikaroa —le expliqué mientras perdía nuestras manos en el espeso pelaje del lobishome—. Son hijas de…

—La diosa de las estrellas —me interrumpió él—. Sí, sé que fue Idriel quien las creó.

Nos miramos, aún perdidos en el pelaje del lobo, y disfruté del cálido contacto de su piel. Me sorprendió que esas manos tan acostumbradas a matar y provocar dolor también supieran dar cariño; que, al igual que las mías, pudieran hacer el bien.

—¿No te parece bonita la idea de que entre nosotros haya criaturas hechas por las mismísimas estrellas? —le pregunté.

—Sí —susurró él, perdido en mis ojos—. Es… es preciosa.

Continuamos acariciando al lobishome, olvidándonos de pronto de dónde estábamos, y también de para qué.

—Navia, yo… Tú…

Un golpe en el pasillo nos sobresaltó. Nos pusimos en pie, con el corazón en un puño, y esperamos. Sin embargo, nadie irrumpió en la estancia. Probablemente había sido algún prisionero golpeando los barrotes de la jaula, haciendo que el sonido rebotara contra los techos de las mazmorras. Aun así, no podíamos entretenernos.

—Échate a un lado —le dije a Silas.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

A modo de respuesta, alcé el brazo derecho en dirección a la jaula del lobishome. Notaba el poder de la noche arremolinándose en mis dedos, haciéndome cosquillas en las entrañas. Las antorchas que iluminaban la estancia hacían que los destellos de mi piel se intensificaran, convirtiéndolos en diamantes. Nadie que me hubiera visto en ese momento habría pensado que no descendía de la mismísima Ikaroa.

—Voy a usar mi poder —le respondí—. Apártate.

—¿Poder? ¿Qué poder?

—El poder de la noche no solo hace que brille cuando hay luna llena, también me da una especie de… fuerza. No es algo espectacular, pero creo que nos ayudará.

Silas retrocedió un par de pasos, y yo giré la mano con suavidad. El candado que cerraba la jaula dio un pequeño salto, pero un latigazo de dolor me atravesó por dentro y me obligó a detenerme. Apreté los dientes y, esforzándome por ignorar el hielo que me congelaba el pecho, volví a girar la mano. Esta vez, el salto fue más fuerte.

Mientras usaba la magia, Silas me observó con interés. Eso hizo que me arrepintiera al instante de habérselo contado, de haberle

dado una información que, en el futuro, podía utilizar en mi contra. Sin embargo, ¿qué otra opción me quedaba?

«Vamos, Navia —pensé—. No te rindas ahora. Hazlo por ellos».

Me concentré de nuevo en la cerradura, en exprimir mi poder, y volví a girar la mano. El impacto, esta vez sí, abrió el candado.

—¡Sí! —exclamé, eufórica, antes de girarme hacia Silas—. Saca al lobishome. Voy a abrir las demás.

Silas asintió y se agachó frente a la jaula. Mientras me recuperaba del esfuerzo, observé cómo cogía a la criatura con suavidad, cuidándose de no hacerle daño.

Volví a levantar el brazo y, al igual que había hecho con la jaula del lobishome, abrí la de la moura y las de los diaños. El pecho me dolía más que nunca, como si el hielo de la maldición se me hubiera clavado en el corazón, pero en ese momento no me importó. Las criaturas eran libres, y teníamos que sacarlas de allí.

Me acerqué hasta la jaula de la moura y la cogí en mis brazos. Cuando creciera se convertiría en una mujer hermosa y llena de poder, una que engatusaría a los hombres y engendraría mestizos como Rosten, pero en ese momento tenía el tamaño de una niña pequeña. Aún debía de ser muy joven, por lo que tenerla allí me parecía aún más cruel.

—Venid conmigo —les susurré a los diaños.

Los pequeños duendes con cuernos y patas de cabra me miraron con los ojos medio cerrados, como si no entendieran del todo lo que estaba ocurriendo, así que cogí como pude a dos de ellos y le dejé el otro a Silas.

—¿Qué hacemos? —me preguntó—. ¿Las llevamos al bosque?

Nuestro plan siempre había sido liberar a las criaturas, pero no había contado con que estarían tan malheridas. Ni siquiera podían caminar. Si las dejábamos solas en la nieve, morirían.

—No voy a abandonarlas en este estado —le dije—. Primero tengo que curarlas.

—¿Y qué pretendes hacer? Si no las liberas, Hiel las encontrará.

Apreté a la moura contra mi pecho y sostuve la mirada de Silas. No era el momento de discutir, pero tenía claro que a donde fueran las criaturas, yo las acompañaría.

—Entonces iré al bosque con ellas —le dije—. Buscaré una cueva en la que puedan descansar y…

—Navia —me interrumpió Silas—. No puedes irte al bosque.

—¿Por qué?

—Porque hasta que pase la abstinencia… hasta que me encuentre mejor… yo… te necesito a mi lado.

De repente se puso muy serio, y me di cuenta de que estaba empeorando. Sus pupilas se habían dilatado tanto que el negro casi había consumido el naranja, como si Hashkin le estuviera amenazando desde dentro. Estaba sudando tanto que ya tenía el pelo empapado, pegado a la frente.

Nos miramos, perdiéndonos en el silencio, y algo vibró dentro de mi pecho. Quizá era la responsabilidad que sentía hacia él, o quizá algo que ni sabía ni quería explicar, pero me hizo bajar todas las defensas. Por los dioses, ¿qué podía hacer?

—Ven a mi habitación —propuso—. Las cuidaremos allí.

—¿No será… peligroso?

Sabía que Silas no se bebía la sangre de las criaturas, sino la sustancia que Hiel creaba con ella, pero no quería que tuviera la tentación tan cerca. ¿Y si la abstinencia le hacía enloquecer? ¿Y si no podía controlarle?

—Si tú estás conmigo, no lo será —me dijo.

Aunque sabía que sus razones eran puramente egoístas, que solo me quería a su lado porque sabía mucho más que él de medicina, mi pecho se llenó de un cálido agradecimiento.

—Bien —le dije—. Pues vamos.

Abandonamos las mazmorras con sigilo, cuidándonos de que nadie nos viera, con las criaturas apretadas contra el pecho. Solo cuando llegamos a los aposentos de Silas, pudimos volver a respirar.

—Las pondremos en el baño —le expliqué mientras cogía los cojines de la cama y los tiraba junto a la bañera para hacer unas

camillas improvisadas—. Estos días he estado preparando ungüentos en las cocinas, creo que los que tengo me servirán.

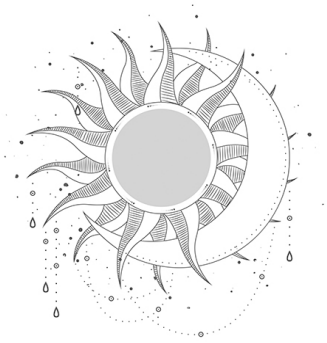
Siguiendo mis indicaciones, Silas dejó al lobishome y al diaño sobre los cojines, y después volvió a la habitación.

—Lo único que vamos a necesitar es agua y comida —continué, alzando la voz para que me escuchara—. Si todo va bien y no hay ninguna infección, mañana o pasado podremos liberarlas.

Volví a la habitación junto a Silas, pero, al verle, me detuve en seco. Tenía la mirada perdida y se tambaleaba, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por mantenerse de pie.

—¿Estás… estás bien? —le pregunté.

Me miró, y antes de que pudiera decir nada más, se desplomó frente a mí.



29

Los aposentos de Silas se habían convertido en un hospital.

Las criaturas heridas se encontraban en el baño, con los cojines a modo de camillas, mientras que Silas estaba en la cama. Se había desplomado por la fiebre y la deshidratación, así que solo había necesitado agua y paños húmedos para que recuperara la conciencia y así poder tumbarlo. Sin embargo, su cabeza estaba totalmente ida, perdida en el sufrimiento que le provocaba la abstinencia. Le había dado otra dosis de la infusión de ardaluna, pero esta ya no parecía hacerle efecto.

—Yin —susurraba una y otra vez—. Necesito… necesito yin.

Tenía miedo de que recuperara las fuerzas y perdiera el control, así que había cortado las sábanas en tiras para atarlo al dosel de la cama. No sabía cómo reaccionaría cuando saliera del trance y se diera cuenta de lo que había hecho, pero prefería ser precavida.

Terminé de cubrir las heridas de las criaturas con un ungüento de caléndula y, cuando me aseguré de que todas estaban tranquilas, salí del baño y me senté en la cama junto a Silas. Aún no había amanecido, así que el palacio estaba en calma, sumido en el silencio.

—¿Cómo te encuentras? —le susurré, comprobando que el paño de su frente seguía húmedo y fresco.

A modo de respuesta, Silas gruñó.

—Si necesitas algo, pídemelo —añadí.

Esta vez no me contestó. Le había quitado la camisa para ayudar a que le bajara la temperatura, así que me detuve a observar cómo su pecho, empapado en sudor, subía y bajaba con su respiración. Tenía los brazos estirados sobre la cabeza, atados con fuerza al dosel de la cama, y su vulnerabilidad me hizo pensar en lo fácil que sería matarle en ese momento. ¿No era eso lo que siempre había deseado? Desde luego, solucionaría muchos de mis problemas.

«Ve a por Silas, Navia. Acaba con él. Destruye… destruye a quienes nos han hecho esto».

Levanté la vista y observé el escritorio que estaba al otro lado de la habitación. Sobre la madera, brillando bajo la luz de las antorchas, había un abrecartas. ¿Se podía matar a un hombre con un abrecartas?

Por los dioses, ¿de verdad estaba pensando en matarle a sangre fría? Sabía perfectamente que no podía hacerlo, no si no quería enfrentarme a la ira de Hashkin, y desde luego no sin un plan. Además, ¿en qué clase de persona me convertía eso? Yo no era una asesina, no le quitaba la vida a aquellos que habían confiado en mí como curandera, ni siquiera si se trataba de alguien como él. Lo que tenía que hacer era centrarme y conseguir que los dioses del norte volvieran y que fueran ellos quienes liberaran Rieva, quienes acabaran con nuestros enemigos. Sí, eso era lo verdaderamente importante.

—Navia —susurró de pronto Silas, sacándome de mis pensamientos.

Volví a mirarle e, intentando disimular que hacía apenas un instante había estado pensando en arrebatarle la vida, le pregunté:

—¿Qué ocurre?

—Háblame… háblame de ti.

—¿De mí? —le pregunté.

—Necesito distraerme. Me duele… me duele hasta respirar.

Me quedé callada, pensativa. No quería contarle nada sobre mi vida, pero, aun así, quería ayudarle. Sabía lo mucho que los

enfermos odiaban el silencio, y no me costaba nada regalarle unas palabras. ¿Qué importaba lo que dijera? Al día siguiente ni siquiera recordaría aquella conversación.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Lo que sea.

Sin poder evitarlo pensé en mis días en el hospital, en lo mucho que les gustaba a mis pacientes que les contara historias, tanto reales como inventadas, para ayudarles a calmar el dolor. Los niños amaban el cuento de una muchacha sospechosamente parecida a mí que había sido criada por las criaturas de la noche y que, por alguna razón, veía el mundo en blanco y negro. Con las preguntas que me hacían sobre ella podía tenerlos entretenidos una tarde entera, así que quizá también funcionara con Silas.

—No veo los colores —le dije—. Mis ojos no son capaces de reconocerlos.

«Excepto los tuyos —pensé—. Los tuyos los veo con una fascinante intensidad».

—¿Estás… estás de broma?

—¿Por qué siempre dudas de mí?

Silas hizo un esfuerzo por abrir los ojos y me miró; yo me perdí en el naranja de su mirada. Me imaginaba que el fuego, del que solo podía sentir el calor, tendría también ese color ardiente y peligroso.

—¿Y cómo has…? ¿Cómo puedes…?

—Porque la teoría la conozco. Sé que el cielo es azul, que las hojas de los árboles son verdes, que la madera es morada.

—Es marrón.

—Bueno, eso.

Esbozó algo parecido a una sonrisa, y yo me pregunté qué estaría pasando por su cabeza en ese momento. ¿Sentiría gratitud hacia mí? ¿Curiosidad? ¿Me haría lo mismo que a Minnana, o quizá algo peor, si no conseguía curarle?

—Eres… eres única, luz de luna. Hacía mucho que no… que no…

No terminó la frase y yo, que de pronto sentía calor hasta en las orejas, esperé. Al ver que cerraba los ojos y las palabras se

quedaban ahí, atascadas entre sus labios, le pregunté:

—¿Qué? ¿Hacía mucho que no qué?

Silas se quedó callado, sumido en sus propios pensamientos. Al cabo de un rato, cuando yo ya había perdido la esperanza, volvió a abrir los ojos y musitó:

—Ayer vendí mi nombre por una manzana. Esta mañana… esta mañana estaba rancia.

Fruncí el ceño, pero enseguida me di cuenta de que la fiebre le estaba haciendo delirar. Le quité el paño húmedo de la frente y se lo pasé por el cuello para limpiarle el sudor. Tenía que seguir hablando con él, mantenerle anclado a la realidad.

—Hablando de manzanas —le dije—. ¿Sabes que antes de llegar aquí, vivía en el bosque?

—¿En una madriguera de conejos?

—Bueno, algo así.

—¿Y eras… feliz?

—Mucho —le respondí, bajando el paño hasta su pecho—. Allí…, bueno, trabajaba en un hospital. Me gustaba sentirme útil, ver cómo el miedo de los pacientes se calmaba al verme llegar. Hay algo casi mágico en ese momento en el que los enfermos depositan su confianza en mí, ¿sabes? —La voz me tembló al pensar en mis tías, pero, por suerte, conseguí reponerme—. Ser curandera no es solo conocer las hierbas del bosque, es… es ignorar el vértigo que da la fragilidad de la vida para devolverle la esperanza a quien la ha perdido.

Silas tenía sus ojos clavados en los míos, y yo me pregunté si estaría entendiendo mis palabras, o simplemente le calmaba escuchar mi voz. Volví a ponerle el paño sobre la frente y, en voz baja, le pregunté:

—¿Y tú? Antes de ser rey de Ilta, ¿eras feliz?

Durante unos instantes, como si estuviera buscando algo en sus recuerdos, guardó silencio. Después, con un hilo de voz, respondió:

—Hace mucho tiempo que no soy feliz.

Los latidos de mi corazón se aceleraron, ya que era la primera vez que me hablaba sobre él, sobre quién era y sobre quién había sido; la primera vez que me mostraba lo que escondía bajo sus infranqueables murallas.

—Ah, ¿no? —le pregunté—. ¿Por qué no eres feliz?

—Porque me rompieron el corazón.

No añadió nada más, y yo me quedé a la espera, sorprendida por la respuesta. ¿Lo que estaba diciendo era real, o un simple delirio?

—¿Y… qué ocurrió? —quise saber.

—Que la mataron, y a mí me arrebataron lo único que me ha importado alguna vez.

Tenía la sensación de que lo que me estaba diciendo era verdad, de que aquellas palabras se las estaba sacando de muy adentro, pero no tenía forma de comprobarlo. Lo único que podía hacer era seguir haciendo preguntas, aprovechar la vulnerabilidad que me estaba regalando.

—¿Quién la mató? —le pregunté.

—La guerra —me respondió en un susurro casi inaudible—. Siempre es la guerra.

«Voy a asegurarme de que los siervos de Ikaroa paguéis por lo que habéis hecho».

Así que debía de ser eso. Antes de ser rey, Silas se había enamorado de una muchacha a la que la crueldad de la guerra había asesinado. En esa época no había batallas, ya que estas habían vuelto cuando él ascendió al trono, pero la enemistad entre Rieva e Ilta siempre había estado presente. Asesinatos en la frontera, enfrentamientos entre ciudades, infiltrados en los palacios; mi familia era el ejemplo perfecto de que no hacía falta que los ejércitos batallaran para que hubiera víctimas, porque el odio nos hacía estar siempre en peligro.

La muerte de esa chica habría llenado a Silas de rabia, de dolor, y habría jurado vengarla castigando a todos los habitantes de Rieva. Era injusto y desproporcionado, sí, pero de alguna forma eso me hizo… entenderle. El amor era una forma preciosa de perder la

razón, yo lo sabía mejor que nadie. ¿No me había infiltrado en el palacio de Jata para vengar a Liara? ¿No me había casado con mi enemigo, prometiéndome a mí misma que acabaría con él?

—¿Sabes por qué me acuesto con las sacerdotisas? —me preguntó, casi en un susurro—. Porque tengo la esperanza de volver a sentir algo, de que alguna de ellas llene el vacío que tengo en el pecho. Hasta ahora no lo he conseguido. Por más que lo intento, no… Nadie… Ninguna es ella.

Una parte de mí, esa parte incontrolable y salvaje que me empujaba a saltar al vacío, sintió algo parecido a los celos. Sin embargo, no era eso lo que sentía exactamente, sino… envidia. ¿Qué se sentiría al ser tan especial para alguien que ni siquiera la muerte le hiciera olvidarte? ¿Yo también estaría destinada a encontrar un amor así?

Aparté la vista, con un extraño arañazo en el corazón, y entonces me reprendí a mí misma por estar desaprovechando aquella oportunidad. Tenía a Silas delirando frente a mí, incapaz de controlar las palabras que salían de su boca, y estaba perdiendo el tiempo. Había muchos temas de los que me interesaba hablar con él, información que necesitaba obtener.

—Mataste a mi familia, ¿verdad? —le pregunté, con la voz temblando de rabia.

—¿Tu… familia?

—Sí, la familia real de Rieva. Fuiste tú quien envió a esos envenenadores para que acabaran con sus vidas, ¿no?

Silas frunció ligeramente el ceño, y comenzó a musitar palabras sin sentido. Campanas, luz, agua fría, sangre… El rey se limitó a perderse en sus delirios, y yo permanecí a la espera. Estaba a punto de perder la esperanza cuando, de pronto, susurró:

—Yo no… yo no los maté.

No pudo terminar la frase porque, justo en ese momento, escuché un gruñido a mi espalda.

Me levanté de un salto y, cuando me di la vuelta, mis ojos se encontraron con los del lobishome. Estaba de pie, en la puerta del

baño, observándome con esa inteligencia humana que se escondía bajo su apariencia de lobo.

—Quieto —le dije, mostrándole la palma de las manos.

El lobishome volvió a gruñir, enseñándome los dientes, y dio un paso hacia mí. Parecía enfadado, aunque estaba segura de que aquella rabia no era más que su respuesta ante el miedo y el dolor. Tenía mi emplasto de caléndula cubriéndole las heridas del hocico y las patas, pero aun así debía de seguir asustado por todo lo que le habían hecho.

—Tranquilo —susurré, agachándome frente a él. Recordé al olláparo, la forma en la que había podido controlarlo en los túneles de las Sombras, y decidí recurrir esa parte oculta de mi mente que, de alguna forma, parecía haber despertado—. *Non che quero facer dano.*

El lobishome se detuvo y me observó con atención, como si hubiera entendido mis palabras. Yo le sonreí con dulzura. Sabía que podía ser peligroso, pero también que era inteligente. Una vez había sido un hombre, uno con la sangre mágica de Idriel en las venas, y aunque se había condenado a sí mismo a ser lobo para siempre, los retazos de humanidad que quedaban en su interior le brillaban en la mirada.

Extendí la mano y él se acercó con lentitud. Cuando llegó hasta mí comenzó a olfatear mi piel, que seguía brillando por el influjo de la luna. Sonreí y, algo insegura, le acaricié la cabeza. Entonces, alguien llamó a la puerta.

Me puse en pie a toda prisa y el corazón me dio un vuelco. El lobishome alzó las orejas y se puso alerta.

—¿Majestad? —preguntaron desde el otro lado—. ¿Está ahí?

Era Hiel. ¡Mierda! ¿Qué estaba haciendo allí en mitad de la noche?

Miré a Silas, pero seguía con los ojos cerrados y ni siquiera pareció darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Probablemente, se había quedado dormido.

—¡¿Majestad?! ¡Es urgente!

El consejero real llamó de nuevo, esta vez con más fuerza, y yo noté el miedo apretándome la garganta. La puerta estaba cerrada con llave, pero, si nadie abría, Hiel terminaría echándola abajo. No podía permitir que viera a las criaturas, y tampoco a Silas en ese estado. No podía permitir que destruyera todo lo que habíamos conseguido.

—*Non fagas ruído* —le susurré al lobishome—. *Por favor.*

Me observó con atención mientras caminaba a toda prisa hacia a la puerta. Si quería que el brujo se marchara, tendría que echarle yo misma. Y solo se me ocurría una forma de hacerlo.

Me agité el pelo para despeinarlo, me pellizqué las mejillas con fuerza y bajé el escote de mi vestido. Después, tras coger una bocanada de aire, abrí la puerta.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Al verme, el brujo parpadeó con sorpresa. A pesar de que era de madrugada, su aspecto era impoluto. En la belleza etérea de su rostro no había ni rastro de cansancio, nada que indicara que, como el resto de los mortales, necesitaba dormir. Sus orejas estaban decoradas con pendientes colgantes, y su ropa estaba confeccionada con tanto lujo que cualquiera habría dicho que era él, y no Silas, quien portaba la corona.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me dijo, observándome con esos extraños ojos blancos y almendrados.

Recorrió con interés mi rostro, mi pelo alborotado… y se detuvo más tiempo del que me habría gustado a observar el brillo de mi piel.

—Cumpliendo con mis obligaciones maritales —respondí—. ¿Hay algún problema?

—¿Dónde está el rey?

Alzó la cabeza para mirar dentro de la habitación, pero yo cerré más la puerta y se lo impedí.

—Está durmiendo —le respondí—. Créeme, después de tanto ejercicio, su majestad necesita descansar.

Hiel apretó la mandíbula, y la rabia tensó su rostro.

—Apártate, tengo que hablar con él.

—Ya te he dicho que necesita descansar.

—Es urgente.

—Estoy segura de que podrá esperar a mañana.

El lobishome se acercó hasta mí, y yo noté su presencia cálida junto a mis piernas. Los nervios me estrujaron el estómago y le empujé con el pie para que se apartara. Él me gruñó, pero, por suerte, Hiel no lo escuchó.

—Princesa…

Que me llamara así hizo que algo dentro de mí estallara: una rabia física, una fuerza que odiaba que intentaran hacerla sentir pequeña. Nadie en aquel palacio parecía haberse dado cuenta de lo que suponía que estuviera casada con Silas, el poder que eso me había otorgado, así que alcé la cabeza y le dije:

—Princesa no, reina. Ahora soy la reina.

Esta vez, Hiel sonrió. No fue una sonrisa amable, sino una peligrosa, afilada, una que vaticinaba peligro. Por eso, cuando apoyó una mano en la pared y acercó su rostro al mío, todos los músculos de mi cuerpo se tensaron.

—Creo que aún no has entendido lo insignificante que eres —me dijo—. Ese título no vale nada, no para ti. No eres más que una prisionera a la que hemos encadenado al rey.

Antes de que pudiera replicar, su ojo derecho empezó a oscurecerse. Sabía lo que eso significaba: estaba usando su poder contra mí.

Intenté apartar la mirada, pero sus ojos desiguales me atraparon en su interior, convertidos de pronto en una tela de araña. Sin embargo, no ocurrió nada. El brillo de mi piel se hizo más intenso, causándome un cálido cosquilleo en las entrañas, pero nada más.

¿Y si el poder de la noche me estaba protegiendo de Hiel? ¿Y si Ikaroa también me había otorgado un escudo contra los envenenadores de la Orden?

—Déjame pasar —me dijo Hiel con la voz melosa—. Te lo ordeno.

No me moví. Me quedé quieta, tal y como estaba, bloqueando la puerta.

Y eso me provocó una inmensa satisfacción.

—Creo que prefiero no hacerlo —respondí—. Y ahora, si me disculpas, tengo que atender al rey.

Cerré la puerta, con los latidos desbocados, y apoyé la espalda contra la madera. Cuando escuché los pasos de Hiel alejándose, sonreí. Lo había conseguido. ¡Lo había conseguido!

La felicidad, sin embargo, duró poco tiempo.

Silas tenía los ojos muy abiertos y estaba temblando con violencia, tanto que hasta respirar le suponía un enorme esfuerzo. Parecía desorientado, ansioso, sumido en sus propios delirios.

—Las velas sangran luz, ¿no lo ves? —musitaba—. Está todo ardiendo bajo el agua.

Tiró de las telas que le sujetaban las muñecas y, al darse cuenta de que estaba atado, gruñó. No estaba segura de que fueran a resistir.

—Silas —susurré, acercándome a la cama.

—Hay peces en el techo.

Mi experiencia me decía que lo mejor que podía hacer para que no se pusiera más nervioso era seguirle la corriente, así que le dije:

—Claro que los hay, pero no son peligrosos. Solo quieren que…

—¡Me estoy ahogando! —exclamó—. ¡Ayuda! ¡Por favor!

Volvió a tirar, y la cama entera tembló. Silas gritó, alterado e iracundo, y yo tuve miedo de que despertara al palacio entero. Le tapé la boca, pero él intentó morderme y tuve que apartar la mano. ¡Por los dioses!

—¡No puedo respirar! —gruñó.

—Mírame —le dije, sujetándole el rostro—. Estoy aquí, ¿me ves?

Pero él se apartó de mí y volvió a gritar, intentando zafarse de las telas que lo retenían.

—¡Agua! ¡Hay demasiada agua!

Gritó de nuevo, enloquecido, mientras el sudor le empapaba el rostro, el pelo y hasta la ropa. Había llegado la peor parte de la

abstinencia, esa en la que el adicto se volvía incontrolable, y yo no podía hacer nada para calmarlo. La desesperación, el miedo y la impotencia por no saber qué hacer me llenaron los ojos de lágrimas.

Di un paso hacia atrás, pero, de pronto, Silas se quedó muy quieto. Sus ojos se habían encontrado con los del lobishome y, cuando este le enseñó los dientes, él se tensó.

—Las criaturas —musitó, con los ojos desorbitados—. ¡La sangre de las criaturas!

—¡No! —exclamé.

Silas se revolvió y en su piel comenzaron a aparecer las vetas naranjas. El negro tiñó sus ojos, lo que significaba que Hashkin se estaba despertando. Si el dios del día se hacía con el control de su cuerpo, si usaba su poder, ni las criaturas ni yo tendríamos forma de escapar.

—¡Tráemelas! —gritó Silas—. ¡Necesito su sangre antes de que Hashkin se despierte!

Tiró con fuerza de las telas y, esta vez sí, se liberó de ellas. ¡Por los dioses! ¿Qué podía hacer? ¡¿Qué podía hacer?!

El rey se levantó de la cama, con la mirada fija en el lobishome, y este le gruñó. El corazón me latía tan rápido que parecía a punto de salírseme del pecho.

—Silas, por favor —supliqué cuando comenzó a avanzar hacia la criatura—. No le hagas nada.

Me apartó de un empujón y, convertido de pronto en un animal salvaje, saltó hacia el lobishome. Ambos rodaron por el suelo, intentando morderse el uno al otro como dos bestias, y yo contuve la respiración.

No podía permitir que le pasara nada al lobishome; tampoco a Silas.

Así que solo me quedaba una opción.

«La sangre de las criaturas de la noche es lo único que puede controlar a Hashkin».

Con el estómago encogido, corrí hasta el escritorio y cogí el abrecartas. Lo sujeté con fuerza, intentando calmar los temblores

que me provocaban los nervios, y me rajé la palma de la mano izquierda.

—¡Ah! —exclamé cuando manó la sangre.

Apreté los dientes y, mientras una mano sangraba, levanté la otra hacia Silas. Al girarla, el poder la luna hizo destellar mi piel y le golpeó con fuerza, apartándolo del lobishome. El frío de la maldición de Ikaroa me atravesó el pecho, pero apreté los dientes y lo ignoré. El rey de Ilta había caído de espaldas sobre el suelo, y yo aproveché la oportunidad para subirme a horcajadas sobre él. El lobishome huyó al baño con el rabo entre las piernas.

—Toma —le dije a Silas, colocándole la mano frente al rostro—. Bébete mi sangre.

Él gruñó, rabioso, pero cuanto olió el líquido que manaba de la herida, se quedó quieto. Las vetas naranjas de su piel brillaban con más intensidad que antes, y el negro de sus ojos había conquistado el naranja casi por completo.

—Vamos —le apremié.

Le acerqué más la mano y él, tras unos instantes de duda, la cogió. Después, llevó sus labios hasta la herida y pasó la lengua con suavidad. Yo contuve el aliento y le dejé hacer.

Al principio bebió lentamente, arrugando la nariz ante el sabor ferroso de la sangre, pero después, cuando se dio cuenta de que el líquido de mis venas contenía la sustancia que necesitaba, lo hizo con avidez.

Su lengua me degustaba con una provocadora necesidad, haciéndome cosquillas. Era una sensación tan íntima y sexual que, inconscientemente, cerré los ojos para disfrutarla. Por alguna razón, quizá porque sentía la calidez de sus labios, o porque su cuerpo se estaba endureciendo bajo el mío, recordé el sueño que había tenido con él.

«¿Qué soy? ¿El único hombre que ha conseguido que te derritas?».

Silas bebió de mí con ansia, apretándome la mano, y yo no pude reprimir un jadeo. Empezaba a notarme mareada, pero la calidez

que sentía bajo el vientre me mantenía despierta. Su hambre me excitaba, y eso provocaba que mi corazón bombeara sangre a toda velocidad, desesperado por que no dejara de devorarme.

—Luz de luna —susurró, recuperado y con la boca empapada en sangre de plata.

Pasó la lengua por la herida una última vez y, después, continuó subiendo. Yo me estremecí. Primero me chupó la muñeca y después, con una estimulante lentitud, recorrió la piel de mi brazo. Todo mi cuerpo latía al ritmo de mis suspiros, de los suyos, y pedía más y más y más.

Tiró de mí, obligándome a tumbarme sobre su pecho, y nuestros rostros quedaron el uno muy cerca del otro. Notaba su respiración entrecortada, las palpitaciones de su cuerpo al sentir el mío. Las vetas naranjas habían desaparecido, y sus ojos volvían a parecer humanos. En aquel cálido naranja podía ver al hombre, ese hombre que se había enamorado una vez, ese que había salvado a Malva de la peor de las torturas.

—¿Te han dicho alguna vez que estás deliciosa? —me susurró—. Ahora mismo siento la insoportable necesidad de probar el resto de tu cuerpo.

Bajó la vista hasta mi boca y, aunque una parte de mí sabía que estaba mal, que era una locura peligrosa, me dejé llevar y lo besé.

El sabor de la sangre se mezcló con el de sus labios, con un fuego intenso que me devoró las entrañas, y las imágenes asaltaron mi cabeza con violencia.

El mar golpeando unos acantilados.

Un llanto masculino y desesperado.

«Hashkin».

«Ikaroa».

«No deberías estar viva».

Fue exactamente igual que en la boda, igual que en la biblioteca: un estallido de color, de voces desconocidas, de olores y sensaciones que no me pertenecían; un golpe repentino que me dejó sin aire.

Luché contra ello y besé a Silas con más intensidad; él, excitado, me sujetó las caderas para apretarse contra mí, haciendo que notara su erección entre las piernas. El calor que desprendía me hizo olvidar lo que estaba ocurriendo en mi cabeza, convirtiéndolo en un eco lejano, en una mera incomodidad. Lo único que me importaba en ese momento era él, la fiera que estaba despertando en mi interior.

Mientras nos devorábamos con ansia, me imaginé que así era exactamente como debían de sentirse los besos —hambrientos, salvajes, apasionados—, y que por eso tanta gente arriesgaba su vida por ellos. ¿Cómo podía culpar a Évolet? ¿Cómo podía culpar a cualquiera que sintiera lo mismo que yo en ese momento?

Le acaricié el cuello con las manos, gimiendo con suavidad, y cuando más ganas tenía de subirme el vestido para que lo que había pasado en mi sueño se hiciera realidad, alguien llamó a la puerta.

Nos separamos de golpe, y un relámpago congelado me atravesó el pecho.

—¡Majestad! —exclamó Hiel—. ¡He escuchado gritos y necesito saber que se encuentra bien!

El frío comenzó a extenderse bajo mi piel, y el dolor me hizo encogerme sobre mí misma. En el pecho de Silas, justo sobre el corazón, comenzaron a aparecer las vetas de hielo de la maldición.

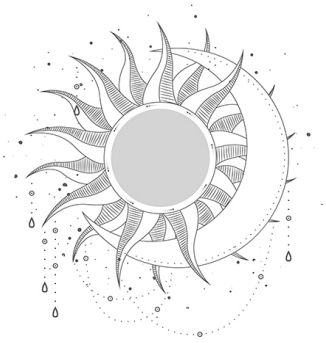
—No —musité, notando cómo los brazos congelados de Ikaroa conquistaban mi propia piel—. Por favor, no.

Pero ya era demasiado tarde.

Había dado mi segundo beso.

Y solo me quedaban tres para morir.

Parte 3
Tres besos



30

Nos pusimos en pie, con el corazón latiendo a toda velocidad, y Silas se tambaleó hasta la puerta.

—Hiel —dijo, apoyándose sobre la madera—. ¿Qué ocurre?

—¿Majestad? ¿Se encuentra bien? Le he escuchado gritar y…

—Estoy perfectamente —mintió, aún sin abrir la puerta. Si el brujo entraba en ese momento nos vería manchados de sangre plateada, en una habitación que parecía arrasada por un huracán—. Puedes marcharte.

Hiel guardó silencio, y yo, tensa, esperé. Había vuelto porque no me había creído, porque sospechaba, y eso era peligroso.

—Ha ocurrido algo terrible —anunció Hiel. Su voz sonaba amortiguada por la barrera de la madera—. Las criaturas se han escapado.

Silas me miró, y yo contuve el aliento.

—Pues búscalas —le ordenó, con voz firme—. Y ahora déjame tranquilo, estoy ocupado con mi esposa.

El brujo dudó, pero finalmente se marchó. Silas apoyó la espalda contra la puerta, yo me di la vuelta y me llevé las manos al pecho. Aunque la tela del vestido no me permitía verlas, podía notar cómo las nuevas vetas de hielo me congelaban la piel, sumándose a las que lo decoraban desde que había besado a Liara. La herida que me

había hecho en la mano escocía, pero lo que sentía sobre el corazón era mucho más desgarrador.

El frío seguía aferrado a mis entrañas, pero ahora, además, también me costaba respirar. Con el segundo beso, la maldición había llegado a los pulmones, que tendrían que hacer un esfuerzo mayor para mantenerme con vida. Desde ese momento, no podría correr, y hasta subir unas escaleras me cansaría hasta la extenuación.

—Así que así es como se siente la maldición de Ikaroa —musitó Silas.

Volví a girarme hacia él. Aunque aún estaba cansado y le quedaban restos de sangre en la boca, tenía mucho mejor aspecto. Había recuperado el color de la piel, de los ojos, y no parecía a punto de perder el conocimiento. Las formas de hielo de la maldición le habían aparecido en el pecho, y no pude evitar pensar que, al igual que yo, él también había dado un paso consciente hacia la muerte.

—Tengo un brebaje que te ayudará con el frío —le dije—. El primer beso no es peligroso, solo…

—¿He sido tu primer beso? —me preguntó, esbozando una sonrisa lobuna.

Mis mejillas se encendieron al instante, tanto que pensé que saldrían ardiendo de un momento a otro. En Rieva nunca preguntábamos a los demás cuántos besos habían dado, jamás, y que él lo hiciera conmigo me hizo sentir desnuda y vulnerable.

—No —respondí, avergonzada—. Has sido el segundo.

Silas no dijo nada, pero una sombra cruzó su rostro, como si esa no fuera la respuesta que esperaba. No dejó de sonreír, pero el gesto se volvió tenso, peligroso.

—Vaya —respondió—. ¿Y quién fue el afortunado?

El dolor de la muerte de Liara se me clavó en las entrañas como una daga, recordándome que mi amiga ya no estaba, que había sido él quien me la había arrebatado.

Porque había sido él, ¿verdad?

Silas me había dicho que él no había matado a mi familia, pero no sabía si era verdad o una de las fantasías provocadas por la abstinencia. En ese momento, no estaba segura de nada.

—¿Recuerdas algo de lo que has dicho cuando estabas delirando? —le pregunté, forzando además el cambio de tema.

—No —me respondió—. Tenía una especie de niebla mental que me impedía pensar. ¿Por qué? ¿Qué he dicho?

Volví a darme la vuelta y me acerqué hasta el ventanal de la habitación. Ya estaba amaneciendo, y la luz del sol iluminaba la inmensidad del mar. El movimiento de las olas me llenaba de calma, como si la mismísima diosa de las aguas me estuviera dando un cálido abrazo. Tenía demasiada información que asimilar, demasiado en lo que pensar.

Para empezar, ¿por qué había tenido esas extrañas visiones al besar a Silas? La sensación había sido exactamente igual a la de la boda, la misma que al tocar el mapa de la biblioteca. ¿Tendría algo que ver con el hecho de que podía ver sus colores? ¿Y con esa incontrolable atracción que sentía hacia él? Quizá Ikaroa estaba intentando decirme algo, desde donde quiera que estuviera, y yo no estaba sabiendo interpretar el mensaje; quizá todo lo que estaba ocurriendo era parte de su plan.

—No deberíamos haber hecho esto —solté.

—¿El qué? ¿Besarnos? Tenías tantas ganas de hacerlo como yo, luz de luna, así que no finjas.

—Dejar que bebas de mi sangre —repliqué—. El efecto en tu cuerpo ha sido el mismo que si hubieras tomado yin, y hemos roto la abstinencia.

—Pero también hemos encontrado algo más fuerte que la ardaluna —me dijo.

Suspiré y él se acercó lentamente hasta mí. Sabía que quería tocarme, quizá colocar sus manos sobre mis hombros y acariciarme la piel de los brazos, pero no lo hizo. Se quedó quieto, mirándome a través del reflejo de la ventana.

—No puedes beber de mi sangre siempre que quieras —le respondí.

—¿Por qué no? Ha sido exquisito.

Me giré hacia él y, cuando mis ojos encontraron los suyos, sentí una sacudida en el estómago. Había algo en su mirada que gritaba que estaba ansioso por volver a probarme, que solo yo podía calmar su sed, y eso hizo que me temblaran ligeramente las piernas.

—Silas —le dije—. Lo que ha pasado hoy ha sido una excepción. No eras tú mismo, y no podía permitir que les hicieras daño a las criaturas.

—¿Y por qué me has besado?

—Porque sentía… curiosidad —respondí.

—¿Curiosidad?

—Sí, curiosidad —me defendí—. Eres… eres la única persona que he conocido en toda mi vida cuyos colores veo a la perfección, y eso me hace pensar en ti más de lo que me gustaría. Simplemente me he dejado llevar.

La excusa tenía una parte de mentira, y otra parte de verdad. Sin embargo, lejos de desinflar el interés de Silas, hizo que este creciera.

—¿Cómo que la única persona? —me preguntó—. ¿No ves los colores? No me lo habías dicho.

—Bueno, te lo he contado mientras delirabas. Tampoco es una información que necesitaras saber.

—¿Y por qué sí ves los míos?

Me encogí de hombros, y Silas apoyó su mano derecha sobre el ventanal, acorralándome entre el cristal y su rostro. Ambos nos quedamos callados, mirándonos, mucho más cerca el uno del otro de lo que me habría gustado. Estábamos tan pegados que hasta ese olor que me atormentaba en sueños pareció acariciarme bajo la ropa.

—¿Sabes, luz de luna? —me preguntó—. Yo también pienso en ti más de lo que me gustaría, y eso no era parte del plan. Debería odiarte, estar ideando mil y una formas de hacerte sufrir, pero lo

único que ocupa mi cabeza son las ganas que tengo de escucharte gritar mi nombre. Quiero hacerte mía, Navia, verte sobre mí como una diosa y arrodillada a mis pies como una simple mortal. Hay algo en ti que me atrae de una forma que no puedo explicar… y lo que más me tortura es que sé que tú sientes lo mismo.

Tragué saliva y, sin poder evitarlo, me perdí en el naranja intenso de sus ojos, en la cicatriz que decoraba la comisura izquierda de sus labios, en los restos de sangre que aún manchaban su piel. Por los dioses, claro que sentía lo mismo. Eso era lo que me estaba torturando, lo que me había llevado a dar un paso más hacia la muerte.

—Ya te he dicho que lo único que siento es…

—¿Curiosidad? No soy estúpido, así que no me trates como si lo fuera.

Silas acercó su rostro al mío, dejando su respiración sobre mi piel, y eso encendió mi excitación. Notaba el corazón latiéndome en el pecho, en la garganta, en los labios.

—Podría obligarte a besarme de nuevo —susurró—. Podría obligarte a darme todo aquello que deseo, y odio no ser capaz de hacerlo.

—¿Por qué? —le respondí—. ¿Por qué no eres capaz?

—Porque lo que quiero es volver a verte tan desesperada por mí que ni siquiera tengas fuerzas para fingir resistencia.

Estaba a punto de olvidar de nuevo el peligro, de cerrar los ojos y dejarme llevar, pero un gruñido me obligó a volver a la realidad. Al escucharlo di un respingo e, instintivamente, me separé de Silas.

El lobishome estaba de pie en la puerta del baño, mirándonos, recordándonos sin necesidad de palabras que habíamos vuelto a olvidarnos de las criaturas heridas. Eso me hizo sentir fatal, la peor curandera de todo Rieva.

—¿Qué ocurre? —le dije, acercándome hasta él—. ¿Estás bien?

Me agaché para acariciarle la cabeza, y él pareció agradecer que volviera a prestarle atención.

—En nada estaréis de nuevo en el bosque —le susurré—. Lo prometo.

Tenía que olvidar lo que había ocurrido en aquella habitación y volver a centrarme en mi misión, en lo verdaderamente importante. No solo me había dejado llevar con el hombre al que había prometido destruir, sino que además había sido tan irresponsable como para dar un segundo beso. Podía notar los dedos de la muerte acariciándome el cuello, recordándome en cada respiración lo cerca que estaba, y eso me aterraba. ¿De verdad había merecido la pena arriesgar mi vida solo por besar a Silas?

Quizá, si me lo repetía a mí misma lo suficiente, terminaba convenciéndome de que no.



En cuanto amaneció, abandoné la habitación de Silas y volví a la mía para darme un baño y descansar. El rey me aseguró que estaba bien, que no dejaría que nadie entrara en sus aposentos hasta que volviera; yo, movida por esa confianza que nace cuando dos personas comparten un secreto, le creí.

Había tenido que convencer al lobishome de que Silas no le haría daño de nuevo, conseguir que ambos se acercaran de forma amistosa, pero mis esfuerzos tuvieron recompensa. Cuando me marché, el lobishome había apoyado la cabeza sobre las piernas del rey y ambos se habían quedado dormidos juntos, tranquilos, haciéndome sentir orgullosa. Quizá, y eso solo fue un pensamiento fugaz que me obligué a desechar enseguida, estaba empezando a ver a Silas como una persona con corazón, y no solo como un monstruo.

En cuanto entré en mi habitación, Gigi se abalanzó sobre mí.

—*¡Gigi!* —exclamó, saltando a mi pierna.

—Perdóname, pequeño —le dije—. Al final se me ha complicado la noche.

—¿Gigi?

—Sí, estoy bien. Es una historia muy larga.

Entré en el baño, con Gigi parloteando sin parar sobre mi hombro, y comencé a desvestirme. Estaba agotada, más cansada de lo que había estado nunca, y cada vez que respiraba, notaba el frío de la maldición en el pecho. Le había dado un sorbo a la infusión de tomillo y menta, pero enseguida descubrí que no iba a ser tan fácil controlar los efectos del segundo beso: mientras que yo me había debilitado, el hielo se había fortalecido.

Estaba ya en ropa interior cuando escuché el sonido de la puerta. Gigi se escondió tras mi pelo y yo salí del baño. Pensé que se trataría de Malva, que había estado esperando a que volviera, pero me equivocaba. Para mi sorpresa, quien acababa de entrar en mi habitación era Lume, una de las líderes de las Sombras.

—¿Lume? —le pregunté, sorprendida, cuando cerró la puerta tras ella—. ¿Qué haces aquí?

La trapecista iba vestida con el uniforme de las doncellas y no parecía muy contenta. Cuando clavó sus ojos en los míos, tanto el real como el de cristal, supe que algo no iba bien.

—Majestad —musitó—. Siento interrumpir su espectáculo, pero creo que se está alargando demasiado.

Se acercó hasta mí y, antes de que pudiera abrir la boca, me acorraló contra la pared y me puso un cuchillo en la garganta.

—¡¿Qué haces?!

—¿Por qué no has matado a Silas aún? —me preguntó—. Sé que has pasado la noche en su habitación, pero también que sigue tan vivo como cuando llegaste al palacio.

La empujé, pero era más fuerte que yo y no conseguí zafarme de ella.

—Matarle no es tan fácil como crees —repliqué.

—¿Te has casado con él y no habéis tenido un solo momento a solas? ¿Ni uno solo en el que hayas podido rajarle la garganta o

envenenarle la comida? ¡El telón debería haber caído hace tiempo!

—Si mato al rey, Hashkin se enfurecerá —me defendí—. Además, si hubiera acabado con él sin tener un plan de huida, tanto Rosten como yo estaríamos muertos. ¿Es eso lo que quieres?

—¿Perderos a vosotros a cambio de la muerte de Silas? Siento decirte que pagaría el precio con gusto.

Intenté escapar de nuevo, pero Lume me empujó con más fuerza contra la pared y me inmovilizó por completo. El filo del cuchillo me acariciaba el cuello, y yo me sentí juzgada por él.

—Nos engañaste con tu identidad —me dijo, rabiosa—. ¿Por qué no ibas a hacerlo también con tus intenciones?

—¡¿Qué intenciones?!

—Convertirte en reina, claro. Esa era la verdadera razón por la que querías entrar en el palacio, ¿verdad? Lo único que amas en realidad es el aplauso del público.

Gigi salió de detrás de mi pelo y saltó sobre Lume, arañándole la cara con sus uñas afiladas. Ella gruñó y dio un salto hacia atrás, apartándose de mí. Cuando intentó atraparlo, el trasno volvió conmigo y yo lo recogí con las manos. Aún sentía el frío del cuchillo y no pude evitar acariciarme el cuello para comprobar que no me había dejado marca.

—Sigues controlando a las criaturas de la noche, ¿eh? —me dijo Lume, esbozando una sonrisa afilada.

—Lo único que hago es tratarlas con cariño.

Quise preguntarle por el olláparo de los túneles, pero Lume volvió a levantar el arma y me guardé las palabras. Entendía su desconfianza, pero eso no evitó que sus sospechas me dolieran. Si las Sombras no se fiaban de mí, ¿qué estarían pensando los habitantes de Rieva? ¿Me odiarían tanto como parecía odiarme Lume?

—¿Por qué nos engañaste? —insistió—. No te imaginaba tan buena ilusionista.

—No os engañé. Mi objetivo nunca fue convertirme en reina.

—Nos dijiste que ibas a arrebatarle la vida a Silas —replicó, sin dejar de mirarme fijamente—. Confiamos en ti.

—Os dije que iba a arrebatarle algo muy importante para él, y que eso nos ayudaría a acabar con él. Estoy haciendo avances, pero necesito… necesito más tiempo.

Lume soltó un bufido y apretó el cuchillo con más fuerza.

—¿Sabes lo que está ocurriendo en Rieva mientras estás aquí, jugando a ser reina? —me preguntó—. Que los norteños se están muriendo. Si no lo hacen de hambre, lo hacen por culpa de los soldados invasores, que los asesinan para arrebatarles sus tierras. Quieren matarnos a todos para quedarse con nuestro reino, y es Silas quien lo está ordenando; así que no, no tenemos más tiempo.

Me quedé callada, sumida en un silencio culpable. Había estado tan centrada en mis propios problemas que había olvidado lo que estaba ocurriendo al otro lado de los muros que me retenían. Silas había cumplido su palabra y no había vuelto a matar a nadie dentro del palacio, pero fuera, su ejército seguía avanzando, destruyéndolo todo a su paso. Y yo le había besado. ¿Cómo no iban a pensar todos que era un auténtico fraude?

—Tengo un plan —le aseguré a Lume—. Lo que quiero conseguir, lo que quiero arrebatarle a Silas…, traerá de vuelta a Ikaroa y su panteón de lunas.

Lume alzó una ceja, escéptica, y me preguntó:

—¿A qué te refieres con «traer de vuelta»?

Cuando conocí a las Sombras, me había negado a contarles la verdad sobre el diario de Évolet porque no me fiaba de ellos. En ese momento, sin embargo, no tenía alternativa. Lume necesitaba hechos, algo que le asegurara que de verdad estaba haciendo algo por Rieva, o acabaría conmigo sin ningún remordimiento.

Si no quería morir, tenía que contar la verdad.

—Los dioses no nos abandonaron tras la maldición —le expliqué—. De alguna forma acabaron encerrados, y no pueden escapar. Los sureños conocen la forma de liberarlos… y también de dejarlos en esa prisión para siempre.

—¿Quién te ha dicho eso? —me preguntó.

—Escuché una conversación entre Silas y el consejero real —respondí—. Podría matar al rey, pero eso no nos libraría de nuestros enemigos. Hashkin no solo se enfurecería, sino que podría buscar un nuevo recipiente, uno aún peor que Silas. Lo único que nos permitirá ganar la guerra es… sacar a Ikaroa y su panteón de lunas del encierro al que Silas asegura que están condenados, y dejar que sean ellos quienes los destruyan.

La trapecista me observó en silencio, y tuve la sensación de que no me creía. Por eso, me di la vuelta y me agaché junto a la cama. Metí una mano bajo el colchón y, tras sacar las hojas del diario de Évolet, volví a ponerme en pie y se las entregué.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

—Un diario escrito por la sacerdotisa innombrable. Yo tengo una parte, y Silas tiene la otra. Cuando las junte… nuestros dioses volverán.

Lume las hojeó con los ojos entornados, pero, al darse cuenta de que no podía entenderlas, volvió a mirarme a mí. No parecía sorprendida, probablemente porque seguía sin creerme.

—¿Cómo se supone que las hojas de un diario antiguo, un diario escrito por una sacerdotisa que traicionó a Ikaroa y nos maldijo a todos, van a traer de vuelta a nuestros dioses?

—No… no lo sé —le respondí, algo avergonzada—. Pero voy a comprobarlo.

Al ver que, en realidad, no tenía un plan sólido, que ni siquiera sabía cuál iba a ser mi siguiente paso, Lume suspiró con cansancio y me devolvió el diario.

—¿Cómo pretendes quitarle a Silas su parte del diario? —me preguntó.

—Ganándome su confianza. Minnana me dijo que…

—¿La regente está bien? —me interrumpió—. ¿Has podido hablar con ella?

Asentí, y ella abrió los ojos con sorpresa.

—Intentamos buscarla en las mazmorras —me explicó—, pero no la localizamos y nos temimos lo peor. No sabíamos que la habían liberado.

—Bueno, es una libertad a medias, pero sí. Estamos… colaborando.

—¿Y cómo podemos llegar hasta ella? —insistió—. Estamos infiltrados en el palacio, podemos organizar un plan de rescate.

Que la líder de las Sombras estuviera dispuesta a mover cielo y tierra por ayudar a Minnana, pero no a mí, hizo que volviera a sentirme insignificante.

—Está encerrada en una torre —le respondí—, pero está vigilada.

—¿Y sabe lo de ese diario?

—No, aún no. Hiel piensa que Minnana trabaja para él, y no quería arriesgarme a que usara su poder contra ella y lo descubriera. Aun así, tenemos un plan. Lo mejor que podéis hacer es permanecer atentos, porque tarde o temprano os necesitaremos.

La trapecista apretó los labios y, tras unos instantes de silencio, se rindió. Suspiró con cansancio y, resignada, me dijo:

—Si quieres ponerte en contacto con nosotros, busca a aquellos sirvientes que lleven un alfiler en el uniforme, justo debajo del sol de Hashkin. Aunque parezcan sureños, son espías norteños infiltrados.

—Lo haré.

Lume asintió y dio media vuelta para abandonar la habitación. Antes de marcharse, sin embargo, se giró una última vez para decirme:

—No nos decepciones, Navia. Si no te das prisa en conseguir ese diario, será demasiado tarde para salvar Rieva.

Cerró la puerta tras de sí, y yo me acerqué hasta la cama para dejarme caer sobre ella. Necesitaba dormir, pero tenía tantas preocupaciones dándome vueltas en la cabeza que dudaba que pudiera hacerlo. Silas, las criaturas encerradas en su habitación, las Sombras, los habitantes de Rieva… ¿Cómo iba a solucionarlo todo? ¿Cómo iba a salvar a mi reino, si ni siquiera había sido capaz de encontrar el diario de Évolet?

—Voy a darme un baño —le dije a Gigi—. Necesito pensar con calma.

Sin embargo, en cuanto me levanté, volvieron a abrir la puerta de mi habitación. Esta vez no se trataba de ninguno de los miembros de las Sombras, sino de Rosten.

—¡Ardillita! —me dijo, atravesando la habitación a toda prisa—. Tengo que contarte una… Espera, ¿estás en ropa interior? Perfecto, ya tengo la imagen que necesitaba para traumatizarme de por vida.

Me crucé de brazos para cubrir el fino camisón que tapaba mi cuerpo y le lancé una mirada asesina.

—¿Qué quieres, Rosten?

—He averiguado algo sobre el diario, algo interesante.

Abrí mucho los ojos, y todo el cansancio que arrastraba hasta el momento se esfumó de golpe.

—¡¿El qué?!

—Bueno, estaba cenando con Elián y…

—¿Habéis cenado juntos? —le interrumpí, sorprendida—. ¿Ya estáis así de cariñosos?

—Pues resulta que me gusta pasar tiempo con él.

—¿No decías que era un rarito?

—Lo es, pero me he dado cuenta de que eso me gusta. La gente normal me aburre, ¿sabes? Quizá por eso soy tu amigo.

Rosten sonrió y yo, que no sabía si sentirme halagada o insultada, le dije:

—Sigue contándome lo del diario.

—Ah, sí. El caso es que estábamos cenando y hemos terminado hablando sobre Silas, sobre por qué le trajo a Jata. Ahí es cuando me ha dicho que el rey le encargó traducir un texto muy importante, un texto antiguo, y que ha estado trabajando en él.

Sentía la emoción en la garganta, en los labios, en el pecho. No podía ver el diario, pero, por primera vez desde que había llegado al palacio, notaba el roce de las hojas, el aroma que desprendía la tinta.

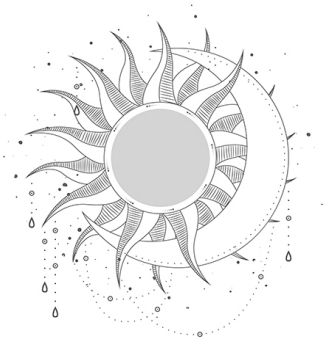
—¿Y…?

—Resulta que lo terminó hace unos días, así que ya no lo tiene él…, sino el rey.

De pronto, el mundo entero dejó de girar, y hasta el aire que respiraba se volvió más espeso. Había tenido a Silas atado a la cama, delirando, y ni siquiera había sospechado que el diario de Évolet se encontraba cerca. ¿Y si lo tenía en su habitación? Si lo hubiera sabido, si no hubiera estado tan segura de que era Elián quien lo custodiaba, quizá incluso habría podido conseguirlo.

Me froté el tabique de la nariz, frustrada, y decidí no torturarme por mis errores. La única certeza que teníamos, lo único que importaba de verdad, era que sabíamos que el diario de Évolet estaba en manos de Silas.

Y lo único que tenía que hacer era descubrir dónde lo escondía.



31

Silas y yo pasamos tres días cuidando a las criaturas heridas, tres días en los que solo abandoné sus aposentos para lavarme y dormir brevemente en mi cama. El palacio entero pensaba que estábamos enfrascados en un huracán de pasión y desenfreno, así que los pasillos se llenaron enseguida de rumores que aseguraban que estábamos esforzándonos por traer al mundo un heredero.

Sin embargo, no volvimos a tocarnos.

Mi sangre le había dejado lo suficientemente recuperado como para alejar el síndrome de abstinencia, así que hablaba y comía con normalidad. Mientras dormía, yo aprovechaba para buscar el diario. Con sigilo y un cuidado extremo, rebusqué en cada rincón de la habitación al que tenía acceso, pero no encontré nada. Y eso empezó a desesperarme.

Gracias a los cuidados y brebajes, las criaturas comenzaron a recuperarse. El lobishome daba vueltas por la habitación de Silas, clamando por la libertad, y la pequeña moura se escondía tras los muebles y nos observaba con desconfianza. Los diaños fueron los últimos en empezar a andar, pero cuando lo hicieron, recuperaron la energía al instante; incluso tuve que separarlos cuando se pelearon por las castañas que les subí de las cocinas.

Al darnos cuenta de que ya podían valerse por sí mismas e incluso retornar a su hogar, Silas y yo decidimos liberarlas. Lo mejor

era hacerlo de madrugada, cuando el palacio estuviera tranquilo, así que esperamos con paciencia a que el manto de la noche hubiera cubierto el cielo y salimos de su habitación.

Los tres diaños iban entre mis brazos, emitiendo suaves gruñidos que sonaban como priiic*;* la moura, tan bajita como una niña, caminaba a mi lado en silencio. El lobishome, que se había encariñado con Silas, no se separaba de él. Había temido que las criaturas se pusieran nerviosas, que sacarlas de la habitación se convirtiera en un problema, pero todas ellas parecían tranquilas, como si supieran a dónde nos dirigíamos.

—¿Cómo vamos a llegar al bosque? —le pregunté a Silas mientras, siguiendo la luz de las antorchas, recorríamos los pasillos del palacio.

—A través de la poterna —me respondió él. Por alguna razón, se había puesto una larga capa negra sobre los hombros, y esta ondeaba a su espalda con cada paso.

—¿La poterna? —le pregunté.

—*Priiic* —soltó uno de los diaños.

—Es una puerta secreta que se utiliza para escapar durante los asedios. Está en la muralla, pero hay un pasadizo que conecta el palacio con ella.

—¿Y sabes dónde está el pasadizo?

—¿Qué clase de rey sería si no lo hiciera?

Silas esbozó una sonrisa burlona, y yo no pude evitar pensar en nuestro beso, en cómo se había encendido mi cuerpo cuando había bebido mi sangre. Tuve que obligarme a olvidarlo, a recordar el frío que me congelaba el pecho, para no dejarme llevar de nuevo por el deseo y la irresponsabilidad.

Recorrimos el palacio sin decir nada, atentos a cada ruido y movimiento. El palacio estaba dormido, respirando despacio bajo las estrellas, pero ambos temíamos que solo estuviera fingiendo, que cada tapiz fuera un espía inmóvil; cada antorcha, un ojo que nos vigilaba.

—Puede que cerca de la poterna encontremos algún soldado —me advirtió Silas—. Si es así, yo me encargo.

Ahí estaba otra vez: el Silas dispuesto a plantarle cara a Hiel, a reclamar su lugar como rey. No solo quería recuperarse de lo que el yin le había hecho a su cuerpo, sino también a su reino; y no pude evitar sonreír. Cualquier victoria contra ese brujo siniestro me provocaba una inmensa satisfacción.

—Tengo una duda —le dije a Silas, aún pensando en el consejero real—. Es sobre… sobre Hiel.

—¿Sobre Hiel?

Asentí y, mientras ordenaba mis pensamientos, guardé silencio. El extraño acercamiento entre Silas y yo podía servirme para obtener información, y tenía que aprovecharlo.

—¿De dónde obtienen su magia los miembros de la Orden? —solté. Uno de los diaños me mordió la mano, y yo ahogué un grito—. ¡Oye! ¡Eso no se hace!

—*Priiic*.

Llegamos al final de un pasillo y, antes de girar a la derecha, Silas estiró el brazo y me obligó a detenerme. Echó un vistazo para comprobar que no había nadie y, tras un leve asentimiento, continuamos con nuestro camino.

—La Orden de los Envenenadores es una asociación antigua, casi tanto como la mismísima Ilta —me explicó—. Para ellos es la magia quien te acepta o te rechaza, así que para convertirse en brujos, tienen que pasar una prueba. Existe un veneno hecho con la sangre de los dioses, un veneno letal que todos los aspirantes están obligados a beber. Si sobreviven, este se queda en su organismo y les da poder, si no… no estaban preparados para pertenecer a la Orden, y mueren.

—¿Sangre de los dioses? ¿Y de dónde la sacan?

Silas se encogió de hombros y me respondió:

—Es un secreto que nunca revelan —añadió Silas—. Lo único que sé es que la copa de la que beben nunca se limpia, para que así

cada trago lleve un eco de los éxitos de los que lo consiguieron, y de los fracasos de los que no.

Había algo en aquella historia que no me gustaba, no me gustaba nada.

—¿Siempre hay un brujo en la corte de Almira? —pregunté.

—*Priiic*.

—Siempre. El puesto de consejero real lo tiene que ocupar un envenenador. Ha sido así desde el principio de los tiempos.

¿Cómo habría llegado Hiel a la corte de Almira? ¿Lo habría elegido el rey anterior, o el mismo Silas? Tenía muchas preguntas, pero había una que daba vueltas en mi cabeza desde la primera vez que había visto al brujo, una que me quemaba en la lengua:

—¿Y Hiel puede… puede controlarte con su poder?

—No, no como a otras personas —me respondió—. Cuando un nuevo rey llega al trono, siempre se hace una prueba. A mí puede calmarme, pero nada más. Creo que es por la influencia de Hashkin.

Así que por eso había podido tranquilizarle en Daris, y también la noche en la que lo encontré en las mazmorras. Hiel tenía cierta influencia en Silas, pero no podía controlarle. Hashkin le protegía como me protegía a mí el poder de la noche. ¿Qué había ocurrido, sin embargo, con los reyes anteriores? ¿Y si los envenenadores habían gobernado siempre desde las sombras?

Estábamos a punto de girar en una esquina cuando el lobishome dejó de caminar. Se quedó muy quieto, con las orejas levantadas, mirando al frente. Tanto Silas como yo nos detuvimos, algo tensos, y al girarnos hacia él, escuchamos las voces.

—Viene alguien —susurré.

—¡Vamos, rápido!

Apreté a los diaños contra mi pecho y Silas cogió a la moura entre sus brazos. Aceleramos el ritmo, pero a los pocos pasos empecé a notar cómo el corazón me golpeaba el pecho, cómo me quedaba sin aire. Los pulmones me ardían como si se estuvieran llenando de fuego, y cada músculo de mi cuerpo gritaba para que me detuviera.

Ni siquiera estaba corriendo, pero no tenía fuerzas suficientes para continuar.

«El segundo beso», pensé.

—¿Estamos… estamos muy lejos? —le pregunté a Silas.

—No mucho.

Atravesamos un par de pasillos más y, cuando más mareada estaba, cuando sentía que estaba a punto de caerme al suelo, nos detuvimos frente a un tapiz que representaba cómo Ikaroa y su panteón de lunas levantaron las barreras mágicas que protegían el bosque de Valoa.

—*Priiic* —gruñó uno de los diaños.

—*¡Priiic, priiic!* —le respondió otro.

Silas levantó el tapiz, descubriendo una puerta de madera, y tras volver a dejar a la moura en el suelo, se sacó una pequeña llave dorada del bolsillo. Abrió la puerta y, después de coger una de las antorchas de las paredes, me indicó que entrara.

—¿Estás bien? —me preguntó, con el ceño fruncido.

Respiraba con dificultad, y estaba sudando mucho, pero aun así respondí:

—Sí, no te preocupes.

Entramos al pasadizo, y Silas cerró la puerta tras nosotros. Notaba los nervios apretándome la garganta, haciendo que me temblaran las piernas.

Comenzamos a caminar por lo que parecía un laberinto subterráneo, nuestros pasos rebotando contra las paredes de piedra. Olía a humedad, a tierra, al fuego que nos iluminaba el camino.

Cuando llegamos al final, nos detuvimos. Al contrario de lo que había esperado, no encontramos ninguna otra puerta, sino una abertura en la piedra que daba directamente al exterior; una abertura por la que entraba un frío gélido y rabioso. Aún no había amanecido, pero el sol se estaba despertando, y los primeros rayos iluminaban el horizonte. Eso me permitió ver la inmensidad del mar, los acantilados, el bosque cuyas lindes rodeaban el palacio… y la altura a la que estábamos.

—Creo que esto no te va a gustar —me dijo Silas.

—¿El qué?

A modo de respuesta, Silas señaló una cuerda enrollada en el suelo y el anillo de hierro fijo en la pared. No tuvo que decir nada para que lo entendiera.

—No —musité—. No es verdad.

—La salida está en altura para que sea más segura. Es prácticamente imposible que alguien entre por aquí, pero eso significa que para salir…

—… hay que bajar por una cuerda.

Silas asintió y yo quise que me tragara la tierra. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? ¡En mi vida había bajado por una cuerda! Ni siquiera estaba segura de tener la fuerza suficiente para agarrarme.

—¿Cómo de alto está? —le pregunté.

—Bastante.

Tragué saliva.

—¿Y si me caigo al vacío?

—Navia, no te vas a caer.

—No sabes lo torpe que soy.

—Lo sé muy bien, créeme.

Bajé la vista para mirar a los diaños que llevaba entre los brazos, a la moura y al lobishome que nos observaban desde el suelo. Los habíamos salvado del peor de los destinos, y no podía rendirme cuando estábamos tan cerca del final. Por mucho miedo que tuviera, tenía que ser fuerte. Por ellos, tenía que serlo.

—Está bien —me rendí—. Vamos allá.

—Yo iré primero —dijo Silas, agachándose a recoger la cuerda—. Bajaré al lobishome y a la moura, y tú irás detrás con los diaños.

—¿Priiic?

Mientras le observaba con atención, Silas pasó la cuerda por el anillo de hierro. Le hizo varios nudos, apretándolos con fuerza, y yo volví a preguntarme quién habría sido antes de que Hashkin lo eligiera como recipiente. ¿Quizá había sido soldado? ¿Marinero?

—¿Cómo vas a bajar al lobishome? —le pregunté.

—Así.

Se desabrochó la capa y, tras doblarla varias veces sobre sí misma, me indicó que se la atara con fuerza sobre el hombro derecho. Cuando lo hice, entendí de golpe por qué se la había puesto: con ella podía crear una especie de saco en el que llevar al lobishome, asegurándose de que no se cayera.

—Es muy importante que, cuando estés bajando, no sueltes la cuerda —me advirtió—. Pase lo que pase, agárrate fuerte. ¿Entendido?

Asentí y, cuando él se acercó hasta la abertura en la pared, le seguí. Estábamos a tanta altura que el estómago me dio un vuelco y, sin poder evitarlo, me mareé.

—Silas —musité, dando un paso atrás—. No… no puedo.

—Claro que puedes, luz de luna —me interrumpió—. Eres una de las personas más valientes que conozco.

Me miró, y yo me perdí en el naranja de sus ojos. El fuego que había en ellos hizo que me temblaran las piernas, que incluso me olvidara del vértigo que me había provocado la altura.

—¿Crees que… crees que soy valiente?

—Hace falta mucho más valor para ser una buena persona que para ser una mala. —Me observó durante unos instantes, repentinamente serio, y luego añadió—: Vamos, no perdamos más tiempo.

Cogió al lobishome en brazos, ignorando sus gruñidos de advertencia, y lo metió en el saco que cruzaba su pecho. Yo dejé a los diaños en el suelo y ayudé a la moura a colgarse de su espalda, indicándole en la lengua de los dioses que se agarrara al cuello de Silas:

—*Non te soltes.*

Una vez estuvo preparado, Silas tiró la cuerda al vacío y se sentó al borde del precipicio. Cuando saltó y comenzó a descender, mi corazón se saltó un latido.

—Vale —musité, intentando controlar los nervios—. Nos toca.

—¡Priiic!

Miré a los diaños, que parecían algo tensos, y mientras le pedía a la Madre que nos protegiera, me agaché frente a ellos.

—Sujetaos con fuerza.

Uno de los duendecillos se agarró a mi cuello, los otros dos fueron a los brazos; uno al derecho, otro al izquierdo. Por suerte, no pesaban mucho más que Gigi.

Me acerqué hasta la abertura y, a pesar de que me temblaban las piernas, sujeté la cuerda y miré hacia abajo. Todo a mi alrededor comenzó a dar vueltas, y tuve que cerrar los ojos para tranquilizarme.

—No pasa nada —me susurré a mí misma—. Puedo hacerlo.

Silas acababa de llegar al suelo, y tanto él como el lobishome y la moura me observaban desde allí. Parecían muy pequeños. Con mucho cuidado, me senté al borde y me pasé la cuerda entre las piernas para abrazarla con los muslos. Cogí aire y, sin pararme a pensarlo, salté.

Cuando el suelo desapareció bajo mis pies, ahogué un grito. Ya me ardían los brazos, y ni siquiera había empezado a bajar. ¡¿Por qué había aceptado hacer aquella locura?!

—Tranquila —me dije—. Ve poco a poco.

—¡Priiic!

—Priiic, priiic.

Podía notar las pequeñas garras de los diaños clavándose en mi piel, sus rápidos latidos. Estaba muy nerviosa, pero, aun así, empecé a descender. Si lo hacía lentamente, era incluso fácil: primero las manos, luego los pies; dejando que la cuerda me sostuviera mientras el vacío respiraba a mis pies.

Me concentré en los movimientos de mi cuerpo, en mi respiración, y continué bajando. Empezaba a pensar que podía conseguirlo, que el miedo me había hecho exagerar, cuando coloqué mal el pie y el mundo dio un tirón seco. La cuerda se me escurrió entre los dedos y grité.

—¡Navia! —me llamó Silas desde el suelo.

Volví a agarrarme, quemándome las palmas de las manos, y me quedé colgada de la cuerda. Casi no podía respirar, pero me obligué a no dejarme llevar por el pánico, a tragarme el miedo, y continué descendiendo.

—*¡Priiic!* —soltó uno de los diaños, casi dándome ánimos—. *¡Priiic, priiic!*

Al llegar al final, me quedé quieta. El suelo estaba lejos para que así, aunque los reyes utilizaran la poterna para bajar, el palacio seguiría sin ser accesible para los invasores. Ni siquiera saltando llegarían hasta la cuerda. Era un sistema seguro, pero a mí me complicaba las cosas.

—Salta —me indicó Silas desde abajo.

Los diaños lo hicieron, y sus pequeños cuerpos rodaron sobre el suelo. Yo, sin embargo, miré hacia abajo y me mordí el labio inferior. Tenía la sensación de que el golpe iba a doler.

—Yo te sujetaré —me dijo Silas—. No te preocupes.

Asentí y, cuando él extendió los brazos, yo me dejé caer. Por primera vez en toda la noche me sentí segura y a salvo.

—¿Estás bien? —me preguntó, apretándome contra su cuerpo.

—Sí, aunque casi me muero de miedo.

—Yo también.

—¿Tú? —repliqué—. No seas mentiroso.

—Es la verdad, aunque no tenía miedo de que me pasara algo a mí, sino a ti.

Nos miramos fijamente y no supe distinguir si el corazón que notaba latiendo en el pecho era el mío o el suyo. Sus brazos me rodeaban con fuerza, y el recuerdo del sabor de sus labios me torturaba. Ya ni siquiera notaba el frío húmedo del amanecer, sino ese calor incómodo que me empujaba a acercarme a él y olvidarme de la cordura.

—No te preocupes —musité—. No te vas a quedar sin tu curandera.

Silas bajó la vista hasta mi boca, y yo me estremecí. Si quisiera volver a besarme, ¿tendría las fuerzas suficientes como para

negarme?

Me pasé la lengua por los labios, pero, justo en ese momento, el lobishome gruñó. Tanto Silas como yo nos sobresaltamos, recordando de golpe que no estábamos solos, y sentí la vergüenza arremolinándose en mis mejillas.

—*¡Priiic, priiic!*

—Tenemos que seguir —me dijo, dejándome en el suelo.

Me agaché para coger de nuevo a los diaños y, seguidos por la moura y el lobishome, comenzamos a caminar. Enseguida llegamos al bosque; el lugar en el que se fundían el aire salado del mar y, desde que Ikaroa nos había enviado su maldición, la magia de la nieve.

—Volved a casa —susurré, empujando levemente a los diaños—. Y no dejéis que nadie os capture de nuevo.

Los tres duendecillos no tardaron en salir corriendo; la moura, aunque nos dedicó un breve y silencioso asentimiento de cabeza, lo hizo tras ellos. El lobishome fue el único reticente a marcharse. Silas se había agachado frente a él y le estaba acariciando la cabeza con cariño, algo a lo que el lobo no parecía dispuesto a renunciar fácilmente.

—Vamos —le apremió el rey—. Vete.

Dejó de acariciarle y el lobishome le lanzó una mirada suplicante. Silas, sin embargo, no cedió. Aunque podía ver la tristeza de sus ojos, ese brillo humano que tanto se esforzaba por esconder, se mantuvo firme ante él. El lobishome no tuvo más remedio que rendirse y, tras soltar un quejido lastimero, dio media vuelta y corrió hacia el bosque, dejando un reguero de pisadas sobre la nieve.

—Al final te has encariñado con él, ¿eh? —le dije, esbozando una sonrisa.

—Hay molestias que terminan clavadas donde más duele.

El naranja de sus ojos emitió un destello, y yo contuve el aliento. ¿Qué quería decir con eso? ¿Estaba hablando del lobishome o… de mí?

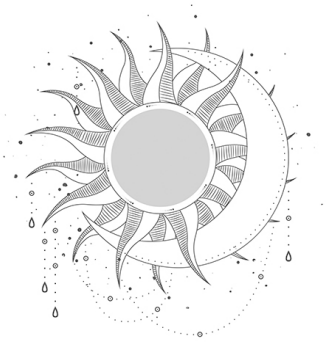
No, por supuesto que no se estaba refiriendo a mí. Entre Silas y yo había deseo, pero nada más. Él solo me necesitaba como curandera, y pensar lo contrario me dificultaba las cosas. Por mucho que la curiosidad tirara de mí, estaba allí para liberar a los dioses del norte, para salvar a Rieva y destruir a nuestros enemigos. Todo lo demás eran distracciones innecesarias.

—Volvamos al palacio —respondí, poniéndome en pie—. Si seguimos aquí, nos vamos a congelar.

Él asintió y, sin decir nada, me siguió.

Me negaba a aceptar que Silas, de alguna forma, me estuviera cogiendo cariño.

Y, por supuesto, me negaba a aceptar que yo también se lo estuviera cogiendo a él.



32

Según fueron pasando los días, la búsqueda del diario se volvió más complicada. Cada vez tenía menos excusas para pasar tiempo en la habitación de Silas, y cuando lo hacía, él estaba despierto y no podía buscarlo. Tampoco quería contárselo a Minnana porque no me fiaba de Hiel, de que usara su poder para sacarle información, y eso me hacía sentir fatal. No quería engañarla, pero tampoco contarle la verdad; así que empecé a espaciar nuestros encuentros. Cuando me preguntaba si estaba haciendo avances, me limitaba a decirle que sí, pero que iba poco a poco, y a rezarle a la Madre por que no empezara a dudar de mí.

Para no levantar sospechas, Rosten y yo seguimos con las lecciones de Elián, pero cada vez me resultaba más difícil prestarle atención. Mi mente viajaba constantemente al diario, a Silas y todo lo que había pasado entre nosotros, y le costaba volver a la realidad.

Cuando llegó la luna nueva, Hiel le propuso a Silas organizar una cena con los nobles más importantes de Almira. Al parecer, los sureños le notaban distante, despreocupado con el gobierno, y quería que una cálida conversación con ellos les tranquilizara. Silas aceptó, pero puso condición: que yo le acompañara en calidad de reina.

—¿Está segura de que quiere ir a esa cena? —me preguntó Malva mientras me peinaba—. Hace días que no se encuentra bien.

Y tenía razón. Desde que había dado el segundo beso, estaba cansada y débil. Ya lo había notado cuando liberamos a las criaturas, pero cada día que pasaba, empeoraba. Al respirar, cientos de pequeños cristales se me clavaban en el pecho, y siempre tenía frío. Ni siquiera el brebaje de menta y tomillo me calmaba.

—Quiero ir —le aseguré.

Aunque eso no se lo dije, me gustaba que Silas quisiera darme mi lugar. Por mucho que Hiel o Minnana no me consideraran más que una princesa perdida, por mucho que incluso yo dudara de mí misma, Silas se esforzaba por recordarme que no solo era su esposa, sino también la reina. Y, si él me necesitaba a su lado, ahí estaría.

—Bien —me respondió—. Entonces vamos a vestirla.

La doncella eligió para mí uno de los vestidos más bonitos del armario; uno con los hombros al aire, una brillante capa arrastrando a la espalda y cuatro cadenas decorando la falda, unidas sobre las caderas por una fíbula en forma de luna.

—Los dejará a todos con la boca abierta —me dijo.

Me entregó el vestido, y yo se lo agradecí con una cálida sonrisa.

La cena se celebraba en uno de los salones de la planta baja del palacio, pero antes de dirigirme allí, pasé por la habitación de Silas. En la última quincena, había tenido que beber mi sangre una vez más. Eso, sin embargo, había complicado aún más las cosas. La abstinencia se había roto, y él seguía siendo un adicto. Mi sangre se parecía demasiado al yin, y su cuerpo no era capaz de diferenciarlos. Aunque no tenían los mismos efectos, e incluso se mantenía enérgico durante unos días, cuando empezaba a quedarse sin reservas volvían los delirios, la fiebre, la ansiedad.

—No puedo asistir a la cena —me había dicho esa misma mañana, intentando controlar el temblor de sus manos—. No puedo presentarme así frente a los nobles más importantes de Ilta. ¿Crees que la ardaluna funcionará?

—No —le respondí, apenada—. Tu cuerpo ya la conoce, y sabe que no le basta. Tendrías que tomar una dosis muy alta, y no sé qué

efectos podría tener. Hasta que encontremos una solución, tienes que seguir bebiendo mi sangre.

—¿Estás segura?

—Si no queremos que Hashkin se haga con el control, no podemos hacer otra cosa.

Cuando llegué a la habitación, Silas estaba sentado en la cama, esperándome. Se había puesto su traje de gala, con el sol de Hashkin bordado en el pecho y una capa corta de terciopelo cubriendo su hombro derecho, pero lo que más llamó mi atención fue la corona que brillaba sobre su cabeza. Era la primera vez que le veía con ella, la primera vez que la usaba para demostrar su poder. Era elegante, regia, con un sol grabado en el centro y bellas filigranas a los lados; tan bella y solemne que hacía aún más notable el cansancio de su rostro. Los pendientes de sus orejas emitían destellos cuando reflejaban la luz de la chimenea, y sus ojos, esos ojos de cazador que me hacían arder por dentro, buscaron con desesperación los míos.

—Luz de luna —me dijo—. Estás preciosa.

—Tú, sin embargo, tienes un aspecto horrible.

Me acerqué hasta el escritorio y cogí el abrecartas de Silas. Después, me senté en la cama junto a él. Sin pensarlo, me corté la palma de la mano y se la tendí.

—¿Seguro que no prefieres…?

—Bébetela antes de que me manche el vestido.

Silas me cogió la mano con delicadeza y, tras un momento de duda, obedeció.

Con el roce de sus labios, mi cuerpo estalló en llamas. Cuanto más bebía de mí, más notaba que me necesitaba; y eso hacía crecer mi excitación. ¿Qué se sentiría al acostarse con él, al dejar que no solo tomara mi sangre, sino que me hiciera suya al completo? ¿Qué se sentiría al tenerlo bajo mi cuerpo, a mi merced?

«Hay algo en ti que me atrae de una forma que no puedo explicar… y lo que más me tortura es que sé que tú sientes lo mismo».

Cerré los ojos, intentando controlar mis pensamientos, y él continuó bebiendo. Las dos veces anteriores se había detenido rápido, justo cuando empezaba a notar los efectos de mi sangre en su cuerpo; en esta ocasión, sin embargo, no lo hizo. Con cada sorbo parecía más sediento, más salvaje, y yo le dejé hacer. Había algo indecente en dejarle beber de mí, y me sentía incapaz de parar. La sensación era cálida y placentera, como si con cada sorbo me deshiciera por dentro y el mundo a mi alrededor se volviera más suave. Él necesitaba más y más y más, y yo estaba dispuesta a entregárselo.

—Silas —suspiré.

Bebió con avidez, perdiendo el control por completo; yo dejé escapar un gemido. Sabía que estaba bebiendo de más, pero no me importaba; el peligro solo hacía que mi excitación creciera.

Al cabo de unos instantes, sin embargo, empecé a marearme. Cada vez me notaba más cansada, y el mundo se alejaba de mí. Los sonidos, los labios de Silas, los latidos de mi corazón. Todo a mi alrededor se ralentizó y, casi sin darme cuenta, me quedé sin fuerzas.

Entonces, me desmayé.

No sé cuánto tiempo pasé inconsciente, tirada sobre la cama, pero cuando volví a abrir los ojos, Silas me estaba mirando con preocupación, la boca aún manchada de sangre.

—¡Navia! —exclamó al verme abrir los ojos—. ¿Estás bien?

—No… no lo sé —le respondí, incorporándome—. ¿Tienes algo de comer?

Silas asintió y se apresuró a ir hasta el escritorio, donde los sirvientes le habían dejado una copa de vino y una bandeja con higos secos. Me la acercó hasta la cama y yo, algo mareada, cogí uno y me lo llevé a la boca.

Cuando noté que se me asentaba el estómago, Silas dejó la bandeja sobre el escritorio y volvió a sentarse a mi lado.

—Es por el segundo beso —le expliqué—. Uno de sus síntomas es la debilidad. No sé qué vamos a hacer, porque cada vez vas a necesitar más sangre y… si seguimos así, terminarás matándome.

Sin dejar de observarme, Silas se puso muy serio. Con una sombra de arrepentimiento en el rostro, me dijo:

—Buscaremos otra solución.

—No hay otra solución. Mis conocimientos de medicina no son tan amplios. Las únicas que podrían ayudarme son mis tías, que saben mucho más que yo, pero no están aquí.

Él clavó sus ojos en los míos; yo le sostuve la mirada. No quería hablarle sobre mis tías, pero me sentía acorralada, atrapada en un laberinto sin salida.

—¿Dónde están? —me preguntó—. Tus tías.

—En el bosque de Valoa. Si pudiera ir a verlas y preguntarles…

—No vas a ir al bosque de Valoa —me interrumpió—. No vas a salir de este palacio. No puedo arriesgarme a perderte.

Sabía que lo decía porque me consideraba valiosa como curandera, y también como rehén, pero aun así noté algo cálido dentro del pecho; algo cálido que me esforcé por ignorar.

Abrí la boca para decirle que entonces seguiría buscando en los herbarios de la biblioteca, cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Majestad! —exclamó Hiel—. Estoy aquí.

Silas suspiró con cansancio y sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta. Se limpió la sangre de los labios y, después, me lo entregó para que me cubriera la herida de la mano.

—Ve yendo a la cena, tengo que hablar con Hiel —me dijo—. No tardaré.

Había esperado acudir junto a él, no tener que enfrentarme a los nobles sureños yo sola, pero aun así asentí y me puse en pie. Tras beber mi sangre, Silas ya no me necesitaba. Eso me hizo recordar que yo no era más que un instrumento para él, un arma de la que se desharía en cuanto dejara de ser valiosa.

Al salir de la habitación, el consejero real me dedicó una mirada letal que, aunque me provocó un escalofrío de advertencia, le devolví.

—Buenas noches, princesa —me saludó, en un tono afilado.

—Reina —repliqué—. Te recuerdo una vez más que soy la reina.

Nos desafiamos en silencio y, cuando él entró en la habitación de Silas, yo seguí hacia delante.

En el salón en el que iba a celebrarse la cena había una larga mesa de madera rodeada por ocho sillas. Aunque los sirvientes aún no habían traído la comida, los platos estaban preparados.

Al otro lado, junto a la chimenea, había seis nobles hablando en círculo, esperando a Silas. Eran tres hombres y tres mujeres, todos ellos vestidos con sus mejores galas sureñas, las orejas llenas de pendientes y las manos de anillos. Los seis tenían sendas copas de vino en las manos, probablemente no era la primera que bebían esa noche, y por supuesto tampoco la última.

En cuanto me vieron llegar, se giraron hacia mí.

—¡Majestad! —exclamó una de las mujeres en un claro tono de burla—. ¡Qué honor contar con su presencia esta noche!

Aunque parecían inofensivos, criados entre los algodones de la corte, me tensé. Dudaba que fueran a atacarme, pero no dejaba de estar sola en un salón lleno de enemigos, como un cervatillo recién nacido que se colaba en la guarida de los lobos.

—Me alegro de que mi presencia les agrade —respondí.

Esbocé una sonrisa amable, una que convertí en escudo, y caminé hasta la mesa para llenarme una copa de vino. Después, me acerqué lentamente hasta ellos. No quería permanecer al margen y que pensaran que les tenía miedo.

—Estábamos deseando conocer a la famosa princesa Estela —me dijo otra de las mujeres, una con una larga cabellera trenzada.

—Sí —confirmó uno de los hombres, el más alto de los tres—. ¿Por qué no brindamos todos juntos mientras esperamos que aparezca el rey?

Los sureños levantaron sus copas y yo, disimulando mi incomodidad, los imité.

—¿Qué le parece si brindamos por las cenizas de Rieva? —propuso el que tenía justo enfrente, de hombros anchos y espesa barba negra.

—O podemos hacerlo por los norteños —dijo la mujer que tenía al lado, en cuyo rostro destacaba una prominente nariz—. Al parecer, la mayoría de ellos han llorado como bebés cuando nos hemos hecho con el control de sus ciudades.

—Me hace especialmente feliz que hayamos conquistado Kala —le respondió el hombre de la barba—. Me han dicho que sus playas son espectaculares, y siempre he querido tener un castillo con vistas al mar del norte.

Todos rieron, y yo sujeté la copa con más fuerza.

—Este reino no os pertenece —repliqué, con el estómago lleno de rabia.

—¿Eso crees? —me preguntó el hombre alto—. Deberías aceptar que tanto tú como estas tierras estáis ahora bajo el dominio del sur.

Los demás asintieron, orgullosos, y yo tuve que apretar los dientes para controlar la violencia de mis pensamientos.

—Me parece que la reina necesita un poco de vino —se burló la mujer que tenía al lado—. El alcohol la ayudará a celebrar las victorias de Hashkin.

Antes de que pudiera replicar, levantó su copa y me tiró el vino encima. Ahogué un grito cuando el líquido me manchó el pelo, el rostro, los hombros; dejando un reguero pringoso en la piel de mi escote. Di un paso hacia atrás, pero el hombre que estaba a mi izquierda me agarró de los brazos y, situándose a mi espalda, me obligó a quedarme quieta.

—¡Suéltame! —exclamé, intentando liberarme.

Por supuesto, no lo conseguí.

—Yo creo que no le estamos dando buenas razones para brindar —dijo el hombre de la barba—. Nuestra pobre reina preferirá brindar por la maldición de Ikaroa, esa que lleva más de cien ciclos de luz causándonos sufrimiento.

—¡La cruel y envidiosa Ikaroa, que quiso apagar el brillo de Hashkin! —añadió la mujer de la trenza.

Los seis abuchearon y el hombre de la barba, entre insultos a los dioses del norte, me escupió. Su saliva impactó en mi mejilla

izquierda, revolviéndome el estómago, y arrancó nuevas carcajadas a sus compañeros.

—Me alegro de que hayas terminado siendo la puta de Silas —me dijo, asqueado—. Ojalá él te haga pagar por todos los crímenes que habéis cometido.

Un golpe sobre la mesa nos sobresaltó. Los nobles se dieron la vuelta, sus risas cortadas, y yo contuve el aliento.

Silas acababa de llegar y estaba frente a nosotros, observando la escena. Tenía el rostro serio, mucho más serio de lo que le había visto nunca, y los ojos ardiendo en ira. En su piel brillaban de forma tenue las vetas naranjas de Hashkin, como si el dios estuviera luchando por hacerse con el control, y por primera vez no las ocultaba bajo una máscara. Cada vez que el rey respiraba, su resplandor de fuego parecía hacerse más intenso. Dos soldados sureños se encontraban tras él, con la espalda recta, esperando órdenes.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó el soberano, separando mucho las palabras.

—Majestad —dijo el hombre que me retenía, soltándome al instante.

—¿Estabais agrediendo a *mi* esposa?

—No, majestad. Solo estábamos…

—¡¿A vuestra reina?!

Los nobles guardaron silencio, avergonzados, y un relámpago de satisfacción me cruzó el pecho. Estaba segura de que habían pensado que a Silas le divertiría que me humillaran, que incluso se habría unido a ellos, y disfruté al verlos descubrir su error.

—Majestad —musitó una de las mujeres—. Sentimos mucho…

—Nadie toca lo que es mío, ¡¿me oís?!

Silas volvió a golpear la mesa, y los nobles se estremecieron. La tensión del ambiente podía tocarse con los dedos. Conocía lo suficiente a Silas como para saber lo enfadado que estaba, lo peligroso que podía llegar a ser.

—Pensábamos que era una prisionera —se excusó la mujer de la trenza.

A modo de respuesta, Silas desenvainó la espada de uno de los soldados y se acercó hasta ella. Todos los nobles se estremecieron, y yo me puse muy tensa. No es que aquellos norteños me importaran, pero no podía permitir que Silas asesinara a una persona a sangre fría. No solo iba en contra de todos mis principios y creencias, sino que también habría apagado ese brillo de humanidad que tanto me gustaba ver en él.

Por eso, cuando se detuvo frente a la mujer y levantó la espada, me apresuré a colocarme delante.

—¿Qué haces? —me preguntó Silas, furioso.

—No merece la pena —le susurré.

Le miré fijamente, dejando que se perdiera en la constelación de mis ojos, y algo en ellos pareció tranquilizarle. La ira de su rostro se suavizó, y cuando su mano aflojó la empuñadura de la espada, las vetas naranjas desaparecieron.

—Guardias —soltó, sin dejar de mirarme—. Quitadles los anillos de familia y encerradlos en las mazmorras. Ya decidiré qué hacer con ellos.

Los soldados obedecieron y sacaron a los nobles del salón. Dos de las mujeres palidecieron; los demás, probablemente, aún no entendían la gravedad de lo que habían hecho. Sabía que daría igual lo mucho que Silas los castigara, lo mucho que les arrebatara; para ellos yo siempre sería una enemiga, un ser inferior.

—¿Estás bien? —me preguntó Silas en cuanto nos quedamos a solas.

Soltó la espada que aún sujetaba y sacó un pañuelo de su chaqueta. Después, con delicadeza, me limpió los restos de saliva que me quedaban en la mejilla.

—Sí —le respondí—. Solo me han tirado el vino encima. Si me hubieran golpeado o…

—Si te hubieran golpeado, estarían muertos.

Guardé silencio, incapaz de asimilar lo agradecida y segura que me sentía. Cuando estaba junto a Silas, no había nada a lo que le tuviera miedo.

—He decidido que no voy a volver a beber de tu sangre —me dijo—. No quiero hacerte más daño.

Al escucharle decir esas palabras, algo dentro de mí se resquebrajó. El odio seguía estando ahí, afilado, recordándome cada una de las heridas que me había hecho, pero entre las grietas se coló una luz peligrosa, una luz cuya existencia lo desordenaba todo en mi interior.

«Hay molestias que terminan clavadas donde más duele».

—¿Y qué vamos a hacer? —musité.

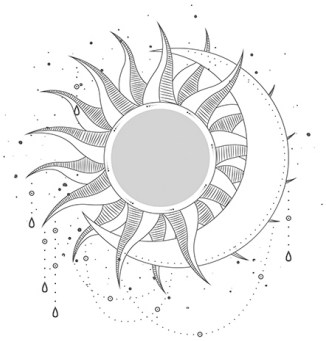
Silas apretó los labios, sin apartar sus ojos de los míos, y mis latidos se aceleraron. Tenía la sensación de que había pensado algo, de que tenía un plan, y no estaba segura de que fuera a gustarme.

—Voy a dejarte ir donde tus tías, pero con una condición.

Me quedé callada, repentinamente tensa. No podía creer que fuera a dejarme salir del palacio, mucho menos que pudiera volver al bosque y ver a mis tías. La desconfianza quiso levantar la cabeza, pero la gratitud y la ilusión la contuvieron. Tenía el corazón demasiado herido por la nostalgia como para atender a la cordura.

—¿Qué condición? —le pregunté.

—Que no vas a ir sola. Yo te acompañaré.



33

Dos días después de la fatídica cena con los nobles sureños, Silas y yo abandonamos el palacio. Lo hicimos de madrugada, tras sacar dos caballos de las caballerizas reales. El rey les había dicho a sus soldados que nos íbamos al bosque a celebrar nuestro matrimonio, que no queríamos compañía, y ninguno de ellos había replicado. Se lo contarían a Hiel, claro, y este quizá decidía que no estaba de acuerdo con el arrebato de pasión del soberano y salía a buscarlo; pero para entonces, ya estaríamos muy lejos.

El viaje había sido tranquilo, cabalgando entre los árboles de día, durmiendo en cuevas por la noche. Como los sureños habían destrozado las barreras de Valoa con las gonas y los dioses del norte no podían restaurarlas, Silas había podido cruzarlas con facilidad.

—Antes de que sigamos avanzando —le había dicho la primera noche, ambos sentados junto al fuego—, necesito que me prometas algo.

—¿El qué?

—Que no les vas a hacer daño a mis tías.

Los ojos de Silas reflejaban el calor del fuego y parecían estar ardiendo, dándole un aspecto atrayente, peligroso, mágico. Se había quitado el grueso abrigo de pelo blanco que llevaba sobre los hombros, dejando a la vista la ropa del viaje, y no pude evitar pensar en lo mucho que me fastidiaba que fuera tan guapo. Mis ojos

siempre bajaban a la cicatriz que le atravesaba el cuello, a la que cortaba la comisura izquierda de sus labios, pero ni siquiera eso conseguía opacar su belleza.

—Luz de luna, no te estoy acompañando para atacar a tus tías —me respondió.

—Pero no quiero que les hagas daño ni ahora ni nunca. Ellas son… son lo único que tengo.

Le estaba llevando hasta allí porque tenía que ayudarle, pero eso no significaba que me fiara de él. A mí siempre me protegía, pero nada me aseguraba que fuera a hacer lo mismo con mis tías.

—No te preocupes —me aseguró—. No voy a hacerles daño.

Y, fuera una decisión estúpida o no, le creí.

Durante el viaje, Silas no necesitó beber mi sangre. La última dosis la había tomado hacía apenas unos días, así que, aunque sabía que lo ansiaba, aún aguantaría un poco más. Yo, por el contrario, seguía estando débil. Silas se había dado cuenta enseguida de que hasta el más mínimo esfuerzo me dejaba sin aire, por lo que no había dejado de cuidarme. Era él quien se encargaba de buscar leña cuando necesitábamos encender una hoguera, y también quien hacía guardia por las noches, permitiéndome así descansar. A veces incluso tenía la sensación de que se arrepentía de haberme besado y estaba intentando compensar el error de acercarme un paso más a la muerte.

Eso hacía que todo fuera más difícil.

Por más que intentaba mantenerme alejada de él, no dejaba de pensar en el beso, en lo mucho que deseaba repetirlo. Cuando cerraba los ojos, me imaginaba sus manos recorriendo mi cuerpo, las mías explorando el suyo, y agradecía a todos los dioses que nadie pudiera leer mis pensamientos. Por mucho que sintiera una inexplicable atracción hacia él, por mucho que entre nosotros se hubiera construido un puente de algo parecido a la confianza, no había olvidado que mi objetivo era destruirle, salvar a mi pueblo. De hecho, haberle sacado del palacio tenía también una segunda intención.

«Gigi se quedará aquí, contigo, y juntos registraréis a fondo la habitación del rey —le había pedido a Rosten la noche antes de mi partida—. Tenéis que encontrar el diario de Évolet cueste lo que cueste».

«¿El bicho se tiene que quedar conmigo? —había replicado él con fastidio—. No quiero hacer de niñera».

«Gigi puede moverse por el palacio sin ser visto, Rosten. Es rápido y sigiloso, así que te será muy útil».

Al amanecer del tercer día de viaje, llegamos a la cabaña de mis tías. Los pájaros más madrugadores celebraban la salida del sol, y en el aire flotaba un aroma a leña quemada que reconocía como el de mi hogar.

Un latigazo de nostalgia y felicidad me atravesó el pecho al ver cómo el humo de la chimenea intentaba alcanzar el cielo, haciendo que las lágrimas se me atascaran en la garganta. No podía creerme que, después de todo lo que había pasado, estuviera de nuevo en casa.

—¿Crees que tus tías querrán ayudarme? —me preguntó Silas, bajándose del caballo. Sus palabras vinieron acompañadas de una nube de vaho.

—Lo harán porque son meigas —le respondí, imitándole—. Las meigas cuidan a todo aquel que lo necesite, pero no vas a ser su paciente favorito.

—¿Tengo que asustarme?

Esbozó una sonrisa burlona y yo se la devolví.

—Solo de mi tía Or.

Avanzamos en silencio sobre la nieve, dejando sobre ella un reguero de pisadas. Tuve que contenerme para no salir corriendo a golpear la puerta con desesperación.

—Te noto nerviosa —me dijo Silas.

—¿Tú no lo estarías si llevaras casi dos lunaciones sin ver a tu familia y fueras a reencontrarte con ella?

Silas sonrió, pero fue una sonrisa triste, una sonrisa cargada de recuerdos oscuros que desapareció al instante.

—Yo no tengo familia, luz de luna.

—¿Cómo que no? Todo el mundo tiene una familia.

—Sí, pero la mía se quedó en una vida que ya no me pertenece.

¿Se estaba refiriendo a su vida antes de que Hashkin lo eligiera? ¿Al hombre que era antes de ser rey?

Justo en ese momento llegamos a la puerta de la cabaña, y todas las preguntas que se me acumulaban dentro murieron entre mis labios. Al otro lado de la madera se escuchaban voces, las voces de mis tías.

Con la emoción engarzada en el pecho, me quité los guantes y llamé a la puerta. Mis tías dejaron de hablar, probablemente sorprendidas por recibir a un paciente tan temprano, y después escuché unos pasos. Entonces, Bibas abrió la puerta. Al verme, dejó caer la infusión que llevaba entre las manos, y el vaso de cerámica se rompió en mil pedazos.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó Fai desde la cocina.

Volver a ver a Bibas hizo que se formara un nudo en la garganta. Las arrugas incipientes del rostro, el pelo con hojas enredadas entre los mechones, la tierra bajo las uñas; esos ojos llenos de ternura que siempre me habían mirado con el cariño de una madre. Era ella, no tenía ninguna duda, y yo estaba en casa de verdad.

—¿Navia? —susurró.

Me lancé a sus brazos y ella me apretó con fuerza. Olía como siempre había olido mi tía Bibas: a hierbas aromáticas, a limón, a la tierra del bosque.

—¿Eres tú? —musitó contra mi pelo—. ¿Eres tú de verdad?

—Soy yo —le respondí, con los ojos llenos de lágrimas.

Nos abrazamos en silencio, emocionadas, y cuando me separé de ella, me cogió de la mano y me arrastró al interior de la casa. Le lancé una rápida mirada a Silas, indicándole en silencio que esperara, y él asintió.

—¡Fai, no te lo vas a creer! —exclamó Bibas cuando entramos en la cocina—. ¡Or, ven ahora mismo!

La estancia olía a caldo de grelos, y el estómago me rugió hambriento. Fai estaba junto a la lareira, removiendo el contenido del caldero. Breto, que se había dormido junto a la ventana, era un ovillo de pelo suave y orejas enormes; una especie de ratón gigantesco con dos pequeños cuernos en la cabeza. Al vernos, levantó la cabeza para mirarnos.

—Bibas, ¿por qué gritas tanto? —preguntó Fai, sin darse la vuelta—. Menudo escándalo.

El biosbardo se puso en pie de un salto, algo nada propio de él, y se abalanzó sobre mí. Yo le recibí con los brazos abiertos, haciendo un esfuerzo por sostenerle. Estaba segura de que, en mi ausencia, había engordado.

—Bola de pelo —le susurré, dándole un beso en la cabeza. Él me lamió la nariz, los labios, la barbilla—. Te he echado de menos.

En cuanto escuchó mi voz, Fai soltó la cuchara y se dio la vuelta. Al verme, abrió mucho los ojos y se tapó la boca con las manos.

—Por los dioses —musitó.

Sonreí y, en cuanto dejé a Breto en el suelo, ella corrió a abrazarme.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser —repitió, con la voz rota—. Nos llegaron noticias de que Silas te había obligado a casarte con él, y no sabíamos si eran ciertas.

—Es una larga historia —respondí—. Os lo contaré todo.

Deshicimos el abrazo, pero mis tías no me soltaron las manos; quizá porque temían que volviera a desaparecer.

—¿Te han hecho daño? —me preguntó Bibas—. ¿Has escapado y te están persiguiendo?

—Uxa está en el hospital, voy a llamarla ahora mismo —añadió Fai—. ¿Y dónde está Or? ¡Or, por los dioses, deja lo que estés haciendo y mueve el culo hasta la cocina!

—¡¿Qué quieres?! —exclamó esta—. ¡Estaba buscando tu maldita sartén!

Mi tía Or llegó a la cocina, con una enorme sartén entre las manos, y cuando me vio, se quedó muy quieta, congelada como una

estatua.

—¿Eres… eres un espíritu? —me preguntó, sus ojos blancos clavados en los míos.

—¡Cómo va a ser un espíritu, pedazo de mendruga! —replicó Fai—. ¡Es Navia de verdad!

Me limpié las lágrimas y observé la cocina con cariño, dándome cuenta de que nada había cambiado en ella. Todo seguía en su sitio, como si mi hogar no hubiera notado mi marcha, o ni siquiera hubiera querido hacerlo, porque era más fácil así.

—Navia, cuéntanoslo todo —me dijo Bibas—. ¿Quieres tomar un poco del caldo de Fai?

—O puedo prepararte unas filloas —añadió Fai.

—Las sábanas de tu cama están limpias.

—Ven, siéntate.

Bibas tiró de mi mano, intentando llevarme hasta la mesa, pero yo me resistí.

—Tías, estoy bien —les dije—. Solo he venido porque… porque necesito vuestra ayuda.

—Espero que no te hayas quedado embarazada.

—¡Or! —la riñó Fai.

—¿Qué? —se defendió ella—. No estoy preparada para ser abuela.

—Venid conmigo.

Las llevé hasta la entrada y, con un gesto de la mano, le pedí a Silas que se acercara. Él soltó las riendas de los caballos y obedeció.

Mis tías se habían sumido en la sorpresa de verme y ni siquiera se habían dado cuenta de que había llegado acompañada. Al hacerlo, se pusieron muy tensas. Probablemente no sabían que se trataba del rey de Ilta, pero percibieron enseguida que había algo en él que no era mortal, una sombra peligrosa que le acechaba. Estaba segura de que veían que en sus ojos se escondía una magia que ni siquiera ellas podían comprender.

—¿Quién es? —susurró Bibas.

Observé a Silas, con el corazón encogido, y después volví a mirar a mis tías. Tenía tantas cosas que decirles, tantas que explicarles, que no sabía por dónde empezar.

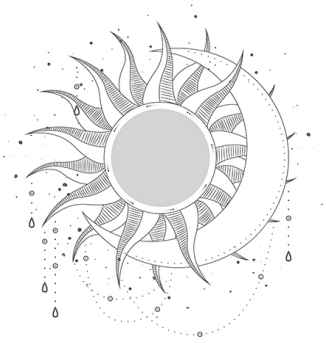
—Tías —les dije, algo insegura—. Este es… es… el rey Silas.

Las tres abrieron mucho los ojos, pero no dijeron nada. Tenían la vista clavada en Silas, esta vez mirándolo no con curiosidad, sino con miedo e incredulidad.

—Es un placer conocerlas —les dijo Silas, usando ese encanto que solo yo conocía—. Navia me ha dicho que…

Pero no le dejaron terminar.

Antes de que pudiera hacerlo, Or levantó la sartén y le golpeó la cabeza, dejándolo inconsciente.



34

—Creo que has perdido la cabeza —me dijo Uxa.

—Completamente —confirmó Or.

—Está tan loca como tú —le dijo Fai—. ¿A quién se le ocurre darle un sartenazo al mismísimo rey Silas?

—¿Y qué querías que hiciera? —replicó esta—. ¿Preguntarle si le apetecía desayunar?

Mis tías y yo estábamos sentadas a la mesa de la cocina, como solíamos hacer antes de que me marchara. Las cuatro me estaban mirando fijamente, juzgándome, intentando comprender lo que les estaba explicando sobre la adicción de Silas y mis motivos para estar allí. Solo tenían tres pacientes en el hospital, y ninguno de ellos estaba grave, así que podían dejarlos un rato sin vigilancia. Les había contado todo lo que había averiguado en el palacio, me habían gritado por haberme escapado de casa y habíamos llorado juntas la muerte de Liara. Así, el peso con el que había cargado se hizo más ligero, más soportable.

Breto, que había adoptado su apariencia peluda favorita, estaba acurrucado sobre mis piernas. Perder las manos en su pelaje fue como un bálsamo que me curó las heridas.

—No te habrás enamorado de él, ¿no? —me preguntó Bibas con preocupación.

—¡Por los dioses, no! —exclamé, ruborizándome.

A pesar de que tenía claro que no amaba a Silas, de que mi objetivo final era destruirle, no fui capaz de hablarles de la intensa atracción que sentía hacia él. No les conté nada sobre que podía ver sus colores, ni por supuesto sobre lo que había pasado entre nosotros. Sabía que mis tías me notaban cansada, enferma incluso, pero no podía explicarles que la razón era que ya había dado dos besos, y que uno de ellos había sido nada más y nada menos que a Silas. Solo de pensar que lo descubrían, sentía tanta vergüenza que hasta se me revolvía el estómago.

—Pero le has dado tu sangre —replicó Bibas—. Eso es…

—¿Asqueroso? —la interrumpió Or.

—Íntimo —la corrigió Fai.

Giré la cabeza para comprobar que Silas seguía encerrado en mi habitación y no nos estaba escuchando. Le habíamos llevado hasta allí y le habíamos tumbado sobre la cama para esperar a que recuperara la conciencia, y no sabía de cuánto tiempo a solas disponíamos.

—Acercarme a él es también parte del plan —les susurré a mis tías.

—¿Qué? —exclamó Or, acercándose un poco más a mí—. Si hablas tan bajo, no te oigo bien.

Fai chasqueó la lengua con fastidio y se levantó para cerrar la puerta de la cocina. Cuando volvió a sentarse, me dijo:

—Venga, habla un poco más alto para que la anciana pueda escucharte.

—¡Oye! —replicó Or—. ¿Tengo que recordarte que tenemos los mismos siglos?

—Aun así, tú los llevas peor.

—Escuchad —les dije—. Sé dónde está el diario de Évolet y voy a recuperarlo. Cuando lo consiga, serán nuestros dioses quienes acaben con él; pero, hasta entonces, no nos queda más remedio que ayudarle. Si Silas muere, Hashkin cambiará de recipiente, y podría elegir a alguien aún peor, más peligroso, alguien que no

quiera dormirle, sino usar su poder. Con él tenemos… tenemos una oportunidad.

El biosbardo emitió un suave ronroneo, demostrándome así que le gustaba que le acariciara detrás de las orejas, y mis tías se quedaron calladas, pensativas. Lo único que se escuchaba en la cocina fue el crepitar del fuego de la lareira, el aire golpeando contra el cristal de las ventanas. Sabía que no era más que una ilusión, que aquel breve tiempo con ellas era un regalo que se me escurría de entre los dedos, pero aun así me llenó el pecho de una calma que hacía mucho tiempo que no sentía.

—Necesitamos algo que controle el poder de Hashkin, algo que tenga el mismo efecto que la sangre de las criaturas de la noche —dijo Uxa, juntando las yemas de los dedos—. O, lo que es lo mismo, que la sangre de Navia.

Asentí, esperanzada, y ella entornó los ojos.

—¿Qué has probado, además de la ardaluna? —me preguntó Fai.

—Nada —respondí—. No he probado nada más.

—Yo no lo intentaría con plantas —dijo Bibas—. No hay ninguna lo suficientemente fuerte como para dormir a un dios. Quizá probaría con los huesos, o con la *pedra das mareas*.

—¡La *pedra das mareas!* —exclamó Fai—. Qué buena idea. Tenemos algunas en la despensa, si las machacamos y las mezclamos con toxo…

—Podría funcionar —concluyó Or.

—¿Qué es la *pedra das mareas?* —pregunté yo.

—Es una roca que solo se encuentra en el mar. Las meigas del litoral suelen recogerlas cuando baja la marea —me explicó Uxa.

—Dicen que cuando Hashkin traicionó a Ikaroa, la Madre lloró sobre las olas —añadió Bibas—. Esas rocas son sus lágrimas, que aún tiñen los mares de tristeza.

—Hace tiempo intercambiamos alguna por huesos de biosbardo —me respondió Or.

Breto se encogió sobre sí mismo, y yo intensifiqué mis caricias para que se relajara. Estaba segura de que mis tías habían

encontrado esos huesos en el bosque, que no se dedicaban a matar criaturas de la noche para comerciar con sus cuerpos, así que podía estar tranquilo.

—Hasta ahora las hemos estado usando enteras para las jaquecas de Or, pero creo que si raspamos la superficie y añadimos el polvo a la infusión… —propuso Uxa.

—Podríamos usar sus propiedades sin dañar su centro —terminó Fai.

—¿Su centro? —quise saber.

—Ahí es donde las piedras curativas guardan su magia —me respondió Bibas—. Si el centro sufre algún daño, perderían todas sus propiedades.

—Bien —dijo Uxa—. ¡Pues manos a la obra!

Las cuatro meigas se pusieron en pie, y yo las imité. Dejé a Breto sobre la silla y, mientras ellas se preparaban para hacer su magia, les pregunté:

—¿En qué os puedo ayudar?

—En nada —me respondió Or mientras buscaba entre los botes de hierbas que guardábamos en la alacena—. Ve a vigilar a Silas. Te avisaremos cuando tengamos lista la infusión.

Fai se acercó hasta mí con un cuenco lleno de caldo y me dijo:

—Toma —me dijo—. Dáselo cuando se despierte.

—Pero…

—Navia, déjanos trabajar. Tú ya has hecho suficiente.

Aunque quise replicar, sabía que mis tías tenían razón. Mis conocimientos no eran tan amplios como los suyos, y lo único que conseguiría si me quedaba en la cocina con ellas sería estorbar. Era mejor tener menos manos, pero que estas fueran expertas, que muchas que no sabían lo que estaban haciendo.

Cogí el cuenco y, con cuidado de no tirar el caldo, caminé hasta mi habitación. Me imaginaba que Silas seguiría inconsciente, así que cuando abrí la puerta y lo vi de pie junto a la ventana, con uno de mis dibujos entre las manos, me puse muy tensa.

—¿Desde cuándo estás despierto? —le pregunté—. ¿Hemos… hemos hecho ruido?

De pronto, me aterró la idea de que nos hubiera escuchado, de haber estropeado todos mis planes por no ser lo bastante precavida.

—No te preocupes, me acabo de despertar —me respondió.

Cerré la puerta tras de mí y, aunque quise creerle, mi parte más desconfiada permaneció alerta.

—¿Y por qué no has salido? —le pregunté, aún en duda.

—Por si tu tía Or volvía a dejarme inconsciente.

Al darme cuenta de que no parecía enfadado, de que ni siquiera parecía tener una sombra de rencor en la mirada, respiré algo más tranquila.

—Lo siento —le dije, esbozando una sonrisa divertida—. No esperaba que reaccionara así.

—¿No? —inquirió él, alzando una ceja—. Pensaba que el sartenazo era parte de tu plan.

Me encogí de hombros y le entregué el cuenco lleno de caldo. Él dejó el dibujo sobre la mesa y lo cogió. Incluso así, después de haber estado inconsciente, estaba tan guapo que parecía irreal.

—Ya te dije que si tenías que asustarte de alguna de mis tías era de Or.

—Sí, y también me hiciste prometer que no les haría daño. Ahora entiendo por qué.

Se llevó el cuenco de caldo a los labios, y yo me acerqué a la mesa para observar el dibujo que el rey había tenido entre las manos. Era uno de los primeros bocetos que había hecho de Breto; lo sabía porque era impreciso, algo tosco, con cientos de errores.

—¿Qué clase de criatura es? —me preguntó Silas.

—Un biosbardo. Lo tenemos desde que era un cachorro.

—¿Crees que también me odia?

—Breto odia a todo el mundo, así que estoy segura de que sí.

Silas sonrió, y yo me perdí en su calidez. Tenía una sonrisa bonita, tan bonita y peligrosa como el resto de su apariencia. Observé cómo terminaba de beberse el caldo y, cuando dejó el

cuenco vacío sobre la mesa y se pasó la lengua por los labios, aparté la mirada.

—Estaba riquísimo —me dijo—. Creo que podría alimentarme solo de ese caldo el resto de mi vida.

—Lo sé, es parte de la magia de Fai.

—Creo que tu tía Fai es mi favorita, sobre todo porque no le gustan tanto las sartenes como a Or.

Esta vez fui yo la que sonreí.

—Creo que han encontrado una solución —le dije—. Dicen que las infusiones de flores no son lo suficientemente fuertes, así que van a intentarlo con una piedra curativa. No sé si funcionará, pero confío en ellas.

Los ojos de Silas emitieron un destello, y en él reconocí la frágil esperanza de los pacientes del hospital, esa que ponía un enorme peso sobre mis hombros: el de acabar con su sufrimiento. Quería curar a Silas para que Hashkin no despertara, para poder encontrar el diario de Évolet sin tener que enfrentarme a la ira de un dios, pero una parte de mí… una parte de mí quería hacerlo para que estuviera bien. Mi espíritu de curandera me hacía sentir su dolor como si fuera mío, compadecerme de cada una de sus cicatrices, y empezaba a odiar lo que Hashkin le hacía sentir.

«Siempre has tenido complejo de salvadora».

—¿Cuánto tardarán en prepararla? —me preguntó Silas—. ¿La tendremos antes de… de que pierda el control?

Sin poder evitarlo, pensé en sus labios saboreando mi sangre, en el deseo febril que dominaba su rostro cuando bebía de mí. No sabía qué era lo que me excitaba tanto, si el hecho de que me necesitara, el sentir su lengua sobre mi piel o simplemente que se tratara de él, pero era incapaz de controlar la oleada de sensaciones que el mero recuerdo me provocaba.

—La tendremos esta misma tarde —le respondí—. Mis tías son rápidas y eficientes.

Silas asintió y yo, aún avergonzada, bajé la vista hasta el dibujo de Breto.

—Dibujas muy bien —me dijo Silas.

—Gracias, aunque solo hago bocetos de las criaturas de la noche. Llevo mucho tiempo escribiendo un bestiario y me gusta ilustrarlo.

No le di más detalles; no porque lo considerara peligroso, sino porque, normalmente, la gente se aburría cuando le hablaba de mi bestiario. Era algo que solo me apasionaba a mí, algo que ni siquiera quienes me querían llegaban a comprender del todo.

—¿Un bestiario? —me preguntó Silas—. ¿Y eso?

—Me gustan mucho las criaturas de la noche. Siempre he sentido… No sé, una especie de conexión con ellas. Quizá es por mi sangre, o porque me he criado aquí, en el bosque, pero prefiero su compañía a la de las personas. Sé que muchas no hablan, pero son buenas, ¿sabes? Incluso las peligrosas.

Me giré hacia la ventana para mirar el bosque, completamente teñido del blanco de la nieve, y pensé en lo feliz que había sido mi infancia. ¿Habría sido así si hubiera crecido en el palacio de Jata junto a mi verdadera familia? ¿Si no hubiera conocido ni a mis tías, ni a Rosten ni a Liara?

—Cuando era pequeña —le conté— solía escaparme al bosque para estar con las criaturas de la noche. Mi tía Fai era la que más se enfadaba.

—¿Por qué no nos escapamos ahora? —me dijo Silas.

Volví a mirarle, esta vez con el ceño fruncido, y me perdí en el brillo travieso de sus ojos.

—¿Qué?

—Has dicho que la infusión no estará preparada hasta la tarde, y no tenemos nada que hacer. Enséñame el bosque, ese bosque al que huías cuando eras una niña. Quiero conocerte, luz de luna. Quiero saber quién eres en realidad.

El corazón me dio un vuelco, no solo porque Silas quisiera conocerme, sino porque era la primera persona que, en vez de decirme que no me escapara, me estaba animando a hacerlo. Era la primera persona que se interesaba por algo tan importante para mí.

—¿No crees que será peligroso?

—Ya te dije una vez que, mientras tú estés a mi lado, no lo será.

Algo en la forma en la que lo dijo, como si de verdad me necesitara junto a él, hizo que mi interior estallara en llamas.

—Bien —musité, esbozando una sonrisa—. Pues vamos.



Pasamos el resto de la mañana perdidos entre los árboles y la nieve del bosque. Aunque no parecíamos estar siguiendo ningún camino, yo sabía en todo momento a dónde nos dirigíamos. Reconocía las marcas en los troncos de los árboles, las rocas, los caminos trazados por animales y criaturas de la noche. Nuestro ritmo era lento porque yo no podía caminar más rápido, pero eso nos permitió disfrutarlo más a fondo, detenernos a apreciar los detalles.

—Mi sueño es viajar por todo el norte para estudiar a las criaturas de la noche —le expliqué, emocionada—. Solo conozco a las del oeste de Valoa, pero Rieva está plagado de criaturas increíbles, como las xanas del norte o las pesantas del este. ¿No te parece increíble que exista un perro que solo aparece por las noches para provocar pesadillas?

—Sí, aunque a juzgar por lo que ocurre en mi cabeza por las noches, debo de habérmelo encontrado alguna vez —me dijo.

—¡Yo también! —exclamé—. Siempre tengo sueños extraños, sobre todo pesadillas. No recuerdo una sola época en mi vida en la que haya dormido bien, aunque si descubriera que la razón es una pesanta no me importaría tanto, claro.

Tenía miedo de estar mostrándome demasiado intensa, pero Silas parecía escucharme con atención, como si de verdad le interesara lo que le estaba contando. De vez en cuando, incluso me hacía preguntas y disfrutaba con la emoción de mis respuestas.

—¿Cuál es tu criatura favorita? —quiso saber.

—La verdad es que no lo sé. Todas me gustan mucho, aunque… tengo que confesar que siento debilidad por el Can de Urco.

—¿El Can de Urco?

—Es un perro gigantesco que sale del mar. Dicen que, si lo ves, mueres al instante.

Silas me miró, horrorizado, y yo me encogí de hombros. No quería contarle que yo ya lo había visto una vez, que nos habíamos encontrado en el bosque cuando era niña, y que aun así seguía con vida. No quería contarle lo que había sentido al verle, ni que habría dado cualquier cosa por averiguar la razón por la que no me había matado.

—También me gustan los trasnos —añadí—. Esos sí son inofensivos. Más o menos.

Al pensar en Gigi sonreí, pero enseguida dejé de hacerlo. Lo echaba mucho de menos. Me había acostumbrado a su presencia, a sus constantes «gigigi», a notar sus manitas en mi cuello. ¿Estaría bien en el palacio? ¿A salvo? ¿O Rosten lo habría encerrado en un armario? Esperaba que se llevaran bien.

—En Ilta también tenemos criaturas, ¿sabes? —me contó—. No son hijas de Idriel, sino de Imnón, el dios del viento, y hay muy pocas. Demasiado pocas.

Sabía perfectamente que las criaturas mágicas de Ilta eran muy escasas, y que esa era la razón por la que los brujos de la Orden estaban cazando a las de Rieva. En el norte había muchas, e incluso teníamos mestizos como Rosten que convivían con los humanos. No podía imaginarme un mundo en el que las criaturas mágicas no formaran parte de mi día a día, un mundo en el que la magia estuviera limitada.

—¿Cuál es tu criatura favorita? —inquirí, devolviéndole la pregunta.

Silas sonrió y, tras reflexionar, me respondió:

—Los oricuernos.

—¿Oricuernos? —le pregunté—. ¿Qué son?

—Son… caballos, pero tienen un cuerno retorcido en la frente. Los brujos de la Orden dicen que tiene propiedades mágicas, pero es tan difícil encontrarlos que para la mayoría de nosotros son más una leyenda que una realidad.

No quise decir en voz alta que, de pronto, mis sueños se habían ampliado y ahora también deseaba viajar a Ilta para buscar oricuernos; tampoco que odiaba pensar que, por culpa de la guerra y la enemistad milenaria que nos separaba, nunca podría hacerlo.

—Vaya —me limité a responder—. Tienen que ser preciosos.

Mientras hablábamos, poco a poco, también nos fuimos acercando. Aunque desde que habíamos abandonado Jata estábamos intentando mantenernos alejados, nos atraíamos sin remedio. Sin darnos cuenta, comenzamos a caminar hombro con hombro, quedando separados únicamente por la gruesa tela de los abrigos. Pensaba a menudo en sus colores, en cómo reaccionaba mi cuerpo cuando estaba en contacto con el suyo, y mis manos parecían tener el impulso de tocarle. Tenía que hacer un enorme esfuerzo por no dejarme llevar por ellos.

—¿Echas de menos tu vida antes de ser su recipiente? —quise saber.

—No —me respondió—. A la persona que era entonces no le quedaba nada, así que no tendría sentido echarla de menos.

—¿Y te arrepientes de haber hecho el pacto con Hashkin?

Silas guardó silencio, con la vista fija en la nieve. Después, cuando ordenó sus pensamientos, me respondió:

—No, pero me arrepiento de haber pensado que podría controlarlo. Ni siquiera el yin conseguía que dejara de sentirlo del todo, ¿sabes? A veces, cuando estoy rabioso, lo noto dentro, luchando por salir. Mi odio lo fortalece.

—¿Y crees que podría despertar? —quise saber—. Aunque lo hayas dormido, ¿podría hacerse con el control?

—Sí —me respondió—. Si me enfado lo suficiente, sí.

Eso explicaba por qué, en alguna ocasión, había visto cómo aparecían las vetas naranjas en su piel. Podíamos dormir a Hashkin,

pero no hacerle desaparecer.

—¿Existe alguna forma de librarte de él? —le pregunté.

—Morir —me respondió—. La única forma de librarme de Hashkin es morir.

Sin poder evitarlo, pensé en las cicatrices de sus antebrazos, en la de su cuello, en el vacío resignado que a veces veía en sus ojos. ¿Sería esa la razón por la que había intentado quitarse la vida en tantas ocasiones? ¿Y si había sido el mismísimo dios del día quien no se lo había permitido?

Abrí la boca para hacerle una nueva pregunta, pero, de pronto, Silas se detuvo. Como si estuviera a punto de caerse, se sujetó al tronco de uno de los árboles y parpadeó un par de veces, intentando enfocar la vista.

—Navia —me dijo, en voz baja—. Algo no… algo no va bien.

—¿Qué te ocurre?

A modo de respuesta, Silas cayó de rodillas sobre la nieve. Le temblaban mucho las manos y tenía las pupilas dilatadas, pero era muy pronto para que necesitara otra dosis de sangre. O la adicción le estaba debilitando o, lo que era mucho peor, Hashkin nos había escuchado y, furioso, estaba luchando por hacerse con el control.

Con la preocupación clavada en el estómago, me agaché a su lado.

—Silas —le dije—. Ya hemos superado esto antes. Tranquilo.

Me miró, pero estaba tan desorientado que no me encontró. Tuve que cogerle la cara y apretarle con mucha fuerza para que me viera.

—Estoy aquí —le susurré—. Voy a darte un poco de mi sangre.

—No.

—No sé si vas a poder aguantar hasta que volvamos a la cabaña.

Metí la mano en el zurrón, buscando mi cuchillo, pero Silas me agarró la muñeca y me lo impidió.

—Navia —me dijo—. No… no puedo. Hay algo en ti que me vuelve loco, y si me das tu sangre de nuevo, no voy a poder parar.

—Pero…

—Estoy haciendo un enorme esfuerzo por no volver a besarte —continuó—, por no hacer realidad las malditas fantasías que me consumen cada vez que estás cerca, así que no me lo pongas más difícil.

Los ojos de Silas ardían en deseo, como si dentro de ellos hubiera un incendio que solo yo pudiese apagar, y eso me hizo estremecer. El hecho de que pudiera obligarme a darle cualquier cosa, pero prefiriera que yo quisiera entregársela, hacía que me fuera más complicado que nunca verle como a un rey dios cruel, como a un enemigo.

Sin poder evitarlo, bajé la vista hasta sus labios; esos labios que me moría por volver a probar.

—¿Por qué nos pasa esto? —le pregunté, en voz baja—. ¿Por qué sentimos esta atracción incontrolable el uno hacia el otro?

—No lo sé, luz de luna, pero me está torturando. Hacía mucho tiempo que no deseaba a alguien como te deseo a ti.

Tragué saliva, aún perdida en los labios de Silas, y, obligándome a recordar lo peligroso que era lo que estábamos haciendo, volví a sus ojos. Cada vez temblaba con más intensidad, y estaba sudando como si no pudiera soportar el calor que irradiaba su cuerpo. En otra situación le habría quitado el abrigo, pero allí, en medio de la nieve, habría sido una locura.

—Te pareces… te pareces a ella —soltó, de pronto.

Genial, ahora me comparaba con su novia muerta. ¿Habían aparecido también los delirios, o esa era su forma de romper la tensión del momento? Fuera como fuera, teníamos que hacer algo; y teníamos que hacerlo rápido.

—Voy a ir corriendo a la cabaña y te traeré la infusión de mis tías —le dije—. ¿Crees que resistirás?

—La tinta sigue fresca —susurró—. Si paso los dedos por encima, se manchan.

Sí, las alucinaciones habían vuelto, y sabía muy bien que después venía el peligro.

—No tardaré.

Me puse en pie, y Silas cerró los ojos. Estaba adormilado, meciéndose entre la fantasía y la realidad. Tendría que correr a toda velocidad y rezarle a la Madre no solo para que mis tías hubieran terminado de preparar la infusión, sino también para que funcionara.

Me di la vuelta, preparada para la carrera, pero Silas me dijo:

—Évolet… Évolet me habla.

—¿Qué has dicho? —le pregunté, volviendo a girarme hacia él.

—La llevo guardada… en el bolsillo… y la escucho susurrar. Las… las lágrimas de Idriel son… un secreto que no… que no puede revelarse.

¿Había dicho que la llevaba guardada en el bolsillo? ¿A Évolet?

El corazón me dio un vuelco y volví a agacharme junto a él. De pronto notaba los latidos del corazón acelerados, el estómago encogido.

—¿Quieres que te libere de la carga de Évolet?

Silas asintió, sumido en las quimeras de su mente, y yo metí la mano en los bolsillos de su abrigo. Al no encontrar nada me llevé una pequeña decepción, pero antes de rendirme, probé en los de dentro.

Le abrí el abrigo con cuidado, temerosa de que Hashkin despertara, o de que lo hiciera el mismísimo Silas y decidiera hacerme pagar por mi insolencia. Cuando vi el bolsillo interno que quedaba justo encima de su corazón, metí la mano.

Entonces, lo noté.

Hojas de papel dobladas.

Sin pensarlo, las saqué del bolsillo y las abrí. No tardé en reconocer la letra de Évolet, sus limpios trazos negros sobre la tinta, la lengua de los dioses que, por alguna razón que no comprendía, podía entender.

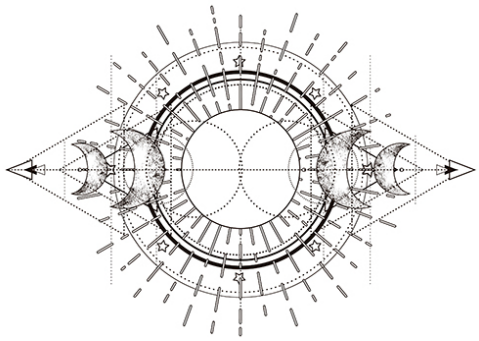
—«Templo de Zawa —leí en voz baja—. Cuarto día de la primera lunación».

Era la continuación a mi parte del diario, las hojas que me faltaban.

Miré a Silas, con la respiración acelerada, y al ver lo débil que estaba, me levanté y salí corriendo.

Le llevaría la infusión de mis tías, impidiendo así que Hashkin despertara.

Pero, antes, iba a leer por fin cuál era el secreto que escondía el diario de Évolet.



Templo de Zawa
Décimo día de la primera lunación
Ciclo de oscuridad 1168

Querido diario:

Todo ha cambiado desde la última vez que te escribí, incluida yo. Me gustaría decirte que no me reconozco, que no sé qué ha ocurrido con la Évolet que era al inicio del otoño, pero te estaría mintiendo. Por primera vez en mucho mucho tiempo, sé quién soy y también quién quiero ser; por primera vez en mucho tiempo, mis sueños no están guiados por los anhelos de otras personas. Y todo es gracias a Aiden.

Después de abandonarle con mi sabor aún en los labios, pasé más de quince días sin verle. Intenté centrarme de nuevo en mis labores del templo, en los rezos y en las ofrendas, en lo mucho que había deseado convertirme en suma sacerdotisa..., pero enseguida me di cuenta de que eso no me hacía feliz. Había sido recluida en el templo cuando no era más que un bebé, y nunca había tenido opinión. Ni siquiera había tenido la oportunidad de elegir mis propios sueños. Amo a la Madre y a su panteón de lunas, los amo tal y como he hecho siempre, pero me he dado cuenta de que debo ser yo y solo yo quien trace mi camino.

Por eso, porque me di cuenta de qué era lo que de verdad ansiaba, volví a bajar a la playa. Y, aunque temía que Aiden se hubiera

marchado, que lo que habíamos vivido se hubiera convertido en un mero recuerdo, me estaba esperando.

«Évolet —me dijo, envolviendo mi nombre en una ansiosa desesperación, cuando entré en la cueva en la que nos habíamos besado—. Has vuelto».

Cuando se puso en pie y buscó mis ojos, yo sentí que me derretía. Eran tan verdes como las hojas, como un bosque salvaje en el que estaba dispuesta a perderme. No se acercó, quizá por miedo a que lo rechazara, pero su cuerpo gritaba mi nombre. Como no llevaba el daceo, sus ojos recorrieron mis rasgos con un hambre voraz, como si quisiera memorizar hasta el más mínimo detalle.

«Aiden —respondí—. Lo siento. Yo... necesitaba tiempo para ordenar mis pensamientos. Nunca antes me había sentido así».

«Así, ¿cómo?».

Le observé, en silencio, y él me sostuvo la mirada. Las llamas de la hoguera iluminaban su cuerpo, provocándome un cálido cosquilleo en el estómago. Era un sureño, un enemigo, pero lo único que deseaba era volver a tocarlo, y besarlo, y hacerlo mío por y para siempre.

«Feliz —le dije—. Asustada. Como si estuviera al borde de un precipicio y, a pesar del vértigo, estuviera deseando saltar».

Aiden contuvo el aliento y, sin dejar de mirarme, dio un paso hacia mí. Yo no me aparté. Tenía la sensación de que mis latidos iban al ritmo de los suyos.

«Entonces saltemos juntos —me dijo, acortando la distancia que nos separaba—. Si estás conmigo, no le tendré miedo al vacío».

Me cogió las manos y entrelazamos los dedos. Aunque mis labios ansiaban besarle, perderme en su sabor y en sus caricias, tenía que

sincerarme con él.

«Quiero huir contigo —susurré—. Te juro que no hay nada que desee más que irme lejos y empezar una nueva vida a tu lado, pero antes tengo que contarte algo».

Aiden me apretó las manos, y el calor de su piel me llegó hasta el corazón. Sus ojos no solo brillaban con expectación, también lo hacían con cariño, con admiración... y con amor.

«No hay nada que puedas decir que me haga cambiar de opinión con respecto a ti, Évolet. Eres lo que no sabía que llevaba toda una vida buscando».

Esbocé una sonrisa y, tras ordenar mis pensamientos, cogí aire y empecé a hablar.

«¿Sabes por qué, hasta hoy, no te he querido hablar de mi familia? —Aiden negó con la cabeza—. Porque mis padres... mis padres son los reyes de Rieva».

«¿Entonces eres...?».

«La princesa de Rieva, sí. Soy su primogénita».

La sorpresa cruzó el rostro de Aiden, pero no hizo ningún comentario. Lo agradecí, ya que eso no era lo más difícil que le tenía que confesar.

«Cuando mi madre subió al trono y se casó con mi padre, pasaron muchos ciclos intentando tener descendencia —le expliqué—. Sin embargo, el tiempo fue pasando, y mi madre no conseguía quedarse embarazada. Estaban desesperados por un heredero, así que terminaron recurriendo a Ikaroa y su panteón de lunas. Fue Idriel quien respondió a su llamada.

«¿La diosa de las estrellas?».

«Sí, y también la diosa a la que está consagrado el tiempo de Zawa».

«¿Y qué fue exactamente lo que hizo?».

Me detuve a coger aire, perdiéndome en los ojos de Aiden. Después, cuando tuve las fuerzas suficientes, le dije:

«Idriel les dio una hija, una hija que gestó en su propio vientre mezclando su sangre con la de mi padre... Una hija a la que llamaron Évolet, que significa vida prometida».

Aiden abrió mucho los ojos y, de forma inconsciente, me soltó y dio un paso atrás. No le culpé. Deseaba huir con él, lo deseaba más que nada en el mundo, pero no podía hacerlo sin contarle la verdad.

«Évolet —susurró—. ¿Me estás diciendo que eres... que eres...?».

«La hija de la diosa de las estrellas, sí».

«Y también la heredera al trono».

«Lo fui, sí. Ya no lo soy».

Aiden frunció el ceño, y yo continué con la historia:

«Dos ciclos después de mi nacimiento, mis padres tuvieron a mi hermana Velaira, un auténtico milagro. Al ver que habían podido concebir una hija propia, Ikaroa decidió que ella se convertiría en la heredera, mientras que yo sería la suma sacerdotisa. Esa es la razón por la que estoy en este templo: porque la Madre selló mi destino como sirvienta de la noche».

Aiden se quedó callado, paralizado por sus propios pensamientos; después, cuando comprendió qué era lo que le estaba diciendo, volvió a acercarse a mí y me abrazó con fuerza. Yo apoyé la cabeza en su pecho y, acunada por su amor, me perdí en los latidos de su corazón.

«Podría hablar con ella, ¿sabes? Con Idriel. Podría pedirle que nos ayudara. Cuando era una niña, me entregó un canto con el que invocarla, uno que solo conocemos ella y yo y al que siempre siempre responde. Sin embargo... me da miedo hacerlo. Los deseos de Ikaroa son órdenes para ella, y no aceptará que quiera ponerme en su contra por un enemigo».

«Évolet...».

«Tengo miedo de que los dioses me busquen y me obliguen a cumplir un trato que yo nunca firmé. Ikaroa quiere que sea suma sacerdotisa, y aunque me convencí a mí misma de que eso era lo que deseaba, no es la verdad. Tú me has hecho darme cuenta de que no lo es. Tú... tú me has hecho recordar quién soy. Sin embargo, ¿qué alternativa tengo? ¿Huir de los dioses para siempre?».

Nos abrazamos con fuerza, como si quisiéramos convertirnos en un solo cuerpo, y cuando las lágrimas me inundaron los ojos, Aiden se separó de mí y sostuvo mi rostro entre sus manos.

«Sabía que tu belleza no podía ser del todo mortal —me dijo, limpiándome las lágrimas con delicadeza—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes de que tienes dentro el brillo de las estrellas?».

Aiden sonrió, y yo me perdí en su sonrisa. ¿Cómo podía ser tan hermosa? ¿Cómo un siervo de Hashkin, un sureño al que me habían enseñado a odiar, podía haberse convertido en mi hogar?

«Me da igual que los dioses te busquen —continuó— porque te juro que lucharé contra ellos para protegerte. Ni Idriel, ni Ikaroa ni el mismísimo Hashkin me van a apartar de tu lado, ¿me oyes? Que se enteren de que eres mía, no suya, y que vamos a estar juntos hasta que Táika nos lleve al Otro Lado».

Aiden me besó, y si con sus palabras ya había sabido que mi corazón era suyo, aquel gesto disipó todas mis dudas. Sus labios sabían a libertad, a futuro, a todo lo que deseaba tener en mi vida; sus manos, que me acariciaban con una veneración que nada tenía que ver con mi sangre de dioses, encendieron en mi cuerpo un fuego en el que estaba más que dispuesta a arder.

Quizá por eso, esa noche no pudimos contenernos e hicimos el amor. Entre besos y promesas, Aiden me hizo suya, y yo le hice mío. Ambos nos fundimos en una sola piel, y solo el mar fue testigo de cómo eliminábamos las barreras que nos separaban, esas que nos habían obligado a levantar. Cuando le grité su nombre a la luna, no lo hice pensando en la guerra ni en el odio, sino en la paz y en el amor. Cuando él se deshizo en mi interior, no pensamos en todo aquello que nos separaba, sino en lo que nos hacía iguales.

«Te quiero —me susurró cuando, exhaustos y desnudos, nos entrelazamos junto al fuego—. Y no voy a permitir que los dioses nos separen».

«¿Y si lo hacen?», le respondí, aterrada.

«Entonces te buscaré en cada bosque, en cada océano, en el calor del verano y en la crueldad del invierno. Recorreré el mundo entero y arderé en cada una de las estrellas hasta dar contigo, Évolet. Sé que eres mi destino, y no estoy dispuesto a renunciar a ti».

Ha pasado una lunación entera desde ese día, y nos hemos entregado a la pasión todas y cada una de las veces que nos hemos visto. No puedo explicarlo, pero de alguna forma siento que le necesito, que me cuesta respirar si Aiden está lejos de mí. Nunca me había sentido tan bella como cuando me veo reflejada en sus ojos; tan plena

como cuando su cuerpo completa el mío. ¿Cómo he podido llegar a pensar, en algún momento de mi vida, que servir a los dioses me haría más feliz que entregarme al amor?

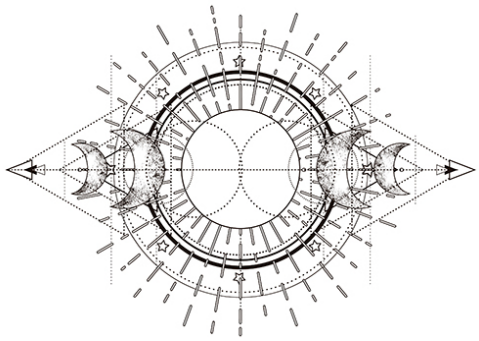
Sé que muchos me considerarán una traidora, que no podrán entenderme, pero cuando descubran lo que he hecho, estaré muy lejos de Zawa, quizá incluso de Rieva. Con lo que había en la playa y lo que he podido conseguir en el templo, Aiden y yo hemos construido un nuevo bote, uno más sólido que nos permitirá viajar lejos y escapar de unas vidas que no nos pertenecen. Si todo sale bien, en solo unos días marcharemos.

Me va a dar pena no volver a ver a mis hermanas, pero espero con ansias el momento de abandonar el templo y empezar a ser feliz, feliz de verdad. Sé que ellas, en el fondo, se alegrarán de que lo sea.

Ojalá cuando vuelva a escribirte sea una nueva persona; una que vive con libertad junto al hombre del que, contra todo y contra todos, se ha enamorado.

Por ahora te dejo, que Dany se está poniendo nerviosa porque no llegamos a la ofrenda y, si no termino ya, me arrastrará del pelo. Que sea mi compañera de habitación tiene sus ventajas, pero también sus inconvenientes. Cómo la voy a echar de menos.

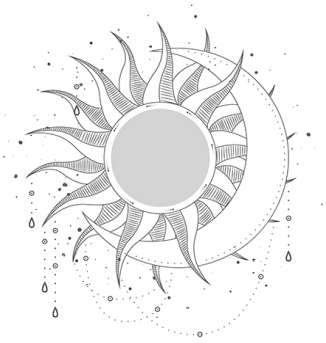
Évolet



Canto a Idriel

Madre que alumbras los cielos,
te llamo desde la sombra.
Soy tu hija de noche y plata,
la que nació del rastro de tu luz.

Oye mi voz entre las constelaciones,
enciende mi nombre en tu firmamento.
Que tu aliento caiga sobre mí,
como el rocío de la madrugada.



35

Rosten

Minnana se levantó de la cama, desnuda, y yo la seguí con la mirada. Por los dioses, qué mujer. Esos ojos, esa sonrisa… las malditas curvas de su cuerpo. Uf, esas curvas. Intentaba no mirarle demasiado las tetas porque no quería parecer un baboso, pero cuando la tenía delante, mis ojos se movían solos hacia ellas. Empezaba a pensar que estaba obsesionado. Hasta cuando iba vestida podía intuir la delicia que había debajo, y eso me hacía salivar como un perro hambriento.

—Hoy no te vas a quedar a dormir —me dijo, poniéndose una bata de seda sobre los hombros.

La tela me tapó las increíbles vistas de su cuerpo, y no tuve más remedio que subir la mirada. Sin embargo, antes de llegar a su rostro, me detuve en las heridas que tenía en el cuello. Sabía que el culpable de ese dolor era Silas, y eso hacía que quisiera romperle la cara a puñetazos. Estaba seguro de que en una pelea cuerpo a cuerpo podía ganarle. De hecho, si me lo proponía, incluso podía ganar a un oso. No había tenido la oportunidad de demostrarlo, pero si Minnana me lo pedía, me plantaría en el bosque y me abalanzaría sobre uno.

Esa mujer no solo me excitaba —que lo hacía, y mucho—, sino que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Era la primera vez que me pasaba. Siempre me había gustado coquetear, tontear, pasar el rato, y… ¡siguiente! Todo sencillo y sin complicaciones. Pero por Minnana… Sí, por ella me enfrentaría a un oso, y a Silas, y a quien hiciera falta.

—¿Estás segura de que no quieres que me quede? —le pregunté—. Ya sabes que estoy aquí para cumplir todos tus deseos, y seguro que aún te quedan unos cuantos.

Le guiñé un ojo, pero Minnana me advirtió con la mirada que no tenía ganas de tonterías. Qué imponente era cuando quería. Era una mujer que no se dejaba amedrentar por nada ni por nadie, una auténtica reina. Hasta en el sexo le gustaba mandar, y yo adoraba obedecerla.

—Tengo asuntos que atender —me dijo.

Misteriosa. Ocupada. Importante. Uf, cómo me ponía eso.

Me incorporé y miré el exterior a través de la pequeña ventana de la habitación. Ya había anochecido. ¿No tenía yo algo que hacer esa noche? Ah, sí, entrenar. No, pero había algo más. Tenía la sensación de que se me estaba olvidando algo importante, pero no recordaba el qué.

Me puse en pie y me agaché a recoger mi ropa. La camisa estaba sobre la mesa y, justo debajo, encontré la pequeña figura de madera en forma de corazón que había hecho para Minnana hacía ya tantas lunaciones.

Siempre se me había dado bien usar las manos, y me gustaba demostrárselo. Aquellas figuras que había tallado en el campo de batalla eran mi manera de decirle que, incluso en los peores momentos, pensaba en ella.

—Eso te lo regalé yo —le dije, con una sonrisa.

—Lo sé —me respondió—. Me gusta porque me recuerda a mi hogar.

—¿Y eso?

—En Saranda hay muy buenos ebanistas.

Era la primera vez que Minnana me contaba algo sobre su vida. De hecho, ni siquiera sabía qué edad tenía. Había llegado a ser suma sacerdotisa, y también reina regente, así que desde luego no era joven. ¿Cómo se conservaría tan bien?

En realidad, me daba igual. Estaba feliz porque Minnana se había guardado una de mis figuras de madera, y eso tenía que significar que le importaba. Navia estaba equivocada con toda esa tontería de que me estaba utilizando. Ella no tenía ni idea de…

¡Por los dioses, Navia! ¡Eso era lo que tenía que hacer!

La ardillita se había marchado del palacio esa mañana, y me había encargado buscar el misterioso diario en la habitación de Silas. Además, me había dejado de niñera de ese estúpido y orejudo bicho feo que me provocaba escalofríos. ¿Gege, se llamaba? El nombre más estúpido de la historia.

Había olvidado por completo que me estaba esperando, y se me había echado el tiempo encima. ¿Cómo me las ingeniaba para llegar siempre tarde?

Terminé de vestirme a toda prisa y le dije a Minnana:

—Tienes razón. Sé que eres una mujer ocupada, y lo mejor es que te deje sola. Aunque puedes llamarme siempre que quieras.

Ella esbozó una sonrisa de agradecimiento y, cuando se acercó, mi cuerpo se emocionó. Tenía que ir a buscar ese diario, pero si Minnana me pedía que me quedara…

—Eso es lo que más me gusta de ti —me respondió, alzando el brazo para acariciarme la cara—. Lo servicial que eres.

Sus dedos recorrieron mi mandíbula con cariño, y yo me estremecí. Desde luego, Minnana era mi debilidad: si quería que me postrara a sus pies, lo haría. Si quería que matara por ella, lo haría también.

—Pensé que lo que más te gustaba de mí eran mis músculos —repliqué.

Sus dedos llegaron hasta mis labios, y las piernas me temblaron. Me estaba calentando de nuevo y, si seguía tocándome así, el bicho de Navia tendría que esperar.

—Tus músculos están muy bien —susurró—, pero admiro más tu lealtad.

Que mi cuerpo no fuera lo que más le gustaba de mí fue un golpe bajo, desde luego, porque no me esforzaba en los entrenamientos para nada. Sin embargo, que apreciara mi lealtad tampoco estaba nada mal.

«Necesito un espía, Rosten —me dijo la segunda vez que nos acostamos, cuando yo ya sabía que había perdido la cabeza por ella—. Necesito unos ojos en el ejército, y quiero que sean los tuyos».

«¿Los míos?», le había respondido yo.

«Hay muchas cosas que no alcanzo a ver desde el trono, y tú eres la persona idónea para contármelas. Piensa que eso nos dará muchas excusas para vernos… y que recompensaré bien tus esfuerzos».

Desde ese día, había comenzado a espiar para ella. Con el honor de servir al norte, almacenaba información sobre el campo de la batalla y se la daba cuando estábamos entre las sábanas. Generales que dudaban de ella, soldados que insultaban a los dioses, campesinos que se negaban a pagar los impuestos… Minnana quería que me convirtiera en una de sus Sombras, y yo, por la esperanza de volver a tocarla, lo hice.

¿Qué me importaban en realidad mis compañeros, o mis superiores, si los comparaba con ella? ¿Qué más me daba que los ajusticiaran, si a cambio yo podía dormir entre los brazos de la suma sacerdotisa? Se suponía que su cuerpo debía permanecer oculto, que ningún hombre podía tocarla, pero Minnana no era como las demás. Ella poseía una rebeldía innata con la que postraba al reino a sus pies, era valiente, segura de sí misma y de sus acciones… además de completamente mía. Y eso me volvía loco.

—¿Volverás a llamarme? —le pregunté.

—Ya veremos, grandullón.

Se despidió de mí con una caricia más breve de lo que me habría gustado y yo, con el sabor de su piel aún en los labios, abandoné la

torre en la que estaba encerrada. En cuanto lo hice, aceleré el paso.

Atravesé el palacio lo más rápido que pude, lo justo para que nadie sospechara. Cuando llegué al pasillo en el que se encontraba la habitación de Silas, reduje el ritmo. Le había dicho al bicho que me esperara allí y que, en cuanto cayera la noche, intentaríamos colarnos en los aposentos del rey para buscar el diario.

Pero en aquel pasillo no había ni un alma.

Qué raro. ¿Por qué no había soldados vigilando? Si Silas había escondido el diario de Évolet en su habitación, ¿no se habría asegurado de que nadie pudiera acceder a él? ¿O era eso, precisamente, lo que quería que pensáramos? No, el rey no era tan listo. ¿O sí? No lo sabía, y me estaba entrando dolor de cabeza con tantas preguntas.

—¿Gege? —susurré, buscándolo por el suelo—. ¿Estás aquí?

—¡Gigi!

Me enderecé y miré hacia arriba. El bicho de Navia estaba agarrado a la tela de uno de los tapices que cubrían las paredes, mirándome desde su altura con esos enormes ojos negros. ¿Por qué Navia decía que era adorable? Parecía un murciélago poseído.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le pregunté, y me sentí estúpido al hacerlo.

—*Gigi* —musitó él.

Dio un salto para bajar del tapiz y, cuando aterrizó sobre mi hombro, me puse muy tenso. Estuve a punto de darle un manotazo para quitármelo de encima, pero me contuve.

Por alguna razón, Navia amaba a las criaturas de la noche. Yo las detestaba. Bueno, no es que las detestara, es que… las prefería lejos. Cuanto más lejos, mejor. Ni siquiera le tenía especial aprecio a mi madre, una moura que había hechizado a un hombre para engendrarme y, después, me había abandonado.

«Las mouras no quieren varones —me había explicado una de las tías de Navia una vez. No recordaba si había sido Fai o Uxa, porque siempre confundía sus nombres—. Esa es la única razón por la que te abandonó».

«Pues ella se lo pierde», le había respondido yo, encogiéndome de hombros.

Sin embargo, y aunque no me gustaba darle vueltas, siempre había pensado que existía otra razón por la que mi madre no me había querido, la misma por la que mi padre me había insultado y golpeado tantas veces: porque me faltaba una pierna.

Sabía que los dioses me habían dado un físico tan increíble que se vieron obligados a quitarme una pierna para compensar, pero, aun así, mi vida no había sido fácil. El odio de mi familia adoptiva, las miradas compasivas de mis vecinos y las burlas de mis compañeros del ejército no habían ayudado. Entre ser un mestizo y estar tullido, había recibido insultos de todos los bocazas del reino. Mi forma de lidiar con ello siempre había sido a través del humor —cuando me llamaban «semibestia» o «cojo», yo les respondía: «Sí, pero guapo»—, aunque en el fondo me molestaba que siempre me vieran como el raro.

—¿Gigi?

La voz aguda del bicho de Navia me hizo volver al presente. Nos estábamos jugando mucho, así que parpadeé un par de veces y me obligué a recordar lo que estábamos haciendo allí. Habitación de Silas. Diario de Évolet. Navia. Sí, eso.

—Vamos dentro —le dije.

Giré la cabeza a ambos lados, comprobando que el pasillo seguía desierto, y después entré en los aposentos de Silas. Para mi sorpresa, la puerta estaba abierta.

—¡Por la Madre! —exclamé cuando la cerré tras de mí—. ¿Esto es una habitación o un maldito templo? ¡Pero si es tan grande que hay hasta eco! ¿Y eso de ahí es oro?

Me acerqué hasta la cama y toqué los grabados del dosel, confirmando que los destalles dorados de la madera provenían de una fina filigrana de oro. La cama, además, era inmensa. Debían de caber unas cuatro personas.

—Los reyes sí que saben pasárselo bien —le dije al bicho—. Yo solo he estado con dos a la vez, un hombre y una mujer que querían

que su matrimonio tuviera un poco más de…

—¡Gigi!

—¡No grites, que me vas a dejar sordo!

—¿Gigi?

—Anda, no me entretengas más.

Me di la vuelta y clavé la vista en el fuego de la chimenea. A pesar de que el rey no se encontraba en el palacio, estaba encendida. También había una jarra de vino y dos copas sobre la mesa. ¿Y si había algún noble durmiendo en la habitación de Silas? No, nadie se atrevería a hacer algo así. Además, si hubiera alguien dentro, habrían cerrado la puerta con llave. Probablemente, los sirvientes se estaban asegurando de que Silas siempre tuviera la habitación preparada, ya que no sabían cuándo iba a volver de su… repentina escapada romántica.

—Gege, mira en los cajones del escritorio —dije—. Yo buscaré en el armario.

Dejé que el duendecillo gritón bajara por mi brazo y, cuando saltó al suelo, crucé la habitación y abrí el armario de Silas. Todo en su interior era blanco y dorado, brillante, regio; repleto de telas que gritaban: «Eh, tú, arrodíllate ante mí». Eso me hizo sentir algo de pena por el rey. Yo no necesitaba vestirme como un pavo real para llamar la atención: con mi sencillo uniforme de soldado, robaba todas las miradas.

Sonreí al pensarlo, pero en ese instante escuché los pasos. Alguien se acercaba.

Sin pensarlo, me di la vuelta y levanté los puños. Gege, metido en uno de los cajones del escritorio, se quedó muy quieto. ¿Qué podíamos hacer? ¿Escondernos? ¿Enfrentarnos a quienquiera que entrara? ¡Mierda! ¡Eso teníamos que haberlo pensado antes! ¡¿Y por qué narices no había cogido un arma?! Un cuchillo de las cocinas, una espátula, yo qué sé. Podía enfrentarme cuerpo a cuerpo con cualquiera, pero si entraba un soldado armado, habría agradecido algo de ayuda.

Me encaré con la puerta, todos los músculos de mi cuerpo preparados para la batalla…, pero los pasos se convirtieron enseguida en un eco lejano.

—Si vuelve a venir alguien, nos escondemos —le susurré a Gege.

—¡Gigi! Gigi, gigi, gigi.

—Ya, ya lo sé —le respondí, inventándome una vez más la traducción de sus sonidos—. ¿Qué clase de idiotas se quedan quietos esperando a que los descubran? Venga, sigamos buscando.

Aún con el susto en la garganta, volvimos a centrarnos en nuestra misión. Navia ya había buscado el diario en aquella habitación, pero me había dicho que solo lo había hecho de forma superficial, con miedo de que Silas la descubriera. Nosotros lo hicimos a fondo, inspeccionando cada centímetro de la estancia por si alguna baldosa se movía o encontrábamos una piedra suelta en las paredes. Incluso le di golpecitos al suelo por si sonaba raro…, pero no lo hizo. Solo sonó a suelo.

—Hay una manada de pelusas —dije tras mirar debajo de la cama—. Pero ni rastro del diario.

—¿Gigi?

—¿Y si Navia se equivoca y Silas no lo tiene en su habitación?

Uf, estaba bien jodido. El palacio era inmenso, y ese diario podía estar escondido en cualquier parte. ¡Incluso podía ser que Silas lo llevara encima! No, eso sería demasiado retorcido. ¿Para qué iba a llevar esas hojas viejas metidas en el bolsillo?

Me senté en la cama, pensativo, y el bicho clavó sus enormes ojos negros en los míos.

—Navia no está, y no puedo pedirle ayuda ni a Minnana ni a Elián, que son las dos personas más listas que conozco —le dije.

Al pensar en Elián, no pude evitar sonreír. En los últimos días, no sabía por qué, me pasaba a menudo: mi mente viajaba hacia el solarca y pum, me quedaba embobado. Era demasiado inteligente, y mi cerebro trabajaba a toda velocidad para comprenderle.

Cuando Navia y yo le conocimos, escucharle me parecía un auténtico tostón. Los temas de los que le gustaba hablar eran

insoportablemente aburridos, tanto que me descubría a mí mismo luchando por no cerrar los ojos. Además, no era para nada mi tipo. No solo tenía la cara desigual, sino que era un flacucho que necesitaba urgentemente hacer ejercicio. ¿Cómo quería Navia que conquistara a alguien así?

Había llegado a pensar que aquel plan era un castigo de los dioses por estar acostándome con Minnana, pero, una tarde, todo cambió. Nuestra clase había terminado, así que Navia ya se había marchado de la biblioteca. Yo me quedé junto a Elián, obligándome a preguntarle sobre su vida, sobre todo aquello que en realidad no me importaba nada, pero que me acercaría a él y a la ubicación de ese maldito diario.

—Tú no lo entiendes, Rosten —me dijo tras un intenso debate sobre un tema que a él le apasionaba y yo solo fingía entender—. Los que sois guapos, como tú, tenéis la vida más fácil. No sabes lo que es entrar en una habitación y pensar que todos se están riendo de ti, aceptar que la gente ni siquiera se va a molestar en conocerte solo porque no les gustas. No sabes lo que es… lo que es ser un niño que no entiende la maldad del mundo y solo desea ser otra persona, una que encaje.

—Mi vida tampoco ha sido una fiesta constante, ¿eh? Por si no te has dado cuenta, soy un mestizo.

—Pero sigues siendo lo que cualquier persona consideraría perfecto.

—Eso pienso yo. —Endurecí el bíceps derecho y le di un beso, orgulloso—. Aun así, te voy a contar algo que te va a sorprender: hay mucha gente que no está de acuerdo, y no porque no sea del todo humano.

—Ah, ¿no?

Me subí la pernera del pantalón para que viera mi prótesis, y él la observó con sorpresa, con un brillo de entendimiento en la mirada. No quería convertirme en el protagonista de una escena trágica, así que le dije:

—Podríamos ser un dúo de circo. Nos llamaríamos «Los despreciados». Aunque para trabajar en el circo hay que tener gracia, claro. Yo la tengo, pero tú… creo que pasas demasiado tiempo entre libros.

—Yo también tengo gracia —se defendió—. De hecho, me sé un chiste. Mira: ¿qué dice un bibliotecario cuando se enfada? Nada, porque en las bibliotecas no se puede hacer ruido.

Por los dioses, era el peor chiste que había escuchado en mi vida.

—Bueno —le dije, intentando no herir sus sentimientos—. Podemos trabajar en eso.

Tras esa conversación comprendí que había estado tratando a Elián con la misma crueldad con la que, durante toda mi vida, me habían tratado a mí. Había sido un idiota insensible, y darme cuenta de eso fue como un puñetazo en la cara.

Así que decidí cambiar.

Desde ese momento empecé a escucharle de verdad, a verle más allá de un rostro que no era hermoso y un cuerpo que, bueno… no era como los que solían calentarme. Y lo que encontré hizo que me estallara la cabeza.

Elián no era aburrido, todo lo contrario. A pesar de que era de Ilta, tenía una visión abierta y compasiva sobre los norteños, unas ideas muy claras en contra del sufrimiento de la guerra. Los libros que leía eran tremendamente complicados —habría jurado que muchos estaban escritos en otro idioma—, pero él los entendía y los exprimía hasta sacar conclusiones que me dejaban con la mandíbula en el suelo. A veces le respondía «¡tienes razón!», cuando en realidad estaba pensando: «¿Qué?».

—Aquellos que ostentan el poder suelen hacerse con el control de la fe cuando los dioses están ocupados con la guerra —me dijo una vez, mientras cenábamos—. Por eso quise ser solarca, ¿sabes? Quería estar cerca del pueblo, asegurarme de que los más desfavorecidos también fueran escuchados por Hashkin y su panteón de soles.

—Vaya —musité, sorprendido—. Qué profundo.

—¿Y tú? —me preguntó él—. ¿Por qué quisiste unirte a la Guardia Real?

—Yo solo quería huir de casa. Me gustaban las espadas y los puñetazos, así que lo tuve claro.

—¿Y ya está? ¿Un día decidiste que querías pegarte con los sureños, y lo dejaste todo atrás?

—Sí, ¿qué pasa? —Al ver que Elián alzaba una ceja, como si no me creyera del todo, suspiré—. Puede que también quisiera que todos me vieran como un héroe, y también proteger a Navia…, pero sobre todo lo del héroe.

Esa respuesta sí pareció satisfacerle, y yo sentí que le había permitido entrar a un lugar de mi pecho que, hasta ese momento, no había recibido ningún visitante.

Lo que más me gustaba de Elián, sin embargo, era que se reía conmigo y no de mí. Sabía que solo lo hacía porque estaba loco por mis huesos —algo que, siendo sinceros, comprendía a la perfección—, pero entre risas y conversaciones intensas que no estaba seguro de entender del todo, empecé a verlo de verdad. Tenía los ojos del color de la miel, y su piel parecía hecha con una fina arena mojada. ¿Serían así todos los sureños de Adras? Ni siquiera era feo, en realidad, solo que su rostro tenía unos rasgos… diferentes. Todo en él era diferente. Y eso, sorprendentemente, me gustaba. Él, aunque fuera solo como amigo, me gustaba.

Estaba perdido en mis pensamientos cuando me llegaron las voces del pasillo. Esta vez, sin embargo, reaccioné rápido. Cogí al bicho y corrí hasta el armario de Silas para meterme dentro. Como había tanta ropa, tuve que encogerme para poder entrar. Aun así, no pude cerrar la puerta del todo. Estaba orgulloso del tamaño de mi espalda, pero en ese momento deseé no haberla entrenado tanto.

—No hagas ruido —le susurré a Gege.

—¡Gigi!

—¡Shhh! —Le apreté con más fuerza dentro de mi mano—. Cállate o te convierto en una figurita para decorar estanterías, enano.

Cuando abrieron la puerta de la habitación, tanto el bicho como yo nos quedamos congelados, temerosos hasta de respirar. Por los dioses, odiaba a Navia y a sus estúpidas ideas.

—Espero que te guste la sorpresa —dijo una voz masculina, cerrando la puerta.

—Desde luego, sabes cómo agradarme —le respondió una mujer.

Al reconocer la voz de Minnana, sentí que se me paraba el corazón.

—Sé que estás ansiosa por recuperar esta habitación…, así que me he asegurado de que, aunque sea solo por esta noche, sea tuya de nuevo. Eres la reina, y no mereces estar encerrada en esa fría y oscura torre.

—¿Y si, mientras estamos aquí, vuelve Silas?

—Mis hombres me avisarán —le respondió su acompañante, que tenía un suave acento sureño—. Puedes disfrutar tranquila.

Miré por la fina rendija que dejaba la puerta mal cerrada del armario y fruncí el ceño. Era Hiel, el aterrador brujo de la Orden de los Envenenadores. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Lo haré —musitó ella.

Así que eso era lo que Minnana tenía que hacer esa noche. Sabía que estaba intentando acercarse al consejero del rey, que fingía espiar a Navia para él, y eso me hizo admirarla aún más. Debía de ser muy duro para ella estar ahí, simulando que la presencia de ese hombre no la asqueaba, probablemente echándome de menos.

—¿Te apetece un poco de vino? —le preguntó Hiel—. He ordenado que saquen el mejor de la bodega para ti.

—¿Cómo resistirme a un ofrecimiento así?

Los dos caminaron hasta la mesa y, mientras Hiel llenaba las dos copas de vino, Minnana se apoyó sobre la madera y le miró con una sonrisa sugerente. Uf, qué guapa estaba. Llevaba un vestido de color rojo que se ajustaba a su cuerpo a la perfección, haciendo destacar esas curvas extravagantes que tantas veces habían recorrido mis manos. ¿Y sus tetas? Enormes, increíbles, majestuosas. Estaba seguro de que Hiel también se las estaba mirando, lo que

automáticamente le convirtió en mi enemigo mortal. Quería romperle los dientes a puñetazos. Como se atreviera a tocarla…

—¿Qué opinas de la marcha del rey? —quiso saber Minnana cuando Hiel le entregó la copa de vino—. Ha sido todo tan… repentino.

Muy bien, aprovechando el momento de debilidad para sacarle información. Esa era la Minnana que yo conocía.

—Preferiría tenerlo aquí, controlado —respondió Hiel—. No puedo usar mi poder con él, así que lo más seguro para él, y sobre todo para mí, es que no se aleje demasiado.

Ambos bebieron, sin dejar de mirarse fijamente, y yo tuve la incómoda sensación de que estaba interrumpiendo algo íntimo. Desde luego, Minnana actuaba muy bien.

—¿Te preocupa que deje de tomar el yin? —quiso saber ella.

—Claro que me preocupa. Un rey enfermo es un rey dócil, y un rey dócil obedece.

—Y eso es lo que necesitas: que te obedezca.

—Por supuesto. Silas tiene el poder de Hashkin en su interior, así que es un arma muy poderosa. No puedo permitir que actúe por su cuenta.

Abrí mucho los ojos y, sin darme cuenta, apreté la mano en la que tenía al bicho. Él soltó un suave «gigi» que me recordó que estaba allí, y aflojé antes de dejarlo sin aire. ¿Así que Hiel estaba controlando a Silas sin que este lo supiera? Eso era otro nivel de maldad.

—Pero él confía en ti, ¿no? —le preguntó Minnana—. Piensa que le estás ayudando.

—Y precisamente por eso, el plan ha salido tan bien.

Hiel sonrió, y su rostro se volvió peligroso. A pesar de que no era un hombre fuerte, tenía un rostro que cualquiera habría considerado atractivo. Era elegante, como si un gato hubiera adoptado forma humana, y no pude evitar preguntarme qué pensaría Minnana de él. No le consideraba competencia, pero la forma en la que le miraba

Minnana, o más bien, la forma en la que fingía mirarle, encendió en mi interior algo que se parecía a los celos.

—¿Crees que Silas sabe que Navia está intentando robarle el diario? —dijo Minnana.

¡¿Minnana sabía lo del diario?! ¡¿Cómo?! Según tenía entendido, Navia solo me lo había contado a mí. ¿O me había perdido algo? Pero, aunque ese fuera el caso, ¡¿por qué se lo decía a Hiel?!

—No creo que lo sepa —respondió el consejero—. Si no fuera por esa espía, ni siquiera tú lo sabrías.

—Lume siempre ha sido rápida y leal.

¡Así que había sido Lume quien se lo había contado! Esa trapecista traidora nunca me había caído bien.

—No sé cómo esa niña tonta ha descubierto lo del diario —dijo Hiel, llenándose la copa de nuevo—. Quizá es más lista de lo que pensamos.

—No, no lo es —replicó Minnana—. Es imprudente e inmadura, una donnadie que se cree la princesa que salvará Rieva. De hecho, es tan predecible que sé perfectamente a dónde va a querer ir en cuanto lea ese diario.

—Y si lo hace, iremos a por ella.

—Eso es —confirmó Minnana.

—Si los soldados que les están siguiendo dan la voz de alarma, partiremos inmediatamente hacia allí.

—Si no los encontramos en el camino, lo haremos en el destino.

Ambos levantaron sus copas, haciendo un brindis silencioso, y yo intenté comprender qué era lo que se me estaba escapando. Sabía que Minnana fingía, que nada de lo que estaba diciendo era cierto, pero no sabía a dónde quería llegar.

—Esa chica esconde un secreto, uno peligroso —dijo Hiel—. He visto antes esa sangre plateada, y sé lo que significa. Si le permití casarse con Silas fue solo porque quería tenerla cerca.

¿La ardillita escondiendo un secreto? ¿Por qué Hiel pensaría algo así? Tanto el brillo de su piel como las motas plateadas de sus ojos

eran las pruebas palpables de que descendía de la reina Arelia… o al menos eso era lo que siempre habíamos creído.

¿Qué otra explicación podría tener, si no, que tuviera la sangre plateada?

—Es curioso que ella también esconda un secreto, ¿no crees? —le respondió Minnana—. Teniendo en cuenta lo que le está ocultando él.

—Sí, desde luego es *muy* curioso.

Ambos bebieron un largo sorbo de vino y, tras hacerlo, Minnana se pasó la lengua por los labios. Después, dijo:

—Hashkin tendría que haberte elegido a ti como recipiente. Silas está demasiado cegado por su dolor.

—Lo hará. En cuanto matemos a Silas, le ofreceré mi cuerpo para que me entregue su poder, y nada podrá detenernos.

—¿Y Hashkin no se enfadará? —quiso saber Minnana—. Fue él quien lo eligió, así que no creo que le guste que acabemos con su vida.

—No se enfadará si descubre que su amado recipiente ha estado tomando sustancias para dormirlo y controlarlo. ¿Por qué crees que he esperado tanto tiempo para acabar con él? Porque tenía que poner a Hashkin en contra de Silas, conseguir que me viera como un salvador. Ese fue siempre el objetivo principal del yin.

Minnana sonrió con una mezcla de orgullo y satisfacción, y después le dio otro sorbo a su copa de vino. Definitivamente, me había perdido. ¿Hiel, la mano derecha de Silas, estaba hablando de matar al rey? ¿Acaso Minnana le estaba engatusando para que fuera él quien lo asesinara? Tenía que ser eso, sí. No le encontraba otra explicación.

—¿A cuál de los dos vas a querer matar primero? —le preguntó Hiel, tan tranquilo como si le estuviera dando a elegir entre un plato de comida y otro.

—A él —respondió Minnana con seguridad—. El odio que nos profesamos Silas y yo es demasiado antiguo, y solo puede acabar con la muerte de uno de los dos.

El brujo asintió, como si ya esperara la respuesta, y Minnana dejó la copa de vino sobre la mesa. Él la imitó y, tras acercarse lentamente a ella, le susurró:

—Tu ambición es lo que más me gusta de ti, Minnana. Sabes pensar a lo grande.

—Igual que tú. Por eso hacemos tan buen equipo.

Hiel levantó una mano y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Eso me provocó una rabia animal. Estaban cerca, demasiado cerca. Hiel no tenía ni idea de que Minnana estaba fingiendo, y si no hacía algo, intentaría ir más allá. ¿Y si Minnana no podía escapar? ¿Y si se veía obligada a hacer con él algo que no quería?

Por los dioses, no iba a permitirlo.

—¿Para qué me has traído aquí, Hiel? —susurró Minnana—. ¿Cuál es el verdadero propósito de esta… *sorpresa?*

—Que vuelvas a acostumbrarte a los lujos de la corona —le respondió él—. En cuanto acabemos con Navia y Silas, los reyes seremos nosotros, y esta habitación será tuya de nuevo. Te he traído para que recuerdes todo lo que te pertenece… y todo lo que vas a recuperar.

Minnana se mordió el labio inferior y, aunque parecía excitada, sabía que estaba ansiosa por escapar. ¿Qué podía hacer?

—Desde luego, recuperar esta habitación sería algo digno de celebración —le dijo Minnana—. ¿Se te ocurre cómo podríamos hacerlo?

Hiel le acarició el rostro, observándola con deseo, y ella le sostuvo la mirada. Tras unos instantes de silencio, unos instantes en los que hubo tanta tensión entre ellos que parecían a punto de salir ardiendo, Hiel la agarró del pelo. Echándole la cabeza hacia atrás, le dijo:

—Follándote, Minnana; follándote tan duro que hasta los dioses se avergüencen de lo que te estoy haciendo. ¿No te parece excitante hacerlo aquí, sobre las sábanas del hombre al que tanto odias?

Iba a matarle. Desde luego que iba a hacerlo.

Solté a Gege y salí del armario con los puños en alto.

—¡Déjala en paz, hijo de puta! —exclamé.

Ambos me miraron, sorprendidos, y Hiel soltó el pelo de Minnana.

—¿Rosten? —me preguntó ella—. ¿Qué haces aquí?

—Salvarte —le respondí—. No voy a permitir que te toque.

Minnana soltó una risotada, y Hiel la acompañó con una sonrisa divertida que me hizo fruncir el ceño.

—Ay, mi pobre Rosten —me dijo Minnana—. Eres adorable.

—¿Te refieres a… adorable del tipo atractivo o adorable del tipo cachorro abandonado? —quise saber, algo confundido.

—Me refiero a adorable del tipo estúpido.

La fuerza con la que estaba apretando los puños flaqueó. El insulto me había pillado desprevenido. De pronto notaba algo en el estómago, algo ardiente y molesto que se parecía a una indigestión.

—Min —musité—. No estoy entendiendo nada.

—Eso no es raro en ti, grandullón. Nunca has sido muy inteligente.

Minnana se puso en pie y, sin dejar de sonreír, miró a Hiel. Yo sentí un crac dentro del pecho. ¿Y si… y si a Minnana también le gustaba Hiel? ¿Y si realmente quería acostarse con él? Por los dioses, ¿y si todo lo que había dicho sobre Navia y Silas era verdad?

—Quizá podamos utilizarlo para algo —le dijo al brujo—. Es muy leal.

—Eso era justo lo que estaba pensando.

Hiel giró la cabeza hacia mí, y su ojo derecho pasó del negro al blanco. Yo retrocedí un paso. Era lo más raro que había visto en mi vida, incluso más que la tía de Navia que hablaba con los muertos.

—Arrodíllate —me ordenó.

Comenzó a caminar hacia mí, y aunque intenté resistirme a la orden, perdí el control de mi cuerpo. Mientras miraba los ojos desiguales y siniestros del brujo, caí de rodillas al suelo con una humillante facilidad. Minnana permaneció quieta, observándome con una fría indiferencia.

Y ahí fue cuando supe que, en realidad, sí que era un estúpido.

¿Cómo iba a fijarse una mujer como Minnana en alguien como yo? Ella era una reina, la suma sacerdotisa de Rieva, y yo un soldado tullido. ¿Cómo había sido tan tonto como para pensar que, en realidad, le gustaba?

Hiel se detuvo frente a mí y me agarró la cara. Cuando me clavó los dedos en la piel, me dijo:

—Vas a obedecerme, ¿verdad?

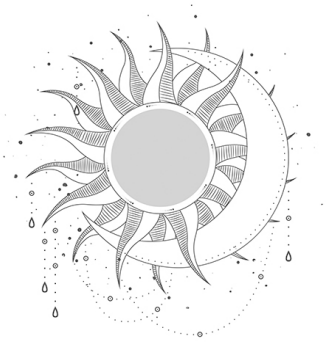
Su voz me hizo caer en una espiral de luz y oscuridad, en un pozo del que sabía que no iba a ser capaz de salir. De pronto me notaba mareado y no sabía si estaba sobre el suelo o si mi cuerpo flotaba en el aire. Ni siquiera recordaba mi nombre, ni quién era ni qué estaba haciendo allí. Lo único que me ataba a la realidad era su voz, la voluntad de cumplir todas las órdenes que ese hombre me diera.

—Sí —susurré—. Voy a obedecerte.

—Bien —respondió él, clavándome los dedos con más fuerza—. Pues vas a acompañarnos en nuestro viaje, y lo primero que vas a hacer es matar a esa chica que se cree la heredera que salvará Rieva. Su nombre es Navia.

Y yo, que de pronto no era más que un cuerpo controlado por una magia poderosa y antigua, acepté.

—Voy a matar a esa chica que se cree la heredera que salvará Rieva —repetí—. Su nombre es Navia.



36

Cuando mis tías y yo llegamos junto a Silas, estaba temblando. Los espasmos le golpeaban con fuerza, y con cada uno de ellos, las vetas naranjas de su piel ardían como brasas ardientes. Los delirios habían conquistado su mente, o quizá había sido el propio Hashkin, y repetía una y otra vez palabras sin sentido.

Verlo así, aunque eso no se lo dije a mis tías, me encogió el corazón.

Fai, Or y Uxa fueron las que lo sujetaron, mientras que Bibas se agachó frente a él para darle la infusión con el polvo de la *pedra das mareas.* Cuando había llegado a la cabaña, con los ojos desorbitados y la respiración entrecortada, aún le faltaba un poco para estar lista; sin embargo, mis tías habían entendido la urgencia, y decidieron por unanimidad que no íbamos a esperar más.

—Toma —le susurró Bibas mientras le ayudaba a bebérsela—. Esto te calmará.

Silas obedeció y, en cuanto la infusión bajó por su garganta, las vetas de su piel desaparecieron. También dejó de delirar, pero al terminar de beber se quedó débil y desorientado. Entre mis tías y yo conseguimos ponerle en pie y, con algo de esfuerzo, le llevamos de nuevo a la cabaña. Cuando le tumbamos en mi cama, se quedó profundamente dormido.

—Con la ardaluna nunca se dormía —les dije a mis tías mientras volvíamos a la cocina.

—El poder de los minerales es mucho más fuerte que el de las flores —me explicó Uxa.

—Y los efectos secundarios son diferentes —añadió Fai.

—La *pedra das mareas* suele provocar somnolencia —indicó Bibas—. No creo que Silas se despierte hasta mañana.

Las cuatro se sentaron a la mesa, cansadas, pero yo permanecí de pie. Desde que había leído el diario de Évolet, estaba nerviosa. Mucho. Se lo había devuelto a Silas, escondiéndolo de nuevo en el bolsillo de su abrigo, pero me había asegurado de copiar el canto de Idriel en un papel.

Por fin había podido leer entera la extraña oración de Évolet, y también entender su significado. Aunque la sacerdotisa innombrable no daba unas instrucciones claras sobre lo que tenía que hacer, sospechaba que Silas quería completar el canto porque ahí estaba la clave para que los dioses del norte volvieran. ¿Y si, a través del llamado personal que la diosa de las estrellas le dejó a su hija, podía acceder tanto a la Madre como a su panteón de lunas? ¿Y si por eso Évolet era tan importante? ¿Y si lo único que había que hacer era invocar a Idriel?

Nada me aseguraba que fuera a conseguirlo, pero había algo dentro de mí que me empujaba a intentarlo. Según explicaba en su diario, Évolet no solo había nacido del vientre de Idriel, también lo había hecho de la sangre del rey Elber, esposo de la reina Ola. ¿No me convertía eso en una especie de pariente suya? Mi madre debía de descender de su hermana, la reina Velaira, así que ¿no éramos, de alguna forma, familia? Quizá era ella, ese espíritu torturado que no había podido viajar al Otro Lado, quien me había estado enviando las extrañas visiones que me atormentaban; quizá, desde el principio, había sido la sacerdotisa innombrable quien me había estado guiando.

«El diario. Busca en el diario».

—Tías —solté—. Tengo que hablar con vosotras.

Las cuatro meigas me miraron, y yo apreté los labios. Invocar a Idriel me suponía un problema: que el único lugar en el que podía hacerlo era el templo de Zawa, que se encontraba en el punto más oriental de Rieva; a muchos días de viaje de allí. Volver a abandonarlas me dolía en lo más profundo del pecho, pero no podía quedarme de brazos cruzados. Todo lo que había arriesgado hasta ese momento, todo lo que había perdido, había sido para conseguir ese diario. No podía desaprovechar la oportunidad.

Se lo debía a Liara, a Rieva, a las criaturas de la noche.

Se lo debía a Ikaroa.

—He podido leer la parte del diario que tiene Silas, y creo que he averiguado cómo hacer que vuelvan los dioses —les dije—. El problema es que… tengo que marcharme a Zawa para comprobarlo.

—¡¿Qué?! —exclamó Fai—. ¡¿Pero tú sabes lo lejos que está Zawa, niña?!

—Es el único sitio en el que puedo invocar a Idriel, y es a ella a la que…

—¿A Idriel? —me interrumpió Or—. ¿Qué tiene que ver Idriel en todo esto?

—Évolet poseía un canto para llamarla —le expliqué—. Tengo la sospecha de que, con él, puedo hacer que los dioses vuelvan.

Las cuatro meigas se quedaron calladas, sumidas en un silencio incómodo que me hizo pensar que había algo que no me estaban contando, algo que no querían que averiguara. Aunque quise indagar en ello, teníamos temas mucho más urgentes que tratar, y lo condené al olvido.

—Es muy peligroso, Navia —me dijo Bibas—. No puedes ir sola hasta Zawa.

—Por no decir que, si nos dejas aquí a Silas, lo más suave que le haré será darle otro sartenazo —añadió Or.

Las cuatro comenzaron a hablar a la vez, todas enumerando las dificultades que podía encontrarme en el camino —soldados sureños, bestias hambrientas, un frío desgarrador—, y yo suspiré. Sabía que no les iba a gustar la idea de dejarme marchar, que

intentarían detenerme, pero yo ya había tomado una decisión. Era la única persona en todo el reino que sabía cómo liberar a los dioses del norte, y no pensaba abandonarlos.

—Cuanto antes me vaya, antes volveré —les dije, apoyando las manos sobre la mesa—. Cuidad de Silas mientras tanto, dormidle con alguna de vuestras infusiones. Os prometo que tendré cuidado.

—¿Y cuando el rey no vuelva al palacio, no crees que sus soldados saldrán a buscarle? —me preguntó Or.

Eso, desde luego, era un problema. Cuanto más tiempo pasara, más sospecharían en la corte. Hiel, que ya estaría furioso, haría lo posible por hacer que Silas volviera cuanto antes.

—Entonces tendréis que esconderle —respondí—. Sé que os estoy pidiendo mucho, pero, por favor… Sabéis lo importante que es esto. Vosotras conocéis estas tierras mejor que nadie, podéis llevarle a alguna cueva en la que no le encuentren, usar el bosque a vuestro favor.

—Navia, deja de decir tont…

Uxa levantó una mano, haciendo que Fai se callara de golpe, y después me miró fijamente. Aunque no podía ver el color de sus ojos, percibía la sabiduría que se escondía en ellos, una antigüedad que un alma mortal no podía comprender.

—¿De verdad estás preparada para hablar con Idriel? —me preguntó—. ¿Y para que vuelvan los dioses?

—Lo estoy —respondí con seguridad.

—Entonces dejaremos que vayas a Zawa y encuentres allí tu destino.

Fai se apresuró a negar con la cabeza, dejando muy claro que no estaba de acuerdo.

—No —dijo—. No veo bien que…

—Ya no es una niña a la que podamos proteger —la cortó Uxa—. Tiene derecho a tomar sus propias decisiones.

Las demás, que muy pocas veces se enfrentaban a Uxa, guardaron silencio. Los ojos de Bibas se llenaron de lágrimas, y yo no pude evitar que la tristeza se anudara en mi garganta. Aquellas

cuatro meigas eran mi familia, lo único que tenía en el mundo. Habría arriesgado mi vida una y mil veces si eso me aseguraba salvarlas, librarlas para siempre del horror y los peligros de la guerra.

—Bien, pues te preparé algunas provisiones para el viaje —dijo Fai en un triste tono de derrota—. Son muchos días, veré qué puedo hacer.

—Yo voy a traer las mantas buenas —indicó Bibas tras limpiarse las lágrimas.

—Y un mapa —añadió Or—. Tenemos que buscarle un mapa.

Miré a Uxa, dándole las gracias en silencio, y ella asintió levemente. Sabía que ella, al igual que el resto de mis tías, estaba preocupada; sin embargo, también estaba de acuerdo en que recuperar a nuestros dioses era lo único que podía salvarnos.

—Encuentres lo que encuentres en Zawa —me dijo—, recuerda que aquí siempre tendrás tu hogar.

El resto de la tarde la dedicamos a organizar el viaje. Con el mapa delante, mis tías me explicaron la ruta que debía seguir. Además, me llenaron dos alforjas con comida y brebajes, y me dieron una bolsa llena de argaleos.

—En Xilo y en Kala encontrarás buenas posadas para descansar —me dijo Or.

—Aunque hasta Viloria no estarás tranquila —añadió Fai—. Según la información que nos ha llegado, al otro lado del río Valdeazur hay menos soldados sureños.

En cuanto cayó la noche, mis tías se fueron a dormir. Mi cama estaba ocupada por Silas, así que les dije que quería quedarme allí, en la cocina, con Breto roncando a mis pies.

—Cuando me entre sueño, iré a alguna de las camas libres del hospital —les expliqué—. Ahora mismo estoy demasiado nerviosa.

—No tardes mucho —me respondió Bibas con cariño—. Tienes que coger fuerzas.

Se suponía que, con la salida del sol, emprendería mi viaje hasta Zawa. Sin embargo, aunque eso mis tías no lo sabían, pensaba

marcharme de madrugada. No estaba preparada para salir de casa con ellas mirándome preocupadas desde la puerta; para pensar que, si algo salía mal, aquella sería la última vez que las vería. No estaba preparada para despedirme de nuevo.

Por eso, cuando aún no había amanecido y Breto soñaba frente a las brasas que quedaban en la lareira, salí de la cabaña y entré en los establos. Los dos caballos que Silas y yo habíamos sacado del palacio estaban dormidos, tranquilos, y casi me sentí mal por perturbar su descanso.

—No te asustes —le susurré a la yegua que me había llevado hasta allí—. Soy yo.

Le acaricié el lomo con cariño y ella relinchó para saludarme. Después, comencé a prepararla. Sin embargo, aún no le había puesto la silla cuando escuché un ruido a mi espalda.

Me giré, pensando que alguna de mis tías me había descubierto, pero quien estaba allí, en la puerta del establo, era alguien mucho mucho peor.

—Navia —me dijo Silas, cruzándose de brazos—. ¿Vas a algún sitio?

Los latidos de mi corazón se aceleraron. ¿Cómo se había despertado? ¡¿No se suponía que iba a estar dormido hasta el día siguiente?!

—Solo iba a… a dar un paseo —respondí.

—¿De madrugada?

—No podía dormir.

Silas alzó una ceja, y yo esbocé una sonrisa nerviosa. La luz de la luna creciente iluminaba su rostro, y le veía más sano y descansado que nunca.

—Supongo que también ha sido el insomnio el que te ha empujado a mirar esto, ¿no?

Su voz adquirió un matiz peligroso y, cuando sacó las hojas del diario de Évolet del bolsillo de su abrigo, me quedé paralizada. ¿Cómo era posible que se hubiera dado cuenta? ¡Estaba completamente dormido!

—No sé de qué me estás…

—Navia, no me mientas —me interrumpió, guardando las hojas de nuevo—. Cuando coges algo que no te pertenece, tienes que dejarlo exactamente igual para que su dueño no descubra que lo has tocado. Eres la persona más torpe que conozco.

Comenzó a caminar, y yo contuve el aliento. ¿Iba a castigarme por mi insolencia? ¿Me torturaría, igual que a Minnana, o directamente acabaría con mi vida?

—¿Qué has averiguado? —me preguntó, deteniéndose frente a mí.

—Nada —mentí—. Quería saber qué eran esos papeles, pero… están en un idioma que no entiendo.

—Mentirosa. ¿Crees que Elián no me ha contado que te está enseñando a leer la lengua de los dioses?

¡Estúpido Elián! Apreté la mandíbula y, con los nervios arañándome el estómago, le miré fijamente. Estaba muy serio, y sus ojos brillaban de un naranja mucho más oscuro de lo normal, uno que me empujaba a salir corriendo de allí. Sin embargo, por mucho que quisiera escapar de él, no podía hacerlo. No solo estaba acorralada, sino que no podía abandonar a mis tías. Lo único que podía hacer era despistarle, conseguir que creyera que no sabía la verdad sobre el diario.

Así que tuve que ser rápida.

—Con ese canto podría invocar a Idriel, ¿verdad? Podría… podría hacerle preguntas.

—El canto no está completo —me respondió—. Sin la parte que falta, Idriel no responderá.

—Pero yo estoy emparentada con Évolet. Aunque la sacerdotisa innombrable no tuviera la sangre de la reina Ola, formaba parte de la familia real. Quizá la diosa de las estrellas esté… esté esperándome a mí.

—¿Esperándote para qué?

—¡No lo sé! —repliqué—. Mira, llevo toda la vida creyendo que los dioses del norte desaparecieron, y ahora que he descubierto que

existe una posibilidad de comunicarme con ellos, quiero aprovecharla. ¿Acaso no lo harías tú en mi lugar?

Silas entornó los ojos, y tuve miedo de que pudiera leer las mentiras en mi rostro.

—¿Qué es lo que quieres preguntarle? —me dijo.

—Quién mató a mi familia, por ejemplo —mentí—. No podré descansar en paz hasta que lo averigüe.

Estaba perdida en los ojos de Silas, así que pude apreciar cómo sus pupilas se dilataban ligeramente, el negro conquistando el naranja.

—No te va a responder —repitió—. Los dioses del norte os abandonaron, acéptalo de una vez. Un canto incompleto y sin valor no te los va a devolver.

—Si no tiene valor, ¿por qué lo escondes con tanto recelo?

El rostro de Silas se contrajo ligeramente, como si cada vez le fuera más difícil contenerse. Casi pude ver un destello de las vetas de fuego de Hashkin en su piel.

—No vas a ir, Navia —me dijo—. Es muy peligroso.

Su insistente negativa, más que amedrentarme, me envalentonó.

—Quizá lo que no quieres es que Idriel me cuente quién mató a mi familia porque los rumores son ciertos y lo hiciste tú —solté.

Con eso, Silas estalló. Me sujetó las muñecas y me empujó contra una de las paredes del establo, haciendo que los caballos se asustaran. Mi corazón comenzó a latir muy deprisa, aunque no supe si lo que su cercanía me provocaba era miedo, deseo o una mezcla de ambas.

—No me gusta que pienses que soy un monstruo —me advirtió.

—No me has demostrado lo contrario.

—Nunca te he hecho daño, luz de luna, así que creo que te he dado pruebas suficientes.

Observé sus labios, la cicatriz que decoraba su comisura izquierda, y después subí de nuevo hasta sus ojos. Era tan guapo, tan molestamente atractivo, que cuando le miraba me olvidaba hasta de respirar. Y lo odiaba, lo odiaba con todas mis fuerzas.

Estaba retenida bajo su peso, pero lo único en lo que podía pensar era en las ganas que tenía de volver a besarle, en que eso resultaba mucho más peligroso que cualquier arma.

—Necesito comprobar que los dioses del norte nos han abandonado para siempre —insistí—. Por favor. Déjame intentarlo.

Silas me sujetó las muñecas con más fuerza y se acercó un poco más a mi cuerpo. No sabía qué estaba pasando por su cabeza en ese momento, pero notaba cómo me deseaba, cómo luchaba contra sus instintos.

—¿Y si Idriel no te responde? —me preguntó.

—Entonces volveré contigo al palacio y me olvidaré de la existencia de ese diario.

Silas apretó los labios y, tras unos tensos instantes, me soltó. ¿Cómo iba a negarse, cuando no sabía que poseía el canto completo? ¿Cómo, si estaba seguro de que la diosa de las estrellas no iba a responderme?

—Es un viaje largo —me dijo—. Aun cabalgando deprisa, tardaremos unos diez días.

—¿Tardaremos? —le pregunté, acariciándome las muñecas—. ¿Eso significa que me vas a acompañar?

—Por supuesto, luz de luna, no voy a dejar que vayas sola. Además, cuando Idriel no responda, quiero estar ahí para lanzarte un «te lo dije». —Se acercó a su caballo y, tras dedicarle una caricia tranquilizadora, comenzó a ensillarle. —Imagino que Hiel habrá enviado ya a soldados a buscarme, así que no podemos entretenernos.

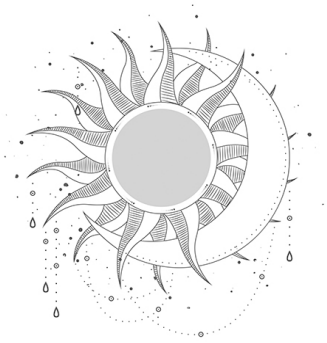
—¿No te preocupa… no te preocupa ausentarte tanto tiempo de la corte?

—Me preocupa más que pueda pasarte algo.

Le observé en silencio, con una mezcla de sentimientos ardiéndome dentro. Aunque me tranquilizaba hacer aquel viaje con él a mi lado, notaba una extraña inquietud clavada en las entrañas. No solo iba a tener que ocultarle mis verdaderas intenciones, sino

también esforzarme por no acercarme demasiado, por no dejar que el deseo que sentía hacia él se adueñara de mi cuerpo.

No sabía cuál de las dos mentiras iba a ser más difícil de mantener: si la que le había contado a él, o la que me estaba contando a mí misma.



37

Tras cuatro días de camino, abandonamos el bosque y llegamos a Xilo. La ciudad se encontraba sobre una alta meseta, y decían de ella que era una de las más frías de todo Rieva, que no cualquiera sobrevivía a sus inviernos. Sin embargo, eso no había sido impedimento para que los sureños la conquistaran.

Los estandartes con el sol de Hashkin ondeaban con orgullo sobre los tejados, atemorizando a unos ciudadanos que caminaban cabizbajos, con heridas en el cuerpo y en el corazón porque los invasores se lo habían arrebatado todo. Había niños hambrientos pidiendo comida en las calles, cadáveres de ajusticiados aún pudriéndose en las plazas. Xilo siempre había sido famosa por sus mercados, por la calidad de sus manufacturas, pero en el aire no olía a pan ni a cuero, sino a sangre y a muerte, al dolor de la guerra.

«¿Sabes lo que está ocurriendo en tu reino mientras estás aquí, jugando a ser reina? —me había preguntado Lume—. Que los norteños se están muriendo».

Aunque había visto la destrucción de Daris, y también las calles de Jata, comprobar cómo sangraba mi país me dolió en lo más hondo del pecho. Sabía que no era del todo justo, pero me sentía culpable de su sufrimiento. ¿Por qué había permanecido escondida tanto tiempo? ¿Por qué no había luchado por ellos, como había hecho Minnana? Estaba esforzándome por acabar con nuestros

enemigos, pero de alguna forma sentía que no era suficiente; que, cuando lo consiguiera, sería demasiado tarde.

Estar pensando constantemente en besar a Silas tampoco ayudaba.

—Esto es lo que provocas a tu paso —le dije, rabiosa, mientras avanzábamos por las calles de Xilo—. ¿Te sientes orgulloso?

—¿Acaso crees que solo vosotros habéis sufrido las consecuencias de una guerra que lleva más de mil ciclos de luz asolando nuestras tierras? —replicó él—. ¿De verdad piensas que los norteños no habéis causado muerte y dolor en Ilta?

—Puede que sí, pero tras la maldición vivimos un largo periodo de paz que fuiste tú quien rompió.

Él apretó los dientes, y el brillo de sus ojos se volvió letal, peligroso, un incendio que quemaba con solo mirarlo.

—No tienes ni idea de nada —gruñó.

Pero la tenía, claro que la tenía. Sabía que Silas había decidido atacar el norte para vengar la muerte de su amor perdido, que había soportado un sufrimiento inhumano, pero no podía justificar el odio con más odio, el dolor con más dolor.

Eso no podía decírselo porque me lo había confesado en uno de sus delirios, así que me limité a quedarme callada. Él tampoco insistió. Y, en el silencio, murió la discusión.

Como llegamos al anochecer y estábamos agotados, fuimos directos a la posada de la ciudad. Llevábamos tres días durmiendo en cuevas y refugios, luchando a duras penas contra el frío y la nieve del bosque, así que necesitábamos comida caliente, un baño. No esperábamos tener problemas, pero cuando pedimos una habitación, el posadero nos dio la peor de las noticias:

—Solo nos queda libre una de las pequeñas —nos dijo. Era un hombre anciano, con unas profundas arrugas surcándole el rostro y la mitad de los dientes podridos; un hombre que parecía acostumbrado tanto al ruido como al olor de sus clientes—. Los soldados del sur las han ocupado todas.

Miré a Silas de reojo, culpándole una vez más de todos nuestros males. Como rey, podría haberles ordenado a sus soldados que se marcharan, que nos dejaran una habitación libre, pero no queríamos que llegara a oídos de Hiel dónde estábamos. Si no queríamos que vinieran a buscarnos, teníamos que pasar desapercibidos.

—¿Cómo de pequeña es? —le pregunté al posadero.

Uno de los clientes de la taberna tiró su jarra de vino al suelo y se abalanzó sobre un hombre sentado en la mesa de al lado. Todos los presentes jalearon la pelea, haciendo que el ruido se intensificara. Yo arrugué la nariz, pero el posadero ni siquiera se inmutó.

—Bastante —respondió—. Solo tiene una cama.

Estaba a punto de abrir la boca, de decirle al hombre que no nos interesaba, pero Silas se me adelantó:

—Estamos casados, así que no nos importa. —Esbozó una sonrisa triunfal y yo quise matarle—. Nos la quedamos.

Tal y como el hombre nos había asegurado, la habitación era pequeña, *muy* pequeña: cuatro paredes de piedra que casi se tocaban, una mesa de madera en la que había candil de hierro sobre el que temblaba una vela, y un cubo lleno de agua para asearnos. La ventana daba a los establos, y aunque estaba cerrada, se colaba un intenso olor a heno, a humedad, a lana antigua. Lo peor de todo, sin embargo, era la cama. En ella solo cabía una persona, dos si lo hacían abrazadas. ¿Quería dormir abrazada a Silas? No, desde luego que no. ¿O sí?

De pronto eché de menos la tranquilidad del bosque, el amplio espacio de las cuevas en las que, hasta ese día, habíamos estado durmiendo.

—No te preocupes, luz de luna —me dijo Silas—. Quédate con la cama y descansa. Yo dormiré en el suelo.

—No digas tonterías —repliqué—. Hace muchísimo frío, y no hay chimenea.

—¿Quieres usarme para que te dé calor?

Le lancé una mirada asesina y él esbozó una sonrisa.

—Sí, mejor duerme en el suelo —sentencié.

Antes de meternos en la cama, usamos el cubo para asearnos. Yo fui la primera, y aunque el agua estaba fría, agradecí poder quitarme la suciedad del viaje.

—No te des la vuelta, ¿eh? —le dije mientras me pasaba el trapo de lino húmedo por la piel desnuda.

Silas estaba sentado sobre la cama, dándome la espalda, con la vista fija en la pared. No podía verme, pero la luz de la vela hacía que mi sombra se proyectara frente a él, dejándole intuir todos mis movimientos.

—No necesito verte para imaginarte —me respondió—. Y créeme, no quieres saber lo que está pasando por mi mente en estos momentos.

Algo dentro de mí crepitó con fuerza y, casi sin darme cuenta, ralenticé los movimientos de mi mano. Me gustaba pensar que estaba pasándolo mal.

«Estoy haciendo un enorme esfuerzo por no volver a besarte, por no hacer realidad las malditas fantasías que me consumen cada vez que estás cerca, así que no me lo pongas más difícil».

—Mientras todo se quede en tu mente, no tengo problema —le dije.

—No te preocupes, luz de luna. Ya te dije que no voy a hacer nada que tú no quieras.

Una parte de mí se tranquilizó con sus palabras; la otra sintió una vergonzosa decepción.

En cuanto ambos estuvimos limpios, nos fuimos a dormir. Estaba tan cansada que no tardé en conciliar el sueño. Sin embargo, este no fue especialmente reparador. Una pesadilla en la que invocaba a los dioses en Zawa y estos resultaban ser monstruos que querían matarme hizo que me despertara gritando, con el corazón acelerado y la espalda empapada de sudor.

Estaba tan nerviosa que, cuando Silas se levantó y se tumbó en la cama conmigo, su pecho contra mi espalda, ni siquiera me importó.

—Tranquila —me susurró, acariciándome con cariño—. Ha sido solo un sueño.

—¿Te he despertado?

—No, no te preocupes. He cogido la mala costumbre de esperar a que te duermas tú primero.

Me quedé callada, dejando que sus caricias me llenaran de calma, sintiendo su cuerpo. Yo solo llevaba puesto el camisón; él, los pantalones. Podía sentir su respiración, su calor, esa parte que tan claramente notaba cuando estaba excitado.

—En las cuevas dormíamos mejor —me susurró—. Si lo llego a saber, nos habríamos quedado en el bosque.

—Necesitábamos darnos un baño —le respondí—. Tu olor empezaba a marearme.

Sonreí y, aunque no podía verle, supe que él también lo estaba haciendo.

—Tú, sin embargo, siempre hueles bien.

—Mentiroso —repliqué—. Nadie puede oler bien después de un viaje por el bosque.

—Tú sí.

No respondí. La vergüenza me calentaba el rostro, la punta de las orejas. Aunque no quise decirle nada, sabía muy bien a lo que se refería. Él también olía siempre bien. Incluso en ese momento podía percibir el aroma cítrico y amaderado que desprendía su piel, ese aroma que me envolvía y me transportaba a Ilta.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó—. Me gusta tener a alguien con quien hablar antes de dormir. Estoy tan acostumbrado a estar solo que no recordaba lo que era…, bueno, esto.

Me di la vuelta para mirarle y sus ojos se clavaron en los míos con ansia, como si el rato en el que no había podido mirarme hubiera sido un martirio para él.

—Yo odio estar sola —le dije—. No sé qué habría hecho si no hubiera tenido a mis tías, ni a Rosten ni a…

«Liara», pensé. Pero no fui capaz de decirlo en voz alta.

La luz de la luna entraba por la ventana e iluminaba la habitación, acariciando el rostro de Silas. Quedaban muy pocos días para que volviera a estar llena. ¿Qué pensaría Ikaroa de ese hombre que le

había entregado el cuerpo a su enemigo, ese que, a cambio, había jurado destruir el norte? ¿Qué pensaría de mí, que estaba allí junto a él?

—¿Alguna vez te has enamorado? —soltó, rompiendo el silencio.

Sus ojos emitieron un destello de peligro, y yo reconocí en él a ese Silas posesivo que me consideraba suya, ese cuyo único deseo era protegerme.

—No —confesé—. ¿Y tú?

Sabía la respuesta, pero quería que me lo dijera sin estar delirando, comprobar si era capaz de abrir su corazón ante mí. Quería conocerle, conocerle de verdad, y no solo acercarme a él porque tenía que destruirlo. Quería conocer al hombre que se había adueñado de mis sueños y me hacía olvidar al monstruo de mis pesadillas.

—Sí —me respondió—. Hace mucho tiempo

—¿Y qué se siente al estar enamorado?

Silas me miró fijamente y, durante unos instantes, se limitó a reflexionar. Estaba segura de que nunca antes había tenido que responder a esa pregunta, que quizá ni siquiera se la había hecho a sí mismo.

—Enamorarse es… es como escuchar una melodía —me dijo, al fin—. Primero la oyes de fondo, lejana, como si fueran unos cascabeles que se acercan; pero, un día, se vuelve tan intensa que no puedes pensar en nada más que en la belleza de sus notas. Nunca te ha gustado bailar y, de pronto, lo único que quieres es moverte a su ritmo, todos los días, toda tu maldita existencia. —Unas mariposas rebeldes me hicieron cosquillas en el estómago—. Puedes escuchar más música, pero nada suena como tu melodía favorita, esa que te hace sentir en casa, esa que reconocerías en cualquier lugar, en cualquier vida. Te acostumbras tanto a ella, a lo feliz que te hace escucharla, que, cuando deja de sonar, el mundo se vuelve oscuro, y frío, y un sinsentido; y lo único que sientes es rabia porque te han dejado escuchar la melodía más hermosa del mundo y, al arrebatártela, te han ensordecido para siempre.

La belleza de sus palabras, aderezada con la de su cálido acento sureño, me emocionó de una forma inexplicable. Nunca me había enamorado, pero gracias a él entendía el sentimiento, lo entendía tan profundamente que hasta podía sentirlo, y le odié por ello. Odiaba que me recordara que él también tenía corazón, que había sido capaz de amar; lo odiaba porque se me hacía difícil pensar que alguien que describía el amor con tanta delicadeza tuviera las manos manchadas de sangre.

—Cuanto más intenso es el amor, más desgarrador es el dolor de perderlo —continuó, ajeno totalmente al debate que se libraba en mi interior—. Un corazón roto te empuja a la venganza, a convertir un reino enemigo en cenizas, a… a entregarle tu cuerpo a un dios con tal de que te ayude a dejar de sufrir.

¿Por qué tenía que comprender su dolor? ¿Por qué me apiadaba de él? No podía sentir compasión hacia un enemigo, hacia el asesino de Liara. Nada, ni siquiera el más desgarrador de los sufrimientos, justificaba lo que había hecho.

Pero, aun así, estaba confusa.

Y avergonzada.

Y demasiado cerca de Silas como para pensar con claridad.

—¿Merece la pena? —susurré, bajando la vista hasta la cicatriz de su cuello, a las marcas de sus antebrazos—. El amor, quiero decir. ¿No crees que el dolor es un precio demasiado alto a pagar?

Silas sonrió, pero fue una sonrisa triste, una sonrisa que gritaba que se había hecho esa pregunta demasiadas veces, y que la respuesta se había convertido en cicatriz.

—El amor siempre merece la pena, luz de luna. Aunque te destruya.

El ruido de la taberna parecía haber desaparecido, y también el frío, y hasta el cansancio que nos había llevado hasta allí. En ese momento solo estábamos Silas y yo, mirándonos, abriendo nuestro corazón.

—Entonces, ¿volverías a enamorarte?

Mi pregunta quedó suspendida en el aire, volando en la oscuridad por encima de nuestras cabezas. No tenía ni idea de por qué le había preguntado eso, y tampoco por qué me importaba. Ni siquiera quería saber la respuesta, pero ya era demasiado tarde. Cuando Silas abrió la boca para contestar, no tuve más remedio que contener el aliento y escuchar.

—He pasado mucho tiempo pensando que no podría volver a sentir nada —confesó, sin apartar sus ojos de los míos—. Sé que en el fondo estoy roto, pero tú, de alguna forma… has empezado a importarme. No como curandera, y tampoco como esposa, sino como Navia. Y eso me aterra.

Silas estiró el brazo y me apartó un mechón de pelo de la cara. Cuando lo colocó detrás de la oreja, mi corazón se puso nervioso. ¿Qué podía decirle? ¿Que él también me importaba? No lo sabía. No tenía ni idea de qué sentía hacia él.

—Quizá es solo que te recuerdo a ella —repliqué—. Puede que yo tenga cosas que… que ya habías amado antes.

—Quizá —respondió él—. O quizá es solo que, al estar a tu lado, recuerdo quién era yo.

Llevó sus dedos hasta mi mejilla y comenzó a deslizarlos por mi rostro. Yo me acomodé en la forma de su mano y me dejé mecer por su calidez.

—Silas —musité—. Esto es… es muy difícil para mí. Has hecho cosas que no te puedo perdonar.

—Lo sé. La ira y la sed de venganza me consumieron, Navia. Si yo estaba sufriendo, tenía que asegurarme de que mis enemigos también lo hicieran. Hace mucho tiempo que solo siento satisfacción con el dolor.

Sus dedos bajaron hasta mi mandíbula, y yo cerré los ojos. Estaba enfadada con él, mucho, pero también excitada. Eso era lo que Silas me provocaba: una rabia intensa y desgarradora; un fuego imposible de controlar. ¿Cómo podían ser tan compatibles el odio y el deseo?

Quería apartarme de él, decirle que por su culpa Liara estaba muerta, pero llevó el pulgar hasta mis labios y, cuando vi el deseo ardiendo en su rostro, cuando reconocí mis ansias en su mirada, supe que estábamos perdidos.

—Navia…

En aquel suspiro había cientos de preguntas, pero yo me limité a asentir. Sabía que Silas no haría nada que yo no quisiera, así que me aseguré de dejarle claro que en ese momento no había nada que fuera a negarle, ni una sola barrera entre nosotros. Y él lo entendió al instante.

Su mano bajó hasta mi cuello, envolviéndolo, y después hasta uno de mis pechos. Lo apretó con deseo, con admiración, y yo contuve el aliento. Debería haber considerado un sacrilegio que sus manos me tocaran, pero lo único que sentía era ansia voraz por que siguiera explorándome, abriendo un camino que, hasta su llegada, había estado cerrado.

—No podemos… no podemos volver a besarnos —susurró—. Me muero por hacerlo, pero no podemos dejar que llegues al tercer beso.

—No lo haremos —respondí, asegurándomelo también a mí misma.

Como si esa confirmación le bastara, Silas me empujó con suavidad y me colocó bocarriba, facilitando así que su mano continuara bajando por mi cuerpo. No me quitó la ropa, sino que me acarició por encima, preparándome para el placer. Estaba tan cerca de mí que pude notar cómo se excitaba, cómo las ganas le consumían.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó.

—Un poco.

—Entonces no voy a decirte las cosas que estoy pensando ahora mismo. Para no asustarte.

Mi respiración estaba acelerada, al igual que mis latidos. Él parecía tranquilo, pero podía notar en su mirada las ganas que tenía de hacerme suya. Aquello era peligroso, lo sabía, pero también lo

más excitante que había hecho nunca. Si no me dejaba llevar, si no apagaba el fuego que me consumía por dentro, iba a terminar estallando en llamas.

—Quítate el camisón —me ordenó.

Y, aunque me temblaban las manos, obedecí.

—Me encanta que por fin hayas decidido no discutirme las cosas —susurró él, observando mi cuerpo con deseo.

—Desnúdate tú también —repliqué.

Silas sonrió, y, después, lo hizo. Se apartó de mí y se quitó los pantalones, dejando que admirara su desnudez, la perfección de su cuerpo. Lo había hecho antes, en mis sueños, pero mi mente ni siquiera había llegado a imaginar lo que sentí cuando lo vi excitado frente a mí. Era grande, atractivo, perfecto; y, en medio de todos mis grises, estaba lleno de color. Las vetas de hielo que le congelaban el pecho se asemejaban a los brazos de un copo de nieve, uno cruel y maldito que se extendía sobre su corazón desde que había dado su primer beso; las cicatrices le marcaban la piel con un insoportable dolor.

—No sabes lo preciosa que estás ahora mismo —me dijo—. Me encanta verte así, completamente entregada a mí.

Sus dedos recorrieron mis piernas con lentitud, deteniéndose en la pequeña cicatriz que me había quedado en el muslo izquierdo tras la noche de bodas. Cuando llegaron hasta mi centro, contuve el aliento.

—Una vez me dijiste que se me acusaba de hacer depravados rituales sexuales con mis sacerdotisas —susurró, acariciándome con suavidad—. No me enorgullezco de las cosas que me excitan, pero no quiero que tengas miedo. Todavía no.

Me miró, clavando el naranja imposible de sus ojos en el cielo nocturno de los míos, y un latigazo ardiente me golpeó las entrañas. A una parte de mí le aterraba lo que ese hombre era capaz de hacer; la otra ansiaba descubrirlo.

—¿Eso significa que… que piensas esas hacer esas cosas… conmigo también?

—Solo si tú me lo pides.

Exploró mi humedad con los dedos, y yo dejé escapar un suspiro. Sus manos parecían saber exactamente dónde tenían que ir, cómo tenían que moverse; y eso me hizo enloquecer. Lo que había sentido cuando Anxo me había tocado, hacía ya tanto tiempo, ni siquiera se parecía a lo que Silas me estaba provocando.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Sí —jadeé—. Mucho.

—Quiero ver cómo te deshaces ante mí, luz de luna. —Aceleró sus movimientos, y todo mi cuerpo se estremeció—. Quizá haya sido tu segundo beso, pero no vas a olvidar en la vida que fui el primero en hacerte gemir.

No sabía si mi cuerpo se había convertido en agua, en fuego o en aire; ni siquiera podía pensar con claridad. Los dedos de Silas enviaban espasmos de placer a todos mis músculos, obligándome a agarrar las sábanas de la cama con fuerza. Quería cerrar los ojos, pero a la vez me negaba a dejar de mirarle, a no arder en las llamas de su mirada.

—Antes, cuando te estabas lavando, has sido muy mala —susurró, sin dejar de moverse—. Estabas desnuda, pero ni siquiera me has dejado mirarte. ¿Sabes lo mucho que me has hecho sufrir? Voy a tener que castigarte por eso.

Contrajo los dedos, tocando una parte de mi cuerpo que ni siquiera yo conocía, y fui incapaz de contener un gemido. Todo a mi alrededor daba vueltas, y yo me sentía flotar. Nunca antes había imaginado que podía sentir algo así, tan salvaje, tan desgarrador. Casi parecía que mi cuerpo lo anhelaba, que lo había anhelado siempre.

—Silas, no puedo —jadeé—. No puedo más.

—Oh, claro que puedes.

Volvió a contraer los dedos, y yo grité de nuevo. Mi cuerpo entero sintió la descarga, la forma en la que me deshice sobre su mano. Solo podía verle a él, solo podía oler su aroma. Silas. Silas. Silas.

Tenía su nombre atascado en la garganta, grabado a fuego en mi interior.

—Joder, Navia —me dijo, colocándose sobre mí—. No tienes ni idea de lo que haría por tenerte solo para mí. No quiero que nadie más te mire, ni que te hable, ni que te toque. Quiero que seas mía y solo mía.

—Soy… soy tuya.

—Pero no quiero que lo seas solo esta noche. Quiero que lo seas el resto de mi vida.

Acercó sus labios a los míos y, aunque no llegó a tocarlos, los dejó rozándose con desesperación. Todo en él parecía gritar mi nombre: sus ojos, su piel, su boca. Nuestros labios estaban peligrosamente cerca, y tuve que hacer un esfuerzo enorme por no besarle, por no dejar que mis instintos ganaran la batalla. Estábamos muy cerca y a la vez obligados a estar muy lejos, como el sol y la luna en un eclipse, como el norte y el sur en un mapa.

—Yo también quiero tocarte —le susurré—. Quiero… quiero probarte, Silas.

—Vamos poco a poco, luz de luna —me respondió—. Si ahora mismo te dejo usar esa boca, pierdo la cabeza.

Empujó las caderas para entrar en mí, y yo gemí de placer, y de alivio, y de pura necesidad. El mundo entero se detuvo cuando lo sentí, y la bestia feroz que dormía en mis entrañas se despertó, exigiendo que me diera más y más y más.

¿Era eso lo que habían sentido Hashkin e Ikaroa cuando se amaban?

¿Era eso por lo que Aiden y Évolet lo desafiaron todo y a todos?

Porque, de pronto, los entendía.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Muy bien —respondí—. Mejor que nunca.

Apoyó su frente contra la mía, abriéndose paso, y yo le rodeé con los brazos. Tenía tantas ganas de él que se deslizó con facilidad en mi interior, como si su cuerpo y el mío encajaran a la perfección.

—No sabes… no sabes lo mucho que me estoy conteniendo —me susurró.

—Pues no te contengas. No quiero que lo hagas.

Silas soltó un gruñido y, con un último empujón, me llenó por completo. Le clavé las uñas en la espalda y grité, grité su nombre con fuerza.

Entonces, las imágenes me abordaron.

Una canción, parecida a una nana, entonada por un hombre.

«No deberías estar viva».

El aroma del bosque, el rocío de la madrugada mojándome la piel.

«El diario. Busca en el diario».

Unos gemidos que no eran míos compitiendo con el sonido de las olas.

«Évolet».

Cerré los ojos para ahuyentarlas y me dejé llevar por los movimientos de Silas, por sus colores, por el placer que me estaba provocando. En ese momento no me importaban nada las visiones, ni siquiera me importaba quién era él, lo que había hecho. Lo único que quería era que siguiera moviéndose, que lo hiciera más rápido, más fuerte, más hondo. Darle mi sangre no era nada comparado con sentirle dentro de mí, con tener la certeza de que él era mío y yo era suya.

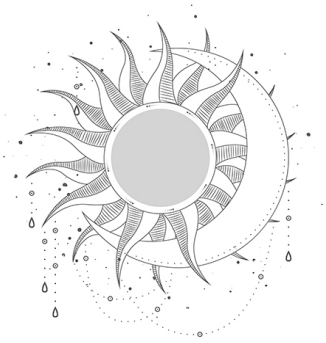
—Sigue —le pedí, perdiendo mis manos en su pelo—. No pares, por favor.

Y él obedeció, haciendo realidad por fin lo que ambos llevábamos deseando desde nuestra fallida noche de bodas, rompiendo la última capa de intimidad que nos separaba.

Esa noche, el mundo fue testigo de cómo convertimos nuestros lunares en estrellas que devorar, de cómo perdimos la razón entre gemidos, arañazos y mordiscos.

El mundo fue testigo de cómo nos entregamos al placer, y, lo que era aún más peligroso, de cómo nos quedamos dormidos el uno junto al otro, abrazados como dos amantes que no conocían el

riesgo de difuminar la frontera que separaba, por orden divina, la noche y el día.



38

Tardamos diez días en llegar hasta Zawa, diez días en recorrer el camino que separaba Xilo del templo maldito de Évolet. Podrían haber sido menos, pero ni Silas ni yo quisimos apresurarnos. Él no volvió a sufrir de abstinencia, ya que bebía a menudo la infusión que le habían preparado mis tías con la *pedra das mareas,* pero yo, por culpa del segundo beso, avanzaba mucho más lento de lo normal. Además, después de lo que habíamos hecho en la posada de Xilo, no podíamos soltarnos.

Hicimos el amor en Kala, en una casa abandonada desde la que se veía el mar, y tras bañarnos en el río Valdeazur, y también en una cueva cercana a Viloria. Lo hicimos de noche, al amanecer, sobre la nieve y frente al fuego; tantas veces que nuestros cuerpos se convirtieron en un mapa que aprendimos a recorrer con los ojos cerrados, en un idioma aprendido con las manos. Todas y cada una de las veces que nos acostamos terminé llorando de pura felicidad, con el cuerpo entero temblando. De alguna forma, y aunque sabía que no eran más que las consecuencias del placer, sentía que había encontrado la pieza que me faltaba, que por fin estaba completa, viva; y nunca me parecía suficiente.

Sabía que aquello estaba mal, y a veces, cuando me dormía entre los brazos de Silas, tenía pesadillas con Liara. En ellas, mi mejor

amiga me increpaba por lo que estaba haciendo, tal y como habría hecho en vida.

—¡Me prometiste que le destruirías! —me gritó en una de ellas, con el daceo manchado de sangre—. ¡Confié en ti, Navia!

—¡Y lo voy a hacer! —le respondí yo entre lágrimas—. ¡Ese siempre ha sido mi objetivo!

—¿Estás segura de eso?

Cuando me despertaba, arropada por el calor sureño de Silas, la culpabilidad me golpeaba con fuerza. Sin embargo, cada vez que lo tenía cerca, perdía el control de mi cuerpo. Al ver sus colores, un fuego intenso ardía en mis entrañas y lo arrasaba todo a su paso: mi cordura, mi voluntad, mis convicciones; hasta mi fe en Ikaroa parecía debilitarse. Si era la Madre quien me estaba guiando, ¿por qué me torturaba así? ¿Qué era lo que estaba intentando decirme con ese deseo insaciable hacia un enemigo?

Además, no era solo la pasión, sino la certeza de que a Silas le importaba, lo que me estaba volviendo loca. No había pasado por alto que se preocupaba por mi placer antes que por el suyo, que siempre me daba el trozo más grande de comida, el lugar más cómodo para dormir. En todo momento estaba pendiente de que, por culpa del hielo que me congelaba el pecho, no me quedara sin aire, y cuando le hablaba me escuchaba con atención. Daba igual que le diera un largo discurso sobre las criaturas de la noche, o sobre cómo coser una herida, o sobre las discusiones que tenían a diario Fai y Or; él siempre estaba ahí, atento, como si su única preocupación en el mundo fuera entenderme.

—Navia —me susurró una noche, abrazados junto al fuego—. Sé que he hecho cosas horribles, pero hay otras de las que no soy culpable. Yo no… no fui quien ordenó que mataran a tu familia.

Aunque me había pasado la vida entera culpándolo a él, hacía tiempo que había aceptado que él no había asesinado ni a mis padres ni a mis hermanas. Sin embargo, eso abría nuevas incógnitas: ¿quién lo había hecho? ¿Y por qué?

—Lo sé —respondí—. Simplemente, lo sé.

—Eres la primera persona que me importa de verdad en mucho tiempo, y no quiero que me veas como un monstruo.

La extraña conexión que nos unía desde el principio se había intensificado durante el viaje, y quizá por eso, llegar a Zawa me provocó una desagradable mezcla de sentimientos: tristeza, emoción, vértigo, miedo. Aún no sabía qué iba a encontrarme, si podría averiguar cómo liberar a los dioses del norte.

Si no lo conseguía, si Idriel realmente no me respondía, mi pueblo estaría condenado; si lo hacía, Ikaroa destruiría a Silas. Hasta ese momento había preferido no pensar demasiado en ello, pero cuando redujimos el ritmo al que avanzaban nuestros caballos, las dudas escaparon de sus jaulas y se me clavaron en el pecho.

Estaba atardeciendo cuando el templo de Zawa apareció ante nuestros ojos. El edificio, o más bien lo que quedaba de él, se encontraba al borde de unos acantilados, coronando la inmensidad del océano. Hacía más de cien ciclos de oscuridad que aquel lugar había sido una de las joyas de Rieva, un lugar construido para rendirle pleitesía a la diosa de las estrellas; la furia de Ikaroa, sin embargo, lo había convertido en ruinas. Lo único que quedaba de él, de la vida que había palpitado entre sus paredes, era la tristeza del mármol roto y las columnas caídas.

Quizá por eso, Silas y yo nos bajamos de los caballos y nos acercamos con el respeto de quien se aproxima a un cementerio. El olor a mar era tan intenso como el sonido de las olas, como la humedad que se nos metía en los huesos. Desde que habíamos abandonado Viloria no había vuelto a nevar, pero el aire que precedía a la noche era frío, cruel, y ambos nos encogimos bajo nuestros abrigos.

—Toma —me dijo Silas, colocándome sobre los hombros una de las mantas que llevábamos en las alforjas—. Se avecina una tormenta, y el aire viene congelado.

—Gracias —le susurré.

—No tienes que dármelas, luz de luna. Lo único que me importa es que estés bien.

Alcé la cabeza para mirarle y, al encontrarme con sus ojos, una dolorosa certeza me golpeó en el estómago. Si todo salía bien, aquella iba a ser la última vez que le vería. Ni Ikaroa ni su panteón de lunas dejarían con vida al recipiente de Hashkin, al hombre que había atormentado el norte, y yo tendría que despedirme de él.

Eso era lo que había querido desde el principio, ¿no? Que el rey de Ilta pagara por sus crímenes. Entonces, ¿por qué tenía ganas de llorar? ¿Por qué me dolía pensar que no volveríamos a abrazarnos, que no volveríamos a hacer el amor?

«Porque me importa —pensé—. Por mucho que haya intentado negarlo, él también me importa».

Nos adentramos entre las ruinas, y mientras avanzábamos, me di cuenta de que reconocía el lugar. El paisaje, los restos de las vidrieras rotos en el suelo, las salas que aún se intuían tras las paredes derruidas… Lo había visto todo en las extrañas visiones que me habían estado atormentando, entregándome unos recuerdos que no me pertenecían, y de alguna forma sentía que había vuelto a un lugar conocido, un lugar que me recibía con los brazos abiertos. Si cerraba los ojos, hasta podía sentir la nostalgia de una vida que no me pertenecía.

—Qué extraño —musité.

—¿El qué? —me preguntó Silas, que caminaba a mi espalda.

—Lo que estoy sintiendo.

Estiré el brazo y toqué una de las paredes, perdiendo los dedos en los grabados de las paredes. Los surcos de la piedra formaban una constelación, un conjunto de estrellas cuyo nombre, aunque no había estudiado el cielo jamás, resonaba en mi mente.

«La corona de Arelia —me dije a mí misma—. ¿Dónde he aprendido eso?».

Continué avanzando, y Silas me observó en silencio. Había algo dentro de mí que me empujaba a avanzar en una dirección concreta, como si una extraña fuerza invisible estuviera guiando mis pasos. Podía imaginarme cómo había sido el templo de Zawa hacía ciento quince ciclos de oscuridad, su belleza, su unión con el mar; podía

escuchar las risas de las sacerdotisas, sus voces a coro en las ofrendas de la madrugada, sentir la tela del daceo sobre el rostro.

«Yo, sacerdotisa de la noche, juro servir a la diosa Ikaroa hasta el final de mis días».

Continué acariciando los restos de mármol con los dedos, recorriendo las ruinas, y cuando llegué a una sala inmensa en la que aún quedaban un par de columnas en pie, una sala de altas paredes y suelos con mosaicos llenos de constelaciones, me detuve. Aquella sala no tenía techo, pero no porque este se hubiera desprendido, sino porque había sido construida así para poder ver las estrellas. No me hizo falta preguntarme por qué.

—El oráculo —susurré.

En el centro de la estancia se encontraba el augar; el pozo sagrado a través del que las voces del templo se habían comunicado con los dioses. Todos ellos estaban representados con bellas estatuas de mármol que se alzaban a ambos lados de la sala, vigilando con sus ojos inmortales a quienes se atrevieran a poner un pie en aquel lugar divino. Las de Ikaroa, Tanon, Ninfe y Mekros estaban intactas; la de Idriel, por el contrario, había sido destruida. Y no me sorprendió. Évolet era su hija y, probablemente, la diosa de las estrellas también había sufrido la ira de Ikaroa.

—Toma —me dijo Silas, entregándome la hoja del diario en la que Évolet había escrito el canto a Idriel.

La cogí y la observé sin decir nada. Las dudas me ardían en el estómago, y también el miedo, y la culpabilidad, y unos nervios punzantes que se me clavaban como dagas. A pesar de todo, Silas confiaba en mí; y yo estaba a punto de traicionarle.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —me preguntó.

—Sí —musité—. No sé cómo, pero lo sé.

Cogí aire y, con decisión, crucé el oráculo para llegar hasta el augar.

El pozo sagrado estaba lleno de agua, probablemente lluvia o nieve derretida. Aunque no era profundo, la oscuridad de su fondo me hizo estremecer. El corazón me latía muy rápido, haciendo que

las formas de hielo de la maldición se me clavaran en el pecho, más congeladas que nunca.

Apreté la hoja del canto con mucha fuerza y, antes de leerlo, me di la vuelta para mirar a Silas una última vez. Sus ojos naranjas estaban clavados en los míos, y un nudo de remordimientos me atascó la garganta.

Pero no, no podía dar un paso atrás, no cuando había llegado tan lejos.

«Lo siento —pensé—. Lo siento muchísimo».

Volví a girarme hacia el augar y, tras cerrar los ojos un instante, comencé a leer. El texto estaba escrito en la lengua mortal, pero no me costó traducirlo al idioma de los dioses, haciendo que las palabras se hicieran sagradas al salir de entre mis labios:

—*Nai que iluminas os Ceos, invócote dende a escuridade.*

Sentí una sacudida bajo mis pies, pero no me detuve. Las manos me temblaban ligeramente, y tuve que hacer un esfuerzo por mantener la voz firme y clara.

—*Escoita a miña voz as constelacións, acende o meu nome no teu firmamento.*

Mi piel comenzó a brillar, a pesar de que aún no había salido la luna, y sentí el poder de la noche calentándome por dentro. Solo me faltaba una parte del canto, la que estaba en mi parte del diario, así que dejé de leer la hoja que me había entregado Silas y, de memoria, dije:

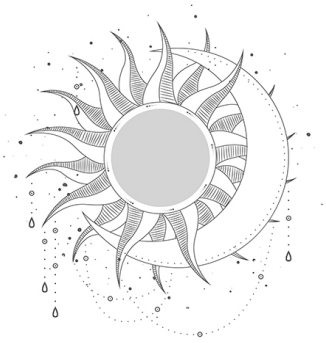
—*Vén, Nai, que o meu latexar espreite o teu.*

El augar emitió una luz cegadora que me obligó a entornar los ojos, una luz que resplandecía con la intensidad de una estrella, y yo terminé:

—… *e que túa alma lembre por sempre, que unha vez descín de ti*.

Entonces, todo se volvió negro.

Y empezaron las visiones.



39

Todo lo que veía estaba a color. Los tonos que percibían mis ojos eran tan intensos, tan cegadores, que me sentía abrumada por ellos. ¿Así de hermoso era el mundo en realidad? La arena de la playa bajo mis pies, la calidez del amanecer, su reflejo en el infinito del mar. El paisaje vibraba con mucha fuerza a mi alrededor y me hacía sentir más viva que nunca.

Me miré las manos para admirar, por primera vez en mi vida, el color de mi piel; pero mis contornos estaban difuminados, como si en realidad no estuviera allí. En aquel recuerdo yo no era más que una intrusa, una espectadora.

—¡Aiden! —exclamó una mujer justo a mi lado.

Me sobresalté y me di la vuelta para mirarla.

La playa en la que nos encontrábamos estaba a los pies de unos altos acantilados. Las olas parecían enfurecidas; ella, que esperaba en la entrada de una pequeña cueva, nerviosa. Iba vestida como una sacerdotisa, pero se había retirado el daceo del rostro. Tenía el pelo ondulado, del mismo tono cálido que sus ojos. ¿Cómo se llamaba ese color? No lo sabía, pero en realidad tampoco me importaba. Estaba hipnotizada, perdida en la familiaridad de los rasgos de ella.

—¡Évolet! —exclamó una voz masculina desde dentro de la cueva—. ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

El hombre salió de la cueva y, al verle, me quedé sin respiración. Era guapo, mucho, pero no fue eso lo que hizo que se detuviera mi corazón. Su pelo era oscuro, los ojos de un amable tono mortal, y su rostro estaba cubierto por una espesa barba. Sin embargo, a pesar de que no había visto a Aiden en mi vida, reconocí su rostro al instante. Se parecía… se parecía demasiado a Silas.

¿Cómo era posible? ¿Tenía algún tipo de relación con él, un parentesco del que no sabía nada? No, no podían ser solo parientes. Eran exactamente iguales, como dos gotas de agua.

Estaba confusa, incapaz de apartar la mirada del rostro de Aiden. Sabía que Silas tenía más edad de la que aparentaba; que, a pesar de no parecer mucho mayor que yo, llevaba treinta ciclos siendo rey. ¿Y si…? No, no podía ser verdad. ¿O sí?

Porque, de pronto, todo encajaba.

A pesar de que Silas había aparecido de la nada, Hashkin lo había elegido como recipiente y rey. Además, no tenía familia, y en sus ojos se escondía un dolor antiguo y desgarrador que solo podía tener una explicación. «Que la mataron, y a mí me arrebataron lo único que me ha importado alguna vez».

Las evidencias habían estado ahí desde el principio, pero no había sido capaz de verlas. Y, al darme cuenta, me mareé.

Silas era Aiden, el sureño que nos había maldecido a todos.

Y Évolet era su amor perdido.

—Tenemos que marcharnos cuanto antes —le dijo ella—. Nos han descubierto.

—¿Quién nos ha descubierto? —le preguntó, sorprendido—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

—No lo sé, pero Ikaroa me está buscando. Está tan furiosa que ha destruido el templo, así que no tardará en encontrarnos.

Silas, o Aiden, abrazó a Évolet con mucha fuerza y no la dejó terminar. Ella le rodeó la cintura con sus brazos y comenzó a llorar contra su pecho. Yo los observé con los ojos muy abiertos, intentando asimilar la sorpresa, los celos irracionales que de pronto sentía hacia Évolet.

—Vamos a marcharnos —le dijo Aiden tras depositar un suave beso sobre su pelo—. Nos iremos lejos de aquí, e Ikaroa no nos encontrará.

—Lo hará —le aseguró ella—. Claro que lo hará.

Aiden cogió la cara de Évolet y la observó desde su altura. Si hubiera podido describir el amor, lo habría hecho hablando de la forma en la que se estaban mirando en ese instante: la intensidad, la adoración, la intimidad.

—Entonces me enfrentaré a ella e impediré que te separe de mi lado —respondió él—. Te dije que lo haría, Évolet. Y si nos separan…

—… recorrerás el mundo entero y arderás en cada una de las estrellas hasta dar conmigo —terminó ella.

—Eso es. No lo olvides nunca, mi amor. Te amo, te amo más que a mi propia vida, y ningún dios me va a apartar de tu lado.

Aiden la besó, y no pude evitar sentir envidia de que no estuvieran malditos, de que pudieran unir sus labios sin miedo a que su pecho se congelara.

Sin embargo, su amor venía acompañado de algo mucho mucho peor.

Una fuerza invisible los separó, lanzándolos muy lejos el uno del otro. Évolet rodó sobre la arena, y Aiden cayó de rodillas, con el rostro contraído en un gesto de dolor.

—Traidora —gruñó una voz a mi espalda—. Maldita y desagradecida traidora.

Me di la vuelta, repentinamente asustada, para ver cómo una mujer de mediana edad avanzaba hacia nosotros. A pesar de que parecía humana, de que también iba vestida como una sacerdotisa, sus ojos eran completamente negros, aterradores; los mismos ojos que le había visto a Silas cuando Hashkin se había hecho con el control de su cuerpo.

No me hizo falta saber mucho más para entender que se trataba de Ikaroa, que estaba usando como recipiente el cuerpo de una de las lúares de Zawa.

—No le hagas daño —le suplicó Aiden—. Ella no tiene la culp…

Ikaroa levantó la mano y un latigazo invisible le golpeó el rostro, abriéndole una herida en la comisura izquierda del labio. La sangre y el dolor le obligaron a guardar el silencio.

—No hables en mi presencia, siervo de Hashkin —le ordenó la diosa—. No tienes derecho a hacerlo.

—Madre —le dijo Évolet, que había conseguido ponerse en pie—. Deja que te explique…

—¡Yo no soy tu madre! —exclamó esta—. Eres una traidora, Évolet, un engendro que no merece tener la sangre de los dioses en sus venas. Nunca deberías haber nacido.

Évolet intentó replicar, pero Ikaroa levantó la mano hacia ella y la dejó sin aire. Aiden gritó y, sin pensarlo, se sacó del bolsillo un pequeño cuchillo y se abalanzó sobre la diosa. Antes de que Ikaroa pudiera reaccionar, la empujó sobre la arena y le rajó la cara con el filo. Observé, con el corazón encogido, cómo ambos forcejeaban, manchándose las manos con la sangre de Ikaroa.

—¡Estúpido! —exclamó esta—. ¡No eres más que un maldito y estúpido sureño!

La diosa apretó los dientes y, con un gruñido animal, lanzó a Aiden lejos de ella y lo inmovilizó con un gesto. Él intentó deshacerse de su magia, pero le fue imposible luchar contra el poder divino y sagrado de la Madre.

Mientras ambos se enfrentaban, Évolet intentó aferrarse la vida. Se había llevado las manos al pecho y daba profundas bocanadas de aire, desesperada por respirar. Sin embargo, no podía hacerlo.

—¡Évolet! —gritó Aiden, haciendo que su dolor compitiera en fuerza con el sonido de las olas del mar—. ¡Aguanta!

Pero Ikaroa giró la mano con la que estaba torturando a Évolet, y esta se desplomó sin vida sobre la arena. La había matado. Ikaroa la había matado. No pude evitar que la garganta se me llenara de unas incómodas y ardientes espinas, que mi alma de curandera se sintiera culpable por no haber podido ayudarla.

—¡No! —lloró Aiden, o Silas, su voz empapada de dolor—. ¡Évolet, no!

Ikaroa observó el cuerpo inerte de Évolet y, después, se acercó hasta Aiden. Él continuaba lamentando la muerte de su amada, frustrado por no poder moverse, por no poder sostenerla entre sus brazos una última vez. Las lágrimas le empapaban el rostro, y su dolor, el dolor desesperado de Silas, se me clavó tan dentro que no pude evitar ponerme a llorar también.

—Mira lo que has hecho —le dijo la diosa—. Mira lo que me has obligado a hacer. ¿No te das asco a ti mismo?

—¡Mátame! —le gritó Aiden—. ¡Por favor! ¡Mátame a mí también y déjame ir con ella!

Ikaroa se arrodilló ante él y le agarró la cara con fuerza, obligándole a mirarla. Los ojos negros de la diosa estaban llenos de odio, de asco, de rabia.

—Podría hacerlo —le respondió—. Soy la diosa de la muerte, así que podría acabar con tu sufrimiento. —Le acarició la cara con cariño, como si estuviera calmando a un perro, y después le clavó los dedos en la piel—. Sin embargo, no voy a hacerlo, porque entonces no aprenderías la lección. Lo que quiero, siervo de Hashkin, es arrebatarte el placer de la muerte. Quiero que vivas eternamente, que lamentes tu existencia. Quiero que sufras, que tu eternidad se convierta en un infierno no solo porque mataste a la mujer que amabas, sino porque condenaste a la humanidad a vivir maldita. Vas a ser inmortal y nunca, jamás, podrás reunirte con Évolet.

—¡No! —suplicó él—. ¡Por favor, no!

Ikaroa sonrió, sin soltar la cara de Aiden, y todo se volvió negro para mí.



Cuando abrí los ojos, el escenario había cambiado. Esta vez estaba en mitad del bosque, en mitad de la noche. La nieve cubría el suelo,

las ramas de los árboles, y solo los búhos más valientes rompían el frío silencio con sus llamadas de advertencia.

La luna llena lo iluminaba todo con su plata, y me permitió ver que, a mis pies, había una cesta de mimbre. En ella, escondido entre mantas, dormía un bebé. Alguien lo había dejado allí, bajo un árbol, a la espera de que alguien lo encontrara.

Me agaché para mirarlo y descubrí enseguida que el bebé era yo misma. Su piel brillaba con intensidad bajo la luz de luna, tan fuerte como si estuviera hecha de diamantes. Además, cuando alzó la vista hacia mí, pude ver las motas plateadas que decoraban mis ojos.

—Hola —le dije.

El bebé comenzó a llorar, emitiendo un llanto tan fuerte que ensordeció a los animales que nos acechaban, y yo me estremecí. Sabía que no corría peligro, que llegaba a la edad adulta sana y salva, pero no pude evitar preocuparme por si aparecía una manada de lobos, o incluso algo peor.

Sin embargo, quienes llegaron en ese momento fueron mis tías.

—Lo he escuchado por aquí —dijo Uxa.

—¿Estás segura? —le respondió Fai.

—Claro que estoy segura.

Cuando Bibas, Fai, Or y Uxa aparecieron entre los árboles, la emoción se me anudó en la garganta. A pesar de que ellas no me veían, de que no era más que un recuerdo del pasado, sentí una extraña calidez en el pecho. Los últimos veintidós ciclos no parecían haber pasado para mis tías, porque ni sus rostros ni sus cuerpos habían cambiado.

—Por los dioses —musitó Or, deteniéndose al ver la cesta.

Bibas fue la primera en acercarse. En cuanto apartó la manta y me vio, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Es una niña —susurró, emocionada.

—Claro que es una niña —gruñó Fai—. Déjame verla.

Todas rodearon la cesta y me observaron en silencio. Cuando, unos instantes después, Bibas me cogió en brazos, dejé de llorar. El bosque volvió a sumirse en la calma de la noche invernal.

—Lo notáis, ¿verdad? —preguntó Or—. El poder de Idriel.

—Por eso le brilla la piel.

—Y por eso tiene los ojos llenos de estrellas.

Fruncí el ceño, extrañada, y odié no poder preguntarles de qué narices estaban hablando.

—El mensaje de la diosa ha sido muy claro —dijo Uxa—. «Cuidad y proteged a la niña. No dejéis que averigüe la verdad».

—¿Y qué le vamos a decir cuando crezca? —le respondió Or—. ¿Que alguna de nosotras es su madre biológica? Perdonad que os lo diga, pero estamos arrugadas como pasas y no se lo va a creer.

Las cuatro meigas se quedaron calladas, y yo contuve el aliento.

Mis tías me habían mentido.

Durante toda mi vida, me habían mentido.

—¿Y si le decimos que sus padres murieron en el hospital? —preguntó Bibas—. Que estaban enfermos y no pudimos salvarlos.

—¿Y cómo le explicamos que le brilla la piel cuando hay luna llena? —replicó Fai.

—Podemos decirle —propuso Uxa— que es la princesa Estela.

De nuevo silencio, un silencio tenso que en realidad contenía muchas palabras y pensamientos, uno que hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

Yo no era la princesa Estela, nunca lo había sido.

Entonces, ¿quién era?

—Eso tendría sentido —dijo Or—. Le explicaremos que ella fue la única que sobrevivió a la matanza de su familia, y que le brilla la piel porque ha heredado…, yo qué sé…

—El poder de la noche —concluyó Fai—. Le diremos que todos los miembros de la familia real tenían su piel y sus ojos. No tiene por qué sospechar que no es verdad.

—Pobres niñas —musitó Bibas, meciéndome con cariño—. No se merecían morir así. Deva y Sarela ni siquiera sabían hablar, y la princesa Estela era solo un bebé recién nacido. Ese malnacido de Silas…

—Bibas, cállate —la riñó Or—. De ahora en adelante, la princesa Estela es ese bebé que tienes entre los brazos, ¿entendido? Si no queremos que Idriel se enfade, la niña no puede saber la verdad.

El recuerdo se desvaneció y yo, con miles de dudas y preguntas dando vueltas en mi cabeza, me adentré de nuevo en las sombras.



Un nuevo recuerdo, esta vez distinto porque no reconocía el lugar en el que me encontraba. Era… ¿el cielo? A mi alrededor solo había oscuridad, miles de estrellas brillantes. Estaban sobre mi cabeza, a mis pies, en el horizonte infinito que se abría ante mis ojos. El suelo sobre el que avanzaba era líquido, poco profundo, y reflejaba las estrellas que danzaban a mi alrededor. La única figura que se encontraba junto a mí en aquella nada era una mujer. Estaba arrodillada y entre sus brazos tenía un cuerpo inerte, un cuerpo que mecía al ritmo de una suave y dulce melodía.

Por unos instantes, me dejé acunar por ella. La voz de la mujer me calentaba el pecho, como si me estuviera dando un abrazo en el corazón.

—¿Quién eres? —le pregunté, algo insegura.

Pero, al igual que en las dos visiones anteriores, yo no era más que un espectro invisible en un recuerdo que no me pertenecía.

Me acerqué hasta ella, arrastrando los pies sobre el agua. Era una mujer hermosa, la más hermosa que había visto jamás. Llevaba un vestido blanco que destellaba incluso en la oscuridad del lugar, uno cuya tela parecía bordada con el brillo plateado de la luna. Sus rasgos eran finos y delicados; su pelo, tan largo que las puntas rozaban el agua, estaba hecho de estrellas.

—Idriel —susurré, reconociendo a la diosa que tantas veces había visto hecha de mármol.

Al escuchar su nombre, alzó la cabeza y sonrió.

—Navia —me respondió.

La diosa de las estrellas tenía los ojos llenos de luz, tanto que incluso dolía mirarlos. El cuerpo que sostenía entre los brazos era el de Évolet.

—¿Me… me conoces? —le pregunté, sorprendida.

—Claro que te conozco. ¿Quién crees que te ha estado guiando todo este tiempo?

Idriel bajó la vista hacia su hija, muerta entre sus brazos, y yo la observé en silencio. Estar junto a ella era, de alguna forma, reconfortante. Había estado frente a Hashkin, y también frente a Ikaroa en el recuerdo anterior, pero ambos estaban contenidos en recipientes humanos y no había podido sentir su verdadera esencia, su luz, ese poder que mi mortalidad era incapaz de comprender.

—¿Eras tú quien me estaba guiando? —respondí.

—Era yo, Navia. ¿Quién si no iba a enviarte a un pequeño trasno para que te ayudara?

¿Gigi? ¿Estaba hablando de Gigi?

—Pero… ¿por qué?

Idriel pasó los dedos por el pelo de Évolet y después, con los ojos empapados de tristeza, la soltó. El cuerpo de la sacerdotisa innombrable se hundió en el agua que había a nuestros pies, perdiéndose entre el reflejo de las miles de estrellas que brillaban sobre nosotras. Solo cuando ya no quedó ni rastro de ella, la diosa se puso en pie y me miró.

—Porque quería advertirte —me dijo—. Tenías que saber que tu sangre es la única que puede liberar a los dioses del norte.

—¿Mi… mi sangre? —musité—. ¿Cómo?

La diosa de las estrellas estiró una mano para acariciarme la cara, y yo me dejé hacer. Su piel era suave, cálida, tan delicada como el cristal; y me trajo unos recuerdos que estaban escondidos en lo más hondo de mi mente, unos recuerdos que ni siquiera yo sabía que guardaba.

—Navia, fui yo quien apresó a Ikaroa y a su panteón de lunas —me confesó—. Hace ciento quince ciclos de oscuridad, usé todo mi

poder para encerrarlos en un lugar del que no pueden escapar. Tú eres la llave para liberarlos…, pero es muy importante que no lo hagas jamás. Eso es lo que he intentado decirte todo este tiempo.

Aquello era lo último que esperaba escuchar. ¿No quería que liberara a los dioses? ¿No eran ellos, precisamente, los únicos que podían vencer a nuestros enemigos?

—Pero…

—Si lo haces —me interrumpió—, irán a por ti y te matarán.

¿Matarme? ¿Los dioses? El estómago me dio un vuelco y pude notar el miedo subiéndome por la garganta, congelando mi cuerpo.

—¿A mí? —susurré—. ¿Por qué?

—Por lo que hiciste, por lo que hice yo —me respondió—. Cada vez que he intentado mandarte un mensaje, Ikaroa se ha interpuesto en mi camino; incluso intentó atacarte a través de ese muchacho del hospital. Puede que esté encerrada en la prisión de estrellas que hice para ella, pero está muy viva, y ansía vengarse de nosotras.

Tragué saliva, asustada y confusa. Había sido Idriel, y no Ikaroa, quien me había enviado aquellas extrañas visiones, quien había estado guiando mi camino. Lo único que había hecho la Madre, por alguna razón que aún no comprendía, era intentar detenerla.

«No deberías estar viva».

—¿Tú también estás… estás en esa prisión? —le pregunté—. Si no los libero a ellos, ¿tú también te quedarás encerrada para siempre?

—No, Navia —me respondió—. Yo… yo estaré en un lugar al que no podrás entrar jamás, al menos mientras sigas con vida.

—¿Qué quieres decir?

—Para encerrar a Ikaroa y a su panteón de lunas, para crearte a ti, usé tanto mi poder como mi vida —me explicó—. Mis últimas fuerzas las empleé en quedarme en esta nada, esperando por si necesitabas mi ayuda una última vez. En cuanto terminemos de hablar, Taika me reclamará y tendré que marcharme al Otro Lado.

Cada vez estaba más perdida, más confusa. Tenía tantas preguntas acumuladas entre los labios que no sabía por cuál empezar. Me aterraba no obtener las respuestas que necesitaba, pero también que Idriel me las diera y no me gustara la verdad.

—Entonces, ¿qué hago? —susurré—. Si no puedo liberar a los dioses, ¿cuál es mi destino? ¿Para qué… para qué me creaste?

Idriel sonrió y, tras unos instantes de silencio, me cogió las manos. Parecía incapaz de dejar de tocarme, como si temiera que, de un momento a otro, fuera a convertirme en polvo y desaparecer.

—Ser feliz, ese es tu destino —me dijo—. Tardé noventa y tres ciclos en confeccionarte un cuerpo nuevo, un cuerpo en el que pudieras vivir sin recordar quién eras. Sin embargo, no conté con lo poderoso que es el amor, con que podrías volver a encontrarte con él y ni siquiera mi magia evitaría que volvierais a enamoraros.

—¿Enamorarnos? —le pregunté, extrañada—. ¿De qué… de qué estás hablando?

—¿No te preguntaste nunca por qué podías ver los colores de Silas? ¿O por qué, a pesar de que tendrías que haberle odiado, siempre terminabas entre sus brazos? Hay sentimientos más fuertes que la muerte, sentimientos contra los que ni siquiera los dioses pueden luchar.

¿Por qué, de repente, estábamos hablando de Silas? ¿Qué tenía que ver él en todo aquello?

—Pero yo no… no estoy enamorada de Silas.

—¿Eso crees? —me respondió Idriel, esbozando una sonrisa divertida—. Navia, era inevitable que terminara pasando: el alma de ese hombre y la tuya están hechas a partir de la misma estrella. No hay una sola vida en la que no vayáis a encontraros, ni una sola en la que no estéis condenados a enamoraros. Da igual lo que hagáis o quiénes seáis, porque esa magia siempre será más fuerte que vosotros.

Las lágrimas me quemaban la garganta, aunque no entendía muy bien por qué. Mi mente quería comprender, luchar contra la niebla

que, durante toda mi vida, había empañado mis recuerdos, pero a la vez se negaba a hacerlo. Era demasiado doloroso, demasiado difícil.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté, incapaz de contener la emoción—. ¿Por qué te sacrificaste por mí?

Idriel me miró con amor y, sin decir nada, colocó su mano derecha sobre mi corazón. De pronto sentí un calor reconfortante en el pecho, un relámpago tan poderoso que incluso dejé de notar el frío de la maldición de Ikaroa.

—Porque eres mi hija, claro —me respondió—. Y una madre siempre daría la vida por su hija.

Los ojos de la diosa de las estrellas emitieron un destello, y mi cabeza se llenó de voces, de imágenes, de colores y sensaciones. Todas ocurrían a la vez, y yo me quedé sin aliento.

—Voy a devolverte tus recuerdos —me susurró Idriel—. Ya no tiene sentido seguir ocultándote la verdad.

—¿Y qué pasará entonces? —le pregunté, repentinamente nerviosa—. ¿Podré… podré volver a hablar contigo?

—No, no podrás.

Por alguna razón, la idea de no volver a ver a Idriel me resultaba dolorosa. No era solo por el hecho de que estar cerca de ella me proporcionara una inexplicable sensación de paz, y tampoco que no pudiera dejar de admirar su belleza, era… algo más. De alguna forma sentía que tenía que estar junto a ella; que, si desaparecía, siempre me faltaría algo.

—Pero aún tengo muchas preguntas —le dije con la voz rota.

—Eres poderosa, Navia, mucho más de lo que crees. La magia de las estrellas corre por tus venas, y solo tienes que aprender a usarla.

Una lágrima comenzó a descender por su mejilla y, sin poder evitarlo, comencé a llorar junto a ella. Su dolor era mi dolor; su sufrimiento, mi sufrimiento.

—No olvides lo mucho que te quiero —se despidió.

Y, sin poder responder, perdí el conocimiento y me desplomé.



Cuando me desperté, la boca me sabía a sal. Escuchaba el lejano sonido de las olas del mar y me dolía mucho la cabeza, como si me hubieran dado un golpe. La luna llena brillaba en lo alto del cielo y mi piel destellaba con fuerza, iluminando las ruinas del templo de Zawa que me rodeaban. ¿Por qué había perdido el conocimiento? ¿Qué había pasado?

Me incorporé y parpadeé un par de veces, confusa. Algo había cambiado porque, por primera vez en mi vida, lo veía todo a color. Mi piel, el mármol de las columnas, los mosaicos del suelo; las estrellas. Además, y eso fue lo que más me sorprendió, podía identificar sus nombres. Sabía cuál era el rojo, el verde, el azul. Casi parecía que alguien había colocado en mi mente la pieza que faltaba, haciendo que, después de tanto tiempo, el rompecabezas estuviera completo.

Aunque estaba algo mareada, hice un esfuerzo por ponerme en pie. Silas estaba a unos pasos de mí, de rodillas y con la vista fija en el suelo. Tenía los ojos muy abiertos y respiraba con dificultad. No parecía enfermo, sino… nervioso.

Di un paso hacia él, preocupada, pero algo me hizo detenerme: una descarga, un recuerdo que se me clavó en el pecho. Un nombre.

Aiden.

—Por los dioses —musité.

Al escucharme, Silas alzó la cabeza y clavó sus ojos en los míos; esos ojos que ahora eran naranjas, pero que, en otra vida, fueron verdes.

—Lo he visto —me dijo, con la voz rota—. Lo he visto todo.

Los recuerdos se agolparon en mi mente, tan crudos y dolorosos como solo puede serlo la verdad. El templo de Zawa, los cánticos de las sacerdotisas, ilusiones muertas bajo el mandato de los dioses;

besos, promesas, escapadas furtivas. Todas las imágenes que me habían atormentado estaban empezando a cobrar sentido.

—Aiden —susurré, con los latidos acelerados—. No… no puede ser.

Nos miramos, intentando descubrir si se trataba de un sueño o de la realidad… y terminé corriendo hasta él para abrazarlo con fuerza. Los dos caímos al suelo con los cuerpos entrelazados, los corazones latiendo al unísono.

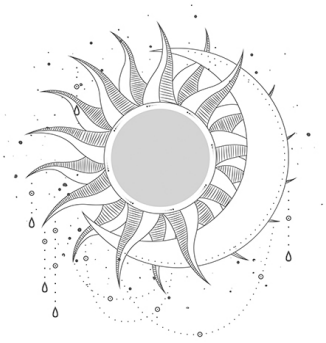
—¿Estoy muerto? —me preguntó, apretándome contra su cuerpo—. Dime que estoy muerto por fin.

—No, mi amor, estás vivo. Los dos lo estamos.

Acabábamos de vernos, sí, pero también hacía más de cien ciclos que nos habían obligado a separarnos.

Porque Silas era en realidad Aiden.

Y yo, ahora lo sabía, era Évolet.



40

No sé cuánto tiempo pasamos abrazados, de rodillas sobre la nieve. Lo único que me importaba en realidad era que el corazón de Silas, que también era el de Aiden, latía contra mi pecho; que el olor que desprendía era el de mi hogar, y siempre lo había sido.

La noche había caído sobre nosotros, y aunque la luna llena coronaba el cielo, unas espesas nubes oscuras ocultaban su luz. A pesar de ello, mi cuerpo notaba su influencia, porque mi piel brillaba como si estuviera hecha de diamantes. Sentía el poder de la noche en los dedos, y ahora que sabía que no era el de Ikaroa, sino el de mi madre, su cosquilleo me provocaba un cálido sentimiento de familiaridad.

«La magia de las estrellas corre por tus venas, y solo tienes que aprender a usarla».

—Mi amor —susurró Silas, apretándome con fuerza contra su cuerpo—. Lo siento. Lo siento tanto…

—¿Por qué? —le pregunté.

—Por todo lo que he hecho. Yo no… no soy el mismo hombre que conociste, el mismo del que te enamoraste. Ya no soy Aiden.

Un trueno estalló en el cielo y yo me separé de él. Sus ojos habían cambiado, y también su pelo, pero la forma de su rostro era

la misma, y su voz, y ese cuerpo que en otra vida había recorrido con mis besos.

—Claro que lo eres.

Le cogí las manos y le observé en silencio. Los recuerdos de Évolet habían ocupado su lugar en mi mente, y se mezclaban con los de Navia. Era una sensación extraña tener dos identidades dentro, responder a dos nombres distintos, saber que para el mundo habían pasado cien ciclos que yo me había perdido.

Recordaba haber escrito el diario cada noche en mi habitación siendo Évolet, y también pasar los días curando enfermos en el hospital siendo Navia. Recordaba besar a Aiden sin miedo antes de la maldición, y también el dolor de hacerlo después, cuando era Silas. Recordaba no conocer a mis tías, ni a Liara ni a Rosten; y también que fueran las personas más importantes de mi vida. Recordaba los colores, y poco a poco las preguntas que durante tanto tiempo habían dado vueltas en mi cabeza encontraron su respuesta.

Yo no era la princesa Estela, nunca lo había sido; esa era la identidad que me habían dado mis tías para que nadie, ni siquiera yo, averiguara que era la hija de Idriel. Era ella quien me había hecho volver de la muerte, quien había creado un cuerpo nuevo para mí; la razón de que mis ojos, mi sangre y mi piel parecieran estar hechos de polvo de estrellas, y también de que sintiera una conexión tan fuerte con las criaturas de la noche.

—Navia, no… no lo sabes todo —me dijo Silas—. Yo… Joder, qué estúpido soy.

—¿Qué ocurre? —le pregunté con un hilo de voz—. ¿Qué es lo que no sé?

Otro trueno; uno que iluminó las ruinas de Zawa y me hizo estremecer.

—Te lloré durante días —me respondió—. Abracé tu cuerpo y me negué a soltarlo. Te canté una nana y fingí que estabas dormida, ¿sabes? Cuando acepté que no, que no ibas a volver, intenté… intenté quitarme la vida por primera vez. Me rajé la garganta, pero

lo único que conseguí fue morir durante unos instantes. La maldición de Ikaroa me condenó a volver a la vida una y otra vez.

La cicatriz que le atravesaba el cuello, las marcas de sus brazos, la nana que tantas veces había escuchado en mi mente, y que había pensado que cantaba mi padre.

> «Y, cuando despiertes, ahí estaré yo,
> queriéndote siempre, como la luna quiso al sol».

Al pensar en todo el sufrimiento con el que cargaba Silas, el pecho se me llenó de espinas. A él, Ikaroa le había maldecido dos veces: quitándole los besos, y quitándole el descanso de la muerte.

—Te enterré —continuó—, y aunque solo tú dejaste de respirar, los dos morimos ese día. Yo no… no volví a ser el mismo. Lo único que sentía era rabia, y dolor, y ansias de venganza. Me habían quitado a la persona que más había amado en toda mi vida, y también la posibilidad de reunirme con ella, así que el odio me consumió.

—Silas…

—Pasé más de cien ciclos como un vagabundo sin identidad cuyo único deseo era morir. Lo intenté de las formas más dolorosas posibles, desde tomando venenos hasta saltando al vacío y, a pesar de que durante unos instantes me sumía en la oscuridad, siempre volvía a la vida. Entonces… entonces Hashkin me encontró. Había estado más de ochenta veranos buscándome.

La voz se le quebró, probablemente porque se arrepentía de lo que había hecho, y yo le apreté las manos para darle fuerzas.

—¿Qué fue lo que te dijo? —le pregunté.

—Sabía lo que les había ocurrido a Ikaroa y a su panteón de lunas, y también que era inmortal, así que me ofreció hacer un pacto: si encontraba tu diario y lo destruía, si me aseguraba de que los dioses del norte jamás salían de su prisión, él me daría el poder para conquistar el norte y vengar tu muerte.

Un nuevo trueno rompió el cielo, y vino seguido por la explosión de luz de un rayo. Aun así, ni Silas ni yo nos movimos. Las lágrimas amenazaban sus ojos, que parecían llenos de estrellas porque reflejaban el brillo de mi piel.

—Fue el dolor el que me empujó a aceptar —me explicó—. Me convertí en el recipiente de Hashkin, y solo le puse una condición: que, cuando cumpliera sus objetivos y abandonara mi cuerpo, se llevara mis recuerdos. Si me esperaba una vida de soledad, una eternidad de sufrimiento, quería… quería olvidarte para siempre.

Con otro estallido, la tormenta descargó toda su rabia. El cielo lloró sobre nosotros, mojando las ruinas del templo de Zawa, pero Silas y yo nos quedamos quietos, como si ni siquiera lo hubiéramos notado. Daba igual que nos hubiéramos reencontrado, que ni siquiera la muerte hubiera podido separarnos, porque si Hashkin abandonaba el cuerpo de Silas, él me olvidaría.

Sería como si nunca nos hubiéramos conocido; como si no nos hubiéramos enamorado.

—Nos aseguraremos de que Hashkin nunca se marche —le dije—. No tienes por qué mor…

—Navia, no lo entiendes. —Me soltó las manos, y un frío afilado me atravesó el corazón—. No hay nada que desee más que estar contigo, pero no me lo merezco. Soy… soy un monstruo. He torturado y matado a mucha gente, he… he hecho cosas horribles. Mereces estar con alguien mejor, alguien que no se hubiera rendido. Mereces una vida en la que…

—¿Crees que yo no habría hecho lo mismo que tú? —repliqué, alzando la voz por encima de la lluvia—. ¿Crees que el sufrimiento de haberte perdido no me habría vuelto loca?

Silas esbozó una sonrisa triste, una sonrisa que se me clavó dentro como una daga, y respondió:

—Claro que no lo habrías hecho. Tú nunca, ni siquiera en el peor momento, habrías perdido tu humanidad.

En el fondo, aunque me dolía reconocerlo, sabía que tenía razón. Los recuerdos de Évolet me empujaban a lanzarme a sus brazos, a

perdonar todos sus crímenes, pero los de Navia… los de Navia dolían como puñaladas. Liara y las sacerdotisas, los sirvientes del palacio, los miles de norteños que habían muerto bajo su mando; quizá él no fuera el asesino de la familia real, pero había acabado con demasiadas vidas inocentes.

¿Podía perdonarle?

¿Podía amar también al monstruo en el que se había convertido?

Me quedé callada, intentando encontrar respuestas en sus ojos, pero justo en ese momento, llegó el dolor.

Una flecha me atravesó el hombro izquierdo, y yo grité. Todo a mi alrededor se volvió rojo y mi cuerpo entero se contrajo.

—¡Navia!

Otra flecha surcó el aire y, esta vez, impactó en el brazo derecho de Silas. Él gruñó de dolor, y yo empecé a sentir un extraño cosquilleo en el hombro, un cosquilleo ardiente que no tardó en extenderse.

Apreté los dientes y me miré la herida. Mezclada con la sangre había una sustancia espesa y blanquecina que burbujeaba como si estuviera hirviendo. Sabía lo que era, lo sabía perfectamente.

Hanax, el veneno caníbal.

—¡Silas! —grité—. ¡Arráncate la flecha! ¡Ya!

Sin pensarlo, tiré de la mía y me la saqué del hombro, desgarrándome la carne. Él hizo lo mismo. A juzgar por el sangrado, ninguna de las dos había perforado una arteria importante; sin embargo, el hanax actuaba rápido. Si no nos tomábamos el antídoto cuanto antes, nos llegaría al corazón.

—Así que en realidad eres Évolet —dijo una voz a mi espalda—. Eso lo explica todo.

Giré la cabeza, y no me sorprendió encontrar a Hiel frente a mí. Iba vestido con un grueso abrigo de pelo negro empapado por la lluvia, y sus pendientes destellaban con el brillo de mi piel. Seis soldados sureños le acompañaban y, aunque dos de ellos protegían la luz de las antorchas que les iluminaban el camino, los otros cuatro

iban armados con arcos. Sus flechas envenenadas nos apuntaban directamente al pecho.

—¡Bajad las armas! —les ordenó Silas, poniéndose en pie—. ¡Os lo ordena vuestro rey!

Pero los soldados no le obedecieron. Tal y como había estado temiendo, habían dejado de confiar en él.

—¿Hiel? —dijo, esta vez mirando al consejero—. ¿Qué significa esto?

—Creo que ha llegado el momento de poner fin a su sufrimiento, majestad. La corona de Ilta le pesa demasiado.

Me tapé la herida del hombro con una mano, presionando para que dejara de sangrar, y me levanté también.

—No —solté, dando un paso hacia delante para proteger a Silas—. No voy a… no voy a permitir que le hagáis daño.

—Vaya —musitó el brujo—. Vas a obligarme a mostrar todas mis armas antes de tiempo.

Chasqueó los dedos y los soldados se apartaron, dejando que viéramos a las dos figuras que había tras ellos. Una de ellas era Minnana, pero mis ojos se fueron directos a la otra.

—¿Rosten? —pregunté con un hilo de voz.

La luz de un rayo iluminó el templo, y yo me quedé sin respiración. Rosten estaba serio, con el rostro congelado en un rictus de indiferencia. Uno de sus ojos tenía el mismo aterrador color blanco que los del Hiel; el otro, sin embargo, era de color negro.

Estaba hechizado.

Hiel le había hechizado.

—¿Qué le habéis hecho? —pregunté—. ¡¿Qué le habéis hecho?!

Apreté los puños, haciendo que el poder de la noche se concentrara en mis dedos, pero entonces escuché la risa de Minnana. La miré a través de la lluvia, furiosa, y los recuerdos de mi vida como Évolet me asaltaron. Las bromas, los abrazos, las noches en vela compartiendo nuestros sueños y anhelos.

Al darme cuenta de que la mujer que estaba frente a mí en realidad no se llamaba Minnana, mis fuerzas flaquearon. Quizá había

llegado a ser suma sacerdotisa, y también la reina regente de Rieva, pero antes había tenido otro nombre, otra identidad. Y la recordaba a la perfección.

—Dany —musité.

Ella sonrió, y a mí me temblaron las piernas. Al igual que Silas, Danessa había cambiado. Aunque no había envejecido ni un solo día, parecía mayor, más segura. Sus ojos seguían siendo del mismo azul violáceo, pero tenían un brillo de resentimiento que no recordaba en los de mi amiga. Era ella, no tenía ninguna duda, pero a la vez era una persona completamente distinta.

—Évolet —me respondió—. La dulce e inocente Évolet, claro. ¿Cómo no me he dado cuenta antes de que eras tú? Siempre eres tú.

De pronto me olvidé de Silas, de Rosten y de todo lo que me había llevado hasta allí, porque Danessa estaba viva. ¿Cómo era posible? Aiden había sobrevivido gracias a Hashkin, pero ¿cómo lo había hecho Danessa?

Quería alegrarme, incluso lanzarme a sus brazos y abrazarla, pero verla allí junto a Hiel, junto a los soldados que amenazaban nuestra vida, me obligó a ser precavida.

—¿Cómo…?

—Navia —me dijo Silas, colocándose a mi lado—. ¡Fue ella quien se lo contó todo a Ikaroa!

Me quedé paralizada, intentando asimilar sus palabras. ¿Había sido Danessa, mi Dany, quien me había delatado? No, no podía ser cierto. Me negaba a creerlo.

—¿Cómo… cómo lo sabes? —le pregunté.

—Llegué a esa conclusión hace tiempo —me respondió—. Alguien tuvo que contárselo a los dioses, y ella era la única que lo sabía. Llevo mucho tiempo buscándola, muchos ciclos deseando que pague por lo que hizo. Cuando descubrí que Ikaroa la había premiado convirtiéndola en suma sacerdotisa, y que después de eso llegó a reina regente…

—Me encerraste y me torturaste —le interrumpió ella—. Sí, todos sabemos que no tienes control, Aiden. ¿O debería llamarte Silas? En realidad da igual, porque ni con un nombre ni con otro has conseguido atraparme.

La sonrisa de Minnana se ensanchó, y algo dentro de mí se hizo pedazos.

—¿Por qué? —le pregunté, esforzándome para no llorar frente a ella—. ¿Por qué lo hiciste?

—Te enamoraste de un sureño, Évolet. ¿De verdad pensabas que no diría nada?

De pronto sentí que me faltaba el aire, que el dolor del hombro no era nada comparado con el que sentía en el corazón.

—Confiaba… confiaba en ti —le dije—. ¡¿Cómo pudiste hacerme algo así?!

—Évolet, lo único que hice fue salvarnos a todos de tu incompetencia —me respondió—. Ser hija de Idriel siempre te colmó de privilegios, y me cansé de que todos te vieran como la sacerdotisa perfecta. ¡Eras orgullosa e irresponsable, una niña inmadura a la que nunca le faltó nada! ¡Nunca hacías caso a nadie y ni siquiera te esforzabas por llegar a tiempo a las ofrendas! Sabes tan bien como yo que no te merecías ser suma sacerdotisa.

Sus palabras me dolieron como dardos, no solo porque acababa de descubrir cómo me veía Danessa en realidad, sino porque, en el fondo, me hicieron dudar. Nunca había querido ser suma sacerdotisa y, aun así, todos me habían allanado el camino para que lo fuera, desde mis padres hasta los dioses. ¿Y si eso había hecho que me comportara como una niña consentida? ¿Y si… y si Danessa tenía razón?

Me notaba muy débil, y estaba empezando a marearme. Me apreté el hombro con más fuerza, intentando contener la hemorragia. La sangre me manchaba la ropa y había empezado a gotear sobre el suelo, formando un charco a mis pies. El ardor del hanax se había extendido por todo mi brazo, y ya casi no lo sentía.

Estábamos rodeados de enemigos, empapados hasta los huesos, sin salida posible.

—¿Mereció la pena condenar a tu mejor amiga a morir? —le preguntó Silas, incapaz de ocultar el odio y la rabia—. ¿Te colmaron de felicidad los premios que te dieron los dioses?

—¿Te refieres a la juventud eterna, al cargo de suma sacerdotisa y a la corona de Rieva? —respondió Minnana—. Por supuesto que sí. Aunque antes tuve que atar algunos cabos sueltos… como acabar con la familia real. Desde luego, fue una sorpresa ver aparecer en el palacio a la mismísima princesa Estela cuando me aseguré de que hasta ese estúpido bebé muriera.

«La orden de envenenarlos la dio Silas, claro, pero fueron dos norteños a los que sobornó quienes cruzaron las protecciones de Valoa y se colaron en el castillo», me había dicho Minnana. Y, por supuesto, me había engañado. Me había mentido cuando era Évolet y también cuando era Navia. Ahora lo sabía.

—Ha sido un bonito reencuentro —dijo Hiel—, tanto que hasta lamento tener que interrumpirlo. En fin, ¿unas últimas palabras?

Silas dio un paso al frente, apretándose la herida del brazo, y se encaró con el brujo.

—Eres un ser despreciable —soltó, sus palabras envueltas en rabia—. No solo quieres arrebatarme la corona de Ilta, sino también convertirte en el recipiente de Hashkin, ¿verdad? Es lo que siempre has querido.

Hiel se encogió de hombros y le respondió:

—Tanto Ilta como nuestro creador merecen a alguien que no se avergüence de mirarse en el espejo.

Silas apretó los dientes, y pude apreciar cómo las vetas de Hashkin comenzaban a aparecer en la piel de su rostro. No fue más que un brillo leve, pero me hizo contener el aliento.

—No te lo voy a permitir —replicó Silas—. ¡No me vas a arrebatar la corona!

Y, antes de que Hiel pudiera replicar, dio media vuelta y comenzó a correr.

—¡Guardias! —exclamó el brujo—. ¡Tras él! ¡Rápido!

Silas abandonó las ruinas del templo, y tanto los soldados como Hiel le siguieron. Yo me quedé donde estaba, sola, confusa; con un extraño vacío en el pecho. ¿Por qué se había marchado así? ¿Formaba parte de un plan que yo desconocía? ¿O simplemente… simplemente le importaba más defender su corona que defenderme a mí? Eso, desde luego, no era propio de Aiden.

«Yo no… no soy el mismo hombre que conociste, el mismo del que te enamoraste. Ya no soy Aiden».

—No puedes fiarte de los hombres —me dijo Minnana—. Tú les entregas tu corazón y, cuando menos lo esperas, te traicionan. Han tenido que pasar más de cien ciclos para que te des cuenta del error que cometiste.

Sus palabras escocieron como si me hubiera echado sal en una herida. La miré, y al ver a Rosten a su lado, al darme cuenta de que no solo me había engañado a mí, la rabia conquistó mis entrañas y me abalancé sobre ella.

—¡Maldita traidora! —le grité, empujándola al suelo.

Caímos la una sobre la otra y, con el brazo que aún podía utilizar, le arañé la cara. Ella me tiró del pelo y me golpeó, rompiéndome el labio inferior. Enseguida noté cómo se me llenaba la boca de sangre.

—¡Rosten! —exclamó, forcejando contra mí—. ¡Rosten, ayúdame!

Mi amigo, que hasta ese momento había permanecido hierático, congelado como una estatua, se giró hacia nosotras. Cuando me miró con esos ojos desiguales y hechizados que no le pertenecían, cuando desenvainó la espada sin un solo atisbo de duda, supe que tenía que marcharme cuanto antes.

—Voy a matar a esa chica que se cree la heredera que salvará Rieva —dijo—. Su nombre es Navia.

Me puse en pie y, con los latidos desbocados, comencé a correr. No podía hacerlo muy rápido porque la maldición de Ikaroa me impedía respirar con normalidad, pero lo intenté con todas mis fuerzas.

Rosten me siguió.

Abandoné las ruinas y me adentré en la oscuridad y la tormenta. Las olas del mar golpeaban los acantilados con una furia salvaje, y casi sin darme cuenta, seguí su sonido. En la playa en la que tantas veces me había reunido con Aiden había una cueva en la que podría esconderme. Aunque la única luz que me guiaba era la que yo misma emitía, sabía que el camino que bajaba hasta allí tenía que estar cerca. Lo busqué, respirando con dificultad, y cuando lo encontré, comencé a descender.

Rosten caminaba detrás de mí con lentitud, como si quisiera torturarme. Podía correr y atraparme en cualquier momento, pero parecía querer jugar conmigo, convertirme en el pequeño ratón que quedaba atrapado en las garras de un gato.

—Voy a matar a esa chica que se cree la heredera que salvará Rieva —repetía una y otra vez—. Su nombre es Navia.

Al llegar a la playa, todo me daba vueltas. Había perdido muchísima sangre y, con cada latido, notaba el hanax extendiéndose por mi cuerpo. El dolor del flechazo me impedía mover el brazo izquierdo, y no dejaba de pensar en Silas, en lo que había hecho. ¿Había sido una estúpida al confiar en él, al igual que había confiado en Minnana?

Intenté acelerar el paso, pero cada vez me costaba más respirar. Quería llegar a la cueva, pero no tenía fuerzas suficientes para hacerlo. Caí sobre la arena, y cuando me di la vuelta, Rosten se cernió sobre mí. El filo de su espada destellaba con el brillo de mi piel, y me amenazaba en silencio.

Iba a matarme.

Iba a matarme porque Hiel le obligaba a hacerlo, y yo estaba sola e indefensa.

—Rosten —le dije, alzando la voz por encima del sonido de las olas—. Soy yo. Tu ardillita.

Las lágrimas me empañaron los ojos, pero mi amigo ni siquiera se inmutó. No me reconocía, y estaba segura de que lo único que sonaba en su mente era la orden del brujo.

«Mátala. Mátala. Mátala».

—Rosten —insistí—. Este no eres tú, lo sé. Te conozco, y tú me conoces a mí.

Mi amigo dio un paso hacia mí y yo usé mi poder contra él. La magia le golpeó el pecho, pero me había debilitado tanto que fue un impacto endeble que ni siquiera le molestó.

—¿Te acuerdas de la razón por la que te convertiste en soldado? —le pregunté, desesperada.

Mi amigo me lanzó una estocada, y yo rodé para esquivarla. No fui lo suficientemente rápida, y el filo me hizo un corte en el antebrazo derecho. Apreté los dientes, tragándome el dolor, y cuando volvió a atacar, usé de nuevo mi poder.

El choque de la espada emitió un destello, y aunque intenté mantener la magia activa como un escudo, no tenía fuerzas suficientes para hacerlo.

—Me dijiste que te unirías al ejército para… para protegerme —le dije—. ¿Te has… te has olvidado de eso?

Rosten atacó de nuevo, y yo volví a rodar sobre la arena. No podía levantarme. Estaba mareada, me dolía el brazo y me dolía el pecho. Tenía un nudo en la garganta, y notaba el veneno mortal extendiéndose por mi cuerpo. ¿Así era como se acababa todo?

Mi mejor amigo levantó la espada, y yo cerré los ojos.

Esperaba que la muerte fuera rápida, indolora, pacífica; pero esta nunca llegó.

Abrí los ojos de nuevo y, cuando vi a Rosten mirando hacia el mar con el ceño fruncido, me incorporé sobre la arena.

La luz de un rayo iluminó la playa, dejando que viera una figura que nos observaba con atención desde la orilla. No era una figura humana, sino que parecía… parecía una bestia. Aunque su cuerpo parecía el de un perro, era mucho más grande, más aterrador. Tenía el pelo negro, empapado y dos cuernos retorcidos en la cabeza. De sus patas colgaban unas gruesas cadenas y sus ojos eran rojos, tan rojos como la sangre. Sus dientes, afilados como cuchillos de marfil, nos amenazaban en la distancia.

Sabía lo que era; lo sabía porque ya lo había visto antes.

El Can de Urco.

La criatura salió del agua y, al llegar a la arena, soltó un rugido que hizo ensordecer al mar. El miedo se me engarzó en la garganta y quise hablarle en la lengua de los dioses, decirle que no nos hiciera daño, pero no tuve tiempo de hacerlo.

Saltó sobre Rosten, y yo grité. Él intentó atacarlo con la espada, pero no sirvió de nada. La criatura le mordió y, tras zarandearle con fuerza, le lanzó contra las altas paredes de los acantilados.

—¡Rosten!

Me puse en pie y, aunque todo me daba vueltas, me acerqué hasta él. Me agaché a su lado y comprobé si seguía con vida. Aunque estaba inconsciente y tenía una herida en la cabeza, respiraba. El ritmo de sus latidos era regular, tranquilizador, y yo suspiré aliviada. Sin embargo, en cuanto recordé que el Can de Urco estaba allí, justo detrás de mí, volví a ponerme tensa.

Me levanté y me di la vuelta hacia él.

La criatura me estaba mirando fijamente, tal y como había hecho hacía tanto tiempo. Era grande y peligroso, pero aun así… Su mirada me provocó una extraña sensación de calma, como si en el fondo de mi ser supiera que no iba a hacerme daño.

«Hija de Idriel —escuché entonces en mi cabeza. Era una voz grave, atronadora, una voz que, aunque hablaba en la lengua mortal, no era humana—. He venido a advertirte».

Tardé unos instantes en darme cuenta de que quien me estaba hablando era el can. Era la primera vez que una criatura de la noche se comunicaba conmigo en mi propia lengua, y eso me fascinó. Sin embargo, la sorpresa inicial fue rápidamente sustituida por la urgencia de sus palabras, así que usé mis pensamientos para decirle:

«¿A advertirme? ¿De qué?».

«El brujo que se hace llamar Hiel ha capturado a tus tías».

Un dolor punzante y desgarrador me atravesó las entrañas, haciendo que me quedara paralizada. ¿Mis tías? No, no podía ser.

«No vuelvas a la cabaña de Valoa —añadió—. No es seguro».

De pronto me sentía suspendida en la nada, tan aturdida que hasta mis lágrimas parecían haberse quedado congeladas en algún rincón oculto de mi interior. ¿Cómo las habían capturado? ¿Y a dónde las habían llevado? ¡Por los dioses, no podía permitir que les hicieran daño!

El Can de Urco dio media vuelta, dispuesto a volver al mar, pero yo lo retuve. Aún tenía demasiadas preguntas, demasiadas dudas.

«¡Espera! —le grité—. ¿Qué puedo hacer? Tengo que… tengo que salvarlas».

El perro se quedó quieto, su cuerpo oscuro casi sumergido en el agua, y antes de marcharse, me respondió:

«Cuando la noche te parezca interminable, escucha el pulso antiguo que duerme en tu sangre y hallarás el filo».

«¿El filo? ¿Qué filo?».

«Sigue a las estrellas, y ellas te abrirán el camino».

El Can de Urco se perdió entre las olas, y yo caí de rodillas al suelo. Tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla; que en el mismo momento en el que había recuperado mi identidad y mis recuerdos, me habían arrebatado todo lo demás.

Hundí las manos en la arena y me dejé acunar por la furia del mar. Cada ola parecía burlarse de mí, llevándose mis esperanzas al golpear la orilla. Habían capturado a mis tías, habían hechizado a Rosten, Silas me había abandonado. Mi piel brillaba con fuerza en la oscuridad de la noche, pero me sentía más débil y sola que nunca.

Cerré los ojos y me dejé invadir por la sensación de vacío absoluto que sentía en el pecho. La arena mojada se me pegaba a los dedos, y yo me arrepentí de todas y cada una de las decisiones que me habían llevado hasta allí. Iba a morir en la misma playa en la que había empezado todo, y nadie acudiría en mi ayuda. Daba igual que Idriel me hubiera salvado, que incluso me hubiera entregado su poder, porque su sacrificio no había servido para nada.

Dejé caer la cabeza, derrotada, pero, justo en ese momento, lo escuché.

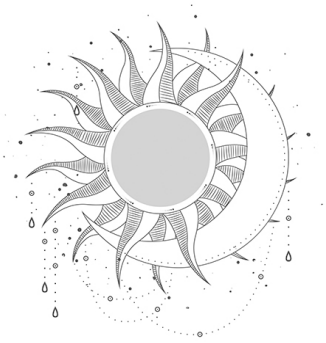
—¡Navia! ¡¿Estás aquí?! ¡Navia!

Mi corazón, que había estado a punto de rendirse, volvió a latir esperanzado. Habría reconocido esa voz en cualquier lugar, en cualquier vida; porque me había acompañado incluso en la muerte.

Aiden.

Silas.

Y eso me bastó para salir de la oscuridad.



41

Me puse en pie y, en cuanto Silas vio el resplandor de mi piel, se quedó quieto. Nos miramos en la distancia, reconociéndonos en la playa en la que, hacía ya tanto tiempo, nos habíamos enamorado; después, quizá atraídos por ese polvo de estrellas del que estaban hechas nuestras almas, corrió hacia mí y me abrazó con fuerza.

—Siento haberte abandonado —me dijo—. Quería que los soldados me siguieran, y que tú tuvieras una oportunidad de escapar. Esperaba que te hubieras escondido aquí, en nuestra cueva.

Me separé de él y dejé que cogiera mi cara entre sus manos. Las vetas naranjas de Hashkin brillaban en su piel con más fuerza que antes, pero eso no evitó que, al mirarle, mi corazón se pusiera nervioso. Estaba allí, conmigo, y eso era lo único que importaba.

—Rosten me persiguió —le dije, señalando el cuerpo de mi amigo—. Está inconsciente. El Can de Urco ha aparecido y… me ha ayudado y me ha… me ha dicho que mis tías… Hiel las ha capturado.

—Las rescataremos —me aseguró él, limpiándome las lágrimas con los dedos—. Ahora que estamos juntos, no tienes que preocuparte por nada.

Asentí, intentando convencerme a mí misma de que lo haríamos, y él me acarició con cariño. No me había dado cuenta, pero había dejado de llover. Las nubes negras que cubrían el cielo se estaban

desplazando, dejando que la luz de la luna llena se colara entre ellas y lo tiñera todo de plata. Aún estábamos empapados, pero sentí que aquello era un nuevo comienzo, una oportunidad.

—Conseguí esconderme y despistar a los soldados —me dijo Silas—. Aún deben de estar buscándome, pero puede que vuelvan. Marchémonos cuanto antes.

Miré a Rosten, aún inconsciente sobre la arena. No podía dejarle allí, a merced de Hiel y Minnana. No podía arriesgarme a que le torturaran, o incluso a que le mataran.

—¿Qué vamos a hacer con Rosten? —le pregunté a Silas—. ¿Podemos… podemos llevarlo con nosotros?

—Navia, conozco muy bien el poder de los brujos de la Orden, y Rosten va a estar hechizado hasta que Hiel decida liberarlo. Aunque pudiéramos llevarlo con nosotros… sería un peligro para ti.

Al darme cuenta de que no teníamos más remedio que dejarlo allí, la tristeza se me clavó en el pecho. Quería llorar por culpa de la pena, de la rabia, de la impotencia. Si le pasaba algo a Rosten, jamás me lo perdonaría.

—Lo salvaremos —me dijo Silas—. Al igual que a tus tías. En cuanto estemos recuperados, lo haremos.

Apreté los labios, conteniendo las lágrimas, y después asentí. La promesa de rescatar tanto a Rosten como a mis tías era lo único que me permitía enfrentarme a los remordimientos de haberles abandonado.

—Tendremos que ir a Viloria o a Saranda y comprar las hierbas que necesito para elaborar el antídoto del hanax —le indiqué a Silas—. Es lo más urgente.

—Vamos a sobrevivir, Navia. Esta vez sí.

Me ofreció su mano, y yo entrelacé mis dedos con los suyos. Así, juntos, deshicimos el camino que subía a los acantilados. El calor de su piel fue como un bálsamo contra el dolor, la certeza que me hizo despertar. Aiden nunca me había abandonado, ni siquiera tras convertirse en Silas; y darme cuenta de eso me llenó el pecho de amor.

—Silas…

Aunque sabía que teníamos que marcharnos cuanto antes de aquel lugar, las palabras comenzaron a quemarme dentro. Llevaba tanto tiempo echándole de menos sin saberlo, tanto tiempo sin entender qué era lo que me ocurría, que no podía esperar más. Necesitaba soltarlas, decirle todo lo que sentía.

Sin embargo, en cuanto llegamos a la cima de los acantilados, las palabras murieron entre mis labios.

Más de cien soldados se acercaban a nosotros, una ola de uniformes blancos corriendo bajo la luz de la luna. Muchos de ellos iban a caballo; todos, armados con espadas y arcos. ¿De dónde habían salido? ¿Los habría llamado Hiel, o habían estado allí en todo momento, esperando para atacar?

—Mierda —gruñó Silas.

Se colocó delante de mí, protegiéndome, y yo me lamenté de mi debilidad. Tenía tan pocas fuerzas que me sentía incapaz de usar mi poder. Estábamos desarmados, heridos e indefensos; sin escapatoria. Esta vez, ni siquiera el Can de Urco podría salvarme.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunté.

Silas apretó los dientes, observando cómo nuestros enemigos se acercaban. Si no hacíamos algo cuanto antes, las flechas caerían sobre nosotros en una lluvia afilada y mortal.

—Déjame a mí.

—¿Qué vas a hacer?

Pero no me respondió.

Dio un paso al frente y, encarándose con los soldados, apretó los puños. Las vetas naranjas de su piel emitieron un destello y, entonces, lo supe.

Silas solo disponía de un arma, una que durante mucho tiempo se había esforzado por controlar, pero que de pronto se había convertido en nuestra única salida posible. Un arma que podía volverse en nuestra contra con demasiada facilidad.

—¡Silas, no! —exclamé—. ¡Si dejas salir a Hashkin, no vas a poder controlarlo!

Se dio la vuelta hacia mí, y las lágrimas me empañaron los ojos.

—Luz de luna —me dijo—. Me estaba enamorando de ti, y me odiaba por ello. Me odiaba por estar traicionando a Évolet, pero a la vez no podía evitar tener sentimientos hacia Navia. Me moría por estar contigo a cada instante, por tocarte y por besarte. Casi sentía que buscarte era…

—Inevitable —musité, usando la misma palabra que Idriel.

—Y ahora sé que volvería a hacerlo. Me enamoraría de ti como Évolet, como Navia, y si tuvieras otro nombre y otro rostro, lo haría también.

—Silas…

—Volvería a pasar por una vida entera de tormentos si supiera que al final tú me estás esperando. Te quiero, y te voy a querer hasta el final de mis días. Por eso no puedo permitir que te hagan daño.

Hacía tanto tiempo que no escuchaba un «te quiero» suyo que el aleteo de mil mariposas me acarició por dentro. Sabía que no podíamos besarnos, pero mi cuerpo necesitaba con desesperación los labios que me habían condenado tanto siendo Évolet como siendo Navia.

Sin embargo, era demasiado tarde.

Las vetas naranjas conquistaron la piel de Silas, y él gritó. Hashkin estaba desesperado y él, por primera vez en mucho tiempo, le estaba ofreciendo su cuerpo. Quería usar el poder del dios, y la única forma que tenía de hacerlo era dejándolo salir; así que lo hizo.

Sus ojos se volvieron negros por completo, y sus venas se llenaron de fuego. El aire de la noche cambió: vibró, se tensó, como si reconociera al dios que dormía en su interior. Cuando los primeros soldados llegaron hasta nosotros, Silas levantó una mano y los golpeó con una fuerza invisible. Los demás, que sabían que no solo estaban yendo en contra de su rey, sino también de su dios, se detuvieron en seco.

—¡Matadle! —gritó Hiel, que cabalgaba junto a ellos—. ¡No estáis atacando a Hashkin, sino a ese recipiente indigno! ¡Si le matáis, lo

liberaremos!

Unos cincuenta arqueros levantaron los arcos, aún algo inseguros, y tras unos instantes de duda, dispararon. Sin embargo, Silas emitió un destello cegador que las desvió y le protegió no solo a él, sino también a mí. Las flechas cayeron calcinadas, y los soldados las observaron estupefactos.

Entonces, Silas dio un paso al frente. Y comenzó la masacre.

Una franja de fuego ardió frente a nosotros, y los soldados que estaban en la primera línea de batalla estallaron en llamas. Entre gritos desesperados, comenzaron a rodar por el suelo. Al ver que el fuego no se apagaba, que no podían acabar con el dolor, muchos se lanzaron por el acantilado.

Con cada muerte, yo me estremecía.

—¡Vamos! —insistió Hiel—. ¡No os dejéis asustar!

Pero muchos soldados soltaron las armas, aterrados, y abandonaron la batalla. Los que se quedaron, los que se atrevieron a atravesar el fuego, se arrepintieron al instante.

En cuanto se acercaban a Silas, este levantaba la mano y acababa con ellos de las formas más crueles posibles. A algunos los partió por la mitad; a otros, simplemente, los hizo estallar, convirtiéndolos en un amasijo de sangre y vísceras. Muchos se ahogaron con su propia sangre, y hasta Hiel, al ver que era imposible vencer al poder de Hashkin, terminó azuzando a su caballo para marcharse de allí.

Cuando el último sureño cayó al suelo, derrotado, los únicos que quedamos con vida sobre el acantilado fuimos Silas y yo. La noche parecía contener el aliento, como si aún no entendiese que la violencia había terminado, y el viento cargaba el olor metálico de la sangre, el humo de las llamas que aún crepitaban frente a nosotros.

Silas se había quedado quieto, jadeante, con la piel iluminada a retazos por el brillo anaranjado de las vetas, manchada con el dolor de sus víctimas. Por un instante, el mundo pareció detenerse, como si el tiempo se hubiera quedado suspendido en el aire. El sonido de las olas era un animal herido que intentaba incorporarse a nuestra espalda, tembloroso, como si quisiera reclamar su lugar.

—¿Silas? —musité—. ¿Estás… bien?

Se dio la vuelta hacia mí y, cuando clavó sus ojos negros en los míos, sonrió.

—*Ola, filla de Idriel* —me dijo con la voz grave—. *Tiña moitas ganas de atoparme contigo.*

Tragué saliva y, aunque tenía pocas posibilidades de escapar, di un paso atrás.

—No le… no le hagas daño a Silas —respondí—. Por favor.

Hashkin soltó una risotada, una carcajada profunda que sonó eterna y gutural, y me respondió:

—*Non lle vou facer dano a el, senón a ti. É a mellor maneira de facerlle pagar polo que fixo.*

«No le voy a hacer daño a él, sino a ti. Es la mejor manera de hacerle pagar por lo que ha hecho».

Iba a matarme. Hashkin iba a matarme.

El dios del día comenzó a caminar hacia mí, y el miedo me paralizó. ¿Qué podía hacer? ¡¿Qué podía hacer?! Miré hacia atrás, pero la altura de los acantilados me hizo estremecer. No podía saltar. No podía usar mi poder. No podía escapar.

Observé, aterrada, cómo se acercaba. Con cada paso sentía que me ahogaba, que un poder oscuro y aterrador se cernía sobre mí. Ya había muerto a manos de Ikaroa, y no quería volver a hacerlo a manos del dios del día. No quería que nos separaran de nuevo.

—Por favor —supliqué, desesperada.

Retrocedí un poco más y, cuando mis talones llegaron al borde del acantilado, Hashkin se detuvo.

El rostro de Silas se contrajo en un gesto de dolor y, aunque el dios intentó resistirse, su recipiente se llevó las manos al cuello. Apretó, como si quisiera ahogarse, y yo le observé con los ojos muy abiertos. Cuando empezó a quedarse sin aire me miró y, al reconocer el naranja de los ojos de Silas, el corazón me dio un vuelco. ¡Lo estaba controlando!

—¡Silas! —exclamé con la voz rota.

—Na… Navia —me respondió, luchando por respirar—. No… no te acerques.

—¡Voy a darte mi sangre! —le dije—. ¡Si la bebes, podrás controlarlo!

Silas negó con la cabeza, aún con las manos al cuello, y yo me acerqué hasta él, esperanzada. Sin embargo, cuando solo nos separaban un par de pasos, los ojos de Silas desaparecieron, tiñéndose por completo de negro. Alzó una mano, y una fuerza invisible me golpeó el rostro con fuerza, haciéndome caer hacia atrás.

El dolor me cegó durante unos instantes, pero volví a ponerme en pie. Silas comenzó a forcejear contra su propio cuerpo, librando una batalla invisible contra Hashkin para defenderme.

Porque Aiden estaba ahí; Aiden siempre había estado ahí.

Todo lo que estaba haciendo tenía una única finalidad: protegerme. Sabía que Silas había hecho muchas cosas mal, había matado y torturado, pero también me había demostrado que quedaba humanidad dentro de él: cuando rescató a Malva y al resto de muchachas sin corazón del Jardín de las Lágrimas, cuando me cuidó y se negó a beber mi sangre, cuando me ayudó a liberar y esconder a las criaturas de la noche. Tal y como él mismo me había dicho, me había demostrado cada día que no era un monstruo, solo que no había querido aceptar la verdad.

Le había amado como Aiden, y le había amado como Silas, porque en ambas vidas me había dejado ver la bondad que había dentro de él.

—¡Aiden! —le grité, saboreando su verdadero nombre después de mucho tiempo—. Antes me has dicho que no te mereces estar conmigo, pero no es verdad. Da igual lo mucho que hayas cambiado, porque yo sigo viendo en ti al hombre del que me enamoré una vez. ¡Te quiero, y siempre te voy a querer!

La batalla se detuvo de pronto, y yo contuve el aliento. Los ojos de Silas permanecieron naranjas, y aunque parecía agotado y respiraba con dificultad, era él. No tenía ninguna duda.

—Évo… let…

—¿Sabes por qué, siendo Navia, nunca me enamoré? —añadí, con la voz rota—. Porque si no era contigo, no era con nadie, ahora lo sé. Eras, eres y siempre serás tú.

Silas alzó la vista hacia mí, aún luchando por respirar, y yo sonreí. ¿Cómo podía haber dudado de él? ¿Cómo, si habría reconocido sus ojos fueran del color que fueran?

—Toma mi sangre —insistí—. Solo tienes que controlar a Hashkin un momento y…

—Luz… luz de luna —me interrumpió—. No… puedo.

—¡Claro que puedes!

—No olvides nunca que… que te quiero. Ya lo hice una vez y voy… voy a hacerlo siempre. Hasta el final de mis días.

—¡Silas, por favor!

Sus ojos se volvieron negros de nuevo y, cuando corrió hasta el borde de los acantilados el tiempo se detuvo.

—¡No! —grité.

Se precipitó al vacío y yo corrí, como si aún pudiera detenerle. Sin embargo, no había marcha atrás. En aquella caída, Silas moriría y se desharía de Hashkin. Al cabo de unos instantes volvería a la vida, esta vez libre, pero el dios del día cumpliría con su parte del trato y le arrebataría lo más valioso que tenía.

«Me convertí en el recipiente de Hashkin, y solo le puse una condición: que, cuando abandonara mi cuerpo, se llevara mis recuerdos».

Silas me había salvado, sí, pero a cambio de condenarnos a una nueva separación. El mar se lo llevaría lejos, quizá al otro lado del mundo, a un lugar en el que nunca podría encontrarle.

Y, cuando despertara, no me recordaría.

Ni Évolet ni Navia significarían nada para él, y nuestro amor se desharía como la espuma. Volveríamos a ser dos desconocidos que no habían compartido dos vidas; dos desconocidos que no habían soñado juntos, que no habían superado la muerte.

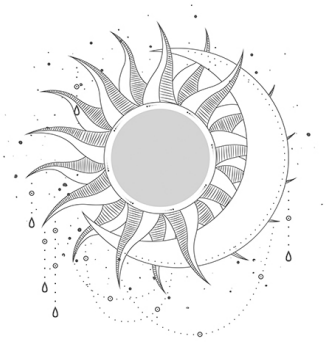
Por eso, lloré.

Lloré por Silas, por Rosten, por mis tías y por Danessa.

Lloré porque en las ruinas del templo de Zawa había dejado mi sangre, y también mi corazón.

Lloré, lloré porque estaba sola.

Y la guerra, estaba segura, no había hecho más que empezar.



Epílogo

El amanecer llegó despacio, como si no se atreviera a romper el silencio húmedo que había dejado la lluvia. Los primeros rayos del sol iluminaron las ruinas del templo de Zawa, cuyas piedras respiraban un vaho tenue, tibio, que se elevaba en hilos finos hacia los techos derruidos de aquel edificio que una vez había sido sagrado.

La luz dorada fue colándose por las grietas con timidez, acariciando las columnas, haciendo brillar las gotas que bajaban por el mármol. Durante unos instantes, las paredes derruidas y las sombras del abandono se transformaron en un refugio: un lugar que, pese a estar roto, sabía cómo acoger el renacer de la mañana.

Sin embargo, en aquel lugar no solo olía a piedra mojada y a tierra, sino también a sangre recién derramada; una sangre plateada que parecía el llanto de una estrella.

Cuando el agua de la lluvia empezó a deslizarse por las pequeñas hendiduras del suelo, encontrando un camino antiguo entre las piedras, el líquido de plata que mancillaba los charcos la acompañó. Ambos siguieron ese cauce con una lentitud ritual, y cuando finalmente llegaron al augar, cayeron en su interior con elegancia, derramándose hacia la oscuridad.

La sangre, ya casi disuelta, descendió como una sombra líquida, perdiéndose en un eco húmedo que resonó en la profundidad

sagrada del lugar.

El templo entero permaneció quieto, respirando. Después, una luz intensa y cegadora lo iluminó todo, y hasta el tiempo pareció contener el aliento.

El agua del pozo empezó a hervir sin calor, removida por algo que no era brisa ni movimiento humano. La luz se arremolinó en un torbellino fino, ascendiendo desde las profundidades hacia el mundo mortal. En su centro, una silueta fue tomando forma: primero borrosa, luego nítida, tallada por la propia claridad.

Entonces, emergió ella.

Una mujer surgió del resplandor, naciendo de la oscuridad como acababa de hacerlo el día. Era hermosa, tan hermosa como solo podía serlo una criatura que vivía más allá de la mortalidad. Tenía la piel oscura, pero reflejaba la luz como si cada uno de sus poros fuera un fragmento de noche pulida. Sus pómulos eran altos; su nariz, recta; sus labios, suaves y llenos; su rostro, esculpido con la devoción sagrada de la oscuridad.

Dio un paso hacia delante, y el templo entero guardó silencio. Llevaba el cuerpo cubierto de lo que parecía un vestido hecho de cristales: fragmentos azules y plateados que se deslizaban sobre su piel como escamas de luz. No era una prenda, era una constelación que formaba parte de su ser, como si se hubiera propuesto demostrar que ella y solo ella podía ser la personificación de la noche. En su frente brillaba una luna, una luna cuya luz palpitaba como un corazón y la reconocía como diosa.

Sus ojos, negros y eternos, observaron el templo con interés. Y ella sonrió.

«Por fin», pensó.

Era extraño volver a sentirse libre. Su mente sabía que había pasado ciento quince ciclos encerrada, sumergida en el odio, pero su cuerpo no lo notaba. No tenía dolor, ni heridas ni cicatrices; nada más que el recuerdo de las estrellas que la habían custodiado.

Se miró las manos, hermosas y perfectas, y supo que había tomado la decisión correcta. Ningún dios había bajado antes al

mundo mortal usando su verdadera forma, ya que eso los hacía más vulnerables, pero dejar de lado los recipientes era la única forma de disponer de su magia al completo. Y, para lo que quería hacer, necesitaba ser la diosa más poderosa de todas.

Bajó la vista para observar la sangre plateada que había a sus pies, y su rostro se contrajo en un gesto de rabia.

«Évolet —pensó—. No deberías estar viva».

Había sido la sangre de la sacerdotisa la que la había liberado de su encierro, pero sabía que había sido un mero accidente, un descuido. Si hubiera sido por esa traidora que ni siquiera merecía haber nacido, tanto ella como los demás dioses habrían permanecido encerrados por toda la eternidad.

La diosa cerró los puños, sintiendo no solo la movilidad de sus manos, sino también la ira que le ardía en las venas, pero alguien hizo que saliera del trance.

—Ikaroa.

Un hombre la esperaba, con la espalda apoyada en una de las paredes semiderruidas del templo, convertido en una sombra paciente.

Su presencia no era silenciosa, pero tampoco hacía ruido: era una vibración, un leve cosquilleo en la humedad del aire. La luz del amanecer se reflejaba en sus ojos, unos ojos dorados, ardientes, que parecerían contener el día, y la vida, y el verano al completo. Tenía el rostro afilado, una sonrisa insolente, el pelo largo mezclando mechones negros y dorados. En su frente brillaba un sol que parecía latir, como si bajo la piel tuviera fuego líquido, así que solo podía ser un dios.

Y sabía perfectamente de quién se trataba.

—Hashkin —respondió.

Ikaroa observó las marcas doradas que rodeaban los ojos del dios del día, la forma en la que se encendían cada vez que parpadeaba, y no pudo evitar recordar lo mucho que las había amado. Había ocurrido milenios atrás, pero ese tiempo no era más que un suspiro

para un dios. En su corazón todavía había amor, y rabia, y dolor; el anhelo de una promesa que había acabado en tragedia.

—Es extraño volver a escuchar mi nombre de tus labios —le dijo él.

—Más extraño es verte de frente, y no en mi espalda a punto de clavarme un puñal.

Hashkin sonrió, y la luna que brillaba en la frente de Ikaroa emitió un destello. El poder de la noche se concentró en sus dedos y, aunque su cuerpo no se movió, su mente se preparó para atacar. El dios del día la había traicionado, e Ikaroa no lo había olvidado. Durante siglos habían ardido en el odio, bañando sus reinos con la sangre de la guerra. Ambos habían deseado y temido volver a encontrarse porque sabían que, cuando lo hicieran, uno de los dos acabaría muerto.

—No estoy aquí para matarte —le dijo Hashkin—. Si fuera así, sabes bien que no habrías tenido tiempo ni de hablar.

—Es fascinante comprobar que, incluso cuando nunca has sido capaz de vencerme, sigues siendo un engreído.

Durante unos instantes, ambos dioses permanecieron en silencio, evaluándose. Al igual que Ikaroa, Hashkin estaba usando su verdadera forma. Eso hacía que sus poderes estuvieran igualados en fuerza. Si se enfrentaban en ese momento, el mundo entero acabaría convertido en cenizas.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Ikaroa—. Tenía entendido que estabas usando un recipiente para destruir mi reino.

—Así que, a pesar de tu encierro obligado, has estado pendiente de mí. Tu obsesión conmigo siempre ha sido tan halagadora como preocupante.

Al igual que Hashkin sabía que Idriel había encerrado a Ikaroa en una prisión de estrellas, ella había podido seguir los pasos que el dios del día había dado en aquellos ciento quince ciclos de oscuridad. Ambos habían sido creados a partir del mismo corazón, sus cuerpos alimentados con la misma sangre, por lo que eran dos mitades del mismo ente. Se sentían, se veían, se escuchaban. Como

el día y la noche, como el sol y la luna, o el verano y el invierno; ambos estaban destinados a amarse, condenados a odiarse.

—Eres tú quien ha venido a buscarme, Hashkin —replicó—. No me has permitido ni un solo instante de tranquilidad tras mi encierro, así que quien parece tener una obsesión malsana eres tú.

Hashkin esbozó una media sonrisa, y la diosa de la noche odió sentir el calor de mil veranos dentro de ella.

—Ikaroa, mi querida Ikaroa. ¿Te sorprendería si te dijera que he acudido a ti porque necesito que me ayudes?

La diosa de la noche soltó una risotada, y se alegró al descubrir que la prisión de Idriel no le había arrebatado la capacidad de reír. Probablemente solo se trataba de un embuste, uno de los trucos de Hashkin, pero disfrutó de verle humillado ante ella.

—¿Me estás pidiendo ayuda, Hashkin? *¿A mí?*

—Hace unos ciento quince ciclos —le explicó él— hiciste inmortal a un hombre llamado Aiden. Bien, pues necesito que le retires la maldición, porque quiero vengarme de él.

Aunque no había nada que Ikaroa disfrutara más que ver sufrir a Hashkin, la mención a Aiden hizo que la rabia le ardiera dentro, que recordara la traición de Évolet.

—¿Qué es lo que te ha hecho ese mortal para que le odies incluso más que a mí? —le preguntó, repentinamente seria—. ¿No le habías convertido en tu recipiente?

—Sí, pero a pesar de haber tenido ese honor, intentó dormirme y controlarme. Estarás de acuerdo conmigo en que merece el peor de los castigos.

Ikaroa guardó silencio, dándose cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, tanto ella como Hashkin tenían un objetivo en común. ¿Cómo era posible que Aiden y Évolet, dos simples mortales, se hubieran reído de ellos?

—¿Dónde está? —le preguntó Ikaroa—. Imagino que Évolet estará a su lado.

La sonrisa de Hashkin se hizo más profunda, más afilada, y le respondió:

—No, porque me he llevado sus recuerdos. Ahora mismo, Aiden no sabe quién es Évolet, y eso es algo que podemos usar a nuestro favor.

Ikaroa alzó las cejas, sorprendida, y tuvo que reconocer que Hashkin había jugado bien sus cartas. Quitarle los recuerdos a Aiden, impidiéndole así estar con su amada, era un movimiento digno de un dios.

—*¿Podemos?* —le preguntó—. ¿Tú y yo?

—Firmemos la paz, Ikaroa, aunque sea solo hasta que encontremos a esos dos traidores. Unámonos para acabar con ellos.

El dios del día extendió la mano, e Ikaroa la observó. Hacía mucho tiempo que se había jurado no volver a tocar a Hashkin, pero no estaba dispuesta a rechazar su ayuda. Si Hashkin y su panteón de soles la apoyaban, no habría un solo lugar en el mundo en el que Évolet pudiera esconderse.

—De acuerdo —le respondió—, pero primero iremos a por ella. Una vez que Évolet esté muerta, buscaremos a Aiden y le quitaré la inmortalidad.

—¿No confías en mí?

—Sería una estúpida si volviera a hacerlo.

Los ojos del dios emitieron un destello, pero Ikaroa no supo identificar si se trataba de orgullo o de dolor. Conociéndolo, sabiendo lo mucho que se jactaba de lo que había hecho, habría apostado que no era más que una muestra de su ego.

—Está bien —respondió Hashkin—. Iremos primero a por Évolet. Estando herida y sola, no tardaremos mucho en acabar con ella.

—No te confíes. Es la hija de Idriel, y puede que tenga algún truco escondido.

—¿Y acaso nosotros no los tenemos?

Ikaroa extendió la mano y, protegiendo su corazón, estrechó la de Hashkin. La luz del sol y la de la luna brillaron juntas, tejiendo un resplandor imposible que anunciaba que un pacto sagrado había sido sellado. Por primera vez en mucho tiempo, los dioses habían dejado de discrepar para empezar a conspirar.

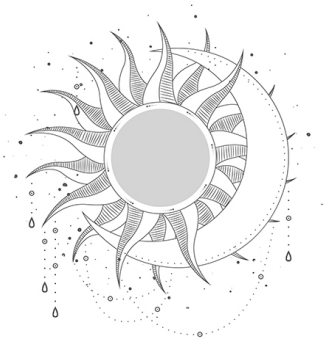
—¿Vendrán los demás? —preguntó el dios del día.

—Por supuesto que sí.

El agua del pozo sagrado, situado tras ellos, comenzó a moverse de nuevo. Ikaroa sonrió. La sangre de Évolet también había liberado a Mekros, a Tanon y a Ninfe, su panteón de lunas, y estos acudían para apoyarla. Juntos, aliados con Hashkin y su panteón de soles, vencerían a sus enemigos.

Porque los dioses eran la luz, la sombra, la muerte y la vida. A los dioses, seres que controlaban las mareas y dictaban el ritmo de las estaciones, no se les podía desafiar.

Y el mundo entero estaba a punto de recordarlo.



Agradecimientos

La primera vez que pensé en esta historia fue en 2023, mientras veía cómo el cielo de verano lloraba Perseidas. Bajo aquella lluvia de estrellas, me imaginé cómo se enamoraban el día y la noche, cómo su odio terminaba condenando al mundo. Esa idea me obsesionó y, casi tres años después, tenéis esta novela en vuestras manos.

A pesar de que he disfrutado la escritura de cada palabra, el proceso no ha sido fácil. Mientras les daba vida a estos personajes, no solo tuve que enfrentarme a muchos retos personales, sino también pasar el duelo por la muerte de mis dos perros. Eso me obligó a luchar por sacar adelante cada página, por entender cómo el mundo podía seguir girando cuando todo para mí había cambiado. Si no hubiera sido por que he estado muy bien acompañada, quizá ni siquiera hubiera podido terminar esta novela. Por eso, hay mucha gente a la que tengo que darle las gracias.

En primer lugar, como siempre, a mis padres. Sois una inspiración, las personas a las que, aunque sea solo un poco, me esfuerzo cada día por parecerme. Gracias por haberme apoyado siempre, por haber convertido mis sueños en los vuestros. Sé que, donde estéis, siempre tendré un hogar en el que me recibirán con los brazos abiertos.

A Víctor, la persona que me sostiene cada día, la que me enseñó lo que es el amor. Gracias por ayudarme a solucionar los agujeros de trama que han estado a punto de volverme loca, pero sobre todo por cuidarme, por hacerme reír cada día, por acompañarme en la ansiedad y en el insomnio. Me has escuchado hablar de mis personajes tantas veces que, después de mí, eres la persona que mejor los conoce (y eso es mucho decir).

A Eli, por haberte emocionado con esta historia desde el principio, por haber encendido la chispa que me llevó a crear a Silas (y por enamorarte de él tanto como yo), por motivarme a seguir. Eres mi otra mitad y no sé qué haría sin ti, sin nuestras conversaciones, sin tu hombro para llorar.

A Mei, por estar a mi lado en esta montaña rusa que es el mundo editorial. Gracias por estar siempre, por alegrarte por mis triunfos como si fueran tuyos, por haber conseguido que la portada sea aún más maravillosa de lo que imaginaba (tienes una mente galaxia). Aún nos quedan muchas aventuras por vivir juntas (y muchos viajes que hacer, y muchos matchas que tomar).

A Ana, a Lidia y a Andrea, por estar ahí aunque sea en la distancia, por apoyarme y sostenerme, por no haber dudado un solo segundo en leer esta historia cuando lo he necesitado. Soy muy afortunada de teneros en mi vida, de poder contar con vuestros consejos, con vuestra amistad. Sois pura luz.

A Alba, por estar a mi lado a lo largo de los años, y por no cansarte nunca de leerme. Estoy muy orgullosa de poder decir que, aunque nuestra vida vaya cambiando, tú siempre serás una constante. Qué bonito ver cómo todo lo que habíamos soñado se va cumpliendo.

A Tania y a Rebeca, pero sobre todo a Tania (que sé que te hace mucha ilusión). Gracias por emocionaros conmigo, por estar siempre las primeras en mis firmas y presentaciones, por hacer que los días de oficina sean más fáciles. Empezasteis siendo compañeras, pero os habéis convertido en amigas.

A Jordi, mi agente, por aguantarme durante el proceso de escritura de esta novela, y también por ayudarme a sortear los baches. Cuando pienso que no lo voy a conseguir, siempre estás ahí para recordarme que sí. Deseando ver todo lo que está por venir.

A Ana, mi editora, por haber confiado en mí, en esta historia, por los fangirleos y la paciencia. Eres maravillosa como profesional y como persona, y tengo mucha suerte de ser una de tus autoras. ¡No me puedo creer que, después del tiempo que llevamos teniendo que guardar secretos, lo hayamos contado todo por fin!

Al todo el equipo de Faeris, por haberme hecho sentir desde el principio que formo parte de una familia. Gracias por cuidarme y tener en cuenta mis opiniones, soy muy feliz de que tanto mis novelas como yo tengamos una casa tan maravillosa como esta.

A Selene, por haberme ayudado con el gallego y haber respondido a todas mis dudas con paciencia y amabilidad. ¡Eres la mejor, de verdad! Sin ti, los dioses no hubieran podido comunicarse con los mortales.

A los artistas que de una forma u otra han trabajado en esta novela, y han hecho que sea aún más mágica: Judit Mallol, Andrés Aguirre, Azura y Paulina Foryś; estoy completa y absolutamente enamorada de vuestro arte, y que forméis parte de este libro es un sueño hecho realidad.

Y, por supuesto, a mis lectores, tanto a los que me han apoyado desde el principio como a los que han llegado nuevos. Quizá no lo sabéis, pero, cada vez que os emocionabais conmigo al mencionar el Proyecto Ikaroa en redes o eventos, me dabais fuerzas para seguir.

Este ha sido el turno de la luna, pero después de la noche, siempre llega el día.

Nos vemos con la salida del sol.

Sobre la autora

Miriam Mosquera (Madrid, 1991) estudió Historia en la Universidad Complutense, especializándose en el periodo medieval de al-Andalus. Fue precisamente su amor por la historia, sumado a la pasión que siente desde niña por la escritura, lo que la empujó a escribir historias que combinaran la fantasía y el folclore de España.

Además de la literatura y la historia, es una gran amante de la naturaleza. Sus años de lucha por los derechos de los animales le hicieron darse cuenta de que la escritura también podía ser un arma, así que decidió afilarla y empuñarla. En sus novelas siempre encontrarás mensajes reivindicativos que claman por la justicia, la libertad y la igualdad.

Miriam es la autora de *Todos los ángeles del infierno* y *Todos los demonios del Cielo.*

Puedes encontrarla en redes sociales como @miimosquera.

Edición en formato digital: mayo de 2026

Diseño de cubierta: Azura Arts - @azura.arts
Mapa: Andrés Aguirre
Ilustraciones interiores: Judit Mallol
Imágenes interiores: 123RF y colaboradores

© Miriam Mosquera*, 2026.*
Autora representada por IMC Agencia Literaria
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

ISBN ebook: 979-13-88108-07-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris:

